



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



38  
1.5









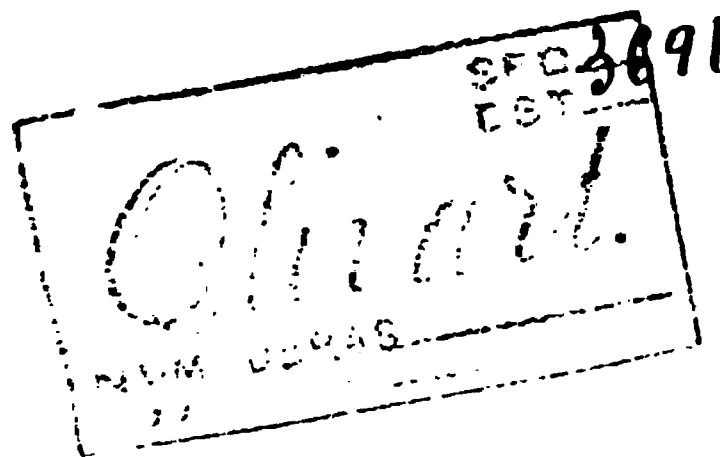




# OBRAS COMPLETAS

DE

# DON ANDRES BELLO



*Santiago, Setiembre 5 de 1872.*

Por cuanto el Congreso Nacional ha discutido i aprobado el siguiente

## PROYECTO DE LEI

ART. 1.º En recompensa a los servicios prestados al país por el señor don Andres Bello, como escritor, profesor i codificador, el Congreso decreta la suma de quince mil pesos, que se inscribirá por terceras partes en los presupuestos correspondientes, para que se haga la edicion completa de sus obras inéditas i publicadas.

ART. 2.º La Universidad nombrará a uno o dos comisionados que se entiendan con los de la familia del ilustre autor, para proceder a la edicion de dichas obras, haciendo las contratas con los impresores, obteniendo en virtud de recibos los fondos que se decretaren, invirtiéndolos i respondiendo de su inversion.

ART. 3.º La edicion no será de ménos de dos mil ejemplares, i de ellos se entregarán quinientos al Estado, quien no podrá venderlos a ménos de dos pesos cada volúmen. El resto de la edicion corresponderá a los herederos respectivos.

ART. 4.º El texto de esta lei irá impreso en el reverso de la primera página de cada volúmen.

I por cuanto, oído el Consejo de Estado, lo he aprobado i sancionado; por tanto, promúlguese i llévase a efecto como lei de la república.

FEDERICO ERRÁZURIZ.

ABDON CIFUENTES.





91  
x  
2nd copy.  
lc

OBRAS COMPLETAS

DE

DON ANDRES BELLO

=

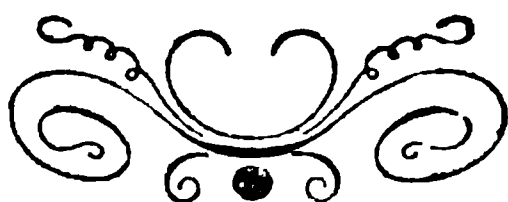
EDICION HECHA BAJO LA DIRECCION DEL CONSEJO DE INSTRUCCION PUBLICA

EN CUMPLIMIENTO

DE LA LEI DE 5 DE SETIEMBRE DE 1872

VOLUMEN X

DERECHO INTERNACIONAL



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESO POR PEDRO G. RAMIREZ

1886



---

# INTRODUCCION

---

La junta nacional que se instaló en Carácas el 19 de abril de 1810 para reemplazar el gobierno establecido por la metrópoli, procuró entrar en comunicacion directa e inmediata con los Estados Unidos i la Inglaterra, a fin de proporcionarse poderosos valedores en la atrevida empresa de sacudir un yugo secular.

Guiada por tal propósito, uno de sus primeros cuidados fué enviar a Lóndres una legacion compuesta del coronel de milicias don Simon Bolívar i el comisario ordenador don Luis López Méndez, a quienes acompañaba don Andres Bello, no precisamente en calidad de secretario, segun han escrito algunos de sus biógrafos, sino en el carácter de auxiliar, segun consta del documento que sigue publicado en una obra reciente.\*

*«Don Fernando VII, rei de España i de las Indias, etc, i en su real nombre, la Suprema Junta Conservadora de sus derechos en Venezuela.*

«Por cuanto, para la subsistencia i conservacion de las relaciones amistosas que han existido hasta ahora entre estas provincias i la Gran Bretaña, es necesario delegar comisionados cerca del gobierno de S. M. B., que presen-

---

\* *Simon Bolívar*, por el marques de Rójas, párrafo 2, página 14.

ten los votos sinceros i jenerosos de Venezuela, para estrechar mas i mas estos vínculos, reclamen sus derechos, i entablen relaciones de recíproca utilidad entre estos habitantes i los vasallos de S. M. B.; i conviniendo a estas provincias no interrumpir la comunicacion i buena armonía que existen entre ambos pueblos, tan necesarias para la confianza i seguridad comercial. Por tanto, he venido en nombrar, como en virtud de las presentes digo i nombro, en primer lugar al caballero coronel don Simon de Bolívar, en segundo al comisario ordenador don Luis López Méndez, i en calidad de auxiliar al comisario de guerra i oficial primero de mi secretaría de estado, don Andres Bello, para que, pasando a la corte de Londres, presenten a S. M. B. por medio de su secretario de estado la respetuosa consideracion de este gobierno, den cuenta de la instalacion de la Suprema Junta Gubernativa de las provincias de Venezuela, en quien ha recaído, por sustitucion de los derechos del pueblo en fuerza de mi imposibilidad i de la disolucion del gobierno que provisionalmente me representaba en la Península, la soberanía de las mismas provincias, reclamen la alta proteccion de S. M. B., ofrezcan por parte de este nuevo gobierno la mas cordial alianza bajo la garantía de las disposiciones pacíficas i amistosas en que se hallan estos pueblos con respecto a los vasallos de la Gran Bretaña, i sean el órgano de las comunicaciones que exijan entre unos i otros la necesidad i buena correspondencia i no se opongan a las leyes fundamentales de la monarquía española.

«Hágase entender a los interesados por la secretaría de relaciones exteriores, i tómese razon en las demas de este diploma.—Dado en el palacio de la Suprema

Junta de Carácas a 6 de junio de 1810, sellado con el de mis armas i refrendado por el expresado secretario.

«JOSÉ DE LAS LLAMÓSAS, presidente, MARTIN TOVAR PONTE, vice-presidente, *Juan Jerman Roscio*, secretario de relaciones exteriores.»

La pretension promovida por los comisionados de Venezuela para que se favoreciese la revolucion apénas comenzada, fracasó por completo; i no podia esperarse otra cosa, si se atiende a las relaciones estrechas de la Inglaterra con España en aquel tiempo.

Don Andres Bello pensaba que los gobiernos extranjeros habian contribuido poco o nada a la emancipacion de la América Española.

«En cuanto al reconocimiento de las nuevas repúblicas por los Estados Unidos i por algunas potencias de Europa (decia en el número 377 de *El Araucano* de 17 de noviembre de 1837) no vemos que este paso haya influido en bien ni en mal, sea con respecto a las colonias o a la metrópoli. Los estados que nos han reconocido, lo han hecho por el interes de su comercio, no por miras de amistad o benevolencia, que hayan podido producir efecto alguno sensible en el éxito de la contienda.»

La legacion venezolana, aunque no fué recibida oficialmente por el gabinete de San Jâmes, puso a don Andres Bello en contacto con estadistas eminentes, i sirvió para iniciarle en las graves cuestiones que frecuentemente se suscitan de nacion a nacion.

El restablecimiento del réjimen colonial en Venezuela el año de 1812 colocó a Bello en la situacion mas angustiosa, privándole de su cargo, i, por consiguiente, de la única renta con que contaba para su subsistencia.

Ocasion hubo en que pasó todo un dia leyendo para

engañar el hambre con ese entretenimiento, i en que no comió mas que un pan, segun se lo oí referir a él mismo.

El 1.º de junio de 1822, don Andres Bello fué nombrado secretario de la legacion chilena en Lóndres, i el 8 de noviembre de 1824, secretario de la legacion colombiana en la misma capital.

El distinguido publicista tuvo, pues, oportunidad de estudiar el derecho de jentes, no solo en las obras de Grocio, Puffendorf, Bynkersoeck, i en las de los tratadistas modernos, sino tambien la de cursarlo en una escuela que no está abierta para todos: la práctica de los negocios internacionales.

Don Andres Bello permaneció en Lóndres diez i nueve años, dedicado, en medio de sus trabajos literarios, a ejecutar las instrucciones de las repúblicas sur-americanas, a celebrar conferencias con los otros agentes diplomáticos, a redactar toda especie de notas i despachos, i a dar los pasos que las circunstancias demandaban.

En los últimos dias de junio de 1829, llegó a Chile para desempeñar el cargo de oficial mayor auxiliar del ministerio de hacienda.

Sin embargo, Bello, desde que estuvo en nuestro país, ejerció en realidad, no el empleo mencionado, sino el de consultor i de secretario en el ministerio de relaciones exteriores.

El 30 de junio de 1834, fué nombrado oficial mayor de este departamento, donde permaneció hasta diciembre de 1855, en que fué jubilado para premiarle sus largos e importantes servicios.

Su intelijencia elevada, sus vastos conocimientos, su experiencia en los negocios, su carácter circunspecto, su



laboriosidad infatigable i su estilo claro i correcto, le hacian mas que idóneo para el desempeño de tan delicado cargo.

El nuevo huésped, que luego recibió carta de ciudadano chileno, era, no un simple oficinista, sino un diplomático de primer orden, que conocia a fondo los intereses, los recursos i las relaciones de los diversos estados.

Léase, en prueba de ello, la manera como juzgaba, en un artículo escrito al correr de la pluma, la revolucion de julio que derrocó en Paris el trono de Carlos X, cuya noticia llegó a Chile en noviembre de 1830.

Despues de exponer que el carácter mas notable de esa revolucion era el pronunciamiento simultáneo de la opinion popular en un mismo sentido sobre toda la extension de la Francia, agregaba:

«Jamás se ha dado una leccion tan severa a los reyes, ni el principio popular de las monarquías constitucionales, se ha desenvuelto con tan poderosa enerjía. Pero esto mismo inspira recelos. ¿Servirá la memoria de los pasados extravíos para moderar i tener a raya la exaltacion del pueblo? ¿Tendrán los caudillos de la presente revolucion la cordura, la fuerza necesaria para dirigir la masa inmensa que el espontáneo levantamiento de toda la Francia ha puesto de repente en sus manos? ¿Un trono que dos veces ha revelado ya su debilidad de un modo irrefragable, podrá resistir a los choques que van a embestirle en esta tormenta revolucionaria? ¿El entusiasmo de la libertad triunfará a un mismo tiempo de los ataques de la Europa entera coligada para sofocarlo, i de las aspiraciones de la fortuna militar, que trate de abrirse nuevos senderos para trepar al solio? Tales son

los temores que asaltan a los amigos de la libertad. Creemos, con todo, que las probabilidades favorales preponderan. La crisis actual está mejor preparada bajo todos aspectos, que la de 1790. Los desórdenes de la revolución precedente han dejado impresiones profundas; la experiencia de la jeneracion pasada no será perdida para la presente. La Francia se halla con poderosos medios de resistencia, defiende bienes cuyo precio conoce, i tiene tambien agravios que vengar. Sustenta una causa que es la de todos los pueblos; i es auxiliada en ella por la tendencia necesaria de la civilización europea, que, a pesar de oscilaciones momentáneas, camina progresivamente a la perfección del sistema social, esto es, al orden asociado con la libertad.

«Volvamos ahora los ojos a las otras grandes potencias de Europa ligadas con estipulaciones solemnes contra todo lo que pudiese turbar el orden establecido en Francia. Todos saben que la Rusia, la Inglaterra, el Austria i la Prusia se han comprometido, por los tratados de Viena i Paris,—a mantener contra toda especie de ataque el sistema político que habian establecido en Europa;—i que en el segundo de ellos,—previendo el caso de que los mismos principios revolucionarios que habian servido de apoyo a la criminal usurpacion de Bonaparte, se reprodujesen bajo otras formas para destrozár la Francia i causar turbaciones en los otros estados, se obligaron a velar con la mayor solicitud i cuidado en la tranquilidad i bienestar de sus pueblos, i se empeñaron, para en caso de estallar otro acontecimiento semejante, a concertar entre sí i con el rei de Francia, las medidas necesarias para la seguridad de sus respectivos países i para el reposo jeneral de Europa.—¿Resucitará, pues,

la Santa Alianza, i creerá llegado el *casus foederis* en la insurreccion que ha depuesto a Cárlos X? Para responder a esta pregunta, no tanto debemos atender a la letra de los tratados, como a las intenciones con que se fraguaron, i sobre todo al interes mas o ménos grande que estas cuatro potencias puedan tener en su ejecucion. De todas ellas, la opresora de Italia es la que está verdaderamente amenazada, i la que va a tocar la alarma. Pero nos parece dudoso que, en los otros miembros de la liga, haya igual inclinacion a entrar en una contienda preñada de peligros, i de que no tienen adquisiciones territoriales que prometerse, sin perjudicarse una a otra. La causa de la legitimidad está ahora desnuda de la popularidad pasajera que le dieron los resultados fatales que la primera revolucion produjo a la libertad e independencia de Europa. Las promesas de constituciones liberales no engañarán otra vez a los pueblos. La Rusia, ocupada en el Oriente, no es probable que deje la fácil i rica presa que le presentan las débiles reliquias del imperio otomano para correr los riesgos de una guerra, que, por dichosa que fuese, solo le ofrece una recompensa comparativamente mezquina. Las rentas de las potencias continentales no se hallan en estado de sufragar a los enormes costos de una contienda, a que es necesario que concurren con todas sus fuerzas para que haya la menor esperanza de buen suceso, i la Inglaterra está incapacitada de darles ahora los poderosos auxilios de otro tiempo.

«La situacion de la Inglaterra, si no nos engañamos mucho, exige imperiosamente la continuacion de la paz. Su poder es, a un mismo tiempo, gigantesco i precario. La riqueza que le entra a torrentes de todas las partes del mundo, se acumula cada vez en menor número de

manos, i la mitad de sus habitantes, reducida a mendicidad, vive de la distribucion de limosnas. Para la seguridad de las grandes ciudades fabricantes, se ha hecho necesario acantonar tropas que pongan silencio a los clamores, i repriman los tumultos de los miserables obreros. Mr. Peel, congratulándose de los felices efectos de la emancipacion de los católicos, ha dicho al parlamento que el gobierno habia podido ya sacar de Irlanda tres rejimientos que estaban empleados allí en contener a la poblacion desafecta, para aumentar con ellos la fuerza militar de los distritos fabricantes. La conservacion de la preponderancia industrial de la Gran Bretaña es indispensable para la de su poder político, i aquélla no puede subsistir sino al abrigo de un vasto i dispendioso establecimiento militar. Las rentas actuales del gobierno bastan apénas para los gastos internos, reducidos al pié de paz, i no es posible aumentarlas sin aumentar al mismo tiempo i en una espantosa proporcion, el peso enorme de la deuda pública, i el gravámen de las clases productoras, que están ya demasiadamente agobiadas. La Inglaterra en estas circunstancias no puede contemplar sin horror la idea de nuevas expediciones al continente i nuevos subsidios a las potencias aliadas; i nos inclinamos a creer que, si la revolucion de sus vecinos no toma un aspecto ominoso a la estabilidad del presente equilibrio europeo, los votos del pueblo i del gabinete británico propenderán a la paz.

«En vista de todo, no nos parece que se deba dar mucho crédito a los pronósticos de una guerra continental en Europa, ni desesperamos de que las cámaras legislativas de la Francia, ilustradas por la experiencia, procedan con un espíritu de circunspeccion i templanza que

imponga respeto i desarme a los enemigos de la revolucion.»

La prevision del escritor no salió fallida.

La permanencia de Bello entre nosotros fué provechosa al país por muchos motivos.

El hábil publicista ajustó el 16 de mayo de 1832 el tratado de paz, amistad, comercio i navegacion vijente entre Chile i los Estados Unidos, i la convencion adicional firmada el 1.º de setiembre de 1833 que lo completa.

Puede leerse en las páginas 184 i siguientes del tomo 6 del *Boletin de las leyes i decretos del gobierno de Chile*, i en las páginas 60 i siguientes del tomo I de la *Coleccion de tratados celebrados por la república de Chile con los estados extranjeros*.

Don Andres Bello declara en el preámbulo de este tratado ser ciudadano chileno.

La lectura atenta de las producciones relativas a derecho internacional, habia manifestado a Bello que no existia ninguna que pudiera servir de texto para el aprendizaje de este ramo en los colejos.

A fin de llenar tal vacío, compuso el libro titulado *Principios de derecho de jentes*, que puede considerarse como una especie de *Instituta* de la lejislacion internacional, segun se entendia i practicaba en el tiempo que escribió.

Para llevar a cabo su proyecto, el autor consultó, no solo las obras antiguas i modernas referentes a la materia que pudo proporcionarse, sino tambien los voluminosos repertorios de causas judiciales recopiladas en la Europa i en los Estados Unidos de Norte América, cuya doctrina supo extractar con precision i método.

Formó de este modo un resumen exacto i sustancioso de las leyes o reglas de conducta que las naciones deben observar para su bienestar comun.

El manuscrito fué concluido i entregado a la imprenta en 1832; pero solo vino a publicarse en 1833, segun resulta del siguiente aviso inserto en *El Araucano* de 10 de mayo de ese año.

#### OBRAS RECIEN PUBLICADAS

##### *Principios de derecho de jentes.*

«En esta obra, destinada a la enseñanza de la juventud, se da una exposicion breve i completa de la doctrina de Vattel, añadiendo la de varios publicistas de este siglo sobre el derecho consuetudinario de Europa, i especialmente el marítimo, i terminando por un sucinto compendio del *Manual Diplomático* de Martens. Comprende multitud de materias no tocadas hasta ahora en las obras elementales de esta ciencia que se han dado a luz en castellano.»

Don Andres Bello dió a la estampa en 1844 una segunda edicion de su obra, que mejoró con ampliaciones, ilustraciones i notas.

En 1859, decia a la universidad de Chile: «En el texto de derecho internacional, pudieran acaso intercalarse párrafos nuevos que el trascurso de pocos años en una época de reforma i de rápido movimiento político, parece haber hecho necesarios. En el derecho marítimo, ha surgido un orden de cosas nuevo que debemos conocer a fondo; i con este motivo, se nos permitirá observar de paso que el primer gobierno que, en esa materia tomó la iniciativa, fué el de Chile en un tratado que, a la ver-



---

dad, no llegó a canjearse, pero que no deja de merecer la atención por la conformidad de algunas de sus estipulaciones con las reglas recientemente acordadas por las grandes potencias de Europa.»

El autor hizo las adiciones i enmiendas que consideró convenientes para poner la obra en armonía con los progresos de la ciencia; i publicó en 1864 una tercera edición corregida i considerablemente aumentada bajo el título de *Principios de derecho internacional*, denominación que, a su juicio, tendia a prevalecer en el idioma sobre la de *Derecho de jentes*.

El distinguido escritor colombiano don Manuel Antonio Caro ha formado la lista siguiente de las principales ediciones del libro de Bello:

---

*Derecho Internacional.*

*Principios de derecho de jentes*, por A. B.—Santiago de Chile; año de 1832. Imprenta de la *Opinion*. 8.º IV—267 páginas.

—2.ª edición, corregida i aumentada por el autor.—Valparaíso: Imprenta del Mercurio. 1844. 8.º 285 páginas.

*Principios de derecho internacional* por don Andres Bello, miembro de la facultad de filosofía i humanidades i de la facultad de leyes de la universidad de Chile, miembro correspondiente de la Real Academia Española, i socio de otras corporaciones científicas i literarias. Tercera edición, corregida i considerablemente aumentada. Valparaíso, 1846.

Las advertencias de cada nueva edición, conservadas

en las últimas, indican suficientemente las importantísimas adiciones i reformas que fué introduciendo el autor. Desde la 3.<sup>a</sup> mudó en el título el término *Derecho de jentes* en *Derecho Internacional*.

Don Cárlos Calvo, *Esquisse Historique des progrès du droit international*, que sirve de introduccion a *Le Droit International théorique et pratique* del mismo distinguido publicista americano, dedica a Bello (edicion de Paris, libro I, página 85) pocas, pero expresivas líneas:

«Bello est le premier qui ait signalé l'insuffisance des principes émis dans l'ouvrage de Vattel et ait tenté d'y suppléer. On peut le considérer comme le précurseur de Wheaton, le publiciste nord-américain, qui lui a emprunté de nombreuses citations. Les auteurs les plus distingués son unanimes á parler de l'ouvrage de Bello avec éloge.»

Hai varias ediciones no chilenas; entre otras:

—Bogotá: J. A. Cualla. 1839. 8.º 264 páginas (R. B.)

*Principios de derecho de jentes*, por Andres Bello. Obra publicada en Santiago de Chile. Reimpresion cuidadosamente hecha por unos neo-granadinos. Paris. Imprenta de Bruneau, Montmartre, 39. 1840. 18. VI.—452 páginas.

En la advertencia *Al lector*, se leen estas frases:

«Hemos puesto todo cuidado en que esta edicion salga libre de los errores que hemos encontrado en la de Carácas, haciéndola en lo posible digna de su autor, a quien tratamos de dar así una prueba del aprecio que hacemos de su mérito i del reconocimiento del servicio que ha prestado con la publicacion de esta obra a toda la América del Sur, i aun a la antigua metrópoli.»

—Carácas: José María de Rojas. 1846. 8.º 289 páginas.

Precédele una notable carta, fechada en Bogotá a 8 de julio de 1846, dirigida por el señor don Antonio José de Irisarri al editor caraqueño don José María de Rójas. En ella, hallamos estos conceptos: «Ciertamente el señor Bello no ha compuesto su libro en poco tiempo. *Hace treinta años* que yo le conozco estudiando los principios de derecho internacional, i él fué el primero de quien yo tuve las pruebas de la deficiencia del *Derecho de jentes* de Vattel en todas las cuestiones que interesaban a la causa de la emancipacion de la América Española, i fué él quien me hizo conocer la necesidad de estudiar a los escritores mas modernos. Desde entónces, este sabio i patriota americano se ocupaba en el estudio cuyo fruto tenemos a la vista; i desde entónces, se proponia darnos estos *Principios del derecho internacional* para que se hiciesen populares en estas repúblicas, i sirviesen en la ventilacion de nuestros negocios con las demas naciones.»

—*La misma*. Paris: Garnier hermanos. 1873.

—Clichy-la-Garenne: Dupont. 1873. 332 páginas (R. B.)

—Bogotá: Imprenta de Echeverría hermanos. 1869.

El señor don Manuel Ancízar revisó las pruebas de esta limpia edicion bogotana, en que se siguió la tercera de Valparaíso, i escribió un apéndice de pocas páginas que, impreso en la misma forma, corre adjunto al texto en algunos ejemplares.

Debe agregarse a la nómina ántes copiada la edicion que, en 1833, ha hecho en Madrid don Cárlos Martínez Silva, sobre la cual se lee en un diario de España de 8 de octubre del año citado:

«El *Derecho Internacional* del escritor americano An-  
DCHO. INT. 3\*

dres Bello ha encontrado digno i merecido lugar en la *Coleccion de escritores castellanos*, pues talvez no existe en nuestra lengua obra para la enseñanza en mas correcto i castizo lenguaje. La materia es, por otra parte, mui interesante, i está ilustrada con notas i apéndices del acreditado profesor americano don Cárlos Martínez Silva.»

Las alabanzas de Enrique Wheaton, don Antonio José de Irisarri i don Cárlos Calvo hacen inútil que agregue mi voz desautorizada a la de personas tan competentes.

Don Andres Bello, como oficial mayor del ministerio de relaciones exteriores, escribió varios trabajos importantes relativos a su cargo.

Fueron igualmente redactadas por él la *Exposicion que el presidente de la república don Joaquin Prieto dirigió a la nacion chilena el 18 de setiembre de 1841*, último dia de su administracion; i la *Exposicion que el jeneral don Manuel Búlnes dirigió a la nacion chilena al concluir la suya*.

Al mismo tiempo que desempeñaba la oficialía mayor del ministerio de relaciones exteriores, don Andres Bello tomaba la parte principal en la redaccion de *El Araucano*.

Basta recorrer a la lijera la coleccion de ese periódico para notar que el hábil estadista seguia con ojo avizor el movimiento político de los países que podian suministrar mas provechosas lecciones a los habitantes de Chile.

Citaré entre varias una muestra.

Con fecha 14 de abril de 1832, escribia lo siguiente:

«Hemos presentado a los lectores de *El Araucano* en los números anteriores un largo extracto del mensaje

---

del presidente al congreso de los Estados Unidos de América. Dificilmente pudiéramos ofrecerle un documento mas instructivo i curioso. La política de los Estados Unidos es para nosotros un objeto de grande importancia, por el influjo que necesariamente debe ejercer en la suerte de las nuevas naciones americanas, i por el peso que tendrá siempre en las cuestiones de derecho internacional el ejemplo de aquella poderosa potencia.

«Los que solo ven la superficie de las cosas, explican el rápido adelantamiento de la república norte-americana con esta sola palabra *federacion*, como si esta fuese la primera federacion que se ha visto, o la única que existe en el mundo, o como si todas las federaciones hubiesen producido resultados semejantes. Toda constitucion libre hubiera sido igualmente próspera en pueblos preparados como lo estaban los americanos del Norte, i favorecidos de las mismas circunstancias naturales; i la federacion mas perfecta habria hecho poco o nada sin el espíritu que animaba aquella sociedad naciente; espíritu que nació i medró a la sombra de instituciones monárquicas, no porque eran monárquicas, sino porque eran libres, i porque en ellas la inviolabilidad de la lei estaba felizmente amalgamada con las garantías de la libertad individual.

«Si en los nuevos estados americanos la emancipacion no ha producido esos rápidos adelantamientos, basta para encontrar la causa comparar la educacion política de las colonias españolas, dirigida al único objeto de perpetuar su infancia, con el sistema adoptado por la Gran Bretaña en sus establecimientos del Norte, cada uno de los cuales era una república libre con un gobierno representativo perfecto. ¿Qué hicieron éstos para constituirse inde-

pendientes, sino levantar la cúpula del magnífico edificio que les habian legado sus padres? Nosotros debimos empezar derribando, i aun estamos i estaremos largo tiempo ocupados en este trabajo preparatorio. Mas el que con ojos imparciales examine lo que hemos hecho a pesar de tantas dificultades, reconocerá que se han dado pasos importantes en todas las repúblicas americanas; que, en medio de grandes errores políticos, se han ejecutado grandes cosas; que se ha sostenido con increíbles sacrificios, i sin ningun auxilio extraño, una lucha en que nuestro adversario contaba por auxiliares suyos nuestros hábitos, nuestras mas arraigadas preocupaciones; que éstas pierden cada dia terreno; que la opinion se ilustra; que ha llegado al fin la época en que nuestros gobiernos, si aspiran a ser permanentes, tienen que apoyarse en esta suprema reguladora de los destinos sociales; i (lo que en nuestro sentir es una señal segura del suceso que va a coronar nuestros esfuerzos) que el bello ideal de los visionarios políticos i de los arquitectos de utopias ha perdido todo su prestigio.»

Don Andres Bello pensaba, como don Álvaro Flóres Estrada i don Manuel José Quintana, que el sistema colonial establecido por nuestra antigua metrópoli era sumamente defectuoso i opresivo; i juzgaba, como don José María Blanco White, don José Joaquin de Mora i don Rafael María Baralt, que la independencia de las posesiones americanas era un acontecimiento inevitable.

Una vasta porcion del nuevo mundo no podia quedar sometida eternamente a una pequeña parte del viejo, cuando no habia en esa sujecion vejatoria conveniencia de ninguna especie, sino perjuicio i abatimiento.

La lejislacion civil ha fijado prudencialmente un pe-



ríodo determinado para que el hijo salga de la patria potestad sin mas trámite.

En la gran familia de las naciones, debe realizarse otro tanto.

Parece que un espacio de trescientos años es plazo suficiente para que extensas rejiones divididas de otra por ancha mar i encumbradas cordilleras puedan gobernarse a sí mismas.

En concepto de don Andres Bello, Chile habia obrado perfectamente al instituir una fiesta para celebrar el aniversario de esa emancipacion, que habria debido ser un acto voluntario, no una ruptura violenta.

Así decia, en el número 527 de *El Araucano* fecha 2 de octubre de 1840:

«Usanza ha sido siempre de tiempos i pueblos remotos el trasmitir de jeneracion en jeneracion las proezas de los héroes, que, en algun suceso memorable, labraron la salvacion de la patria. Los títulos, los atributos mismos de la divinidad, las coronas, las estatuas i columnas, los arcos i las entradas triunfales en que se hacía ostentacion de los despojos i cadenas del vencido, fueron en épocas mas bárbaras e incultas la recompensa i galardón de las acciones nobles. La vanidad i la ostentacion de un solo dia era por cierto un medio fugaz de hacer indelebles las impresiones de un momento; i los pueblos cuya peligrosa somnolencia es preciso romper con continuas imágenes de virtud, olvidaban pronto aquellos aparatos orgullosos, que estimulaban su codicia, i cuya importancia estaban acostumbrados a medir por las larguezas del triunfador. Mas la cultura i civilizacion moderna, desbaratando de dia en dia las odiosas diferencias que ejendran la riqueza i el nacimiento, han inspirado al último de los ciu-

dadanos un interes por la salud de la patria que ántes no conocia, cuando solo era un frio espectador de la distribucion de premios que él jamas podia alcanzar, i que, aun siendo merecidos, su degradada condicion le obligaba a aborrecer. Libre ya de tan injusto i humillante freno, i franca la carrera de las aspiraciones, contempla en la condecoracion de su igual, el impulso de una saludable ambicion. La deshonra de la patria ya es la suya, i en sus triunfos se dilata i palpita su corazon.

«A tales sentimientos ha querido dar nuevo vigor el legislador, señalando al pueblo chileno un dia para recuerdo, no de las victorias de una nacion libre i poderosa, sino para memoria de los innumerables combates de una colonia envilecida i aherrojada por la mano poderosa de una metrópoli acostumbrada a domeñar la altivez de los monarcas mas poderosos, i que en su misma decadencia i postracion arrastraba la veneracion i prestigio de grandezas pasadas. Ninguna piedra, ningun mármol, que puede sentir la lenta, pero segura i roedora mano del tiempo, o ser profanado en la ira i frenesí de los partidos, nos presenta el nombre de los héroes de nuestra gloriosa revolucion; mas ellos viven i vivirán siempre en los corazones de sus agradecidos conciudadanos, sin que pueda el arte levantar a su desnudo un trofeo capaz de rivalizar con la independendencia que conquistaron.»

Así i con todo, don Andres Bello consideraba que no podia ni debia haber odio perdurable entre dos naciones, sobre todo cuando tenian una misma sangre i hablaban un mismo idioma.

Una vez que los contendientes envainaron las espadas, creyó que debian estrechase las manos, olvidando agravios, heridas i daños.

Se necesitaba cierto arrojo para sustentar esta opinion, apenas disipado el humo del combate, cuando aun estaban a la vista los estragos de una guerra de mas de veinte años.

En muchas partes, contristaban el ánimo los campos desolados i los escombros de poblaciones i casas destruidas en una lucha encarnizada.

Aun quedaban viudas, huérfanos, mendigos e inválidos que debian sus desgracias a las armas españolas.

El 20 de febrero de 1835, decia el redactor de *El Araucano* en el número 232 de este periódico:

«Por las últimas noticias de Europa i por las comunicaciones particulares que han llegado a nuestras manos, no vemos que el reconocimiento de la independencia suramericana, anunciado como uno de los primeros asuntos en que iban a ocuparse los sucesores de Cea Bermúdez, haya dado en Madrid un solo paso durante la nueva administracion.

«En los debates de las cortes a que han dado motivo los apuros de la hacienda pública, no han faltado miembros que se hayan acordado de las antiguas colonias americanas, proponiendo que se les adjudique una cuota proporcionada de la deuda española, i que, si los gobiernos de Inglaterra i de Francia deseaban que se pagase a sus súbditos, interpusiesen su influjo para llevar a efecto este repartimiento. Los ministros de la reina gobernadora, procediendo con la reserva misteriosa que han adoptado desde el principio en todo lo relativo a la América, o se han abstenido de contestar a estas indicaciones o solo han dado respuestas evasivas.

«La conducta de los ministros españoles nos ha parecido tiempo hace, mui poco propia para inspirar confianza.

Por entre las fórmulas parlamentarias i diplomáticas, parece percibirse que la España está dispuesta a la renuncia de sus imaginarios derechos, pero que en cambio de ella espera concesiones importantes, que no se reducen a meras estipulaciones de amistad i comercio. Si no se trata de combinaciones políticas ominosas a las instituciones i a los intereses de las nuevas repúblicas; ¿por qué tanta circunspeccion i reserva? ¿Por qué no se pronuncia una sola palabra sobre la cuestion americana ni en la alocucion de la reina a las cortes, ni en las memorias ministeriales? ¿Por qué tanta repugnancia a las explicaciones francas solicitadas por algunos miembros de la representacion nacional? Por qué ese velo de misterio sobre las vijilias que el gabinete español, segun ha dicho Martínez de la Rosa a las cortes, estaba consagrando a este asunto? I ¿qué hai en él de difícil i enmarañado, para que dé tanto que trabajar a los ministros de la reina? Los gobiernos americanos se han explicado sobre la materia con una franqueza que los honra, declarando terminantemente lo que piden i lo que están dispuestos a conceder. Esta es una negociacion sencillísima, que, si se quiere manejar de buena fe i en el verdadero interes de ambas partes, no debe dejar a la diplomacia mas que un trabajo de redaccion i de pura etiqueta.»

Este corto artículo bastó para suscitar ardientes protestas.

Habia brasas bajo las cenizas.

Uno de los mas esforzados campeones de la revolucion chilena, don José Miguel Infante, en *El Valdiviano Federal*, lanzó contra su autor una filípica acerba, en cuya conclusion sostenia que las repúblicas americanas estaban interesadas en dejar trascurrir por lo ménos cincuenta

---

años sin entrar en relaciones con la antigua metrópoli, para que no reviviesen las funestas preocupaciones de la época colonial; i que, terminado ese plazo, la España debia pagar las deudas que habian contraído para repeler «la guerra mas atroz, injusta i bárbara que habian visto los siglos.»

Don Andres Bello contestó lo que sigue en el número 235 de *El Araucano* fecha 13 de marzo de 1835:

---

*El Valdiviano* ha tomado, tiempo hace, el deslucido trabajo de glosar nuestros artículos, pero de un modo sumamente lisonjero para los editores, pues sus cargos son tan fútiles, sus interpretaciones tan violentas, sus argumentos tan aéreos i alambicados, que no parece sino que, por falta de materia en que ejercitar la crítica, se forja él mismo, como su prototipo el ingenioso caballero de la Mancha, los monstruos i gigantes contra quienes enristra la lanza.

«*El Araucano*, dice, parece mas bien un partidario de la España, que un verdadero hijo de la América, al lamentarse, como lo hace, de que los sucesores de Cea Bermúdez no hayan dado un paso sobre el reconocimiento de la América.»

Los lectores que tengan la bondad de pasar la vista por el artículo editorial de nuestro número 232, a que se refiere *El Valdiviano*, verán el candor con que nos atribuye lamentos donde no hai frase, ni palabra, ni cosa alguna que lo parezca. Nos limitamos allí a manifestar motivos de recelo por la conducta reservada i misteriosa de la administracion española en una cuestion que, a nuestro entender, no exige mas que buena fe i franqueza; i se necesitaba toda la perspicacia de *El Valdiviano*

(que a veces alcanza a ver lo que no existe) para encontrar en aquel artículo el menor viso de parcialidad a la España.

Pero demos de barato que hubiésemos lamentado la conducta de la administracion española. ¿No puede un buen americano desear la paz con la España i deplorar las preocupaciones ridículas que la retardan? *El Valdiviano* mismo ha dicho en uno de sus lúcidos intervalos que «ningun enemigo debe despreciarse por impotente, i que, cuando acaso nos creíamos en una completa seguridad por el glorioso triunfo de Maipo, un miserable sarjento, escapado milagrosamente de la muerte, bastó a conflagrar toda la provincia de Concepcion i a poner la República entera en alarma.» Nada tendria, pues, de extraño que un verdadero amigo de la humanidad i de la América se doliese de la falsa política de un enemigo, que, con daño suyo i nuestro, prolonga un estado de mutua inseguridad i peligro.

*El Valdiviano* se confirma en el concepto de que somos partidarios de España, porque, hablando de las indicaciones hechas en las cortes para que se cargue a las Américas con una parte de la deuda española, i se interponga al efecto el influjo de dos naciones poderosas, nada hemos dicho acerca de una pretension semejante, dando lugar a que pase este silencio por una aprobacion tácita. Pero ¿no hemos expresado tiempo há nuestro juicio sobre esta materia? \* ¿I no corre impresa en las co-

---

\* Don Andres Bello habia escrito a este respecto en el número 190 de *El Araucano* de 2 de mayo de 1834, lo que sigue:

«Al paso que nos hallamos poco inclinados a dar crédito a los proyectos monárquicos de la corte de España sobre las colonias emancipadas, hemos creído siempre mui probable que desco vendernos el

lumnas de *El Araucano* la memoria del ministro de relaciones exteriores, en que se sienta, como una de las bases para las anunciadas negociaciones de paz con la España, que Chile se niega a toda especie de concesion pecuniaria? ¿No es esto lo mismo a que aludimos en nuestro número 232, contrastando las injenuas i explícitas declaraciones de los gobiernos americanos con las reservas i las evasiones del gabinete español? ¿A qué mas explicaciones sobre una cosa tan sabida i en que todos estamos de acuerdo? De los lectores de juicio sano i despreocupado no recelábamos que nos achacasen al párrafo segundo una aprobacion tácita desmentida en el terce-

reconocimiento de nuestra independencia a cambio de estipulaciones favorables de comercio, i consignándonos una parte de su inmensa deuda, como se anuncia en el extracto de carta que hemos insertado en otra parte de nuestro periódico.—Pero ninguna de estas cosas nos parece que puede España fundarla en consideraciones de equidad, i la segunda mucho ménos que la primera, por mas que quisiese apoyarla en el ejemplo de la Bélgica. Las provincias americanas, a consecuencia de la porfiada guerra que mantuvo en ellas la España largos años despues de haber espirado toda razonable esperanza de recobrarlas, han quedado por la mayor parte exhaustas, sus campos postalados, su poblacion disminuida, sus rentas gravadas con enormes empréstitos, i con la manutencion de un ejército i un estado mayor numeroso, cuya reforma no ha podido efectuarse en unos estados, i en otros ha costado sacrificios injentes. Despues de tantos daños pecuniarios i físicos, despues de los daños morales que ha debido causar esta guerra desastrosa, que, por la naturaleza de la contienda, ha participado en todas partes del carácter de la guerra civil; ¿con qué cara podrá presentarse la España a vendernos derechos que la hemos arrancado con las armas, de que estamos en pleno goce i ejercicio, que todas las naciones han reconocido mas o ménos explícitamente, i que se halla en una completa impotencia de recuperar? Estamos seguros de que todas las repúblicas americanas rechazarían unánimemente esta pretension insensata. La obstinacion de España en una lucha desesperada i sin objeto, ha destruido todos los títulos en que hubiera podido apoyar las concesiones que se propone exigirnos. Para las negociaciones de paz, no pueden admitirse otras bases que las de reciprocidad i comun interes.»

ro; i para los lectores de otra clase, toda explicacion hubiera sido por demas. Cerrada esta puerta, se nos hubieran escabullido por otra. La verdad es una, i los modos de delirar infinitos.

Se ratifica *El Valdiviano* en su juicio de la aprobacion *tácita*, por haber dicho nosotros que los americanos se han explicado sobre la materia con una franqueza que los honra, declarando terminantemente lo que *piden* i lo que están dispuestos a conceder. El verbo *pedir* le disuena. Ya se figura en su imaginacion a los ministros españoles llenos de lisonjeras esperanzas, porque los americanos les *piden*. Ya oye hasta las expresiones que se dicen unos a otros en el gabinete, confabulándose para vendernos al mas alto precio lo que pedimos.

*El Valdiviano* pudo ahorrarse esas profundas combinaciones políticas con recurrir al diccionario de la lengua, donde hubiera visto que, no solo se pide favor i se pide limosna, sino se pide en justicia, se pide un precio por lo que se concede, i pidiendo se reclama, se demanda, se exige. Pudo al mismo tiempo haber reflexionado que los favores no se piden *terminantemente*, i que este modo de pedir es mas propio del que reclama un acto de justicia con las armas en la mano, que del que solicita una gracia.

El reconocimiento de nuestra independencia no será un *favor* de la España, pero será siempre un *bien* para la América, porque la paz es un bien, i porque ella extenderá nuestro comercio, poniéndonos en relacion, sea con la España misma, sea con otras naciones que se abstienen de tratar con nosotros miéntras carecemos de un título, que, segun ellas, es necesario para legitimar nuestra existencia política.



Tampoco estaria de mas que *El Valdiviano*, ántes de atacar nuestro artículo, hubiera consultado los antecedentes. Chile no ha pedido nada a la España. No ha iniciado, que sepamos, negociacion alguna con esta potencia. Sus agentes en los países extranjeros ni aun han recibido hasta ahora instrucciones para tratar con los ministros españoles. La conducta de los primeros, en consonancia sin duda con el espíritu de su gobierno, ha sido prudente i circunspecta en el mas alto grado. En suma, Chile no ha hecho otra cosa que declarar a las repúblicas aliadas, i por medio de la prensa al universo entero, qué es lo que, llegado el caso de las negociaciones, exige de España, i qué es lo que está dispuesto a concederle. Exige de ella el reconocimiento de su independencia bajo la forma de gobierno establecida; i está dispuesto a concederle estipulaciones comerciales de recíproco beneficio; pero se niega del modo mas positivo a concesiones pecuniarias. En este sentido, se han expresado Chile i otros gobiernos americanos, i esta es la franqueza que hemos alabado en ellos. Si el gobierno español hubiese hecho otro tanto por su parte, las negociaciones que entablásemos con él serian sencillísimas, i nada dejarían a la diplomacia, sino un trabajo de redaccion i de pura etiqueta.

---

El eminente diplomático volvió a insistir en sus ideas sin ambages de ninguna especie en el número 239 de *El Araucano* correspondiente al 3 de abril de 1835:

---

Ponemos a la vista de nuestros lectores el debate ocurrido en la sesion de 9 de diciembre de 1834 en la

cámara de procuradores de España, sobre el reconocimiento de los nuevos estados americanos; i no podemos ménos de aplaudir el tono conciliatorio con que se han expresado los ministros, aunque desearíamos hubiesen sido un poco mas francos, i así como se manifestaron dispuestos a un acto, que tanto tiempo hace reclamaban, no solo la humanidad i la justicia, sino los intereses bien entendidos de España, hubiesen dejado traslucir las condiciones con que los ministros de la reina gobernadora se proponen llevarlo a efecto.

En confirmacion de las disposiciones de que parece animada la España, podemos añadir que el presidente de los Estados Unidos de América ha comunicado al de Chile, por el conducto de su encargado de negocios en Santiago, habérsele notificado oficialmente al ministro americano en Madrid, que el gobierno español estaba decidido a recibir a los agentes de las nuevas repúblicas debidamente autorizados, i a tratar con ellos sobre el reconocimiento de la independencia.

Parece llegado el tiempo en que los nuevos estados respondan a esta invitacion, autorizando agentes diplomáticos que, provistos de las instrucciones, acordadas ya con los respectivos congresos, se acerquen a entablar esta importante discusion con el gobierno español. Talvez habrá quien crea que nosotros, imitando en esto a los españoles, debemos mirar como indecoroso i degradante enviar plenipotenciarios en vez de recibirlos. Pero, si por alguna de las dos partes beligerantes ha de darse el primer paso, nós parece que no puede haber juez alguno imparcial que no decida esta cuestion de etiqueta a favor de la España.

Algunas de las observaciones hechas por los ministros

españoles nos parecen poco exactas, i creemos oportuno rebatirlas.

«El gobierno actual (dijo el secretario de hacienda) no se anticipará a dar pasos que juzgue deshonorosos, no olvidándose que dominó no hace mucho tiempo aquellos países, que le deben su civilizacion, i que, sin rehusarse a tratar con ellos, conoce ser mucho mas fuerte que sus gobiernos.» La España tiene indudablemente los medios de hacernos mal; pero no tiene el poder de hacernos un mal de que le resulte el mas pequeño bien, i que no se vuelva contra ella misma, cuando no sea mas que aumentando sus dificultades pecuniarias, i privándola, acaso para siempre, de las ventajas que podria sacar de nuestro comercio. Si la administracion española se gobierna por principios de sentido comun, ¿de qué le sirve la superioridad de recursos de que se jacta? ¿Sacrificará los intereses reales de la nacion a un orgullo insensato?

No desconocemos lo que deben las Américas a la España, pero no contaremos entre estos beneficios el sistema colonial, establecido por ella. Sus códigos, dice el ministro de gracia i justicia, cotejados con los que hasta aquí han rejido en las colonias de la Inglaterra i la Francia, atestiguan que la lejislacion de Indias era superior a la de todas las naciones. Si la sabiduría de una lejislacion colonial debe medirse por la eleccion de los medios adoptados para perpetuar el pupilaje de las colonias, acaso será cierta esa superioridad; pero bajo otros respectos ¿qué comparacion puede hacerse entre el régimen colonial español i el de los establecimientos ingleses? En éstos, habia cuerpos lejislativos provinciales, juri, imprenta; i entre nosotros ¿qué habia?

---

La guerra estaba concluida; las repúblicas hispano-americanas habian conquistado su autonomía; la España carecia de medios para sojuzgarlas.

La independenciam era un hecho consumado e irrevocable, aunque el despecho o la obstinacion intentasen negarlo.

El caso reciente de la Inglaterra i de los Estados Unidos indicaba claramente el camino que los beligerantes debian seguir para terminar la descomunal contienda en que habian estado empeñados; pero cuestiones miserables embarazaban la única solucion que podia dársele.

El dia de la conciliacion clareó por fin.

«Nos ha parecido sumamente satisfactorio (decia don Andres Bello en el número 342 de *El Araucano* de 25 de marzo de 1837) poner en conocimiento de nuestros lectores el oficio del señor Calatrava i el informe de la comision especial de las cortes, sobre el reconocimiento de las repúblicas hispano-americanas, por el espíritu de nobleza i liberalismo que estos documentos suponen en el gobierno i en los representantes de España; i nos será mucho mas grato anunciar cuanto ántes la confirmacion de la noticia, que hasta ahora no es oficial, de que el congreso aprobó el artículo propuesto en el informe.

«Este momento no podia dejar de llegar. La voz de la razon, de la justicia i sobre todo de los intereses españoles habia de hacerse oír tarde o temprano entre los que dirijen los destinos de aquella nacion. ¿Por qué prolongar una comunicacion perniciosa i obstinada? ¿Por qué continuar una guerra sin campo de batalla i sin enemigos armados? ¿Por qué insistir en pretensiones de imposible realizacion? ¿Por qué diferir una reconci-

liacion, que, mientras mas tardía, menos provechosa habia de ser para la Península? La creencia religiosa, el idioma, la legislación, las costumbres, todo brindaba a ella. Pero los dos últimos de estos vínculos, debilitándose cada dia mas por las innovaciones que a este respecto van haciéndose en América, disminuirán necesariamente las ventajas que pudieran prometerse los españoles de sus relaciones con pueblos que ántes habian pertenecido a una misma familia. Felizmente el gabinete de Madrid da hoy en su política franca una prueba de que se halla convencido de esta verdad; i no solo renuncia a toda pretension respecto del reconocimiento, sino que se halla decidido, como se colige de la exposicion del señor Calatrava, a presentar a la nacion española en sus relaciones con las antiguas colonias en el mismo caso que cualquiera de las demas potencias que se comunican con ellas. Esta conducta, que remueve todas las dificultades que se han opuesto a nuestra paz i armonía con la España, i que cimentará inalterablemente unas relaciones que tienen hasta vínculos de sangre, es sin duda alguna honrosa en alto grado al gobierno de María Cristina.»

El resto de la controversia trabada sobre esta gran cuestion internacional, en que se hallaba interesada la mayor parte del nuevo mundo, puede verse en el presente volúmen.

Debo prevenir que el distinguido defensor de la reconciliacion entre la madre i las hijas censuraba severamente el régimen despótico en que éstas habian sido educadas; pero aplaudia con el mas sincero entusiasmo la rejeneracion política, literaria i social de la España contemporánea.

La intelijencia de don Andres Bello, tan ansiosa de conocerlo todo, como llena de solidez, se dedicó con buen éxito a toda clase de investigaciones.

El célebre Jorje Ticknor dice a la página 14 del tomo 4.º de la *Historia de la literatura española*:

«Las dificultades de la ortografía castellana están muy bien explicadas en el *Diálogo de las lenguas* (Mayans i Siscar, *Orígenes*, páginas 47—65); pero su autor se muestra demasiado severo con Lebrija. Un escritor anónimo que insertó un excelente artículo en el *Repertorio Americano* (tomo 1.º, página 27) trata la cuestión con mucho mas juicio. A pesar de todo, aun existen dudas en esta materia, pues, en el *Manual del cajista* por José María Palacios, Madrid, 1845, 8.º (páginas 134 —154), se inserta un «Prontuario de las voces de dudosa ortografía» con mas de mil ochocientas.»

Es sabido que el artículo recomendado por Ticknor, se debe a la colaboracion de don Juan García del Río i de don Andres Bello; i que este último defendió con nuevos i luminosos escritos su doctrina.

Las reformas ortográficas de don Andres Bello no han sido adoptadas hasta el presente; pero lo serán de seguro en el porvenir.

El profundo saber de nuestro autor en materias filológicas ha sido justamente apreciado por maestros eximios.

El reputado don Bartolomé José Gallardo, refiere a la página 44 del número 4 de *El Criticon* que, el año de 1818, despues de haber reunido la primera impresion de las comedias de Lope de Rueda i una coleccion de mas de cincuenta piezas escojidas, habia querido que «el fino filólogo don Andres Bello (caraqueño), a quien

franqueó sus planes,» le ayudase en Lóndres a conllevar la empresa de publicar un *Teatro Antigo Español*.

Don Vicente Salvá le envió a Santiago de Chile desde Paris su *Gramática de la lengua castellana segun ahora se habla*, primera edicion de 1830, «para que se sirviese mejorarla con sus observaciones.»

El ilustre lingüista español don Pedro Felipe Monlau dió a luz el año de 1856 una excelente obra titulada *Diccionario Etimológico de la lengua castellana*.

Entre los apéndices de esta obra, trae dos listas a que me parece oportuno referirme.

La primera de esas listas es una alfabética de los autores citados en el *Diccionario Etimológico*.

«He reunido aquí sus nombres, dice Monlau, para hacer como una especie de conmemoracion honorífica i universal de todos los varones eruditos que dedicaron, o están dedicando su vida, a investigaciones tan útiles, como curiosas, a trabajos tan improbos, como harto generalmente mal apreciados.»

Esa nomenclatura comprende autores antiguos i modernos, extranjeros i españoles.

Don Andres Bello ocupa un lugar en ella.

La segunda de las listas mencionadas es una cronológica de algunas de las principales obras sobre lingüística i etimología.

Monlau dedica en esta lista a Bello las líneas que van a reproducirse.

«*Análisis Ideológica de los tiempos de la conjugacion castellana* por A. B. (Andres Bello), Valparaíso, imprenta de M. Rivadeneira.—Un cuaderno de sesenta páginas en 8.º marquilla.

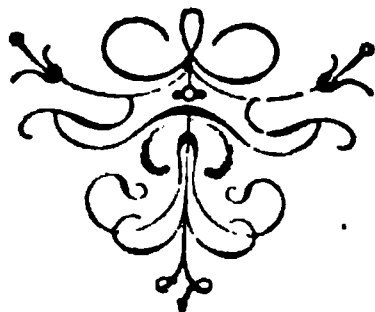
«Ademas de este opúsculo, que es un precioso estudio

gramático-filosófico, ha escrito el señor don Andres Bello, filólogo americano i distinguido profesor en Chile, una buena *Gramática de la lengua castellana*, destinada al uso de los americanos (Santiago de Chile, 1847), de la cual ha dado en España una edicion anotada (Madrid, 1853) el señor don Francisco Merino Ballestéros, inspector jeneral que ha sido de instruccion primaria.»

Es inútil hacer mencion del *Código Civil* de Chile cuya importancia está acreditada por una experiencia diaria.

El docto jurisconsulto que dió leyes a un pueblo, supo tambien reunir con acierto en un libro poco voluminoso las reglas que las naciones han de observar entre sí para su seguridad i bienestar comun.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.









# DERECHO INTERNACIONAL





---

# PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION

1832

---

Mi principal objeto en la publicacion de estos *Principios* ha sido facilitar el estudio de una parte importante del derecho de jentes, de que las obras mas estimadas que sobre esta materia se han dado a luz en nuestra lengua, no suministran suficiente noticia, ya sea por haberse introducido en la jurisprudencia internacional novedades que los autores de aquellas obras no alcanzaron, ya porque, considerándola bajo un punto de vista puramente especulativo i abstracto, no tanto fué su ánimo exponer las leyes positivas que reconoce la república de las naciones, cuanto investigar los principios jenerales de que deben deducirse estas leyes para que afiancen la seguridad i bienestar comun.

Las discusiones a que han dado lugar las pretensiones mutuas de belijerantes i neutrales en las guerras de Europa i América durante los últimos ochenta años, han fijado no pocos puntos dudosos, especialmente en lo relativo al comercio marítimo, deslindando los dere-

chos i la jurisdiccion de unos i otros, i estableciendo reglas precisas de procedimiento i adjudicacion en los tribunales de presas. Hallábase esparcida esta nueva doctrina en voluminosos repertorios de causas judiciales, recopiladas en Europa i en los Estados Unidos de América; i, si no me engaño, apareció por la primera vez bajo una forma regular i metódica en el *Tratado de las leyes sobre el comercio i manufacturas de la Gran Bretaña*, por José Chitty, dado a luz pocos años há.\* Esta obra es un completo resúmen de la jurisprudencia mercantil de Inglaterra; i sus primeros capítulos contienen una exposicion luminosa del derecho de jentes moderno en lo que mira a la navegacion i al comercio.

Posteriormente se publicaron en Nueva York los *Comentarios de las leyes americanas*, por el juez James Kent, que en la primera parte de ellos ha dado un excelente compendio de la lei universal de las naciones, segun se entiende i practica en el dia. Aunque el autor americano, en la materia comun a ambas obras, hace poco mas que reproducir i aun copiar verbalmente al ingles, tiene el mérito de abrazar todas las partes del derecho de jentes (miéntras que Chitty se ciñe exclusivamente al comercio), i de señalar los puntos en que la interpretacion de este derecho por el gobierno i judicatura de su país no está acorde con los principios de la Gran Bretaña i de otros estados.

Estas son las dos obras que mas constantemente me han servido de guia en lo que añado a la doctrina jeneral de los publicistas del siglo XVIII. Me he valido

---

\* A Treatise on the laws of Commerce and Manufactures and the Contracts relating thereto—By Joseph Chitty, Esq. of the Middle Temple, Barrister at law, London, 1824.

asimismo de otra obra americana, el *Código Diplomático* de Elliot, que entre otras cosas contiene un sumario instructivo, aunque demasiado conciso, de las mas interesantes decisiones de los juzgados de aquella república en causas de derecho de jentes. He tenido tambien a la vista las *Ordenanzas Marítimas de la Francia*, promulgadas por Luis XIV, con las modificaciones que han recibido posteriormente, i he indicado las diferencias mas notables que presenta la práctica de la nacion francesa en varias épocas. I en fin, deseoso de reunir en un solo cuerpo todas las nociones elementales indispensables, he insertado en la tercera parte de estos *Principios* un extracto del *Manual Diplomático* del baron de Martens, donde espero se hallará reducido a pocas páginas todo lo sustancial de este útil prontuario de la diplomacia moderna.

Incorporando lo que he tomado de estas fuentes con la doctrina de Vattel, ajustada a los límites de unos elementos que pudieran servir a la instruccion de los alumnos de jurisprudencia, i aprovechándome de las obras de otros célebres publicistas, cuando he creído hallar en ellas indicaciones útiles, he procurado poner a la vista de mis jóvenes compatriotas un bosquejo reducido, pero comprensivo, del estado actual de la ciencia.

No he escrupulizado adoptar literalmente el texto de los autores que sigo, aunque siempre compendiándolo, i procurando guardar la debida consonancia i uniformidad en las ideas i en el lenguaje. Cito los pasajes de que hago uso, ya como autoridades i comprobantes, ya para indicar los lugares en que pueden consultarse i estudiarse a fondo las materias que toco. Si alguna vez

me sucede apartarme de las opiniones de aquellos mismos que me sirven de guia, manifiesto las razones que me asisten para hacerlo así. Cuando trato de cosas que están suficientemente elucidadas en las obras de Vattel, Martens i otros, trasladadas ya al castellano, soi breve, i me limito a presentar, como en una tabla sinóptica, todo aquello que he creído digno de encomendarse a la memoria; pero, en las materias que tenian algo de nuevo, he juzgado de mi deber extenderme algo mas, apuntando la historia de las instituciones o usanzas internacionales que menciono, comprobando su existencia i exponiendo los fundamentos con que se ha tratado de sostenerlas o impugnarlas. Segun este plan, que me ha parecido el mas útil i cómodo para mis jóvenes lectores, lo mas o ménos extenso de las explicaciones no tanto es en razon de la importancia de cada materia, como de la dificultad de estudiarla en libros que no se hallan a mano, i en idioma cuya intelijencia empieza apénas a propagarse entre nosotros.

Quisiera que esta obra correspondiese de algun modo al liberal patrocinio que el gobierno de Chile, con su acostumbrado celo por el fomento de los estudios, ha tenido a bien dispensarle. Mi ambicion quedaria satisfecha, si a pesar de sus defectos, que estoi mui léjos de disimularme, fuese de alguna utilidad a la juventud de los nuevos estados americanos en el cultivo de una ciencia, que, si ántes pudo desatenderse impunemente, es ahora de la mas alta importancia para la defensa i vindicacion de nuestros derechos nacionales. Si a lo ménos esta tentativa sirviese de estímulo a otras, en que con mas luces, mas tiempo i mas abundantes materiales que los que yo he tenido a mi disposicion, se de-



sempeñase mejor la materia, me lisonjearia de no haber trabajado sin fruto.



*Santiago, julio de 1844.*

La induljencia extremada con que se han recibido estos *Principios*, el uso que se ha hecho i se hace de ellos en varios establecimientos de educacion de las repúblicas hispano-americanas, i lo escasos que por algunos años habian llegado a ser en Chile los ejemplares de la primera <sup>1</sup>edicion, no obstante sus repetidas reimpresiones en América i Europa, me han impulsado a publicarlos de nuevo, revisándolos, exponiendo mas a fondo i con mas claridad la doctrina de algunos capítulos, i procurando hacer esta obra mas digna, bajo todos respectos, de la favorable acogida que se le ha dispensado, i de la liberalidad con que el gobierno de Chile ha contribuido una i otra vez a su publicacion.

Para este nuevo trabajo, he podido consultar no pocos libros, de que ántes conocíamos apénas los nombres, i que, gracias al celo de nuestro gobierno por la propagacion de las luces, ocupan hoi el lugar que merecen en las bibliotecas de los tribunales i de las secretarías de estado. He multiplicado las citas, no para ostentar una erudicion que no tengo, sino para indicar a los jóvenes las fuentes a que deben dirijirse, cuando en el curso de su carrera literaria o profesional deseen apoyar sus opiniones en autoridades respetables, o examinar mas profundamente las cuestiones que ocurran. Fácil me hubiera sido multiplicar todavía mas estas citas, copiando las que se encuentran al pié de cada página en

otras obras elementales; pero casi siempre me he limitado a las que yo mismo he tenido a la vista. Estoy convencido de que en las aplicaciones prácticas de esta ciencia valen mucho ménos las deducciones teóricas que la reglas positivas, sancionadas por la conducta de los pueblos cultos i de los gobiernos poderosos, i sobre todo por las decisiones de los tribunales que juzgan bajo el derecho de jentes; i esta conviccion, que me sirvió de guia en la edicion anterior, ha sujerido casi todas las ampliaciones, ilustraciones i notas, con que he deseado mejorar la presente.

—❖—  
1864

Agotadas las ediciones anteriores de este libro, aceptado como texto en la enseñanza colejial i universitaria de Chile, procedí, por encargo del decano de la facultad de leyes i ciencias políticas, a preparar la presente edicion, que hacian doblemente necesaria las alteraciones que el derecho internacional ha experimentado en los últimos años.

Para ella, he tenido a la mano luminosos escritos que me proporcionaban ampliar i mejorar, en la medida de mis fuerzas, las doctrinas anteriormente emitidas, i dar cuenta de las graves cuestiones internacionales que recientemente han conmovido el mundo político, i anuncian una nueva éra en que serán mejor consultados que hasta ahora los grandes intereses del comercio, incesante promovedor de la civilizacion i prosperidad jeneral.

Consecuente a la práctica que desde el principio adopté, debo indicar las obras de que principalmente me he

servido para dar a esta compilacion la forma en que hoy me atrevo a presentarla, llevando en ello la mira, ahora como ántes, no solo de autorizar las doctrinas que expongo, sino de señalar esas obras a los estudiantes, a los cultivadores todos de este ramo importante de la ciencia jurídica i especialmente a las personas llamadas a discutir i dirimir cuestiones de derecho internacional público i privado en los tribunales i en las cámaras legislativas, a fin de que puedan dirigirse a esas mismas fuentes en busca de nociones mas completas, mas profundas, i talvez mas exactas que las que en este libro encontraren.

Compilacion la llamo, porque, haciéndome la debida justicia, no me cabe aspirar a otro título que al de un mero compilador; salvo en cuanto la accidental variedad u oposicion de esas doctrinas me ha obligado a elegir entre ellas, i a justificar la eleccion.

El ilustre norte-americano Enrique Wheaton, llorado ahora por la ciencia que le debió tan estimables trabajos como escritor elemental, como esmerado colector de decisiones judiciales, i como historiador del derecho de jentes, me ha servido constantemente de maestro i de guia no ménos en esta que en las anteriores ediciones. La de sus *Elementos*, publicada en frances bajo la direccion del autor, con notables mejoras (Paris, 15 de abril de 1847), ha pasado por diferentes reimpressiones en ambos continentes; la segunda de Leipzig (1852), es la que he tenido a la vista. Su *Historia de los Progresos del Derecho de Jentes* me fué primeramente conocida por la traduccion castellana del ilustrado ministro del Paraguai, don Carlos Calvo, el mismo que poco hace defendia con tanto celo i habilidad la causa de su patria en la corte

de Londres. Le debemos la continuacion de esta historia hasta la fecha en que dió a luz su version castellana (Besanzon, 1861).

Otros de mis principales auxiliares han sido:

*El Derecho Internacional Público de Europa*, por A. G. Heffter, consejero de la corte suprema de justicia i profesor de la universidad de Berlin; traducido al frances por el doctor Julio Bergson (Paris, 1857). Es un precioso prontuario en que lucen a la par la filosofía i la imparcialidad.

*Investigaciones sobre el Derecho Internacional*, por James Reddie (segunda edicion, aumentada, Londres, 1851).

*Elementos de Derecho Público Internacional de España* por don Antonio Riquelme (Madrid, 1849); el segundo tomo, titulado *Apéndice*, es una coleccion de documentos oficiales de que pueden hacerse frecuentes aplicaciones a las repúblicas sur-americanas.

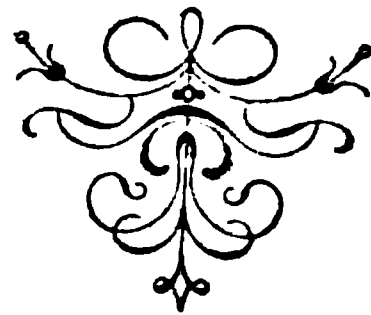
*Derechos i Obligaciones de los neutrales en tiempo de guerra marítima*, por L. B. Hautefeuille (segunda edicion, Paris, 1858): vigorosa defensa de las inmunidades neutrales.

*Comentarios de Derecho Internacional*, por Roberto Phillimore, miembro del parlamento británico i abogado de S. M. en la corte del almirantazgo (Londres, 1854, 1855, 1857 i 1861). Obra majistral i de una copiosa erudicion diplomática; entre los escritores de su nacion, ninguno talvez mas notable por sus sentimientos de moderacion i justicia. El cuarto tomo está consagrado exclusivamente al derecho internacional privado.

De las demas autoridades a que me refiero, hago mérito en los lugares oportunos.

---

Solo me resta reiterar la expresion de mi gratitud al supremo gobierno, que en esta ocasion, como en las anteriores, se ha dignado sufragar al costo de la impresion de esta obra con una liberal suscripcion.





---

# DERECHO INTERNACIONAL

---

## NOCIONES PRELIMINARES

---

1. Definición del derecho internacional o de jentes.—2. Autoridad de que emana.—3. Sanciones.—4. División en interno i externo.—5. En natural e instituido.—6. Su fuerza obligatoria.—7. Autoridades en materia de derecho internacional.—8. División de esta obra.

### 1

EL DERECHO INTERNACIONAL O DE JENTES, es la colección de las leyes o reglas jenerales de conducta que las naciones o estados deben observar entre sí para su seguridad i bienestar comun.

### 2

Toda lei supone una *autoridad* de que emana. Como las naciones no dependen unas de otras, las leyes o reglas a que debe sujetarse su conducta recíproca, solo pueden serles dictadas por la razon, que, a la luz de la experiencia, i consultando el bien comun, las deduce del encadenamiento de causas i efectos que percibimos en el órden físico i moral del universo. El sér supremo, que ha establecido estas causas i efectos, que ha dado al hombre un irresistible conato al bien o la felicidad i no nos permite sacrificar la ajena a la nuestra, es, por consi-

guiente, el verdadero autor de estas leyes, i la razon no hace mas que interpretarlas. El derecho internacional o de jentes no es, pues, otra cosa que el natural, que, aplicado a las naciones, considera al jénero humano, esparcido sobre la faz de la tierra, como una gran sociedad de que cada cual de ellas es miembro, i en que las unas respecto de las otras tienen los mismos deberes primordiales que los individuos de la especie humana entre sí.

Debemos, pues, mirarlas como otras tantas personas morales.\*

## 3

Toda lei supone tambien una *sancion*, esto es, una pena que recae sobre los infractores, i mediante la cual el bien comun, de que la pena es una garantía, se hace condicion precisa del bien individual.

El derecho natural tiene tantas sanciones diferentes, cuantas son las especies de males que puedan sobrevenirnos a consecuencia de un acto voluntario, i que no se compensen por bienes emanados de ese mismo acto (entendiendo por bien todo sentimiento de felicidad o placer, i por mal todo sentimiento contrario). Estos males o son producidos sin la intervencion humana i en fuerza solo de las leyes físicas que gobiernan el universo material; o consisten en la pena interior con que nos afecta la aprension de los padecimientos ajenos; o nos vienen de la aversion, ira o desprecio de los demas hombres: de aquí la sancion que podemos llamar *física*, la sancion

---

\* Los jurisconsultos romanos distinguian (no siempre) entre derecho natural (*jus naturæ*) i derecho de jentes (*jus gentium*), suponiendo que el primero era comun, no solo a todos los hombres, mas aun a los animales irracionales, i que el segundo habia sido constituido por la recta razon entre todos los hombres; pero no tardó en desecharse esta distincion como absurda, i las dos expresiones se hicieron equivalentes. Pareció, sin embargo, mas propio i ménos susceptible de ambigüedad limitar la segunda a las relaciones de los estados entre sí. En las lenguas modernas, se dice indiferentemente derecho de jentes o derecho internacional, i aun es de creer que esta última denominacion prevalecerá.



*simpática*, la sancion *de la vindicta humana* o sancion social. Esta última, en el seno de la sociedad civil, se ejercita i se regulariza en gran parte por las leyes positivas i la administracion de justicia.

Pero hai otras dos sanciones, que consagran, por decirlo así, las anteriores, i dan al derecho de la naturaleza toda su dignidad, colocándolo bajo la tutela de la divinidad i de nuestra propia conciencia. La sancion *de la conciencia* o sancion moral es la pena que, en un corazon no enteramente depravado, acompaña al testimonio que el alma se da a sí misma de la irregularidad de sus actos; i la sancion *religiosa* consiste en los castigos con que la divinidad ofendida conmina a los que violan sus leyes.

La sancion de la vindicta humana es la que obra entre las naciones, i en cada nacion, del modo mas jeneral, constante i eficaz. Pero aun ella influye con mucho mas vigor i regularidad en la conducta que observan unos con otros los individuos, que en las relaciones mutuas de los pueblos o de las potestades supremas. En el estado civil, medianamente organizado, la fuerza de la sociedad, empleada contra los infractores de las leyes, es superior a la de cualquier individuo, por poderoso que sea. Pero las naciones no han constituido una autoridad, que, armada con la fuerza de todas, sea capaz de hacer cumplir a los estados poderosos ni aun aquellas reglas de equidad natural que están reconocidas como mas esenciales para la seguridad comun.

Ni podemos decir que el interes particular de cada nacion la induce a cooperar con las otras al escarmiento de la inhumanidad o injusticia. Los estados, como los individuos, suelen decidirse por motivos inmediatos i momentáneos que obran vivamente sobre sus pasiones; i desatienden los que se les presentan a lo léjos, de un modo especulativo i abstracto. Una nacion formidable por su poder insulta a un estado débil. Las otras, atendiendo a su seguridad propia, deberian coligarse para castigar el insulto. Mas, adoptando esta conducta, tendrian que someterse desde luego a todas las calamidades i contingencias de la guerra, para evitar un peligro incierto i

distante. Así vemos que cada una de ellas, aunque susceptible de vivos resentimientos cuando se le hace una injuria, mira con indiferencia, o a lo sumo, con una indignacion tibia i pasajera, los agravios ajenos.

Ademas, para obtener la reparacion, sería necesario una liga de estados; semillero de disputas i querellas, que empeoraria muchas veces los males en vez de ponerles remedio.

No por eso hemos de pensar que la opinion de los hombres, su alabanza o vituperio, su amor u odio, carezcan de todo influjo sobre la conducta de los estados. Hai circunstancias que dan vigor, aun en la política, a este gran móvil de las acciones humanas. La primera es la cultura intelectual, que difunde las sanas ideas morales, i propende continuamente a cimentar las relaciones de los pueblos sobre la base de la justicia, que es la de su verdadero interes. La segunda es el incremento de la industria i del comercio, que hace apreciar cada vez mas la seguridad, la confianza mutua. La tercera es la semejanza de instituciones: toda la historia testifica que los pueblos que se rijen por dogmas, costumbres i leyes análogas, simpatizan mas vivamente unos con otros, i se sujetan a reglas mas equitativas en sus negocios comunes. La cuarta, en fin, es la igualdad, o lo que puede suplir por ella, el equilibrio de intereses i fuerzas. Un estado que por su excesiva preponderancia nada teme de los otros, puede emplear el miedo i la compulsion para hacerlos servir a sus miras: rodeado de iguales, se verá precisado por su interes propio a cultivar su buena voluntad i a merecer su aprobacion i confianza.

La operacion de estas causas se descubre a las claras en la historia de las naciones modernas. Si las de Europa i América forman una familia de estados, que reconoce un derecho comun infinitamente mas liberal que todo lo que se ha llamado con este nombre en la antigüedad i en lo restante del globo, lo deben al establecimiento del cristianismo, a los progresos de la civilizacion i cultura, acelerados por la imprenta, al espíritu comercial que ha llegado a ser uno de los principales reguladores de la política, i al sistema de acciones i reac-

ciones, que en el seno de esta gran familia, como en el de cada estado, forceja sin cesar contra las preponderancias de toda especie.

## 4

La palabra *derecho* tiene dos sentidos. En el primero (que es en el que la hemos empleado hasta ahora), significa una coleccion, sistema o cuerpo de leyes; en el segundo, significa la facultad de exigir que otro ejecute, omita o tolere algun acto, facultad que tiene por objeto el beneficio real o imaginario de la persona en que ella existe. *Derecho* en este sentido supone siempre en otra persona una *obligacion* correlativa de ejecutar, omitir o tolerar algun acto; porque es evidente que no podemos tener la facultad de exigir un servicio positivo o negativo si no existe en alguna parte la necesidad de prestarlo.

Los derechos (i por consiguiente las obligaciones) son perfectos o imperfectos. *Derecho perfecto*, llamado tambien *externo*, es el que podemos llevar a efecto empleando, si es necesario, la fuerza: en el estado de naturaleza, la fuerza individual; i en la sociedad civil, la fuerza pública de que está armada la administracion de justicia. *Derecho imperfecto* o *meramente interno*, es aquel que no puede llevarse a efecto sin el consentimiento de la parte obligada.

Esta diferencia consiste en lo mas o ménos determinado de las leyes en que se fundan los derechos i las obligaciones. Los actos de beneficencia son obligatorios, pero solo en circunstancias i bajo condiciones particulares; i a la persona que ha de ejecutarlos es a quien toca juzgar si cada caso que se presenta se halla o no comprendido en la regla, porque si ésta fuese jeneral i absoluta, produciria mas daño que beneficio a los hombres. Debemos, por ejemplo, socorrer a los indijentes; pero nó a todos, ni en todas ocasiones, ni con todo lo que nos piden; i la determinacion de estos puntos pertenece exclusivamente a nosotros. Si fuese de otro modo, el derecho de propiedad, sujeto a continuas exacciones, perderia mucha parte de su valor, o mas bien no existiria.

De aquí resulta que, aunque la necesidad moral que consti-

tuye la obligacion existe siempre en la conciencia, hai muchas obligaciones que, sometidas al juicio de la parte que ha de observarlas, lo están consiguientemente a su voluntad, por lo que toca a los efectos externos. Un particular o una nacion, que desatiende una de estas obligaciones, obra mal sin duda, i se labra, no solo la desaprobacion de la divinidad i la de su propia conciencia, sino la censura i la aversion de los hombres; mas no por eso podrá el agraviado recurrir a la fuerza para hacer efectivo el derecho; porque en materias que por su natural indeterminacion no admiten una regla precisa, lo que se hiciese para corregir la voluntad, destruiria la independendencia del juicio, a que por el interes mismo del jénero humano deben sujetarse las obligaciones de esta especie.

Decir que un servicio que se nos pide es de obligacion imperfecta, es lo mismo que decir que el exigirlo por la fuerza sería violar nuestra libertad i hacernos injuria.

El derecho de jentes, o la coleccion de las leyes o reglas internacionales, se llama *interno*, en cuanto mira únicamente a la conciencia, i determina lo que ésta manda, permite o veda; i *externo*, en cuanto determina las obligaciones cuyo cumplimiento puede exigirse por la fuerza. I de lo expuesto se sigue evidentemente que puede una nacion estar obligada a prestar un servicio, segun el derecho interno, al mismo tiempo que tiene la facultad de rehusarlo, segun el derecho externo. Una nacion, por ejemplo, está obligada en el fuero de la conciencia a franquear sus puertos al comercio de las otras, siempre que de ello no le resulte daño, como regularmente no le resulta, sino mas bien utilidad i ventaja; pero, si por razones buenas o malas determinase prohibir todo comercio extranjero, las otras naciones con quienes no hubiese pactado permitirlo, deberían someterse a ello; i si apclasen a la violencia o la amenaza para compelerla a que lo permitiese, le harian una grave injuria.\*

---

\* No es fácil comprender lo que Vattel entiende por *derecho de jentes voluntario* cuando aplica este término al derecho meramente interno, que no autoriza para emplear la fuerza. En el lenguaje de

## 5

Se llama derecho de jentes *natural, universal, comun, primitivo, primario*, el que no tiene otro fundamento que la razon o la equidad natural, i *voluntario, especial, convencional, positivo, secundario*, el que han formado las convenciones expresas o tácitas, i cuya fuerza solo se deriva mediatemente de la razon, que prescribe a las naciones, como regla de importancia suprema, la inviolabilidad de los pactos.

El derecho de jentes universal puede producir todo jénero de obligaciones. En cuanto produce obligaciones perfectas, suele llamarse *necesario*.

El derecho de jentes positivo autoriza siempre a emplear la fuerza para hacer cumplir las obligaciones que prescribe. A veces, al mismo tiempo que positivo, es natural i necesario, porque no necesita de una convencion para producir obligaciones externas; otras, natural i voluntario, porque sin la convencion obligaria solo en conciencia; i otras, enteramente arbitrario, porque saca toda su fuerza del pacto.

Derecho *consuetudinario* es el que nace de la costumbre, esto es, de lo que se practica entre dos o mas naciones sobre alguna materia. Una costumbre, si se refiere a cosas indiferentes o que la lei natural no ordena ni prohíbe, solo obliga a las naciones que han querido observarla; i esta obligacion se origina de un contrato tácito, en que, por el hecho de adoptar voluntariamente una práctica, parece que nos empeñamos a rejirnos por ella. Por consiguiente, el derecho consuetudinario es una parte del convencional o positivo. Pero no hai ninguna razon para suponer que, adoptando una costumbre, hemos querido empeñarnos irrevocablemente a observarla. Podemos, pues, asemejar las obligaciones del derecho consuetudinario a las que nacen de aquellos pactos que cada parte se reserva la facultad de terminar cuando quiere, dando noticia a la

---

otros publicistas, *voluntario* aplicado al derecho de jentes es lo mismo que *convencional* o *arbitrario*.

otra con la anticipacion necesaria para no causarle perjuicio.\*

Aunque el derecho primitivo es de suyo inmutable como fundado en relaciones constantes de orden i justicia, puede variar mucho en sus aplicaciones por causa de las diferentes circunstancias en que suelen hallarse las sociedades humanas. Puede ser ademas mejor conocido e interpretado en una edad que en otra; i así es que, relativamente a este como a los otros ramos del saber, se han visto incontestables adelantamientos en los tiempos modernos. Finalmente, hai convenciones i costumbres que son ilejítimas segun la conciencia, i que no dejan por eso de producir efectos externos, porque la independencia de cada estado sería quimérica, si los otros se arrogaran la facultad de llamarlos a cuentas i de invalidar sus pactos.

El derecho introducido por los pactos i la costumbre es al derecho primitivo de jentes lo que el código civil de cada pueblo es a los preceptos i prohibiciones de la lei natural. Especifica, pues, i regulariza lo que en el derecho primitivo era vago i necesitaba de reglas fijas. Dictaba, por ejemplo, la naturaleza que las naciones tuviesen apoderados por cuyo medio comunicasen entre sí, i que se dispusese a éstos una completa seguridad en el desempeño de su cargo; pero dejaba por determinar la forma de sus credenciales i la extension de sus inmunidades; puntos quo, si no se fijaban, abrian campo a desavenencias i fraudes. Esta determinacion pudo hacerse de varios modos; i era menester que convenciones expresas o tácitas fijasen alguno, como en efecto lo han hecho.

Desgraciadamente, quedan todavía muchos casos en que por la vaguedad de las leyes naturales se necesitan reglas específicas que sirvan para evitar las controversias o dirimir las. La prescripcion nos ofrece un ejemplo. Las leyes civiles han definido con bastante precision el título natural que la posesion tranquila de largo tiempo nos da a la propiedad de las cosas; pero en el derecho de jentes no hai todavía regla alguna que

---

\* Martens, *Précis du Droit de Gens*, Livre II, chapitre 3.

determine el espacio de tiempo i las demas circunstancias que se requieren para que la posesion prevalezca sobre todo otro titulo.

En una familia de naciones, como la que forman actualmente los pueblos cristianos, cuando se halla establecida una de estas reglas que corrijen la necesaria imperfeccion de las leyes naturales, la nacion que caprichosamente se apartase de ella obraria contra el interes jeneral. Importa, pues, sobremanera conocerlas.

El derecho convencional puede considerarse tambien bajo otro aspecto: él es con relacion al primitivo lo mismo que los pactos de los particulares con relacion a las leyes i estatutos de cada pueblo. Él forma las alianzas, transije las diferencias, solemniza las enajenaciones, regula el comercio, crea, en fin, gran número de obligaciones especiales, que modifican el derecho comun, pero que solo tienen vigor entre los contratantes, no interesando, por consiguiente, a la ciencia, sino como un simple documento histórico.

En fin, si, por una parte, la costumbre se funda, segun hemos visto, en una convencion tácita, por otra, toda convencion, por expresa que sea, pierde toda su fuerza, i verdaderamente no existe, desde que no la confirma i sanciona su continuada observancia, es decir, la costumbre. Así que, *derecho consuetudinario* i *derecho positivo de jentes* son expresiones que tienen, bajo este punto de vista, una misma extension i significado.\*

---

\* Es preciso tambien confesar que de estado a estado la diferencia entre el derecho natural externo i el derecho consuetudinario es de pura teoría. Verdad es que hai un cierto número de axiomas morales que nadie disputa en abstracto; pero su aplicacion a los casos particulares ocasiona dudas i controversias a cada paso. Así vemos que el llamado derecho natural es variable i fluctuante, no solo de siglo a siglo, sino de nacion a nacion; i que una regla práctica, por razonable i equitativa que parezca, i por luminosas que sean las demostraciones de los escritores que la defienden, no empieza a ser de rigurosa observancia, sino cuando la ha sancionado la costumbre. ¿De qué sirve, pues, el derecho natural por sí solo, si al cabo es el derecho consuetudinario el que lo interpreta i promulga? Pero hai mas. La costum-



Modernamente, se ha introducido, o mas bien, se ha reconocido i desarrollado un nuevo ramo de jurisprudencia internacional bajo el título de *derecho internacional privado*, que comprende aquellas cuestiones en que parece haber colision o conflicto entre las leyes de dos diferentes estados, cuando ellas conciernen a la persona o cosas de un individuo que se halla en relacion con ambas. Así un extranjero puede encontrarse a veces obligado por una parte a cumplir las obligaciones que le impone su patria, i por otra las que le prescribe su residencia. De aquí la division del derecho internacional en público i privado; refiriéndose el primero (*jus inter gentes*) a los derechos i obligaciones jenerales de los estados entre sí, i el segundo a las cuestiones especiales de que acabo de hablar, i en que razones de utilidad comun aconsejan una transaccion entre las dos legislaciones, por una especie de cortesía o acatamiento mutuo.

Ha sucedido frecuentemente que ciertas prácticas que en su oríjen eran de pura benevolencia se han elevado, por los pactos o la costumbre, a la categoría de obligaciones perfectas. Hai otras que se miran hoi como de mera cortesía (*comitas juris gentium*, en el lenguaje de los jurisconsultos romanos), las cuales presentan mucha variedad segun las leyes e instituciones de los diferentes estados. A las primeras, daremos en esta obra el lugar oportuno; de algunas de las otras, se hablará por incidencia. Pero el asunto sería de bastante importancia para merecer un tratado especial.

bre que lo da a conocer i le imprime el carácter de lei, no supone en realidad la libre aquiescencia de los pueblos que se gobiernan por ella. En la república de las naciones, hai una aristocracia de grandes potencias, que es en la que *de hecho* reside exclusivamente la autoridad legislativa; el juicio de los estados débiles ni se consulta, ni se respeta. Lo peor es que las versiones del código internacional autorizadas por los diferentes miembros de esa aristocracia de estados, son a veces contradictorias; hai puntos capitales en que, siendo opuestos los intereses de los estados poderosos, es opuesta su jurisprudencia; i en que, por consiguiente, las naciones que carecen de voto deliberativo para el arreglo de los negocios comunes, no saben a qué atenerse, o tienen que fijar con cada estado, por estipulaciones expresas, las reglas a que entienden sujetarse en sus relaciones recíprocas.

●



Por último, al derecho internacional suelen añadirse las expresiones *européo*, *jermánico*, *español* i otras análogas, cuando se trata de designar las modificaciones que recibe en sus aplicaciones prácticas, segun las costumbres e instituciones de los respectivos países.

## 6

Las naciones modernas de Europa han reconocido el derecho de jentes como una parte de la jurisprudencia patria. «Por aquellos estatutos, dice sir William Blackstone, que se han hecho de tiempo en tiempo en Inglaterra para reforzar esta loi universal i facilitar su ejecucion, no se han introducido reglas nuevas, sino solo se han declarado i explicado las antiguas constituciones fundamentales del reino, que sin ellas dejaria de ser un miembro de la sociedad civilizada.» El canciller Talbot declaró que el derecho de jentes, en toda su extension, era una parte de las leyes británicas. Los tribunales de los estados de la Federacion Americana han expresado una doctrina semejante.

Que en una nacion i en una época dadas el derecho de jentes sea una parte de la jurisprudencia patria, no admite duda. Pero no debe inferirse de aquí que los estatutos británicos se hayan limitado a reformar i facilitar el derecho primario i a explicar las antiguas constituciones fundamentales del reino sin introducir reglas nuevas. Esto se halla en abierta contradiccion con los hechos. En el mismo sentido, debe entonderse la doctrina de Talbot i de los tribunales americanos.

La lejislacion de un estado no puede alterar el derecho de jentes, de manera que las alteraciones obliguen a los súbditos de otros estados; i las reglas establecidas por la razon o por el consentimiento mutuo son las únicas que sirven para el ajuste de las diferencias entre soberanos.

## 7

No existe, i apénas parece posible que jamas exista, un código obligatorio en que se hallen recopilados los preceptos i prohibiciones del derecho internacional, sea natural, sea ins-

tituido. De aquí gran número de incertidumbres i dudas, que hacen peligrar algunas veces la paz entre los soberanos.

Para suplir la falta de este código, se hace necesario explorar e ilustrar las reglas del derecho internacional por los medios siguientes:

1.º Pactos o convenciones. Ya hemos indicado que los pactos no ofrecen muchas veces declaraciones de principios o reglas jenerales: por consiguiente, pueden rara vez citarse en este sentido; pero, cuando los contratantes reconocen una regla como jeneralmente obligatoria, no solo suministran una autoridad respetable, sino una verdadera norma de derecho, a que ellos mismos deben conformarse en su conducta recíproca i con los demas estados. Fuera de eso, cuando en gran número de pactos, entre naciones civilizadas, se estipula sobre algun punto una regla uniforme, tenemos fundamentos para inferir que es dictada a todas por la razon, a lo ménos en las circunstancias que se halla entónces el mundo político.

2.º Las proclamas i manifiestos dirigidos por un estado a los otros, i la correspondencia diplomática sobre puntos de derecho de jentes.

3.º Las ordenanzas i reglamentos de marina, en cuanto testifican las prácticas de las diferentes naciones en materias de navegacion i comercio. Cuando los códigos de las grandes potencias están todos de acuerdo, constituyen un tribunal a cuya jurisdiccion sería difícil sustraerse.

4.º Las sentencias de los juzgados de presas. En la Inglaterra i los Estados Unidos de América, se publican numerosas colecciones de esta sentencias. Los jueces que mas se han distinguido por la justicia i sabiduría de sus decisiones han sido: en Inglaterra, sir William Scott, que despues se llamó lord Stowel (le citaremos con una i otra denominacion sin lisonjarnos de la exactitud cronológica, que no siempre está a nuestro alcance); i en los Estados Unidos, Enrique Wheaton i el gran jurisconsulto Story.

5.º Lo que nos ha dejado sobre esta materia la antigüedad, i, sobre todo, la doctrina recopilada en los escritos i las grandes colecciones de jurisconsultos romanos. Sus luminosas doc-

trinas sobre lo que llamaban *jus gentium* han merecido i merecerán siempre la atencion i estudio de cuantos cultivan las ciencias.

Desde la época del renacimiento, se empezó a introducir en Europa un sistema de derechos mutuos, fundado principalmente en la jurisprudencia romana, aplicada a las cuestiones que sucesivamente se presentaban. Pero el español Francisco Suárez (que vivió de 1548-1617) fué el primer escritor que en los tiempos modernos acertó a dar nociones puras i sólidas del derecho natural i de jentes en su tratado *De legibus ac Deo legislatore*.

Poco despues Hugo Grocio (que vivió de 1583-1646) se propuso hacer de todas las doctrinas emitidas hasta su tiempo una ciencia particular e independiente, completando e ilustrando este resúmen con admirable sagacidad i solidez. En su inmortal tratado *De Jure Belli et Pacis*, reconoce la doble distincion del derecho de jentes, es decir, la de un derecho natural e inmutable, i un derecho voluntario de todas o las principales naciones. Hai en sus escritos un sabor moral que les asegura la mas durable aceptacion.

Surjieron despues dos tendencias diferentes. Una de ellas, tomando por punto de partida el derecho natural, supone una lei racional innata, o prescrita a la naturaleza del hombre; a la cual lei no pueden sustraerse ni los individuos, ni las asociaciones humanas. La otra ha sido defendida con calor por varios autores, que niegan absolutamente la existencia de una lei verdadera, obligatoria por sí misma, e independiente de la voluntad humana; porque, segun ellos, no hai mas leyes que las que promulga el poder material de los que mandan, como revestidos de una mision divina de dominacion. Esto era lo que entre otros enseñaba el ingles Hobbes (1588-1679).

Las nociones naturales de justicia han sido tambien consideradas como fundamento del derecho, por Samuel Puffendorf (1631-1694), en su *Jus Naturæ et Gentium*.

Pero los mas de los autores prefirieron el camino cómodo i práctico trazado por Grocio; i al mismo tiempo que concedian a las leyes positivas una autoridad absoluta, admitian el dere-

cho natural de los individuos i de las naciones como una fuente directa o a lo ménos subsidiaria de aquéllas. En este sentido, enseñaron i escribieron muchos filósofos, i entre ellos Juan Cristiano de Wolf (1679-1764), que en los puntos fundamentales siguió los principios de Grocio, i poco despues Emerico Vattel, suizo de oríjen (1714-1767), que abrazó casi enteramente el sistema de Wolf, i por su manera elegante i práctica, aunque algo superficial i difusa, se abrió la entrada en las bibliotecas de los repúblicos al lado del libro de Grocio. Merecen citarse con él T. Rutherford, J. J. Burlamaqui i Jerardo de Raynoval.

Los partidarios del derecho histórico práctico, ardientes adversarios de Puffendorf, se dividieron a su vez en dos fracciones: la de los que adhieren al puro derecho positivo, fundado únicamente en los tratados i convenciones; i la de aquellos escritores que, mirando la voluntad de las naciones como única fuente, la encuentran no solo en las manifestaciones internacionales, sino en la necesidad de las cosas, i en la posicion i relaciones mutuas de los estados; cuya voluntad presunta impone así reglas a las personas i las cosas, i enjendra preceptos jenerales de justicia.

Los principales partidarios del puro derecho positivo, los hombres de la tradicion i de la historia, fueron: Cornelio de Bynkershoek (1673-1743) *Cuestiones de derecho público*; el caballero Gaspar de Real (*Ciencia del gobierno*, publicada en 1764); i casi toda la nueva escuela de publicistas, desde que Kant, echando por tierra la lei natural, estableció por única base del derecho de las naciones su voluntad positiva. En este espíritu, enseñaba i escribía Jorje Federico de Martens (1756-1821), infatigable publicista, autor de varios tratados doctrinales i de colecciones voluminosas; la edicion de 1831 de su *Derecho de Jentes* es de grande interes por las notas con que la enriqueció Pinheiro Ferreira, que se pronunció con enerjía contra esta escuela. Siguiéronse Federico Saalfeld (Gotinga, 1809), Enrique Schamalz (1760-1831), Juan Luis Kluber (1762-1835) i otros. Todos estos niegan la existencia de un derecho natural o filosófico, si no es en cuanto influye sobre la

redaccion de las leyes positivas. Pero no puede decirse lo mismo de Enrique Wheaton, que, si bien se colocó al lado de los positivistas, no cerró por cierto los oídos a la equidad i a consideraciones elevadas de justicia universal; sus *Elementos de Derecho Internacional* i su *Historia de los Progresos de este derecho*, son obras clásicas, que no pueden estudiarse demasiado.

Nos atrevemos a hacer igual recomendacion de los *Comentarios de Phillimore*, i del *Derecho Internacional Público de Europa*, por Heffter, a quienes hemos mencionado en la advertencia preliminar de esta edicion, i de quienes nos hemos valido principalmente para la materia de este artículo.\*

Ni fuera justo cerrar este catálogo, pasando por alto los *Comentarios de la lei Americana*, por el canciller Kent, las *Reglas Internacionales de la mar*, por J. H. Ortolan (Paris, 1845), las *Investigaciones de Derecho Internacional*, por James Reddie (Edimburgo, 1844-1845, i segunda edicion aumentada, Glasgow 1861), i el *Tratado de los derechos i deberes de los neutrales*, por L. B. Hautefeuille (Paris 1858).

Aunque en muchos puntos no es uniforme la doctrina de los principales autores, hai una fortísima presuncion de la solidez de sus máximas cuando están de acuerdo; i ninguna potencia civilizada las despreciará, si no tiene la arrogancia de sobreponerse al juicio del jénero humano; de lo que, a la verdad, no han faltado ejemplos en los últimos siglos, i aun en nuestros dias, i en la parte mas culta de Europa.

8

Consideraremos a las naciones primeramente en el estado de paz; despues, en el de guerra; i daremos al fin una breve idea de los medios de comunicacion entre los soberanos, o del derecho diplomático.

---

\* Heffter, páginas 20 i siguientes.

Kent, *Comentarios*, página 1, leccion I.

Wheaton, *Elementos*, página 1, capítulo 1.º, párrafo 14.

Phillimore, tomo I, páginas 15 i siguientes.



---

# PARTE PRIMERA

## ESTADO DE PAZ

### CAPÍTULO PRIMERO

#### De la Nacion i el Soberano

**1. Nacion o estado.—2. Igualdad, independencia i soberanía de las naciones.—3. Soberanía orijinaria, actual i titular.—4. Inmanente i transeunte.—5. Personalidad de las naciones —6. Derecho de un estado al reconocimiento de los otros.—7. Derechos que se derivan de la independencia i soberanía de las naciones.—8. Perpetuidad de las naciones.**

#### 1

**NACION O ESTADO es una sociedad de hombres que tiene por objeto la conservacion i felicidad de los asociados; que se gobierna por las leyes positivas emanadas de ella misma, i es dueña de una porcion de territorio.**

#### 2

**Siendo los hombres naturalmente iguales, lo son tambien los agregados de hombres que componen la sociedad universal. La república mas débil goza de los mismos derechos i está**

sujeta a las mismas obligaciones que el imperio mas poderoso.\*

Como una nacion rara vez puede hacer algo por sí misma, esto es, obrando en masa los individuos que la componen, es necesario que exista en ella una persona o reunion de personas encargada de administrar los intereses de la comunidad, i de representarla ante las naciones extranjeras. Esta persona o reunion de personas es el soberano. La *independencia* de la nacion consiste en no recibir leyes de otra, i su *soberanía* en la existencia de una autoridad suprema que la dirige i representa.

\* Qué signifique la igualdad de derechos que los escritores casi unánimemente regalan a todos los estados soberanos de cualquier calibre que sean, es una cosa algo difícil de explicar. Hé aquí cómo se expresa Phillimore (*Comentarios*, tomo I, página 77): «Es un principio que merece colocarse en el umbral de la ciencia de que tratamos, que el derecho internacional nada tiene que ver con la forma, carácter i constitucion política de cada estado, con la religion de sus habitantes, ni la extension de sus dominios o su poder e influencia en la república de las naciones. Rusia i Jinebra gozan de derechos iguales.» Vattel i otros infinitos profesan la misma doctrina. Wheaton, sin embargo, escritor exacto i circunspecto, en el capítulo *De los derechos de igualdad* (3.º de la primera parte de sus *Elementos*, edicion francesa), principia diciendo que: «La igualdad natural de los estados soberanos puede modificarse por un contrato positivo o por la costumbre, para dar a un estado superioridad sobre otros en cuanto al rango, título i demas distinciones relativas al ceremonial.» A esta sola materia se reduce todo el capítulo, que talvez llevaria con mas propiedad la rúbrica *De los derechos de desigualdad*, pues en materia de ceremonial no hai mas que diferencias i privilegios. Lo que se ha dicho en la nota 4 de la nociones preliminares, es mas conforme a la verdad de las cosas que la utopia de los publicistas, desmentida por el lenguaje categórico de los altos funcionarios i de la historia. En el parlamento británico, se ha declarado que en las relaciones con los estados débiles no debian guardarse las mismas reglas que con las grandes potencias. En la cámara de los pares, el conde Malmesbury, tratando del reciente conflicto anglo-brasilero, echó en cara a los ministros de la reina la conducta con que habian tratado al Brasil en el uso de las represalias; conducta, dijo, que no se hubieran atrevido a observar respecto de la Francia o de los Estados Unidos de América. Pero el *Times* de Lóndres, periódico que se mira como un órgano de la opinion



## 3

El poder i autoridad de la soberanía se derivan de la nacion, si no por una institucion positiva, a lo ménos por su tácito reconocimiento i su obediencia. La nacion puede transferirla de una mano a otra, alterar su forma, constituir la a su arbitrio. Ella es, pues, *orijinariamente* el soberano. Pero lo mas comun es dar este nombre al jefe o cuerpo, que, independiente de cualquiera otra persona o corporacion, si no es de la comunidad entera, regula el ejercicio de todas las autoridades constituidas, i da leyes a todos los *ciudadanos*, esto es, a todos los miembros de la asociacion. De aquí se sigue que el poder legislativo es *actual i esencialmente* el soberano.

El poder legislativo, el poder que ejerce actualmente la soberanía, suele estar constituido de varios modos: en una persona, como en las monarquías absolutas; en un senado de nobles o de propietarios, como en las aristocracias; en una o mas cámaras, de las cuales una a lo ménos, es de diputados del pueblo, como en las democracias puras o mixtas; en una asam-

---

inglesa ilustrada, se encargó de contestar al noble lord. «Seguramente, dice, no hubiéramos obrado de la misma manera; pero el Brasil es una potencia de segundo orden, i las potencias débiles no tienen el derecho de hallarse en culpa para con las grandes potencias... Cuando un pequeño estado ofende gravemente a un grande estado, el fuerte castiga al débil prontamente i del modo debido.» (Véase en cuanto al conflicto anglo-brasilero *Le Mémorial Diplomatique*, 11 de julio de 1863.) Es decir que el estado fuerte que se cree ofendido impone al débil la pena que estima correspondiente a la ofensa, que él mismo califica de grave, i que él mismo se encarga de castigar; de manera que, en las cuestiones entre el poderoso i el débil, el poderoso es a un mismo tiempo juez i parte; a no ser que se someta, por excepcion al juicio de un tercero. Tal es el estado del mundo, i tal el verdadero valor de la pretendida igualdad internacional, que en cada época no puede ménos de corresponder a la cultura intelectual i moral que a la sazón prevalece. La influencia de ésta es lo que puede elevarnos progresivamente al ideal del derecho, tanto en la gran comunidad de las naciones, como en el seno de cada estado; bien que sea demasiado cierto por la condicion de las cosas humanas, que, aun caminando sin cesar hacia él, no le alcanzaremos jamas.

blea compuesta de todos los ciudadanos que tienen derecho de sufragio, como en las repúblicas antiguas; en el príncipe o en una o mas cámaras, como en las monarquías constitucionales, que, segun el número i composicion de las cámaras, pueden participar de la aristocracia, de la democracia o de ambas.

En algunas monarquías constitucionales, se supone que la sancion real es lo que da el vigor i fuerza de las leyes a los acuerdos de las asambleas legislativas; esta es una ficcion legal; el príncipe tiene en ellas el *título*, aunque no el poder de soberano.

## 4

La parte de la soberanía a que se debe atender principalmente en el derecho internacional, es aquella que representa a la nacion en el exterior, o en que reside la facultad de contratar a su nombre con las naciones extranjeras. Los tratados son leyes que obligan a los súbditos de cada uno de los soberanos contratantes; pero la autoridad que hace esta especie de leyes, i la autoridad de que proceden las leyes relativas a la administracion interna, pueden no ser exactamente una misma. En las monarquías absolutas, lo son; en las monarquías constitucionales i en las repúblicas, suelen ser diferentes. Así en Inglaterra, el príncipe, que concurre con los pares i los comunes en la formacion de las leyes internas, dirige por sí solo las relaciones exteriores, i contrata definitivamente con las potencias extranjeras. Adoptando el lenguaje de algunos publicistas, se puede llamar soberanía *inmanente* la que regula los negocios domésticos, i *transeunte* la que representa a la nacion en su correspondencia con los otros estados.\*

Es importante determinar a punto fijo cuál es la persona o cuerpo en que reside esta segunda especie de soberanía segun la constitucion del estado, porque los pactos celebrados con cualquiera otra autoridad serian nulos.

Importa ademas que los actos de esta soberanía no salgan

---

\* Heineccio *De Jure Naturæ et Gentium* libro II, capítulo 7, párrafo 125.

de la esfera de las facultades que la están señaladas por la constitucion, porque todo contrato en que los excediese, adolecera tambien de nulidad.

Sin embargo, es preciso observar que la constitucion de un estado no es una cosa fija e inmutable, sino que experimenta (como lo acredita la historia de casi todos los pueblos), ya vaivenes violentos que la arrastran de un extremo a otro, ya alteraciones lentas i progresivas que la hacen tomar diferentes formas con el trascurso del tiempo; de manera que seria muchas veces dificultoso a las naciones determinar cuál es en cada una de ellas el órgano lejítimo de representacion externa, i hasta dónde se extienden sus poderes, segun las leyes vijentes; i así la mejor regla a que los estados extranjeros pueden atenerse en esta materia, es la posesion aparente de la autoridad con quien tratan, i la aquiescencia de la nacion a sus actos.

## 5

La cualidad especial que hace a la nacion un verdadero cuerpo político, una persona que se entiende directamente con otras de la misma especie bajo la autoridad del derecho de jentes, es la facultad de gobernarse a sí misma, que la constituye independiente i soberana. Bajo este aspecto, no es ménos esencial la soberanía transeunte que la inmanente; si una nacion careciese de aquélla, no gozaria de verdadera personalidad en el derecho de jentes.

Toda nacion, pues, que se gobierna a sí misma, bajo cualquiera forma que sea, i tiene la facultad de comunicar directamente con las otras, es a los ojos de éstas un estado independiente i soberano. Deben contarse en el número de tales aun los estados que se hallan ligados a otro mas poderoso por una alianza desigual en que se da al poderoso mas honor en cambio de los socorros que éste presta al mas débil; los que pagan tributo a otro estado; los feudarios, que reconocen ciertas obligaciones de servicio, fidelidad i obsequio a un señor; i los federados, que han constituido una autoridad comun permanente para la administracion de ciertos intereses; siempre que

por el pacto de alianza, tributo, federacion o feudo no hayan renunciado la facultad de dirigir sus negocios internos, i la de entenderse directamente con las naciones extranjeras. Los estados de la Union Americana han renunciado esta última facultad, i por tanto, aunque independientes i soberanos bajo otros aspectos, no lo son en el derecho de jentes.

Dos o mas estados distintos pueden ser rejidos accidentalmente por un mismo príncipe, como se vió no há mucho tiempo en la Gran Bretaña i el Hanóver: su union se llamaba entónces *personal*. Pero, cuando por la identidad de la lei de sucesion que los rije, están inseparablemente unidos, esta union se llama *real*, i entónces puede decirse que su independencia recíproca desaparece respecto de las demas naciones. Así ha sucedido entre el Austria, la Bohemia, la Hungría, i hasta hace poco el reino Lombardo Véneto. Los estados que, al incorporarse en otros, pierden la facultad de entenderse directamente con las demas naciones, aunque por otra parte se administren internamente con entera independencia, se llaman en las clasificaciones modernas estados *semi-soberanos*.

Las hordas o tribus migratorias que no ocupan país determinado, i todas las asociaciones que se forman para la ejecucion de objetos inmorales, como la piratería, aunque tengan una mansion fija i se arroguen la denominacion de estados o pueblos independientes, no entran en la categoría de tales. Pero, no porque una nacion se haga culpable de la violacion de derechos internacionales o cometa un acto pirático, hai motivo bastante para considerarla como destituida del carácter de estado.\*

6

La independencia i soberanía de una nacion es, a los ojos de las otras, un hecho; i de este hecho nace naturalmente el derecho de comunicar con ellas sobre el pié de igualdad i de buena correspondencia. Si se presenta, pues, un estado nuevo por la colonizacion de un país recién descubierto, o por la

---

\* Phillimore, tomo I, páginas 75 i siguientes.

desmembracion de un estado antiguo, a los demas estados solo toca averiguar si la nueva asociacion es independiente de hecho, i ha establecido una autoridad que dirija a sus miembros, los represente, i se haga en cierto modo responsable de su conducta al universo. I si es así, no pueden justamente dejar de reconocerla, como un miembro de la sociedad de las naciones.

En el caso de separarse violentamente de una antigua nacion i constituirse en estados independientes una o mas de las provincias de que estaba aquélla compuesta, se ha pretendido que las otras naciones estaban obligadas a respetar los derechos de la primera, mirando a las provincias separadas como rebeldes i negándose a tratar con ellas. Miéntras dura la contienda entre los dos partidos, no hai duda que una nacion extraña puede abrazar la causa de la metrópoli contra las provincias, si lo cree justo i conveniente, así como la de las provincias contra la metrópoli en el caso contrario. Pero una vez que el nuevo estado u estados se hallan en posesion del poder, no hai ningun principio que prohiba a los otros reconocerlos por tales, porque en esto no hacen mas que reconocer un hecho i mantenerse neutrales en una controversia ajena. Las provincias unidas de los Países Bajos habian sacudido el yugo de la España ántes de espirar el siglo XVI, pero la España no renunció sus derechos sobre ellos hasta la paz de Westfalia en 1648; i las otras naciones no aguardaron esta renuncia para establecer relaciones directas i aun alianzas íntimas con aquel nuevo estado. Lo mismo sucedió en el intervalo entre 1640, en que el Portugal se declaró independiente de la España, i 1668 en que la España reconoció esta independencia.

Pero semejante conducta de parte de las otras naciones no solo es lícita, sino necesaria, porque, como expuso Mr. Canning en su nota de 25 de marzo de 1825 al señor Rios, ministro español en la corte de Lóndres, justificando el reconocimiento de los nuevos estados americanos por la Gran Bretaña: «Toda nacion es responsable de su conducta a las otras, esto es, se halla ligada al cumplimiento de los deberes que la naturaleza ha prescrito a las pueblos en su comercio recíproco, i al resarcimiento de cualquiera injuria cometida por sus ciudadanos o

súbditos. Pero la metrópoli no puede ser ya responsable de actos, que no tiene medio alguno de dirigir, ni reprimir. Resta, pues, o que los habitantes de los países cuya independencia se halla establecida de hecho no sean responsables a las otras naciones de su conducta, o que en el caso de injurias, sean tratados como bandidos i piratas. La primera de estas alternativas es absurda, i la segunda, demasiado monstruosa para que pueda aplicarse a una porcion considerable del jénero humano por un espacio indefinido de tiempo. No queda, por consiguiente, a los estados neutrales otro partido que el de reconocer la existencia de las nuevas naciones, i extender a ellas de este modo la esfera de las obligaciones i derechos que los pueblos civilizados deben respetar mutuamente i pueden reclamar unos de otros »

Al ejemplo de la restauracion de los Borbones al trono frances despues de una larga serie de años i revoluciones, ejemplo alegado por el ministro español en prueba del inextinguible derecho de los soberanos lejitimos, contestó victoriosamente Mr. Canning que todas las potencias europeas, i España una de las primeras, habian reconocido los varios gobiernos que, expelida la dinastía borbónica, dominaron la Francia por mas de veinte años; i no solamente los habian reconocido, sino contraído alianzas con todos ellos i especialmente con el de Napoleon Bonaparte, contra quien, si se coligó toda Europa, no lo habia hecho por un principio de respeto a los derechos de la antigua familia, sino alarmada por la insaciable ambicion de aquel conquistador. La Inglaterra abrió negociaciones en 1796 i 97 con el directorio; hizo la paz en 1801 con el consulado; la hubiera hecho en 1806 con el imperio, si hubiesen podido ajustarse los términos; i si desde 1808 hasta 1814 no quiso dar oídos a las sujestiones pacíficas de la Francia, procedió así por consideracion a la España sola, con quien el emperador pertinazmente rehusaba tratar. Mr. Canning añade que aun en 1814 la Gran Bretaña no distaba de una paz con Bonaparte sobre bases razonables; i que, aun excluido Bonaparte, fué materia de discusion entre los aliados si convendria colocar en el trono frances un príncipe de la familia de Borbon.

## 7

De la independencia i soberanía de las naciones, se sigue que a ninguna de ellas es permitido dictar a otra la forma de gobierno, la relijion, o la administracion que ésta deba adoptar; ni llamarla a cuentas por lo que pasa entre los ciudadanos de ésta, o entre el gobierno i los súbditos. La intervencion de la Rusia, Prusia i Austria en los negocios internos de la Polonia i el derecho que a consecuencia se arrogaron de desmembrarla i de extinguir por fin su existencia política, se ha mirado jeneralmente como un escandaloso abuso de la fuerza. Durante el curso de la revolucion francesa, ocurrieron varios ejemplos de esta violacion del derecho que tienen las naciones independientes para constituirse como mejor les parezca. Tal fué la invasion de la Francia por las armas prusianas en 1792, i la hostilidad declarada por la Francia, en épocas subsiguientes de su revolucion, contra los estados monárquicos. Un decreto de la Convencion, de 19 de noviembre de 1792, prometia el auxilio de Francia a todos los pueblos que quisiesen recobrar su libertad, i ordenaba a los jenerales de sus ejércitos que socorriesen a cuantos hubiesen sido o en adelante fuesen vejados por la causa de la libertad; decreto que fué impreso i traducido en todas las lenguas. Tal fué tambien la invasion de Nápoles por el Austria en 1821, i la de España por la Francia en 1823, bajo pretexto de sofocar un espíritu peligroso de innovaciones políticas. La opinion pública se declaró contra esta especie de intervencion como inicua i atentatoria.

No hai duda que cada nacion tiene derecho para proveer a su propia conservacion i tomar medidas de seguridad contra cualquier peligro. Pero éste debe ser grande, manifiesto e inminente para que nos sea lícito exigir por la fuerza que otro estado altere sus instituciones a beneficio nuestro. En este sentido, decia la Gran Bretaña a las cortes de Europa en 1821 (con ocasion de las medidas anunciadas por la llamada Santa Alianza contra las nuevas instituciones de España, Portugal i Nápoles, i de los principios jenerales que se trataban de fijar



para la conducta futura de los aliados en iguales casos) «que ningun gobierno estaba mas dispuesto que el británico a sostener el derecho de cualquier estado a *intervenir*, cuando su seguridad inmediata o sus intereses esenciales se hallaban seriamente comprometidos por los actos domésticos de otros estados; pero que el uso de este derecho solo podia justificarse por la mas absoluta necesidad, i debia reglarse i limitarse por ella; que, de consiguiente, no era posible aplicarlo jeneral e indistintamente a todos los movimientos revolucionarios; que este derecho era una excepcion a los principios jenerales, i por tanto solo podia nacer de las circunstancias del caso; i que era peligrosísimo convertir la excepcion en regla, e incorporarla como tal en las instituciones del derecho de jentes.» «Los principios que sirven de base a esta regla, decia la Gran Bretaña, sancionarian una intervencion demasiado frecuente i extensa en los negocios interiores de los otros estados; las cortes aliadas no pueden apoyar en los pactos existentes una facultad tan extraordinaria; i tampoco podrian atribuírsela a virtud de algun nuevo concierto diplomático entre ellas, sin arrogarse una supremacía inconciliable con los derechos de soberanía de los demas estados i con el interes jeneral, i sin erijir un sistema federativo opresor, que, sobre ser ineficaz en su objeto, traeria los mas graves inconvenientes.»\*

Por consiguiente, la limitacion de las facultades del príncipe, los derechos de la familia reinante, i el órden de sucesion a la corona, en los estados monárquicos, son puntos que cada nacion puede establecer i arreglar como i cuando lo tenga por conveniente, sin que las otras puedan por eso reconvenirla justamente, ni emplear otros medios que los de la persuasion i consejo, i aun esos con circunspeccion i respeto. Si una nacion pone trabas al poder del monarca, si le depone, si le trata como delincuente, expeliéndole de su territorio, o condenándole talvez al último suplicio; si excluye de la sucesion un individuo, una rama, o toda la familia reinante; las potencias

---

\* Circular de lord Castlereagh de 19 de enero de 1821 a las cortes de Europa.



extranjeras no tienen para qué mezclarse en ello, i deben mirar estos actos como los de una autoridad independiente que juzga i obra en materias de su competencia privativa. Es cierto que la nacion que ejecutase tales actos sin mui graves i calificados motivos, obraria del modo mas criminal i desatentado; pero, despues de todo, si yerra, a nadie, sino a Dios, es responsable de sus operaciones, en tanto que no infrinje los derechos perfectos de los otros estados, como no los infrinje en esta materia, pues no es de suponer que, conservando su independencia i soberanía, haya renunciado la facultad de constituirse i arreglar sus negocios domésticos del modo que mejor le parezca.

La Francia ejerció estos actos de soberanía en la revolucion que derribó la rama primojénita de Borbon, i elevó en su lugar la de Orleans. Obró de la misma manera en 1848, proclamando la república, i restauró poco despues el imperio en la persona de Napoleon III. Las otras grandes potencias, despues de una expectativa mas o ménos breve, reconocieron estas alteraciones como efectuadas por autoridad competente.

La intervencion que tiene por causa o pretexto el peligro de un contajio revolucionario, ha sido casi siempre funesta, efímera en sus efectos, i rara vez exenta de perniciosos resultados. Hai otras especies de intervencion. Una de las mas frecuentes es la que tiene lugar a consecuencia de una *garantía* otorgada por una potencia extranjera, ya para asegurar la inviolabilidad de un tratado, ya la permanencia de una constitucion o gobierno en otro país.

Supongamos que dos príncipes se hubiesen obligado a mantenerse el uno al otro en posesion del trono; este pacto se aplicaria a los casos en que una tercera potencia quisiese turbar a cualquiera de los contratantes en la posesion del trono; pero sería monstruoso considerarlo como una liga personal de éstos contra los respectivos pueblos. El título de propiedad patrimonial que se atribuyen algunos príncipes sobre sus estados, se mira en el dia por los mas célebres publicistas como una quimera; el patrimonio privado es para el bien de su dueño; pero

la institucion de la sociedad civil no ha tenido por objeto el bien del príncipe, sino el de los asociados.

De lo dicho, se sigue: primero, que, en los casos de sucesion disputada, la nacion es el juez natural entre los contendientes; i segundo, que la renuncia que hace un miembro de la familia reinante de sus derechos a la corona por sí i sus descendientes, no es válida en cuanto a los últimos, si la nacion no la confirma. Los que son llamados al trono por una lei fundamental que determina el órden de sucesion, reciben este derecho, no de sus antepasados, sino de la nacion inmediatamente. Por eso, se creyó necesario en España que las renunciias de las infantas Ana i María Teresa de Austria, casadas con Luis XIII i Luis XIV de Francia, recibiesen la forma de leyes acordadas en cortes, i efectivamente se les dió esta forma en las de Madrid de 1618 i 1662; con lo que hubieran sido legalmente excluidos de la sucesion a la corona de España los descendientes de aquellas princesas, si la aceptacion nacional no hubiese rovalidado sus derechos en la persona de Felipe V de Borbon.

Siguiese tambien de lo dicho que, cuando un soberano cede a otro una provincia o distrito, por pequeño que sea, el título del cesionario puede solo nacer del asenso de la parte que se supone cedida, la cual por su separacion del todo a que pertenecia adquiere una existencia nacional independiente. Le es lícito, pues, resistir a la nueva incorporacion, si la cree contraria a la justicia i a su interes propio. Lo que se llama cesion en este caso, es una simple renuncia.

Ha solido tambien alegarse, como causa lejítima de intervencion, la necesidad de atajar la efusion de sangre, ocasionada por una prolongada i desoladora guerra civil en el seno de otro estado. Esta intervencion apoya la en los intereses jenerales de la humanidad, ha ocurrido frecuentemente en nuestros tiempos, pero nunca talvez sin otros motivos de mayor peso; como, por ejemplo, el peligro que resultase a los otros estados de la continuacion de semejante desórden, o el derecho de acceder a la solicitud de una de las partes contendientes.

Como accesorio a otros, dice Phillimore,\* puede defenderse

---

\* *Comentarios*, tomo I, página 442.

este motivo de intervencion; pero, como una justificacion sustantiva i solitaria de este derecho, puede apénas admitirse en el código internacional, porque es manifestamente propenso a muchos abusos, i tiende a la violacion de principios vitales; como los abusos que enjendraron las varias particiones de la Polonia; gran precedente tantas veces citado, i tantas imitado por los transgresores del derecho de jentes.

La necesidad de poner coto al derramamiento de sangre, fué una de las principales razones alegadas para la intervencion en los negocios de Turquía i de sus súbditos griegos en 1827; pero no fué la única, aunque quizá, si lo hubiera sido, la larga duracion de la guerra i las horribles atrocidades cometidas en ella, hubieran bastado para justificar la injerencia de las naciones cristianas, si tales razones pudiesen alguna vez hacerlo.

Otro motivo de intervencion es el que resulta, en una guerra civil, de la solicitud de ambas partes; i en este caso su legitimidad es incontestable. Pero lo es ménos cuando ha sido invocada por uno solo de los contendores. Sin embargo, no podria sostenerse que aun entónces fuese contraria la intervencion al derecho consuetudinario, pues la hemos visto repetidas veces sancionada por la práctica de las naciones, desde que (por no ir mas léjos) la reina Isabel de Inglaterra prestó auxilios a los Países Bajos contra la España, hasta que la Rusia juntó sus armas a las del Austria, para subyugar a los insurrectos de Hungría.

No basta, para justificar la intervencion de que estamos hablando, un movimiento aislado; es menester cierta proporcion de fuerzas, i que el éxito final parezca, hasta cierto punto, dudoso, despues de haber durado algun tiempo la contienda.

Otro motivo frecuente de intervencion ha sido la simpatía religiosa. Puede suceder que un estado quiera extender su proteccion a sus correligionarios, que son súbditos de otro estado que profesa diferente fe.

Prescindiendo de las intervenciones de Isabel de Inglaterra, Cromwell, i aun Carlos II, a favor de los protestantes extran-

jeros, en 1690 la Gran Bretaña i la Holanda se injirieron en los negocios de Saboya i obtuvieron para los sardos protestantes el ejercicio libre de su relijion.

La intervencion puede tener lugar sin que el derecho internacional tenga de qué quejarse, si ella se limita a negociaciones, a estipulaciones o a condiciones que se hayan impuesto en un tratado de paz, despues de una guerra que ha tenido otros objetos.

Algunos escritores sostienen que, en el caso de una persecucion que se extendiese a grandes masas, por causa de la creencia relijiosa de éstas, pudiera tolerarse una intervencion armada para atajar la efusion de sangre i poner término a prolongadas hostilidades internas.\*

Pero debe tenerse presente la observacion de Martens: «Todas las guerras a que la relijion ha servido de motivo o de pretexto, han manifestado: primero, que la relijion no ha sido jamas el único motivo de la guerra; segundo, que, cuando los estímulos políticos han estado de acuerdo con los intereses relijiosos, las potencias han sostenido efectivamente la causa de su relijion; tercero, pero que siempre el celo relijioso ha cedido al interes político; cuarto, i que mas de una vez se las ha visto lanzarse, por miras ambiciosas, a una conducta directamente opuesta\*\* a los intereses de su relijion.»

La doctrina que hemos expuesto no varía cuando el objeto de la intervencion es proteger a los súbditos cristianos de un estado musulman o infiel; pero hai en este caso un campo mas vasto para la aplicacion del principio excepcional de injerencia.

Desde el establecimiento de los turcos en Europa, han pretendido las potencias cristianas i gradualmente han conseguido ejercer jurisdiccion sobre sus propios súbditos residentes en Turquía i en otras naciones infieles, por medio de cónsules. Ademas, se han concedido a los súbditos de las potencias cris-

---

\* Phillimore, *Comentarios*, tomo I, página 48.

\*\* Martens, *Compendio del derecho de jentes* citado por Phillimore, *ibidem*, página 475.

tianas varios privilegios para la visita a los santos lugares en Palestina i para la proteccion de su culto, de las iglesias latinas i de la religion cristiana en jeneral.

Hai otra fuente de intervencion que, con el objeto de mantener la paz, ha dado ocasion a frecuentes discordias i guerras a fin de asegurar la *balanza o equilibrio* del poder entre dos diferentes estados, de manera que a ninguna potencia se permitiese extender sus dominios i acrecentar sus fuerzas hasta el punto de amenazar a la libertad de las otras. Bien entendida esta doctrina, no implica una pedantesca adherencia al equilibrio existente, porque no debo olvidarse que todo estado independiente tiene el derecho de aumentar su territorio, poblacion, riqueza i poder, por todos los medios lejítimos. Aun el incremento de sus fuerzas navales i militares ha sido jeneralmente reconocido como un derecho incontestable de soberanía. Cuando su ejercicio pone en peligro la seguridad de otros estados, no es difícil señalarle límites precisos, i seguramente habrá fundamento para exigirlo; pero, cuando solo se teme un peligro eventual, no hai la misma razon; bien que las cuestiones que sobre este punto se susciten pertenecerán mas bien al dominio de la política que al del derecho de jentes.\*

## 8

Finalmente, una nacion, cualesquiera alteraciones que experimente en la organizacion de sus poderes supremos i en la sucesion de sus príncipes, permanece siempre una misma persona moral; no pierde ninguno de sus derechos; sus obligaciones de todas clases respecto de las otras naciones no se menoscaban ni debilitan. El cuerpo político subsiste el mismo que era, aunque se presente bajo otra forma, o tenga diferente órgano de comunicacion.

Los príncipes restaurados han querido a veces excusarse de

---

\* En todo lo que se ha dicho sobre la intervencion de un estado en las pertenencias de otro, hemos tenido presentes los *Comentarios de Phillimore*, tomo I, parte 4, i los *Elementos de Wheaton*, parte 2, capítulo 1.º, párrafo 3.º, edicion francesa.

cumplir las obligaciones contraídas por los gobiernos que les han precedido, calificándolos de usurpadores, i como tales, incapaces de ligar a la nacion con sus actos. Pero esta excepcion es inadmisibile. La Francia, durante la Restauracion, la opuso largo tiempo a los Estados Unidos de América, que reclamaban cuantiosas indemnizaciones de propiedades americanas ilejítimamente confiscadas en la época precedente; pero tuvo por fin que abandonarla. «¿Debemos nosotros (decia el duque de Broglie, ministro de negocios extranjeros a la cámara de diputados en la sesion de 31 de marzo de 1834) debemos nosotros, como lo habia hecho el gobierno de la restauracion, o mas bien, como habia intentado tímidamente hacerlo, alegar la irresponsabilidad de un nuevo gobierno por los procedimientos del antiguo? Un efujio tan vergonzoso era indigno de nosotros.»

Tal es el principio jeneral; bien que sujeto a limitaciones que indicaremos mas adelante.\*

Entre las obligaciones de los estados soberanos, nos ha parecido que se debian mencionar las contraídas por ellos a título de empréstito con súbditos extranjeros, i que tan frecuentes se han hecho en nuestro siglo, siendo los acreedores, por lo jeneral, súbditos ingleses.

Es un derecho incontestable de todo estado soberano la proteccion de sus súbditos, cuando han sido dañados en sus personas o intereses por el gobierno de otro estado i especialmente en el caso de no satisfacérseles sus créditos pecuniarios, procedentes de contratos celebrados con el soberano extranjero o con sus agentes legalmente autorizados. Se reducen al mismo caso las indemnizaciones debidas por el soberano extranjero, a consecuencia de una injuria perpetrada por él o por personas que obran legalmente a su nombre.

Los empréstitos que se contraen para el servicio de un estado i las deudas creadas en la administracion de los negocios públicos, son contratos de derecho estricto, obligatorios a la nacion entera. Nada puede dispensarla de pagar esas deudas.

---

\* Wheaton, *Elementos*, parte 1, capitulo 9, párrafo 3.

Que el dinero prestado se haya invertido en provecho de ella o disipado locamente, no es cosa que atañe al prestamista. Él ha confiado su dinero a la nacion, i a ésta toca restituírselo. Tanto peor para ella si ha puesto en malas manos el manejo de sus intereses.

En esta importante regla, se fundaba la circular que en 1848 dirigió el vizconde Palmerston, entónces ministro de negocios extranjeros de la Gran Bretaña, a los representantes británicos en el exterior. En ella, les dice que es discrecional para el gobierno británico el tratar o no de esta materia en negociaciones diplomáticas; que absolutamente no podía ponerse en duda el derecho perfecto de todo gobierno para encargarse por la via diplomática de todo bien fundado reclamo de cualquiera de sus súbditos contra un gobierno extranjero, o para pedir la reparacion de todo agravio que del mismo gobierno recibiese; que la Inglaterra tendria siempre los medios de obtener justicia, pero que esta era una cuestion de conveniencia i no de poder; i que, por tanto, ningun país extranjero se lisonjeara de que la Gran Bretaña permaneciese para siempre impasible al agravio, o de que, llegado el caso de hacer efectivo su derecho, no tuviese el gobierno británico amplios medios de que hacer uso para obtener justicia; que las sucesivas administraciones británicas habian estado hasta allí mui léjos de desear que los capitales del país se invirtiesen en préstamos a gobiernos extranjeros, que talvez no podrían o no querrian pagar los intereses estipulados, i que por eso el gobierno británico habia creído que su mejor política habia sido hasta allí, no elevar tales reclamos a la categoría de cuestiones internacionales; que, en el concepto del gobierno británico, las pérdidas de aquéllos que habian colocado una imprudente confianza en la buena fe de sus deudores, vendrian a ser una leccion saludable para otros, e impedirian que no se hiciesen tales préstamos, sino a estados probos i solventes; pero que, sin embargo, podia suceder que las pérdidas llegasen a ser de tanta magnitud, que fuese demasiado costosa la leccion, i que en ese estado de cosas se viese obligado el gobierno a entablar negociaciones diplomáticas.



La regla de Martens parece correcta; es a saber, que el acreedor extranjero solo puede pedir que se le ponga en el mismo pié que a los otros acreedores del estado. Puede suceder, como el mismo Martens observa, que el estado deudor adopte medidas fiscales tan fraudulentas e inicuas, i con tan manifiesta intencion de frustrar los reclamos, que el gobierno del acreedor se juzgue autorizado para recurrir a otros medios i a la guerra misma; como sería, por ejemplo, la adulteracion de la moneda acuñada o del papel moneda, o la absoluta negativa de reconocer deudas contraídas sobre la fe pública nacional; bien que, en caso de extraordinaria necesidad, no sería justo que se privase a una nacion de la facultad de adoptar por el momento providencias fiscales respecto de su papel moneda; pero esto con dos condiciones: que se pague completamente el valor real prometido, i que en el intervalo se trate al acreedor extranjero en los mismos términos que al acreedor doméstico.\*

Aun cuando un estado se divida en dos o mas, ni sus derechos ni sus obligaciones padecen detrimento, i deben gozarse o cumplirse de consuno, o repartirse entre los nuevos estados de comun acuerdo, si la reparticion es posible.\*\* Bynkershoeck censura la conducta de Inglaterra que rehusaba a la Holanda la libertad de pesca, pactada entre Enrique II de Inglaterra i Felipe, archiduque de Austria, alegando que el pacto se habia celebrado con el archiduque, no con los estados jenerales. Él acusa tambien de mala fe a la Dinamarca, que no quiso guardar a aquellos estados el pacto de Spira, ajustado con el emperador Cárlos V a favor de los belgas.\*\*\*

---

\* Phillimore, *Comentarios*, tomo II, páginas 8 i siguientes.

\*\* Rutherford, *Institutions of Natural Law*, tomo II, capítulo 10, párrafo 14; Wheaton, *Elementos*, parte I, capítulo 2, § 16, 17, etc.

\*\*\* *Quæstiones Juris Publici*, libro II, capítulo 25: Schmalz mira esta negativa de la Dinamarca como justa i conforme al derecho consuetudinario de Europa: *Droit des Gens Européen*, libro I, capítulo 3.

---



---

## CAPÍTULO II

### De los bienes de las naciones

1. Bienes de la nacion.—2. Títulos.—3. Requisitos que legitiman la apropiacion.—4. Cuestion relativa a la alta mar.—5. De algunos títulos en particular: ocupacion.—6. Prescripcion.—7. Restos de la comunion primitiva.

#### 1

Los bienes de la nacion son de varias especies. Los unos pertenecen a individuos o a comunidades particulares (como a ciudades, monasterios, gremios) i se llaman *bienes particulares*; los otros a la comunidad entera, i se llaman *públicos*. Dividense estos últimos en *bienes comunes de la nacion*, cuyo uso es indistintamente de todos los individuos de ella, como son las calles, plazas, rios, lagos, canales; i *bienes de la corona o de la república*, los cuales, o están destinados a diferentes objetos de servicio público, verbigracia, las fortificaciones i arsenales, o pueden consistir, como los bienes de los particulares, en tierras, casas, haciendas, bosques, minas, que se administran por cuenta del estado; en muebles, en derechos i acciones.

#### 2

Los títulos en que se funda la propiedad de la nacion o son *originarios*, o *accesorios*, o *derivativos*. Los primeros se reducen todos a la ocupacion, sea que por ella nos apoderemos de cosas que verdaderamente no pertenecian a nadie, como en la especie de ocupacion que tiene con mas propiedad este nom-

bre; o de cosas cuyos dueños han perdido por un abandono presunto el derecho que tenían sobre ellas, como en la prescripción; o finalmente, de cosas que por el derecho de la guerra pasan a la clase de *res nullius* i se hacen propiedad del enemigo que las ocupa. Los títulos accesorios son los que tenemos al incremento o producto de las cosas nuestras. I los derivados no son mas que transmisiones del derecho de los primeros ocupadores, que pasa de mano en mano por medio de ventas, cambios, donaciones, legados, adjudicaciones, etc. Todo derecho de propiedad supone consiguientemente una ocupación primitiva.

## 3

Las cosas fueron todas al principio comunes. Apropriáronse las los hombres por grados; primero, las cosas muebles i los animales; luego, las tierras, los rios, los lagos. ¿Cuál es el límite puesto a la propiedad por la naturaleza? ¿Cuáles los caracteres con que se distinguen las cosas que el creador ha destinado para repartirse entre los hombres de las que deben permanecer para siempre en la comunión primitiva?

Si toda propiedad supone, según hemos visto, una ocupación primitiva, es evidente que no son susceptibles de apropiarse las cosas que no pueden ocuparse, esto es, aprenderse i guardarse para nuestro propio i exclusivo uso i goce.

Pero la susceptibilidad de ser ocupadas no es el único requisito que legitima la apropiación de las cosas, o la posesión que tomamos de ellas con ánimo de reservarlas a nuestra utilidad exclusiva. Porque, si una cosa permaneciendo común puede servir a todos sin menoscabarse ni deteriorarse, i sin que el uso racional de los unos embarace al de los otros, i si, por otra parte, para que una cosa nos rinda todas las utilidades de que es capaz, no es necesario emplear en ella ninguna elaboración o beneficio; no hai duda que pertenece al patrimonio indivisible de la especie humana, i que no es permitido marcarla con el sello de la propiedad.

La tierra, por ejemplo, puede ocuparse realmente, supuesto que podemos cercarla, guardarla, defenderla; la tierra no puede

servir indistintamente al uso de todos; sus productos son limitados; en el estado de comunión primitiva, un vasto distrito sería apenas suficiente para suministrar a un corto número de familias una subsistencia miserable; la tierra, en fin, no acude con abundantes esquilmos, sino por medio de una dispendiosa preparación i cultura, de que nadie se haría cargo sin la esperanza de poseerla i disfrutarla a su arbitrio. La tierra es, pues, eminentemente apropiable.

Capacidad de ocupación real, utilidad limitada, de que no pueden aprovecharse muchos a un tiempo, i que se agota o menoscaba por el uso i necesidad de una industria que mejore las cosas i las adapte a las necesidades humanas, tales son las circunstancias que las constituyen apropiables. La primera por sí sola no basta sin la segunda o la tercera. La primera hace posible la apropiación, i las otras dos la hacen legítima.

Con respecto a las cosas que, sin estar rigurosamente apropiadas, sirven ya al uso de algunos individuos o pueblos, sería necesario un requisito más: que la apropiación no perjudicase a este uso, o que se hiciese con el consentimiento de los interesados.

#### 4

Hemos visto que la tierra es apropiable. ¿Lo es igualmente el mar? Selden, Bynkershoek i Chitty creen que sí; Grocio, Puffendorf, Vattel, Barbeyrac i Azuni lo niegan. En primer lugar, examinemos si es o nó capaz de ser ocupado realmente.

Un estrecho de poca anchura, un golfo que comunica con el resto del mar por una angosta boca, pueden ser fácilmente guardados i defendidos por la nación o naciones que señorean la costa. Esto mismo debe decirse de un gran mar interior, como el Caspio, el Euxino i aun el Mediterráneo todo; pues no hai duda que si los estados que lo circundan quisiesen apoderarse de él de mancomun i excluir a las demás naciones, no tendrían mayor dificultad para hacerlo, que una tribu de indígenas para reservar a su exclusivo uso un espacioso valle accesible por una sola garganta.

La ocupacion de un mar abierto, verbigracia, el Océano Índico entre los trópicos, sería mucho mas difícil aun para el estado que fuese dueño de todas las tierras contiguas; i la dificultad subiria muchos grados, si se tratase de una porcion de mar distante de todo establecimiento terrestre; pero no sería de todo punto insuperable para una gran potencia marítima. Su posesion podria ser a veces turbada, mas no por eso dejaria de ser efectiva. Basta cierto grado de probabilidad de que turbándola nos exponemos a un mal grave, para constituir una posesion verdadera; pues aun bajo el amparo de las instituciones civiles hai cosas cuya propiedad no tiene mejor garantía.

En realidad, ni aun el dominio efectivo de todo el océano es por naturaleza imposible; bien que, para obtenerlo i conservarlo, sería menester una preponderancia marítima tan exorbitante i favorecida de circunstancias tan felices, como no es de creer se presente jamas en el mundo.

Mas aun, extendiendo esta capacidad de ocupacion cuanto se quiera, no habrá razon para afirmar que: «tanto el océano, como los otros mares, pertenecen, a manera de las demas cosas apropiables, a los que sin valerse de medios ilícitos son bastante poderosos para ocuparlos i asegurarlos»,\* porque esta sola circunstancia no justificaria la apropiacion.

La utilidad del mar, en cuanto sirve para la navegacion, es ilimitada; millares de bajeles lo cruzan en diversos sentidos sin dañarse, ni embarazarse entre sí; el mismo viento, dice Puffendorf, se necesitaria para impeler todas las escuadras del mundo, que para una sola nave; i la superficie surcada por ellas no quedaria mas áspera ni ménos cómoda que ántes. El mar, por otra parte, no ha venido a ser navegable por el trabajo ni por la industria de los hombres: en el mismo estado, se halla ahora que al principio del mundo. Debemos, pues, mirarlo, por lo que toca a la navegacion, como destinado al uso comun de los pueblos.

Se dice que la navegacion de un pueblo perjudica realmente a otro, ya quitándole una parte de las ganancias que sacaria

---

\* Chitty's *Commercial Law*, volumen I, capítulo 4.

del comercio, si no tuviese rivales; ya exponiendo a peligro sus naves i sus costas, particularmente en tiempo de guerra. Parece, pues, justificada la apropiacion de los mares, aun en cuanto navegables, por el menoscabo evidente de utilidad que el uso de unos pueblos ocasiona a otros.\* Pero de este raciocinio se inferia que el mas fuerte tiene siempre derecho para convertir en monopolio cualquiera utilidad comun, por limitada, por inagotable que sea, i que, si pudiésemos interceptar el aire i la luz, nos sería lícito hacerlo para vender el goce de estos bienes a los demas hombres; principio palpablemente monstruoso. Las naves i las costas de un pueblo que fuese único dueño del mar, estarían mas seguras sin duda; pero las naves i las costas de los otros pueblos estarían mas expuestas a insultos; i la equidad natural no nos autoriza para proveer a nuestra seguridad propia a expensas de la ajena.

Como medio de seguridad, basta el dominio de aquella pequeñísima porcion de mar adyacente, que no puede ser del todo libre, sin que este uso comun nos incomode a cada paso, i que podemos apropiarnos, sin hacer inseguro el territorio de los demas pueblos, i aun sin embarazar su navegacion i comercio.

No debemos, pues, contar las ventajas de un monopolio debido únicamente a la fuerza, ni la seguridad exclusiva que resultaría del dominio, entre los frutos naturales i lícitos cuyas mermas lejitiman la apropiacion.

Se alega tambien que el mar necesita de cierta especie de preparacion; que la industria del arquitecto naval i del navegante es lo que lo ha hecho útil al hombre.\*\* Pero a las utilidades que un pueblo saca del mar por medio de la navegacion nada contribuyen los arsenales i los buques de otros pueblos; cada cual trabaja por su parte con la fundada esperanza de que la recompensa de sus tareas no le será arrebatada; i el ser comunes los mares, léjos de debilitar esta esperanza, le sirve de fundamento. No es esto lo que sucederia, si fuesen comu-

\* Chitty, ibídem.

\*\* Chitty, ibídem.

nes las tierras: nadie podria contar con el producto del campo que hubiese arado i sembrado; los industriosos trabajarian para los holgazanes. Es vordad que, miéntras es libre la navegacion de los mares, un descubrimiento en las artes de construccion, en la náutica o en la jeografía, no aprovecha exclusivamente a la nacion inventora; pero ella reporta las primeras ventajas; i despues que ha sido suficientemente premiada es cuando el invento útil entra en el patrimonio comun de los pueblos. Este es el curso ordinario de las cosas, i sin disputa, el que produce mayor suma de utilidad al jénero humano; por consiguiente, el mas justo.

No hai, pues, motivo alguno que lejitime la apropiacion del mar bajo el aspecto en que ahora lo consideramos. Ademias, él sirve ya a la navegacion de casi todos los pueblos: este es un uso que les pertenece, i de que no es lícito despojarlos.

Pero, bajo otro aspecto, el mar es semeiante a la tierra. Hai muchas producciones marinas que se hallan circunscritas a ciertos parajes; porque, así como las tierras no dan todas unos mismos frutos, tampoco todos los mares suministran unos mismos productos. El coral, las perlas, el ámbar, las ballenas, no se hallan sino en limitadas porciones del océano, que se empobrecen diariamente i al fin se agotan. Las ballenas frecuentaban en otro tiempo el golfo de Vizcaya; hoi dia es necesario perseguirlas hasta las costas de Groenlandia i de Spitzberg; i por grandio que sea en otras especies la fecundidad de la naturaleza, no se puede dudar que la concurrencia de muchos pueblos haria mas difícil i ménos fructuosa su pesca, i acabaria por extinguirlas, o a lo ménos por alejarlas de unos mares a otros. No siendo, pues, inagotables, parece que sería lícito a un pueblo apropiarse los parajes en que se encuentran i que no estén actualmente poseidos por otro. De aquí el empeño de ciertos estados en arrogarse el dominio de considerables porciones del mar, para ejercer en ellas el dominio exclusivo de pesca, concediéndolo solamente por privilegios a ciertas naciones i con ciertas restricciones. Así, la Dinamarca, no contenta con la soberanía del Báltico, aspiró a la de la alta mar septentrional. Pero de estas pretensiones, que han dado una página cu-

riosa a la historia del derecho marítimo, apenas quedan ya vestigios. En el día, el derecho de pesca de cada potencia está generalmente limitado a sus aguas territoriales.\*

## 5

Determinados los objetos que son capaces de apropiacion i en qué términos, hablaremos de aquellos modos de adquirir en que el derecho de jentes tiene algo de peculiar que merezca notarse. Nos limitaremos en este capítulo a la ocupacion de las tierras nuevamente descubiertas i a la prescripcion, reservando las accesiones territoriales para el que sigue, i la captura bélica para cuando se trate de lo concerniente a la guerra.

Cuando una nacion encuentra un país inhabitado i sin dueño, puede apoderarse de él lejitimamente; i una vez que ha manifestado hacerlo así, no es lícito a las otras despojarla de esta adquisicion. El navegador que hace viajes de descubrimiento, cuando halla islas u otras tierras desiertas, toma posesion de ellas a nombre de su soberano; i este título es generalmente respetado, si lo acompaña una posesion real. Pero, segun Vattel, un pueblo no tiene derecho para ocupar rejiones inmensas que no es capaz de habitar i cultivar; porque la naturaleza, destinando la tierra a las necesidades de los hombres en jeneral, solo faculta a cada nacion para apropiarse la parte que ha menester, i no para impedir a las otras que hagan lo mismo a su vez. El derecho de jentes no reconoce, pues, la propiedad i soberanía de una nacion, sino sobre los países vacíos que ha ocupado de hecho, en que ha formado establecimientos, i de que está usando actualmente.\*\*

---

\* Véase Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo IV, § 8 (edicion francesa), i compárese con Azuni, *Derecho Marítimo*, capítulo II, artículo 1.

\*\* Vattel, libro I, capítulo 18, § 207.

Es preciso confesar que algunas potencias han llevado sus pretensiones a título de descubridoras o de primeras ocupantes, mucho mas allá de los límites trazados en la doctrina anterior de Vattel. Ellas se han atribuido sobre vastas rejiones del continente americano el derecho exclusivo de adquirir de los naturales el suelo, comprándolo o

Cuando se encuentran rejiones desiertas en que otras naciones han levantado de paso algun monumento para manifestar que tomaban posesion de ellas, no se hace mas caso de esta vana ceremonia que de las bulas pontificias de que vamos a hablar.

conquistándolo; derecho que todas han hecho valer a su vez, i deben reconocer mutuamente. De este pacto tácito, resultan varias consecuencias importantes.

1.ª La potencia descubridora o primera ocupante, aun respetando la posesion de los indijenas, ejerce una especie de supremacia o dominio directo, reconocido de las otras naciones; de manera que a ella toca privativamente ajustar con los indijenas las controversias que pueden nacer del conflicto de derechos sobre el suelo; i si una tercera potencia turbase de cualquier modo esta especie de dominio directo, semejante acto se miraria como una agresion hostil, que podria repulsarse con las armas.

2.ª En virtud de este dominio directo, la potencia descubridora o primera ocupante tiene la facultad de dar o vender el suelo mientras se halla todavía en poder de las tribus nativas; confiriendo a los compradores o donatarios, no un titulo absoluto, sino sujeto al derecho de posesion de estas tribus.

3.ª Las naciones pueden trasmitirse unas a otras este dominio directo por tratados. Así lo hizo la Francia a la Gran Bretaña en el de Utrecht, de 1713, cediéndole toda la Acadia o Nueva Escocia, gran parte de la cual estaba en poder de las tribus indijenas. Así lo hicieron la Francia a la Gran Bretaña i la Gran Bretaña a la Francia en el tratado de 1763, estipulando que el deslinde de los territorios de las dos naciones en la América Septentrional seria una línea que desde las fuentes del Misisipi corriese por medio de aquel rio i de los lagos de Maurepas i Pontchartrain hasta el mar. Por este tratado, cedió la Francia todo el país al este del Misisipi, aunque los indios ocupaban en él una vasta i preciosa porcion; i la Gran Bretaña cedió por su parte todas sus pretensiones al país del oeste, en que no poseia una pulgada de tierra. En el mismo sentido i por este mismo tratado, cedió la España a la Gran Bretaña la Florida, i todas las tierras al sudeste de aquel rio, mucha parte de las cuales estaba en posesion de los indios. La Francia cedió despues la Luisiana a la España, i la España la retrocedió al cabo de algun tiempo a la Francia, que la vendió por fin a los Estados Unidos, aunque habitada de numerosas tribus de naturales, que vivian en salvaje independendencia. De la misma especie, han sido las trasmisiones de dominio por la Gran Bretaña i la España a los Estados Unidos en aquel continente.

4.ª El derecho que los indios pueden conferir a otros por venta,



---

El papa Nicolas V, por su bula de 1454, concedió a la corona de Portugal el imperio de Guinea i la facultad de subyugar todos los países bárbaros contenidos en él, prohibiendo a las demas naciones el acceso. Por otra bula de 1493, el papa Alejandro VI dió a la corona de Castilla todas las tierras descubiertas o que en adelante se descubriesen al oeste i sur de las Azores, tirada una línea de polo a polo a cien leguas del oeste de aquellas islas. Pero estas concesiones pontificias, lo mismo que las convenciones que sobre este asunto intervinieron entre las potestades seculares, no fueron respetadas por la Gran Bretaña, ni por la Francia i la Holanda; i en el dia, las referidas bulas son letra muerta, a no ser en las cuestiones de límites entre Portugal i la España.\*

Se pregunta si una nacion puede ocupar lejitimamente alguna parte de un vasto espacio de tierra, en que solo se encuentran tribus errantes que por su escaso número no bastan a poblarlo. La vaga habitacion de estas tribus no puede pasar por una verdadera i lejítima posesion, ni por un uso justo i razonable que los demas hombres estén obligados a respetar. Las naciones de Europa, cuyo suelo rebosaba de habitantes, encontraron extendidas rejiones de que los indíjenas no tenian necesidad, ni hacian uso alguno, sino de tarde en tarde. Érales, pues, lícito ocuparlas i fundar colonias, dejando a aquéllos lo necesario para su cómoda subsistencia. Si cada nacion hubiese querido atribuirse desde su principio un territorio inmenso para vivir de la caza, la pesca i frutas silvestres, nuestro globo no hubiera sido capaz de alimentar la centésima parte de los habitantes que hoi lo pueblan.

---

donacion o cualquier otro título, no menoscaba de ningun modo el dominio directo de la nacion descubridora o primera ocupante; i el efecto de semejante título, por lo tocante a la propiedad de la tierra, se reduce a incorporar al comprador o donatario en la nacion o tribu que se lo ha conferido. (Véase el interesante discurso del juez Marshall en la corte suprema de los Estados Unidos: *Wheaton's Reports* VIII, páginas 513 i siguientes.)

\* Phillimore, *Comentarios*, tomo I, páginas 245 i siguientes.

Las tribus pastorales que viven errantes dentro de ciertos límites sin haberse repartido la tierra entre sí, llevando de un paraje a otro sus movibles aduaros, segun sus necesidades i las de sus ganados, la poseen verdaderamente, i no pueden ser despojadas de ella con justicia.\* Pero hai alguna afinidad entre este caso i el precedente, i seria difícil fijar los caracteres precisos que distinguen la posesion verdadera de la que no lo es, i el uso racional i justo del que tiene un carácter diverso.\*\*

Establecido el derecho de un estado por ocupacion i posesion real, se preguntará: ¿a qué porcion de territorio se extiende el derecho de propiedad, mas allá de aquel que ha sido efectivamente habitado o de alguna manera utilizado? Respecto de un continente, el derecho de dominio se extenderia desde la costa hacia el interior, comprendiendo todo el país que necesitase de la costa para su navegacion i comercio.

Los Estados Unidos de América en sus negociaciones con la Inglaterra, relativas a los límites del Oregon, sentaban que la nacion descubridora, por el hecho de entrar por la boca del principal rio del país descubierto, tenia derecho para mirar como suyo todo el espacio interior atravesado por dicho rio i por todos los que vierten sus aguas en él. Pero la Gran Bretaña rechazó enérjicamente este principio, alegando que el mero descubrimiento no conferia semejante derecho. En las nego-

---

\* Vattel, libro II, capítulo 7, § 97.

\*\* La doctrina de Schmalz sobre este punto es algo diferente de la de Vattel. «La propiedad de las tierras se adquiere solo por el cultivo, porque ella debe ser la recompensa del trabajo, no la presa de la fuerza. De aquí es que el mero acto de tomar posesion no da ni propiedad real ni derecho alguno que se extienda a mas de lo que dure la ocupacion. Un estado europeo no puede, pues, verdaderamente adquirir nada en las rejiones desiertas de las otras partes del mundo, sino por los trabajos agrícolas de sus colonos, que, rasgando con el arado terrenos incultos, avasallan de este modo la tierra a la soberanía de su madre patria. Mas ¿hasta qué punto es permitido usar de este derecho contra los indíjenas? Donde quiera que el cazador salvaje o el pastor nómade lleva una vida errante, la tierra carece de dueño, i nada prohíbe su cultivo al colono industrial. ¿A qué título se arrogarian las hordas nativas el dominio de un suelo que no han querido marcar con el trabajo? *Droit des Gens Européen*, libro IV, capítulo 1.º

ciaciones entre la España i los Estados Unidos de América sobre el límite occidental de Luisiana, se alegó por parte de éstos, que, cuando una nacion europea toma posesion de cualquier espacio de costa, se entiende que la posesion abraza todo el interior hasta la fuente de los rios que desembocan en ella, con sus tributarios i todo el país que recorren; que la naturaleza parece haber destinado el territorio así descrito para una misma sociedad i haber enlazado sus diferentes partes por los vínculos de un interes comun, separándolas de otros territorios; i que de lo contrario los derechos del descubridor i poseedor de un país nuevo quedarian reducidos al breve espacio que ocupaban sus tropas o sus pobladores; doctrina que ha sido totalmente rechazada por cuantas potencias han hecho descubrimientos i adquirido posesiones en América.\* Despues de todo, no puede decirse que sobre esta materia haya reglas fijas sancionadas por el consentimiento jeneral.

## 6

Pasemos a la prescripcion.\*\* Los escritores de derecho distinguen dos especies: la *usucapion* i la *prescripcion* propiamente dicha. La primera es la adquisicion de dominio, fundada en una larga posesion, no interrumpida ni disputada, o segun Wolfio, la adquisicion de dominio fundada en un abandono presunto. La del derecho romano exige una posesion de cierto número de años, prefijado por las leyes, mientras que en la del derecho de jentes el tiempo es indeterminado.

La prescripcion propiamente dicha es la exclusion de un derecho, fundada en el largo intervalo de tiempo, durante el cual ha dejado de usarse, o segun la definicion de Wolfio, la pérdida de un derecho en virtud de un consentimiento presunto.

La usucapion es relativa a la persona que adquiere, la cual, mediante ella, se convierte en dueño lejítimo de lo que ha po-

---

\* Phillimore, *Comentarios*, tomo I, páginas 250 i siguientes.

\*\* Lo que sigue se ha tomado principalmente de Vattel, libro II, capítulo 11.

seído largo tiempo; la prescripción propiamente dicha es relativa a un derecho que por no haberse ejercido largo tiempo se extingue. *Usucapimos* el dominio: los derechos i acciones *prescriben*.

Como la palabra *usucapion* es de uso raro en las lenguas modernas, si no es en el estilo del foro, se acostumbra emplear el término *prescripción* todas las veces que no hai necesidad de señalar particularmente la primera especie.

La prescripción es aun mas importante i necesaria entre las naciones que entre los individuos, como que las desavenencias de aquéllas tienen resultados harto mas graves, acarreando muchas veces la guerra. Exijen la paz i la dicha del jénero humano, aun mas imperiosamente que en el caso de los particulares, que no se turbe la posesion de los soberanos sino con los mas calificados motivos, i que despues de cierto número de años se mire como justa i sagrada. Si fuese permitido rastrear siempre el oríjen de la posesion, pocos derechos habria que no pudiesen disputarse. Se engañan, pues, los que creen que la prescripción no tiene fundamento alguno en la justicia natural; ellos confunden el derecho que incontestablemente emana de la razon como necesario para la seguridad en el goce de los bienes, con las formas i requisitos a que las leyes civiles han determinado sujetarlo.

La prescripción puede ser mas o ménos larga, que se llama *ordinaria*, i puede ser tambien *inmemorial*. Aquélla requiere tres cosas: la duracion no interrumpida de cierto número de años; la buena fe del poseedor, i que el propietario se haya descuidado realmente en hacer valer su derecho.

Por lo que toca al número de años, una vez que el derecho convencional lo ha dejado por determinar, las circunstancias que prestan motivo para presumir en el supuesto propietario de un antiguo derecho, un verdadero abandono, aunque no positivamente expresado, harán talvez mas fuerza que el mero trascurso del tiempo. Los ejemplares ocurridos podrán tambien servir de norma; i sobre todo, a nadie debe ser permitido recusar la regla que él mismo haya adoptado en sus controversias con otros.

Si el poseedor llega a descubrir que el verdadero propietario no es él, sino otro, está obligado en conciencia a la restitucion de todo aquello en que la posesion le haya hecho mas rico. Pero en el derecho internacional no puede oponérsele la excepcion de mala fe, si no es en los casos de evidencia palpable: en los otros se supone siempre que la nacion ha poseído de buena fe.

En órden al descuido del propietario, son necesarias tres condiciones: primera, que no haya habido ignorancia invencible de su parte, o de parte de aquéllos de quienes se deriva su derecho; segunda, que haya guardado silencio; i tercera, que no pueda justificar este silencio con razones plausibles, como la opresion o el fundado temor de un mal grave.

La prescripcion inmemorial da al poseedor un titulo incontrovertible.\*

Es preciso no confundir la prescripcion internacional con la

---

\* Martens (*Précis*, libro II, capítulo 4) opina que la prescripcion no debe ser considerada como una fuente del derecho de jentes; que por ella ni pueden adquirirse derechos ni perderse; que ni el derecho universal la reconoce, ni el positivo la ha introducido; que a la verdad las potencias la alegan amenudo, i se precaven de sus efectos haciendo protestas para la conservacion de sus derechos, con lo que parecen suponer la obligacion de romper el silencio cuando se les usurpa lo que no tienen ánimo de abandonar: pero que su lenguaje sobre este punto ha sido mui vario i contradictorio; i que, como ningun tratado ni costumbre han fijado el tiempo necesario para la prescripcion, nada se ganaria con admitirla en teoria.

Estas razones no parecen concluyentes. 1.º La ciencia i paciencia del dueño que no carece de libertad para reclamar sus derechos, ofrecen una presuncion vehemente de que los abandona. 2.º La prescripcion es necesaria para la seguridad de las antiguas posesiones; ¿qué derecho habria seguro si fuese forzoso rastrear su oríjen en la oscuridad de los tiempos? Lo que es indispensable para la tranquilidad de los propietarios i la paz del jénero humano, es de derecho universal. 3.º El uso de las protestas es un reconocimiento formal de la prescripcion; de ellas se infiere legitimamente que el silencio da un motivo fundado para presumir abandono; i el lenguaje contradictorio de las potencias no prueba mas en esta materia que en muchísimas otras; nunca faltan al interes alegaciones especiosas para paliar la injusticia. 4.º La indeterminacion del tiempo es un inconve-

civil que puede alegarse en pro o en contra de los particulares. Así la acción de un extranjero a quien se le debiese algo en virtud de un contrato o de una injuria i que intentase su reclamo ante un tribunal de la nación, estaría sujeta a las reglas de la prescripción civil, según las leyes de ésta, aun cuando el reclamo se dirigiese contra la nación o el soberano.

## 7

Pero\* los derechos de propiedad de que están revestidos tanto la nación en cuerpo como los individuos que la componen, no han extinguido de todo punto en los demás individuos i pueblos la facultad de servirse de los objetos apropiados por otros. Esta facultad, resto de la comunión primitiva, subsiste o revive en dos casos: en el uno es el derecho *de necesidad*, i en el otro el derecho *de uso inocente*.

El primero es aquel que la necesidad sola nos da para ciertos actos que de otro modo serían ilícitos, i sin los cuales no podemos cumplir una obligación indispensable, verbigracia, la de conservarnos. Es preciso, pues, para que este derecho tenga cabida, que se verifiquen dos condiciones: es a saber, que la obligación sea verdaderamente indispensable, i que solo por el acto de que se trata no sea posible cumplirla. Si, por ejemplo, una nación carece absolutamente de víveres, puede obligar a sus vecinos, que los tienen sobrantes, a que le cedan una parte de los suyos por su justo precio, i aun arrebatárselos por fuerza, si rehusan vendérselos. I no solo reside este derecho en el cuerpo de la nación o en el soberano, sino en los particulares. Los marineros arrojados por una tempestad a una playa extranjera, lo tendrían para obtener a viva fuerza los medios indispensables de subsistencia, si se los rehusasen los habitantes.

---

niente; pero el derecho universal es indeterminado i vago de suyo; i mientras el derecho positivo no lo fija, la razón, atendiendo a las circunstancias de cada caso, lo interpreta i lo aplica. (Véase Wheaton, parte II, capítulo 4, § 4.)

\* Vattel, libro II, capítulo 9.

Una necesidad igual de parte de la nacion a quien se demanda el socorro, invalida el derecho del demandante.

El demandante queda obligado a satisfacer, cuando le sea posible, el justo precio del socorro obtenido de grado o por fuerza.\*

Utilidad o uso *inocente* es el que no produce perjuicio ni incomodidad a los demas hombres i particularmente al dueño de la cosa útil. Derecho de utilidad inocente es el que tenemos para que se nos conceda este uso.

Este derecho no es perfecto, como lo es el de necesidad, pues al dueño de la cosa es a quien toca decidir si el uso que se pretende hacer de ella le ha de perjudicar o nó. Si otro que él se arrogase la facultad de juzgar en esta materia i de obrar en consecuencia, el dueño de la cosa dejaria de serlo. Sin embargo, cuando la inocencia del uso es absolutamente indubitable, la repulsa es una injuria, que autoriza a la nacion ofendida para hacerse justicia, apelando a las armas.

Si por las leyes o la costumbre de un estado se permiten jeneralmente ciertos actos a los extranjeros, como, por ejemplo, transitar libremente por el país, comprar o vender ciertas mercaderías, cazar o pescar, no se puede excluir de este permiso a un pueblo particular sin hacerle injuria, porque eso sería negarle lo que, por el hecho de concederse indiferentemente a todos, es aun, en nuestro propio juicio, una utilidad

---

\* Contra esta doctrina de Vattel sobre el derecho de necesidad, merece leerse Hautefeuille (*Derechos de los neutrales*, tomo II, páginas 34 i siguientes) que la impugna vigorosamente. Los principales argumentos pueden resumirse en breves palabras: ¿Cuándo hai verdadera necesidad? i ¿quién será el juez que la califique? Ninguno de los dos contendientes querria someterse al juicio del otro. El derecho, pues, no existiria sino para los fuertes, i nunca para los verdaderamente necesitados. I ¿cuáles serian los límites de este derecho? Los que quisiese o pudiese darle la fuerza. En cuanto a la indemnizacion, ¿qué ejemplos hemos visto de ella? Es verdad que los ataques de Hautefeuille se dirijen todos al uso de semejante derecho por los beligerantes, contra las naciones amigas en las guerras marítimas, que es donde se han visto sus mas reprensibles abusos.

inocente. Para que una exclusion particular de esta especie no se mirase como una injuria, sería necesario que se apoyase en algun motivo plausible, como el de una justa retorsion o el de la seguridad del estado.

---



---

## CAPÍTULO III

### Del Territorio

1. Partes del territorio.—2. Límites i accesiones territoriales.—3. Inviolabilidad del territorio.—4. Servidumbre.—5. Tránsito por aguas ajenas.

#### I

El *territorio* de una nacion es toda aquella parte de la superficie del globo, de que ella es dueño, i a que se extiende su soberanía.

El territorio comprende, en primer lugar, el suelo que la nacion habita, i de que dispone a su arbitrio para el uso de sus individuos i del estado.

En segundo lugar, comprende los rios, lagos i mares interiores. Si un rio atraviesa diferentes naciones, cada una es dueño de la parte que baña sus tierras. Las ensenadas i pequeños golfos de los rios, lagos i mares que limitan su suelo, lo pertenecen igualmente. Los estrechos de poca anchura, como el de los Dardanélos, i los grandes golfos que, como el de Delaware en los Estados Unidos de América, comunican con el resto del mar por un canal angosto, pertenecen asimismo a la nacion que posee la tierras contiguas.\*

El territorio comprende, en tercer lugar, los rios, lagos i mares contiguos hasta cierta distancia. Para la determinacion de esta distancia, por lo que toca a los rios, hé aquí las reglas que deben tenerse presentes:

---

\* Kent, *Comentarios*, parte 1, leccion 2.

1.ª El pueblo que primero se ha establecido a la orilla de un río de pequeña o mediana anchura, se entiende haber ocupado toda aquella parte del río, que limita su suelo, i su dominio alcanza hasta la orilla opuesta; porque, siendo tal el río, que su uso no hubiera podido servir cómodamente a mas de un pueblo, su posesion sería demasiado importante, para que no se presuma que la nacion ha querido reservársela.

2.ª Esta presuncion tiene doble fuerza, si la nacion ha hecho uso del río, verbigracia, para la navegacion o la pesca.

3.ª Si este río separa dos naciones, i ninguna de las dos puede probar prioridad de establecimiento, la dominación de una i otra se extiende hasta el medio del río.

4.ª Si el río es caudaloso, cada una de las naciones contiguas tiene el dominio de la mitad del ancho del río sobre toda la ribera que ocupa.

5.ª Ninguna de estas reglas debe prevalecer, ni contra los pactos expresos, ni contra la larga i pacífica posesion que un estado tenga de ejercer exclusivamente actos de soberanía sobre toda la anchura del río que le sirve de límite.\*

Esto mismo se aplica a los lagos. Así, de la prioridad de establecimiento a la orilla de un lago pequeño o mediocre, se presume ocupacion i dominio, mayormente si se ha hecho uso de sus aguas para la navegacion o la pesca; i si no puede probarse prioridad de establecimiento, o si el lago es de una grande extension, lo mas natural es considerar a cada pueblo como señor de una parte proporcionada a la longitud de la orilla que ocupa; salvo que el lago sea de una extension tal que pueda considerarse como un mar interior perteneciente a los dos o mas estados riberanos, debiendo sujetarse, por consiguiente, respecto de éstos a las mismas condiciones que el océano respecto de todos los pueblos de la tierra. Pero estas reglas deben siempre subordinarse a la antigua i tranquila posesion i a los pactos.

En cuanto al mar, hé aquí una regla que está jeneralmente admitida: cada nacion tiene derecho para considerar como per-

---

\* Vattel, libro I, capítulo 2º, § 266.

teneciente a su territorio i sujeto a su jurisdiccion el mar que baña sus costas, hasta cierta distancia, que se estima por el alcance del tiro de cañon, o una legua marina.\*

Ademas de las bahías, golfos, estrechos, comprendidos entro costas i promontorios que pertenecen al estado, varias naciones se han atribuido jurisdiccion i dominio sobre ciertas porciones del mar, a título de posesion inmemorial. Tal era la soberanía de la república de Venecia sobre el Adriático. La supremacía que ha reclamado la Gran Bretaña sobre los estrechos contiguos (*the narrow seas*) se ha reducido a exigir que se hagan en ellos ciertos honores al pabellon, los cuales se le han concedido o rehusado, segun las circunstancias, i nunca han sido reconocidos por una aquiescencia jeneral.

Miéntras las costas del Euxino fueron poseídas exclusivamente por la Turquía, se pudo mirar aquel mar como cerrado

---

\* Aunque el congreso de los Estados Unidos de América ha reconocido esta limitacion autorizando a sus tribunales a tomar conocimiento de las presas que se hiciesen a menor distancia de la costa, algunos ministros i jurisconsultos americanos han sostenido que aquellos estados podrian legitimamente extender su imperio mas allá del tiro de cañon, abrazando toda la porcion de aguas que corre entre ciertos promontorios algo distantes como el cabo Ann i el cabo Cod, entre Nantucket i la punta de Montauk, entre ésta i el Delaware, i entre el cabo Sur de la Florida i el Misisipi. (Kent, *Comentarios*, parte I, leccion 2; Wheaton, *Elementos*, parte I, capítulo 4, § 7). La Gran Bretaña reconoce el mismo principio (Wheaton, *ibidem*.)

Martens sienta que en muchos tratados se reconoce el dominio hasta la distancia de tres leguas de la costa. (*Précis*, libro 2, capítulo 1.º, § 40). Segun Schmalz, ninguna potencia ha extendido el ejercicio de los derechos de soberanía a mas distancia que la de tres leguas marinas, concedida por la costumbre. (Libro 4, capítulo 1.º i libro 5, capítulo 2).

Las palabras a una legua marina de la costa en el acta del congreso, significan, segun la interpretacion de los juzgados americanos, a una legua marina desde la línea de bajamar, i no desde los arrecifes o bancos, separados de la costa. (Elliot, *Diplomatique Code*, Refer. números 286 i 611). Sir William Scott, en el caso de la *Anna* (Robinson's. *Reports*, libro V, página 385), mira como partes de la tierra los islotes aunque desiertos, a la embocadura de los rios, i cree que debe contarse desde ellos el mar territorial.

(*mare clausum*) i la Puerta Otomana tuvo derecho para prohibir su navegacion i la de los estrechos por donde comunica con el Mediterráneo; pero, despues de las adquisiciones de la Rusia en aquellas costas, el imperio ruso i las demas potencias marítimas navegan libremente el Mar Negro, i sus naves mercantes pasan sin estorbo los Dardanélos i el Bósforo; derecho que les fué expresamente reconocido en el tratado de Adrianópolis, celebrado en 1829 entre la Rusia i la Puerta.

Los publicistas daneses alegan posesion inmemorial a favor de la supremacía de Dinamarca sobre la Sonda i los canales entre el Báltico i el océano. En virtud de esta posesion, reconocida por varios tratados, cobra la Dinamarca un impuesto a las naves que transitan por aquellas aguas. Hai naciones privilegiadas que solo pagan los derechos que se fijaron en el tratado de 1645 entre Dinamarca i Holanda; las no privilegiadas se sujetan a una tarifa mas antigua sobre las mercaderías especificadas en ella, i pagan uno i un cuarto por ciento sobre todos los otros artículos.

El Báltico se ha considerado por las potencias marítimas de sus costas como un mar cerrado para otras naciones relativamente al derecho de la guerra, de manera que, mientras están en paz las potencias del Báltico, no es lícito, según ellas, a ningun beligerante cometer hostilidades en sus aguas. La Inglaterra ha declarado que no reconoce semejante principio.

Alejandro, emperador de Rusia, por el úkase de 4 (16 nuevo estilo) de noviembre de 1821, se atribuyó el dominio exclusivo de toda la costa norueste de América, desde el estrecho de Behring hasta el grado 51 de latitud norte, de las islas Aleutias sobre la costa oriental de Siberia, i de las islas Kuriles desde el mismo estrecho hasta el cabo del Sur, en la isla de Oorooop, a los 45 grados i 51 minutos de latitud norte; vedando a todas las demas naciones la navegacion i pesca en las islas, golfos i puertos dentro de estos límites, i prohibiendo que las naves extranjeras se acercasen a los establecimientos rusos allí situados, a menor distancia que la de cien millas italianas, so pena de confiscacion de la carga. Alegaba la Rusia tres títulos:

el de descubrimiento, el de ocupacion primitiva, i el de pacífica i no disputada posesion por mas de medio siglo; añadiendo que estas aguas formaban un verdadero mar cerrado, i que sin embargo se limitaba a prohibir por aquella disposicion el contrabando. Varias potencias reclamaron; i por una convencion de 5 (17) de abril con los Estados Unidos se estipuló que serian libres la navegacion i pesca en todos los puntos no ocupados; que los Estados Unidos no formarian establecimientos sobre las costas e islas adyacentes al norte de los 54 grados 40 minutos de latitud, ni la Rusia al sur del mismo paralelo; i que no se haria comercio con los naturales en licores, armas i municiones de guerra.\*

A la verdad, puede suceder que ciertas porciones del mar sean propiedad peculiar de ciertos estados; mas, para desvanecer la presuncion jeneral a favor del uso comun, sería menester que el que se atribuye este dominio exclusivo, estableciese sus títulos de un modo claro i satisfactorio, probando el reconocimiento expreso o la aquiescencia de otras naciones, verbi-gracia, por pesquerías de que éstas hayan sido excluidas; por el cobro de impuestos a que hayan estado sujetas; por el largo ejercicio de una jurisdiccion no disputada; por presidios o fortalezas que atestigüen haberse proclamado i sostenido el derecho.\*\*

En cuarto lugar, el territorio de una nacion incluye las islas circundadas por sus aguas. Si una o mas islas se hallan en medio de un rio o lago que dos estados posean por mitad, la linea divisoria de las aguas deslindará las islas o parte de ellas que pertenezcan a cada estado, a ménos que haya pactos o una larga posesion en contrario.

Con respecto a las islas adyacentes a la costa, no es tan estricta la regla. Aun las que se hallan situadas a la distancia de diez o veinte leguas, deben reputarse dependencias naturales del territorio de la nacion que posee las costas, a quien

---

\* Wheaton, parte I, capítulo 4, §§ 5 i 9.

\*\* Sir William Scott, en el caso del *Twee Gebroeders*, (Robinson's Reports, libro III, página 336.)

importa infinitamente mas que a otra alguna el dominio de estas islas para su seguridad terrestre i marítima.

En quinto lugar, se consideran como partes del territorio los buques nacionales mercantes, no solo miéntras flotan sobre las aguas de la nacion sino en alta mar; i los bajeles de guerra pertenecientes al estado, aun cuando navegan o están surtos en las aguas de una potencia extranjera.

Últimamente, se reputan partes del territorio de un estado las casas de habitacion de sus agentes diplomáticos residentes en pais extranjero.\*

---

\* Discurso del juez Marshall, en la cámara de representantes de los Estados Unidos (Apéndice a Wheaton's *Reports*, libro V) Pardessus, *Droit Commercial*, parte VII, tomo 6, capítulo 4, seccion 1.

Cuando se dice que el buque de guerra surto en las aguas de una potencia extranjera forma parte del territorio de la nacion cuya bandera lleva, se usa de una expresion metafórica, con la cual solamente se quiere decir que el buque de guerra que entra en un puerto amigo con permiso expreso o tácito de la autoridad local, en virtud de este permiso está exento de la jurisdiccion del soberano en cuyo territorio se halla. (Caso de la goleta *Echange*, en la corte suprema de los Estados Unidos, Cranch's *Reports*, VII, página 116.) El comandante de un buque de guerra no puede ménos de ejercer sobre su oficialidad i marinería las facultades de imperio i jurisdiccion que se le han confiado por las leyes i ordenanzas del gobierno a quien sirve; este es un deber suyo, i una necesidad del servicio i de la disciplina dondequiera que se halle; permitiéndosele entrar, se le permite el ejercicio de estas facultades con entera independendencia; i a esto es a lo que se extiende, i esto lo que significa su *territorialidad nacional*. Algunos han censurado esta expresion como impropia, i es innegable que ella ha dado motivo a errores i abusos.

«Viendo ejercer (dice Azuni, *Droit Maritime*, capítulo 3, artículo 7) los derechos de soberanía, hasta el de imponer la pena de muerte, algunos autores, de cuyo número es Hubner, han pretendido que se debian mirar estos buques como territorio extranjero, por la especiosa razon, que, si el paraje ocupado por las naves de guerra continuase bajo el dominio del soberano del puerto, no sería lícito ejercitar allí unos actos tan formales de jurisdiccion. Pero es fácil resolver esta dificultad reflexionando que esta jurisdiccion se funda en la naturaleza del mando militar que se ejerce a bordo i conserva la integridad de su fuerza todas las veces que el soberano del puerto consiente en recibir una nave de guerra como tal. Sin esta conservacion del poder

## 2

Nada importa mas a las naciones, para precaver disputas i guerras, que fijar con la mayor exactitud los linderos o términos de sus territorios respectivos. Estos linderos pueden ser naturales o demarcados. Los linderos *naturales* son los mares, rios, lagos i cordilleras. Los *demarcados* son líneas rectas imaginarias, que se determinan de cualquier modo: lo mas comun es señalar sus intersecciones por medio de columnas, padrones u otros objetos naturales o artificiales.

Llámanse territorios *arcifinios* los que tienen límites naturales. Se presume que es arcifinio el territorio situado a las orillas de un rio o lago, o a las faldas de una cordillera: la parte litoral necesariamente lo es.

Cuando el territorio es limitado por aguas, la línea divisoria que lo separa de los estados vecinos o de la alta mar, se determina por las reglas expuestas en el artículo precedente. Si el límite es una cordillera, la línea divisoria corre por sobre los puntos mas encumbrados de ella, pasando por entre los manantiales de las vertientes que descienden al un lado i al otro.

Es propia de los territorios arcifinios limitados por rios o lagos la *accesion aluvial*. En virtud de este derecho, les acrecen las tierras que con el trascurso del tiempo deja a veces descubiertas el lento retiro de las aguas.

Cuando un rio o lago deslinda dos territorios, sea que pertenezcan en comun a los dos estados *riberanos* fronteros, o que éstos lo posean por mitad, o que uno de ellos lo haya ocupado enteramente, los derechos que tienen ambos sobre este lago o

---

militar, sería imposible mantener la disciplina. El ejercicio de este poder en lo interior de la nave, es una consecuencia necesaria de la acogida que se le concede, i no un derecho propio del comandante de la nave i mucho ménos un derecho de territorio.»

La territorialidad de los buques mercantes en alta mar, i la de las casas de los ministros diplomáticos, tampoco deben tomarse al pié de la letra, porque están sujetas a varias limitaciones, que daremos a conocer a su tiempo.



rio no sufren mudanza alguna por la aluvion; las tierras insensiblemente invadidas por las aguas, se pierden para el uno de los ribeños, i las que el agua abandona en la ribera opuesta, acrecen al dominio del otro. Pero, si por algun accidente natural el agua que separaba dos estados se entrase repentinamente en las tierras de uno de ellos, pertenecería desde entónces al estado cuyo suelo ocupase, i el lecho o cauce abandonado no variaría de dueño.\*

No es lícito hacer a la márjen de un rio ninguna obra que propenda a mudar su corriente con perjuicio de otro estado.

### 3

El territorio es la mas inviolable de las propiedades nacionales, como que sin esta inviolabilidad las personas i los bienes públicos i particulares correrían peligro a cada paso.

De dos modos puede violarse el territorio ajeno: ocupándolo con ánimo de retenerlo i señorearlo, o usando de él contra la voluntad de su dueño i contra las reglas del derecho de jentes.

Los estados ambiciosos suelen valerse de diferentes pretextos para apoderarse del territorio ajeno: el mas ordinario i especioso es el de la seguridad propia, que peligrá, segun ellos dicen, si no toman estos o aquellos límites naturales, que los protejan contra una invasion extranjera. Esta es una de las formas que ha solido tomar el alegado derecho de necesidad, i que no ha sido una de las ménos fértiles en usurpaciones escandalosas. Pero conceder a los estados un derecho tan indefinido, sería lo mismo que autorizarlos para despojarse arbitrariamente unos a otros; i en vez de cimentar la paz, ninguna regla sería mas fecunda de discordias i guerras.

Debemos ademas abstenernos de todo uso ilejítimo del territorio ajeno. Por consiguiente, no se puede, sin hacer injuria al soberano, entrar a mano armada en sus tierras, aunque sea para perseguir a un enemigo o para prender a un delincuente. Toda nacion que no quisiese dejarse hollar, miraría semejante conducta como un grave insulto, i no haría mas que defender

---

\* Grocio, *De Jure Belli et Pacis*, libro II, capítulo 3, §§ 16, 17.



los derechos de todos los pueblos, si apelase a las armas para rechazarlo i vengarlo. No nos es lícito, sin el consentimiento de una nacion que no nos ha hecho injuria, ocupar, ni aun momentáneamente, su territorio, sino cuando este es el único medio de defender el nuestro, amenazado de una invasion inevitable i próxima; i aun entónces, pasado el peligro, estaríamos obligados a la restitucion.\* Este ha sido otro pretexto para injuriosas demasías, a que se da el colorido de derecho de necesidad.

## 4

El territorio del estado, como las heredades particulares, suele hallarse gravado con servidumbres diferentes. Las unas pertenecen al derecho natural; las otras, al convencional o consuetudinario.

Las primeras no son quizá otra cosa que modificaciones del derecho de utilidad inocente.

Podemos sentar como un principio incontestable i de frecuente aplicacion a las cuestiones relativas al uso del territorio ajeno, que un inconveniente o perjuicio de poca monta no nos autoriza para rehusar un servicio de que resulta una grande i esencial utilidad a otro pueblo, i que, allanándose éste a compensarnos completamente aquel perjuicio, el caso se reduciria a los de un uso de *evidente* inocencia, cuya denegacion podria ser justa causa de guerra.

Pasemos a los derechos que una nacion tiene por pacto o costumbre sobre las posesiones territoriales de otra, como el de cortar maderas en sus bosques, navegar o pescar en sus aguas. En casos de esta especie, puede suceder que se hallen en contradiccion dos derechos diferentes sobre una misma cosa, i que se dude cuál de los dos deba prevalecer. Atenderemos entónces a la *naturaleza* de los derechos i a su *oríjen*.

En cuanto a su naturaleza, el derecho de que resulta mayor suma de bien i utilidad debe prevalecer sobre el otro.

Por ejemplo, si la nacion A tiene, por concesion de la nacion

---

\* Vattel, libro II, capítulo 7, § 93.

B, el derecho de cortar maderas en los bosques de ella, esto no quita a B la facultad de destruirlos para fundar colonias i labrar la tierra, porque, si le fuese necesario conservarlos por consideracion al uso de A, no solo sería la propiedad del estado B ilusoria, sino que se sacrificaría la mayor utilidad a la menor. De la misma suerte, el uso de la pesca que tiene M en las aguas de N, no embaraza al segundo la facultad de navegar en ellas, aunque esta navegacion haga ménos fructuosa su pesca, porque este perjuicio es de mucho ménos entidad que el otro. Pero, si P tuviese el derecho de navegar en las aguas de Q, no sería lícito a Q echar sobre ellas un puente o calzada que obstruyese la navegacion; pues no podría ponerse en balanza la conveniencia que le resultaría de aquella obra, con la disminucion de bienestar i de felicidad que probablemente ocasionaría con ella a P, embarazando su navegacion i comercio.

Por lo que toca al origen i constitucion de los derechos, que es el punto de mayor importancia, hé aquí las reglas que parecen mas conformes a la equidad. 1.<sup>a</sup> El derecho mas antiguo es por su naturaleza absoluto, i se ejerce en toda su extension; el otro es condicional, es decir, solo tiene cabida en cuanto no perjudica al primero; pues no ha podido establecerse sino sobre ese pié, a ménos que el poseedor del primer derecho haya consentido en limitarlo. 2.<sup>a</sup> Los derechos cedidos por el propietario se presumen cedidos sin detrimento de los demas que le competan, i en cuanto sean conciliables con éstos, si no es que de la declaracion del propietario, de los motivos que éste ha tenido para la cesion, o de la naturaleza misma de los derechos, resulte manifiestamente lo contrario.\*

## 5

El tránsito de las naves extranjeras por los mares territoriales, se mira en jeneral como un uso inocente, i las naciones lo conceden sin dificultad unas a otras.\*\*

---

\* Vattel, libro I, capítulo 22, § 273.

\*\* Chitty's, *Commercial Law*, libro I, capítulo 4.

Lo mismo es naturalmente aplicable a los rios i lagos. La diferencia de circunstancias, sin embargo, produce algunas modificaciones importantes con respecto a los rios, en los cuales el tránsito por aguas ajenas suele ser absolutamente indispensable para el comercio de los estados ribeños. Una nacion que es dueño de la parte superior de un rio navegable, tiene derecho a que la nacion que posee la parte inferior no le impida su navegacion al mar, ni la moleste con reglamentos i gravámenes que no sean necesarios para su propia seguridad, o para compensarle la incomodidad que esta navegacion la ocasione. En el año de 1792, cuando la España poseia la boca i ambas orillas del Misisipi inferior, i los Estados Unidos de América la orilla izquierda de la parte superior del mismo rio, se sostuvo fuertemente por parte de los Estados Unidos que la lei de la naturaleza i de las naciones les daba derecho a la navegacion de aquel rio hasta el mar, sujeta solo a las reglas que España razonablemente creyese necesarias a su seguridad i a la proteccion de sus ordenanzas fiscales. Sostuvieron ademas los Estados Unidos que, como el derecho a un fin acarrea el derecho a los medios indispensables para obtener este fin, la facultad de navegar el Misisipi llevaba consigo la de echar ancla o amarrar a la playa, i aun la de desembarcar en caso necesario.\* La cuestion terminó a favor de los Estados Unidos. Pero dueños hoy de las dos riberas de este rio, gozan exclusivamente de su navegacion.\*\*

El mismo principio se ha seguido i aun ampliado en las convenciones de la Europa moderna. Las potencias que concurrieron al Congreso de Viena en 1815, sentaron, por base para el reglamento de navegacion del Rhin, el Neckar, el Mein, el Mosela, el Meusa, i el Escalda, todos los cuales separan o atravie-

---

\* Kent, *Comentarios*, parte I, leccion 2 Caso del *Apollo*, sentenciado por la corte suprema de los Estados Unidos. *Wheaton's Reports*, libro IX, página 363. Véanse tambien las instrucciones de Jefferson, secretario de estado, a los agentes americanos en Madrid, sobre la libre navegacion del Misisipi, *American State Papers*, tomo I, páginas 253 i siguientes.

\*\* Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 4, § 18.

san diferentes estados, «que la navegacion en todo el curso de estos rios, desde el punto en que empieza cada uno de ellos a ser navegable hasta su embocadura, fuese enteramente libre, conformándose los navegantes a las ordenanzas que se promulgasen para su policia, las cuales serian tan uniformes entre sí, i tan favorables al comercio de todas las naciones, como fuese posible.»\*

Adoptóse igual regla para la libre navegacion del Elba, entre las potencias interesadas en ella, por una acta firmada en Dresde el 12 de diciembre de 1821. Los tratados de 3 de mayo de 1815 entre el Austria, la Rusia i la Prusia, confirmados en el Congreso de Viena, establecieron la misma franqueza para la navegacion del Vístula i de los otros grandes rios de la antigua Polonia. Principios semejantes se extendieron al Po.\*\*

Las discusiones entre la Gran Bretaña i los Estados Unidos acerca de la navegacion del rio San Lorenzo, dan mucha luz sobre la interesante cuestión de la libre navegacion de los rios. Los Estados Unidos poseian las riberas meridionales de los lagos hasta el punto en que la frontera septentrional de la república tocaba al rio; mientras que la Gran Bretaña poseia, no solo esta ribera desde dicho punto hasta el mar, sino todas las riberas septentrionales del rio i de los lagos. Los Estados Unidos, reclamando en 1828 la navegacion de todo el rio desde su origen hasta el mar, alegaban a su favor el juicio de la Europa civilizada expresado en los pactos de que se acaba de hacer mencion. Agregábase que los dos gobiernos se hallaban en la misma actitud que los Estados Unidos i la España respecto de la navegacion del Misisipi ántes de las adquisiciones de la Luisiana i la Florida; i que la navegacion de aquel rio habia sido ántes de la independencia americana propiedad comun de todos los súbditos británicos que habitaban el continente. Pero por parte de la Gran Bretaña se sostenia que los publicistas

---

\* Acta del Congreso de Viena, de 9 de junio de 1815, pieza XVI. Véase tambien la convencion de 31 de marzo de 1831, entre varios estados riberanos del Rhin, tomo I de los *Archives du Commerce*, página 18, Paris 1833.

\*\* Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 4, § 16.

mas eminentes miraban este derecho de tránsito como una limitada i accidental excepcion del derecho superior de propiedad, sin distinguir el uso de un rio que corre por entre los dominios de una sola nacion del de cualquiera otra via de comunicacion, terrestre o acuática, natural o artificial, i sin distinguir tampoco el uso mercantil i pacífico del que podia tener cabida para objetos de guerra, ni el uso de las naciones ribeñanas del de otras naciones cualesquiera. Pidiendo, pues, aquella franquicia los americanos, debian estar dispuestos a concederla por reciprocidad en las aguas del Misisipi i del Hudson, que serian accesibles a los habitantes del Canadá por medio de unas pocas millas de acarreo terrestre, o de las comunicaciones artificiales creadas por los canales de Nueva York i de Ohio. De aquí la necesidad de limitar un principio tan extenso i de tan peligrosa trascendencia, restringiéndolo a objetos de utilidad inocente, calificada de tal por el respectivo soberano; de reducirlo, en una palabra, a la categoría de derecho imperfecto. Ni en la doctrina de los publicistas, ni en las estipulaciones de Viena, fundadas en el comun interes de los contratantes, habia nada que obligase a considerarlo como un derecho natural absoluto. Del mismo modo se interpretaban las convenciones relativas al Misisipi. I en cuanto al goce comun de las aguas del San Lorenzo ántes de la independencia, el tratado de 1783 que lo reconocia, estableció un nuevo orden de cosas dividiendo los dominios británicos de Norte América entre la Gran Bretaña i los Estados Unidos.

Insistían éstos diciendo que el San Lorenzo era como un estrecho entre dos mares, i que la navegacion de los estrechos era accesoria a la de los mares que se comunican por ellos. La Inglaterra i los Estados Unidos poseian exclusivamente la navegacion de los lagos, i el San Lorenzo média entre éstos i el mar. ¿Era, pues, razonable que uno de los copropietarios de los lagos privase al otro de esta via necesaria de comunicacion, formada por la naturaleza? Ni era lo mismo el derecho de tránsito por agua que por tierra: este segundo ocasionaba incomodidades i detrimentos a que no estaba expuesto el primero. En cuanto a la regla de reciprocidad, los Estados Unidos la acep-

taban, pero en circunstancias análogas. Si se descubriese entre el Misisipi i el Alto Canadá una conexión como la que existe entre los Estados Unidos i el San Lorenzo, no vacilaria la Union en aplicar iguales principios a ambos rios; pero no debe confundirse el uso de un rio que nace i muere en los dominios de una sola potencia con el de aquellos que corren por las tierras de una nacion i desembocan al mar dentro de los límites de otra. En el primer caso, el abrir o nó aquellas aguas a las naciones extranjeras era una cuestion de puro comercio exterior, i el soberano podia reglarla como mejor le pareciese. Mas en el segundo la navegacion de todo el rio era un derecho natural de las potencias ribejanas superiores, del que no podian ser privadas por el capricho del estado que poseia la embocadura. En fin, los tratados de Viena no probaban que este derecho naciese solo de consideraciones especiales i de convenciones, porque las leyes de la naturaleza, aunque suficientemente obvias e intelijibles en sus objetos jenerales, dejan en duda muchos puntos particulares, que resultan de las varias i complicadas necesidades de la navegacion i el comercio modernos. Los pactos de Viena i las otras estipulaciones análogas (decian los ministros de la Federacion) habian sido un homenaje espontáneo al supremo legislador del universo, rompiendo las cadenas artificiales i las trabas interesadas con que arbitrariamente se habia querido embarazar i obstruir el goce de sus grandes dádivas.\*

Estaban todavía pendientes las discusiones cuando Phillimore expresaba su juicio sobre este asunto, i por mas de un motivo me parece conveniente reproducirlo. Despues de copiar el precedente relato de Wheaton, observa que los Estados Unidos se hallaban privados de esta gran comunicacion acuática, no permitiéndoseles trasportar por ella al Atlántico el producto de los vastos i ricos territorios confinantes con los lagos, i concluye así: «Parece difícil negar a la Gran Bretaña la razon, en derecho estricto; pero tampoco puede negarse que

---

\* Wheaton, *Elementos*, ibidem, § 13. Él mismo, *Historia del Derecho Internacional*, tomo II, páginas 187 i siguientes (traducción española de don Carlos Calvo).

ejercita duramente un derecho que es de suyo demasiado riguroso: que su conducta respecto de la navegacion del San Lorenzo está en flagrante i poco honrosa inconsecuencia con la que habia adoptado respecto del Misisipi. A pretexto de que poseia el pequeño espacio en que tenia su nacimiento el Misisipi, reclamaba el derecho de navegar todo el volúmen de sus aguas, i ahora alegando pertenecerle ambas riberas del San Lorenzo donde este rio desemboca en el mar, rehusa a los Estados Unidos el derecho de navegarle; sin embargo de que la mitad de las aguas de los lagos Ontario, Eric, Huron i Superior, i todo el lago Michigan, por los cuales corre el rio, son propiedad de los Estados Unidos.

«No podemos ménos que expresar la esperanza de que este *summum jus*, que en este caso se aproxima a *summa injuria*, sea voluntariamente abandonado por la Gran Bretaña; i parece haber tambien bastante razon para prometernos que los estados del Paraguai, Bolivia, Buenos Aires i el Brasil, procediendo sobre iguales principios, abrirán el rio Paraná a la navegacion del mundo.»\*

Tal era el estado de cosas en 1854, cuando Phillimore daba a luz el tomo I de su importante obra. Pero tardaron poco en realizarse sus esperanzas, en cuanto a la apertura del caudaloso rio San Lorenzo, a que accedió por fin, i con suma liberalidad, la Gran Bretaña, gozando así el mundo entero el beneficio de este gran canal de comercio. Así lo anuncia Phillimore en el prefacio de su tomo III (1857), apuntando al mismo tiempo otras plausibles innovaciones. La libre navegacion del Danubio, asegurada por el tratado de Paris (1856), coloca este magnífico caudal de aguas bajo el mismo régimen a que por el tratado de Viena (1815) estaban sujetos otros de los principales rios de Europa; i por una convencion entre el Austria, Parma i Módena, se hizo mas expedita la navegacion del Po.

---

\* Phillimore, tomo II, páginas 182 i siguientes.

---





---

## CAPITULO IV

### Del Dominio, el Imperio i la Jurisdiccion

1. Dominio.—2. Enajenacion del dominio.—3. Derecho estricto, i cortesía internacional.—4. Bienes raíces i muebles.—5. Imperio sobre los habitantes, incluidos los extranjeros.—6. Efectos extraterritoriales de las leyes.—7. Jurisdiccion.—8. Materia de la jurisdiccion.—9. Valor extraterritorial de los actos jurisdiccionales.

#### 1

La utilidad pública exige que el soberano tenga la facultad de disponer de todas las especies de bienes que pertenecen colectiva o distributivamente a la nacion; al establecerse la cual, se presume que no concedió a los particulares la propiedad de ciertas cosas sino con esta reserva. La facultad de disponer, en caso necesario, de cualquier cosa contenida en el estado, se llama *dominio eminente* o simplemente *dominio*.\*

Hai, pues, dos especies de dominio inherente a la soberanía: el uno semejante al de los particulares, que es el que se ejerce sobre los bienes públicos; i el otro superior a éste, en virtud del cual puede el soberano disponer, no solo de los bienes públicos, mas tambien de las propiedades de los particulares, si la salud o la conveniencia del estado lo requiere.

Emana de este dominio la facultad de establecer impuestos, i el derecho de *expropiacion*, por el cual se dispone de una propiedad particular para algun objeto de utilidad pública, indemnizando al propietario.

---

\* Vattel, libro I, capítulo 20, § 244.

Cuando se dice que tal o cual extension de país está sujeta al dominio de un soberano, se entiende al dominio eminente, i los territorios sobre los cuales éste se ejerce, se llaman tambien *dominios*.

Un estado puede tener propiedades en el territorio de una potencia extranjera, pero no podrá entónces ejercer sobre ellas mas que el dominio ordinario, semejante al de los particulares, porque el dominio eminente pertenece al soberano del territorio.

Los efectos del dominio consisten en dar a la nacion el derecho exclusivo de disfrutar sus bosques, minas, pesquerías, i en jeneral el de hacer suyos todos los productos de sus tierras i aguas, ya sean ordinarios, ya extraordinarios o accidentales; el de prohibir que se transite o navegue por ellas, o permitirlo bajo determinadas condiciones, quedando a salvo los derechos de necesidad i de uso inocente i los establecidos por tratado o costumbre; el de imponer a los transeuntes i navegantes contribuciones por el uso de los caminos, puentes, calzadas, canales, puertos, muelles, etc.; el de ejercer jurisdiccion sobre toda clase de personas dentro del territorio; i el de exigir que las naves extranjeras que entran o pasan hagan en reconocimiento de soberanía los honores acostumbrados.\*

## 2

Como el derecho de enajenar los bienes públicos\*\* no es necesario para las funciones ordinarias de la adiministracion, no se presume en el príncipe, que no está investido de una

---

\* «Cada soberano tiene derecho para fijar el ceremonial marítimo que ha de observarse por sus propias naves entre sí, o con las de otras naciones, en alta mar, o dentro de la jurisdiccion del estado; i asimismo el ceremonial que las naves de todas las otras naciones observen dentro de la jurisdiccion del estado, ya entre sí, ya con sus fortalezas o naves de guerra, i los honores con que estas fortalezas o naves correspondan a los que reciban. Estos ceremoniales se establecen por sus propias ordenanzas o por tratados con otras naciones.» (Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 3, § 7.)

\*\* En este artículo, se ha seguido principalmente a Vattel, libro I, capítulo 21.

soberanía plena, a ménos que la nacion se lo haya conferido expresamente; pero se presume en la autoridad legislativa, si por las leyes fundamentales no le ha sido expresamente rehusado; i en este último caso no es válida la enajenacion de los bienes públicos exceptuados por las leyes fundamentales, entre los cuales suele figurar en primera línea el territorio, si no es con autoridad de la nacion, o en virtud de una necesidad imperiosa, que da al soberano todas las facultades indispensables para la salud del estado.

Los diferentes miembros de la asociacion política se hallan reunidos para trabajar de concierto en la felicidad comun, i por consiguiente, ni el depositario de la soberanía, ni la nacion misma tiene la facultad de traficar en ellos, enajenándolos; cualesquiera que sean las ventajas que se prometa de semejante tráfico. La nacion no está facultada para la desmembracion de sus provincias sino con el consentimiento de ellas o cuando una necesidad extrema lo requiere para salvar el estado.

Los publicistas solian hacer sobre este punto una distincion que aun no parece enteramente olvidada. Dividian los estados en patrimoniales i usufructuarios, mirando a los primeros como propietarios, de la misma manera que lo son los particulares en las cosas en que tienen pleno dominio i de que pueden disponer libremente; al paso que cuentan entre los usufructuarios, los estados o príncipes elejidos por la nacion. De aquí deducian que los reinos patrimoniales no necesitaban de la sancion nacional para ser enajenados por sus dueños i que solo estaban sujetos a ella los usufructuarios. Vattel repudia con indignacion esta doctrina, que él mira como injuriosa a la humanidad. No admite ni aun la denominacion de *patrimoniales*, porque la cree peligrosa en sus efectos por la impresion que puede hacer en el ánimo de los soberanos. «Me lisonjeo, dice, de que tendré a mi favor el sufragio de todo hombre de buena razon i los sentimientos de todo verdadero ciudadano.»\* I sin embargo se ha pretendido probar en 1814, citando a Grocio, el delito de la forzada anexion de la Noruega a la

---

\* Vattel, prefacio.

Suecia. «Es doloroso i humillante para un ingles, dice Phillimore, el recordar que esta aborrecida union se llevó a efecto, en parte, por el bloqueo de una escuadra británica. Se alegaba que esta union formaba parte de las provisiones de un tratado jeneral de paz, que tenia por objeto el restablecimiento i pacificacion de la Europa, despues de tantos años de sangre i miseria; pero esto no justificaba la grave injusticia, la intrínseca ilegalidad del acto. La entrega de Jénova a Cerdeña, despues que aquella república se habia rendido a nuestras armas sobre la fe de que se le conservaria su independencia nacional, fué otro acto igualmente torticero, con la agravacion de violar una promesa específicamente otorgada.»\*

En el caso en que la nacion o una provincia desmembrada, segun las leyes precedentes, es llamada a expresar directamente su voluntad, se preguntará de qué manera puede hacerlo estando inhibidas las potestades supremas que ordinariamente la rijen. No por otro medio que el sufragio universal de que se han visto notables ejemplos en nuestro siglo. Verdad es que la ejecucion de este medio requeriria reglas fijas que asegurasen la pureza de los votos individuales; pero esto dependerá siempre de las circunstancias.

Así como el dominio eminente no comprende por lo comun la facultad de desmembrar el estado, tampoco es lícito a una provincia separarse de la asociacion de que es miembro, aunque sea por sustraerse a un peligro, i aunque el estado no se halle en situacion de darle un socorro eficaz e inmediato. Pero esta regla tiene sus excepciones: primera, si una provincia se halla en la dura alternativa de rendirse a un enemigo o perecer, la irresistible lei de la necesidad le permite sucumbir sin deshonorarse: jurando fidelidad al vencedor, no hará injuria a su soberano natural; pero aun entónce hai un sentimiento popular instintivo que glorifica los sacrificios del patriotismo individual i las temeridades heroicas; segunda, si se alteran las leyes fundamentales del estado, los miembros de la asociacion política a quienes no agrada el nuevo orden de cosas,

---

\*\* Phillimore, tomo I, páginas 284 i siguientes.

pueden erijirse en estados independientes o agregarse a otras naciones; tercera, si el estado se descuida en socorrer a un pueblo que hace parte suya, si una provincia sufre una opresion cruel, o ve que se sacrifican constantemente sus intereses a los de otros miembros favorecidos, este pueblo vilipendiado o maltratado tiene derecho para proveer a su seguridad i bienestar, separándose de aquellos que han quebrantado primero las obligaciones recíprocas.

## 3

Todo estado soberano tiene, con exclusion de cualquiera otro, la facultad de dar leyes sobre los derechos personales de sus súbditos o ciudadanos, i sobre los bienes raíces o muebles situados en su propio territorio, i pertenecientes a sus súbditos o a personas extranjeras. Pero sucede amenudo que un individuo tiene bienes en otro estado o que ejecuta actos jurídicos (como contratos o testamentos) en un territorio extraño, o que en territorio extraño ocurren sucesiones testamentarias o ab intestato que de algun modo le interesen; i en todos estos casos puede verse bajo la influencia de dos o tres potestades soberanas: la de su patria, la del lugar en que estén situados los bienes, o la del lugar en que se han ejecutado los actos.

La sumision a la potestad soberana de su patria existe desde el nacimiento del individuo i continúa mientras conserva su nacionalidad. En los otros dos casos, se le considera sometido a las leyes de su estado, pero de un modo restricto: en los países extranjeros en que tiene bienes, se le llama *foráneo*; en aquellos en que ejecuta actos jurídicos sin haber adquirido vecindad o domicilio, *pasajero* o *transeunte*; i como en jeneral algunos de estos diferentes países se rijen por leyes peculiares, surjen conflictos entre ellas, es decir, que se trata de determinar cuál de las diferentes legislaciones es aplicable al caso en cuestion. El conjunto de reglas que sirven para dirimir estos conflictos, es la materia del *derecho internacional privado*.

El primer principio que ha de tenerse presente, es que las leyes de cada estado son completamente obligatorias respecto de todos los bienes raíces o muebles que se encuentran en su territorio, i respecto de todas las personas que lo habitan, aunque no hayan nacido en él i asimismo respecto de todos los contratos i demas actos jurídicos celebrados en ese mismo territorio. Compete, por consiguiente, a cada soberano fijar las condiciones necesarias para la adquisicion i trasmision de los bienes; determinar el estado civil i capacidad de las personas, lo mismo que el valor de los contratos i otros actos, i los derechos i obligaciones que de ellos resulten; i finalmente prescribir el modo de hacer valer las acciones judiciales que se intenten ante las judicaturas nacionales.

De lo cual se deduce que a ningun estado compete disponer cosa alguna sobre los puntos arriba indicados como pertenecientes a otro estado en su territorio propio, aun cuando las personas o cosas estén jeneralmente sometidas al primero, por el hecho del nacimiento o de la situacion.

De los principios que acabamos de enunciar, se deduce otra consecuencia importante, i es que todos los efectos que las leyes extranjeras pueden producir en el territorio de un estado dependen absolutamente del consentimiento expreso o tácito de ese mismo estado, el cual puede sin duda prohibirlas en su territorio, sea que la prohibicion las abrace todas o que se limite a algunas de ellas solamente, permitiendo que las otras produzcan sus efectos en todo o parte. Si la lejislacion del estado se refiere a cualquiera de estos puntos de vista, las judicaturas i las administraciones deben necesariamente conformarse a ella. En caso de silencio de la lejislacion del estado, i solo entónces, toca a los jueces apreciar en cada ocurrencia hasta qué punto sea conveniente aplicar las disposiciones de las leyes extranjeras. El consentimiento expreso del estado resulta de sus propias leyes o de las convenciones que haya celebrado con otros; el consentimiento tácito se manifiesta por las decisiones de las autoridades judiciales i administrativas, siempre que hayan establecido claramente una costumbre.

Cuando los legisladores i las autoridades públicas han admitido la observancia de una lei extranjera, no obran en el concepto de una obligacion perfecta, que autorizase contra ellas el empleo de la fuerza, sino únicamente por consideraciones de utilidad i de cortesía recíproca; porque conviene a cada estado, en el interes de sus propios súbditos, conceder cierto valor a las leyes de otro país, para que sus súbditos encuentren en ese país un tratamiento análogo. Estas concesiones mutuas no son en todas partes semejantes: algunos estados adoptan el principio de la reciprocidad completa, tratando a los extranjeros de la misma manera que éstos tratan a los súbditos de aquéllos; pero lo regular es que cada estado considere ciertos derechos como inherentes a la calidad de ciudadano, rehusándolos a los extranjeros, o que repugne la observancia de toda lei extranjera, incompatible con el espíritu de sus instituciones o contraria a los intereses de sus súbditos.

No ocurriendo motivos de restriccion, hai una disposicion jeneral en los pueblos civilizados a reconocer las leyes i actos jurídicos de las naciones extranjeras; tal es a lo ménos la conducta que aconsejan todos los autores que han escrito sobre la materia.

Conviene, empero, tener presentes algunas observaciones jenerales para la debida intelijencia i aplicacion de lo que precede.

1.º La adquisicion de vecindad o *domicilio* en el territorio de otro estado, aun conservando la nacionalidad anterior, hace pasar los domiciliados al imperio de las leyes del domicilio nuevamente adquirido, distinguiéndose, empero, dos especies de domicilio: el domicilio de oríjen, que es el del nacimiento del individuo, i que bajo ciertos respectos conserva siempre alguna preponderancia (*domicilium originis*) i el que se adquiere por la aquiescencia del estado a que se traslada el individuo i con los requisitos que ha fijado la lei o la costumbre de ese mismo estado.

2.º Es una regla universalmente admitida que ningun estado administre en su territorio la legislacion penal de otro estado, salvo en cuanto se halle comprometido a la extradicion de los

criminales, reglada por pactos precedentes o voluntariamente concedida.\*

Nosotros no pretendemos mencionar en esta obra todas las prácticas adoptadas por la naciones civilizadas en materia de conflictos entre sus diferentes legislaciones.

4

La soberanía, que en cuanto dispone de las cosas se llama *dominio*, en cuanto da leyes i órdenes a las personas se llama propiamente *imperio*. Las funciones del uno i del otro se mezclan amenudo, i un mismo acto puede pertenecer ya al dominio, ya al imperio, segun se considera con relacion a las personas o a las cosas.

Del dominio i del imperio, emana la potestad de dar leyes sobre la adquisicion, goce, enajenacion i trasmision de las propiedades existentes en el territorio del estado.

La lei del estado en que se hallan los bienes (*lex loci rei sitæ*), es la que determina lo concerniente a los bienes raíces, aun cuando sean poseídos por extranjeros o por personas domiciliadas en país extraño; de donde se infiere, segun la doctrina comun, que, si un extranjero posee bienes raíces en nuestro suelo, no puede disponer de ellos a título gratuito sino hasta concurrencia de lo que permitan las leyes locales; que no puede hipotecarlos sino por los medios i con las formalidades prescritas por las mismas leyes; i que en las sucesiones ab intestato los bienes raíces son rejidos, no precisamente por las leyes del país a que ha pertenecido el difunto, sino por las del territorio en que están situados.

Estas deducciones pueden admitirse o nó, segun se hallen establecidas por lei o por la cortesía internacional. No debemos confundir las que miran especial i directamente a los bienes

---

\* Wheaton, *Droit international*, parte II, capítulo 2, (edicion francesa). Phillimore, tomo IV, capítulo 1. Este autor llama *jus gentium* al derecho internacional privado, i *jus inter gentes* al derecho internacional público: denominaciones que han sido imitadas por otros escritores.



raíces, llamadas *estatutos reales*, con las que tocan directamente a las personas, i por medio de éstas a los bienes, sin consideracion a su calidad de muebles o inmuebles, o a su situacion en territorio nacional o extraño (*estatutos personales*). Pero sobre la materia de unos i otros puede la legislacion patria estatuir lo que se creyese conveniente.

Wheaton observa que, segun el derecho internacional privado que reconocen las naciones continentales de Europa, un acto de venta, donacion o testamento, ejecutado con las formalidades requeridas por la lei del lugar del acto o contrato (*lex loci actus vel contractus*), es válido, no solo en cuanto a los muebles, sino en cuanto a los inmuebles, cualquiera que sea la situacion de estos últimos, con tal que, segun las leyes del país en que estén situados los inmuebles, puedan éstos enajenarse por acto entre vivos o por testamento;\* sin perjuicio de las solemnidades externas que son necesarias para que conste la autenticidad del acto en el país donde debe producir sus efectos.

En los muebles, la lei del domicilio del difunto regla jeneralmente la trasmision hereditaria i ab intestato.

Finalmente, cualquiera influencia que se conceda a las leyes de un estado sobre los bienes situados en suelo extraño, debe siempre quedar a salvo el derecho del fisco de cada nacion para suceder en los bienes que en ella existen, a falta de todo otro heredero; bien que el fisco en este caso sucede, ménos como heredero, que por su derecho a ocupar los bienes vacantes; derecho inherente a la soberanía territorial.

## 5

El imperio recae ya sobre los ciudadanos, ya sobre los extranjeros.

El imperio sobre los extranjeros tiene los mismos límites que el territorio; el estado no puede dar leyes ni órdenes a los individuos que no son miembros de la asociacion civil, sino mientras que se hallan en sus tierras o sus aguas.

---

\* Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 2, § 5. *Locus regit actum*, ibidem, § 8.

Sin embargo, hai objetos de administracion doméstica en que se tolera el ejercicio del imperio, i por consiguiente de la jurisdiccion, fuera de los límites del territorio. Por un estatuto británico de Jorje II, estaba prohibido el trashordo de mercaderías extranjeras a la distancia de ménos de cuatro leguas de la costa, sin pagar derechos; i una acta del congreso americano, de 2 de marzo de 1799, contiene igual prohibicion. Sir William Scott declaró en el caso del *Louis*, que los estados marítimos se han atribuido el derecho de visita i registro, en tiempo de paz, dentro de ciertas porciones de mar adyacente que por la cortesía de las naciones han sido consideradas como partes de los dominios de aquéllos para varios objetos domésticos, i sobre todo para los reglamentos fiscales i defensivos, mas inmediatamente dirigidos a su salud i bienestar: tales son, dijo, nuestras leyes de resguardo marítimo, que sujetan las naves extranjeras a este exámen, a moderadas distancias de la costa.\* En Francia, la aduana, por medio de sus embarcaciones, ejerce la policía hasta la distancia de cuatro leguas de la costa.\*\* La corte suprema de los Estados Unidos, guardando consonancia con esta costumbre, ha reconocido que el ejercicio de jurisdiccion sobre todo ese espacio de mar adyacente, con la mira de proteger la observancia de los reglamentos de navegacion i comercio, era conforme a las leyes i usos de las naciones.\*\*\*

La misma suprema corte ha declarado repetidas veces que las embarcaciones extranjeras, a consecuencia de una ofensa contra las leyes del estado, cometida en el territorio, podian ser perseguidas i apresadas en alta mar, i llevadas a los puertos americanos para el competente juzgamiento.\*\*\*\* Esto, sin embargo, no se extiende al derecho de visita i registro. El que aprende la nave lo hace bajo su responsabilidad: si prueba de-

---

\* Kent, *Comentarios*, tomo I, página 31. (edicion de 1832). *Dodson's Reports*, tomo II, página 245.

\*\* Vincens, *Législation Commerciale*, tomo II. páginas 516 i 517.

\*\*\* Véase la sentencia del juez Marshall en el caso de *Church v. Hubbert*, *Cranch's Reports*, tomo II, páginas 171 i siguientes.

\*\*\*\* *Cranch's Reports*, tomo VI, página 281.

lito que merezca confiscacion, queda justificado; si no lo prueba, debe compensar plenamente los perjuicios.\* En un estatuto británico de Jorge IV, se previene que todo buque nacional o extranjero, que se descubriese haber estado a distancia de ménos de una legua de las islas de Guernesey, Jersey, Alderney, Sark o Man, o dentro de cualquiera bahía, ensenada o rio de alguna de dichas islas, teniendo a bordo efectos de ilícito comercio, sea confiscado con ellos.\*\*

Otra decision de aquella corte, pronunciada en 1824, establece que el derecho de visitar i registrar los buques nacionales, i los extranjeros destinados a puertos americanos, con la mira de proteger la observancia de las leyes relativas al comercio i a la hacienda pública, podia verificarse lejitimamente en alta mar, pero no en el territorio particular de otra nacion.\*\*\* Pero la alta corte del almirantazgo británico en el caso del *Louis* arriba citado, expresó mui diversa opinion: «El derecho (dijo sir William Scott) que recientemente se ha atribuido la Suecia de registrar en alta mar los buques extranjeros destinados a puertos suecos, fué resistido por nuestro gobierno como ilegal, i la Suecia dejó por fin de insistir en él.\*\*\*\*

Con respecto a los ciudadanos, el imperio no está circunscrito al territorio. Así es que son responsables al estado de su conducta por actos de infraccion de las leyes patrias, aun cometidos en territorio extranjero.

Hai leyes meramente locales, que solo obligan al ciudadano mientras se halla dentro de los límites del territorio. Hai otras de cuya observancia no podemos eximirnos donde quiera que estemos, como son aquéllas que nos imponen obligaciones particulares para con el estado o para con los otros miembros de la asociacion civil a que pertenecemos. Así todo acto de hostilidad de un ciudadano contra su patria es un crimen donde quiera que se cometa. Así el ciudadano que testa en país ex-

---

\* Caso de la *Mariana Flora*, *Wheaton's Reports*, tomo XI, página 43.

\*\* Mac Culloch, *Dictionary of Commerce*: v. *Smuggling*.

\*\*\* Caso del *Apollon*, *Wheaton's Reports*, tomo IX, página 371.

\*\*\*\* *Dodson's Reports*, tomo II, página 246.

tranjero, debe dejar a sus hijos o a sus otros herederos forzosos, ciudadanos del mismo estado que él, las legítimas que por las leyes patrias les pertenecen; i estos herederos, defraudados de sus legítimas, tendrian accion para que se les indemnizara por medio de los bienes del testador existentes en dicho estado.\*

Es digna de recordarse, como un ejemplo de las obligaciones creadas por la lei del territorio de orijen i que no pueden jamas cancelarse, la prohibicion de comprar o servirse de esclavos en cualquiera parte del mundo, impuesta por la Gran Bretaña a todo súbdito británico.

En jeneral, las leyes relativas al estado civil i capacidad personal de los ciudadanos, ejercen su imperio sobre ellos donde quiera que residan. Tales son las que determinan la edad en que se puede contraer matrimonio, la necesidad del consentimiento de los padres para contraerlo, los impedimentos que lo hacen ilícito o nulo, i las obligaciones a que por la union conyugal se sujetan ambos consortes. Lo mismo se aplica a las leyes que reglan la legitimidad de los hijos, los años de la pubertad i de la edad mayor, la capacidad o incapacidad de los menores para ciertas funciones, i los requisitos i formalidades de la emancipacion. Todas estas leyes se puede decir que viajan con los ciudadanos a donde quiera que se trasladen.\*\* Su patria puede por consiguiente desconocer i castigar todos los actos ejecutados en contravencion a ellas, cualquiera que fuese el valor que se diese a tales actos en país extranjero.\*\*\*

\* Vattel, libro II, página 8, § III. Burlamaqui, *Droit de la Nature et des Gents*, libro VII, parte 3, capítulo 10.

\*\* Wheaton, *Elementos*, libro II, página 2, § 7. Pardessus, *Droit Commercial*, parte VI, título 7, capítulo 2, § 1.

\*\*\* En algunas naciones, se observa con ménos rijidez este principio. El matrimonio de un extranjero que se casó segun las leyes del país en que habia fijado de buena fe su domicilio, es válido, segun la doctrina de varios tribunales i publicistas, en todos los países del mundo, i debe serlo en la patria misma del extranjero, cualquiera que sea la legislacion que rija en ésta. I aunque la induljencia no parece que debiera extenderse a los que mudan de domicilio, i mucho ménos a los que se ausentan momentáneamente del suyo, con el objeto de sus-

La misma regla se aplica a la disolucion del matrimonio. Manifiestos son los inconvenientes que se seguirian, si el que se ha casado bajo el imperio de leyes que lo hacen indisoluble, pudiese disolverlo mudando de domicilio, o lo que sería peor, trasladándose momentáneamente a otro pais, donde las leyes autorizasen la disolucion. El divorcio *quoad vinculum* pronunciado en estas circunstancias no tendria valor alguno ante

traerse a las leyes patrias, porque este sería un acto ejecutado de propósito *ad eversionem juris nostri* (Huber, *Prælectiones*, título *De conflictu legum*, seccion 8), con todo, aun en ese caso, el principio que se sigue en algunas partes, relativamente al matrimonio, es que la lei del domicilio prevalece sobre la lei de la nacionalidad del individuo, i la lei del lugar del contrato sobre las otras. Esta, segun los juzgados eclesiásticos de Inglaterra, es una parte del derecho de jentes de las naciones cristianas, i se seguiria mucha confusion i perjuicio con respecto a la legitimidad del nacimiento, la sucesion por causa de muerte, i varios otros importantes derechos, si no se adoptase como criterio de la validez del matrimonio la lei del país en que se ha celebrado. La corte suprema de Massachussets ha sido de la misma opinion, aun confesando que semejante doctrina repugnaba a los principios jenerales relativos a los contratos. (Kent, *Comentarios*, parte IV, leccion 16.)

Pero en materia de matrimonio hai consideraciones de otro orden que alteran notablemente la doctrina eclesiástica de la Gran Bretaña. Desde luego se reconoce casi jeneralmente por los publicistas la dificultad de aplicar las reglas relativas al estado civil i capacidad de las personas (*estatutos personales*) por la variedad de prácticas que se observan, dependientes en gran parte de los principios políticos i relijiosos de los diferentes estados, especialmente con relacion al matrimonio. «No puede esperarse, dice Phillimore, que ningun estado autorice la ejecucion de lei alguna que lastime el sentimiento relijioso de la comunidad.» Tomo IV, página 15.

Expondremos aquí las observaciones jenerales del mismo autor sobre la validez del matrimonio.

El principio que sostienen los Estados Unidos es que, la capacidad de los contrayentes i las formalidades del contrato de matrimonio deben determinarse por la *lex loci contractus* i no por la *lex domicilii*. La Inglaterra no reconoce esta práctica.

La Francia i jeneralmente los estados del continente europeo, determinan la capacidad de los contrayentes por la lei del domicilio de éstos; de manera que un matrimonio válido por la *lex loci contrac-*

las leyes bajo cuyo imperio se celebró el matrimonio.\* Con respecto al divorcio *a mensa et toro*, es otra la regla. Este divorcio tiene por objeto la tranquilidad de las familias i la seguridad personal i doméstica, que no pueden protegerse ef-

*tus* puede declararse nulo por la *lex domicilii*, en virtud de la falta de capacidad.

La lei de Baviera prohíbe teóricamente todo matrimonio de sus súbditos en país extranjero, aunque en la práctica concede frecuentes dispensas.

La lei sarda permitía el matrimonio en país extranjero, pero solo conforme al ritual de la iglesia romana.

La Inglaterra desconoce la lei del lugar del contrato, pero con una excepcion notable: el matrimonio de un ingles en Escocia, aun cuando es contraído en fraude de la lei doméstica, se reputa válido; i sin embargo el divorcio (*quoad vinculum*) de personas inglesas pronunciado en Escocia, no solo se reputa inválido, sino que, cuando se trata de la disolucion de un matrimonio ingles, contraído por ingleses domiciliados en Escocia, i las partes contrayentes se casan otra vez, creyéndose legalmente divorciadas, las sujeta a penas graves i declara bastarda la prole; miéntras en otras partes del mismo reino el matrimonio es válido i legitima los hijos.

Se ha sostenido con calor que sería mui conveniente al interes del jénero humano que prevaleciese en materia de matrimonio la lei del lugar de la celebracion, a costa de todas las otras. Pero el costo sería demasiado grande por la violacion que acarrearía de otras leyes i otros derechos no ménos importantes i sagrados.

Debe tambien sentarse que una gran mayoría de juristas i canonistas del continente, antiguos i modernos, están de acuerdo en considerar la incapacidad personal, como causa de nulidad del matrimonio.

Es importante observar que, aunque se admita la proposicion *locus regit actum*, no se sigue de aquí que deba mirarse como nulo el matrimonio no celebrado en conformidad a ellas. La práctica jeneral de las naciones es permitir a las partes que elijan entre la lei de su domicilio i la lei del lugar del contrato, reconociendo como válido el matrimonio celebrado con las formalidades de la una o la otra.

Todo lo precedente es extractado de Phillimore, tomo IV, páginas 284 i siguientes; i creo que basta para convencernos de la completa inexactitud de los juzgados eclesiásticos de Inglaterra, en la doctrina de que arriba hemos hecho mencion.

\* Los doce jueces de Inglaterra decidieron, el año 1812, en el caso de *Lolly*, que, siendo por las leyes inglesas indisoluble el matrimonio sin la intervencion del parlamento, los divorcios (*quoad vinculum*)

cazmente sino por la autoridad local. Así vemos que en todas partes se concede con arreglo a las leyes locales.\*

La excepcion mas frecuente al principio de la indelebilidad de las obligaciones emanadas de la ciudadanía nativa, es la que nace del derecho de los estados soberanos a naturalizar extranjeros, a domiciliarlos, i a conferirles los privilegios de su nueva naturaleza o domicilio. Esto, relativamente a los privilegios comerciales, está jeneralmente admitido, i así lo observa la Gran Bretaña, no obstante que sus leyes desconocen de todo punto el derecho de abdicar la ciudadanía nativa.\*\*

## 6

Las leyes de un estado no tienen mas fuerza en otro que la que el segundo haya querido voluntariamente concederles; por consiguiente, no producen por sí mismas obligacion alguna en los súbditos de los otros estados, que existen fuera del territorio del primero; i de aquí es, por ejemplo, que una garantía de neutralidad en una póliza de seguro no se falsifica por la sentencia de un tribunal extranjero, que haya condenado el buque neutral por contravencion a cualquiera ordenanza o reglamento, que adicione o altere en alguna cosa el derecho comun de jentes, i que no tenga a su favor los pactos entro la nacion que condena la presa i la nacion a que pertenece el buque.\*\*\*

obtenidos fuera del reino eran nulos i de ningun valor en Inglaterra. Discutióse una cuestion semejante, el año de 1813, en la cámara de los pares de la Gran Bretaña, como tribunal de apelacion. Disputábase si un matrimonio ingles podia ser disuelto por una corte escocesa, aun suponiendo que las partes se hubiesen domiciliado en Escocia; i si bien no llegó a sentenciarse la causa, el canciller lord Eldon emitió un juicio conforme al de los doce jueces expresado el año anterior, negando la competencia de juzgado alguno extranjero para disolver un matrimonio celebrado en Inglaterra. (Kent, *ibídem*).

\* Kent, *Comentarios*, parte II, leccion 16. Pero véanse las observaciones de Phillimore en el texto, escritas en 1861.

\*\* Wheaton, *Elementos*, parte II, página 2, § 7.

\*\*\* Chitty's *Commercial Law*, volumen I, capítulo 4.

Las leyes de un estado se suponen ignoradas por los otros; las cuales, por consiguiente, si no intervienen tratados en contrario, no están obligados a prestar la fuerza de la autoridad pública para compeler a persona alguna a obedecerlas. Son palpables los inconvenientes que resultarían de un sistema contrario. Las naciones ejercerían una continua intervención en los negocios domésticos una de otra; de lo que resultarían roques y desavenencias. Ni sería conciliable semejante derecho con los de expatriación voluntaria y de asilo. Con respecto a los ciudadanos que no han abandonado su patria para emprender ésta, en la mayor parte de los casos, tiene medios dentro de sí misma para hacer respetar sus leyes.

Las naciones modernas han llevado esta independencia recíproca más allá de los límites que la equidad natural parece describirles. Es una regla establecida en la Inglaterra y en los Estados Unidos de América, que una nación no está obligada a darse por entendida de los reglamentos comerciales o fiscales de otra; y por una consecuencia de esta regla, no se rehúsa la protección de las leyes a los contratos relativos al tráfico de los ciudadanos con los súbditos de las potencias extranjeras, aunque en los contratos mismos se eche de ver que se trata de una especie de tráfico que las leyes de estas potencias prohíben. En los tribunales ingleses, se ha decidido que no era ilegal el seguro de un viaje en que se trataba de defraudar al fisco de una nación amiga con documentos ficticios. Mas, aunque está tolerada esta práctica, es difícil conciliarla con los principios universales de justicia. Para hacer el contrabando en país extranjero, es necesario inducir a los súbditos a quebrantar las leyes que están obligados a obedecer, lo cual es instigarlos al crimen. Agrégase a esto la obligación natural de observar las leyes del estado que nos dispensa hospitalidad, y nos permite traficar con sus súbditos bajo la condición tácita de conformar a ellas nuestra conducta. Obrar de otro modo es prodar de mala fe; y un contrato dirigido a fomentar semejante comercio no debe producir obligación. No se puede alegar a favor de esta práctica la dificultad de saber los complicados reglamentos fiscales de las naciones con quienes tenemos



comercio. Dificiles son tambien de conocer las leyes extranjeras relativas a los contratos, i con todo eso no se dejan de interpretar i juzgar segun ellas los que se han celebrado en país extranjero. No se divisa motivo alguno para que las naciones cultas no concurren desde luego a la total abolicion de un sistema tan directamente contrario a las reglas de probidad entre hombre i hombre, si no es el lucro mezquino que produce a las potencias marítimas.\*

Aunque un estado solo atiende a sus propias leyes para calificar de legales o ilegales los actos que se ejecutan bajo su imperio, los actos ejecutados en otro territorio i bajo el imperio de otras leyes deben calificarse de legales o ilegales con arreglo a éstas. La comunicacion entre los pueblos estaria sujeta a gravísimos inconvenientes, si así no fuese; una donacion o testamento otorgado en un país no nos daria título alguno a la propiedad situada en otro; dos esposos no serian reconocidos por tales desde que saliesen del país cuyas leyes i ritos han consagrado su union; en suma, nuestros mas preciosos derechos desaparecerian, o solo tendrían una existencia precaria, luego que dejasen de hallarse bajo la tutela de las instituciones civiles a cuya sombra han sido creados.

## 7

La jurisdiccion es la facultad de administrar justicia. Su extension es la misma que la del imperio. A los tribunales de la nacion, corresponde tomar conocimiento de todos los actos que

---

\* Chitty, ibidem. Es práctica corriente recibirse como válido por los tribunales de justicia los contratos de seguros de mercaderías que se destinan a un comercio de contrabando. Las razones a favor de ella pueden verse en Merlin, *Répertoire*. v. *Arrêt de Prince*. Se ha querido fundarla principalmente en el derecho de retorsion. «Talvez Pothier hubiera sido ménos ríjido, dice Emerigon, *Tratado de seguros*, tomo I, página 215, si hubiese considerado que el contrabando es un vicio comun de todos los países comerciantes: los españoles i los ingleses lo hacen en Francia, i por tanto nos es permitido por una especie de represalias hacerlo en Inglaterra i España.» Defender una práctica por el derecho de retorsion es reconocer su injusticia.

están sometidos a la influencia de sus leyes, i prestar la fuerza de la autoridad pública a la defensa i vindicacion de todos los derechos creados por ellas.

Las personas que existen dentro del territorio se hallan privativamente sujetas a la jurisdiccion del estado. Las naciones extranjeras no tienen facultad para instituir en él un tribunal o judicatura de ninguna clase, si no es que el soberano del territorio se la haya conferido. Fundada en este principio, declaró la corte suprema de la Federacion Americana, el año de 1794, que no era legal la jurisdiccion del almirantazgo ejercida por los cónsules de Francia en el territorio de aquellos estados, pues no se apoyaba en pacto alguno.\*

La misma corte declaró el año de 1812, en un caso célebre a que estuvieron presentes todos los jueces: que la jurisdiccion de los tribunales es una parte de la que reside en el estado, en virtud de su independencia i soberanía; que la jurisdiccion del estado en su territorio es necesariamente exclusiva i absoluta, i no es susceptible de ninguna limitacion, que él no se haya impuesto a sí mismo; que toda restriccion a que se intentase someterla i que se orijinase de una fuente externa menoscabaria su poder soberano en esa parte i lo trasladaria al estado de que emanase la restriccion; i que, por consiguiente, todo lo que limita esa plenitud de jurisdiccion dentro del territorio debe rastrearse al consentimiento de la nacion misma, i no puede derivarse de otra fuente lejitima.\*\*

Cesa la jurisdiccion de un estado dentro de su propio territorio:

1.º Cuando la persona de un soberano entra en las tierras de una potencia amiga. Representando la dignidad i soberanía de su nacion, i pisando el territorio ajeno con el beneplácito del gobierno local (beneplácito que en tiempo de paz se presume), está exento de la jurisdiccion del país en que momentáneamente reside.

2.º Respecto de los agentes diplomáticos.

---

\* *Dallas' Reports*, tomo III, página 16.

\*\* *Cranch's Reports*, tomo VII, página 136.

3.º Respecto de los ejércitos, escuadras o naves de guerra, que transitan por nuestras tierras, o navegan o anclan en nuestras aguas. Para el tránsito de tropas por tierra, se necesita el permiso expreso de la autoridad local; pero, si no hai prohibicion expresa, los puertos de una potencia se consideran abiertos a las naves de las otras con quienes la primera está en paz.\*

La *territorialidad*, o el territorio independiente que se atribuye a las naves de guerra i a los agentes diplomáticos, expresa por medio de una ficcion o metáfora esta independencia de la jurisdiccion local.

En alta mar, los buques de toda potencia, sean públicos o particulares, permanecen sujetos a su jurisdiccion. Si se comete un crimen a bordo de un buque en alta mar, solo la nacion a que pertenece el buque puede juzgar i castigar al reo.\*\*

El derecho de visitar i registrar los buques extranjeros en alta mar, no existe en ningun tiempo respecto de las naves públicas o de guerra, ni en tiempo de paz respecto de las naves privadas, a no ser que se haya concedido por tratados. Como la piratería es a un mismo tiempo un crimen i un estado de guerra contra todas las naciones, cada una de ellas puede apresar la nave pirática en alta mar, i apoderarse de los que la mandan i tripulan para enjuiciarlos i castigarlos. Pero, sobre la nave pirática que se acerca a la costa, solo tiene jurisdiccion el soberano que manda en ella; i aunque no tendria razon para llevar a mal que una fuerza extranjera aprendiese en sus aguas a un enemigo comun del jénero humano, estaria sin

---

\* Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 2, § 10.

\*\* Discurso del juez Marshall en la cámara de representantes de los Estados Unidos. Apéndice al tomo V de Wheaton's *Reports*.

• Los tribunales de los Estados Unidos ejercen jurisdiccion sobre un homicidio cometido en alta mar desde un buque de los Estados Unidos por un extranjero que iba a su bordo, siendo el muerto extranjero i hallándose, al recibir la muerte, a bordo de un buque tambien extranjero. (Juzgado así en la corte suprema de Estados Unidos, Wheaton's *Reports*, tomo V, página 181.)

duda autorizado para exigir que el aprensor le entregase a la justicia local.\*

El comercio de esclavos, que ántes era considerado como lejítimo, está hoy prohibido por casi todas las naciones cristianas, i aun declarado en algunas de ellas piratería. Pero esta piratería no es la del derecho de gentes; es creada por las leyes civiles; i no nos confiere, sino por medio de pactos, la facultad de visitar i registrar un buque extranjero en alta mar i en tiempo de paz, ni la de aprender i juzgar a los traficantes de esclavos.\*\*

Como varias potencias han rehusado conceder a otras esa facultad de visita i registro, se abusa amenudo de su ban'era para cubrir el comercio de esclavos; i la Gran Bretaña, empeñada, con tanto honor suyo, en abolir este infame tráfico, ha reclamado i sostenido el derecho de visitar en todo tiempo cualesquiera embarcaciones sospechosas con el solo objeto de reconocer si es genuina la bandera que llevan, dejándolas ir en libertad con su carga, aunque sea de esclavos, si las embarcaciones pertenecen a estados que no han concedido a la Gran Bretaña la facultad de registro i jurisdiccion. Es preciso confesar que, sin ese derecho de visita, los otros vendrian a ser en gran parte ilusorios.\*\*\*

Las naciones cristianas que han adherido a la Gran Bretaña en la prohibicion del tráfico de esclavos, observan jeneralmente la regla de declarar libre toda persona que pise su territorio, no obstante las reclamaciones del dueño, i sin concederle indemnizacion alguna.

---

\* Schmalz, tomo I, parte 5, capítulo 2.

\*\* Wheaton, *Elementos*, parte II, § 17.

\*\*\* Esta jurisdiccion, segun los tratados que la Gran Bretaña ha celebrado con varias potencias para la abolicion del comercio de esclavos se ejerce por tribunales mixtos en que concurren la potencia apresadora i la potencia a que pertenece la nave. Otros gobiernos han atribuido esta jurisdiccion a sus juzgados nacionales. Los Estados Unidos i la Francia, con algunos otros estados, no conceden el derecho de visita i registro, pero se obligan a mantener escuadras en la costa de África para impedir el tráfico. (Phillimore, tomo I, página 333.)

## 8

Habiendo examinado la extension de la jurisdiccion, se sigue ahora considerar la materia sobre que recae.

1.º El conocimiento de los delitos cometidos en cualquiera parte del territorio de la nacion, sean ciudadanos o extranjeros los delincuentes, compete privativamente a sus juzgados.\*

---

\* «Cuando un extranjero ha delinquido en nuestro territorio, es castigado por nuestras autoridades i segun nuestras leyes; su soberano no puede pedir su extradicion, i el extranjero perseguido puede por su parte reclamar todos los derechos de los ciudadanos de nuestro estado en igual caso. Ni sería justo tratarle con mas rigor que al ciudadano, ni hai razon para mostrarle mas induljencia, a pretexto de que su delito le habria acarreado una pena ménos severa en su patria: él no ha contravenido a las leyes de su nacion, sino a las nuestras. Esta regla se aplica igualmente a las acciones que no son injustas en sí mismas, i por consiguiente no acarrear castigo en todas partes: por ejemplo, la introduccion de mercaderías prohibidas.... Si la lei amenaza indistintamente a todos los individuos, el majistrado debe aplicarla sin distincion, aun cuando el extranjero hubiese obrado por orden de su gobierno. Atravesando nuestras fronteras, se somete a nuestras leyes, i es justamente castigado, cuando en correspondencia de la hospitalidad con que le acogemos, se conduce entre nosotros como un enemigo pérfido.... Si se comete en un país alguna ofensa contra un gobierno o soberano extranjero, el gobierno o soberano ofendido puede de la misma manera que los particulares solicitar el castigo i reparacion. Si se publican libelos contra una corte extranjera, es conforme al derecho i a la costumbre satisfacerla castigando al delincuente. Mas este castigo no podrá exigirse sino conforme a las leyes del estado en que se ha perpetrado el delito.» Schmalz (*Droit de Gens*, libro IV, capítulo 3.)

Suelen ser frecuentes las quejas de los soberanos por los libelos que se publican contra ellos en país extranjero i especialmente por el lenguaje abusivo de la prensa periódica. Pero en esta parte no están sujetos los extranjeros a diferentes reglas que los naturales. En los países que no conocen la libertad de la prensa, el gobierno es responsable de los abusos de ésta para con las naciones extranjeras; en el caso contrario, que es el que afortunadamente prevalece en el dia, los abusos de la prensa se castigan con arreglo a la lei, i no se hace dife-

Por consiguiente, el delito cometido a bordo de cualquier buque mercante en nuestras aguas, debe ser privativamente juzgado i castigado por nuestras judicaturas, entendiéndose por delito la contravencion a nuestras leyes. Si un acto, pues, cometido en una nave extranjera surta en nuestras aguas no fuese prohibido por nuestras leyes, pero lo fuese por las leyes del país a que pertenece la nave, el conocimiento i castigo de ese delito no corresponderian a nuestros juzgados nacionales. Por el mismo principio, las infracciones de la disciplina interior del buque extranjero cometidas por individuos de la tripulacion no son de la competencia de nuestros juzgados.\*

2.º En las obligaciones civiles, la consideracion de la materia está íntimamente unida con la de las personas.

En primer lugar, es un principio jeneralmente reconocido que todo contrato confiere jurisdiccion a los tribunales del país en que se ha celebrado.\*\*

Sin embargo, las leyes de cada estado pueden limitar la jurisdiccion de sus judicaturas respecto de los extranjeros transeuntes. Así, segun las leyes francesas, cuando un contra-

---

rencia entre naturales i extranjeros. En el año de 1803, Juan Peltier, refugiado frances, fué acusado en Lóndres por un libelo contra Napoleon Bonaparte, que era entónces primer cónsul de la república francesa; el jurado declaró culpable al reo, que hubiera sin duda sufrido la pena, si ésta hubiese llegado a pronunciarse: afortunadamente estalló de nuevo la guerra entre las dos naciones. (Phillimore, tomo V, capítulo I, página 417.)

\* «Un dictámen del consejo de estado, aprobado el 20 de noviembre de 1806, contiene la exposicion de los principios admitidos en Francia sobre esta materia. En él, se declaró que un buque extranjero está *ipso jure* sometido a las leyes de policia del territorio en que se halla; que los individuos de la tripulacion están sujetos a los tribunales del país en toda clase de delitos cometidos contra personas que no pertenecen a ella; aun cuando fuesen cometidos a bordo; que, en cuanto a los cometidos a bordo por un individuo de la tripulacion contra otro individuo de la misma, si solo conciernen a la disciplina interior, en que la autoridad local no debe injerirse, miéntras no se invoque su auxilio o no peligre la tranquilidad del puerto, la represion de tales delitos se deja al cónsul de la nacion a que pertenece el buque.» Pardessus *Droit Commercial*, parte VII, título 6, capítulo 4, seccion 1.

\*\* Lei 19, §§ 1 i 2, *D. De judiciis*.

to celebrado en Francia tiene por objeto la construccion, equipo, abastecimiento, o venta de un buque, el contratante extranjero puede ser demandado ante los tribunales franceses para su ejecucion, aunque no esté domiciliado en el reino. La misma proteccion se concede, segun aquellas leyes, a los contratos celebrados en Francia entre extranjeros, con obligacion de entregar una mercadería o su precio en Francia. De la misma manera, un extranjero, aunque no esté domiciliado, puede ser citado ante los tribunales franceses para el cumplimiento de las obligaciones que ha contraído con un frances en Francia. Pero en los otros casos no serian competentes los tribunales franceses, a ménos que los contratantes extranjeros les prorrogasen la jurisdiccion, o que hubiesen elegido domicilio en el reino para la ejecucion del contrato.

I así sería, aunque se probase que en la nacion del demandado acostumbraban los tribunales conocer de contratos otorgados en ella por extranjeros, o que sus leyes ordenaban a los ciudadanos someterse, relativamente a los contratos celebrados en otro país, a los juzgados locales. «Es innegable, dice Merlin, que el gobierno de los Estados Unidos de América, a quien toca administrar justicia a sus ciudadanos, puede delegar esta administracion a nuestro gobierno para mientras residan en Francia; pero que sus leyes obliguen al gobierno frances a tomar sobre sí este cargo, repugna a todos los principios, por que la delegacion de jurisdiccion, de potencia a potencia, es un verdadero mandato, para cuyo valor es indispensable que concorra la voluntad del mandatario. El consentimiento del gobierno americano a que sus ciudadanos litiguen ante los tribunales franceses, fuera de aquellos casos en que pueden ser constreñidos a ello por nuestras leyes, no puede imponer obligacion alguna a los tribunales franceses, sino despues que nuestro gobierno haya aceptado este encargo i proclamado la aceptacion. Hasta entónces ni aun debe presumirse que lo sepan, pues a nuestro gobierno corresponde exclusivamente hacer saber las reglas que determinan la competencia de las judicaturas francesas.»\*

---

\* *Répertoire, V. Etranger.*



En cuanto a los contratos celebrados en país extranjero, están igualmente discordes las opiniones de los escritores, i la práctica de las grandes naciones.

«La proteccion que debe concederse a los extranjeros, no se limita, dice Fritot, a asegurar la ejecucion de las obligaciones contraídas con ellos en el territorio, ántes bien abraza el cumplimiento de las obligaciones contraídas en país extranjero, i segun las leyes i formas de otras naciones; i no solo en las controversias entre extranjeros de un mismo país, sino entre los de países diversos, i aun entre extranjeros i ciudadanos... En Inglaterra i en los Estados Unidos de América, un extranjero tiene accion contra otro por deudas contraídas en país extranjero. Nada mas natural ni mas justo que dar a las partes los medios de hacer cumplir sus obligaciones recíprocas. Se dice, es verdad, que la Inglaterra lleva en esto la mira de atraer el comercio a sus puertos, haciendo participar a los extraños del amparo de sus instituciones civiles. Pero ¿por ventura hace mal la Inglaterra en consultar su interes de ese modo? ¿I no deberian los demas pueblos seguir su ejemplo? Se dice tambien que los majistrados de una nacion ignoran las leyes de las otras i es de temer que las interpreten i apliquen mal. Pero la razon i la moral, que deben ser la base de toda lejislacion, son inmutables i universales, de todos los tiempos i países; i a las partes que imploran el auxilio de los tribunales es a quienes toca dar a conocer el espíritu de sus convenciones i el de las leyes bajo cuyo imperio contrataron.»\*

Segun esta jurisprudencia, todo contrato por lo que toca a su valor, su intelijencia, las obligaciones que impone i el modo de llevarlas a efecto, debe arreglarse a las leyes del país en que se ajustó; pero, si ha de ejecutarse en otro país, se le aplican las leyes de este último. Por consiguiente, se suponen incorporadas en el contrato mismo todas las leyes que lo afectan; i los tribunales de cualquier país que tengan actual jurisdiccion sobre las partes, pueden hacerles cumplir sus obliga-

---

\* *Science du Publiciste*, tomo II, páginas 364, 365, etc.



ciones recíprocas con arreglo a las cláusulas expresas del contrato i a las leyes incorporadas en él.\*

La capacidad personal de los contratantes depende de su condicion civil en el estado de que son miembros, la cual, como vimos arriba, viaja con ellos adonde quiera que se trasladan. Si la mujer casada, si el menor, segun las leyes de su patria, o del país en que han fijado su domicilio, son inhábiles para contratar, sus contratos serán inválidos, cualesquiera que sean las leyes del país en que se han celebrado, o del país en que se quiere llevarlos a efecto. Pero, en materias comerciales, cuando el país de la celebracion del contrato es el mismo en que se ha de ejecutar, se atiende solamente a sus leyes para calificar la capacidad de los contratantes. Son manifiestos los inconvenientes que se seguirian de adoptar otra regla.

La forma externa del contrato depende enteramente de las leyes del país en que se celebra. Si no se observan éstas, el contrato es nulo *ab initio*, i no puede llevarse a efecto en ninguna parte. Pero hai diferencia entre las formas externas del contrato, i las pruebas de su existencia. Las formas externas (por ejemplo, si ha de ser por escritura privada o pública, con el sello de las partes, etc.), se determinan por la lei del país en que se contrata (*lex loci contractus*); las pruebas de su existencia (por ejemplo, si son o no admisibles en juicio las testimoniales), se determinan por las leyes del país a cuyas judicaturas se recurre (*lex fori*).\*\*

El efecto de las leyes incorporadas en los contratos no se extiende, pues, a alterar las formas de los procedimientos judiciales que son propios del país a cuyos juzgados se ocurre, ni las reglas que éstos siguen relativamente a las pruebas o a la prescripcion.\*\*\*

Aunque la forma en que debe otorgarse un testamento se sujeta a las leyes locales, para que sea protegido por los tribu-

---

\* Elliot's Diplomatic Code, Ref. 248, 249, 262, 297, etc.. Kent, Comentarios, parte V, leccion 39, tomo II, capítulo 457.

\*\* Wheaton, Elementos, parte II, capítulo 2, § 22.

\*\*\* Wheaton, Elementos, parte II, capítulo 2, § 9.

nales de otro país es necesario que primeramente se autorice, o como dicen los franceses, se *homologue* en éste.\*

Notaremos tambien que las leyes o reglamentos puramente fiscales no obran fuera del territorio. La falta de un sello público, que pidan las leyes de un país con el objeto de producir una renta fiscal, no puede alegarse como causa de nulidad ante los juzgados de otro.\*\*

Finalmente, ninguna nacion está obligada a reconocer una especie de derecho que sus leyes han condenado o proscrito como contrario a la lei divina positiva, a la justicia natural o a las buenas costumbres. Así el dueño de un esclavo no puede reclamar los derechos de tal en países cuya legislacion ha abolido la esclavitud, i declarado libre a todo hombre que pise su suelo, como sucede en Inglaterra, Francia, Prusia i Chile.

## 9

Resta ver cuál es el valor de los actos jurisdiccionales fuera del territorio del estado. Las reglas siguientes adoptadas por la suprema corte americana parecen conformes a los mas sanos principios. «Si un tribunal extranjero no puede, segun el derecho de jentes, ejercer la jurisdiccion que asume, sus sentencias no tienen valor alguno.» «Acérca de la jurisdiccion que los tribunales extranjeros puedan ejercer *segun las leyes de la nacion a que pertenecen*, el juicio de los mismos tribunales es la única autoridad a que debe estarse.» «Toda sentencia de adjudicacion, pronunciada por un tribunal que tiene jurisdiccion en la materia del juicio, da sobre la cosa adjudicada un título incontrovertible en los países extranjeros.» «Los tribunales de un soberano no pueden revisar los actos ejecutados bajo la autoridad de otro.»\*\*\*

Para la mejor intelijencia i aplicacion de estas reglas jenerales, haremos algunas observaciones.

---

\* Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 2, § 19.

\*\* Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 2, § 22.

\*\*\* Elliot's Ref. números 31,261. Cranch's *Reports* tomo IV, página 267.

1.º Una sentencia criminal pronunciada en un estado no produce efecto en otro, porque ni puede ejecutarse en la persona o bienes del reo, que se hallen fuera de los límites del estado, ni le acarrea las inhabilidades civiles a que, convencido de un crimen infame, quedaria sujeto en otro país. Con todo, una sentencia de condenacion o absolucion, pronunciada por autoridad competente, daria al supuesto delincuente la excepcion de cosa juzgada contra el que le persiguiese por el mismo delito en otro país. Pronunciada por autoridad incompetente seria nula, i no serviria de nada al reo contra la justicia del país a cuyas leyes hubiese contravenido.\*

2.º El juzgamiento de un tribunal competente que procede *in rem* es decisivo en cuanto a la propiedad de la cosa de que se trata; i el título que confiere a ella debe reconocerse en los demas estados. Tienen este valor, no solo las sentencias en causas de presas bajo el derecho de jentes, sino los fallos de los almirantazgos, cortes de hacienda i demas judicaturas que aplican las leyes civiles. Por dudosa que parezca la autoridad de una sentencia extranjera en cuanto al mérito de los hechos accesoriamente envueltos en el juicio, la paz del mundo civilizado i la seguridad i conveniencia jeneral del comercio exigen manifiestamente que se dé pleno i completo efecto a tales sentencias, cuando en otro país se trata de controvertir el título específico de propiedad declarado por ellas.\*\*

3.º Aunque la division de la herencia mueble de un extranjero se sujete a las leyes del país en que tuvo su domicilio, no por esto se sigue que la distribucion deba siempre hacerse por los juzgados de ese país con exclusion de los de aquel en que se hallan los bienes. Siendo un deber de todo gobierno proteger a sus ciudadanos en el cobro de sus créditos, no sería justo, cuando la sucesion está solvonte, dejar salir los fondos i poner a los acreedores en la necesidad de perseguir sus derechos en país extranjero.\*\*\*

---

\* Wheaton, *Elementos*, ibídem, § 15.

\*\* Wheaton, *Elementos*, ibídem, § 20.

\*\*\* Wheaton, *Elementos*, ibídem, § 19. Kent, *Comentarios*, parte V, leccion 37.

4.º Los principios adoptados por la Inglaterra, la España i los Estados Unidos, sobre el valor extraterritorial de los actos jurisdiccionales, no son tan universalmente seguidos que deban considerarse como estrictamente obligatorios. La autoridad de las leyes de un país i de los actos jurisdiccionales que se ejercen bajo su imperio, se admite en otros países, no *ex proprio vigore*, sino *ex comitate*, o segun la doctrina de Huber, *quatenus sine præjudicio indulgentium fieri potest*.\* Así, la jurisprudencia francesa ha adoptado en esta materia otros principios. Las sentencias de los tribunales extranjeros pronunciadas entre extranjeros se ejecutan en Francia sin nuevo exámen i a virtud de un simple *pareatis*; pero, si se trata de dar valor a una sentencia extranjera contra un frances o contra un extranjero domiciliado en Francia, su autoridad se desvanece, no hai sentencia; el frances i el extranjero domiciliado tienen derecho para pedir que la causa se ventile de nuevo ante sus jueces naturales.\*\*

La distincion que vamos a exponer entre los actos jurisdiccionales extranjeros que pueden reformarse i los que no pueden, es la que parece mas fundada en justicia.

Si estos actos jurisdiccionales recayeron sobre obligaciones contraídas bajo la influencia de las leyes del mismo país a que el tribunal pertenece, deben ser siempre reconocidas en los otros países, ciñéndose los juzgados de otros a hacer cumplir por un simple *exequatur* o auto de *pareatis* las decisiones que han intervenido en la materia.

Pero no sería lo mismo si se tratase de convenciones celebradas bajo el imperio de nuestras leyes, ya entre un ciudadano i un extranjero, ya entre dos ciudadanos, o entre dos extranjeros. Los actos de jurisdiccion extranjera que han recaído sobre estas convenciones, i que les han dado una interpretacion contraria al espíritu de las leyes patrias, pudieran ciertamente reformarse; i no hai duda que nuestras autoridades

---

\* Kent, *Comentarios*. ibidem.

\*\* Fritot, *Science du Publiciste*, tomo II, página 365. Merlin, *Répertoire*, V. *Souveraineté*, § 5.

---

judiciales tendrian derecho para restablecer su verdadera interpretacion segun las reglas de justicia i de equidad bajo cuyo imperio se ajustaron.\*

Segun la doctrina de Vattel, «no debe un soberano dar oídos a las quejas de sus súbditos contra un tribunal extranjero, ni tratar de sustraerlos a los efectos de una sentencia pronunciada por autoridad competente; eso sería lo mas a propósito para excitar desavenencias continuas.» Es verdad que el mismo autor añade: «que se debe obligar a los súbditos, en todos los casos dudosos, *i a ménos que haya una lesion manifiesta*, a someterse a las sentencias de los tribunales extranjeros por quienes han sido juzgados.» Pero, ¿por qué esa restriccion? Para averiguar si hai lesion, es necesario examinar la causa a fondo; i entónces ¿a qué se reduce el principio?\*

La distincion que dejamos expuesta es la mas racional i equitativa; i cuando fuera de ella ocurriese un caso de injusticia manifiesta, quedaria siempre al agraviado el recurso de la reparacion solicitada de soberano a soberano por el conducto de los agentes diplomáticos; como en las causas de presas maritimas condenadas contra el derecho de jentes.

---

\* Fritot, *ibídem*, página 372.

\*\* Fritot, *ibídem*, página 375.

---



---

## CAPÍTULO V

### De los Ciudadanos i los Extranjeros

1. Modos de adquirir la ciudadanía.—2. Modos de perderla.—3. Entrada de los extranjeros en el territorio.—4. Refugio.—5. Asilo i extradicion.—6. Naufragio.—7. Mansion de los extranjeros en el territorio; sus derechos i obligaciones segun sus diferentes clases.—8. Sus derechos civiles.

#### 1

*Ciudadano*, en el derecho de jentes, es todo miembro de la asociacion civil, todo individuo que pertenece a la nacion.

Esta cualidad se adquiere de varios modos, segun las leyes de cada pueblo. En muchas partes, el *nacimiento* es suficiente para conferirla, de manera que el hijo de un extranjero es ciudadano por el hecho de haber nacido en el territorio.\* En algunos países, basta la *extraccion*; i el hijo de un ciudadano,\*\* aunque jamas haya pisado la tierra de sus padres, es tambien ciudadano.\*\*\* En otros, el *domicilio*, esto es, cierta manera de

---

\* Asi es en la Inglaterra i en los Estados Unidos de América. Lo mismo era en España (lei 1, título 20, *Partida II*, i lei 19, título 13, libro 1, *Ordenamiento Real*). La lei 7, título 14, libro 1 de la *Novísima Recopilacion*, fija otra regla: es ciudadano el que nace en dominio español, de padre i madre, o a lo ménos, de padre, que hayan nacido o contraído domicilio en los reinos de España.

\*\* El hijo lejítimo sigue la condicion del padre; el ilejítimo, la de la madre. Segun la citada lei 7, el hijo lejítimo i el natural siguen la condicion del padre: el espurio, la de la madre.

\*\*\* Asi es en Inglaterra por el estatuto de 4 Geo. II, capítulo 21. El padre, no la madre, es quien trasmite la calidad de súbdito natural

establecimiento, o cierto número de años de residencia continua, de que se infiere el ánimo de permanecer para siempre, habilita a los extranjeros para obtener la ciudadanía. I en todos puede el soberano concederla por *privilegio* a un extraño.

La mera extraccion es el ménos natural de estos títulos, porque no supone por sí misma una reciprocidad de beneficios ni de afecciones entre el ciudadano i la patria. El mero domicilio i el privilegio, jeneralmente hablando, no pueden competir con el nacimiento. La sociedad en cuyo seno hemos recibido el sér; la sociedad que protejió nuestra infancia, parece tener mas derecho que otra alguna sobre nosotros; derecho sancionado por aquel afecto al suelo natal, que es uno de los sentimientos mas universales i mas indelebles del corazon humano.\*

Para que el privilegio, el mero domicilio o la mera extraccion impongan las obligaciones propias de la ciudadanía, es necesario el consentimiento del individuo.\*\*

ingles al hijo nacido en pais extranjero. En Francia, por el artículo 10 del *Código Civil*, el padre o la madre. En España, segun la citada lei 7, se sigue la misma regla que en Inglaterra, con tal que el padre no haya contraído domicilio fuera de España.

\* Nescio qua natale solum dulcedine cunctos  
Ducit, et immemores non sinit esse sui.

(OVIDIO.)

«Por mayor tovieron los sabios antiguos aquella naturaleza que los omes han con la tierra por nascer en ella.» Lei 1.<sup>a</sup>, título 20, *Partida II*.

\*\* Cuando las leyes de un país conceden la ciudadanía al que ha residido cierto número de años, o al que compra una finca o ejerce cierto ramo de industria, se debe entender que solo *ofrecen* al extranjero que se halla en uno de estos casos la calidad de ciudadano, dejándole en libertad para aceptarla o nó. Pero puede suceder que las leyes impongan expresa i forzosamente esta calidad al extranjero que ha contraído alguna de esas especies de domicilio. El que, por ejemplo, compra una finca en los países en que las leyes hacen forzosamente ciudadanos a los poseedores de fincas, declara por el mismo hecho su aceptacion de la ciudadanía. La posesion de la finca se lo concede bajo esa condicion, i debe someterse a ella.



El nacimiento por sí solo no excusa tampoco la necesidad de este consentimiento; porque, si debe presumirse que el extranjero conserva el ánimo de volver a su patria, i para desvanecer esta presuncion se necesita que la parte declare de un modo formal, o a lo ménos por hechos inequívocos, su voluntad de incorporarse en otro estado, i si es conforme a la razon que el hijo no emancipado siga la condicion del padre, es manifiesto que las leyes, propendiendo a separarlos, obrarian de un modo violento; que la naturalizacion del hijo que vive bajo la potestad paterna, se opera *ipso facto* por la naturalizacion del padre; i que de otro modo es indispensable el consentimiento del hijo, luego que tenga la facultad de prestarlo.\*

Ciudadanos nativos o *naturales* son, pues, propiamente los que han nacido de padres ciudadanos i en el territorio del estado; los otros son adoptivos o *naturalizados*, i su consenti-

El privilegio por sí solo es claro que no confiere la ciudadanía sin el consentimiento del agraciado: *Beneficium invito non datur*.

La mera extraccion se halla en el mismo caso, pero por una razon diferente. Sería injusto forzar al que se halla ligado por el nacimiento a un pais i por la extraccion a otro, a romper el mas fuerte de estos dos vínculos, haciéndole miembro de una sociedad que quizá no conoce i de quien no ha recibido ningun beneficio. Sin embargo, como el extranjero está sujeto a las leyes patrias donde quiera que existe, i el hijo del extranjero sigue naturalmente la condicion del padre, mientras se halla bajo su potestad, la emancipacion sola puede darle el derecho de elejir entre la ciudadanía de extraccion, i la ciudadanía de nacimiento.

\* Fritot, tomo III, páginas 65 i 66. Segun el *Código Civil* de los franceses, el niño nacido en Francia de un extranjero sigue la condicion del padre, pero, llegando a la mayor edad, puede reclamar la calidad de frances.

El principio, que todo hombre pertenece por naturaleza al estado en cuyo suelo nace, está en conflicto con el otro principio, que todo hombre pertenece por naturaleza a la patria de sus padres, donde quiera que nazca. Si una legislacion los promulgase ambos, i mantuviese al mismo tiempo que *nemo patriam exuere potest*, pugnaria con aquella regla eterna de moral i justicia: *nadie debe pretender para sí lo que en igualdad de circunstancias no concede a otros*.

miento es necesario para legitimar su naturalizacion segun el derecho de jentes.\*

Son tambien ciudadanos nativos los que nacen bajo el pabellon nacional en buques del estado o campamentos del ejército, o en la familia de un embajador o del soberano a quien acontece viajar por país extranjero.\*\* Los que nacen en buques mercantes, deben sujetarse a la misma regla segun la costumbre jeneral.

Como todo estado tiene un derecho indisputable al servicio de sus ciudadanos, tiene, estrictamente hablando, igual derecho a prohibir su salida del país, como todavía lo hacen algunas de las potencias continentales de Europa.

Todo estado tiene asimismo el derecho de ordenar la vuelta de sus ciudadanos ausentes, *jus avocandi*, especialmente para el servicio militar. Pero esto orijinaria dificultades graves, porque ninguna nacion extranjera es obligada a circular i mucho ménos a contribuir a la ejecucion de semejante llamado, i algunas veces ha ocurrido la cuestion de si el estado puede, en demanda de sus súbditos, visitar i registrar un buque extranjero en alta mar. Esta cuestion respondida afirmativamente.

---

\* No estará de mas exponer aquí brevemente la sustancia de las leyes de los Estados Unidos relativas a la naturalizacion. El extranjero que tiene intencion de naturalizarse, debe declarar bajo juramento, dos años ántes, su intencion de hacerse ciudadano de los Estados Unidos i de abjurar su calidad de vasallo del soberano cuyo súbdito es. Ademas, al tiempo de su admision, debe prestar juramento de fidelidad a la constitucion de los Estados Unidos i renunciar tambien con juramento su calidad de ciudadano o súbdito de todo otro estado i en especial de aquel a quien ha pertenecido últimamente. Debe probar asimismo cinco años a los ménos de residencia continua en el territorio de los Estados Unidos, i un año dentro de la jurisdiccion del respectivo juzgado. Los hijos menores de personas debidamente naturalizadas son considerados como ciudadanos americanos, si permanecen residiendo en el territorio de los Estados Unidos. (Kent, *Comentarios*, volúmen II, página 64, segunda edicion.) I segun la opinion de este jurisconsulto, basta la naturalizacion del padre para naturalizar al menor (*ibídem*, página 52).

\*\* Phillimore, tomo I, página 345.

te por la Gran Bretaña i en sentido contrario por los Estados Unidos, ha ocasionado serias querellas entre las dos naciones.

Se ha dicho que el *jus avocandi* era aplicable a los naturalizados, lo mismo que a los ciudadanos nativos. Pero hai una clase que, estrictamente hablando, no puede incluirse en ninguna de estas dos denominaciones, es a saber, la de aquéllos que han dejado de residir en su país nativo i han tomado en otra parte una residencia permanente (*domicilium sine animo revertendi*) sin adquirir una nueva ciudadanía con las solemnidades legales. Ellos son de *hecho*, pero no de *derecho*, ciudadanos del país de su residencia.

Se duda si una persona puede ser, a un mismo tiempo, ciudadano de dos estados; pero este punto debe decidirse, no por el derecho de jentes, sino por la constitucion de cada uno de ellos.\*

2

La ciudadanía cesa o por la expatriacion penal, o por la expatriacion voluntaria.

En el primer caso, la patria renuncia todos sus derechos sobre el individuo.

En el segundo, los pierde, si las leyes permiten a los individuos la expatriacion voluntaria.

Pero, aun cuando no la permitan, los lazos que unen al ciudadano con su patria no son indisolubles. Maltratado por ella, compelido a buscar en otro suelo el bienestar i la felicidad que no puede encontrar en el suyo, le es lícito abandonar la asociacion a que pertenece, e incorporarse en otra. Este es un derecho de que las leyes civiles no pueden privarle, i en el ejercicio del cual, como en el de todos aquellos que envuelven la disolucion del vínculo social, cada individuo juzga i decide por sí mismo.\*\* Puede sin duda abusar de él; pero, si abusa o nó, es una cuestion cuyo exámen sería difícil a las naciones extranjeras i en que éstas no son jueces competentes.

---

\* Phillimore, páginas 46 i siguientes.

\*\* Paley. *Moral Philosophy*, B. VI, capítulo 3.

Aun en el supuesto de que los otros estados debiesen mirar la emigracion como un delito, no podrian negar al extranjero refugiado en su seno el asilo que por humanidad i por costumbre se concede a los delincuentes que no han cometido crímenes atroces.

De lo dicho, se sigue: primero, que, si la antigua patria del emigrado lo reclama, los otros estados, aun mirándole como delincuente, no tendrian obligacion de entregarle; i segundo, que, si el emigrado, despues de naturalizarse en otro país, cae en poder del estado a que perteneció primero, i éste le trata como delincuente, su nueva patria no tiene derecho para considerar semejante procedimiento como una injuria.\*

---

\* Hai estados que prohíben la expatriacion; otros la permiten, perdiendo el expatriado una parte de sus bienes. Segun la lei inglesa, el súbdito ingles tiene con el soberano una obligacion de fidelidad i vasallaje (*allegiance*) intrínseca i perpetua, de que no puede desnudarse por ningun acto suyo. Los tribunales ingleses han declarado repetidas veces que un súbdito ingles que recibe comision de un príncipe extranjero i pelea contra su patria, es reo de alta traicion; que no puede el súbdito deponer su vasallaje ni trasportarlo a un príncipe extranjero, ni puede príncipe alguno, empleando o naturalizando a un ingles, disolver el vínculo que le liga con su soberano nativo. En los Estados Unidos, han discordado los jurisconsultos. Por una parte, se ha dicho que el derecho abstracto de los individuos a separarse de la sociedad de que son miembros, es antecedente i superior a la lei de la sociedad i está reconocido por los mas sabios publicistas i por la práctica de las naciones; que ese inextinguible vasallaje es una emanacion del sistema feudal en que los hombres estaban encadenados a la tierra; que el derecho de expatriacion es incontestable, si se ejercita de conformidad con las obligaciones morales, esto es, de buena fe, en tiempo adecuado i por un acto público; que la facultad de naturalizar, tan ampliamente usada por los Estados Unidos, reconoce virtualmente en los otros gobiernos la facultad de naturalizar a los ciudadanos de aquellos estados. Pero, por otra parte, se alega que la adopcion de una nueva patria no hace perder a la tierra natal sus derechos sobre nosotros, porque un hombre puede ser ciudadano de dos naciones; que así como el individuo tiene derecho a la proteccion social, está a su vez sujeto a deberes sociales, de que no le es dado eximirse abandonando la sociedad; i que una persona puede bien naturalizarse en otro país, pero, mientras no ha sido legalmente exenta de su natural dependencia, conserva su antiguo carácter, no obstante las dificulta-

## 3

Pasemos a los extranjeros no naturalizados, i consideremos primeramente su entrada en el territorio.

Segun el derecho externo, el soberano puede prohibir la entrada en su territorio, ya constantemente i a todos los extranjeros en jeneral, ya en ciertos casos, o a cierta clase de personas, o para ciertos objetos. Segun el derecho interno, la pro-

---

des a que se exponga por el conflicto de los derechos de dos naciones. La opinion mas conforme al lenguaje de las judicaturas americanas parece ser que no se puede abjurar la ciudadanía sin permiso legal del gobierno, i que, pues el congreso de los Estados Unidos ha guardado silencio sobre la materia, permanecen allí sin alteracion los principios de la lei comun de Inglaterra. (Kent, *Comentarios*, parte IV, leccion 25, volumen II, página 43, segunda edicion.) Lo que habia, pues, de abusivo i contrario al derecho de jentes en el *impressment* de marineros ingleses; o la práctica que la Gran Bretaña adoptó de extraerlos de los buques mercantes que navegaban con bandera americana, no era el que ella reclamase las personas i servicios de los que habian nacido súbditos suyos, sino el apoderarse de ellos bajo el pabellon de una nacion amiga, i el confundir amenudo con ellos a los ciudadanos americanos nativos. Ni durante la última guerra contra la Gran Bretaña tuvieron razones los Estados Unidos para mirar como contrario al derecho de jentes (pues ni aun lo era a sus propias leyes) el que los ingleses que, sirviendo en los ejércitos de la Federacion, habian sido hechos prisioneros por las armas británicas fuesen juzgados i castigados como traidores en Inglaterra. Sobre una i otra cuestion, pueden verse discusiones interesantes en los *American State Papers*.

La lei francesa es enteramente conforme a lo que dicta la razon: el frances puede abdicar su patria, pero no puede nunca tomar servicio bajo un soberano extranjero contra la Francia.

Si del derecho externo trasladamos la cuestion al interno, i la referimos al principio supremo de la utilidad del jénero humano (*quo nihil homini esse debet antiquius*) es evidente que, dejando a los súbditos de cada estado la facultad de fijarse en aquel país i bajo aquellas instituciones a que están ligados mas poderosamente sus ideas i afectos, se multiplican los medios de promover la felicidad individual; el talento, la intelijencia, la actividad, se dirijen al país en que es mas fácil i fructífero su desarrollo; se establece un premio para los gobiernos bien administrados; i no por eso perderian los estados

hibicion debe fundarse en justicia, en motivos razonables de seguridad o conveniencia. De todos modos, es necesario que sea pública, i que lo sean tambien la pena en que se incurra por la desobediencia, i las condiciones con que se permite la entrada.

## 4

El derecho\* de un desterrado a la acogida de la nacion en que se refugia, es imperfecto. Ésta, a la verdad, debe tener inui buenas razones para rehusarla. Consultando las reglas de la prudencia, que le manda alejar de su suelo a los advenedizos que quieran introducir enfermedades contagiosas, corromper las costumbres de los ciudadanos, o turbar la tranquilidad pública, no debe olvidar la conmiseracion a que son acreedores los desgraciados, aun cuando hayan caído en infortunio por su culpa. Pero a la nacion es a quien corresponde hacer juicio de los deberes que la impone la humanidad en tales casos; i si se engaña, o si obra contra su conciencia, no es responsable a los hombres.

Los proscriptos no deben abusar de la hospitalidad que se les dispensa, para inquietar a las naciones vecinas. Si lo hacen, el estado en cuyo territorio residen, puede expelerlos o castigarlos; i la tolerancia sería mirada justamente como una señal de malevolencia que podria tener consecuencias graves, i talvez como una infraccion de la paz.

## 5

La nacion\*\* no tiene derecho para castigar a los extranjeros que llegan a su suelo por delito alguno que hayan cometido

---

a quienes fuese desfavorable el cambio de las emigraciones. La energia moral comprimida es en todas partes un elemento peligroso; i la emigracion no ha despoblado jamas a ningun país, sino el mal gobierno. I despues de todo, ¿de qué servirian las restricciones en esta materia? A los que no detiene el amor al suelo natal, ¿qué cadenas pueden sujetar en un orden social que reprueban o en que carecen de los medios de subsistencia?

\* Vattel, tomo I, capítulo 19, § 231.

\*\* Ibidem, §§ 232, 233. Schmalz, libro IV, capítulo 3.

en otra parte, si no es que sean de aquellos que, como la piratería, constituyen a sus perpetradores enemigos del género humano. Pero, si el crimen es de grande atrocidad o de consecuencias altamente perniciosas, como el homicidio alevoso, el incendio, la falsificación de moneda o documentos públicos, i el soberano cuyas leyes han sido ultrajadas reclama los reos, es práctica bastante autorizada entregárselos para que haga justicia en ellos; porque en el teatro de sus crímenes es donde pueden ser mas fácilmente juzgados; i porque a la nación ofendida es a la que mas importa su castigo. Llámase *extradición* esta entrega.

Como la entrega del delincuente nace del derecho que tiene cada estado para juzgar i castigar los delitos cometidos dentro de su jurisdicción, se aplica igualmente a los súbditos del estado a quien se pide la extradición que a los del estado que la solicita i a los de otro cualquiera.\*

*Asilo* es la acogida o refugio que se concede a los reos, acompañada de la denegación de sus personas si la justicia los persigue. «Sobre el derecho de asilo, dice Fritot,\*\* hai que hacer una distinción importante. El que ha delinquido contra las leyes de la naturaleza i los sentimientos de humanidad, no

---

\* Kent (parte I, lección 2,) parece hacer perfecta la obligación de entregar a los reos en los casos que indica. Según Phillimore (tomo I, página 413), la extradición es de pura cortesía; no de derecho estricto, a ménos que se haya pactado expresamente. En cuanto a ser igualmente obligatoria la entrega de los delincuentes que son ciudadanos del estado a quien se hace la demanda, no es esa, según Schmalz, la práctica de Europa. Si el gobierno del país en que se ha cometido el delito no se queja al soberano del fujitivo, este soberano se abstiene ordinariamente de castigarle. Si se le pide su entrega, se declina el requerimiento, sea que el crimen presente motivos de excusa, o que la conducta irrepreensible que el delincuente ha guardado en su patria hable a favor suyo. Un soberano no entrega nunca, o a lo ménos rarísima vez, a sus propios súbditos; lo que hace es reservarse su castigo; i en este caso el delito es castigado conforme a las leyes del país en que se cometió, si son allí ménos severas las leyes, o según las leyes de la patria del delincuente, si éstas le son mas favorables. *Ibidem*.

\*\* Tomo III, página 32



debe hallar proteccion en parte alguna; porque la represion de estos crímenes interesa a todos los pueblos i a todos los hombres, i el mal que causan debe repararse en lo posible. El derecho de jentes, segun el marques de Pastoret, no es proteger un estado a los malhechores de otro, sino ayudarse todos mutuamente contra los enemigos de la sociedad i de la virtud. Segun M. de Real, los reyes entregan los asesinos i los demas reos de crímenes atroces a sus soberanos ofendidos, conformándose en esto a la lei divina, que hace culpables del homicidio a los encubridores del homicida. Pero, si se trata de delitos que provienen del abuso de un sentimiento noble en sí mismo, pero extraviado por ignorancia o preocupacion, como sucede en el caso del duelo, no hai razon para rehusar el asilo.»

Se concede jeneralmente el asilo en los delitos políticos o de lesa majestad; regla que parece tener su fundamento en la naturaleza de los actos que se califican con este titulo, los cuales no son muchas veces delitos, sino a los ojos de los usurpadores i tiranos; otras veces nacen de sentimientos puros i nobles en sí mismos, aunque mal dirigidos; de nociones exageradas o erróneas; o de las circunstancias peligrosas de un tiempo de revolucion i trastorno, en que lo difícil no es cumplir nuestras obligaciones, sino conocerlas. Pasiones criminales los producen tambien muchas veces; pero no es fácil a las naciones extranjeras el exámen de estos motivos, ni son jueces competentes.

Un estado puede tener justas razones para no permitir la residencia en su territorio a esta clase de reos, pero el entregarlos se miraria como un acto inhumano i bárbaro.

Aquellos jefes de bandidos, que, apellidando la causa de la libertad o del trono, la deshonran con toda especie de crímenes i no respetan las leyes de la humanidad ni de la guerra, no tienen derecho al asilo.

Es costumbre conceder asilo a todos los delitos que no están acompañados de circunstancias mui graves. Pero las naciones pueden limitar por tratados el derecho de asilo, estipulando en qué casos i con qué requisitos deba efectuarse la extradicion. Es práctica entre pueblos vecinos o que tienen frecuentes



comunicaciones comerciales, obligarse recíprocamente a la entrega de los soldados o marineros desertores, de los ladrones, etc. Ward considera estos tratados como una prueba de los progresos que hacen las naciones en regularidad i orden.

La legislatura de Nueva York se ha extendido a mas todavía, autorizando al gobernador para la entrega de todo delincuente acusado de homicidio, falsificacion, hurto o cualquiera otro crimen, a que las leyes de Nueva York impongan la pena de muerte o prision en la cárcel del estado, siempre que las pruebas del hecho sean suficientes, segun las mismas leyes, para prender i enjuiciar al reo.\*

## 6

Los náufragos, i jeneralmente aquellos que una tempestad u otro accidente forzoso obliga a arribar a nuestras costas, tienen un derecho particular a la conmiseracion i hospitalidad. Nada mas bárbaro que la costumbre de pillar sus efectos, que en otro tiempo fué jeneral en la Grecia, la Italia, las Galias i toda la Europa. Los romanos a la verdad reconocieron que los efectos náufragos no debian pertenecer ni al fisco ni al primer ocupante, porque permanecia dueño de ellos el que lo era ántes del naufragio, en quien no se debia presumir la intencion de abdicar su dominio.\*\* Pero con la avenida de las naciones septentrionales revivió la antigua barbarie. Durante la edad del feudalismo, los señores vecinos a la costa, despues de haber participado, como particulares, de la rapiña de estos efectos, se la apropiaron, como un derecho exclusivo, inherente al dominio territorial. La influencia de las luces i del comercio ha desterrado al fin esta práctica. En todos los pueblos civilizados, se han establecido reglas para prohibir el pillaje de propiedades náufragas, i para su conservacion i custodia a beneficio de los propietarios, sujetándolas a un premio moderado de salvamento. Cuando durante algun tiempo no se

---

\* Kent, *Comentarios*, parte 1, leccion 2.

\*\* Pardessus, *Collection des Lois Maritimes*, tomo I, página 77.

hace reclamacion alguna por los náufragos o sus representantes, se adjudican a las personas a que se debe su conservacion, o al fisco.\*

## 7

Las restricciones\*\* i desventajas a que por las leyes de muchos países están sujetos los extranjeros, se miran jeneralmente como contrarias al incremento de la poblacion i al adelantamiento de la industria; i los países que han hecho mas progresos en las artes i comereio i se han elevado a un grado mas alto de riqueza i poder, son cabalmente aquellos que han tratado con mas humanidad i liberalidad a los extranjeros. Pero, si prescindimos de lo que es o no conveniente en política i economía, i solo atendemos a lo que puede o no hacerse sin violar los derechos perfectos de las otras naciones, podemos sentar como una consecuencia incontestable de la libertad e independencia de los estados, que cada uno tiene facultad para imponer a los extranjeros todas las restricciones que juzgue convenientes, inhabilitándolos para el ejercicio de ciertas profesiones i artes, cargándolos con impuestos i contribuciones particulares, etc. Estas reglas deben ser conocidas de todos, i no es lícito alterarlas caprichosamente. En caso de hacerse en ellas alguna novedad que empeore la condicion de los extranjeros, dicta la justicia que se conceda un plazo razonable a los que no quieran conformarse con el nuevo órden, para que se trasladen con sus bienes a otra parte. La salida de los extranjeros debe ser enteramente libre, si no es que momentáneamente la impida alguna importante razon de estado, verbigracia, en el caso de temerse que fuesen a dar a los enemigos noticias de que resultase peligro. En fin, es obligación del soberano que les da acogida atender a su seguridad, haciéndoles justicia en sus pleitos, i protejiéndolos aun contra los naturales, demasiado dispuestos a maltratarlos i vejarnos, particularmente en países de atrasada civilizacion i cultura. El extranjero a su

---

\* Martens, *Précis*, libro IV, capítulo 4, §§ 114, 115.

\*\* Vattel, libro II, capítulo 8.

entrada contrae tácitamente la obligacion de sujetarse a las leyes i a la jurisdiccion local, i el estado le ofrece de la misma manera la proteccion de la autoridad pública, depositada en los tribunales. Si éstos contra derecho rehusasen oír sus quejas, o le hiciesen una injusticia manifiesta, puede entónces interponer la autoridad de su propio soberano, para que solicite se le oiga en juicio, o se le indemnicen los perjuicios causados.

No hai denegacion de justicia si no se ha solicitado la reparacion por todos los medios regulares que ofrece el réjimen judicial de la nacion en que se ha perpetrado la ofensa.

Como un ejemplo de la aplicacion de esta regla, se me permitirá compendiar aquí la exposicion del célebre caso de don Pacífico, que encontramos en el tomo III de Roberto Phillimore, páginas 29 i siguientes.

El año de 1850, la Gran Bretaña, entre varias reclamaciones contra el gobierno de Grecia por alegadas injurias sufridas por súbditos británicos, introdujo la de don Pacífico, que como nativo de Jibraltar era súbdito ingles. Demandaba éste el valor de propiedades suyas, destruidas en 1847 en un alboroto popular, con la intervencion de soldados i jendarmes. La suma reclamada por don Pacífico por sus pérdidas personales i las de su familia, ascendia, segun la valuacion británica, a quinientas libras esterlinas.

La cuestion de derecho internacional se reducía a saber si el estado de los tribunales griegos era tal que autorizase al ministro ingles a exigir la reparacion ántes que don Pacífico hubiese agotado los remedios legales. Alegábase, por parte del gobierno griego, que las autoridades encargadas de la investigacion, hicieron todos los esfuerzos posibles, así para impedir la consumacion del atentado, como para poner a sus autores a disposicion de la justicia. Estos esfuerzos no tuvieron completo suceso por causas independientes de la voluntad de dichas autoridades; pero, segun la lejislacion griega, que es la de otras naciones europeas, i segun las reglas del derecho internacional, que la Gran Bretaña misma habia invocado a su favor en una cuestion con Prusia el año de 1752, la cual figura entre las

causas célebres de derecho de jentes por Martens, el señor Pacífico debió haber intentado una accion de perjuicios ante las judicaturas griegas, contra los perpetradores del daño, lo que le habria sido facilísimo por haber acaecido el hecho a la luz del dia, interviniendo en él personas que le eran bien conocidas, como a muchos otros testigos presenciales; i que esta accion intentada oportunamente, i apoyada en pruebas fidedignas del monto de los perjuicios, habria tenido sin duda alguna mejor suceso.

El gobierno británico insistió en la reclamacion i el gobierno griego en su negativa; el primero procedió entónces a vias de hecho, a lo cual siguió la digna i templada protesta del ministro griego, dirigida al almirante ingles. «He recibido, le dice, la nota que ayer me hicisteis el honor de escribirme. Es imposible expresar los sentimientos con que la han leído el rei de Grecia i sus ministros, i de que participará la nacion entera. La Grecia es débil, señor, i no esperaba que se le asesenas semejantes golpes por un gobierno a quien contaba con orgullo i confianza entre sus bienhechores. A presencia de una fuerza como la que teneis para el cumplimiento de vuestras instrucciones, el gobierno de S. M. puede solo oponeros sus derechos i una protesta solemne contra hostilidades ejecutadas en profunda paz, i que, sin referirme a otros intereses de primer órden, violan en el mas alto grado su dignidad i su independencia. En tan penosa coyuntura, seguros del apoyo de la nacion griega i de las simpatías del mundo civilizado, el rei de Grecia i su gobierno aguardan con dolor, pero sin flaqueza, los tratamientos que por órden de S. M. B. querais inflijirles.»

El almirante británico, que ya habia prohibido la salida de buques pertenecientes al gobierno griego, añade a esta medida de rigor el embargo de todos los buques mercantes griegos i el apresamiento de los que se encontrasen en el mar.

La Francia ofreció sus buenos oficios para el ajuste del reclamo; i aunque el gobierno de Grecia fué compelido a aceptar pura i simplemente los términos impuestos por la Inglaterra, la mediacion francesa fué prácticamente aceptada. Nom-

bráronse tres comisionados, para examinar la demanda de don Pacífico, que exijia 21,295 libras esterlinas, un chelin i cuatro peniques por via de indemnizacion, i le concedieron 150 libras. Este caso excitó una gran sensacion en Inglaterra i en el continente. Una resolucion de la cámara de los pares censuró la conducta del gabinete británico en aquel caso. En la cámara de los comunes, se extendió la censura a toda la política extranjera del ministro británico, despues de un debate notable por su animacion i elocuencia, i por la brillante defensa del ministro. La Rusia, como coprotectora de la Grecia, dirijió una fuerte reconvenccion al gobierno británico i la terminó con estas palabras: «Falta ver si la Gran Bretaña, abusando de las ventajas que le proporciona su inmensa superioridad marítima, se propone observar en lo sucesivo una política aislada, desestimando los pactos que le ligan con otros gabinetes, i si trata de desembarazarse de toda obligacion i de toda comunidad de accion, i autorizar a todas las grandes potencias para no reconocer con los débiles otra regla que su voluntad propia, ni otro derecho que el de la fuerza física.»

Los actos jurisdiccionales de una nacion sobre los extranjeros que en ella residen, deben ser respetados de las otras naciones, porque, al poner el pié en el territorio de un estado extranjero, contraemos, segun se ha dicho, la obligacion de someternos a sus leyes, i por consiguiente, a las reglas que tiene establecidas para la administracion de justicia. Pero el estado contrae tambien por su parte la obligacion de observarlas respecto del extranjero, i en el caso de una palpable infraccion, el daño que se infiere a éste, es una injuria contra las naciones a que pertenecen los agraviados. Si el estado instiga, aprueba o tolera los actos de injusticia o violencia de sus súbditos contra los extranjeros, los hace verdaderamente suyos, i se constituye responsable de ellos para con las otras naciones.

Ya hemos dicho que hai dos clases de extranjeros: los *transseuntes*, que transitan por el territorio, o hacen mansion en él como simples viajeros o para el despacho de negocios que no suponen ánimo de permanecer largo tiempo; i los *domicilia-*

dos, que son aquéllos a quienes se permite establecerse permanentemente en el país sin adquirir la calidad de ciudadanos. Se consideran transeuntes los empleados de una potencia extranjera que desempeñan alguna comision relativa al servicio de ella, verbigracia, los cónsules i agentes comerciales.

Lo que se ha dicho en este artículo se aplica a los extranjeros de cualquier clase i condicion que sean, exceptuando los ministros públicos, de los cuales se tratará en la tercera parte de este curso. Resta manifestar las diferencias que se observan entre los transeuntes i los domiciliados.

Toca indudablemente a la jurisdiccion local fijar las condiciones bajo las cuales se contrae voluntaria o forzosamente el domicilio. Los extranjeros domiciliados deben soportar todas las cargas que las leyes i la autoridad ejecutiva imponen a los ciudadanos. Están, por consiguiente, obligados a la defensa del estado, si no es contra su propia patria. Pero es necesario que el peso de los servicios i gravámenes de esta especie se reparta en una proporcion equitativa entre los ciudadanos i los extranjeros, i que no haya exenciones o preferencias odiosas entre los de diversas naciones.\*

Los transeuntes están exentos de la milicia i de los tributos i demas cargas personales; pero no de los impuestos sobre los efectos de uso i consumo.

## 8

La sana política aconseja igualar a los extranjeros con los naturales en lo que respecta a la adquisicion de los títulos de propiedad, i al uso i disposicion de los bienes que posean dentro del territorio del estado. Los bienes raíces son los únicos que pueden razonablemente exceptuarse de esta regla.

Una nacion, pues, consultando su propia utilidad, se abstendrá de arrogarse sobre los extranjeros aquel derecho odioso de extranjería, peregrinidad o *albinajio* (*droit d'aubaine*), por el cual se les menoscababa el derecho de sucesion, ya fuese en los bienes de un ciudadano, ya en los de un extranjero; i

---

\* Vattel, libro I, capítulo 19, § 213.

en algunas partes no podian ser instituidos herederos por testamento, ni recibir legado alguno; i llegando a morir en el territorio del estado, se apoderaba el fisco de todos los bienes que poseian en él, i despojaba a sus herederos lejitimos de una gran parte de la sucesion i a veces de toda ella.\* Las leyes de algunos países han llevado el rigor en este punto hasta incapacitar a la viuda de un extranjero, aunque nacida en el país, de las sucesiones que le habian cabido durante el matrimonio, porque la mujer seguia la condicion del marido. Entre las naciones cristianas, apénas ha quedado vestijio de este bárbaro derecho. La Asamblea Constituyente lo suprimió del todo en Francia, haciendo a los extranjeros capaces de suceder en todos casos, aun a los ciudadanos franceses. El *Código Civil* en los artículos 11 i 726 limitó esta liberal disposicion a los extranjeros de los países en que se trataba del mismo modo a los franceses; pero fué restablecida en toda su integridad el año de 1819.

El derecho de *detraccion* (*droit de traite foraine, gabelle d'émigration, jus detractus, right of detraction*), derecho en virtud del cual se retiene una moderada porcion de los bienes, tanto de los súbditos naturales, como de los extranjeros, cuando dejan para siempre el territorio del estado en que han nacido o residido largo tiempo, no tiene la odiosidad del anterior, porque la extraccion de estos bienes se supone ser una pérdida para el estado, que tiene, por consiguiente, algun título a esta especie de indemnizacion.\*\* Pero esta doctrina es dis-

---

\* Vattel, libro II, capítulo 8, § 112. Pothier, *Traité des personnes et des choses*. parte I, título I, seccion 2. Fritot, *Science du Publiciste*, tomo II, página 397. No conociendo ninguna palabra castellana que corresponda a la francesa *aubaine* en el sentido particular de que aquí se trata, me he atrevido a traducirla por la voz *albinajio*, derivada de *albanagium* o *albinagium*, que en la baja latinidad significaba lo mismo que *aubaine*. Algunos autores distinguen el derecho de peregrinidad o extranjería i el de albinajio: el primero, segun ellos, se refiere a la facultad de suceder, i el segundo, a la de disponer de los bienes por causa de muerte. Llamábase tambien derecho de extranjería el de *detraccion*, de que se hablará mas adelante.

\*\* Vattel, libro II, capítulo 8, § 113.

putable. Lo que se pierde por la salida se compensa por lo que se gana con la entrada de valores, cuando no se embaraza con desfalcos la circulacion natural de las propiedades entre las diversas naciones; o si hai alguna diferencia es contra los países cuyos reglamentos opresivos o mal entendidos ahuyentan las personas i capitales extranjeros.\*

«Supuesto que el extranjero permanece ciudadano de su patria, los bienes que deja, dice Vattel, deben pasar naturalmente a sus herederos segun las leyes del estado de que es miembro; lo cual no se opone a que en los bienes raíces se sigan las leyes del país en que están situados.» Burlamaqui establece la misma doctrina. Pero, si el extranjero somete a las leyes, costumbres i usos de cada pueblo, no solo las propiedades raíces que adquiere en él, sino tambien los bienes muebles que allí posee, i aun su persona misma, parece natural que dejando viuda, hijos lejitimos o naturales, u otras personas, que sean ciudadanos del estado, o se hallen domiciliados en él, i a quienes por las leyes locales toque el todo o parte de los bienes, tengan estas personas derecho para reclamar su cuota legal en el patrimonio del difunto.\*\*

---

\* Se da tambien el nombre de derecho de detraccion (*droit de détraction, jus detractus*) al derecho de albinajio, reducido por algunas convenciones particulares al cobro de una parte de la herencia en que sucede el extranjero. (Fritot, *Science du Publiciste*, tomo II, página 398.)

\*\* Fritot, *ibidem*, página 887.

---



---

## CAPÍTULO VI

### Del Derecho Comercial i Marítimo en tiempo de paz

1. Obligacion que tienen las naciones de comerciar entre sí.—2. Libertad de comercio, segun el derecho externo.—3. Tratados de comercio.—4. Fuentes del derecho consuetudinario, comercial i marítimo.—5. Gravámenes a que está sujeto el comercio de las naciones amigas.—6. Cuarentena.

#### 1

Miénttras duró la comunión primitiva,\* los hombres tomaban las cosas de que tenían necesidad donde quiera que se les presentaban, si otro no se había apoderado primero de ellas para sus propios menesteres. La introducción del dominio no ha podido verificarse, sino en cuanto se dejaba jeneralmente a los hombres algún medio de procurarse lo que les fuese útil o necesario. Este medio es el comercio; porque de las cosas que han sido ya apropiadas no podemos hacernos dueños sin el consentimiento del actual propietario, ni obtener este consentimiento, sino comprándolas o dando cosas equivalentes en cambio. Están, pues, obligados los hombres a ejercitar unos con otros este comercio para no apartarse de las miras de la naturaleza, que les prescribe favorecerse unos a otros en cuanto puedan, siempre que les sea dable hacerlo sin echar en olvido lo que se deben a sí mismos.

De aquí se sigue que cada nación está obligada a permitir i proteger este comercio por todos los medios posibles. La segu-

---

\* Vattel, libro II, capítulo 2.

ridad i comodidad de los caminos, puertos i mercados es lo mas conducente a ello; i de los costos que estos objetos le ocasionen, puede fácilmente indemnizarse estableciendo peajes, portazgos i otros derechos moderados.

Tal es la regla que la razon dicta a los estados i que los obliga en conciencia. Fijemos ahora los principios del derecho externo.

## 2

El derecho que tiene cada pueblo a comprar a los otros lo que necesita, está sujeto enteramente al juicio i arbitrio del vendedor. Éste por su parte no tiene derecho alguno perfecto ni imperfecto, a que los otros le compren lo que él no necesita para sí. Por consiguiente, cada estado es árbitro de poner sus relaciones comerciales sobre el pié que mejor le parezca, a ménos que él mismo haya querido limitar esta libertad, pactando concesiones o privilegios particulares en favor de otros estados.

Un simple permiso o tolerancia, aunque haya durado algun tiempo, no basta para establecer derechos perfectos, porque la autoridad, inherente al soberano, de arreglar las relaciones comerciales de sus súbditos con las otras naciones, es un *jus meræ facultatis*, que no prescribe por el no uso.\*

Las pretensiones de dictar leyes al comercio i navegacion de otros pueblos han sido constantemente rechazadas. Los portugueses, en el tiempo de su preponderancia naval en el oriente, trataron de prohibir a las demas naciones de Europa todo comercio con los pueblos de la India. Pero esta pretension se miró como absurda; i los actos de violencia con que quisieron sostenerla, dieron a las otras naciones justo motivo para hacerles la guerra.

---

\* Los derechos de mera facultad son tales por su naturaleza, que el que los posee puede usarlos o nó, segun le parece, i de consiguiente no pueden prescribirse por el no uso, porque la prescripcion se funda en un consentimiento presunto, i la omision de lo que podemos ejecutar o nó a nuestro arbitrio, no da motivo para presumir que consentimos en abandonarlo. (Vattel, libro I, capítulo 8, § 95.)

En virtud de esta libertad de comercio, el soberano está autorizado: primero, para prohibir cualquiera especie de importación o exportación, i aun para cerrar totalmente sus puertos al comercio extranjero; segundo, para establecer aduanas i aumentar o disminuir a su arbitrio los impuestos que se cobran en ellas; tercero, para ejercer jurisdicción sobre los comerciantes, marineros, naves i mercaderías extranjeras, dentro de los límites de su territorio, imponiendo penas a los contraventores de sus ordenanzas mercantiles; i cuarto, para hacer las diferencias que quiera entre las naciones que trafican con la suya, concediendo gracias i privilegios particulares a algunas de ellas.\*

Pero es evidente que estos principios abstractos no pueden ponerse en práctica sin mucho discernimiento, pues todo lo que restrinje el comercio exterior tiende a embarazar i menoscabar las ventajas que los pueblos reportan de sus comunicaciones recíprocas, i refluye muchas veces contra los gobiernos que en sus relaciones comerciales observan una política suspicaz i mezquina.

Cuando se imponen prohibiciones o restricciones nuevas, dicta la equidad que se dé noticia anticipada de ellas, porque de otro modo podrian ocasionarse graves perjuicios al comercio extranjero.

Una nacion obrará cuerdamente si en sus relaciones con otras se abstiene de parcialidades i preferencias siempre odiosas; pero ni la justicia ni la prudencia reprueban las ventajas comerciales que franqueamos a un pueblo en consideración a los privilegios o favores que éste se halla dispuesto a concedernos.

### 3

Los tratados de comercio\*\* tienen por objeto fijar los derechos comerciales entre los contratantes ya sea durante la paz, ya en el estado de guerra entre los contratantes, ya en el esta-

---

\* Chitty's *Commercial Law*, volumen I, capítulo 4.

\*\* Vattel, *ibidem*.

do de neutralidad, esto es, cuando el uno de ellos es beligerante i el otro neutral.

En cuanto al primer punto, es costumbre especificar los privilegios relativos a las personas i propiedades, concedidos por cada una de las partes contratantes a los súbditos de la otra, que vengan a hacer el comercio en sus puertos, o residen en su territorio, verbigracia, la exencion de ciertas cargas, de confiscaciones i secuestros, el libre ejercicio de su industria, la facultad de testar o transmitir sus bienes ab intestato segun las leyes de la patria del testador, las franquizas relativas a aduanas, tonelada, anclaje, etc. Agrégase frecuentemente una tarifa o enumeracion de los artículos de mutuo comercio, con sus precios, para que éstos sirvan de norma en el cobro de los derechos de aduana; pero la tarifa no es necesariamente inalterable en toda la duracion del tratado. Suelen tambien determinarse en él la autoridad, jurisdiccion i privilegios de los cónsules.

En cuanto al estado de guerra, el principal objeto de los tratados es eximir de apresamiento i embargo las personas i propiedades de los súbditos de cualquiera de los contratantes, que al tiempo de estallar la guerra residan en el territorio del otro; concederles un plazo para la salida de sus personas i efectos, despues del rompimiento de las hostilidades; o especificar las condiciones bajo las cuales pueden permanecer allí durante la guerra. En algunos tratados, se ha estipulado la continuacion de ciertos ramos de comercio a pesar de la guerra.

En cuanto al tercer punto, se suele estipular en los tratados de comercio la exencion de *angarias* a favor de los buques del estado neutral; se enumeran las mercaderías que deberán considerarse como contrabando de guerra, i se fijan las penas a que estarán sujetos los traficantes en ellas; se determinan las reglas i formalidades de los bloqueos i de la visita de las naves; i se especifican los ramos de comercio que han de gozar de las inmunidades neutrales.

Los tratados de comercio pueden ser o de duracion indefinida o por tiempo limitado. Lo mas prudente es no obligarse

para siempre, porque es mui posible que ocurran despues circunstancias que hagan pernicioso i opresivo para una de las partes el mismo tratado de que ántes reportó beneficio.

Los derechos comerciales adquiridos por tratados son tambien de mera facultad, i por tanto no se pierden por dejar de usarse, i deben reputarse vijentes durante el tiempo estipulado. Hai, con todo, circunstancias que podrian invalidar esta regla. Si, por ejemplo, pareciese evidente que la nacion ha concedido un privilegio o monopolio comercial con la mira de proporcionarse una mercadería de que necesitaba, i la nacion agraciada dejase de proporcionársela, no hai duda que la primera podria revocar el privilegio i concederlo a otra, por haber faltado la segunda a la condicion tácita.

Cuando solo un pueblo posee cierta especie de producciones naturales, otro puede, por un tratado, adquirir el privilegio exclusivo de comprárselas, para revenderlas al resto de la tierra. Si un pueblo no abusa de este monopolio vendiendo a un precio exorbitante, no peca contra la lei natural; mas, aun dado caso que lo hiciese, el propietario de una cosa de que los otros no tienen necesidad indispensable, podria, segun el derecho externo, o reservarla para sí, o venderla al precio que gustase.

## 4

Por lo que hace al derecho comercial fundado en la costumbre,\* bastará presentar aquí una breve enumeracion histórica de los códigos mercantiles que han gozado de mas autoridad entre los estados de Europa, como documentos de las reglas a que han consentido sujetarse. Casi todas las provisiones de estos códigos son relativas al tráfico marítimo, porque, a causa de las ventajas del acarreo por agua, i de la situacion marítima de las principales potencias, la mayor parte del comercio exterior se ha hecho por mar.

---

\* Lo que sigue se ha tomado en gran parte de la *Coleccion de leyes marítimas* de M. Pardessus. Tambien se ha tenido presente a Chitty, tomo I, capítulo 2..

El mas antiguo sistema de leyes marítimas se dice haber sido compilado por los rodios como novecientos años ántes de la éra cristiana. Corro impresa una coleccion con el título de *Leyes Rodias*, pero manifiestamente espuria. Todo lo que sabemos de la jurisdiccion marítima de aquel pueblo, se reduce a lo que nos dicen Ciceron, Tito Livio, Estrabon i otros escritores antiguos, i a los fragmentos conservados en el *Digesto*.<sup>\*</sup> Parece por un rescripto de Antonino que las controversias marítimas se dirimian por el derecho rodio, en todo lo que no era contrario a textos positivos de las leyes romanas.

Acaso la parte principal del derecho marítimo de los rodios se conserva, aunque esparcida, segun la conexion de materias en el *Digesto* i *Código* de Justiniano. M. Pardessus ha recopilado todas las leyes romanas relativas a negociaciones marítimas, i por ellas se ve cuánto deben a la jurisprudencia de Roma las naciones modernas, aun relativamente al comercio de mar, que se supone haber sido mirado con indiferencia por los conquistadores del mundo.

Una de las colecciones de costumbres i usos marítimos que han gozado de mas celebridad, i acaso la mas antigua de todas en el occidente, es la conocida con el título de *Roles* o juzgamientos de *Oleron*. Diversas han sido las opiniones sobre su oríjen i sobre la edad en que se redactó, atribuyéndola algunos a Ricardo I de Inglaterra, otros, a su madre Eleonora, duquesa de Aquitania, i suponiéndola otros tomada de las ordenanzas de Wisby o de la Flándes. M. Pardessus cree que estas leyes son de oríjen frances, i que se recopilaron algun tiempo ántes de que por el casamiento de Eleonora pasase a un rei de Inglaterra la Aquitania, esto es, ántes de 1152. Lo cierto es que en el siglo XIV servian ya para la decision de las causas marítimas, i que desde el siglo XIII gozaban de cierta autoridad en España, donde se tuvieron presentes para varias disposiciones contenidas en el código de las *Siete Partidas*.<sup>\*\*</sup>

---

\* Título, *De lege rhodia de jactu*.

\*\* Capmani, *Costumbres marítimas*, tomo II, página 81. Azuni, parte I, capítulo 1, artículo 10. Pardessus, *Coleccion*, capítulo 8.

Sin detenernos en las colecciones a que se han dado los nombres de *Damme* i de *Westcapelle*, ciudades de los Países Bajos meridionales, porque está probado que son meras traducciones de los *Roles*; sin hacer alto en las *Costumbres de Amsterdam*, de *Enchuysen*, de *Stavern*, tomadas en parte de los *Roles*, en parte de las ordenanzas de varias ciudades del Báltico; mencionaremos la compilacion que se conoce jeneralmente con el título de *Derecho marítimo de Wisby*, en Grotlandia, presentada por los jurisconsultos e historiadores del norte como el mas antiguo monumento de la lejislacion marítima de la edad media. Pero él contiene, segun M. Pardessus, pruebas claras de haberse formado, no por autoridad soberana, sino por una persona privada, que quiso reunir en un solo cuerpo varias disposiciones de los juzgamientos de Oleron, de los de *Damme*, del derecho de *Lubeck*, observado por los marcantes de la Union Hanseática, i de las costumbres de *Amsterdam*, *Enchuysen* i *Stavern*. Su redaccion no puede ser anterior al siglo XV.

De todas las antiguas recopilaciones de leyes marítimas, *El Consulado del mar* es la mas célebre, la mas completa i la mas jeneralmente respetada. Fuera de los reglamentos puramente comerciales que contiene, deslinda con bastante precision los derechos mutuos de belijerantes i neutrales en lo concerniente al comercio de mar, i ha contribuido mucho a formar en esta parte el derecho internacional que hoi rije. Casi todos los que mencionan esta obra ponderan su mérito; i algunos parecen como embarazados para hallar palabras con que significar la admiracion que les inspira. Se echará ménos en ella el órden o el buen gusto, dice Pardessus, pero no puede desconocerse la sabiduría de sus disposiciones, que han servido de base a las leyes marítimas de Europa.

Los jueces domésticos a quienes tocaba el conocimiento de las causas relativas al comercio, se llamaban *cónsules*; su autoridad i jurisdiccion, *consulado*: de aquí el título de esta famosa coleccion. Se ha exajerado su antigüedad refiriéndola al año 900 de la éra cristiana. Segun Capmani, se compiló por los majistrados de Barcelona en tiempo del rei don Jaime el Con-

quistador; i como en ella no se hizo mas que consignar los usos ya establecidos i antiguos en los puertos del Mediterráneo, no es extraño que la atribuyesen tanta antigüedad, i que Pisa, Jénova i otros países disputasen a los catalanes la gloria de haberla dado a luz. Pero el sabio escritor de quien tomamos estas noticias, adhiere a la opinion de Capmani en cuanto al oríjen barcelones del consulado. El catalan fué ciertamente el idioma en que se compuso, i el siglo XIV la época de su redaccion.

Otro sistema de leyes marítimas que ha merecido mucha aceptacion es el de la Liga Hanseática, formado sucesivamente en varios de los recesos o dietas que celebraban en Lubeck los diputados de la Liga, i mas particularmente en los de 1591 i 1604.

Pero el cuerpo mas extenso i completo es la *Ordenanza de marina*, de Luis XIV, dada a luz en 1681, obra maestra que se formó bajo la direccion de Colbert, entresacando lo mejor de todas las antiguas ordenanzas de mar, i a que concurrieron los mas doctos jurisconsultos i publicistas de la Francia, prece- diendo consulta de los parlamentos, cortes de almirantazgo i cámaras de comercio del reino. Hai en ella ciertas disposicio- nes sugeridas por el interes nacional; pero, a pesar de este de- fecto, es mirada como un código de grande autoridad, i con el juicioso comentario de Valin, es una de las fuentes mas copio- sas i puras de jurisprudencia marítima.

## 5

El permiso de comerciar con una nacion, i de transitar por sus tierras, mares i rios, está sujeto a varios importantes dere- chos. Tal es primeramente el de anclaje, impuesto que se per- cibe de toda embarcacion extranjera, siempre que eche el ancla en un puerto, aunque venga de arribada, o forzada por algun temporal; salvo que habiéndolo pagado saliese, i algun acci- dente la obligase a volverse, ántes de haber hecho viaje a otra parte.\*

---

\* Azuni, *Derecho marítimo*, parte I, capítulo 2, artículo 4.



De aquí proceden tambien las *angarias*, o el servicio que deben prestar a un gobierno los buques anclados en sus puertos, empleándose en trasportarle soldados, armas i municiones, cuando se ofrece alguna expedicion de guerra, mediante el pago de cierto flete i la indemnizacion de todo perjuicio. El capitan de una embarcacion extranjera que se pusiese en fuga para sustraerse a esta obligacion o que retardase con astucia el trasporte, o de cualquiera otro modo suscitase dificultades que perjudicasen al suceso de la expedicion, estaria desde luego sujeto a la confiscacion de su buque, recayendo tambien sobre la tripulacion las penas proporcionadas a su complicidad. I si el capitan aporta maliciosamente a otra parte i vende allí las provisiones o aprestos de guerra, se acostumbra castigarle rigurosamente, i aun con el último suplicio, exponiéndose tambien a graves penas los que comprasen estos efectos a sabiendas. Pero sería contra la equidad el precisar a una embarcacion a que hiciese segundo viaje.

Ninguna embarcacion puede excusarse de las *angarias* bajo pretexto de dignidad, o de privilegio particular de su nacion.

Derívase del mismo principio el derecho de *embargo*, por el cual una potencia prohíbe la salida de los buques anclados en sus puertos, i se sirve de ellos para algun objeto de necesidad pública i no de guerra, indemnizando a los interesados. Este derecho i el anterior se sujetan a unas mismas reglas. Azuni pretende que en el uso del derecho de *angarias* no se halla el gobierno obligado a indemnizar la pérdida por causa de naufragio, apresamiento de enemigos o de piratas; pero es mucho mas conforme a la equidad natural conceder esta reparacion en ambos casos, cuando el accidente que ha causado la pérdida, proviniendo de la naturaleza del servicio, no debe mirarse como enteramente fortuito, i cuando, por otra parte, el flete no es bastante grande para compensar el peligro.

Otra carga conocida tambien con el nombre de *embargo* es la que consiste en prohibirse la salida de todos los buques surtos en un puerto, para que no den aviso al enemigo de al-

a cosa que importa ocultarle, verbigracia, el apresto o desarrollo de una expedición militar.\*

Solo una absoluta urgencia puede autorizar esta suspensión de los derechos de los estados amigos. Pero, como la parte interesada es el único juez de la necesidad que se alega, es posible evitar el abuso. De aquí es que las naciones han procurado eximirse de este gravámen, estipulando que sus navíos, tripulaciones i mercaderías no puedan embargarse a virtud de ninguna orden jeneral o particular, ni aun so color de la conservación o defensa del estado, sino concediendo a los interesados una plena indemnización.

Del derecho de *preension* (*jus præemptionis*), por el cual el estado detiene las mercaderías que pasan por sus tierras o las para proporcionar a sus súbditos la preferencia de comercio; del de *escala forzada*, que consiste en obligar las embarcaciones a hacer escala en determinados parajes, para reconocerlas, para cobrar por ellas ciertos impuestos, o para sujetarlas al derecho anterior; del de *mercado o feria* (*droit d'étape, droit of staple*), que consiste en obligar a los traficantes extranjeros a que expongan al público en un mercado particular los efectos que llevan de tránsito; i del de *trasbordo forzado*, para proporcionar a las naves nacionales el beneficio del flete, acaso queda ya ejemplo, ni aun en los rios de Alemania; i por la decadencia de las naciones modernas a la inmunidad del comercio i a la facilidad de las comunicaciones, se puede anunciar que, si subsisten algunos de estos derechos, desaparecerán i presto. La convención de 15 de agosto de 1804 entre la Prusia i la Francia i los reglamentos del Congreso de Viena trajeron considerablemente su ejercicio.

## 6

Entre los gravámenes a que está sujeto el comercio en todo tiempo, no debe omitirse la *cuarentena*. Cuando un buque es obligado a hacerla, por venir de un puerto apestado, o porque

\* Azuni, *ibidem*, artículos 5, 6. Beawes, *Lex Mercatoria*, volumen página 392, (edición de Chitty). El nombre de embargo (como sus

hai otro motivo de temer que propague una enfermedad contagiosa, se le pone en un estado completo de incomunicacion por un espacio de tiempo que en jeneral es de cuarenta dias, aunque puede ser mayor o menor segun las circunstancias. El principal documento que sirve para averiguar si el buque debe hacer cuarentena i por cuánto tiempo, es el *certificado*, *bolela* o *fe de sanidad*, dada en el puerto de donde procede el buque. En este documento, se notifica el estado de salud de aquel puerto. Se llama certificado *limpio* el que atestigua que el puerto se hallaba exento de ciertas enfermedades contagiosas, como la peste o la fiebre amarilla; *sospechoso*, si habia solo rumores de infeccion; i *sucio*, si la plaza estaba apestada. Su falta, cuando el buque viene de paraje sospechoso, se consideraria como equivalente a un certificado *sucio*.

En todos tiempos, ha habido gran diversidad de opiniones sobre el carácter contagioso de varias enfermedades. El de la peste de Levante, por ejemplo, se ha revocado en duda por muchos hábiles profesores de medicina, que la han observado en los países donde aparece mas amenudo. No obstante las frecuentísimas comunicaciones comerciales de Inglaterra con las plazas en que suele hacer mas estragos la peste, i sin embargo de la notoria facilidad con que se eluden los reglamentos de sanidad en los puertos británicos, no hai ejemplo de que en mas de un siglo haya prendido la infeccion en ellos, o en los empleados i sirvientes de los lazaretos. Ni hai motivo de creer que la peste que afligió a Lóndres en 1665 i 66 fuese la misma de Levante, i parece mas verosímil que la enjendrarse espontáneamente una viciosa constitucion de la atmósfera, orijinada de la estrechez de las calles, la densidad de la poblacion, la escasez de agua para los menestores domésticos, la acumulacion de inmundicias i otras circunstancias que contribuian a la insalubridad de Lóndres ántes del grande incendio de 1666, desde cuya época no ha ocurrido un solo caso de peste. Es

equivalentes *arrêt de prince*, *arrêt de puissance*) suele tomarse en un sentido jeneral, comprendiendo las angarias. Llámase *embargo civil* para distinguirlo del *hostil* o *bélico*, de que se hablará mas adelante.

sabido que los turcos no tienen el menor recelo de usar la ropa de los que han muerto de la peste, i que los vestidos i sábanas que quedan en los lazaretos forman uno de los emolumentos de los gobernadores, i se venden públicamente en los bazares. De la fiebre amarilla se cree ya casi universalmente que no es contagiosa. Pero pocas enfermedades habrán causado tanto terror por la actividad del supuesto contagio que la produce, como el cólera morbo, que ha visitado varias veces la Europa i algunos países de América. En todas partes, han sido sin fruto las vigorosas providencias que se han tomado para atajar su carrera, i la opinion que en el dia parece tener mas séquito es que el cólera no es contagioso tampoco; que nace de una constitucion atmosférica particular, i que contra sus efectos es mucho mas eficaz la policía sanitaria doméstica, que las cuarentenas i lazaretos, porque, dado caso que no detenga la marcha del contagio, a lo ménos modera su actividad i disminuye el número de sus víctimas. Admitiendo, pues, que sobre los misteriosos medios de propagacion de éstas i otras dolencias no se sabe todavía lo bastante para formar un juicio seguro de la utilidad de las cuarentenas, lo cierto es que, para purificar el aire i mantener la sanidad de las poblaciones, se debe atender principalmente a la limpieza i ventilacion de las ciudades i casas, a la desecacion de los pantanos i marjales, buena calidad de las provisiones de abasto, abundancia de agua para el servicio de las habitaciones, i otros bien conocidos objetos de policía doméstica.

---

## CAPITULO VII

### De los Cónsules

1. Oficio i clasificacion de los cónsules; idea jeneral de sus atribuciones; requisitos para serlo.—2. Autoridad judicial de los cónsules.—3. Funciones de los cónsules a favor del comercio i de los individuos de su nacion.—4. Inmunidades de los cónsules.

#### 1

Los cónsules\* son agentes que se envían a las naciones amigas con el encargo de proteger los derechos o intereses comerciales de su patria, i favorecer a sus compatriotas comerciantes en las dificultades que les ocurran.

El objeto principal de la mision del cónsul es velar sobre los intereses del comercio nacional, sujerir los medios de mejorarlo i extenderlo en los países en que residen, observar si se cumplen i guardan los tratados, o de qué manera se infringen o eluden, solicitar su ejecucion, proteger i defender a los comerciantes, capitanes i jente de mar de su nacion, dar a todos los individuos de ella los avisos i consejos necesarios, mantenerlos en el goce de sus inmunidades i privilejios, i en fin, ajustar i terminar amigablemente sus diferencias, o juzgarlas i decidir las, si está competentemente autorizado.

Cuando el comercio llevó a puertos lejanos multitud de navegantes i traficantes de varias naciones, que regularmente

---

\* Mucha parte de la doctrina de este capitulo se ha tomado de Chitty (*Commercial Law*, volúmen I, capítulo 3,) i de Kent (parte I. leccion 2). Lo que se ha sacado de otros autores se anota separadamente.

viajaban con sus propias mercaderías, los de cada país solían elegir un árbitro, que dirimiese sus diferencias según las leyes i usos patrios. Ya con la mira de adelantar el comercio extranjero, ya por la influencia de aquel principio que prevaleció tanto en la época de la emigración de los pueblos del norte, cuando se juntaban varias razas en un mismo suelo: «que cada uno debe guardar las leyes de la sociedad en cuyo seno ha nacido;» los soberanos de los puertos dispensaban de buena gana a estos árbitros una autoridad semejante a la de sus propios jueces, i se la otorgaron algunas veces por privilegios escriturados. Dióse a esta especie de magistrados el título de *cónsules*, porque tal era el que tenían los jueces domésticos de comercio en Pisa, Luca, Génova, Venecia i Barcelona. Pero, cuando los comerciantes dejaron de viajar ellos mismos con sus mercaderías, i los contratos i operaciones mercantiles se hicieron por escrito, i por medio de factores i agentes, fué menguando poco a poco la jurisdicción consular, i prevaleciendo la de las justicias locales; a lo que contribuyó grandemente la semejanza de leyes i usos de los pueblos cristianos. Por eso, vemos que subsisten los antiguos privilegios de los *cónsules* europeos en los puertos de naciones infieles.\*

Los estados mas civilizados no empezaron a emplear esta clase de agentes en sus relaciones recíprocas hasta fines del siglo XV o principios del XVI.

Nómbrense, además de los *cónsules* ordinarios, *cónsules* jenerales i *vizcónsules*; éstos para los puertos de menor importancia, o para obrar bajo la dependencia de un *cónsul*; aquéllos, para jefes de *cónsules*, o para atender a muchas plazas comerciales a un tiempo. Las atribuciones i privilegios de estos empleados son unos mismos respecto de los gobiernos extranjeros.

Los *cónsules* pueden tambien, cuando han recibido facultad para ello, nombrar agentes de comercio, cuya obligación es prestar todos los buenos oficios que están a su alcance, a los súbditos del estado a quien sirven, manteniendo correspondencia con el *cónsul* respectivo i ejecutando sus órdenes. Algunos

---

\* Schmalz, libro V, capítulo 3.

estados conceden a sus ministros diplomáticos i a sus cónsules la facultad de nombrar vizcónsules.

Aunque las funciones consulares parecen requerir que el cónsul no sea súbdito del estado en que reside, la práctica de las naciones marítimas es bastante laxa en este punto; i nada es mas comun que valerse de extranjeros para que desempeñen este cargo en los puertos de su misma nacion. Las leyes españolas exigen que los cónsules sean ciudadanos naturales del estado a quien sirven, i no domiciliados en España; pero a los vizcónsules se les dispensa del primer requisito.\*

Algunos gobiernos prohíben a sus cónsules ejercer la profesion de comerciantes; pero jeneralmente se les permite. Es una regla recibida que el carácter de cónsul no protege al de comerciante, cuando concurren ambos en una misma persona.\*\*

Ninguna nacion está obligada a recibir esta clase de empleados, si no se ha comprometido a ello por tratado, i aun en este caso no está obligada a recibir la persona particular que se le envía con este carácter; pero, si no la admite, es necesario que haga saber al gobierno que la ha nombrado los motivos en que se funda su oposicion. El cónsul viene provisto de un despacho o patente de la suprema autoridad ejecutiva de su nacion; i su nombramiento se notifica al jefe del estado en que va a residir, el cual expide una declaracion, llamada *exequatur*, aprobándole i autorizándole para ejercer funciones de tal.

## 2

Ningun gobierno puede conferir a sus cónsules poder alguno que se ejerza sobre sus súbditos o ciudadanos en país extranjero, sin el consentimiento de la autoridad soberana del mismo. De aquí es que en los tratados de navegacion i comer-

---

\* Lei 6, título XI, libro VI, *Novísima Recopilacion*.

\*\* La experiencia ha probado la necesidad de una tarifa que señale los emolumentos de los cónsules; pero la práctica que deberia preferirse, consultando su dignidad i el bien del comercio, sería la de remunerarlos con salarios fijos. Alégase en contra que los que reportan

cio se tiene particular cuidado de determinar las facultades i funciones públicas de los cónsules.\*

Si un soberano concediese a su cónsul atribuciones judiciales que no estuviesen fundadas en tratado o costumbre, los juzgamientos de estos cónsules no tendrían fuerza alguna en el país de su residencia, ni serían reconocidos por las autoridades locales, pero podrían tenerla en la nación del cónsul i obligarían bajo este respecto a los ciudadanos de ella, i a los extranjeros en sus relaciones con ella.

Los cónsules en los países europeos no ejercen comunmente sobre sus compatriotas otra jurisdicción que la voluntaria; i en las controversias sobre negocios de comercio, sus facultades se limitan de ordinario a un mero arbitraje.\*\* La Inglaterra no les confiere autoridad judicial ninguna. El gabinete de Washington, en las instrucciones circuladas a sus cónsules en 1.º de julio de 1805, les hace saber que no pertenece a su oficio ninguna especie de autoridad judicial, sino la que expresamen-

el beneficio de las instituciones deben pagar sus costos; pero «esta, decía Mr. Livingston, secretario de estado de la República Norte-Americana, no parece una respuesta satisfactoria, porque el país entero, i no solamente los individuos comerciantes, reportan el beneficio de la institución consular. Los jueces reciben salarios; i apenas una décima parte de los habitantes se hallará en el caso de recurrir a los tribunales. Otro tanto puede decirse de los demás empleados asalariados». Remunerando de esa manera los cónsules, no sería necesario tolerar que lo fuesen los comerciantes. «En muchos casos, se solicita la investidura consular por la utilidad e influjo que proporciona para dar ensanche a los negocios mercantiles del cónsul. ¿I podrá creerse que este influjo se ejercerá con rectitud i pureza? I dado caso que así se ejerza, ¿no se sospecharía lo contrario? De aquí celos i rivalidades que degradan la dignidad consular, i monoscaban la influencia saludable que el cónsul podría tener con las autoridades locales.» (*Report of the 2d March, 1833; Elliot's Code.*)

\* La jurisdicción consular «no emana del soberano que los establece, el cual no tiene poder sobre sus súbditos en país extranjero. Ella se deriva del soberano del estado en que los cónsules residen, i por tanto supone siempre tratados en que ha sido estipulada.» De Steck, *Des Consuls*, página 64.

\*\* Martens, *Précis du Droit de Gens*, libro IV, capítulo 3, § 118. —Schmalz, *Droit de Gens*, libro V, capítulo 3.



te se les haya concedido por una lei de los Estados Unidos, i sea tolerada por el gobierno en cuyo territorio residen, i que todo incidente que por su naturaleza pida la intervencion de la justicia, debe someterse a las autoridades locales en caso de no poder componerse por los consejos i amonestaciones del cónsul.\* Las leyes españolas declaran que los cónsules no pueden ejercer jurisdiccion alguna, aunque sea entre vasallos de su propio soberano, sino solo componer amigable i extrajudicialmente sus diferencias, i procurar que se les dé la proteccion que necesiten para que tengan efecto sus arbitrarias i extrajudiciales providencias.\*\* Si registramos los tratados de navegacion i comercio i las convenciones consulares, apénas hallaremos estipulacion alguna que les confiera mas extensas facultades en la administracion de justicia. En la convencion de 13 de mayo de 1769 entre la España i la Francia, se previene que «los cónsules no intervengan en los buques de sus respectivas naciones, sino para acomodar amigablemente las diferencias entre la jente de mar o entre sus compatriotas pasajeros, de manera que cada individuo, sea capitan, marinero o pasajero, conserve el derecho natural de recurrir a los juzgados del país cuando crea que su cónsul no le hace justicia»\*\*\* En la antigua convencion entre los Estados Unidos i la Francia, se les dió cierta especie de jurisdiccion en la policía de los buques i en las causas entre los transeuntes de sus naciones respectivas; pero al presente no hai en pié tratado alguno que conceda a los cónsules extranjeros residentes en el territorio de la Union ni aun estas limitadas facultades\*\*\*\* Hacen al mismo propósito el tratado de comercio de 1785 entre el Austria i la Rusia, artículo 19; el de 1781 entre la Francia i la Rusia, artículos 6, 7 i 8; el de la misma fecha entre el Portugal i la Rusia, artículo 4; el de 1816 entre América i Suecia, artículo 5; el de 1818

---

\* Estas i otras instrucciones consulares se hallan insertas a la letra en el tomo II del *Código Diplomático* de Elliot.

\*\* *Novisima Recopilacion*, lei 6, título II, libro VI.

\*\*\* Martens, *Recueil des Traités*, tomo I, página 631 (segunda edicion).

\*\*\*\* Kent, *Comentarios*, parte I, leccion 2.

entre Prusia i Rusia, artículo 6; i otros varios.\* Es de notar que las naciones en que mas ha florecido el comercio han sido, a excepcion de la Francia, las mas cuidadosas en restringir las atribuciones de sus cónsules extranjeros, i esto en aquellas mismas convenciones que se dirijian a protegerlo i fomentarlo; lo que prueba que, aun en el concepto de estas naciones, la autoridad judicial de los cónsules produce mas inconvenientes que ventajas.

La Francia hubiera querido seguir otro sistema. Ella ha conferido a sus cónsules la facultad de juzgar todo jénero de controversias entre los comerciantes, navegantes i demas franceses, i aun ha prohibido a éstos llevar los pleitos que tuvieran unos con otros a ninguna autoridad extranjera, conminando a los infractores con una multa de mil quinientos francos. Pero oigamos sobre este asunto a uno de los mas respetables jurisconsultos i publicistas de la Francia:

«El derecho de poner en ejecucion una sentencia empleando la fuerza pública, es una emanacion de la soberanía: todos los estados están interesados en mantener esta regla, i todos la invocan cuando les llega el caso. Las cortes, tribunales i funcionarios a quienes se ha confiado el ejercicio de la jurisdiccion voluntaria o contenciosa, solo por delegacion tienen este derecho; i en las lejislaciones mas conformes a los verdaderos principios, los decretos judiciales que llevan aparejada ejecucion, suelen ir revestidos de una fórmula en que, a nombre del soberano mismo, se manda emplear en caso necesario la fuerza pública del estado. I de aquí es que ningun gobierno reconoce fuerza ejecutoria en las sentencias o decretos extranjeros, i que, por consiguiente, ningun soberano tiene derecho para instituir en país extranjero, por su sola autoridad, judicatura alguna que decida las controversias entre sus súbditos, i cuyas sentencias tengan fuerza ejecutoria en él.

«Estos principios jenerales pueden modificarse por las convenciones que intervienen entre los soberanos, no solo por lo que concierne a la ejecucion de las sentencias i decretos ex-

---

\* En la coleccion de Martens.

tranjeros en su territorio, sino tambien por lo tocante a la jurisdiccion de los cónsules, i al cumplimiento de lo que éstos provean. En esta materia, conocimientos positivos son mas necesarios que teorías. Pero no debemos dejar de advertir que la diferencia extremada de civilizacion entre los países iluminados por el cristianismo i los que profesan otras creencias, ha producido necesariamente otra diferencia no ménos grande en la jurisdiccion consular. Los cónsules extranjeros tienen extensas facultades en los pueblos infieles: el rei se ha procurado allí una especie de extraterritorialidad que da a sus cónsules, sobre todos los individuos de nacion francesa, casi los mismos derechos que ejerceria sobre ellos un majistrado ordinario en su patria, i esto aun para la policía, i para la persecucion i castigo de los delitos. En las naciones cristianas, no es así. Hai pocos países en que las sentencias de los cónsules lleven aparejada ejecucion, como las de los jueces locales; pues el mero hecho de haber admitido cónsules con derecho de juzgar, no basta para dar fuerza ejecutoria a sus juzgamientos. A veces debe pedirse esta ejecucion, i no se concede sin conocimiento de causa; a veces la jurisdiccion consular está reducida a un mero arbitraje.

«Por eso mismo, la obligacion impuesta a los franceses de no intentar accion alguna contra un compatriota, sino ante su cónsul, requiere una distincion. Las leyes no deben aplicarse de un modo contrario a la intencion del lejislador. El fin que se propone el litigante obteniendo una condenacion, es el constreñir a su adversario a que la cumpla. Si las relaciones políticas entre la Francia i la nacion en que reside el cónsul son tales que la condenacion consular no serviria de nada al litigante, porque no sería posible hacerla ejecutar allí, no parece justo que se le castigue por haber recurrido a la jurisdiccion local, como la sola que pudiese acoger eficazmente la demanda. Así un frances interesado en obtener una sentencia que deba llevarse a efecto en un país donde los tratados no aseguran la ejecucion de los juzgamientos consulares, no deberia incurrir en ninguna pena por haber demandado a su compatriota ante la justicia local.

«Mas aun en este caso el frances que quiere proceder ulteriormente contra su adversario en Francia, tiene interes en provocar una sentencia de su cónsul, que, si bien destituida de fuerza en país extraño, cuando el soberano territorial no ha consentido en revestirla de un carácter ejecutorio, no por eso es nula en sí misma i respecto de la Francia; ántes bien tiene allí igual valor que los actos de cualquier otro juzgado frances.....

«Por claros i verdaderos que sean estos principios, se modifican, cuando por una desconfianza, acaso mal entendida, pero a que puede ser necesario someterse para evitar mayores inconvenientes, el gobierno local no permita al cónsul ejercer funciones judiciales sobre sus compatriotas, aun cuando las sentencias no hayan de ejecutarse sino en Francia. En tal caso, el cónsul debe abstenerse de ellas, i la Francia tendrá el derecho de retorsion contra los cónsules del gobierno que trata de este modo a los suyos.»\*

Segun el mismo autor, es de derecho comun que todas las disputas relativas a los salarios i demas condiciones de enganche de la jente de mar, i todas las contiendas que se suscitan en la tripulacion de un buque o entre los marineros i el capitán, o entre los capitanes de dos o mas buques, sean decididas por el cónsul. Los jueces locales, aun cuando se ocurre a ellos con esta clase de demandas o querellas, tienen la cortesía de remitirlas al cónsul respectivo, auxiliándole para que se cumplan sus disposiciones, sin apreciar el mérito de éstas. El interes comun dicta esas reglas: sin ellas, no se podria mantener el orden en las tripulaciones, ni obligarlas a continuar el viaje.

En esta especie de jurisdiccion de los cónsules (ejercida a falta de funcionarios consulares por los capitanes respecto de cada buque), i en la que se les haya concedido por capitulaciones o costumbre, se comprenden todos los oficiales i jente de mar de las naves mercantes de su nacion, aunque no sean ciu-

---

\* Pardessus, *Droit Commercial*, parte VII, título 6, capítulo 2, seccion 1.<sup>a</sup> i 2.<sup>a</sup>

dadanos de ella; pues entrando a servir bajo su bandera, se someten tácitamente a sus leyes i usos marítimos.\*

Es práctica jeneral que el cónsul legalice los documentos otorgados en el país de su residencia para que hagan fe en su nacion. Con el mismo objeto, atestigua los actos relativos al estado natural i civil de las personas, como matrimonios, nacimientos i muertes; da certificados de vida; toma declaraciones juradas por comision de los tribunales de su país; recibe protestas; autoriza contratos i testamentos. Donde las leyes locales lo permiten, se encarga de los bienes de sus conciudadanos difuntos, que no dejan representantes lejítimos en el país, i asegura los efectos de los náufragos, en ausencia del capitan, propietario o consignatario, pagando el acostumbrado premio de salvamento.\*\*

### 3

Como encargados de velar sobre la observancia de los tratados de comercio, toca a los cónsules reclamar contra sus infracciones, dirigiéndose a las autoridades del distrito en que residen, i en caso necesario al gobierno supremo por medio del ajente diplomático de su nacion, si le hai, o directamente, en caso contrario.

El cónsul lleva ordinariamente un registro de la entrada i salida de los buques que navegan bajo su bandera, expresando en él los capitanes, cargas, procedencias, destinos i consignaciones. Suele hallarse facultado para exigir a los capitanes

---

\* Pardessus, *ibidem*.

\*\* Kent, *Comentarios*, parte I, leccion 2; instrucciones consulares de los Estados Unidos, en *Elliot's Diplomatic Code*, páginas 430 i siguientes (edicion de 1834); *Wheaton's Elements of International Law*, parte II, capítulo 2, § 12.

La institucion de los consulados se debe a la cortesía internacional; el cónsul por el mero hecho de ser aceptado, goza de los mismos privilejios que sus predecesores, segun el principio jeneral, que cada nacion se presume que sigue la costumbre establecida en su tratamiento de los extranjeros, i está obligada a notificar previamente su intencion, si la tiene, de mudar de conducta con respecto a ellos (Phillimore, tomo II, páginas 245 i 246).

de estos buques manifiestos jurados de la carga de entrada; como tambien de la carga de salida, cuando llevan destino a los puertos de la nacion del cónsul; i esto segundo suele hacerse extensivo a los buques de otras naciones. El cónsul trasmite los duplicados de estos manifiestos a su gobierno.

Segun la práctica de la Gran Bretaña i de otras naciones, el cónsul no debe permitir que un buque mercante de la suya salga del puerto en que reside sin su pasaporte; ni concedérselo hasta que el capitan i tripulacion han satisfecho todas las justas demandas de los habitantes o prestado seguridad suficiente; a cuyo efecto les exige el pase o licencia de las autoridades locales.

El cónsul debe proteger contra todo insulto a sus conciudadanos, ocurriendo, si es necesario, al gobierno supremo. Si sucediere que las autoridades locales tomen conocimiento de delitos cometidos por los conciudadanos del cónsul fuera del territorio a que se extiende la jurisdiccion local, reclamará contra tales procedimientos, requiriendo que se reserve cada caso de éstos al conocimiento de su juez competente, i que se le entreguen los delincuentes aprehendidos por las autoridades locales.

Debe tambien el cónsul, en caso de ser solicitado a hacerlo por sus compatriotas ausentes, inquirir el estado de los negocios de éstos en el distrito consular, i comunicar a las partes el resultado de sus jestioncs. Un cónsul, segun la doctrina reconocida por los Estados Unidos de América, es, en virtud de su oficio, apoderado nato de sus compatriotas ausentes que no sean representados de otro modo, pudiendo en consecuencia parecer en juicio por ellos, sin que se le exija mandato especial, si no es para la actual restitution de la propiedad reclamada.\*

Si el país de su residencia está en guerra, es de la particular incumbencia del cónsul cuidar que por parte de los buques

---

\* Véase en *Wheaton's Reports*, libro VI, página 152, el caso del *Bello Coruñes*, juzgado por la corte suprema de los Estados Unidos a peticion del cónsul de España; i libro X, página 66, el caso de la *Antilope*.

de su nacion no se quebrante la neutralidad, e informar a los aseguradores compatriotas si se han invalidado las pólizas por la conducta ilegal de los capitanes o de otras personas interesadas en los buques o cargas.

## 4

Se ha disputado mucho si los cónsules tienen o nó el carácter de ministros públicos. Si por ministro público se entiende un agente diplomático, no hai fundamento para dar ese título a un cónsul. Lo que constituye al agente diplomático, es la carta credencial de su soberano, en la cual se le acredita para todo lo que diga de su parte. El cónsul no va revestido de esta ilimitada confianza. Su mision no es a la autoridad soberana de un país extranjero, sino a sus compatriotas residentes en él. Por consiguiente, no le conviene el dictado de ministro público, sino en el sentido jeneral en que lo aplicamos a todos los empleados civiles.

De aquí es que los cónsules no gozan de la proteccion especial que el derecho de jentes concede a los embajadores i demas ministros diplomáticos. En el ejercicio de sus funciones, son independientes del estado en cuyo territorio residen, i sus archivos i papeles son inviolables. Mas, por lo tocante a sus personas i bienes, tanto en lo criminal como en lo civil, se hallan sujetos a la jurisdiccion local. En la convencion de 1769 entre la España i la Francia, solo se da a los cónsules (que sean ciudadanos del estado que los nombra) la inmunidad de prision, si no es por delitos atroces; si son comerciantes, esta inmunidad no se extiende a causa criminal o cuasi criminal, ni a causa civil que proceda de sus negocios de comercio; i ademas se determina que, cuando el majistrado local tenga necesidad de la declaracion jurídica del cónsul, no podrá éste rehusarla, ni retardarla, ni faltar al dia i hora señalados. En la convencion de comercio de 3 de julio de 1815 entre la Gran Bretaña i los Estados Unidos de América, se estipula que en caso de portarse el cónsul de una manera ilegal u ofensiva al gobierno del país, se le pueda castigar con arreglo a las leyes,

a ofensa está a el alcance de éstas, o se le haga salir del país, notificando el gobierno ofendido al otro gobierno las razones que haya tenido para tratarle de este modo. Los mismos Estados Unidos i la Suecia estipularon, en 4 de setiembre de 1816, en el caso de mala conducta del cónsul se le pudiese castigar conforme a las leyes, privarle de sus funciones, o hacerlo salir del país, dándose cuenta del hecho al otro gobierno; bien entendido que los archivos i papeles del consulado no habian examinarse por ningun motivo, sino que deberian guardarse cuidadosamente bajo los sellos del cónsul i de la autoridad local.

Yo creo que el cónsul, por la importancia de las funciones que ejerce, debe estar exento de la jurisdiccion criminal del país, a ménos que cometa algun crimen enorme contra el deber de jentes; i que en todos los otros casos se le debe poner a disposicion de su propio gobierno para que haga justicia en ellos. Otros escritores\* han sido de la misma opinion. Pero la practica moderna (dice Kent) no concede semejantes inmunidades a los cónsules; i puede mirarse, como fuera de duda, que el derecho de jentes no dispensa una proteccion mas especial a los empleados, que a las personas que han entrado en el territorio de la nacion bajo salvo conducto, las cuales en lo criminal están sujetas a la jurisdiccion del país.\*\*

Por la citada convencion entre la España i la Francia, se les permite poner sobre la puerta de sus casas un cuadro con un escudo pintado i esta inscripcion: *Consulado de España o de Francia*; pero se declara al mismo tiempo que esta insignia no impone derecho de asilo, ni sustrae la casa o sus habitantes a las pesquisas de los majistrados locales, siendo meramente la señal de la morada del cónsul para la conveniencia de los viajeros que necesiten recurrir a él.

La constitucion de los Estados Unidos de América ha dado a la Federacion el conocimiento privativo

Varden (*On the origin, nature, etc., of consular establishments*); Chauvenet (*Le Ministre Public*); Borel (*De l'origine, etc., des fonctions des consuls*), citados por Chitty.

Comentarios, ibidem: Elliot's *Diplomatic Code, References*, 535.



---

de las causas que conciernen personalmente a los cónsules, como a los embajadores i ministros públicos. En España, para proceder a tomar a los cónsules una declaracion jurídica, debe el magistrado trasladarse a su casa, i prevenírselo de antemano por un recado atento, señalándoles dia i hora. Es costumbre solicitar del mismo modo su asistencia a los tribunales, cuando es necesaria, i darles asiento en ellos al lado de las autoridades locales.

Los cónsules, como los demas transeuntes, están exentos de la carga de alojamientos, tributos i contribuciones personales; pero no de los derechos impuestos sobre los efectos de uso i consumo.\*

---

\* Para formar idea de la variedad e importancia de las funciones encomendadas a los cónsules, pueden verse, ademas de las instrucciones consulares de los Estados Unidos ya citadas, las ordenanzas del rei de los franceses, *Archives du Commerce*, tomo IV, páginas 245 i siguientes. Para mejor conocer los principios i prácticas peculiares de España, consúltense los *Elementos de Derecho Público Internacional* por don Antonio Riquelme, tomo I, páginas 492 i siguientes.

La innovacion introducida por la Francia i la Inglaterra en las repúblicas sur-americanas (i no sé si en otras partes) de asociar al carácter de cónsul jeneral el de encargado de negocios, produce el efecto de dar a este funcionario las inmunidades diplomáticas i le asimila a los cónsules de las naciones cristianas en los estados berberiscos i en otros paises mahometanos. Logran así hacer mas expedita la accion de las grandes sobre las pequeñas potencias.

---



---

## CAPÍTULO VIII

### De los Títulos i de las Precedencias

1. Títulos.—2. Precedencia entro las naciones.—3. Práctica moderna relativa al rango de los estados i de los agentes diplomáticos, i a los honores reales.

#### 1

Aunque la nacion\* puede dar a su conductor los dictados i honras que quiera, es conveniente que en este punto se conforme al uso jeneralmente recibido, proporcionándolos al poder efectivo. Un estado de corta extension i poblacion, sin rentas, comercio, artes, ni letras, decorado con el nombre de imperio, léjos de granjearse mas consideracion i respeto, se haria ridículo.

Las potencias extranjeras, por su parte, no están obligadas a deferir a los deseos del soberano que se arroga nuevos honores. Verdad es que si en éstos no hai nada de extravagante ni de contrario al uso, nada que anuncie pretensiones nuevas en perjuicio de otros estados, no sería justo rechazarlos. Negar en tal caso a un gobierno extranjero el título que le ha conferido su nacion, se miraria fundadamente como una señal de mala voluntad i un disfavor gratuito.

Los soberanos que desean recibir nuevos títulos i honores de parte de las naciones extranjeras, procuran asegurárselos por tratados. A falta de éstos, la costumbre hace regla.

Algunas veces el reconocimiento de un nuevo dictado se concede bajo la condicion expresa de que por esta novedad no

---

\* Vattel, libro II, capítulo 3.

se alterará el orden establecido. Cuando la España i la Francia reconocieron la dignidad imperial de la Rusia, se hicieron dar letras reversales; i como Catalina II rehusase despues renovarlas, la corte de Francia en 18 de enero i la España en 5 de febrero de 1763, declararon que adherian al reconocimiento del nuevo dictado; pero que, si en lo sucesivo alguno de los sucesores de la emperatriz llegase a formar pretensiones contrarias al orden de precedencia establecido por el uso, volverian por el mismo hecho al estilo antiguo.\*

## 2

Como las naciones son todas iguales e independientes, ninguna de ellas puede atribuirse naturalmente i de derecho la primacía sobre las otras. Pero, supuesto que un vasto i poderoso estado es, en la sociedad universal, mucho mas importante que un estado pequeño, la razon dicta que el segundo ceda el paso al primero en todas las ocasiones en que sea necesario que el uno de los dos lo ceda al otro. En esto, no hai mas que una prioridad de orden, una precedencia entre iguales. Los otros estados han de dar la primacía al mas fuerte, i por consiguiente sería tan inútil, como ridículo, que el mas débil se obstinase en negarla.

La antigüedad es otro punto de que pende el rango de los estados, es decir, el orden de precedencia entre ellos. Una nueva nacion no puede desposeer a las otras del lugar que tienen ya ocupado.

La forma de gobierno influye poco o nada en el rango. Si la república romana se atribuyó en otro tiempo la preeminencia sobre todos los monarcas de la tierra, si los emperadores i reyes se la arrogaron despues sobre las repúblicas, ha consistido solo en la superioridad de fuerzas, de que a la sazón gozaban. Las provincias unidas de los Países Bajos, la república de Venecia, la Confederacion Helvética, reconocian la precedencia de los emperadores i reyes; i con todo eso, Cromwell supo ha-

---

\* Martens, *Recueil de Traités*, tomo I, páginas 133 i 135 (segunda edicion).

cer respetar a todas las testas coronadas la dignidad de la república de Inglaterra, tratando con ellas de igual a igual, i la Francia democrática no se hizo respetar ménos en sus relaciones con las monarquías mas antiguas de Europa. En el dia, la Union Americana no reconoce primacia en ninguna de las potencias del mundo. Así que, por el hecho de mudar un pueblo su gobierno, ni sube ni baja en la escala de las naciones.

En fin, si los tratados, o un uso constante fundado en un consentimiento tácito, han fijado el rango de las naciones, es preciso atenerse a ellos.

### 3

Como por la division de los estados de Carlomagno pasó el imperio al hijo primojénito, el menor, que heredó el reino de Francia, le cedió tanto mas fácilmente el paso, cuanto estaba todavía reciente en aquel tiempo la idea de la majestad del verdadero imperio romano. Sus sucesores siguieron lo que hallaron establecido, i fueron imitados por los otros reyes de Europa. De este modo, la corona imperial de Alemania se halló en posesion de la primacia entre los pueblos cristianos, i el título de emperador se consideró como el mas eminente de todos.

Los reglamentos que dictaron los papas,\* i principalmente Julio II, para dirimir las dudas i controversias acerca de la precedencia de los soberanos de Europa, no han sido jamas reconocidos ni observados fuera del recinto de los concilios. Los soberanos tampoco han acordado de un modo formal sus pretensiones recíprocas, i en el Congreso de Viena se ajitó esta cuestion vanamente.

Las potencias católicas conceden el primer lugar al sumo pontífice, en su carácter de vicario de Jesucristo i sucesor de San Pedro. Los otros príncipes que gozan de honores reales, aunque no le miran sino como soberano temporal de los Estados Pontificios, i alegan tener derecho a precederle, sin embar-

---

\* Baron Charles de Martens, *Manual Diplomático*, capítulo VIII, §§ 79, 80 i 81.

por cortesía. En el Congreso de Viena, Rusia i de la Gran Bretaña lo cedieron al

l o real\* de que estaban revestidos los os de Europa al tiempo que el ceremo-e, i la importancia que se dió entónce los emperadores i reyes, han sido las us prerrogativas que ellos se han arro- los otros estados, i que se miran toda- i señaladas a que pueden aspirar las gativas, llamadas *hombres reales*, con- estados en la precedencia a todos los e nombrar ministros de primera clase omáticas (prerrogativas que fueron con- randes repúblicas, como la Confeder- cia); i por parte de los soberanos en la nperial o real, i en el tratamiento mu- ector de Hesse i los grandes duques rei- mas o ménos de todas ellas.

izan de honores reales sin tener el título den el paso a estos últimos; así como en posesion de los honores reales, lo oizan de ellos.

ngo suelen concederse unas a otras la entro ellas la precedencia, ya en cierto po, ya por sorteo, ya tomando cada i los documentos expedidos por ella. nte en los protocolos de los plenipo- ina conferencia o congreso, es colocar alfabético de sus respectivas potencias. il, cada gobierno está autorizado para is comunicaciones con otros. La conve- la Europa adoptase por muchos siglos sucedió casi jeneralmente la francesa s XIV. Los estados que todavía retio-

nen la suya, suelen agregar a los documentos internacionales expedidos por ellos una traduccion en el idioma de los estados con quienes tratan, o en frances, dado que por parte de éstos se corresponda con igual cortesía. Así lo observan la Confederacion Jermánica, la España i las cortes italianas. Los que hablan un idioma comun, se entienden siempre en él, como sucede entre los miembros de la Confederacion Jermánica, entre los estados de Italia, entre la Gran Bretaña i los Estados Unidos de América.\*

El rango\*\* que los agentes diplomáticos acreditados a una misma corte han de guardar entre sí, se ha reglado por el acta del Congreso de Viena de 9 de junio de 1815,\*\* a que concu- rrieron los plenipotenciarios de Austria, España, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Prusia, Rusia i Suecia, las cuales invitaron a las otras potencias a adoptarlo. En él, se estableció:

1.º Que los empleados diplomáticos se dividiesen en tres clases: primera, embajadores, legados o nuncios; segunda, enviados, ministros, u otros agentes acreditados de soberano a soberano; i tercera, encargados de negocios, acreditados con los secretarios de relaciones exteriores (a las cuales añadieron los plenipotenciarios de Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia i Rusia en el Congreso de Aquisgran o Aix-la-Chapelle, sesion de 21 de noviembre de 1818, la clase de ministros residentes, intermedia entre los de segundo orden i los encargados de negocios).

2.º Que solo los ministros de primera clase tuviesen el carácter representativo (en virtud del cual se les dispensan en algunas ocasiones las mismas honras que a sus soberanos, si se hallasen presentes).

3.º Que los enviados extraordinarios no tuviesen a título de tales superioridad alguna.

4.º Que en cada clase la precedencia entre los empleados

---

\* Wheaton, *Elementos*, parte II, capítulo 3, § 5.

\*\* Ch. de Martens, *Manual Diplomático*, capítulo 4, § 83.

\*\*\* Pieza XVIII Martens, *Recueil de Traités, Supp*, tomo VI, página 449.

diplomáticos se reglase por la fecha de la notificación oficial de su llegada; pero sin hacer innovación con respecto a los representantes del papa.

5.º Que en cada estado se estableciese un modo uniforme de recepción para los empleados diplomáticos de cada clase.

6.º Que ni el parentesco entre los soberanos, ni las alianzas políticas, diesen un rango particular a los empleados diplomáticos.

7.º Que en las actas o tratados entre varias potencias que admitiesen la alternativa, la suerte decidiese entre los ministros para el orden de las firmas. (Hoy se sigue generalmente el de las letras del alfabeto; y así se hizo en este mismo reglamento, firmando los plenipotenciarios en el orden siguiente: Austria, España, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Prusia, Rusia, Suecia).

---



---

## CAPÍTULO IX

### De los Tratados

1. Tratados en jeneral.—2. Diversas especies de tratados.—3. Disolucion de los tratados.—4. Pactos hechos por las potestades inferiores: esponsion.—5. Pactos del soberano con los particulares.—6. Pactos accesorios.

#### 1

Tratado (*fœdus*) es un contrato entre naciones.\* Son hábiles para celebrar tratados, no solamente los estados que gozan de una plena i absoluta independencia, sino los federados, o los que se han colocado bajo la proteccion de otros, siempre que por el pacto de union o alianza no hayan renunciado este derecho.

Contratan válidamente a nombre de las naciones sus jefes, si ejercen una soberanía ilimitada, o si por las leyes fundamentales están autorizados para hacerlo.

Las potestades supremas, o las que tienen el derecho de representar a la nacion en sus pactos con los otros estados, tratan por medio de procuradores o mandatarios revestidos de plenos poderes i llamados por esta razon *plenipotenciarios*. Cada uno de estos mandatarios tiene derecho para que se le exhiban los plenos poderes del que negocia con él un tratado; pero no las instrucciones.\*\* Las facultades de estos plenipotenciarios son definidas por el mandato; i todo lo que prometen sin exceder los términos de su comision i de sus poderes, liga a sus comitentes. En el dia, para evitar peligros i dificultades,

---

\* La doctrina de este capítulo se ha sacado principalmente de Vattel, libro II, capítulos 12, 13, 14, 15, 16.

\*\* Schmalz, *Droit des Gens Européen*, libro II, capítulo 3.

e se ha pactado a nom-  
ara que pueda rehusar-  
n, es necesario que el  
no el de haber excedido  
ipotenciario, o el de no  
legislatura, donde esta  
ueda válidamente rati-

ester el consentimiento  
cosas que para llevarse  
erza de leyes, ¿estará o  
tud de una ratificacion  
forma, o dependerá de  
un pacto debidamente  
puede darse regla segu-  
it entre la Francia i la  
el parlamento británico  
comercio i navegacion  
que exigen inversion de  
tánico es estipular que  
ocesaria apropiacion de  
titucion de los Estados  
acultad de ratificar con  
acionales ratificados de  
zas, parece entenderse  
ñar la fe pública, expi-  
ucion."

te, por la inhabilidad de  
a de su consentimiento

que por una convencion  
idad, o que sea necesario  
haber esta necesidad sino  
orma los diplomas de las

mutuo, suficientemente declarado;\* tercero, por la omision de los requisitos que exige la constitucion del estado;\*\* cuarto, por lesion enorme, que entre estados no puede ser sino la que envuelve poco ménos de una ruina completa; i quinto, por la iniquidad o torpeza del objeto.

Los tratados producen derechos perfectos; de que se sigue, primeramente, que un soberano ligado ya con una potencia por un tratado no puede celebrar con otras potencias nuevos tratados contrarios al primero; segundo, que, si un tratado se halla en contradiccion con otro anterior celebrado con diversa potencia, el tratado anterior prevalece; tercero, que, si media pacto secreto entre dos potencias, se procederia de mala fe contrayendo obligaciones opuestas con otra, la cual, descubierto el engaño, tendrá a su arbitrio renunciar el nuevo tratado, o contentarse con la ejecucion de las cláusulas que no se opongan al tratado anterior, exigiendo la indemnizacion de los perjuicios que a consecuencia experimente; cuarto, que, si llegan a ser incompatibles las promesas hechas en diferentes tratados con diferentes potencias, las anteriores se entienden absolutas, i las posteriores condicionales.

Cuando un tratado, por la mudanza de circunstancias, llega

---

\* Las causas jenerales que vician el consentimiento, a saber, el error, la fuerza i el dolo, no son aplicables, sino con grandes restricciones, a los pactos internacionales. Si, por ejemplo, apareciese claramente que el tratado habia tenido por fundamento la suposicion errónea de un hecho, sería inicuo exigir su cumplimiento. De la misma manera, el dolo para producir nulidad debe ser evidente; i la fuerza, ilegitima. I como entre naciones es lejítimo el uso de la fuerza o de la amenaza para sostener los derechos que cada cual cree le pertenecen, esta última especie de nulidad tiene cabida solo en aquellos casos en que el empleo de la fuerza no puede ser autorizado por el derecho de la guerra. Así Bonaparte no hubiera podido retractar su abdicacion de Fontainebleau, como pudo Fernando VII la de Bayona. La abdicacion del primero fué el resultado de una guerra franca i regular; el segundo fué atraído alevosamente a las redes del usurpador. Véase Grocio, *De jure belli et pacis*, libro II, capítulo 11, §§ 6, 7. Schmalz, *ibidem*.

\*\* Véase arriba, capítulo I, § 4.



en la dignidad de los contratantes. Pero estas dos especies de desigualdad andan frecuentemente unidas.

Segunda division: *tratados* propiamente dichos i *convenciones*. Los primeros están destinados a durar perpetuamente o por largo tiempo, verbigracia, un tratado de paz, de comercio o de límites. Las segundas se consuman por un acto único, pasado el cual, quedan enteramente cumplidas las obligaciones i extinguidos los derechos de los contratantes, verbigracia, una convencion para el canje de los prisioneros que dos belijerantes se han hecho uno a otro.\*

Tercera division: *tratados personales* i *reales*. Los tratados personales se refieren a las personas de los contratantes i expiran con ellas; los tratados reales no dependen de las personas, i los derechos i obligaciones que constituyen son inherentes a las naciones. Para distinguir unos de otros, se debe atender a las reglas siguientes:

1.º Todo tratado concluido por una república es real, i consiguientemente no se invalida por las mudanzas que sobrevengan en la forma de gobierno, salvo que se refiera a ella.

2.º Los tratados concluidos por monarcas se presumen jeneralmente reales.

3.º Los que obligan para siempre o por tiempo determinado son reales, pues no dependen de la duracion de la vida de los contratantes.

4.º Lo son igualmente aquéllos en que el soberano se em-

---

\* Dase tambien no pocas veces el nombre de convenciones a tratados cuyos efectos son jenerales i permanentes, de lo que se pueden ver bastantes ejemplos en la coleccion de Martens.

Segun Wheaton, parte III, capitulo II, § 9, hai convenciones *transitorias* que por su naturaleza son perpetuas, de manera que, una vez ejecutadas, subsisten sin embargo sus efectos, cualesquiera mudanzas que sobrevengan en la soberanía i en la forma de gobierno de los contratantes; i en esta clase coloca el autor los pactos de cesion, de límites, de permutas territoriales, i los que crean una servidumbre permanente a favor de una nacion sobre el territorio de otra.

La palabra *convenio* se toma en castellano en el sentido jeneral de pacto, que tambien suele darse a la palabra *convencion*.

peña por sí i sus sucesores, o en que se declara expresamente que tienen por objeto el bien del estado.

5.° Si el pacto es de aquéllos que granjean un beneficio permanente al estado, hai motivo para presumirlo real, a ménos que se exprese o se demuestre claramente que se ha concedido este beneficio por consideracion a la persona del príncipe reinante.

6.° En caso de duda, se presume real el pacto, si rueda sobre cosas favorables, esto es, que tiendan a la comun utilidad de las partes; i personal en el caso contrario.

En el dia, para evitar dudas, los soberanos determinan cuidadosamente la duracion de los tratados, expresando que se obligan a sí mismos, sus herederos i sucesores para siempre, o por cierto número de años, o que solo tratan por el tiempo de su reinado, o por un asunto personal o de familia, etc. Acostumbran tambien confirmar las alianzas reales estipuladas por sus predecesores; precaucion que no es del todo inútil, pues los hombres suelen hacer mas caso de las obligaciones que ellos mismos han contraído expresamente, que de aquéllas que les han sido impuestas por otros.

Cuando un tratado personal expira por la muerte de uno de los contratantes, se puede dudar si se extinguen o nó por el mismo hecho las obligaciones del otro. Si el tratado establece prestaciones determinadas i ciertas, que se suponen equivalentes, i que las dos partes se prometen una a otra como por via de cambio, el que ha recibido el beneficio debe dar lo que ha prometido en retorno, o por lo ménos compensarlo, o restituir las cosas *in integrum*. Pero, si se trata de prestaciones contingentes e inciertas, que no obligan si no se presenta el caso de cumplirlas, su retorno es tambien contingente, i llegado el término del tratado, todas las obligaciones expiran.

Si el sobreviviente, creyendo que el pacto era extensivo al sucesor, obrase en consecuencia, verbigracia, suministrándolo tropas o víveres, el soberano beneficiado o debe mirar el pacto como renovado tácitamente, o recompensar los servicios recibidos.

Los pactos de familia son una especie de tratados persona-

les con la diferencia de no limitarse a un individuo solo, extendiéndose a la familia entera o a los herederos naturales de los contratantes.

Los tratados pueden ademas dividirse en tantas especies, como son los diferentes negocios de que los soberanos pueden tratar unos con otros. Hai tratados de paz, de alianza, de neutralidad, de subsidio, de navegacion i comercio, de límites, etc. Los tratados que se hacen con el sumo pontífice, como jefe de la iglesia católica, para la administracion de los negocios eclesiásticos, se llaman *concordatos*.

### 3

Los tratados se disuelven, primeramente, por haberse cumplido su objeto. Así una alianza estipulada para una guerra particular expira por el tratado de paz.

2.º Se disuelven por haber llegado su término, ya sea fijo, como en los tratados de comercio que se estipulan por tiempo limitado, ya eventual, como en los tratados personales, cuando acaba la vida o reinado de uno de los príncipes contratantes, o como en los pactos de familia, por la extincion, abdicacion o destronamiento de la dinastía reinante.

Se pregunta si la alianza personal expira, cuando por alguna revolucion uno de los contratantes ha sido despojado de la corona. Si un rei es injustamente destronado por un usurpador no pierde el carácter de tal por el solo hecho de perder la posesion del reino, i conservando sus derechos, conserva con ellos sus alianzas. Pero, si la nacion depone al rei, no toca a ningun otro estado o príncipe erijirse en juez de su conducta; i el aliado personal que tratase de auxiliarle, haria sin duda una grave injuria al pueblo que ha usado de sus derechos deponiéndole. Pero, en los casos dudosos, i cuando la voluntad nacional no se ha declarado libremente, se debe naturalmente sostener i defender al aliado.

Nótese que la denominacion de aliados suele llevar a veces un sentido jeneral, designándose con ella, no solo a los que han contraído un pacto formal de alianza, sino un pacto per-

manente cualquiera que obligue a prestaciones sucesivas con cualquier otro objeto especial.

Un tratado cuyo término llegó a expirar, puede renovarse por el consentimiento expreso o tácito de las partes. El consentimiento tácito no se presume fácilmente; es necesario fundarlo en actos que solo pudieron ejecutarse a virtud de lo pactado, i aun entónces es necesario averiguar si de estos actos se infiere la *renovacion* o solo una *extension* del pacto. Cuando cumplido el número de años por el cual se acordaron ciertas franquicias comerciales siguen los contratantes gozando de ellas a sabiendas, han consentido tácitamente en *extender* la duracion del pacto; i cualquiera de los dos tiene la facultad de terminarlo cuando guste, notificándolo anticipadamente al otro. Pero supongamos que un soberano hubiese estipulado con otro la facultad de mantener guarnicion en una de sus plazas durante diez años, pagándole en ellos un millon de pesos. Si expirado el término, en vez de retirar su guarnicion, entrega otro millon de pesos i su aliado lo acepta, el tratado en tal caso se *renueva* tácitamente.

Aunque expirado el término de un tratado cada cual de los contratantes queda libre, con todo, si solo el uno de ellos hubiese reportado el beneficio, pareceria poco honroso que se negase a renovar el pacto, mayormente aproximándose ya el caso de utilizarlo el otro a su vez.

3.º Los tratados se disuelven por la infidelidad de uno de los contratantes. El injuriado puede entónces o apelar a las armas para hacerse justicia, o declarar roto el pacto.

Cuando entre dos naciones hai mas de un tratado, por la infraccion de uno de ellos no se *exime directamente* la parte injuriada de las obligaciones que los otros le impongan; pero puede intimar al infractor que, si no le hace justicia, romperá todos los lazos que la ligan con él, i en caso necesario llevar a efecto la amenaza.

Algunos, extendiendo esta regla a los diversos artículos de un mismo tratado, pretenden que la violacion de uno de ellos no es suficiente motivo para rescindir inmediatamente los artículos que no tienen conexion con él. Pero no se trata aquí



de lo que puede hacerse por principios de moderacion i jenerosidad, sino de estricta justicia. Bajo este aspecto, parece mas fundada la doctrina de Grocio. Toda cláusula de un tratado tiene la fuerza de una condicion, cuyo defecto lo invalida. Estipúlase algunas veces que por la infraccion de uno de los artículos no dejarán de observarse los otros; precaucion cuerda, para que las partes no se desdigan lijeramente de sus empeños.

4.º Se disuelven los tratados, cuando una de las naciones aliadas se destruye o pierde su cualidad de nacion, esto es, su independendencia política. Así cuando un pueblo se dispersa, o es subyugado por un conquistador, todos sus tratados perecen. Pero los derechos cedidos a perpetuidad por la nacion no se invalidan por la conquista. Lo mismo decimos de las deudas nacionales, i especialmente de aquéllas para cuya seguridad se ha hipotecado alguna ciudad o provincia.

Si un pueblo se pone bajo la proteccion o dependencia de otro, no puede ser sino con la reserva de las alianzas o tratados anteriores, a los cuales no puede irrogar detrimento por este nuevo pacto. Si lo hace obligado de la necesidad, sus antiguas obligaciones subsisten en cuanto no son incompatibles con él.

La mudanza de forma de una sociedad no cancela sus obligaciones anteriores; i si tuviese algunas que fuesen incompatibles con la nueva forma, solo por una necesidad imperiosa le sería permitido tomarla.

5.º Se disuelven los tratados por mutuo consentimiento de las partes.

6.º Se disuelven tambien por la imposibilidad absoluta de llevarlos a efecto.

7.º En fin, la guerra cancela los tratados que ántes de ella existian entre los belijerantes.\* Mas esto no debe entenderse de un modo absoluto. Hai tratados que, suspensos durante la guerra, reviven luego sin necesidad de acuerdo expreso. Tales son los de cesion, límites, cambios de territorio, i en jeneral

---

\* Schmalz, ibídem.



por medio de protestas secretas, ni por la mudanza de religion de uno de los contratantes; i que no hai autoridad sobre la tierra que pueda absolverlos de sus obligaciones recíprocas.\*

## 4

Ligan igualmente a las naciones los pactos celebrados a su nombre por las *potestades inferiores*, a virtud de una comision expresa, o de las facultades inherentes a ellas. Se llaman potestades inferiores o subalternas las personas públicas que ejercen una parte del imperio a nombre i por autoridad del soberano, como los jenerales, gobernadores i majistrados.

Si una persona pública hace un tratado o convencion, sin orden del soberano, i sin estar autorizado a ello por las facultades inherentes a su empleo, el tratado es nulo, i solo puede darle valor la voluntaria ratificacion del soberano, expresa o tácita. La ratificacion tácita se colije de aquellos actos que el soberano se presume ejecutar a virtud del tratado, porque no hubiera podido proceder a ellos de otro modo. Esta especie de convenio se llama *esponsion* (*sponsio*).\*\*

El esponsor, si el estado no confirma sus actos, no se halla por eso en el caso de un particular que hubiese prometido pura i simplemente a nombre de otro, sin comision para ello. El particular está obligado, si no se ratifican sus promesas, a cumplirlas por sí mismo, o a restituir las cosas a su estado anterior, o en fin, a indemnizar a la persona con quien ha tratado. Su *esponsion* no puede tomarse en otro sentido. Pero no sucede así regularmente con el hombre público que ha prometido sin orden ni facultades. Con respecto a él, se trata de cosas

---

\* Segun Schmalz, puede disolverse un tratado por la simple retractacion de uno de los contratantes. «Cualesquiera estipulaciones que hayan intervenido entre dos potencias, puede una de ellas apartarse del tratado si la otra en virtud de lo convenido no ha hecho prestacion alguna, ni tomado o dejado de tomar alguna medida. En tal caso, la retractacion de uno de los contratantes, hecha de buena fe, no irroga perjuicio al otro.» Libro II, capítulo 3. Es difícil conciliar este principio con el honor i la justicia.

\*\* Grocio, *De jure belli et pacis*, libro II, capítulos 15 i 3.

amente sus medios. Si ha obrado de autoridad que no tenía, puede el en-tero, si él mismo ha dado a entender ara ligar a su gobierno, si nada ha ra parte a creerlo así, se debe presu- correr un riesgo, esperando que por o por otros motivos se ratificaria la o corresponde a sus esperanzas, solo a imprudencia.

de desaprobarse lo que ha pactado obligado a entregársele, si no se ha ste a ello, o si la costumbre no le im- ificaba en el derecho feial de los ro- eño haciendo de su parte todo lo que obtener la ratificacion. Pero, si le es mo el convenio, o dar una indemni- desempeñar su palabra.\*

r toea manifestar desde luego su opo- ánimo de ratificarlo, i restituir todo tud de él, o en caso de no serle esto onraria abusando de la credulidad o .tante, aun cuando fuese su enemigo. nñanza de éste en un pacto cuya ra- niese logrado sustraerse a un peligro, bligaria a colocarse otra vez en él.

5

bien hacer contratos con los particu- ra de las extrañas. Las reglas a que smas que entre personas privadas; ndo de su dominio eminente, puede

aus) ab Hannibale interposita pactione am a senatu non præstarentur, misso in nicum possidebat vendidit, ejusque pre- neravit. (Valerio Máximo, libro IV, capi-

alguna vez anular los pactos hechos con los súbditos, lo cual ya se sabe que solo tiene cabida cuando una grave consideracion de bien público lo exige, i concediendo una liberal indemnizacion a los interesados.

## 6

Resta hablar de aquellos contratos internacionales que tienen por objeto asegurar la observancia de otros contratos. Se pueden reducir a cuatro: garantía, fianza, prenda i rehenes.

La *garantía* es un pacto en que se promete auxiliar a una nacion para constreñir a otra a que le cumpla lo pactado. La garantía puede prometerse a todas las partes contratantes, o solamente a algunas de ellas o a una sola. Sucede tambien que los contratantes se garantizan recíprocamente la observancia de lo pactado.

Hé aquí las reglas principales a que está sujeta la garantía: 1.º el garante no interviene, sino cuando es requerido a hacerlo; 2.º si las partes quieren de comun acuerdo revocar o modificar sus obligaciones recíprocas, no puede el garante impedirselo; regla importante para precaver el peligro de que un soberano poderoso, a pretexto de una garantía, se injiera en los negocios de sus vecinos, i trate de dictarles leyes; 3.º expira la obligacion del garante, si las partes alteran lo pactado, sin su aprobacion i concurrencia; 4.º no está obligado a intervenir con la fuerza, sino cuando la potencia garantida no se halla en estado de hacerse justicia a sí misma; 5.º si se suscitan disputas sobre la intelijencia del pacto garantido, i el garante halla infundadas las pretensiones de la parte a quien ha prometido auxiliar, no le es lícito sostenerlas; por lo cual es de su obligacion averiguar desde el principio el verdadero sentido del pacto; 6.º es nula de suyo la garantía que recae sobre un pacto inmoral o inicuo; 7.º en caso de duda, se presume que la garantía no expira sino con el pacto principal.

Los soberanos se garantizan a veces el orden de sucesion de una familia, o la posesion de sus estados respectivos. La garantía no es entónces un pacto accesorio, sino un tratado de alianza.



branta la fe dada, quedan prisioneros; mas, segun el derecho de jentes que hoi se observa, no es lícito darles la muerte; 8.ª Se pueden tomar las precauciones necesarias para su custodia; hoi dia su palabra de honor se considera como seguridad suficiente; 9.ª Si se permite que alguna persona se sustituya por cierto tiempo a la que estaba en rehenes i ésta muere, la primera queda libre de todo empeño; si muere el sustituto, dura la obligacion del principal; 10.ª Si un príncipe dado en rehenes sucede a la corona, debe permitirse su canje por otra persona o personas, que constituyan una seguridad equivalente; 11.ª Cumplida la obligacion del soberano de los rehenes, son *ipso facto* libres, i no es permitido retenerlos por otro motivo, si no es que durante el empeño hayan cometido algun crimen o contraído deudas en el territorio del otro soberano.

---





---

## CAPÍTULO X

### Interpretacion de los Tratados, Leyes i otros Documentos

1. Necesidad de las reglas de interpretacion.—2. Axiomas jenerales.—3. Reglas particulares.—4. Reglas relativas a la distincion entre lo favorable i lo odioso.—5. Reglas relativas a los casos de contradiccion o incompatibilidad.

#### 1

Es necesario fijar reglas para la interpretacion de los tratados,\* testamentos, leyes i demas actos escritos, que sirvan para fundar derechos entre los diferentes estados; primeramente, por la inevitable ambigüedad a que da márgen muchas veces la imperfeccion del lenguaje; segundo, por la jeneralidad de las expresiones que es necesario saber aplicar a los casos particulares que se presentan; tercero, por la perpetua fluctuacion de las cosas humanas, que produce nuevas ocurrencias difíciles de reducir a los términos de la lei o tratado, si no es por inducciones sacadas del espíritu del legislador o de los contratantes; cuarto, por las contradicciones e incompatibilidades aparentes o reales que en lo escrito se nos ofrecen, i que es necesario examinar cuidadosamente para conciliarlas, o a lo ménos para elejir entre los diferentes sentidos; i quinto, por la estudiada

---

\* La hermenéutica, o arte de interpretar, es propiamente una parte de la lógica. Ha parecido conveniente dar aquí una lijera idea de la hermenéutica legal, imitando el ejemplo de Vattel i otros publicistas, i para llenar el vacío que presentan en este punto los tratados de lógica que hoi dia tienen mas boga en las escuelas. Hemos seguido a Vattel, libro II, capítulo 17. Se ha consultado tambien a Phillimore, tomo II, capítulos 8 i 9.



## 3

Pasando a las reglas particulares que se deducen de estos axiomas, me limito jeneralmente a dar un catálogo desnudo de ellas, remitiéndome, por lo tocante a sus ilustraciones, a Vattel i Phillimore.

1. En todo pasaje oscuro, el objeto que debemos proponernos es averiguar el pensamiento de la persona que lo dictó; de que resulta que debemos tomar las expresiones unas veces en un sentido particular i otras en el jeneral, segun los casos.\*

2. No debemos apartarnos del uso comun de la lengua, si no tenemos fortísimas razones para hacerlo así. Si se expresa que las palabras se han de tomar precisamente en su mas propia i natural significacion, habrá doble motivo para no separarnos del uso comun; entendiendo por tal el del tiempo i país en que se dictó la lei o tratado, i comprobándolo, no con vanas etimologías, sino con ejemplos i autoridades contemporáneas.

3. Cuando se ve claramente cuál es el sentido que conviene a la intencion del legislador o de los contratantes, no es lícito dar a sus expresiones otro distinto.

4. Los términos técnicos deben tomarse en el sentido propio que les dan los profesores de la ciencia o arte respectiva; ménos cuando consta que el autor no estaba suficientemente versado en ella.

5. Si los términos se refieren a cosas que admiten diferentes formas o grados, deberemos entenderlos en la acepcion que mejor cuadre al razonamiento en que se introducen i a la materia de que se trata.

6. De que se sigue que es necesario considerar todo el discurso o razonamiento para penetrar el sentido de cada expresion, i darle, no tanto el significado que en jeneral pudiera convenirle, cuanto el que le corresponde por el contexto.\*\*

\* In conventionibus contrahentium voluntatem potius quam verba spectari placuit: lei 219, D. *De verborum significatione*.

\*\* Incivile est, nisi tota lege perspecta, una aliqua particula ejus proposita, judicare et respondere: lei 24 *De legibus*.



niesen a establecerse en un país. Si no hai en él necesidad de pobladores, sino meramente de artesanos, i no se tolera otra religion que la católica, es manifiesto que el promisor exige ambas condiciones para que se verifiquen las promesas. Si por el contrario el país está escaso de poblacion, i sobre todo de artesanos, i es dominante en él la religion católica, pero no se excluyen las otras, hai motivo de creer que solo se exige una de las dos condiciones.\*

14. Conocida la *razon suficiente* de una disposicion (esto es, la razon o conjunto de razones que la han dictado), se extiende la disposicion a todos los casos a que es aplicable la razon, aunque no estén comprendidos en el valor de las palabras; i por el contrario, si ocurre un caso a que no es aplicable la razon suficiente, debemos exceptuarlo de la disposicion, aunque atendiendo a lo literal parezca comprenderse en ella. En el primer caso, la interpretacion se llama *extensiva*; i en el segundo, *restrictiva*. Requiere para una i otra conocer con toda certidumbre la razon suficiente.

15. No debe estarse al rigor de los términos cuando éstos en su sentido literal envolverian alguna cosa contraria a la equidad natural, o impondrian condiciones demasiado duras, que no es presumible hayan entrado en la mente del que habla.\*\*

16. En todos los casos en que la natural latitud del significado pugna con las circunstancias que el autor ha tenido a la vista, i que no ha querido o podido variar, es necesaria la interpretacion restrictiva.

---

\* No debemos separarnos sin mui graves motivos del sentido natural de la frase. *Extranjeros, artesanos i católicos* ofrece naturalmente un sentido copulativo; de otro modo, la expresion propia i obvia hubiera sido *extranjeros, artesanos o católicos*. Si se concediese cierto privilegio a las *mercaderías británicas i conducidas en buques británicos* se supondria la coexistencia de las dos condiciones; si solo se tratase de una de ellas, se diria: *las mercaderías británicas i las conducidas en buques británicos*, o bien, *las mercaderías británicas o conducidas en buques británicos*.

\*\* Esta es una regla que debe solo aplicarse a casos extremos; de otro modo, abriria puertas a cavilaciones i pretextos para eludir lo pactado.

es manifiesto que la consideracion del estado en que en las cosas dió motivo a la disposicion o promesa, de que, faltando aquél no se hubiera pensado en ésta, el a disposicion o promesa depende de la permanencia en el mismo estado. Así los aliados que hubiesen auxiliado a una potencia poco temible por sus fuerzas justo motivo para rehusarlos, i aun para oponerse a , desde el momento que viesen que, lejos de haberlos amenazaba a la libertad de sus vecinos.

En los casos imprevistos, debemos estar a la intencion que a las palabras, interpretando lo escrito, como si lo interpretaria su autor, si estuviese pre-

viendo el temor de un suceso contingente es el motivo del convenio, solo pueden exceptuarse los casos en que eso es manifiestamente imposible.

En caso de duda, si se trata de cosas favorables, es mas amplia la significacion; i si se trata de cosas odiosas, mas restrictiva.

## 4

Para distinguir lo favorable de lo odioso, atenderemos a las siguientes: 1.ª, todo lo que sin causar un gravamen a persona alguna cede en beneficio jeneral de la humanidad, es favorable, i lo contrario es odioso; 2.ª, lo que tiende a la utilidad comun i a la igualdad de las cosas, es favorable, i lo contrario es odioso; 3.ª, todo lo que perjudica el estado presente haciendo consistir la ganancia en la pérdida de los otros, es odioso; *incommodantis melior, quam commoda petentis est causa*; 4.ª, lo que contiene una pena, es odioso; 5.ª, todo lo que depende de inutilizar un pacto i hacerle ilusorio, es odioso; 6.ª, en las cosas que participan de lo favorable i de

---

obligando quæritur, propensiores esse debemus, si occurrerit, ad negandum; ubi de liberando, ex diverso, ut ad liberationem: lei 47, *De obligatione et actione*.

lo odioso, debe compararse el bien con el mal, i mirarse como favorable aquello en que prepondera el bien, i como odioso lo contrario.\*

## 5

Si hai oposicion entre dos o mas leyes o pactos, hé aquí las reglas jenerales que pueden guiarnos: 1.ª, si el permiso llega a ser incompatible con el precepto, prevalece el precepto; 2.ª, si el permiso llega a ser incompatible con la prohibicion, prevalece la prohibicion; 3.ª, si la lei o cláusula que manda llega a ser incompatible con la lei o cláusula prohibitiva, prevalece esta última; 4.ª, en jeneral, lo mas reciente prevalece; 5.ª, en el conflicto de dos disposiciones, se debe preferir, *cæteris paribus*, la ménos jeneral, esto es, la que concierne mas especialmente al caso de que se trata; 6.ª, lo que exige una ejecucion inmediata, prevalece sobre lo que puede diferirse a otro tiempo; 7.ª, en el conflicto de dos deberes, se prefiere el que mas importa al jénero humano; 8.ª, en el conflicto de dos tratados, el uno jurado i el otro nó, *cæteris paribus*, el segundo debe ceder al primero; 9.ª,

---

\* De las tres especies de interpretaciones establecidas por los juristas, es a saber, la declarativa, la extensiva, i la restrictiva, las dos últimas, particularmente, en cuanto fundadas en la discusion entre lo favorable i lo odioso, han ofrecido graves dificultades. Segun Barbeyrac, una misma cosa puede parecer odiosa para una de las partes i favorable para la otra, bajo diferentes puntos de vista; que, por consiguiente, estas cualidades no son susceptibles de una definicion precisa, i que muchas veces las encontramos reunidas i amalgamadas en un mismo sujeto. Phillimore añade que el catálogo de cosas favorables a que Vattel aplica la interpretacion extensiva, i de cosas odiosas a que conviene, segun él, la interpretacion restrictiva, son de un carácter mui vago i disputable. Vattel establece que lo que propende a mudar el estado presente de cosas debe mirarse como odioso; pero, ¿no es manifiesto, dice Story, que esta proposicion es en muchos casos fundamentalmente errónea? Si un pueblo se levanta contra el despotismo, ¿podrá decirse que este cambio de gobierno es odioso i lo que a él se refiere ha de sujetarse a la interpretacion restrictiva?





---

## CAPÍTULO XI

### De los medios de evitar un rompimiento entre las naciones

1. Medios conciliatorios: transaccion, mediacion, arbitraje.—2. Eleccion entre estos medios.—3. Medios en que se emplea la fuerza sin llegar a un rompimiento.

#### 1

Entre los particulares que han recibido una injuria\* i las naciones que se hallan en el mismo caso, hai esta diferencia, que un particular puede abandonar su derecho, o desentenderse de la injuria recibida; pero a las naciones no es posible obrar del mismo modo sin comprometer su seguridad, porque, viviendo en el estado de natural independencia, a cada una de ellas toca la proteccion i vindicacion de los derechos propios, i porque la impunidad de un acto de injuria o de insulto le acarrearía probablemente muchos otros; a lo que se agrega que los negocios de las naciones son administrados por sus conductores o jefes, a los cuales no es lícito ser jenerosos en lo ajeno.

Una nacion injuriada se halla, pues, mui pocas veces en el caso de ceder de su derecho, i todo lo que puede i debe en obsequio de la paz, es recurrir primeramente a los medios suaves i conciliatorios para que se le haga justicia. Éstos, despues que por la via de las negociaciones ha hecho valer las razones que la asisten i solicitado inútilmente una *justa avenencia* sobre la base de una satisfaccion completa, se reducen a la *transaccion*, la *mediacion*, i el juicio de *árbitros*.

---

\* Se ha seguido principalmente a Vattel, libro II, capítulo 18.

transaccion es un medio en que cada uno de los contendientes renuncia una parte de sus pretensiones a trueque de irar el resto.

En la mediacion, un amigo comun interpone sus buenos oficios para facilitar la avenencia. El mediador debe ser imparcial, mitigar los resentimientos, conciliar las pretensiones opuestas. No le toca insistir en una rigurosa justicia, porque su carácter no es el del juez. Las partes contendientes no están obligadas a aceptar la mediacion no solicitada por ellas, o a conformarse con el parecer del mediador, aunque hayan solicitado su asistencia; ni el mediador por el hecho de serlo se constituye garante del acuerdo que por su intervencion se haya alcanzado.

Al aceptado el compromiso, esto es, convenidas las partes en someterse a la sentencia de un árbitro, están obligadas a ejecutarla, si no es que por una sentencia manifiestamente injusta haya éste despojado del carácter de tal. Mas, para quitar pretexto a la mala fe por una parte o por otra, conviene claramente en el compromiso el asunto de la controversia, las pretensiones respectivas, para poner limites a las facultades del árbitro. Si la sentencia no sale de estos limites, es obligatorio cumplir, o dar pruebas indubitables de que ha sido víctima de la parcialidad o la corrupcion.

## 2

Los medios de que hemos hablado, se emplean con el objeto de evitar, ya de poner fin a la guerra. Para facilitarlos, se celebran conferencias i congresos, en que se reúnen los plenipotenciarios de tres o mas potencias, a fin de conciliar las pretensiones de algunas de ellas, o dirimir controversias de interes general.

Respecto lo que toca a la eleccion de estos medios, debemos distinguir los casos ciertos de los dudosos, i aquéllos en que se trata de un derecho esencial, de aquéllos en que se ajitan puntos de menor importancia. La transaccion i el arbitraje convienen particularmente a los casos en que las pretensiones

presenten algo de dudoso. Cuando se trata de un derecho claro, cierto, incontestable, el soberano puede defenderlo a todo trance, sin admitir términos medios, ni someterse a la decision de árbitros; mayormente si hai motivo de creer que la parte contraria no abrazaria los medios conciliatorios de buena fe, sino para ganar tiempo i aumentar nuestro embarazo.

En las cuestiones de poca importancia, podemos abandonar nuestros intereses hasta cierto punto, i aun estamos obligados a hacerlo en obsequio de la paz i por el bien de la sociedad humana. Pero, si se intenta despojarnos de un derecho esencial, si, por ejemplo, un vecino ambicioso amenaza a nuestra independencia, no debemos vacilar en defenderlo, cerrando los oídos a toda especie de transaccion o de compromiso.

La mediacion es de un uso mucho mas jeneral. Sin embargo, estamos autorizados a rechazarla, como los otros medios conciliatorios, cuando es patente la mala fe del adversario, i con la demora pudiera aventurarse el éxito de la guerra. Pero la aplicacion de esta máxima es algo delicada en la práctica. El que no quiera ser mirado como un perturbador de la tranquilidad pública, se guardará de atacar atropelladamente al estado que se presta a las vias conciliatorias, si no puede justificar a los ojos del mundo que con estas apariencias de paz solo se trata de inspirarle una falaz seguridad i de sorprenderle. I aunque cada nacion es el único juez de la conducta que la justicia i el interes de su conservacion la autorizan a adoptar, el abuso de su natural independencia en esta parte la hará justamente odiosa a las otras naciones, i las incitará talvez a favorecer a su enemigo i a ligarse con él.

### 3

Agotados los medios de conciliacion, llega el caso de hacer uso de otros, que, sin romper enteramente las relaciones de paz i amistad, son ya un empleo de la fuerza.

El primero de estos medios es el *talion*, que consiste en hacer sufrir a la potencia ofensora la misma especie de daño que ella ha inferido a la potencia agraviada.

El talion considerado como una pena, destinada, no a reparar el daño hecho, sino a proporcionar una seguridad para lo futuro escarmentando al ofensor, es un medio demasiado costoso entre particulares, porque dobla el mal a que se aplica como remedio, i aun es ménos conveniente a las naciones, porque entre éstas la pena caería difícilmente sobre los autores del daño. ¿Qué derecho habria para cortar la nariz o las orejas al embajador de un bárbaro que hubiese tratado al nuestro de este modo? Semejante procedimiento podria solo justificarse, cuando el acto talionado fuese habitual en la nacion ofensora, cuyos súbditos serian entónces responsables de la conducta de su gobierno, i cuando, por otra parte, fuese necesario el talion para la seguridad de los súbditos propios.

Señalaremos las especies de talion que no tienen nada de contrario al derecho natural i están autorizadas por la costumbre.

Cuando el tratamiento que reciben en un estado los súbditos de otro, sin llegar a violar sus derechos perfectos, no parece bastante liberal o equitativo, la nacion que se cree tratada con poca consideracion o favor, puede intimar que usará de *retorsion*, esto es, que tratará del mismo modo a los súbditos de la otra; i nada le prohíbe llevar a efecto la intimacion como un medio de obligar al otro soberano a variar de conducta. Así se practica frecuentemente en materias de navegacion i comercio, adoptando un estado respecto de otro reglamentos particulares, semejantes a los que el segundo ha establecido con respecto al primero.

En materia de injurias contra las personas, a todo lo que se extiende el derecho de jentes reconocido por las naciones modernas, es a apresar i detener a los súbditos de otro estado, sea para lograr de este modo la seguridad de los súbditos propios, cuando hai fundamento para temer que se les maltrate, sea para obtener la reparacion competente, cuando se ha inferido la injuria. Las personas así detenidas se consideran como una prenda, i su libertad sola está empeñada. No hai, pues, un verdadero talion en este caso.

Cuando se trata de una deuda reconocida, o cuyo reconci-

miento se demora con pretextos frívolos, o se niega a virtud de una sentencia manifiestamente parcial e injusta; o cuando se trata de una injuria o daño que puede valuarse en dinero, i resarcirse por el apresamiento de propiedades de igual valor, se acostumbra hacer uso de *represalias*, apoderándose la nacion agraviada de lo que pertenece a la nacion ofensora, i apropiándose hasta concurrencia de la deuda o de la estimacion del daño recibido, con los intereses correspondientes. Si la ofensa ha sido cometida por particulares, no es lícito ordenar o conceder represalias, sino a consecuencia de la denegacion de justicia del soberano de la parte ofensora, el cual hace de este modo suya la culpa.

Las propiedades apresadas pueden ser públicas o de particulares. De estado a estado, lo que pertenece a los miembros se mira como perteneciente al cuerpo; de que se sigue que en el ejercicio de las represalias no se hace diferencia entre los bienes de los particulares i los del público. Es verdad que de este modo parece recaer sobre los individuos la satisfaccion por unos actos en que no han tenido parte; pero esta culpa es del estado deudor, a quien toca indemnizar a sus ciudadanos por los daños que les ha acarreado su propia injusticia.\*

---

\* «La lesion que se trata de vengar por las represalias, puede haber sido cometida, ya en el estado o soberano, ya en los particulares; i las represalias pueden hacerse por los mismos medios que se emplearon para cometer la ofensa. Cuando un soberano ha violado los derechos de otro, la satisfaccion que éste toma debe ser sobre los derechos del agresor mismo, i no extenderse a los súbditos. Si un soberano extranjero ha hecho aprisionar ilegalmente a nuestro enviado, podemos hacer otro tanto con el suyo, o ejercer represalias sobre cualquiera otro de los derechos que le pertenecen; pero no sería justo vengar aquella injuria, confiscando las mercaderías de los súbditos. Los estados de Europa siguen tan estrictamente como les es posible la lei del talion.... Las represalias deben limitarse a los derechos de cuyo despojo puede un soberano indemnizar a los súbditos; la detencion i confiscacion están permitidas; pero la responsabilidad del extranjero por los tuertos de su nacion no debe extenderse a la vida: solo la guerra da lugar a semejantes represalias....» «En todos los casos en que nos es lícito auxiliar a un aliado, nos es permitido usar de represalias contra la potencia que ha violado sus derechos. ¿Será neces-

sujetas al ejercicio de las represalias todas las propiedades lo están al apresamiento en tiempo de guerra. Las reglas son las mismas con respecto al uno i al otro, i se le ellas en la parte segunda.

La potestad suprema tiene la facultad de ordenar o conceder represalias. Cuando un particular se cree dañado en sus bienes por una potencia extranjera, recurre a su soberano i le permite usar de represalias, i se le autoriza al efecto una patente, que se llama *letras de represalia* o *letra de marca*. Sin ella, correria peligro de ser tratado como pirata.

La proteccion que el soberano debe a sus súbditos es que autoriza este medio de obtener justicia, se sigue que las *letras de represalia* no pueden darse nunca a favor de extranjeros no domiciliados. Pero el derecho de gentes no se opone que los tenedores o ejecutores de estas letras sean súbditos de otros estados.

Contra justas las represalias, es permitida la violencia cuando se resistan a ellas, i si se hace necesario quitarles se debe echar la culpa de esta desgracia a su injusticia.

La palabra *represalias* suele tomarse en un sentido mas amplio que el que acaba de dársele, aplicándola a todo acto de violencia.

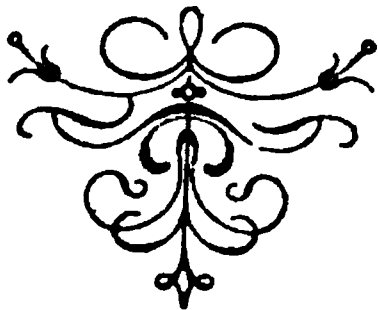
A veces en lugar de confiscarse desde luego los efectos de la violencia, se detienen solamente, sea con el objeto de rescatarlos, en caso de obtenerse por otros medios la reparacion o el pago recibido, sea como una medida de seguridad, cuando se fundadamente que van a ser violados los derechos de la nacion o de los súbditos. Esta medida de fuerza provisional se llama *embargo*, i participa de la naturaleza de la guerra.

¿Puede ser que el uso de represalias contra un tercero que no ha cometido la injuria es una injusticia evidente? Si un beligerante violado un territorio neutral a pretexto de haberse cometido en el una trasgresion igual, semejante ejemplo no es sufi-

ciente para establecer costumbre legitima. (Schmalz, libro VI, ca-

turaliza el embargo *hostil* o *bélico*, de que se tratará mas adelante.

El último medio que tenemos de hacernos justicia, es apelar a las armas, rompiendo todas las relaciones de paz i amistad con la nacion ofensora. Pasamos entónces al estado de guerra, que va a ser la materia de los capítulos que siguen.







---

# PARTE SEGUNDA

## ESTADO DE GUERRA

---

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Consideraciones jenerales relativas a la guerra

1. Definicion.—2. Lejitimidad de la guerra.—3. Sus causas.—4. Formalidades previas.—5. Instrumentos de la guerra.

#### 1

**GUERRA** es la vindicacion de nuestros derechos por la fuerza. Dos naciones se hallan en estado de guerra, cuando a consecuencia del empleo de la fuerza se interrumpen sus relaciones de amistad.

Se dice que la paz es el estado natural del hombre; i que, si se emprende la guerra, es para obtener una paz segura, su único fin i objeto lejítimo. Es preciso confesar que la casi no interrumpida serie de contiendas hostiles que presentan los anales del jénero humano, da algun color a la *guerra jeneral i constante de todos contra todos*, que es la base de la extravagante teoría de Hobbes, i á la opinion de varios autores, que, habiendo observado el carácter de las tribus indias, sostienen que el hombre en el estado salvaje tiene un instinto i

nativo de guerra. Pero tampoco admite duda que uno de los primeros resultados de la civilización es el amor a la justa apreciación de sus inestimables bienes.\*

## 2

Una guerra *pública* la que se hace entre naciones, i una guerra *privada*, la que se hace entre particulares. Desde el nacimiento de la sociedad civil, el derecho de hacer la guerra pertenece exclusivamente al soberano; i los particulares no pueden ejercerlo, sino cuando privados de la protección del Estado, la naturaleza misma los autoriza a repulsar una agresión por todos los medios posibles.

La guerra, pues, no es *lejítima* sino la que se hace por la autoridad soberana. La constitución del Estado determina cuál es el órgano de la soberanía a quien compete declarar i hacer la guerra.\*\* Pero esta facultad, como todas las otras, reside únicamente en la nación. De aquí es que toda guerra nacional debe considerarse como *lejítima*, aunque no se haya sido declarada i ordenada por la autoridad constitucional competente. La guerra que declararon las provincias de España a Napoleón, sostenida por las armas del imperio francés, desde el principio un carácter incontestable de *lejitimidad*, a pesar de haberle faltado el pronunciamiento de todos los Estados reconocidos de la soberanía.

## 3

Las causas de la guerra son de dos especies: *razones justas* i *motivos de conveniencia*.

El fin lejítimo de la guerra es impedir o repulsar una injuria, obtener su reparación, i proveer a la seguridad futura del Estado, escurmentando al agresor. Por consiguiente, las causas justificativas se reducen todas a injurias inferidas o atentamente amagadas (entendiendo siempre por injuria la violación de un derecho perfecto), i a la imposibilidad de

\* Véase el libro II, capítulo I. Kent, parte I, lección 3.

\*\* Véase el libro III, capítulo I.

obtener la reparacion o seguridad, sino por medio de las armas. Es guerra *justa* la que se emprende con razones justificativas suficientes.\*

Los motivos de conveniencia o de utilidad pública pueden ser de varias especies, como la extension del comercio, la adquisicion de un territorio fértil, de una frontera segura, etc.. Por grandes que sean las utilidades que nos prometamos de la guerra, ellas solas no bastarian para hacerla lícita. Al contrario, hai casos en que una guerra justísima ocasionará peligros i daños de mucho mayor importancia que el objeto que nos proponemos en ella. Entónces nos aconseja la prudencia desentendernos del agravio o limitarnos a los medios pacíficos de obtener la reparacion, ántes que aventurar los intereses esenciales o la salud del estado en una contienda temeraria.

Se llaman *pretextos* las razones aparentemente fundadas, que se alegan para emprender la guerra, pero que no son de bastante importancia, i solo se emplean para paliar designios injustos.

La guerra es *defensiva* u *ofensiva*. El que toma las armas para rechazar a un enemigo que le ataca, no hace mas que defenderse; si atacamos una nacion que actualmente se halla en paz con nosotros, hacemos una guerra ofensiva.

La defensa no es justa, sino contra un agresor injusto. Mas, aunque toda nacion está obligada a satisfacer las justas demandas de las otras i reparar los daños que les haya hecho, no por eso debe ponerse a la merced de un enemigo irritado. Atacada, le toca ofrecer una satisfaccion competente; si no se le admite, o se le imponen términos demasiado duros, la resistencia es justa.

Para que la guerra ofensiva sea justa, es necesario que lo sea su objeto, que reclamemos el goce de un derecho fundado

---

\* Los escritores latinos, i a su ejemplo los publicistas modernos, suelen llamar *justum bellum*, guerra *justa*, la que, acercándonos mas a la significacion ordinaria de las palabras, llamamos guerra legítima.

o la satisfaccion de una injuria evidente, i que la guerra sea ya el único arbitrio que nos queda para lograrlo.

El incremento de poder de un estado no autoriza a los otros a hacerle la guerra, a pretexto del peligro que amenaza a su seguridad. Es preciso haber recibido una injuria, o hallarse visiblemente amagado, para que sea permitido el recurso a las armas. No se debe objetar que la salud pública es la suprema lei del estado. El poder i la intencion de hacer mal no están necesariamente unidos. Solo, pues, cuando una potencia ha dado pruebas repetidas de orgullo, i de una desordenada ambición, hai motivo para mirarla como un vecino peligroso. Mas aun entónces no son las armas el único medio de precaver la agresion de un poderoso estado. El mas eficaz es la confederacion de otras naciones, que, reuniendo sus fuerzas, se hagan capaces de equilibrar las de la potencia que les causa recelos, i de imponerle respeto. Se puede tambien pedirle garantías, i si rehusase concederlas, esta negativa la haria fundadamente sospechosa, i justificaria la guerra. Últimamente, cuando una potencia da a conocer sus miras ambiciosas, atacando la independencia de otra, o llevando sus demandas mas allá de lo que es justo i razonable, es lícito a las demas, aun en el derecho interno, despues de tentar los medios pacíficos interponiendo sus buenos oficios, favorecer a la nacion oprimida.

Cuando un vecino en medio de una paz profunda construye fortalezas sobre nuestra frontera, equipa escuadras, junta numerosos ejércitos, provee sus almacenes, en una palabra, hace preparativos de guerra, tenemos derecho para solicitar que se explique i nos dé a conocer la causa de ellos, i aun para pedirle seguridades, si se nos ha hecho sospechosa su buena fe. La negativa sería suficiente indicio de malos designios.

No se debe mirar como justo motivo de guerra la conducta viciosa o criminal de una nacion, siempre que no viole o ponga en peligro los derechos perfectos de otra. Nada produciria mayores inconvenientes que la facultad que algunas potencias se han arrogado de castigar a un pueblo independiente, eri-

jiéndose de su propia autoridad en vengadores de la causa de Dios i de las buenas costumbres.

Toca principalmente a la nacion ofendida la vindicacion de sus derechos. Aunque la guerra no puede ser por 'ambas partes justa, es mui posible que ambas estén de buena fe. I como un estado no puede erijirse en juez de los otros, debe considerar las armas de los dos belijerantes como igualmente justas, a lo ménos por lo tocante a los efectos externos i hasta que la controversia se decida. Tal es la regla jeneral que se deriva de la independendencia de las naciones. Pero esa misma independendencia da a un tercero el derecho de hacer causa comun con el belijerante que le parece tener de su parte la justicia, así como da a cualquiera de las otras naciones el derecho de declararse contra esta intervencion i resistirla con las armas, si la considera inicua.

El soberano que emprende una guerra injusta, comete el mas grave, el mas atroz de los crímenes, i se hace responsable de todos los males i horrores consiguientes: la sangre derramada, la desolacion de las familias, las rapiñas, violencias, devastaciones, incendios, son obra suya. Él es reo para con la nacion enemiga, cuyos ciudadanos ataca, oprime i mata desapiadadamente; reo para con su propio pueblo, arrastrándolo a la injusticia, i exponiéndolo, sin necesidad, a todo jénero de peligros; reo, en fin, para con el jénero humano, cuyo reposo turba, i a quien da ejemplo tan pernicioso. Él está obligado a la reparacion de todos estos daños; pero por desgracia muchos de ellos son irreparables por su naturaleza, i el resarcimiento de los que pueden repararse excede mucho a sus fuerzas. La restitucion de las conquistas, de los prisioneros i de los efectos que se hallan en sér, no admite dificultad, cuando se reconoce la injusticia de la guerra. La nacion en cuerpo i los particulares deben desprenderse de la mal habida posesion de estos bienes, i restituirlos a los dueños antiguos.

Pero los jenerales, oficiales i jente de guerra no están obligados en conciencia a la reparacion de los daños que han hecho como instrumentos del soberano, sino cuando la guerra es tan palpablemente inicua que no se puede suponer ninguna secre-

on de estado capaz de justificarla, porque en todos los susceptibles de duda, los particulares, i especialmente militares, deben atenerse al juicio del gobierno.\*

es la justicia de la guerra, considerada en el derecho interno, o con respecto a la conciencia. En el derecho externo, atendiendo a los efectos que nacen de la libertad e independencia de las naciones, toda guerra legitima es justa, de modo que los derechos fundados sobre este estado de hostilidad, la propiedad de las adquisiciones hechas con las armas, dependen, no de las razones justificativas, sino de la legitimidad de la guerra; de lo cual se sigue que todo lo que es lícito al uno de los beligerantes en virtud del estado de guerra, lo es tambien al otro. Pero no debe perderse de vista que este derecho no disminuye el reato, ni puede transigir con la conciencia del agresor inicuo, porque solo produce efectos exteriores de la justicia i la impunidad entre los Estados.\*\*

## 4

La mayor parte de los publicistas opinan que, para la justificación de una guerra, no basta que tengamos un motivo fundado de ella, i que se nos haya rehusado la satisfaccion competente, sino tambien su legitimidad, que la autorice el soberano. Segun ellos debemos ademas *declarar la guerra*, esto es, intimar formalmente a la nacion ofensora que vamos ya a recurrir al remedio, a emplear la fuerza para reducirla a la razon. Sostienen que, demandada la satisfaccion i rehusada por el adversario, no necesitamos ninguna otra formalidad para declarar a las armas. Hé aqui las razones que por una parte se alegan.

La que están por la necesidad de la declaracion formal, dicen que el declarar la guerra es un deber para con los súbditos, a quienes es necesario instruir de los peligros que corren por mar i tierra; i que, por otra parte, la

\*I, libro III, capitulo 11.

\*\*el. libro III, capitulo 12.

guerra crea ciertos derechos, cuyo principio es preciso fijar. ¿Cómo, por ejemplo, se conocerá si una presa hecha al enemigo hacia la época del rompimiento es buena o mala, si no es señalando por medio de una declaracion formal i solemne el punto fijo en que expira la paz i principia la guerra? Añaden que debemos en obsequio de la paz hacer un último esfuerzo, intimando al enemigo la inevitable alternativa de someterse a la satisfaccion pedida, o de remitirse a la decision de las armas; que hai una especie de alevosía en atacarle sin previa denuncia; i que, si no se notifica el nuevo estado de cosas a las demas naciones, no podrán contraer ni cumplir las obligaciones propias del carácter neutral.

Los que sostienen la opinion contraria, responden que, si el soberano, haciendo la guerra ántes de declararla, adopta la medida que le parece mas conveniente a la salud del estado, en nada falta a lo que debe a sus súbditos; i que su conducta para con ellos es un punto en que las otras naciones nada tienen que ver, i que por tanto no influye en la justicia externa, ni en la legitimidad de la guerra. Segun ellos, el rompimiento efectivo de las hostilidades determina de un modo tan claro el principio de las hostilidades, como pudiera hacerlo una declaracion solemne; i una vez demandada la satisfaccion i rehusada, se pueden tomar todas las medidas conducentes a la mas pronta i fácil reparacion del agravio. El derecho de jentes, dice el mismo Vattel (que es uno de los que sostienen la necesidad de la declaracion), no nos obliga a dar tiempo a nuestro adversario para prevenir una injusta defensa. Podemos, segun él, diferir la declaracion hasta el punto mismo de invadir su frontera, i aun hasta despues de haber entrado en su territorio i ocupado en él un puesto ventajoso, con tal que en este último caso no se proceda a cometer hostilidades, sino aquellas que la resistencia de los habitantes haga indispensables. «Si el que entra así en el territorio de otra nacion (dice este autor) guarda una severa disciplina, i declara que no viene como enemigo, que no cometerá ninguna violencia, i hará saber al soberano la causa de su venida, no deben los habitantes atacarle, i si se atreven a ello, le será lícito escarmentarlos. No

los súbditos comenzar las hostilidades sin orden sino limitarse a ocupar los puestos ventajosos i i ellos, si son atacados.» Pero el entrar en territorio armado, es una operacion hostil, un insulto a un estado de guerra, i solo puede justificarse la doctrina misma de Vattel, se hallan los súbditos i aun obligados a resistirlo, porque la autoridad se presume legitimamente en todo acto de guerra. ¿Qué gobernador de provincia, pudiendo resistir la fuerza extraña que intentase ocupar el territorio fiado, dejaria de hacerlo, o creeria que el espaldarazo del comandante de esta fuerza dejaba su rescubierta? Vattel, pues, admite en sustancia ante al enemigo, se pueden comenzar las operaciones sin declarar la guerra.

En el estado actual del mundo no es posible que una flota o levante un ejército, sin que instante las otras. La nacion amenazada conoce el peligro que corre. Si se exige, pues, la declaracion de guerra a un pueblo que reposa tranquilo, confiado en sus vecinos, no sea fácilmente atacado, i la inducta de la potencia agresora no se parezca a que se lanza improvisamente sobre el pasajero. El comercio ha dado a las comunicaciones, con la vigilancia de los intereses privados, demasiado vez, de alarmarse, i con la práctica de legaciones, que da a cada estado los medios de observar los gabinetes extranjeros. Ni se debe llamar agresion de una potencia que apela a las armas un procedimiento de su adversario, despues de lo que lo miraria como un acto de hostilidad.\*

Escita una controversia delicada entre dos poderosos para tomar que sea necesario recurrir a una de ellas empieza a tomar medidas para



un inmediato rompimiento; i nadie ignora lo perniciosas que son estas alarmas a la industria, al comercio, a la hacienda pública, a la felicidad jeneral; pero ¿podria prevenirlas una declaracion que solo se hiciese el momento ántes de atravesar la frontera con un ejército, o de dar orden para el apresamiento de las propiedades enemigas en el mar?

En cuanto a las otras potencias, no sería razon exigir que se portasen como neutrales, aun cuando la guerra se hubiese declarado formalmente, sino despues de trascurrir el tiempo necesario para que hubiese llegado el hecho a su noticia. Sus obligaciones emanan del conocimiento positivo o presunto del estado de guerra, i este conocimiento pueden adquirirlo o por la mera notoriedad del rompimiento, o por una notificacion posterior a él.

Bynkershoeck sostiene que este es un punto que depende enteramente de la costumbre, i cita varios ejemplares de guerras comenzadas sin una declaracion previa, en los dos siglos que le precedieron. Del tiempo de Bynkershoeck al nuestro, parece haberse decidido por la práctica de las naciones que las hostilidades pueden principiar lejitimamente sin ella. Desde la paz de Versálles de 1769, se ha procedido en el concepto de que todas las consecuencias necesarias i lejitimas de la guerra, respecto de las potencias neutrales, nacen de la existencia de las hostilidades, notificada por uno de los belijerantes. Con respecto al enemigo, el retiro del ministro se ha mirado como casi equivalente a una declaracion en forma. Pero aun este paso previo se ha omitido algunas veces entre las naciones mas civilizadas. En el rompimiento de los Estados Unidos contra la Inglaterra en 1812, comenzaron las hostilidades por parte de la república americana, luego que las autorizó el congreso, sin dar tiempo a que llegase a la Gran Bretaña la noticia. Sin embargo, es preciso observar que la opinion pública se ha declarado casi siempre contra semejante conducta.\*

Podemos sentar con alguna seguridad las proposiciones siguientes:

---

\* Kent, parte I, leccion 3.

que constituye una verdadera alevosía, es la sor-

prendimiento no precedido de la asercion de nuestros  
de la demanda de satisfaccion, es una sorpresa.

procedimiento de nuestro adversario que de antema-  
declarado se miraria como un acto de hostilidad, ha-  
aria una nueva declaracion para dar principio a la

omision de esta formalidad es claramente lícita con-  
tencias que no acostumbran observarla.

que la notoriedad de la guerra equivale a una noti-  
facion respecto de las potencias neutrales, es mas conveniente  
que de un modo formal i solemne que no dé lugar a

la declaracion es superflua con respecto al enemigo,  
si las hostilidades han principiado por su parte, i con res-  
pecto a las potencias neutrales, cuando el otro beligerante les ha notifi-  
cado la existencia del estado de guerra.

La promulgacion de la guerra es necesaria para que los  
países contraigan las obligaciones del estado de guerra.

La declaracion de guerra es *simple* o *condicional*. En la primera se  
se declara positivamente la guerra; en la segunda, se  
nos hacerla si nuestro adversario no se allana inme-  
diatamente a la satisfaccion demandada.

Después de comenzar la guerra, suelen los belijo-  
rantes publicar una exposicion de las causas justificativas de  
la guerra, se dice *manifesto*, i va a veces incorporada en la  
declaracion. Suele asimismo el uno o la otra contener las  
condiciones que el soberano da a sus súbditos relativa-  
mente a las operaciones hostiles. Pero el objeto principal del  
documento es conciliarnos la opinion de los otros estados, ha-  
ciendo presente la justicia de nuestra causa. Apénas es neces-  
ario decir que el lenguaje de estos documentos debe ser noble  
i digno: una nacion culta no olvida, ni aun con su enemigo,  
que debe a las otras.

ibidem.

## 5

Siguese hablar de los instrumentos de la guerra,\* bajo cuyo título entendemos aquí las personas que componen la fuerza armada de mar i tierra. El derecho de jentes se limita a considerar este punto en cuanto puede poner en conflicto los derechos de diversos estados.

1.º Toda potencia puede alistar en sus ejércitos a los extranjeros que voluntariamente se presentan a servirle en ellos: se llaman *mercenarios* los que, no estando domiciliados en el país, sientan plaza bajo ciertas condiciones. Como no deben servicio alguno a un soberano extraño, sino en virtud del pacto de enganche, es necesario cumplirles puntualmente lo prometido, i si se les falta a ello, pueden retirarse i abandonar el servicio de un príncipe infiel; pero bajo todos los otros respectos contraen por su voluntario empeño las obligaciones de los soldados nativos. No se deben confundir con los mercenarios los *auxiliares*, esto es, las tropas que un soberano suministra a otro, para que le sirvan en la guerra.

2.º Como el derecho de alistar tropas pertenece exclusivamente al soberano, no se puede sin su permiso hacer reclutas en su territorio para el servicio de otro estado; i el que contraviene a esta regla, aunque solo emplee la seducción, se hace culpable de *plajio* o hurto de hombres, i se expone a la pena de muerte. El soberano que autoriza este delito en las tierras de otro estado, le hace una injuria que podría mirarse como justo motivo de guerra.

3.º Los extranjeros transeuntes están exentos de todo servicio militar compulsivo.

4.º Aunque los extranjeros domiciliados no tienen derecho a igual exencion, no es costumbre obligarlos a alistarse en la tropa de línea, i lo mas que suele exigirse de ellos es el servicio en los cuerpos cívicos o guardias nacionales, que por lo comun toman poca o ninguna parte en las operaciones de la guerra. Ni a los extranjeros domiciliados, ni aun a aquéllos que han

---

\* Vattel, libro III, capítulo 2.



---

## CAPÍTULO II

### Efectos inmediatos de la Guerra

1. Principios jenerales.—2. Efectos del rompimiento sobre las personas i cosas de un beligerante situadas en el territorio del otro.—
3. Suspension de todo trato i comercio entre los dos beligerantes.

#### 1

Segun el derecho de la guerra, reconocido por las naciones antiguas, i aun en gran parte por los pueblos modernos, luego que un soberano la declara a otro, todos los súbditos del primero pasan a ser enemigos de todos los súbditos del segundo: los enemigos conservan este carácter donde quiera que estén, miéntras no dejan de ser miembros de la sociedad con quien nos hallamos en guerra; es lícito usar de violencia contra ellos en cualquier parte, como no sea territorio neutral; las cosas del enemigo, ya consistan en efectos materiales, ya en derechos, créditos o acciones, se vuelven respecto de nosotros *res nullius*; podemos apoderarnos de ellas donde quiera que se encuentren, ménos en territorio neutral; i ocupadas verdaderamente, podemos luego trasferir su propiedad aun a las naciones neutrales.\*

Pero el rigor de estas máximas se halla considerablemente mitigado en la práctica, sobre todo en las hostilidades terrestres; i es de creer que el influjo de la cultura i el ascendiente del comercio extiendan cada dia mas las excepciones, hasta que la guerra venga a ser una contienda de soberanos, en que no se ataquen las personas, ni se haga daño a las propiedades

---

\* Vattel, libro III, capítulos 5 i 13.

to lo exijan las operaciones de los  
as exclusivamente a la ocupacion  
bienes públicos. En esta impor-  
do ya algunos pasos; i el objeto  
suparnos desde ahora, es deslindar  
las aplicaciones i restricciones de  
generales que acaban do indicarse.

2

ion las propiedades enemigas que  
rio al estallar la guerra, i pueden  
sonas enemigas en el mismo caso?  
jeros han entrado en el país con  
o la proteccion de la fe pública; el  
trar i morar en sus tierras, les ha  
libertad i seguridad para salir. Es  
suficiente para que se retiren con  
idos por algun obstáculo insupe-  
rmedad, se les debe prolongar esto  
que se funda la regla, parece mas  
terra pone fin o suspende a lo mé-  
tos i solemnes; ¿por qué ha de ser  
o tácito? Otra razon de mas peso  
se observase jeneralmente, sería  
por la inseguridad i alarma que  
adereo o falso, de una desavenencia  
venciones comerciales en que tan  
lado la libertad de las personas i  
a potencia en los dominios de otra  
bas la guerra, prueban suficiente-  
le los gobiernos mismos, el bene-  
i pudieran reportar de la regla,  
inconvenientes i pérdidas a que  
servándola. Podemos, pues, dar  
que se trata en su resultado total

es perniciosa al jénero humano, i que, por consiguiente, no está fundada en ningun verdadero derecho de los belijerantes, porque el fundamento de todo derecho es la utilidad que produce a los hombres.

No estará de mas observar cuál ha sido i es actualmente la doctrina i la práctica de algunas de las principales naciones modernas con relacion a este punto. La *magna charta* de los ingleses disponia que los comerciantes súbditos del enemigo que se hallaran en el reino al estallar la guerra, fuesen detenidos sin daño de sus propiedades i efectos, hasta saberse cómo eran tratados por el enemigo los comerciantes ingleses; i si nuestros comerciantes, decia la carta, son bien tratados por el enemigo, los suyos lo serán tambien por nosotros. Mostesquieu se admira de que se hubiese dado lugar a esta liberal providencia en un convenio entre un rei feudal i sus barones hecho con el objeto de asegurar las libertades i fueros de los ingleses. Pero esta medida se limitaba a los comerciantes residentes, i segun se cree, domiciliados en Inglaterra. Mucho mas liberal fué la ordenanza de Cárlos V, de Francia, en que se provenia que los comerciantes extranjeros, residentes en el reino al principiar las hostilidades con su nacion, no tuviesen nada que temer, ántes bien se les dejase partir libremente i llevar sus efectos. Por un estatuto de Eduardo III de Inglaterra, se ordenó tambien que se les diese la competente noticia i un plazo de cuarenta dias para que saliesen con sus efectos libremente o los vendiesen; i si por algun accidente se viesen imposibilitados de hacerlo, se les doblase este plazo. El congreso norteamericano pareció animado de iguales sentimientos de equidad en su acta de 6 de julio de 1798, autorizando al presidente para que en caso de guerra concediese a los súbditos de la nacion enemiga todo el tiempo compatible con la seguridad pública, durante el cual pudiesen recobrar, enajenar i remover sus propiedades, i verificar su salida.\*

No va acorde con esta práctica la doctrina que los tribunales británicos profesan actualmente. Ellos reconocen la lejiti-

---

\* Kent, *Comentarios*, parte I, leccion 3.

hostil o bélico, esto es, la facultad de atacar a las enemigas existentes en el territorio en el momento de declararse la guerra, o de temerse un rompimiento (véase las expresiones de que se valió sir William), juez de la corte del almirantazgo, y los señores publicistas de la Gran Bretaña, en el caso de *Boedes Lust*, i en circunstancias de embargo de las propiedades holandesas durante la guerra. La conducta de Holanda, en este caso, debia mirarse como una declaración de guerra. Los hechos fueron confirmados i sancionados por el hecho de que sobrevino despues. «La detención de un buque de carácter equívoco, i si la controversia se resuelve a avenencia amigable, aquel procedimiento se convierte en un mero embargo civil, i si la avenencia hubiera obrado retroactivamente, sobreviniendo la guerra, da lugar a un caso, que deja de ser desde este momento susceptible de dos interpretaciones diversas, a saber: de hostilidad *ab initio*. Los efectos de la guerra ya mirarse como propiedad de personas y cosas, y no rehusado resarcirlas. Este es un caso en el que no interviene contrato expreso para la validez del embargo antes de la declaración de guerra. En el caso del *Herstelder*, declaró el mismo juez de la corte del almirantazgo que las hostilidades no comenzaban a la vez que la declaración formal, porque ésta se aplicaba entónces retroactivamente.»\* Lord Mansfield expresó su opinión en el Banco del Rey: «Todos los buques detenidos en nuestros puertos al tiempo de declararse la guerra, para confiscarse despues, si no se resuelve a favor de la guerra.»\*\*

El peso de las autoridades que hai a favor de esta última interpretación de las reglas del

\*Law, tomo I, páginas 416, 417.  
 \*\*arte I, lección 3.



derecho internacional sobre esta materia, la cuestion, dico un publicista americano, está ya decidida en sentido contrario por los tribunales de este país, los cuales han declarado, como principio incontrovertible, que la guerra autoriza al soberano para apresar las personas i confiscar las propiedades del enemigo *en cualquiera parte que se encuentren*, i que las mitigaciones de esta ríjida máxima, introducidas por la sabia i humana política de los tiempos modernos, podian influir mas o ménos en el ejercicio del derecho, pero no podian menoscabarlo. Las naciones comerciales tienen siempre una gran cantidad de efectos i valores en manos del extranjero. Si sobreviene un rompimiento, la conducta que debe observarse con las propiedades enemigas existentes en el territorio propio, es mas bien una cuestion de política que de estricta justicia, i su resolucion no compete a los juzgados. El derecho de apresarlas existe en el congreso; i sin un acto legislativo que autorice su confiscacion, están bajo el amparo de la lei.»\*

De todos modos, el lenguaje oficial i la práctica de los diversos estados no han sido, *por lo tocante al embargo de las mercaderías enemigas al estallar la guerra*, bastante uniformes para deducir de ello una regla cualquiera, i mucho ménos la regla que parece dictada por el interes del comercio. Las personas han sido mas jeneralmente respetadas.

Las deudas contraídas por los ciudadanos propios con los súbditos de la potencia enemiga ántes de la declaracion de guerra, deben naturalmente sujetarse a la misma regla que las propiedades enemigas tanjibles. El derecho de confiscarlas ha sido reconocido por los moralistas de la antigüedad, entre ellos Ciceron, por las leyes civiles romanas, por Grocio, Puffendorf, Bynkershoeck, etc. Hasta mediados del siglo XVIII, se puede decir que la opinion estaba jeneralmente a su favor. Hoi dia prevalece entre los escritores el dictámen contrario; i aunque los juzgados de Norte América han sostenido terminantemente la existencia del derecho, sujetando su ejercicio, como en el caso anterior, a la decision de la legislatura, han admitido al

---

\* Kent, *ibidem*.

no que la práctica universal ora abstenerse de

o podemos deducir: 1.º que las naciones civiliza-  
 dovocado expresamente el derecho de confiscacion  
 edades i créditos del enemigo existentes en el  
 a época del rompimiento; 2.º que la opinion pú-  
 lecididamente contraria al ejercicio de semejante  
 .º que los gobiernos mismos lo consideran como  
 permanentes i mas esenciales intereses.

a mas autorizada es conceder a los enemigos un  
 de para que dispongan de sus efectos i verifiquen  
 cual se hace jeneralmente en la declaracion de  
 ersonas o bienes no se apresan o embargan, sino  
 de talion o de seguridad, cuando las personas o  
 ciudadanos propios han sido detenidos en el te-  
 igo, o fundadamente se teme que lo sean. Algu-  
 les permite permanecer en el país durante la  
 tando sus ocupaciones ordinarias. En fin, por lo  
 ontratos entre los súbditos de los dos beligerantes,  
 mina o suspende su ejecucion; i los derechos  
 e la terminacion o suspension no ha extinguido  
 antes, pueden hacerse valer en los tribunales,  
 restablece la paz.

### 3

ierra\*\* pone fin a todo trato, a toda comunicacion  
 erantes, no solo termina o suspende la ejecucion  
 existentes, sino que hace de todo punto nulos  
 los particulares de las dos naciones, sin permiso  
 i respectivos soberanos, celebren entre sí durante

doctrina de los tribunales ingleses, ningun contrato

m.

iculo, se ha compendiado la doctrina de Chitty (*Com-*  
 olúmen I, capítulo 8, seccion 1) i de Kent (*Comenta-*  
 ccion 3).

hecho por un súbdito con un enemigo en tiempo de guerra, puede ser reconocido i llevado a efecto por una judicatura británica, aunque se intente la accion despues de restablecida la paz; de manera que si A, súbdito de la nacion enemiga, teniendo valores en poder de B, súbdito británico residente en la Gran Bretaña, jira una libranza contra B, a favor de C, súbdito británico residente en país enemigo, i éste, restablecida la paz, demanda a B, se ha decidido que es inadmisibile la accion.

El seguro de una propiedad, la remesa de fondos en letras o dinero, en una palabra, la constitucion de todo derecho entre los súbditos de los dos belijerantes, son actos ilícitos que no producen ningun efecto en juicio, i la prohibicion se extiende aun a las comunicaciones que se hacen indirectamente o por rodeo, es decir, por la intervencion de terceros. El valerse, pues, de un puerto neutral en las expediciones de ida o vuelta, con el objeto de disfrazar el comercio con el enemigo, no le da un carácter lejítimo.

De la inhabilidad de los belijerantes i de sus respectivos ciudadanos para comerciar entre sí, es consecuencia precisa, que aun los contratos anteriores a la guerra, si no son susceptibles de suspenderse, quedan terminados por ella. De aquí es que las compañías de comercio, compuestas de socios que a virtud del estado de guerra se hallan en la relacion de enemigos, se disuelven inmediatamente, a diferencia de otros contratos que solo se suspenden para revivir a la paz.

Un agente neutral empleado por un súbdito en operaciones de comercio con el enemigo, no les da un carácter legal que exima de confiscacion las mercaderías. Pero pueden mui bien los neutrales trasferir a los súbditos la propiedad de sus buques i cargas, surtos en aguas enemigas, sin que la localidad de los buques haga ilícita la traslacion; bien entendido que los comerciantes domiciliados en territorio enemigo, a cualquiera nacion que pertenczcan, no se consideran bajo este respecto como neutrales.

Tan ríjida es en este punto la práctica, que no se permite a los ciudadanos extraer de país enemigo sus propiedades sin permiso especial, i la infraccion de esta regla las sujeta a con-



---

Esta prohibicion de comerciar con el enemigo comprende, i aun con mayor severidad, a los *carteles* o buques parlamentarios que se emplean en el canje o rescate de los prisioneros de guerra, i sujeta a la pena de confiscacion todo comercio que se haga a bordo de estos buques sin expreso permiso de uno i otro beligerante. El interes de la humanidad exige que no se abuse, para objetos de especulacion mercantil, de las limitadas comunicaciones que las leyes de la guerra permiten con el enemigo, i que tan necesarias son para templar de algun modo sus horrores i acelerar su fin.

---

*Hope, Dodson's Reports*, I, página 226, i *Wheaton, Elementos*, parte IV, capítulo 3, § 13.

---



---

## CAPÍTULO III

### De las hostilidades en jeneral, i de las hostilidades contra las personas

1. Hostilidades en jeneral: derecho de los particulares en la guerra.  
—2. Principio relativo a todo jénero de hostilidades.—3. Cómo se debe tratar al enemigo que se rinde.—4. Al enemigo que por su edad, sexo o profesion no opondre resistencia.—5. I a los prisioneros de guerra.—6. Miramiento particular a la persona de los soberanos i jefes.—7. Modos de hostilidad ilícitos.

#### 1

No solamente\* es privativo del soberano determinar i declarar la guerra, sino dirijir las operaciones de ella.

Los súbditos, segun Vattel, no pueden cometer hostilidades sin órden del soberano, si no es en el caso de una necesaria defensa. La órden del soberano es jeneral o particular. La primera se dirije a la nacion toda. Las declaraciones, manifiestos i proclamas, que hablan a todos los habitantes notificándoles el estado de guerra, i exhortándolos a sostener los derechos de la patria o a repulsar al enemigo que la invade, son órdenes jenerales. Las órdenes particulares se comunican a los jefes militares, a los oficiales, soldados, armadores i guerrilleros. Las órdenes jenerales, segun el escritor citado, no nos facultan sino para detener las personas i propiedades enemigas que vienen a nuestro poder; de manera que, cuando los paisanos cometen actos de hostilidad sin comision pública, se les trata como ladrones i bandidos; lo cual no se opone a que se presu-

---

\* Se ha compendiado la doctrina de Vattel, libro III, capítulo 15.

En algunos casos la autorización del soberano puede ser una comisión tácita; verbigracia, si una ciudad ocupada por el enemigo se rinde.

Según el pie de la letra las expresiones usadas en las declaraciones de guerra inducen a pensar que mandando a los ciudadanos correr a la guerra, el soberano ha dado a este lenguaje una inter-

pretación que, «si los súbditos tienen necesidad de un soberano para hacer la guerra, no es necesario para con el enemigo, porque una nación toma las armas contra otra, no los individuos de ésta, i los auto-qué razón tendría, pues, para quejarse las personas privadas cometiesen un delito? Así que, la regla de que habla el derecho público jeneral, que al decirse dicho.»

«Solo el soberano está autorizado a declarar la guerra, cuando, cometiendo hostilidades sin provocación alguna, viola una de las leyes esenciales de toda sociedad humana. Las hostilidades, aunque opuestas a la moral, no son actos de latrocinio si no son dirigidos contra los enemigos de la humanidad. Los reos deben ser tratados como bandidos, no como criminales. La conducta atroz o pérfida, contraria a la moral, a la justicia natural i al derecho de los pueblos, es la de los enemigos del género humano. Fuera de la ley, el otro beligerante puede extenderse a la violación de las leyes mitigadas de la moral, pero no entre los pueblos cultos.

«Dicho que, por lo tocante al enemigo, no se debe tratar a las personas privadas sin comulgar con ellas, como se ha discutido varias veces en la historia de los Estados Unidos de América, la cual ha establecido el derecho de jentes, que, si los súbditos son enemigos sin autoridad del soberano,



no, se exponen a ser castigados por éste, pero no infringen ninguna de las leyes de presa, i el enemigo no tiene razon para considerarlos como delincuentes.\*

## 2

El fin lejítimo\*\* de la guerra da derecho a los medios necesarios para obtenerlo; todo lo que pasa de este límite, es contrario a la lei natural. I aunque, segun esta máxima, el derecho a tal o cual acto de hostilidad depende de las circunstancias, i un mismo acto puede ser lícito o nó segun la variedad de los casos, sin embargo, como es difícil sujetar a reglas precisas la exigencia de cada caso, i por otra parte al soberano solo es a quien toca juzgar de lo que su situacion particular le permite, es menester que las naciones adopten principios jenerales que dirijan en este punto su conducta. Si un acto, pues, considerado en su jeneralidad, es necesario para vencer la resistencia del enemigo i alcanzar el objeto de una guerra lejítima, deberá tenerse por lícito segun el derecho de jentes, sin embargo de que, empleado sin necesidad, i cuando medios mas suaves hubieran sido suficientes, sea criminal ante Dios i en la conciencia.

Tratándose en la guerra de obligar por la fuerza al que no quiere oír la voz de la justicia, tenemos el derecho de ejecutar contra nuestro enemigo todo aquello que fuere necesario para debilitarle i hacerle incapaz de sostener su iniquidad, i podemos valernos de los medios mas eficaces de lograrlo, siempre que no sean ilícitos en sí mismos i contrarios a la lei natural.

De este principio, deduciremos primeramente las reglas particulares relativas a las hostilidades contra las personas.

## 3

El enemigo\*\*\* que nos acomete injustamente, nos obliga a repulsar su violencia; i el que nos opone las armas, cuando

---

\* Kent, parte I, leccion 5.

\*\* Vattel, libro III, capítulo 8.

\*\*\* Vattel, libro III, capítulo 8.

os justicia, se hace verdadero agresor. Si en este caso de la fuerza llega el caso de matarle, se lo debe hacer sí mismo; pues si para no atentar contra su vida, se tolera sus injurias, los buenos serían constantemente víctimas de los malos. Tal es el orden del derecho de guerra en una guerra legítima, entendiéndose por lo tanto no solo al primer autor de la guerra, sino a todos los que participan por su causa.

ahí también se sigue que, desde el punto que un soldado se somete, no es lícito quitarle la vida. Debemos, pues, respetar a todos los que rinden las armas en el combate, y la vida salva a la guarnición que capitula.

En el caso en que se puede rehusar la vida al enemigo que se rinde, y toda capitulación a una plaza que se halla en una extrema necesidad, es cuando el enemigo se ha hecho reo de crímenes enormes contra el derecho de gentes: la muerte es necesaria como una seguridad contra la repetición; pero esta pena no sería justa, sino cuando recayese sobre verdaderos delincuentes. Si semejantes actos fuesen cometidos en la nación enemiga, todos sus individuos participantes del reato, y el castigo podría caer indefinidamente sobre cualquiera de ellos. Así, cuando guerreemos con un enemigo tan feroz que no da cuartel a los vencidos y no observa ninguna ley, es lícito esgarmentarle en la persona de los prisioneros que le hacemos, porque solo con esta rigurosa medida se puede proveer a nuestra seguridad, obligándole a variar de conducta.

Si el enemigo acostumbra matar a los rendidos o cometer actos de atrocidad, podemos notificarle que trataremos de igual modo a los suyos; y si no varía de conducta, aplicable el talión. La frecuencia de estos actos hace a los participantes de la responsabilidad del jefe.

En el siglo XVII, se creía contrario a las leyes de la guerra que una plaza hasta la última extremidad sin esperanza de socorro, o atreverse en un puesto débil a hacer cara a un enemigo, y por consiguiente se daba la muerte al comandante; y se pasaba la tropa a cuchillo, como culpables de

una inútil efusion de sangre. Pero este es un punto de que el enemigo no puede ser juez imparcial. Esta porfiada resistencia ha salvado muchas veces plazas cuya conservacion parecia totalmente desesperada; por otra parte, deteniendo las armas enemigas da tiempo a la nacion invadida para juntar i poner en movimiento sus fuerzas. No se debe, pues, mirar como enteramente inútil la resistencia; i es mucho mas conforme a la razon la práctica que hoi rije, no solo de perdonar la vida, sino de conceder todos los honores de la guerra al jefe i tropa en tales casos. Una conducta contraria se reprobaria como cruel i atroz; i la intimacion de la muerte con el objeto de intimidar a los sitiados, pasaria por un insulto bárbaro.

Cuando se rinde una plaza, se acostumbra castigar con la pena de muerte a los desertores que se encuentran en ella, a ménos que se haya capitulado lo contrario; pero es porque se les considera como ciudadanos traidores a su patria, no como enemigos. Es comun en las capitulaciones conceder al jefe que evacua una plaza la facultad de sacar cierto número de carros cubiertos, de los cuales se sirve para ocultar a los desertores i salvarlos.

## 4

Las mujeres,\* niños i ancianos, los heridos i enfermos, son enemigos que no oponen resistencia, i por consiguiente no hai derecho de quitarles la vida, ni de maltratarlos en sus personas miéntras que no toman las armas. Lo mismo se aplica a los ministros del altar i a todas las profesiones pacíficas. Una severa disciplina debe reprimir los actos de violencia a que se abandona la soldadesca desenfrenada en las plazas que se toman por asalto. Pero en nuestros dias hemos visto demasiadas veces violada esta regla.

Despues de un combate, debe el vencedor cuidar de los heridos que el enemigo deja en el campo de batalla. Las leyes de la humanidad i las del honor vedan matarlos o desnudarlos. Se ajustan a veces armisticios para enterrar a los muertos i trasportar a los heridos.

---

\* Vattel, *ibídem*; Schmalz, libro VI, capítulo 3.

Cuando se espera reducir una plaza por hambre, se rehusa dejar salir las bocas inútiles. Vattel cree que las leyes de la guerra autorizan esta conducta. Otros escritores la condenan como un resto de barbarie.

## 5

Aunque las leyes estrictas de la guerra permiten hacer prisioneras a toda clase de personas con el objeto de debilitar al enemigo, entre las naciones civilizadas no tiene ya lugar esta práctica, sino con los individuos que manejan las armas; si alguna vez se extiende a otros, es menester que haya razones plausibles, que hagan necesario este rigor.\*

No es lícito matar a los prisioneros, sino en los casos extremos, cuando su conocida disposición a la resistencia, o el apareamiento de una fuerza enemiga, que viene a librarlos, hace imposible o peligrosa su guarda. Solo la mas imperiosa necesidad pudiera justificar diferente conducta.\*\*

El antiguo derecho de gentes autorizaba para esclavizar a los prisioneros. Esta era una de las compensaciones que daba la guerra a la nacion injuriada. La influencia benéfica de la religion cristiana ha hecho desaparecer esta costumbre. Se les detiene, pues, hasta la terminacion de la guerra, o hasta que por mutuo consentimiento se ajusta un convenio de canje o rescate.

En otro tiempo, los prisioneros estaban obligados a rescatarse, i el rescate pertenecia a los oficiales o soldados que se habian apoderado de sus personas en la guerra. De esta costumbre, se ven muchos ejemplos en la edad feudal. La de los tiempos modernos es mas suave. El estado que no puede conseguir durante la guerra la libertad de los ciudadanos que han caído en poder del enemigo, la obtiene, a lo ménos, por medio del tratado de paz.

---

\* En este i los siguientes artículos del presente capítulo, se ha seguido principalmente a Vattel, libro III, capítulo 8; a Schmalz, libro VI, capítulo 3; i a Wheaton, parte I, capítulo 2, §§ 1, 2, 3, 4.

\*\* Rutherford, libro II, capítulo 9, § 15.

Se retienen a veces los prisioneros para obtener de su soberano la satisfaccion de una injuria como precio de su libertad. No estamos entónces obligados a soltarlos, sino despues de haber sido satisfechos.

Se puede asegurar a los prisioneros de guerra, encerrarlos i aun atarlos si se teme que se levanten. No es lícito maltratarlos de otro modo, a no ser en pena de algun crimen. En los oficiales, se considera como suficiente seguridad su palabra de no salir de cierto distrito, o de no tomar las armas miéntras dura su condicion de prisioneros, i en este último caso, suele dárseles la facultad de ir a residir donde gusten i aun en su misma patria. La infidelidad en el cumplimiento de este empeño sagrado, no solo es una fea mancha en el honor, sino un crimen contra la humanidad, porque es, en cuanto depende del oficial infiel, desacreditar la palabra de los demas individuos que se hallen en una situacion semejante, hacer necesaria su confinacion, i agravar las calamidades de la guerra.

Es injusto forzar o seducir a un prisionero de guerra a servir bajo las banderas de su enemigo o de una tercera potencia.

Lo que lleva consigo un individuo, no pasa al que le hace prisionero, sino en cuanto el apresador se apodera actualmente de ello. Pero en el dia se mira como una accion villana despojarle; a lo ménos, un oficial se deshonraria si le quitase la menor cosa. Los soldados franceses que en la batalla de Rocoux apresaron a un jeneral ingles, solo creyeron tener derecho para tomar sus armas.\*

Es necesario proveer al mantenimiento de los prisioneros; pero no es obligatorio suministrarles objetos de lujo o de pura comodidad. Lo que se gasta en ellos, es por cuenta del soberano enemigo; i en la paz, i aun durante la guerra, suelen los beligerantes saldar entre sí estos gastos. Mas la demora en pagar un saldo no sería, despues de hecha la paz, motivo suficiente para detener a los prisioneros, pues éstos no son responsables de las deudas de sus soberanos.

---

\* Vattel, libro III, capítulo 17, § 285.

6

de Europa, i aun entre los jenerales, es una costumbre tácita de respetarse mutuamente. Suele enviar algunas veces provisiones al jeneral enemigo. Pero esta especie de costumbre no hacer fuego hacia la bandera blanca es obligatoria, i nada tendria de razonable para un tirano que, por contentar su ambicion, amenaza a los pueblos.

7

¿Se puede emplear toda especie de violencia contra la vida a un enemigo? Primeramente debe entenderse de esta palabra, distinguiendo el asesinato de la guerra. En el estado de guerra hace uso de sorpresas que el estado de guerra hace. Por ejemplo, en el campo enemigo por la captura del príncipe o jeneral i matarle, es un acto de guerra legítima. El ejecutor de un hecho de guerra, para llevarlo a cabo, de mucho valor, i se expone a ser tratado con la misma dureza, en quien es lícito escarmentar a los atrevidos que emplean tan peligrosos medios. Mejor no hacer uso de ninguna especie de violencia al enemigo en la precision de emitir amenazas severas para precaverla. El acto que se comete alevosamente, es el matar al mismo a quien se da la muerte. Indonios de emisarios que se introducen en territorio enemigo que buscan asilo, como menesterosos extranjeros. La frecuente repeticion de estos hechos introduciria la desconfianza mutua en las relaciones sociales, i sobre todo, en las comunicaciones entre los pueblos. Que la opinion unánime del jenero hu-

mano, los ha vedado bajo las mas severas penas, i los ha tizado con la nota de infamia.

El envenenamiento es aun mas odioso que el asesinato a hierro, porque sus efectos serian mas inevitables, i por consiguiente mas funestos al jénero humano. I si este modo de hostilidad es justamente detestado, aun cuando el veneno se emplea contra determinadas personas, ¿qué será cuando se administra en las fuentes i pozos, haciendo recaer la destruccion, no solo sobre los enemigos armados, sino sobre las personas mas inocentes? El uso de armas enherboladas es mas tolerable, porque en él no hai alevosía ni clandestinidad. Sin embargo, está proscrito entre las naciones cultas. Son patentes las perniciosas consecuencias que resultarian de poner en manos de los soldados un medio de destruccion, de que es tan fácil abusar. Por otra parte, si es preciso herir al enemigo, no lo es que muera inevitablemente de sus heridas: una vez que se le ha inhabilitado para volver en algun tiempo a tomar las armas, se ha alcanzado todo lo que el derecho de la guerra concede sobre su persona. En fin, el uso de armas envenenadas, haciendo mortal toda herida, da a la guerra un carácter infructuosamente cruel i funesto, porque, si el uno de los belijerantes enherbolas sus armas, el otro imitará su ejemplo, i la guerra será igualmente costosa a los dos.

Se pueden cegar las fuentes i torcer el curso de las aguas, con el objeto de obligar al enemigo a rendirse. Cortar los diques para inundar una extension considerable de país, haciendo perecer a los moradores inocentes que no han podido prever esta calamidad, es un acto horrible, que solo podria disculparse alguna vez para proteger la retirada de un grande ejército, i habiendo precedido una intimacion al enemigo.

---





---

## CAPÍTULO IV

### De las hostilidades contra las cosas del enemigo en la guerra terrestre

1. Máximas jenerales.—2. Diferencia entre las hostilidades marítimas i las terrestres.—3. Regla relativa a las hostilidades terrestres: contribuciones.—4. Botin que suele permitirse al soldado.—5. Tala.—6. Destruccion de propiedades públicas i privadas.—7. Salvaguardias.—8. Derecho de *postliminio*.

#### 1

El derecho estricto de la guerra\* nos autoriza para quitar al enemigo, no solamente las armas i los demas medios que tenga de ofendernos, sino las propiedades públicas i particulares, ya como satisfaccion de lo que nos debe, ya como indemnizacion de los gastos de la guerra, ya para obligarle a una paz equitativa, ya en fin para escarmentarle i retraerlo a él i a otros de injuriarnos.

Se llama *conquista* la captura bélica del territorio, *botin* la de las cosas muebles en la guerra terrestre, i el nombre de *presa* se aplica particularmente a las naves i mercaderías que se quitan al enemigo en el mar. El derecho de propiedad sobre todas estas cosas pertenece inmediatamente al soberano, que, reservándose el dominio eminente de la tierra, suele dejar a los captores una parte mas o ménos considerable de los efectos apresados.

El derecho de apropiarnos las cosas de nuestro enemigo incluye el derecho de destruirlas. Pero, como no estamos auto-

---

\* En este capítulo, he seguido principalmente a Vattel, libro III, capítulo 9, 11.

es a hacer mas daño del necesario para obtener el fin de la guerra, es claro que no debemos destruir sino lo de que no podemos privar al enemigo de otro modo, que es conveniente privarle; aquello que tomado no puede arse, i que no es posible dejar en pié sin perjuicio de las acciones militares. Si traspasamos alguna vez estos límites solo cuando el enemigo, ejerciendo el derecho de capon demasiada dureza, nos obliga a talonar para contener cesos.

2

práctica de las naciones civilizadas ha introducido una ncia notable entre las hostilidades que se hacen por tie- las que se hacen por mar, relativamente al derecho de ra. El objeto de una guerra marítima es debilitar o ani- el comercio i navegacion enemiga, como fundamentos poder naval. El apresamiento o destruccion de las pro- les privadas se considera necesario para lograr este fin. en la guerra terrestre se tratan con mucho ménos rigor nes de los particulares, como vamos a ver.\*

3

pillaje del campo i de los pueblos indefensos se ha susti- en los tiempos modernos el uso, infinitamente mas igual ano, de imponer moderadas contribuciones a las ciuda- provincias que se conquistan. Se ocupa, pues, el territo- za con el objeto de retenerlo, o de obligar al enemigo a :. Se toman igualmente los bienes muebles pertenecientes blico. Pero las propiedades privadas se respetan, i solo pone a los particulares el gravámen de las contribuciones e acabo de hablar.

án sujetos a pagarlas, no solamente los ciudadanos, sino opietarios de los bienes raíces, aunque sean extranjeros; e, siendo estos bienes una parte del territorio nacional, años se deben mirar bajo esto respecto como miembros

de la asociacion civil, sin embargo de que bajo otros respectos no lo sean. Por una consecuencia de este principio, los bienes raíces que los ciudadanos de un estado enemigo han adquirido ántes de la guerra en nuestro suelo, se miran como nacionales; i recíprocamente los que nuestros ciudadanos han adquirido en el territorio enemigo que ocupamos con las armas, son rigurosamente enemigos; bien que está al arbitrio del conquistador moderar el uso de sus derechos a beneficio de sus compatriotas o de los neutrales.

Los extranjeros avecindados pero no naturalizados en el país enemigo, se miran como neutrales por lo tocante a los efectos de comercio i bienes muebles que posean, a ménos que voluntariamente hayan tomado parte en las operaciones militares, o auxiliado al enemigo con armas, naves o dinero.

## 4

Los efectos muebles que se toman a un individuo armado, pueden hacerse propiedad del apresador. A los habitantes pacíficos se permite la tranquila posesion de sus bienes mediante el pago de las contribuciones de guerra. Las excepciones a este principio son, en primer lugar, las represalias, que, sin embargo, serian injustas, si solo tuviesen por objeto una venganza inútil. En segundo lugar, si los moradores de territorio que ocupan nuestras armas, léjos de conducirse como ciudadanos pacíficos, nos hostilizan, es lícito saquear o incendiar sus habitaciones. En fin, este tratamiento es el castigo con que se conmina i se escarmienta a los que resisten el pago de las contribuciones de guerra o de otras requisiciones semejantes.\*

Se permite a los soldados el despojo de los enemigos que quedan en el campo de batalla, el de los campamentos forzados, i a veces el de las ciudades que se toman por asalto. Mas esta última práctica es un resto de barbarie, por cuya abolicion elama tiempo há la humanidad, aunque con poco fruto. El

---

\* Schmalz, libro VI, capítulo 3.

re con un título mucho mas justo lo que toma a vigas en las descubiertas i en otros jéneros de to las armas, municiones, convoyes de provision e aplican a las necesidades del ejército.

5

rrasar los sembrados de que el enemigo saca a su subsistencia, no lo es arrancar las viñas i es frutales, porque esto sería desolar el país para i causarle estragos que no son necesarios para e la guerra. Semejante conducta pareceria mas r el rencor i por una ciega ferocidad, que por la

verdad, el terrible derecho de la guerra permite as, saquear los pueblos, llevar por todas partes ego, pero solo para castigar a una nacion injus- ira oponer una barrera a las incursiones de un o es posible detener de otra suerte. El medio es ' qué no ha de emplearse contra el enemigo, i progresos, cuando con este mismo objeto se . partido de asolar el territorio propio?\*

6

odo caso respetar los templos, los palacios, los nunumentos nacionales, los archivos, en suma, os públicos de utilidad i adorno, todos aquellos no se puede privar al enemigo sino destruyén- estruccion en nada contribuye al logro del fin

---

le las plazas, es permitido quemar los suburbios. Lo ar a los parajes en que estalla un incendio, para que, estrago, apresure la rendicion. Pero no deben diri- os campanarios, salvo que la guarnicion se valga de señales o para otros actos de hostilidad. En las ciu- debe tener cuidado de parar los relojes de las torres; fe la rendicion, pertenecen al vencedor; bien que es arlos.» (Schmalz, libro VI, capítulo 4.)

lejítimo de la guerra. Lo mismo decimos de las casas, fábricas i talleres de los particulares. Se arrasan, pues, los castillos, muros i fortificaciones, pero no se hace injuria a los edificios de otra especie, ántes bien se toman providencias para protegerlos contra la furia i la licencia del soldado. No es permitido destruirlos o exponerlos al estrago de la artillería, sino cuando es inevitable para alguna operacion militar.\*

En el bombardeo de una ciudad, es difícil no hacer mucho daño a los edificios públicos i a las casas de los particulares. De aquí es que no se debo proceder a semejante extremidad, sino cuando es imposible reducir de otro modo una plaza importante, cuya ocupacion puede influir en el suceso de la guerra.

## 7

Se dan salvaguardias a las tierras i casas que el invasor quiere sustracer a los estragos de la guerra, sea por puro favor, o a precio de contribuciones. *Salvaguardia* es un piquete de soldados que protege una hacienda o casa, notificando a los otros individuos o cuerpos de su nacion la órden del jeneral, que manda no se le haga daño. La tropa empleada en este servicio de beneficencia debe ser inviolable para el enemigo.

## 8

La captura bélica nos conduce al derecho de *postliminio*. Dase este nombre al derecho por el cual las personas o cosas

---

\* En el siglo pasado, se miraba todavía como una barbarie despojar los palacios del enemigo, tomando los muebles, estatuas, cuadros, trofeos militares, bibliotecas i otros efectos preciosos. Federico II, en la guerra de los siete años, se creyó obligado a justificarse de haberse apropiado ciertos cuadros de la galería de Dresde. Recientemente se ha tenido en eso ménos escrúpulo. Los franceses pusieron a contribucion las colecciones de los países que invadieron, con la mira de hacer a su patria centro de las ciencias i de las artes, reuniendo en ella todas las preciosidades que la victoria ponía a su alcance. La necesidad en que despues se vieron de restituir la mayor parte de esta presa, contribuirá talvez a restablecer la usanza antigua de no tocar esta clase de objetos. (Schmalz, libro VI, capítulo 3.)



Con respecto a las cosas, hai diferencia: o se trata de bienes raíces o de bienes muebles.

La adquisicion de las ciudades, provincias i territorios conquistados por un belijerante al otro, no se consuma sino por el tratado de paz, cuando en él se confirman las adquisiciones del uno o del otro belijerante, o por la entera sumision i extincion del estado cuyas eran. Antes de uno de estos dos eventos, el conquistador tiene meramente la posesion, no el dominio del territorio conquistado; de modo que, si lo trasfiriere a un neutral, no por eso sufriria menoscabo el derecho del otro belijerante para recobrarlo empleando la fuerza, de la misma manera que, si se hallase en poder de su enemigo, i recobrándolo, no adquiriria solamente la posesion, sino la plena propiedad, que podria transferir a quien quisiese. Lo mismo se verifica respecto de las cosas i heredades privadas. Si el conquistador confiscase alguna de ellas, i la enajenase a un neutral, reconquistado el territorio o restituido por el tratado de paz, revivirian los derechos del propietario antiguo, a ménos que el tratado contuviese una estipulacion contraria. Así, pues, por lo que respecta a los bienes raíces, tanto particulares como públicos, el derecho de postliminio solo expira por el tratado de paz o por la completa subyugacion del estado.

Mas, en esta última suposicion, se preguntará si el levantamiento del pueblo subyugado hace revivir el derecho de postliminio.

Para resolver esta cuestion, es necesario distinguir dos casos. O la subyugacion presenta el aspecto de involuntaria i violenta i entónces subsiste el estado de guerra, i por consiguiente, el derecho de postliminio; o bien el dominio del conquistador ha sido legitimado por el consentimiento, a lo ménos tácito, de los vencidos, el cual se presume por la pacífica posesion de algunos años, i entónces se supone terminada la guerra, i el derecho de postliminio se extingue para siempre. Solo, pues, en este segundo caso serán válidas las enajenaciones hechas por el conquistador i conferirán un verdadero título de propiedad, que en ningun evento podrá ya ser estorbado ni disputado por los antiguos dueños.

Si de dos potencias aliadas ha sido completamente subyugada una, i la otra no depone las armas, subsiste la sociedad de guerra, i con ella el derecho de postliminio. Si sucediese, pues, que en el curso de la guerra recobrase su libertad la nacion subyugada, todos los territorios i casas podrian entónces ser reivindicados por los propietarios antiguos.

Con respecto a los muebles, es mui diferente la regla, ya por la dificultad de reconocerlos i de probar su identidad, lo que da motivo para que se presuman abandonados por el propietario, luego que se ha verificado su captura; ya por la imposibilidad en que se hallan los neutrales de distinguir los efectos que los belijerantes han apresado, de los que poseen por otro cualquier título, de que resultaria gran número de embarazos e inconvenientes al comercio si subsistiese largo tiempo con respecto a los primeros el derecho de postliminio.

Se adquiere, pues, la propiedad de las cosas muebles apresadas, desde el momento que han entrado en nuestro poder. De aquí el principio reconocido por los romanos i por las naciones modernas: *per meram occupationem, dominium prædæ hostilis acquiritur*. Pero es necesario que la presa haya entrado verdaderamente en poder del captor, lo que no se entiende sino cuando es conducida a lugar seguro, o como dicen los publicistas, *infra præsidia*. Sin esta circunstancia, no se creeria consumada la ocupacion, ni extinguido el derecho de postliminio.\*

Si apresada, pues, i asegurada una alhaja, se vendiese luego a un neutral, el título adquirido por éste prevaleceria sobre el del propietario antiguo, que no podria vindicarla ni aun ante los tribunales de su propia nacion, aunque probase indubitablemente su identidad. Lo mismo sucede si los efectos, despues de llevados a paraje seguro, son represados por una fuerza nacional o amiga. El represador adquiere entónces un título de propiedad que no puede ser disputado por los propietarios antiguos.

Sin embargo, como la propiedad de todo lo que se adquiere

---

\* Kent, *Comentarios*, parte I, leccion 5.



en la guerra pertenece orijinalmente al soberano, las leyes civiles pueden modificar en esta parte con respecto a los súbditos la regla del derecho de jentes; i otro tanto puede verificarse respecto de las naciones extranjeras por medio de convenciones especiales. Así el término de veinte i cuatro horas que exigen algunos escritores para consumir la adquisicion por el título de captura bélica, debe mirarse o como lei civil de ciertos estados, o como una institucion del derecho de jentes convencional o consuetudinario, que solo obliga a las naciones que expresa o tácitamente la han adoptado.

De los principios expuestos en este artículo, se colije evidentemente que los efectos apresados, i despues abandonados por el captor, no pasan a ser *res nullius*, ni su ocupacion confiere un título de propiedad, mientras subsiste el derecho de postliminio sobre ellos.





---

## CAPÍTULO V

### De las Presas Marítimas.

1. Circunstancias que dan un carácter hostil a la propiedad.—2. Corsarios.—3. Presas.—4. Juzgados de presas.—5. Reglas relativas a los juicios de presas.—6. Derecho de postliminio en las presas marítimas.—7. Represa.—8. Recobro.—9. Rescate.

#### 1

Hai un carácter hostil accidental, relativo al comercio marítimo; carácter que, mientras subsiste su causa, hace que ciertas mercaderías sean legítimamente confiscables *juri belli*, aunque las otras del mismo propietario no lo sean. Importa, pues, mucho en una guerra marítima, determinar con precisión las circunstancias que, independientemente de la verdadera nacionalidad de un individuo, le constituyen, por lo que a ellas toca, enemigo, i dan el mismo carácter a sus efectos mercantiles, mientras que, bajo los otros aspectos, se le considera neutral o ciudadano. El derecho de jentes del mundo comercial reconoce en el día, con relacion a esta materia, varias reglas que voi a exponer en el presente artículo.\*

Se adquiere un carácter hostil: 1.º, por tener bienes raíces en territorio enemigo; 2.º, por domicilio comercial, esto es, por mantener un establecimiento o casa de comercio en terri-

---

\* Se ha compendiado en él la doctrina de Chitty (*Commercial Law*, volumen I, capítulo 8, seccion 2); Kent (*Comentarios*, parte I, leccion 4.); i Wheaton's *Elements of international Law*, parte IV, capítulo 1, §§ 17, 18, etc..

torio enemigo; 3.º, por domicilio personal; 4.º, por navegar con bandera i pasaporte de potencia enemiga.

1.º El que posee bienes raíces en el territorio de la potencia enemiga, aunque resida en otra parte, i sea bajo todos los otros aspectos ciudadano de un estado neutral o súbdito de nuestro propio estado, en cuanto propietario de aquellos bienes, debe mirarse como incorporado en la nacion enemiga. «La posesion del suelo (dijo sir William Scott en el caso del *Phœnix*) da al propietario el carácter del país, en cuanto concierne a las producciones de aquel fundo en su trasporte a cualquiera otro país. Esto se ha decidido tan repetidas veces en los tribunales británicos, que no puede discutirse de nuevo. En ninguna especie de propiedad, aparece mas claramente el carácter hostil, que en los frutos de la tierra del enemigo, como que la tierra es una de las grandes fuentes de la riqueza nacional, i en sentir de algunos la única. Es sensible ciertamente que, en nuestras venganzas contra nuestro adversario, quede algunas veces lastimado el interes de nuestros amigos; pero es imposible evitarlo, porque la observancia de las reglas públicas no admito excepciones privadas, i el que se apega a las ganancias de una conexion hostil, debe resignarse a participar tambien de sus pérdidas.»\*

2.º Otro tanto se aplica a los establecimientos comerciales en país enemigo. El buque *President* fué hecho presa en un viaje del cabo de Buena Esperanza, posesion holandesa entón-ces, a un puerto de Europa, i reclamado a nombre de Mr. Elmslie, cónsul americano en aquella colonia. «La corte (dijo sir William Scott) tendria que retractar todos los principios que han dirigido su conducta hasta ahora, si hubiese de restituir este buque. El reclamante se dice haber residido muchos años en el Cabo con una casa de comercio, i en cuanto comerciante de aquella colonia, debe mirarse como súbdito del estado enemigo.»

---

\* Véase por lo tocante a los Estados Unidos la opinion del juez Marshall en el caso de *Bentzon v. Boyle*; *Cranch's Reports*, libro IX, página 191.

Fué al principio bastante jeneral en los comerciantes americanos el erróneo concepto de que podian retener sin menoscabo los privilegios de neutralidad del carácter americano a pesar de su residencia i ocupacion en cualquiera otro país. Este error fué desvanecido en gran número de decisiones de los tribunales británicos. En el caso de la *Anna Catharina*, el reclamante apareció como ciudadano i comerciante de América, pero en el curso de la causa resultó que tenia su residencia i casa de comercio en Curazao, entónces posesion holandesa; i la corte falló que se le debia considerar como enemigo al principio de la operacion mercantil en que se hizo la presa, porque la Holanda i la Gran Bretaña eran en aquella época enemigas.

La regla jeneral «que el establecimiento de una persona imprime en ella el carácter nacional del país en que se halla establecida,» no se limita a los establecimientos en territorio enemigo, ántes bien se extiende con imparcialidad a todos los casos. Así, un extranjero que tiene casa de comercio en territorio británico, se mira como súbdito de la Gran Bretaña en cuanto concierna a las operaciones mercantiles de esta casa. Por consiguiente, se halla imposibilitado de comerciar por medio de ella con el enemigo. Un cargamento perteneciente a Mr. Millar, cónsul americano en Calcuta, fué apresado en una operacion mercantil de esta especie, i condenado como propiedad de un comerciante británico empleada en un tráfico ilícito. «Se mira como cosa dura (dijo sir William Scott) que Mr. Millar se halle comprendido en la inhabilidad de los súbditos británicos para comerciar con el enemigo, no estándolo en las ventajas i privilegios afectos a semejante carácter; pero no puedo convenir en este modo de presentar la cuestion, porque las armas i leyes británicas protejen su persona i comercio, i aunque esté sujeto a ciertas limitaciones que no obran sobre los ciudadanos de la Gran Bretaña, es necesario que reciba el beneficio de aquella proteccion con todas las cargas i las obligaciones anexas a ella, una de las cuales es la de no comerciar con el enemigo.

Del mismo principio, se sigue que un ciudadano de nuestro estado goza de las inmunidades del carácter neutral por lo to-

las operaciones mercantiles de los establecimientos que en un país neutral. Puede, por consiguiente, comerciar en un país neutral. En el almirantazgo británico, se ha decidido que un ciudadano de la Gran Bretaña que está domiciliado en un país neutral, y comercia con los enemigos de su soberanía, no hace más que ejercer los privilegios legales en su domicilio. Esta regla fué reconocida terminantemente en Inglaterra el año 1802 por los lóres del almirantazgo, es declararon que un súbdito británico residente en Portugal, que era entonces país neutral, pudo lícitamente comerciar con la Holanda, enemiga de la Gran Bretaña. Pero hay una limitación: el domicilio neutral no protege a los ciudadanos contra los derechos bélicos de su patria, si se ha adquirido *de bello*. En los tribunales de los Estados Unidos, se ha observado uniformemente la misma regla.

Se asimila de lo dicho que un ciudadano del estado se mira como neutral en todas las operaciones mercantiles de los establecimientos de comercio que tenga en un país neutral.

Por consiguiente, las propiedades empleadas en ellas son confiscables *jure belli*. De manera que el comerciante no sufre de las ventajas o desventajas de la nación en que comercia, sea cual fuere su país nativo: en territorio neutral; y en territorio enemigo, enemigo.

Se aplican de este principio general las factorías que las naciones europeas tienen en los países de oriente, en la India, China, o la China. «Es una regla de derecho internacional», según sir William Scott en el caso del *Indian Chief*, que el comercio de los europeos que trafican bajo la protección de las factorías, toma el carácter nacional de la asociación a cuya sombra se hace, y no el de la potencia en cuyo territorio está la factoría. La diferencia entre esta práctica y la que se observa generalmente en Europa y los países de occidente proviene de la diferencia de costumbres. En el occidente, los traficantes extranjeros se mezclan con la sociedad indígena, se puede decir que se incorporan completamente en ella; pero en el oriente, desde los siglos más remotos, se ha observado una línea de separación: los extranjeros no entran

en la masa de la sociedad nacional; i se miran siempre como advenedizos i peregrinos. Con arreglo a esta máxima, se ha declarado que un individuo que comerciaba en Esmirna bajo la proteccion del cónsul holandés en aquella plaza, debia reputarse holandés, i que, por consiguiente, su buque i mercaderías, en virtud de la órden de represalias expedida contra la Holanda, debian condenarse como propiedad holandesa.»

En fin, para que el domicilio comercial produzca sus efectos, no es necesario que el comerciante resida en el país donde se halla el establecimiento. En el caso de la *Nancy* i de otros buques ante la corte de los lores del almirantazgo, el 9 de abril de 1798, se decidió formalmente que si un individuo era socio de una casa de comercio enemiga en tiempo de guerra, o continuaba en esta sociedad durante la guerra, su residencia personal en territorio amigo no podia protegerle contra el otro beligerante en negocios de la sociedad. La regla de que el que mantiene un establecimiento o casa de comercio en país enemigo, aunque no resida en él personalmente, se reputa enemigo por lo tocante a las operaciones mercantiles de esta casa, se ha confirmado en varios otros casos, los cuales prueban tambien que la regla es una misma, ora sea único interesado en el establecimiento, o solamente socio.\*

3.º La residencia o domicilio personal en país enemigo es otra circunstancia que imprime un carácter hostil al comercio. Por consiguiente, es menester determinar qué es lo que constituye esta residencia o domicilio. El ánimo de permanecer es el punto sobre que rueda la cuestion. La actual residencia da lugar a la presuncion del *animus manendi*; incumbe, pues, a la parte desvanecer esta presuncion para salvar su propiedad. Si resulta que ha tenido ánimo de establecer una residencia permanente, lo mismo es que ésta haya durado ya algunos años, o que cuente un solo dia. Pero, si tal intencion no ha existido, si la residencia ha sido involuntaria o forzada, entónces, por larga

---

\* Si el socio de una casa neutral tiene su domicilio en país enemigo, su parte en la casa neutral está sujeta a confiscacion *jure belli*: el juez Story en el caso de la *Antonia Johanna*, *Wheaton's Reports*, parte I. página 159.

que sea, no altera el carácter primitivo de la persona, ni lo convierte de neutral en hostil. Las reglas en esta materia son flexibles i fáciles de acomodar a la verdad i equidad de los casos. Se necesitan, por ejemplo, ménos circunstancias para constituir domicilio en un ciudadano que vuelve a su patria i reasume su nacionalidad orijinal, que para dar el carácter del territorio a un extranjero. La cuestion *quo animo* es en todos los casos el objeto de la averiguacion.\*

\* «Para constituir domicilio, dice sir William Scott, el ingrediente principal es el tiempo. Dicese que el que se traslada a un país con algun objeto especial, no contrae domicilio en él; pero esta regla no es absoluta: es preciso tomar en cuenta el tiempo que pueda o deba ser necesario para la consecucion del objeto; porque, si éste es de tal naturaleza que probablemente produzca, o si en efecto produce, una larga mansion en el país, del objeto particular puede nacer una residencia jeneral. Un objeto particular puede detenernos en un país toda la vida i contra una demora tan prolongada no sería justo alegar la especialidad de la intencion, porque en tal caso es de presumir que con el objeto especial se han mezclado inevitablemente otros varios que han estampado en nosotros el carácter de la nacion en que residimos. Si un hombre se dirige al territorio de un belijerante al principio de la guerra o ántes de ella, no sería ciertamente razonable atribuirle un nuevo carácter sin que primero hubiese trascurrido algun tiempo; pero, si continúa residiendo allí durante una buena parte de la guerra, pagando los impuestos i contribuyendo por otros medios a la fuerza del estado, no podría ya alegar el motivo particular de su viaje contra los efectos del domicilio hostil. De otra manera, no habria medio de precaver los fraudes i abusos de pretendidos objetos especiales para paliar una larga residencia. En prueba de la eficacia de la sola consideracion del tiempo, no estará domas observar que la misma cantidad de negocio especial que no constituiria domicilio en cierto espacio de tiempo, pudiera producir ese efecto distribuida sobre un tiempo mas largo. El domicilio debe fijarse por una razon compuesta del tiempo i de la ocupacion; pero, dando siempre una gran preponderancia al tiempo, sea cual fuere la ocupacion, no es imposible, a no ser en casos raros, que se contraiga domicilio por el mero lapso de tiempo.» Caso de la *Harmony*, *Robinson's Reports*, libro II, página 324; *Wheaton's Elements*, parte IV, capítulo 1, § 17.

Se ha pretendido que, cuando un súbdito nativo o naturalizado se encuentra domiciliado en territorio hostil al tiempo de estallar la guerra, debe dársele tiempo para que elija entre permanecer allí o restituirse a su patria, respetándose entretanto las propiedades por



Una vez que la parte ha contraído el carácter de la nación en que reside, no lo depone por las ausencias que haga de tiempo en tiempo, aunque sea para visitar su país natal.

Ni es invariablemente necesaria la residencia personal en territorio enemigo para desneutralizar al comerciante, porque hai una residencia virtual, que se deduce de la naturaleza del tráfico. En el caso de la *Anna Catharina*, apareció que se habia celebrado con el gobierno español, entónces enemigo, una contrata que, por los privilegios peculiares que se acordaban a los contratistas, los igualaba con los vasallos españoles,

los cruceros de ésta. Pero se ha rechazado esa doctrina: 1.º porque se funda en la presuncion de que el domiciliado se restituirá a su patria, como es su deber hacerlo; presuncion falsa: el deber del domiciliado se limita a no hostilizar a su patria, i a darle ayuda, requerido; i por eso no es raro en los tratados de comercio estipular que en caso de rompimiento se permitirá a los ciudadanos de un belijerante permanecer en el territorio del otro; 2.º porque, miéntras el domiciliado no elija volver, su carácter subsiste el mismo que ántes, i si sus propiedades se respetasen entretanto, prefiriendo despues permanecer las habria sustraído injustamente a la persecucion del belijerante enemigo; «lo que violaria, dijo la corte suprema de los Estados Unidos, los principios que han rejido largo tiempo en los juzgados de presas en Inglaterra, i que (no habiendo fuertes razones que los hiciesen inaplicables a la América) no deben desatenderse en los Estados Unidos. ¿Cuáles serian, en efecto, las consecuencias de la regla contraria? Se apresa una propiedad del domiciliado; el propietario escoje entre el país de su domicilio i el país nativo. Si la captura ha sido hecha por el primero, elije ser ciudadano suyo; si por el segundo, prefiere pertenecer a éste. ¿Puede tolerarse por ninguno de los dos belijerantes una posicion tan privilegiada? Por el contrario, la regla de los juzgados ingleses que le mira como súbdito del estado a que todavía adhiere i a cuya fuerza contribuye miéntras reside i comercia en él, no tiene nada de duro; porque, si ántes de volver a su patria, está expuesta su propiedad a ser apresada en el océano por los cruceros de ésta, no solo está exenta de captura, sino protegida por las armas del estado bajo cuyas leyes vive. El doble privilegio que se reclama es contrario a la razon i no puede otorgarse.» *Cranch's Reports*, libro VIII, página 253.

Pueden verse otras decisiones sobre el mismo asunto en *Wheaton's Elements*, parte IV, capítulo 1, § 17; *Wheaton's Reports*, libro II, apéndice número 1.

i aun podia decirse que los hacía de mejor condicion. Los contratistas, para llevarla a efecto, juzgaron conveniente no residir ellos mismos en el territorio español, sino comisionar un agente. Con este motivo, declaró sir William Scott en la sentencia que, aunque jeneralmente hablando, un individuo no se desneutraliza por el hecho de tener un agente en el país enemigo, esto sin embargo solo se entiende cuando el individuo comercia en la forma ordinaria de los extranjeros, no con privilegios particulares que le asimilan a los súbditos nativos, i aun le conceden alguna ventaja sobre ellos. En el caso de la *Anna Catharina*, se declaró tambien que un cónsul extranjero contrae residencia en el país para donde ha sido nombrado, aunque ejerza sus funciones por medio de un vizcónsul o diputado, i no resida actualmente en él.\*

No es necesaria tampoco la existencia de un establecimiento o casa de comercio para constituir residencia personal. En el caso de la *Jorje Klasina*, se alegó que no habia residencia porque la parte no tenia casa de comercio en el país; pero el tribunal declaró que esta circunstancia no era decisiva, i que bastaba que el comerciante residiese i traficase en territorio de potencia enemiga para que se le considerase como enemigo en todo lo relativo a este tráfico.

El carácter nacional que se adquiere por la residencia, cesa solamente por la ausencia *sine animo revertendi*. I como consecuencia de este principio se ha declarado por las cortes de almirantazgo que, si un individuo establece su domicilio en el territorio de una potencia extranjera, i ésta llega a estar en guerra con otra, su propiedad embarcada ántes de tener conocimiento de la guerra, i mientras aquel domicilio continúa, puede ser apresada por otro belijerante. La doctrina del carácter hostil emanado de la residencia, se suele tomar estrictamente; i las excepciones fundadas en consideraciones de equidad se desatienden para hacer mas precisa i cierta la regla i evitar los fraudes a que los derechos de los belijerantes quedarían expuestos de otro modo.

\* Puede verse este caso en *Robinson's Reports*, libro IV, página 187.

Mas, aunque un belijerante puede lejitimamente mirar como enemigo a todo el que reside o tiene bienes raíces o establecimiento de comercio en territorio hostil, sin embargo de que bajo otros respectos sea verdaderamente neutral o ciudadano, puede solo considerarle como enemigo con relacion a la captura de las propiedades a que está afecta la residencia, establecimiento o bienes raíces en territorio hostil. Se ha declarado, por consiguiente, que un individuo que tiene establecimiento o domicilio en dos países, se halla en el caso de considerarse como ciudadano del uno o del otro, segun el oríjen i dependencia de sus operaciones mercantiles, de manera que, miéntras goza de las inmunidades neutrales en las unas, se le tratará como enemigo en las otras.\*

4.º Navegar con bandera i pasaporte del enemigo hace enemiga la nave, i la sujeta a confiscacion, aunque sea propiedad de un neutral. Las mercaderías pueden seguir otra regla; pero los buques se revisten siempre del carácter de la potencia cuya bandera toman; i los papeles de mar son en ellos una estampa de nacionalidad, que prevalece contra cualesquiera derechos o acciones de personas residentes en países neutrales. Si el buque lleva licencia especial o pasaporte de proteccion del enemigo, que dé motivo de sospechar que sirve o coadyuva de algun modo a sus miras, esto se consideraria como suficiente motivo para confiscar buque i carga, cualquiera que fuese el objeto ostensible i el destino del viaje. Pero, no habiendo esta proteccion especial, se confisca solo el buque.

---

\* Un súbdito de España, que pasó a los Estados Unidos en un tiempo de paz entre la España i la Gran Bretaña para comerciar entre los Estados Unidos i las provincias de España en virtud de una licencia del rei, i que despues de estallar la guerra entre la Gran Bretaña i la España continúa residiendo en los Estados Unidos i ejercitando aquel comercio, debe considerarse como un comerciante americano, aunque el tráfico en que se ocupa sea de aquéllos que solo pueden hacerse lejitimamente por un súbdito español. La nacionalidad del carácter comercial de un individuo debe determinarse por su domicilio, i no por la naturaleza de su tráfico. Decision de la corte suprema de los Estados Unidos en el caso de *Livingston contra la companía de seguros de Maryland*, Cranch's Reports, libro VII, página 506.

principales circunstancias que, en el concepto de derecho internacional, dan un carácter

No estará demás advertir que la propiedad el viaje tiene un carácter hostil no lo pierde es o enajenaciones que se hagan *in transitu*, s deja de estar sujeta a captura. Una regla a puerta a un sinnúmero de fraudes para dades contra el derecho de la guerra por iones simuladas. Durante la paz, puede la se *in transitu*; pero, cuando existe o ame- regla que siguen los beligerantes es que los iedad de las mercaderías no experimentan desde el embarque hasta la entrega. Sucede , para proteger una propiedad embarcada, se e el viaje a un neutral. Los tribunales de eclarado que esta práctica no servía de nada, de reconocerse como legítima durante la ; se embarcase en país enemigo podría fácil- o la capa de traslaciones ficticias. I aun ha , en el caso del *Danekebaar Africaan*, que da de una colonia enemiga i apresada en mudado de carácter *in transitu*, aunque iento los propietarios habían pasado a ser ; por la capitulación de la colonia.

Los consignadores neutrales suelen hacer olo sobre sí, han sido tratadas por los almi- udulentas e inválidas. En el caso de la *Solly*, abia embarcado ostensiblemente por cuenta mericanos, i el capitán declaró que croía nto de su desembarque había pasado a ser rno frances. Era, pues, claro que se había ta, i que el embarque por cuenta i riesgo era un pretexto para evadir la captura, a o sujetas las mercaderías como propiedad

re una regla de los juzgados de presas ncia de esta causa) que los efectos que se

llevan a país enemigo bajo contrato de pasar a ser propiedad del enemigo a su llegada, se miran como propiedad enemiga si se apresan *in transitu*. En tiempo de paz i no habiendo temores de guerra inmediata, este contrato sería perfectamente lejítimo i produciria todos sus efectos en juicio. Pero, en un caso como el presente, en que la forma del contrato lleva manifiestamente por objeto precaver los peligros de una próxima guerra, la regla antedicha debe inevitablemente llevarse a efecto. El conocimiento expresa cuenta i riesgo de comerciantes americanos; pero los papeles no hacen prueba, si no son corroborados por declaracion del capitan, i aquí el capitan, en vez de apoyar el contenido de los conocimientos, depone que los efectos a su llegada iban a ser del gobierno frances, i los papeles ocultos dan mucho color de verdad a esta deposicion. No se necesita mas prueba. Si el cargamento iba a ser propiedad enemiga a su llegada, el apresamiento es equivalente a la entrega. Los captores por el derecho de la guerra se ponen en el lugar del enemigo.»

En jeneral, todo contrato hecho con la mira de paliar una propiedad enemiga, es ilegal e inválido. Los arbitrios de que se valen los comerciantes para lograr este objeto, son tan varios, como puede fácilmente imaginarse por el grande interes que tienen en hacer ilusorios los derechos de los belijerantes. Así es que en las causas de presa la cuestion rueda frecuentemente sobre la interpretacion que se trata de dar a los títulos de propiedad por los apresadores i por los que reclaman la restitution de la presa, esforzándose los unos en rastrear el fraude i los otros en eludir la investigacion. Cada nueva especie de fraude produce necesariamente nuevas reglas de adjudicacion en los juzgados de presa, i al mismo paso que estas reglas, se multiplican los efujios i los arbitrios paliativos para evadir la captura; de manera que esta parte de la lejislacion internacional se va complicando cada vez mas i mas. Lo peor es que no hai en la práctica de las diferentes naciones toda la uniformidad que sería de desear. Cada una de las principales potencias forma su código particular, a que los estados ménos fuertes tienen que someterse en sus relaciones con ella.

## 2

Las potencias marítimas,\* además de las naves de guerra del estado, suelen emplear el voluntario auxilio de armadores particulares o *corsarios*, que apresan las embarcaciones i propiedades enemigas, i a los cuales ceden en recompensa de este servicio una parte o todo el valor de las presas. Llámase propiamente *armador* el que dispone el armamento o corre con el avío de una embarcacion destinada al corso; i *corsario*, la persona elejida por el armador para salir al mar con el objeto de hacer presa en los bajeles i propiedades enemigas, aunque modernamente suele entenderse por armador el mismo corsario o comandante del buque armado en corso, acaso porque estas dos calidades se juntan amenudo en una misma persona.

En la edad media, no se consideraba necesaria una comision del soberano para apresar las propiedades enemigas, ni hasta el siglo XV empezó la práctica de expedir patentes a los particulares en tiempo de guerra para que pudiesen hacer el corso. En Alemania, Francia o Inglaterra, se promulgaron entónces varias ordenanzas exigiendo para la legitimidad de las presas este requisito, que, segun la práctica de las naciones civilizadas, es ahora de necesidad indispensable.

Sir Matthew Hale calificó de acto depredatorio el de atacar las naves del enemigo sin una *patente* o comision pública, a no ser en defensa propia. Pero esta doctrina parece demasiado severa. Ya se ha expuesto\*\* la opinion de Vattel sobre la legitimidad de las hostilidades cometidas por los particulares sin autoridad del soberano. De ella se sigue que, si los particulares sin patente de corso apresan naves i mercaderías de los enemigos de su nacion, no por eso se les debe considerar como piratas. A los ojos de las naciones extranjeras, son combatientes lejitimos. Delinquen, pero nó contra la lei universal de las

---

\* En este i los siguientes artículos, se ha compendiado a Chitty (volumen I, capítulo 8, seccion 3) i a Kent (parte I, leccion 5). Además se han tenido presentes las ordenanzas francesas de corso.

\*\* Parte II, capítulo 3, artículo I.

naciones, sino contra la de su patria. Toca, pues, a esta sola castigarlos por ello, si lo cree conveniente, i privarlos de todo derecho sobre los efectos apresados, que es lo que comunmente se hace. La propiedad de las presas hechas sin autoridad pública pertenece privativamente al soberano.

La patente de corso tiene un término limitado, que por las ordenanzas francesas puede ser, segun la mas o ménos distancia de los cruceros, de 6, 12, 18 i 24 meses. I ademas de la patente de corso suelen darse a los capitanes corsarios comisiones o despachos para los conductores de presas. Tambien es costumbre dar a los corsarios, junto con la patente, instrucciones i reglas para el ejercicio del derecho de captura, i exigirles fianza para la indemnizacion de los perjuicios que ilejítimamente infiriesen. Se ha disputado sobre si los armadores i comandantes de las naves de corso eran responsables con sus bienes al pleno resarcimiento de los daños causados por su ilegal conducta o solo hasta concurrencia de la fianza. Bynkershoeck atribuye a los armadores colectiva i separadamente una responsabilidad *in solidum* i a los fiadores hasta el valor de la fianza.\* Esta regla puede modificarse por las leyes locales. La ordenanza de presas de Francia era conforme en un todo con la doctrina de Bynkershoeck. Mas, por el código comercial moderno, se exime a los propietarios de las naves de corso de la responsabilidad de los daños cometidos en el mar, si no es hasta el valor de las seguridades otorgadas por ellos, a ménos que

---

\* *Exercitores puto teneri donec omne damnum resarciverint. Quæstiones juris publici* 1, 19. Conviene notar que el armador no es responsable a mas de lo que monta la fianza que las leyes le obligan a dar i a la pérdida del buque por actos de piratería de que se hayan hecho culpables el capitan i la tripulacion del buque. El derecho marítimo no le impone responsabilidad *in solidum* por la conducta del capitan i tripulacion, sino en cuanto éstos se ocupan en la ejecucion del mandato, que es el apresamiento de propiedades hostiles (Kent).

La responsabilidad de los armadores se extiende a los capitanes: *Est nobis electio utrum exercitorem an magistrum convenire velimus: lei* 1, § 17, D. *De exercit. act.*

Donde cesa la responsabilidad del captor, principia la del estado a quien sirve. (Wheaton's *Elements*, parte IV, capítulo 2, § 15.)

hayan tenido alguna complicidad en los hechos. Donde callan las leyes locales, como sucede en los Estados Unidos, debe seguirse el principio jeneral que la responsabilidad se conmensura por el valor de los daños i recae sobre cada uno de los armadores *in solidum*.\*

A pesar de éstas precauciones, suele ser tal el carácter de los que abrazan este servicio, sobre todo, cuando se emplean en el extranjero, i tan frecuentes son los desórdenes en que incurrén i las quejas i reclamaciones a que dan motivo de parte de las naciones amigas, que se ha pensado en abolirlo o por lo ménos restringirlo considerablemente. La ordenanza francesa de 1681 prohíbe a los extranjeros hacer el corso bajo el pabellon frances. En los tratados de algunas potencias, se ha estipulado que, sobreviniendo entre ellas la guerra, no darian patentes de corso para hostilizarse una a otra. Varios estados\*\* han prohibido bajo severas penas a sus súbditos aceptar comisiones o equipar naves para cruzar bajo pabellon extranjero i hacer presa en el comercio de naciones amigas. Otros estados han estipulado entre sí que los súbditos de cada uno de ellos no recibirían patente de corso de los enemigos del otro para hostilizarle en el mar, so pena de ser tratados como piratas. La abolicion del corso ha sido estipulada en la *Declaracion de Paris*, de que hablaremos mas adelante.

El corsario que cruza con dos o mas patentes de diversas potencias, se expone a ser considerado como pirata; pero la nave que cruza lejitimamente contra un estado se halla por esto solo autorizada para cruzar contra un nuevo enemigo del suyo. Por las ordenanzas francesas de 1650, 1674 i 1681, confirmadas en la de prairial año 11, se sujeta a la pena de piratería a todo capitán frances convencido de haber hecho el corso bajo diferentes pabellones; i se declara de buena presa toda nave que pelee bajo otro pabellon que el del estado cuya patente lleva, o que lleve patentes de diversas potencias, i si está arma-

\* Véase el caso de *Del Col v. Arnold*, juzgado por la corte suprema de los Estados Unidos, *Dallas' Reports*, libro III, página 333; i el del *Karasan*, por sir William Scott, *Rob Rep.* libro V, página 291.

\*\* Entre ellos, la Francia. Véase Merlin, *Répertoire*, v. *Armateur*.



da de guerra, se impone a su capitán i oficiales la pena de piratas.

Las ordenanzas francesas de 1681 i 1693, confirmadas por el decreto de 13 termidor año 6, prohíben bajo pena de destitución i otras mas graves a los oficiales, administradores, agentes diplomáticos i consulares, i otros empleados públicos a quienes toque velar sobre la ejecución de las ordenanzas de corso, o concurrir al juicio de la legitimidad de las presas, el tener intereses directos o indirectos en los armamentos, o hacerse directa o indirectamente adjudicatarios de los efectos apresados cuya venta haya sido ordenada por ellos.

Los capitanes, por las ordenanzas francesas de 1696 i 1704 (confirmadas por la del 2 prairial año 11), deben arbolar el pabellón nacional ántes de tirar con bala al bajel a que dan caza, bajo pena de ser privados ellos i los armadores de todo el producto de la presa, que se confisca a favor del estado, si el bajel es enemigo; i si éste resulta ser neutral, son condenados en daños, perjuicios e intereses a favor de los propietarios.

«Navegar i dar caza con bandera falsa (dijo sir William Scott en el caso del *Peacock*) puede ser permitido como estratagemá en la guerra; pero hacer fuego con bandera falsa, las leyes marítimas de este país no lo toleran, porque puede acarrear consecuencias inicuas; pueden ocasionar la muerte de personas que, conociendo el verdadero carácter de la embarcación que las persigue, se pondrían talvez bajo su protección en vez de resistirse.»\* En este caso, el captor inglés acriminaba a los reclamantes haber arrojado papeles al agua; i se decidió que era justificable este hecho, porque, creyendo que los atacaba un buque francés, tuvieron motivo para deshacerse de cartas que hubieran legitimado la presa ante los tribunales franceses.

Aunque es lícito a los corsarios tener a bordo los pabellones que quieran i hacer uso de ellos, sea para reconocer mas fácilmente por este medio las navés que encuentran, sea para evitar que otros mas fuertes les den caza, hai varias naciones que

---

\* Robinson's Reports, libro IV, página 187.

miran como un acto ilegal tirar el cañonazo de llamada bajo otro pabellon que el del soberano.\* Otras, por el contrario, dan poca importancia a este acto. Los juzgados americanos han declarado que, para eximir de perjuicios i costas al captor, en caso de un apresamiento orijinado del error mutuo de cada uno de los contendientes sobre la nacionalidad del otro, no era necesario que hubiese *afianzado su bandera* con un cañonazo, pues aunque esta era la costumbre de Francia, España i Portugal, no lo era de la Gran Bretaña i de los Estados Unidos.\*\*

Inmediatamente despues del apresamiento de una nave, el capitan captor se apodera de las licencias, pasaportes, letras de mar, contratas de fletamento, conocimientos i demas papeles que haya a bordo. Todo se deposita en un cofre o saco a presencia del capitan de la nave apresada, que es requerido a sellarlo con su sello propio. El capitan captor hace cerrar las escotillas i toma las llaves de todos los cofres i armarios. Se imponen severas penas a los capitanes, oficiales o marineros apresadores que sustraigan alguno de los papeles de la nave apresada.

Hecha una presa, debe conducirse a un puerto del soberano del corsario para su adjudicacion.\*\*\* Si los captores no quieren hacerse cargo de la nave apresada, i toman solamente las mercaderías, o lo dejan todo por composicion, se les obliga por las ordenanzas de Francia a quedarse con los papeles i a detener a lo ménos los dos principales oficiales, sin duda con el objeto de que pueda calificarse la legalidad de la presa ante un juzgado frances.

---

\* Valin, *Commentaires des ordonnances de France*, titulo *Des prises*, artículo 5.

\*\* Caso de la *Marian Flora*, *Wheaton's Reports*, libro II, página 48.

\*\*\* Si las instrucciones del gobierno facultan al captor para conducir su presa al puerto mas conveniente, no por eso le dan una libre i absoluta discrecion sobre esta materia, sino una discrecion racional, en que se consulta, junto con su propia comodidad, el interes que puedan tener los neutrales. Sir William Scott, en el caso del *Peacock*, *Robinson's Reports*, libro IV, página 187.

Cuando no es posible conducir la presa a puerto seguro, i el enemigo no la rescata, es lícito al apresador destruirla; pero en tal caso es obligacion suya proveerse de los documentos necesarios para calificar su conducta i la legitimidad de la presa i hacer que se reciban las declaraciones juradas de los principales oficiales de ella, por ante un magistrado de su nacion o de un aliado, o por ante un cónsul de su nacion residente en país neutral.

Las ordenanzas francesas de corso son en jeneral un modelo digno de imitacion para los estados que deseen poner un freno a la licencia de los corsarios i evitar las quejas i demandas de reparacion de los estados neutrales. Estas ordenanzas, adoptadas en gran parte por la España i por otras naciones, han contribuido mucho a fijar el derecho consuetudinario de Europa. Aquí solo puede indicarse lo mas principal i lo que tiene mas inmediato enlace con las obligaciones i derechos entre los diferentes estados.

Es libre a cada nacion dar a sus armadores i corsarios las reglas que quiera. En tanto que estas reglas se dirijen solamente a los súbditos, nadie puede disputar la competencia del soberano para establecerlas. Pero no sucede lo mismo con respecto a los extranjeros. No hai autoridad para sujetarlos a requisitos de esta o aquella especie particular, sino en cuanto las reglas que se les impongan sean conformes al derecho universal de jentes, a la costumbre o los tratados.

### 3

Una presa\* puede ser ilejítima, ya por el tiempo del apresamiento, si ha sido, por ejemplo, despues de la fecha del tratado de paz, o despues del plazo prefijado en éste para la legitimidad de las presas; ya por el lugar del apresamiento, si ha sido bajo el cañon o dentro de la jurisdiccion de un estado neutral; ya por haberse violado en el apresamiento algunas de las inmunidades acordadas al enemigo en tratados anteriores

---

\* Chitty i Kent, en los lugares arriba dichos, han suministrado casi toda la doctrina de este artículo.

a la guerra i relativos a ella, o alguna excepcion o privilegio particular, como el de los salvoconductos, pasavantes o licencias concedidas por un beligerante a las naves o mercaderías del otro.

Si el apresamiento se hace ántes de la declaracion formal de guerra, es necesario examinar si ha sido a virtud de una órden de represalias expedida por la autoridad competente. La presa es entónces lejitima, no en virtud del derecho de la guerra, sino del derecho de represalias; o mas bien las represalias constituyen en este caso un estado parcial de guerra, supuesto que en ellas empleamos la fuerza para hacernos justicia.

Un apresamiento hecho dentro de territorio neutral es ilejitimo, segun se ha dicho; pero esta ilejitimidad se entiende con respecto al soberano de aquel territorio, no con respecto al apresado, el cual tiene solamente derecho para reclamar la proteccion del estado neutral, como éste lo tiene para que el apresador repare la violacion de su neutralidad, poniendo la presa en sus manos. Pero si la nave apresada fué la que comenzó las hostilidades en aguas neutrales, no tiene derecho a la proteccion del territorio, i la captura subsiguiente no es una injuria de que el soberano neutral esté obligado a exigir reparacion.\*

Cuando se toma una plaza marítima por capitulacion, las propiedades que están en el mar no parecen hallarse en el mismo predicamento que las propiedades en tierra. La licencia que se concede a los conquistados para salir con su dinero, mercaderías i efectos por mar o por tierra, no comprende necesaria ni comunmente el permiso de llevarse las propiedades flotantes, porque semejante licencia no deroga la costumbre

---

\* Caso de la *Anne* en la corte suprema de los Estados Unidos, *Wheaton's Reports*, parte III, página 447. Segun Schmalz, se mira como ilícito a un corsario (no a un buque de guerra de la armada) el dar caza a un buque enemigo en los rios del territorio enemigo, i si el corsario cayese en manos de los naturales, no se le trataria con las consideraciones que a los prisioneros de guerra. *Droit des Gens Européen*, libro VI, capitulo 3.

establecida de apresar esta clase de bienes. Por el caso de *las naves apresadas en Génova*, parece tambien que las circunstancias de haberse acordado en la capitulacion una entera libertad de comercio no protege las propiedades flotantes, porque, segun sir William Scott, es práctica ordinaria apresarlas, aunque se haya capitulado esta libertad de comercio.\*

Los efectos apresados cuya restitution no se reclama ante el tribunal competente, se condenan como presa legítima.\*\* Con todo, si aparece que el carácter nacional de la presa es neutral o dudoso i no se interpone reclamo, la práctica de los Estados Unidos es conceder a los propietarios un año i un dia de plazo, contados desde la iniciacion de los procedimientos judiciales, para que hagan valer sus derechos; i si no lo hacen dentro de este plazo, se adjudica la propiedad a los captores.\*\*\*

La comision que da un soberano beligerante para apresar propiedades enemigas, se extiende a las propiedades neutrales apresadas en el acto de violar la neutralidad.\*\*\*\* De los derechos i obligaciones propias de este carácter, se tratará mas adelante. Aquí nos limitaremos a advertir que los efectos encontrados a bordo de buques enemigos se presumen propiedad enemiga, a ménos que presenten claras señales i los acompañen documentos fehacientes del carácter neutral;\*\*\*\*\* bien que sobre este punto se ha estipulado otra cosa en la *declaracion de Paris*, como despues veremos.

## 4

Para que la presa marítima dé un título auténtico de propiedad, trasferible a los neutrales o al represador, es necesaria, segun la práctica mas jeneral de las naciones modernas, la

---

\* Robinson's Reports, libro IV, página 397.

\*\* Caso de la *Adelina*, Cranch's Reports, libro IX, página 244.

\*\*\* After the institution of the prize proceedings, caso del *Harrison*, Wheaton's Reports, libro I, página 299.

\*\*\*\* Elliot's Diplomatic Code, References, número 257.

\*\*\*\*\* Elliot's Diplomatic Code, References, número 263. Véase tambien Robinson's Reports, libro IV, página 398.

on de un tribunal que debe pertenecer al soberano  
, i residir en el territorio de este soberano o de sus

sidad de los juzgamientos de presas nace principal-  
peligro de que, en el ejercicio del derecho de captura,  
lan las propiedades neutrales con las enemigas por  
licia de los captores. Es evidente que, si el juicio de  
lad de las presas se dejase a éstos, la guerra se con-  
un sistema de pillaje, i la propiedad de aquéllos que  
n que ver con la guerra correria no menor peligro  
piedad de los beligerantes. «El derecho de gentes,  
Mansfield, hace a los pueblos recíprocamente respon-  
as injurias que se cometen por mar o tierra. Los  
naturales de justicia, la conveniencia mutua i el  
iento de las naciones han establecido ciertas reglas  
miento, un código i tribunales destinados a juzgar

Los ciudadanos de un estado ocurren a los tribu-  
ro, i se les administra justicia conforme a una misma  
ente conocida de todos. I para dar eficacia a lo que  
derecho internacional en esta materia, las leyes o  
e se promulgan al principio de la guerra determinan  
jeneral que los buques i efectos apresados, sea por  
soberano o de los particulares, hayan de condenarse  
te en una corte de almirantazgo para que los capto-  
gozar de ellos o enajenarlos.»

Simiento de las causas de presas es privativo de la  
esadora. Esta es una consecuencia necesaria de la  
la absoluta independencia de los estados soberanos,  
arto, i la obligacion de observar una imparcial i  
eutralidad, por otra. En virtud del primer principio,  
ano es el árbitro reconocido de toda controversia que  
a sus derechos propios, i no puede sin degradar su  
parecer en el foro de las otras naciones a defender  
e sus agentes i comisionados, i mucho ménos la lega-  
ticia de las reglas de conducta que les ha prescrito.

I en virtud del segundo es prohibido a los neutrales intervenir de modo alguno entre el apresador i el apresado, i no pueden ménos de considerar el hecho de la posesion como una prueba concluyente del derecho. Así los corsarios no están sujetos a otros tribunales que los del estado cuya bandera llevan, a lo ménos en todo aquello que concierne al ejercicio de la comision pública que se les ha conferido. I tan jeneral es esta regla, que, segun la doctrina de los tribunales americanos, es un acto ilegal quitar al captor la posesion de las naves i mercaderías de la nacion neutral a que arriba, siempre que hayan sido apresadas a título de enemigas o de confiscables *jure belli*, aunque realmente no lo sean.\*

Azuni indica las excepciones siguientes: 1.ª cuando el apresador ha quebrantado aquellas leyes de la naturaleza que se miran como sagradas aun entre enemigos, ejecutando crueldades monstruosas en la jente del buque apresado; pues entónces podrá el estado neutral a cuyo puerto ha llegado la presa, poner en salvo a los prisioneros, i aun prender al capitán i oficialidad del corsario; 2.ª cuando el captor es acusado de piratería; 3.ª cuando éste ha violado la neutralidad, apresando en aguas neutrales, rompiendo los documentos que probaban la inocencia de la carga, o cometiendo otros desafueros semejantes; si el corsario ha violado la neutralidad del estado en que se halla, no puede declinar su jurisdiccion, alegando el privilegio de los buques armados en guerra.\*\* Pero dejó esta materia para cuando se trate de los derechos i obligaciones de los neutrales.\*\*\*

Tan estrictamente es privativo del soberano del apresador el conocimiento de las causas de presas, que la sentencia de un tribunal de una potencia aliada no se miraria como lejitima.

Parece, por una multitud de casos sustanciados en los tribunales británicos, que la sentencia de un tribunal de presas

\* Elliot's Code, References, número 207. Lo mismo en Inglaterra. En Francia, como veremos mas adelante, no se sigue esta regla.

\*\* Azuni, *Derecho Marítimo*, parte II, capítulo 4, artículo 3.

\*\*\* Mas adelante, capítulo 7, artículo 7.

e juzga por comision de un beligerante en territorio neutral, invalida por esta última circunstancia, aunque semejantes icios se instituyan con aprobacion o aquiescencia de la potencia neutral."

La posesion del captor da jurisdiccion a sus juzgados nacionales; i si se pierde la posesion por represa, escape, o abandono voluntario, cesa la jurisdiccion conferida por el apresamiento."<sup>2</sup> Las causas de presa son siempre *in rem* contra la nave, la carga o ambas, o *quasi in rem*, contra el producto de ellas. Es, para dar jurisdiccion a los tribunales de la nacion apresadora, no es necesario que la presa sea conducida a sus aguas o rras. Basta que el captor la haya ocupado *jure belli*, i que tenga tranquila posesion de ella en territorio neutral."<sup>3</sup> Su- suse por algun tiempo que un tribunal de presas residente en el país del soberano cuya autoridad representa, o de un soberano aliado, no tenia jurisdiccion sobre las presas que permanecian en puertos neutrales, porque carecia de la posesion necesaria para el ejercicio de la jurisdiccion *in rem*. Sir William Scott reconoció que esta máxima era fundada, pero creia que el almirantazgo británico habia mantenido tan expresa i minantemente el valor de las condenaciones de presas existentes en país neutral, que ya no era posible abandonar esta politica i volver al principio antiguo. La regla del almirantazgo británico se halla ahora definitivamente establecida por costumbre jeneral de las naciones. Aunque la presa se halle en territorio neutral, si el apresador está en posesion de ella, i tiene bajo su potestad, esto se estima suficiente para la legitimidad del juicio *in rem*.<sup>4</sup>

Véase el caso del *Fiad Oyen*, *Robinson's Reports*, libro I, página 103; i a Wheaton, *Elements*, parte IV, capítulo 2, § 14. Kent establece la misma regla que Wheaton. «No sería leal que se juzgase la presa por un tribunal residente en país neutral. Esta prohibicion no se apoya solo en lo impropio i peligroso que sería el hacer la tierra neutral un teatro de procedimientos hostiles, sino en la práctica de las naciones.» Página 103.

<sup>2</sup> Elliot's *Code, References*, número 34.

<sup>3</sup> Elliot's *References*, números 296, 301, etc.

<sup>4</sup> Kent, *Comentarios*, tomo I, páginas 103, 104, segunda edicion,



Las sentencias de estos juzgados tienen toda fuerza i valor en las naciones extranjeras, como pronunciadas por autoridad legítima sobre materias de su fuero. Ellas dan a los adjudicatarios de la propiedad apresada un título incontrovertible. Los juzgados americanos han sentado en principio que la sentencia de un tribunal extranjero que condena propiedades neutrales en conformidad con una lei o edicto injusto en sí mismo, contrario al derecho de jentes, derogatorio de las inmunidades de los neutrales, i declarado tal por el presidente i congreso de los Estados Unidos, trasfiere no obstante el dominio de la propiedad condenada. Consecuentes a este principio, declararon que los propietarios americanos no podian reclamar ante los tribunales de su patria las propiedades apresadas i condenadas en los tribunales franceses a consecuencia del decreto de Milan.\*

Otro corolario de la fuerza i valor que se da por el derecho de jentes a las decisiones de los juzgados de presas, es que cada sentencia pronunciada por uno de ellos se recibe como prueba concluyente en los juicios sobre pólizas de seguros, aun dado caso que haya sido injusta, con tal que la injusticia no aparezca en la sentencia misma. Por consiguiente, no se admite prueba contraria dirigida a falsificar los hechos que se afirman expresamente en ella, o a manifestar que el fallo ha sido infundado.\*\*

En un juicio sobre el seguro de una propiedad que habia sido condenada en Francia por una supuesta infraccion de un tratado entre Francia i América, decia lord Ellenboroug: «¿No se funda la sentencia de condenacion en la circunstancia de no llevar el buque los documentos de que, a juicio del tribunal frances, debió estar provisto segun el tratado? Yo no digo que fuese correcta la interpretacion que dieron a este tratado los jueces; pero, por inicua que haya sido, teniendo jurisdiccion competente para interpretarlo i habiéndolo hecho en efecto, el respeto i cortesía que las naciones civilizadas se guardan unas a otras, nos obligan a dar crédito a la adjudicacion. Aléguese lo

\* Elliot's *References*, números 50, 53.

\*\* Chitty's *Commercial Law*, tomo III, página 487.

que se quiera; el almirantazgo francés ha condenado el buque por una infracción de tratado que falsifica la garantía de neutralidad; o hemos de disputar su jurisdicción, o debemos atenernos a la sentencia.\*

Pero, según la práctica del almirantazgo británico, la sentencia no haría prueba, si en ella se expusieran los motivos especiales que habían inducido a la condenación (circunstancia que no es necesaria para su validez en derecho), i si estos motivos no justificaran la decisión del juzgado.\*\* De aquí es que la garantía de neutralidad no se falsificaría por la sentencia de un tribunal de presas extranjero que condenase a un buque neutral por haber infringido las leyes u ordenanzas particulares del estado beligerante, que no fuesen conformes al derecho de jentes, o que no hubiesen sido aceptadas por la nación neutral.\*\*\*

La autoridad de cosa juzgada que la costumbre jeneral de las naciones da a los actos de los tribunales de presas, no se opone al derecho que tienen los estados extranjeros para solicitar la reparación de los daños que hayan sufrido por la ilegalidad o injusticia de las sentencias. Si un beligerante estableció para el juzgamiento de sus presas reglas arbitrarias, opuestas a los principios del derecho de jentes reconocido, las potencias extranjeras no mirarán por eso como justas las condenaciones pronunciadas con arreglo a ellas. La sentencia no dejará por eso de dar al captor un dominio irrevocable sobre la propiedad apresada; pero el beligerante se hallará obligado a indemnizar los perjuicios que los súbditos de los otros estados hayan sufrido por ella. Mucho menos los privará de este derecho una sentencia pronunciada contra las reglas que reconoce la potencia apresadora, o contra los pactos que ésta haya celebrado con otras. Los reclamos de indemnización se hacen entonces por los órganos diplomáticos, i se deciden por ajustes privados o

\* Chitty, libro III, capítulo 13, página 609. *Elliot's References*, página 35. En Francia, según Chitty, no se respetan igualmente las decisiones de los juzgados de almirantazgos extranjeros.

\*\* Chitty, libro III, capítulo 10, página 487.

\*\*\* Chitty, *ibidem*, página 488.

convenciones solemnes. Tal fué la de agosto de 1802, ratificada en 1818, entre la España i los Estados Unidos de América, para el arreglo de las indemnizaciones solicitadas por ambas partes a consecuencia de los excesos cometidos en la guerra anterior por individuos de una u otra nacion contra el derecho de jentes, o contra los pactos que existian entre ellas;\* arreglo que vino a terminar en la cesion de las Floridas, estipulada en el tratado de Washington el 22 de febrero de 1819 entre las mismas naciones.\*\*

Pueden, pues, los interesados en una presa indebidamente condenada, recurrir al gobierno de su país para que reclame la competente indemnizacion del gobierno cuyos juzgados han pronunciado la senteneia injusta. Pero la equidad natural no permite que un estado sea responsable de la conducta de sus miembros, miéntras los actos de éstos no hayan sido examinados por todos los medios que el estado ha provisto al efecto. Como regularmente no solo hai juzgados inferiores de presas, sino tribunales de revision o apelacion, a que tienen recurso los que han sido agraviados por los juzgamientos de aquéllos, los neutrales no pueden interponer justamente la autoridad de su gobierno contra un fallo del juzgado inferior, miéntras no han hecho uso del recurso o recursos de apelacion, que les conceden las leyes del belijerante.\*\*\*

## 5

Luego que los captores llegan a tierra, es su obligacion presentar los papeles de mar de la nave o propiedad apresada al tribunal de presas, i hacer que se proceda al exámen de los oficiales i marineros. Sobre estos papeles i declaraciones, debe juzgarse la causa en primera instancia. Si en virtud de estas pruebas aparece claramente que la propiedad apresada es hos-

---

\* Martens, *Supplement au Recueil des Traités*, tomo VIII, página 568.

\*\* Martens, *Supplement*, tomo IX, página 328.

\*\*\* Ruthesforth's *Instit.* tomo II, l. 2, capitulo 1, § 99, citado por Wheaton, parte IV, capitulo 2, § 15.

til o neutral, se pronuncia desde luego su condenacion o restitucion. Pero, si el carácter de la presa es dudoso, o se presentan fundados motivos de sospecha, se manda esclarecer la materia i ampliar las pruebas. Cuando el apresado se ha hecho culpable de fraude, ilegalidad o mala conducta, no se le admiten mas pruebas i se condena desde luego la presa. Finalmente, si la parte que solicita la restitucion intenta engañar al tribunal, reclamando como suyo propio lo que pertenece a otros, pierde su derecho aun a aquella parte de la presa cuya propiedad llegase a probar satisfactoriamente. Si propiedades enemigas se confunden fraudulentamente con propiedades neutrales en un mismo reclamo, éstas sufren regularmente la suerte de aquéllas.\*

Las partes que se crean perjudicadas por el apresamiento, deben recurrir formalmente al tribunal; bien que, aun sin este recurso, el tribunal exige siempre a los captores que establezcan, a lo ménos *prima facie*, la legalidad de la presa. En Inglaterra, se observa que, si la propiedad reclamada vale ménos de cien libras esterlinas, se permite restituirla sin necesidad de recurso formal, para no cargarla con gastos desproporcionados. En jeneral, no se da oídos a ningun reclamo que esté en contradiccion con los papeles de la nave i las declaraciones de la jente de ella. Pero hai excepciones a esta regla. En el caso de la *Flora*, la propiedad parecia ser holandesa por los papeles de mar i la declaracion del capitan; pero, habiéndose probado que pertenecia verdaderamente a personas domiciliadas en Suiza, por cuya cuenta i riesgo era el viaje, se admitió la instancia de los propietarios suizos i se les restituyó la propiedad.\*\*

En cuanto al tiempo dentro del cual puede intentarse la accion de perjuicios por un apresamiento ilegal, expondré aquí la doctrina del almirantazgo ingles en el caso del *Mentor*, buque americano, que habia sido destruido por las fragatas británicas *Centurion* i *Vulture*, despues de terminadas las hostilidades, pero ántes de saberlo los apresadores. «Este caso, dijo sir Wi-

\* Elliot's *References* números 115 i 118.

\*\* Chitty's *Commercial Law*, volúmen III, capítulo 13, página 613.

William Scott, es peculiarísimo en sus circunstancias; i la primera particularidad que observo en él, es el intentarse la accion a la distancia de cerca de diez i siete años del hecho. No recuerdo que jamas se haya permitido entablar en esta corte un caso de tanta antigüedad. No quiero decir que el estatuto de limitaciones (lei civil de prescripciones) se extienda a las causas de presas; pero no hai quien no vea que el principio de equidad en que se funda aquel estatuto alcanza hasta cierto punto a los procedimientos de esta corte, i es sumamente propio que ella, a su juicio, fije las limitaciones (prescripciones). I si hai casos de remota antigüedad a que no deba dar acogida, aquél sería uno, en que apareciese claramente que el demandante habia tenido cabal conocimiento de la injuria i del remedio legal correspondiente.\*

En el caso del *Haldack*, se intentó la accion ante la alta corte de almirantazgo un año i nueve meses despues de la sentencia de condenacion de la presa, pronunciada por un tribunal de Santo Domingo, incompetente para ejercer esta jurisdiccion. «Este es un caso (dijo sir William Scott) durísimo para los apresadores; pero no creo que me sea lícito eximirlos de la necesidad de proceder a un juicio. Mientras existe la comision de presas, no hai un tiempo preciso i determinado que impida a los interesados intentar la accion; aunque tambien sea cierto que debe haber un tiempo que produzca ese efecto... El único medio de asegurarse el captor, es el recurrir a una corte de jurisdiccion competente; si no lo hiciese, se haria reo de una culpa grave; i si por equivocacion recurriese a un tribunal impropio, aunque esta circunstancia le relevase de aquel reato, no le protegeria contra los interesados que le citasen ante el tribunal competente. En el caso presente, no se imputa mala conducta a los captores; pero la sentencia condenatoria pronunciada en Santo Domingo es nula, i no ha producido efectos legales de ninguna clase. Por otra parte, era un deber del reclamante haber intentado su accion lo mas pronto posible, puesto que siempre le era dado compeler al captor a un juicio,

\* Robinson's Reports, libro I, página 179.

cuando éste habia dejado de provocarlo. Quizá creyó el reclamante que el juzgado de Santo Domingo tenia la jurisdiccion necesaria, pero pudo haber apelado; i si bien es cierto que no se hubiera admitido la apelacion por la incompetencia del juzgado a *quo*, hubiera así manifestado diligencia; punto sustancial de la reclamacion de perjuicios. Hubo, con todo, una especie de dificultad; hubo como una nube de incertidumbre en la opinion de muchos acerca de la competencia del juzgado inferior; i esto bastaba para explicar una parte de la demora. Como quiera que sea, el reclamante ha ocurrido ahora a esta corte, i soi de dictámen que debe admitirse la demanda.»\*

En el caso de la *Susana*: «Se hace este reclamo contra un oficial de la armada para que proceda a la adjudicacion de un buque apresado seis años há. El hecho es; pues, de una fecha mui antigua. No digo por eso que el mero lapso de tiempo seria un obstáculo perentorio, si el reclamante probase haber empleado toda la diligencia debida, i se hubiese visto imposibilitado de intentar oportunamente la demanda en fuerza de circunstancias inevitables e irremediables...»\*\*

Los juzgados de presas podrán, pues, oponer por equidad en estas causas los principios de la prescripcion judicial; i despues de un largo lapso de tiempo, no recibirán una demanda de perjuicios contra los captores por apresamiento ilegal.\*\*\*

No se permite a los reclamantes alegar que los captores no tenian patente lejitima; pero, si resulta en efecto que el apresamiento de propiedad enemiga se ha hecho sin ella, la presa es a beneficio del estado. Que el apresador haya o nó tenido comision lejitima, es una cuestion entre él i su gobierno exclusivamente, i que de ningun modo concierne al apresado.\*\*\*\*

Es una regla de los tribunales de presas que el *onus probandi* incumbe al que reclama.\*\*\*\*\*

---

\* Robinson's Reports, libro III, página 235.

\*\* Robinson's Reports, libro VI, página 48.

\*\*\* Wheaton's Reports, libro II, Apéndice, página 12.

\*\*\*\* Elliot's References, número 181.

\*\*\*\*\* Elliot's References, número 183.

Los daños i perjuicios se abonan a los propietarios siempre que aparece haber sido infundado el apresamiento, o que el apresador se ha hecho culpable de alguna irregularidad, o no ha cuidado suficientemente de la presa. Pero es justificable la detencion de la propiedad, i el apresador no es obligado a indemnizar al dueño, siempre que por parte de aquél ha habido bastante motivo para dudar del carácter de la propiedad i someterla a exámen. Si el apresamiento aparece justificable a primera vista, i despues se encuentra infundado i se restituye la propiedad, el apresador no está obligado a reintegrar el déficit que resulte de la venta del cargamento hecha de buena fe.

En el caso del *William*, se condenó al captor en los perjuicios orijinados de no haberse empleado toda la diligencia debida. Con este motivo, dijo el juez que en cuestiones de esta especie solia sentarse una regla que no era de su aprobacion, a saber: que los captores no eran responsables de mas diligencia que la que solian emplear en sus propios negocios; porque un hombre puede, cuando se trata de lo suyo, correr riesgos por motivo de interes o por una temeridad natural; lo que no podria disculparse, cuando aventurase la propiedad ajena venida a sus manos por violencia. Cuando confiamos nuestras cosas a una persona cuyo carácter nos es conocido o se presume serlo, el cuidado que ella suele emplear en lo suyo es una norma razonable; pero no se puede decir que hacemos confianza de la persona a quien dejamos forzadamente lo nuestro.\*

En el caso de la *Betsey*, estableció sir William Scott las reglas siguientes: «Los puntos principales a que debemos atender son estos: ¿Ha sido legal i de buena fe en su principio la posesion de los captores? I suponiendo que lo haya sido, ¿se ha convertido despues en ilegal i torticera? Porque sobre estos dos puntos es precisa la lei: un poseedor de buena fe no es responsable de accidentes fortuitos, pero puede por su mala conducta subsiguiente perder la proteccion a que era acreedor por la aparente justicia de su título, i exponerse a que se le considere

---

\* Robinson's Reports, tomo VI, página 316.

como un injusto detentador *ab initio*. Tal es la lei, no solo de este juzgado, sino de todos los juzgados, i uno de los primeros principios de la jurisprudencia universal.»\*

Si la detencion fué justificable a primera vista i se absuelve la propiedad, el captor es en jeneral responsable de los perjuicios que sufren los dueños por no haberse llevado la presa al puerto conveniente.\*\* Las circunstancias, con todo, pueden a veces autorizar a los comandantes de los buques de guerra del estado para desviarse de esta regla por el interes del servicio que se les ha encargado.

El apresador es responsable de la conducta del capitán de presa, aun cuando la del primero haya sido intachable.\*\*\*

«El captor (según el mismo juez) no es responsable de la pérdida o menoscabo que sobrevenga a los efectos mientras se hallan bajo la custodia de la lei.\*\*\*\* Pero se dice que esta regla no debe obrar contra el propietario extranjero, i que no es razonable oponer a los súbditos de otro estado una excepcion fundada

\* Robinson's Reports, tomo I, página 96.

\*\* «La conveniencia es un término jeneral i amplio, que deja cierta latitud discrecional, pero ceñida a los límites de la prudencia.... hai conveniencias ménos importantes, otras casi indispensables. Una de las mas importantes es que el puerto sea tal que pueda fondearse en él con seguridad. Es preciso tambien que el puerto tenga bastante profundidad para que no sea menester descargar el buque, porque los apresadores no deben manejar la carga en manera alguna sin autoridad del juzgado.... Tambien es de desear que sea breve i fácil la comunicacion del puerto con los juzgados, para que las partes puedan obtener prontamente los consejos e informes que necesiten, i no se demore el cumplimiento de las órdenes de la corte de almirantazgo. La eleccion de su propio puerto es un privilegio que puede concederse *cæteris paribus* a los apresadores.» Caso del *Washington*, Robinson's Reports, tomo VI, página 276.

\*\*\* Caso del *Der Morr*, Robinson's Reports, tomo III, página 129.

\*\*\*\* Se entienden estar bajo la custodia de la lei los efectos que el captor en virtud de una comision del juzgado [desembarca i deposita en almacenes. Si en el desembarque no sufren un accidente imputable a descuido del captor o de sus agentes, si se depositan en almacenes suficientemente seguros, el captor no es responsable de hurto o robo. Chitty, tomo III, página 615.



del nuestro. Si la lei toma una a es responsable de su conser- e la excusa de hurto o robo con ven bajo la proteccion de una esta proteccion nada tienen que ue este modo de raciocinar es los captores i contra todas las s, cuando se comete un hurto, paredes, la persona en cuyo ad no es responsable de la pér- ersal de las cosas en este mun- advertir que en Inglaterra el tazgo es obligado a reparar las hurtos, miéntras la propiedad alternos.\*\*

ofrecido i aceptado pura i sim- e juzgarse la causa, no pueden

su gobierno, el responsable. En recibido un buque neutral con- uacion del paraje en que se le de opinion el juzgado que, no res este accidente, se represen- a que reparase el daño, como iente, bajo la direccion de los

detencion, el captor es conde- iente a los propietarios. En el

Scott condenó al captor on el rías, i diez por ciento mas, en ietario de la carga; i on el valor ie. Se condena tambien al cap-

---

\*, página 75

tor a pagar estadias cuando ha demorado la restitution, siendo manifiesto el derecho de los propietarios a ella.

Es práctica del almirantazgo británico hacer avaluar los perjuicios por un *jury* de comerciantes, que se llaman en este caso asesores.

Con respecto a las costas del juicio, la regla es condenar en ellas al captor, si no tuvo motivo suficiente para la detencion, o si teniéndolo, su conducta subsiguiente fué irregular o injusta. Por el contrario, aunque la presa resulte ilegitima i se ordene la restitution, el captor tendrá derecho a las costas, si ha obrado de buena fe.\*

## 6

La trasmision de la propiedad, por lo que respecta a los beligerantes, se puede decir que se consuma por el mero hecho de la captura, luego que ésta se ha verificado de un modo completo, es decir, cuando, terminada la resistencia, se presume que los vencidos abandonan toda esperanza de recuperar los efectos de que el enemigo ha hecho presa. Pero este título de propiedad está sujeto a disputa luego que la cosa apresada sale de la posesion de la potencia captora por la enajenacion a un neutral, por un abandono voluntario o por una represa o recobro. Nace de aquí la necesidad de señalar los límites del derecho de postliminio. Algunos escritores opinan que, para la extincion de este derecho, se necesita solamente que la propiedad haya estado veinticuatro horas en poder del captor; otros sostienen que, si ha sido llevada *infra præsidia*, es decir, si ha sido colocada al abrigo de los puertos, fortificaciones o escuadras de la potencia captora, esto basta para la adquisicion de un dominio perfecto, que el apresador puede trasferir a quien quiera, i otros han trazado otras líneas igualmente arbitrarias. Actualmente se exige una posesion mas auténtica. «Yo concibo, decia sir William Scott en el caso del *Flad Oyen*, que por la práctica jeneral de las naciones una sentencia de condenacion es casi siempre necesaria para la propiedad de las

\* Chitty, tomo III, páginas 616, 617.

presas; i que el neutral que compra durante la guerra, mira esta sentencia como uno de los títulos indispensables para asegurar su adquisicion. Talvez no hai ejemplo de que un hombre que ha comprado una nave apresada se haya creído completamente seguro porque la nave ha estado en poder del enemigo veinticuatro horas, o ha sido llevada *infra præsidia*. En Inglaterra, hace ya mucho tiempo que se considera necesaria la condenacion de un tribunal de presas para extinguir el derecho de postliminio.\* En el reinado de Cárlos II, se ordenó solemnemente la restitution de una nave represada por un corsario despues de haber estado catorce semanas en poder del enemigo, porque no habia sido condenada; i en otro caso, la posesion de cuatro años i el haber ejecutado varios viajes no se creyeron suficientes para trasferir la propiedad de una nave que no habia sido declarada buena presa.

Pero, si se hace la paz despues que el enemigo ha trasferido la presa a un neutral, la traslacion conferirá un verdadero título de propiedad, aunque la presa no haya sido condenada en forma. El derecho de postliminio termina con el estado de guerra. La amnistia jeneral de la paz, que legitima el título de captura por vicioso que sea, produce el mismo efecto sobre la propiedad apresada, cualesquiera que sean las manos a que el captor ha trasferido aquel título.

Si la enajenacion se ha hecho por el captor de un modo regular i de buena fe, i la parte a quien se ha trasmitido la propiedad era entónces súbdito de un estado neutral, el título del nuevo propietario no se invalida por la circunstancia de pasar su nacion al estado de guerra. El antiguo dueño ha perdido ya su derecho; i si la propiedad de que se trata es arrebatada al actual poseedor *jure belli*, se mirará entónces, no como una represa (en que por las leyes civiles podria durar el derecho de postliminio entre los súbditos hasta la terminacion de la guerra), sino como una nueva presa que pertenecerá al captor o al estado, segun las circunstancias del caso.\*

La enajenacion de la presa ántes de haber sido condenada

---

\* Chitty, volumen I, capítulo 8, páginas 432, 433, 434.

por el tribunal competente, se valida, i confiere un título completo de propiedad al nuevo poseedor en virtud de la condenación subsiguiente.\*

Puede suceder que un buque encalle en la playa del estado enemigo, o éntre en sus aguas, forzado de vientos contrarios, i sea entónces apresado por individuos que carecen de comisión pública. En tal caso, para la extinción del derecho de postliminio de los primitivos propietarios, es también necesaria la condenación del juez competente.\*\*

## 7

Vamos a considerar ahora las modificaciones que recibe la regla anterior relativa al derecho de postliminio en el caso de *represa*, esto es, cuando, hecho el apresamiento, sobreviene una fuerza del beligerante a quien pertenecía la presa o de sus aliados, i arranca al captor la propiedad apresada. Estas modificaciones provienen o de las leyes particulares de algunos estados, o de los pactos que han celebrado entre sí.

Las leyes civiles pueden extender o restringir con respecto a los súbditos la duración del derecho de postliminio. Si un buque francés es represado por otro buque francés veinticuatro horas después de haber sido hecho presa, las ordenanzas de Francia lo declaran propiedad del represador; pero, si la represa se verifica ántes de las veinticuatro horas, se restituye el buque a los propietarios, dando éstos un tercio de su valor a los represadores como premio de salvamento.\*\*\* Entre los súbditos británicos, el derecho de postliminio expira solo por la paz (ménos con respecto a las naves que el enemigo ha armado en guerra, o que fueron apresadas en alguna especie de tráfico prohibido por las leyes de la Gran Bretaña, pues unas i otras se adjudican a los represadores). I la misma regla se observa con las naciones amigas, miéntras no conste que ellas se portan ménos liberalmente con los súbditos de la Gran Bretaña; en

---

\* Elliot's *References*, número 289.

\*\* Ibidem, número 28.

\*\*\* Título *Des prises*, artículo 8.

las una exacta reciprocidad.\* Los  
lucta semejante. Por sentencia de  
do la goleta *Adeline* i su carga,  
ad de individuos domiciliados en  
anos, franceses o extranjeros) era  
ba veinticuatro horas despues de  
enemigo, por ser esa la regla adop-  
eses.\*\* I esto sin embargo de que  
ralmente hablando, no se sujetan  
ad en cuestiones de derecho de  
*Star*, se declaró, por punto jeneral,  
anas, debe estarse a la regla de re-  
epresa de propiedades de naciones

civiles con respecto a los súbditos,  
o a las naciones extranjeras los tra-

o a los represadores a título de sal-  
lad represada se restituye a los pri-  
s son ciudadanos de la nacion re-  
que varian mucho los reglamentos  
(a hemos visto cuál es la regla ob-  
Gran Bretaña, el premio de salva-  
lo la propiedad represada, si la pro-  
marina real, i una sexta parte, si  
es mercantes.\*\*\*\*

to se deba al represador cuando la  
iece a una potencia amiga, es una  
es que debe decidirse o por la regla  
enciones, o por una regulacion pru-  
ncias del caso. Es costumbre igualar

a los aliados con los súbditos, pero no hai una obligacion estricta de hacerlo así.\*

Las propiedades neutrales represadas se devuelven a sus dueños sin premio de salvamento, a ménos que por la naturaleza del caso o por la práctica del enemigo haya motivo de creer que hubieran sido condenadas por él, en cuyo caso hai derecho al premio. En la última guerra entre la Inglaterra i la Francia, la conducta de los corsarios i de los juzgados franceses daba motivo de temer que toda propiedad neutral apresada por aquéllos en alta mar sería condenada en los tribunales de presas. Era, pues, justo que los propietarios neutrales pagasen un premio de salvamento a los represadores, i así lo ordenó repetidas veces el almirantazgo británico.\*\*

El represador no adquiere ningun derecho a la propiedad si la presa ha sido ilejítima; pero se le concede, en todos los casos de esta especie, una razonable remuneracion a título de salvamento. Esta regla, sin embargo, puede, como las otras, restringirse por las leyes civiles. En Francia, la propiedad represada a un pirata puede reclamarse por el primitivo dueño hasta dentro de un año i un dia contados desde la declaracion hecha al efecto en el almirantazgo.\*\*\* Pero en otros países, segun Grocio, era costumbre adjudicarla al represador, por lo desesperado del cobro i del presunto abandono del dueño.\*\*\*\*

No hai represa ni recobro, ni por consiguiente derecho alguno al premio de salvamento, si la presa no llegó a estar verdaderamente en poder del enemigo, o por lo ménos tan a punto de sucumbir que se considerase inevitable la captura. «No tengo noticia de ningun caso (dijo sir William Scott en el del *Franklin*) en que se haya concedido la remuneracion de salvamento, si la propiedad salvada no estaba en posesion del enemigo, o próxima a caer irremediamente en sus garras, como cuando

---

\* Chitty, libro I, página 437.

\*\* Chitty, ibidem.

\*\*\* *Ordonnances* de 1681, título *Des prises*, artículo 10.

\*\*\*\* *De jure belli et pacis*, libro III, capítulo 9, §§ 17 i 18.

la nave ha arriado bandera, i el enemigo se halla a tan corta distancia, que es imposible la fuga.\*

Lo dicho acerca de la represa, puede aplicarse al abandono voluntario de la presa por el captor. Si no ha precedido sentencia de condenacion, subsiste el derecho de los primitivos propietarios; pero, si ha precedido la condenacion al abandono del captor, la presa es *res nullius* i cede al primer ocupante; a ménos que, por las leyes del estado a quien fué tomada, el derecho de postliminio entre los súbditos dure hasta la terminacion de la guerra; pues entónces, si el primer ocupante es un súbdito, está obligado a restituir la presa al propietario primitivo, i solo es acreedor a un premio de salvamento que se regula por las circunstancias del caso. Las ordenanzas de Francia prescriben otra regla independiente de la condenacion. Si la nave ántes de entrar en puerto enemigo es abandonada i viene a poder de los súbditos, se restituye al propietario que la reclama dentro de un año i un dia, aunque haya estado mas de veinte i cuatro horas en la posesion del captor.\*\*

## 8

El estado de presa puede tambien terminar por el *recobro*, que es cuando la tripulacion de la nave apresada encuentra modo de salvarla, levantándose contra los captores o valiéndose de algun accidente favorable. No se entiendo haber recobro, si la nave no ha llegado a estar en posesion actual de los captores.

Si es un deber de los ciudadanos o de los aliados procurar la represa de las propiedades que han caído en manos del enemigo socorriéndose mutuamente, no se puede decir lo mismo del recobro efectuado por los marineros de la nave apresada, el cual en ellos es un acto de mérito, pero enteramente voluntario. La presuncion es que, cuando se rinde la nave, se ha perdido toda esperanza de salvarla; i en tales circunstancias, debe quedar al juicio i voluntad de cada uno de los que van en ella la

\* Chitty, libro I, página 436.

\*\* Título *Des prises*, artículo 9.

posibilidad u oportunidad de una insurreccion subsiguiente.\*

Si el buque es recobrado por la tripulacion, en cualquier tiempo que esto suceda, vuelven las cosas a la propiedad de los interesados respectivos, que deben dar un premio de salvamento a los recobradores.\*\*

Los juzgados de presas de los Estados Unidos han declarado que el recobro intentado por el capitan o tripulacion de un buque apresado por violacion de la neutralidad, es una infraccion del derecho de jentes i una causa lejitima de condenacion.\*\*\* En el mismo sentido, se ha expresado el almirantazgo británico.\*\*\*\*

9

Antiguamente, \*\*\*\*\* era costumbre jeneral rescatar las presas, esto es, obtener del enemigo su restitucion por una cantidad de dinero. Este contrato es sin duda lícito i válido, si no se opone a los reglamentos nacionales. La Inglaterra prohíbe a sus súbditos el rescate de las propiedades apresadas por el enemigo, a no ser en caso de gravísima necesidad de que deben juzgar las cortes del almirantazgo. Esto ha sido sin duda con el objeto de mantener la energía de la guerra marítima por el interes de las represas; pero el ejemplo de la Inglaterra no ha sido imitado por las otras potencias, ántes bien, se mira jeneralmente el rescate como una de las mas inocentes i benéficas relajaciones de los rigores de la guerra.

El rescate es equivalente a un salvoconducto concedido por el soberano del captor i obligatorio para los demas comandantes de buques armados, públicos o particulares, tanto de la nacion del captor, como de las potencias aliadas. Este salvo-

---

\* Chitty, libro I, página 423.

\*\* Chitty, libro I, página 436.

\*\*\* Elliot's References, números 465 i 517.

\*\*\*\* Caso de la *Catharina Elizabeth*, Robinson's Reports, libro V, página 232.

\*\*\*\*\* En este artículo, he seguido principalmente a Valin, *Commentaires*, libro III, páginas 9 i 19; i a Kent, leccion V, volumen I, página 105.



conducto exige que el buque no salga de la ruta ni exceda el plazo estipulado, si accidentes mayores no le fuerzan a ello.

Si el buque rescatado naufragase ántes de llegar al puerto, se debería, sin embargo, el rescate, esto es, el precio estipulado por la restitution, a ménos que expresamente se hubiese pactado lo contrario. Cuando se estipula esta condicion para el pago, debe limitarse al caso de pérdida total por naufragio, i no al de encallar en la costa. En este último caso, se presumiria que se habia hecho voluntariamente encallar la nave, para eludir el pago del rescate salvando la carga.

Si el buque es apresado de nuevo fuera de la ruta o despues del plazo prescrito, i es condenado como presa lejitima, se duda si los deudores del rescate permanecen obligados al pago. La práctica, segun Valin, es que cesa la obligacion de los deudores, i el precio del rescate se deduce del producto de la presa i se da al primer captor. Si el captor mismo es apresado con el pagaré del rescate, pasando éste a poder del enemigo queda cancelada la deuda.

Danse a veces rehenes para la seguridad de estos contratos, i si mueren o se escapan, no por eso se extingue la obligacion de los deudores. En Francia, se observa que, cuando un buque nacional se rescata dejando rehenes, los jueces del almirantazgo embargan la nave i la carga para compeler a los dueños a obtener la libertad de los rehenes, pagando el rescate; providencia digna de ser imitada.

No puede hacerse lejitimamente un contrato de rescate algun tiempo despues del apresamiento i a consecuencia de un nuevo viaje emprendido con este especial objeto. Semejante viaje, segun la doctrina de los tribunales americanos, está comprendido en la prohibicion jeneral de comerciar con el enemigo, i sujetaria la nave a la pena de confiscacion.\*

Durante la guerra, no es admisible ninguna accion de un súbdito enemigo en los tribunales británicos; i esta regla se aplica a las acciones fundadas en una escritura de rescato, aun en los casos en que el contrato pareciese lejitimo, sin embar-

---

\* Elliot's *References*, número 273.

go de que esta especie de pactos es del número de aquéllos que el derecho de la guerra autoriza.\* Sería, pues, necesario para la admision de la demanda a beneficio del captor, que fuese intentada a nombre de los rehenes, i con el objeto de obtener su libertad. Pero esta formalidad solo se exige en los tribunales británicos, porque en los de Francia i Holanda es práctica corriente admitir los reclamos de los propietarios del pagaré de rescate.\*\*

---

\* Robinson's *Reports*, libro I, página 201.

\*\* Wheaton, *Elementos*, parte IV, capítulo 2, § 27.



## CAPÍTULO VI

### De la buena fe en la guerra

1. Fidelidad en los pactos.—2. Estratajemas.—3. Seduccion de los súbditos del enemigo.

#### 1

La guerra\* pone fin a los tratados entre las naciones beligerantes, excepto los que son relativos al estado mismo de guerra, porque, si éstos no produjesen el efecto único que se propusieron los contratantes al celebrarlos, serian del todo nugatorios. Deben, pues, observarse en la guerra aquellos pactos que fijan reglas de conducta para el caso de sobrevenir un rompimiento entre los contratantes, verbigracia, el tiempo que se dará a los súbditos del uno para retirarse del territorio del otro, la neutralidad de un puerto, ciudad o provincia de uno de ellos, etc.

Aun es mas necesaria la observancia de los pactos que se celebran en la guerra misma, como son las capitulaciones de plazas, las convenciones de tregua, las relativas al canje o rescate de los prisioneros, i otras varias de que despues se hará mencion. Porque no todo deber cesa, ni todos los vínculos de la humanidad se rompen entre las naciones que se hacen la guerra; i bien léjos de suspenderse en ellas la obligacion de guardar fe, nunca es mas importante a los hombres; pues en el curso de la guerra hai mil ocasiones en que, para poner a raya sus furores i moderar las calamidades que acarrea, la salud de ambos beligerantes exige que traten i estipulen

---

\* Este capítulo es un resumen de la doctrina de Vattel, libro III, capítulo 10.

sobre varias materias; sin lo cual la guerra dejeneraria en una atroz i desenfrenada licencia, a que sería difícil poner término.

Solo en el caso de infidelidad por parte del enemigo en el cumplimiento de sus promesas, nos hallamos autorizados a faltar a las nuestras; i esto aunque se trate de convenciones separadas que no tengan conexion entre sí. Pero no podemos contravenir a una convencion a pretexto de los actos de perfidia del enemigo anteriores a ella.

## 2

La buena fe entre enemigos, no solo requiere que cumplamos fielmente lo prometido, sino que nos abstengamos de engañar en todas las ocasiones en que el interes de la guerra no está en conflicto con los deberes comunes de la humanidad. Así, por ejemplo, cuando el príncipe o jeneral enemigo pide noticias de una esposa o de un hijo que se halla en poder nuestro, sería vileza engañarle.

Pero, si por un ardid, por una estratajema exenta de perfidia, podemos apoderarnos de una plaza fuerte, sorprender al enemigo o reducirle, vale mas lograr nuestro objeto de este modo, que por medio de una batalla sangrienta. Hubo un tiempo en que se condenaba a muerte a los que, intentando sorprender una plaza, caian en manos del enemigo. En el dia, se acostumbra tratarlos como a los demas prisioneros de guerra.

No es lícito abusar de la humanidad i jenerosidad del enemigo para engañarle. Un corsario que hiciese la señal de peligro para atraer otro buque i apresarlo, o que, socorrido efectivamente por él, le hiciese presa, deshonoraria las armas de su nacion i se haria digno de un castigo ejemplar.

Es costumbre jeneral valerse de *espías*, que observan lo que pasa entre los enemigos i penetran sus designios para dar noticia de ellos; i tambien es costumbre castigarlos con el último suplicio, cuando son descubiertos. Un hombre de honor se creeria degradado si se le emplease en esta especie de manejos clandestinos, que presentan siempre algo de bajo i repug-

nante; i el príncipe no tiene derecho para exigirlos de sus súbditos. Limitase, pues, a emplear en él a los que voluntariamente se le ofrecen, movidos por el aliciente de una recompensa pecuniaria. No le es lícito corromper la fidelidad de los súbditos del enemigo ni abusar de su hospitalidad para descubrir sus secretos.

## 3

Por punto jeneral, la seducción de los súbditos del enemigo para que cometan actos de infidencia, i sobre todo para que traicionen una confianza especial depositada en ellos, entregando, verbigracia, una plaza, o revelando los secretos del gobierno, es un medio reprobado por la lei natural, por inducir a un crimen abominable. Cuando mas, dice Vattel, pudiera excusarse esta práctica en una guerra injustísima, i para salvar la patria amenazada por un conquistador inicuo. Vattel cree tambien que nos es lícito aceptar los servicios de un traidor que espontáneamente nos los ofrece; pero el hacernos cómplices de un delito i premiarlo es en realidad incitar a él. Lo único que puede decirse a favor de semejante conducta, es que está tolerada.

Admitiremos, sin embargo, primero, que el ejemplo del enemigo nos da licencia para obrar de esta suerte, porque un estado que seduce los ciudadanos de otro, vulnera él mismo los derechos sagrados de la soberanía, i relaja en cierto modo las obligaciones de sus propios súbditos; i segundo, que, si se introduce la division en el estado enemigo, podemos mantener intelijencia con uno de los partidos para lograr una paz equitativa por su medio; porque esto viene a ser lo mismo que valernos del auxilio de una sociedad independiente.

Se llama intelijencia doble la de un hombre que aparenta hacer traicion a su partido para engañar al enemigo i sorprenderle. Es un acto infame iniciar de propósito deliberado esta especie de tratos. Pero, si el enemigo es quien da principio a ellos tentando la fidelidad de los subalternos, pueden éstos, o espontáneamente o por mandado de sus jefes, finjir que dan

#### DERECHO INTERNACIONAL

---

as proposiciones i que se prestan a las miras del se-  
ara hacerle caer en el lazo; pues el faltar a la promesa  
imen no es violar la fe mutua ni obrar de un modo  
al interes del jénero humano. Decimos *de los su-*  
*s*, porque sería mucho mas propio de un jefe rechazar  
nacion una propuesta insultante.

---

---

## CAPÍTULO VII

### Obligaciones i derechos de los neutrales

1. Dos reglas jenerales.—2. Falsas limitaciones de la primera.—3. Derecho consuetudinario.—4. Levas en país neutral.—5. Tránsito de las fuerzas de los beligerantes por tierras o aguas neutrales.—6. Acojida i asilo de las tropas i naves armadas de los beligerantes en territorio neutral.—7. Jurisdiccion de los neutrales en los casos de presas.

#### 1

Pueblos neutrales\* en una guerra son aquellos que no toman parte en ella, permaneciendo amigos comunes de ambos beligerantes, i no favoreciendo al uno en perjuicio del otro. Aquí vamos a tratar de las obligaciones i derechos de la neutralidad en jeneral, reservando para el capítulo siguiente lo que en lo relativo al comercio marítimo exija consideraciones particulares.

La imparcialidad en todo lo concerniente a la guerra constituye la esencia del carácter neutral, i comprende dos cosas. La primera es no dar a ninguno de los beligerantes socorro de tropas, armas, buques, municiones, dinero o cualesquiera otros artículos que sirvan directamente para la guerra. No solo les es prohibido dar socorro a uno de los beligerantes, sino auxiliar igualmente a uno i otro; porque esto sería mantener la misma

---

\* En este capítulo, se han seguido jeneralmente el 7.º del libro III de Vattel, los *Comentarios* de Kent, parte I, leccion 6, i la *Lei Comercial* de Chitty, volúmen I, capítulo 9. Las otras autoridades se indican separadamente.

proporcion entre sus fuerzas i expender la sangre i los caudales de la nacion a pura pérdida, alejando quizá la terminacion de la contienda; i porque ademas no sería fácil guardar una exacta igualdad, aun procediendo de buena fe, pues la importancia de un socorro, no depende tanto de su valor absoluto como de las circunstancias en que se presta. La segunda cosa que, en lo que no tiene relacion con la guerra, no se debe husar a ninguno de los beligerantes lo que se concede al otro; cual tampoco se opone a las preferencias de amistad i comercio, fundadas en tratados anteriores o en razones de conveniencia propia.

## 2

Vattel pone una limitacion a la primera de estas dos reglas. Segun él, se puede, sin faltar a la imparcialidad, conceder a uno de los beligerantes los socorros moderados que se le deban en virtud de una antigua alianza defensiva que no se ha hecho particularmente contra el otro. Pero no es fácil apoyar esta excepcion en los principios del derecho natural. El contraer por un pacto la obligacion de prestar un servicio, no altera el carácter éste con relacion a una tercera persona, que no ha consentido en el pacto. El prestar, pues, un socorro que sin un convenio precedente violaría la neutralidad, no dejará de violarla aunque haya precedido el convenio. Se ha tolerado esta conducta, porque en la alternativa de ver aumentar las fuerzas de nuestro enemigo con un auxilio moderado, o con todos los medios que el supuesto neutral pudiera poner en movimiento si le declarásemos la guerra, nos vemos muchas veces en la necesidad de preferir el primer partido. En 1788, la Dinamarca ministró naves i tropas a la Rusia contra la Suecia, a consecuencia de un tratado anterior, declarando que en ello no iba contravenir a la amistad i a las relaciones comerciales que subsistian entre ella i la Suecia; i en contradiccion a esta última, se respondió que, aunque la Suecia no podia censurar semejante conducta con el derecho de gentes, sin embargo aceptaba la declaracion de Dinamarca, i ceñiría sus hos-



tilidades, con respecto a esta potencia, a los auxiliares suministrados por ella a la Rusia.

Phillimore está enteramente de acuerdo con la doctrina que dejamos expuesta. Ha sucedido muchas veces, dice, que semejante conducta, por parte de un estado neutral, ha sido tolerada por el beligerante a quien ella infiere agravio, porque, en las circunstancias políticas en que éste se encuentra, le conviene proceder así; pero aquí no se trata de la conveniencia casual, sino de lo que el derecho prescribe.\*

La predileccion de Vattel a su patria le lleva, dice en otra parte Phillimore, hasta el punto de defender la práctica de la Suiza, declarando que, no solo cuando un tratado anterior a la guerra obliga a un estado a socorrer a otro, sino que, aun sin tratado alguno, la sola costumbre del país basta para justificar al neutral que auxilia con tropas a uno de los beligerantes con exclusion del otro; de manera que, cuando un estado, para ocupar i ejercitar a sus súbditos, acostumbra permitir levas de tropa en favor de la potencia a quien quiere confiarlas, el enemigo de esta potencia no debe considerar estos permisos como actos de hostilidad (a ménos que se concedan para invadir sus dominios, o para la defensa de una causa odiosa i manifiestamente injusta); i ni aun tiene el derecho de pretender otro tanto, pues el pueblo a quien hiciese esta demanda podria tener motivos para negarse a ella, que no militasen respecto de la parte contraria, i a él solo tocara apreciar estos motivos. Pero el mismo Vattel reconoce, como vacilando entre su amor a la Suiza i su respeto a la razon i la justicia, que, si estas levas formasen la principal fuerza de mi enemigo, i a mí se me rehusasen absolutamente, sin alegar razones sólidas, tendria yo bastante fundamento para mirar al neutral como ligado con mi enemigo; i en tal caso el cuidado de mi propia seguridad me autorizaria para hacerlo la guerra.

Pretende Vattel que es lícito al estado neutral enviar tropas i armas a un beligerante, porque tiene la costumbre de ocupar i ejercitar de este modo a sus ciudadanos. ¡Bella razon, por

\* Tomo III, página 203.

erto! ¿No podría, según eso, un estado marítimo, sin que-  
 antar la neutralidad, enviar una escuadra en auxilio de un  
 lijerante, alegando que tiene la costumbre de ejercitar así sus  
 arinos? Puede hacerlo así, dirá Vattel, si el neutral no abra-  
 una causa manifiestamente injusta i odiosa, o si las levas  
 fuesen considerables. Pero, ¿quién ha de averiguar si estas  
 stificaciones existen?..... La nacion tan hostilmente tratada  
 me un derecho incontestable para declarar la guerra al su-  
 esto neutral; que lo ejercite o nó es una cuestion de pura  
 nveniencia.

Vattel, que por parcialidad patriótica justificaba la conducta  
 la Suiza, acostumbrada a traficar con el exceso de su pobla-  
 on permitiendo a los estados extranjeros engancharla, celebra-  
 a, si viviese, que los cantones hayan reconocido, con gran  
 ólito suyo, los verdaderos principios, como lo han hecho úl-  
 namente, prohibiendo el alistamiento de sus ciudadanos en  
 rvicio extranjero.\*

No se puede negar que estas doctrinas de Phillimore se apo-  
 on incontestablemente en el derecho natural; pero no parecen  
 llarse en perfecta armonía con el derecho consuetudinario de  
 Europa moderna, como veremos luego.

## 3

Cuando sobreviene una guerra entre dos naciones, las otras  
 enon derecho para mantenerse neutrales; i si por una de las  
 stencias que hacen o preparan la guerra o por los neutrales  
 ismos se proponen tratados de neutralidad, es conveniente  
 ceder a ellos para fijar con toda precision lo que cada uno  
 los contratantes podrá hacer o exigir sin violarla. Asimismo  
 onen derecho las otras naciones para abrazar la causa de uno  
 los beligerantes, si lo creen justo i conveniente, o para man-  
 ner con ambos las relaciones anteriores de amistad i comer-  
 o, salvas las restricciones de que hablaremos en el capítulo  
 e sigue.

---

\* Phillimore, tomo III, página 218.

Si un soberano que acostumbraba ántes de la guerra prestar a usura a mi enemigo, sigue haciéndolo en ella, i rehusa tratar conmigo en iguales términos, porque no le inspiro la misma confianza, no infrinje la neutralidad. Tampoco la infrinjerian los súbditos, ya haciendo este negocio en tiempo de guerra, aunque no lo hubiesen acostumbrado en la paz, ya tratando con ambos beligerantes o con uno de ellos del modo que les pareciese mas conveniente a su interes mercantil. Pero los subsidios o préstamos que un estado hiciese a mi enemigo para ayudarle a defenderse o atacarme, deberian mirarse como una intervencion en la guerra.

I si una nacion comercia en armas, municiones de guerra, naves o maderas de construccion, no debo llevar a mal que venda estos artículos a mi adversario, sin perjuicio de las reglas internacionales relativas al contrabando de guerra i al bloqueo.

## 4

Podemos, segun varios publicistas, aplicar los mismos principios a las levas de soldados o marineros en país neutral para servir en los ejércitos o naves armadas de uno de los beligerantes. Los hombres deben considerarse como un artículo en que es libre a todas las naciones comerciar de la misma manera que en los otros i con iguales restricciones. Pero esta especie de negocio, si el estado tiene por conveniente permitirlo para desahogarse de una poblacion superabundante, para ocupar a sus ciudadanos o acostumbrarlos al manejo de las armas, debe dejarse enteramente a los particulares, porque, desde el momento que se mezcla en ello el soberano, sea contratando anticipadamente el auxilio, sea prestándolo durante la guerra, o toma sobre sí un empeño, cuyo cumplimiento ha de estar en contradiccion con los deberes de la neutralidad o la viola en efecto. Es necesario tambien que las facilidades i favores que se conceden bajo este respecto al uno de los beligerantes, se extiendan en los mismos términos al otro. Finalmente, el alistar tropas en el territorio del estado para el servicio de las naciones extranjeras, ha de ser bajo la condicion de no emplearlas

ensiva. De otro modo, podría llegar el con otros los ciudadanos de un mismo xiliares en los ejércitos de ambos belijelido a los suizos.

yor latitud compatible con el carácter cho consuetudinario de Europa; aunque ubiese mas precision i mas conformidad diferentes publicistas i en la conducta de

cias han traspasado amenudo estos lí-

ntitulada de *Alistamiento Extranjero t Bill*), reproduciendo varios estatutos is alistamientos con bastante severidad, del ejecutivo relajar las prohibiciones; se han visto ejemplos notables. En 1835, ó el tratado de la cuádruple alianza en abel II de España, cuando era asolado erra civil; i poco despues de firmado el consejo eximió a los súbditos británicos en servicio de Isabel, de todas las penas aquel estatuto. Formóse en consecuencia compuesta de soldados ingleses, al man- o oficial británico, sir de Lacy Evans. ra de los comunes sobre la conveniencia o la competencia de la corona para orde- a.\* No se inquirió si el estatuto autoriza- contrarias al derecho de jentes; solo se ico de la Gran Bretaña i de la conformi- la a la *orden en consejo*.

de la Gran Bretaña la política que reco- ig a la cámara de los comunes en 1823, estion semejante. «No pretendo, dijo, de ningun sistema de neutralidad; pero, o que nos proponemos permanecer neu-

trales, exhorto a la cámara a que proceda en conformidad de esta declaracion, miéntras no tenga por conveniente alterarla.

«No importa qué conducta ulterior nos inclinemos a adoptar; no importa que mas adelante el honor i los intereses de este país nos fuercen a la guerra; pero miéntras nos declaremos neutrales, evitemos traspasar la estricta línea de esta demarcacion.

«Cuando llegue la guerra, si es que ha de llegar, hagámosla con todo el espíritu i toda la enerjía de una nacion independiente i grande... Pero, por Dios!... obremos como neutrales, miéntras nos proponemos serlo.»\*

## 5

La nacion neutral debe usar con ambos beligerantes los oficios de humanidad que los miembros de la gran sociedad humana se deben mutuamente, i prestarles, en todo lo que no concierne a la guerra, los servicios i auxilios que pueda, sin rehusar al uno de ellos cosa alguna por la sola razon de hallarse en guerra con el otro.

A todas las naciones con quienes vivimos en paz, se debe el tránsito inocente; i este deber se extiende a las tropas i naves. Pero toca al dueño del territorio juzgar si el tránsito es inocente o nó; i como el de cuerpos de tropa, i sobre todo el de ejércitos, es difícil que deje de causar peligros i daños, el beligerante que desee pasar con jente armada por territorio extraño, debo ante todo solicitar el permiso del soberano. Entrar de otro modo en su territorio sería violar sus derechos, porque no se puede presumir un permiso tácito para la entrada de un cuerpo de tropa, entrada que pudiera tener consecuencias mui serias.

Si el soberano neutral cree que le asisten buenas razones para negar el tránsito, no está obligado a concederlo, porque en tal caso deja de ser inocente. Los beligerantes deben respe-

---

\* Ibidem, página 217.

tar en esta parte su juicio, i someterse a la negativa, aun estimándola injusta. Sin embargo, si el paso apareciese indubitavelmente innocuo, pudiera entónces la nacion belijerante que lo pide, hacerse justicia a sí misma, i obtenerlo a viva fuerza. Pero esta es una excepcion que solo debe tener cabida en aquellos rarísimos casos en que se puede manifestar con la mayor evidencia que el tránsito carece de todo inconveniente i peligro. Otra excepcion es la de una extrema necesidad. Cuando un ejército se ve en la alternativa de perocer o de pasar por tierras neutrales, tiene derecho para hacerlo aun contra la voluntad del soberano, i para abrirse el paso (si no es posible de otro modo) con las armas.

Phillimore no reconoce otra limitacion al derecho del neutral para conceder o negar el tránsito a tropas del belijerante, sino la que resulta de una necesidad extremada, esto es, de uno de aquellos rarísimos casos en que, segun él, se suspenden to las leyes, para atender a la lei suprema de la propia conservacion.

Una necesidad semejante pudiera talvez autorizar a un belijerante para apoderarse de una plaza neutral i poner guarnicion en ella con el objeto de defenderse o impedir los designios de su enemigo; suponiendo que el soberano neutral no se halle en estalo de guardarla. Pero en tal caso debe aquél restituirla pasado el peligro i abonar todos los perjuicios causados.

Si el neutral, para conceder el tránsito, exige algunas seguridades, es natural concedérselas. La mejor de todas es el tránsito en pequeñas partidas i consignando las armas. Rehene i fianzas no serian suficientes en algunos casos. ¿De qué me servirá recibir rehene de una nacion que trata de apoderarse de mí? ¿I qué seguridad puede dar una fianza contra un conquistador poderoso?

Pero, si el tránsito es absolutamente necesario, i si el permiso de pasar se nos concede bajo condiciones sospechosas en que no podemos consentir sin exponernos a un gran peligro, nos es lícito en este caso, despues de habernos allanado inútilmente a todas las condiciones compatibles con nuestra seguridad propia, recurrir a la fuerza para abrirnos el paso, empleando

la moderacion mas escrupulosa, de manera que no salgamos de los límites del derecho que la necesidad nos concede.

Si el estado neutral franquea o niega el tránsito al uno de los beligerantes, debe franquearlo o negarlo en los mismos términos al otro; salvo que haya sobrevenido un cambio en las circunstancias capaz de justificar esta variedad de conducta.

Si no tengo motivo de rehusar el tránsito, el beligerante contra quien lo permito no debe mirar esta concesion como una injuria. Aun cuando yo tuviese algun motivo de rehusarlo, me sería lícito no usar de mi derecho. I si la negativa me hubiese de poner en la precision de sostenerla con las armas, ¿quién osaría quejarse de que yo le dejase expuesto a las contingencias de la guerra, o le embarazase talvez la persecucion de su enemigo, para evitar un ataque contra mí mismo? Nadie debe exigir que yo tome las armas a favor suyo, si no me he comprometido a ello por un pacto. Las naciones, sin embargo, mas atentas a sus intereses que a la justicia, alzan amenudo el grito contra esta pretendida injuria; i si por medio de reconvencciones i amenazas consiguen que el neutral vede el paso a las fuerzas enemigas, creen que en esto no hacen mas que seguir los consejos de una sabia política. Un estado débil debe proveer a su salud; i esta indispensable consideracion le autoriza a negar un favor, que, exponiéndole a graves peligros, ha dejado de ser inocente.

Puede suceder tambien que, si franqueásemos el paso al uno de los beligerantes, el otro lo pidiese por su parte, para salir a encontrar al enemigo. El territorio neutral vendria entónces a ser el teatro de la guerra. Los males incalculables que de aquí nacerian presentan la mejor de todas las razones para negar el tránsito.

La concesion del tránsito comprende la de todo aquello que es necesario para verificarlo, verbigracia, el permiso de conducir la artillería, bagajes i demas objetos materiales propios de un ejército, el de observar las ordenanzas militares ejerciendo jurisdiccion sobre los oficiales i soldados, i el de comprar por su justo precio las provisiones de boca, a ménos que

para sí. El que concede el  
ble, prestarlo seguro; de  
mas que un lazo.

ita, se abstenga de causar  
ardo la mas severa disci-  
suministra. Las injurias  
deben castigarse i repa-  
rcito no podria ménos de  
iles de avaluar, nada pro-  
pago de una cantidad de

s belijerantes por el terri-  
os i daños que el de las  
n jeneral, no se requiere  
efectuarlo.

se ha rehusado expresa-  
e ha obtenido con falsos  
iguiente. El estado cuya  
erecho para pedir la res-

en país neutral, ni co-  
ades. Conducir prisione-  
son actos de guerra; por  
territorio neutral, i el que  
tes de la neutralidad, fa-  
ontra el otro. Pero aquí  
s de que el enemigo no  
apresamiento, por decirlo  
e estarlo, tampoco puede  
neros para mantenerlos  
continuacion de la hosti-  
propiedad del apresador,  
edencia, ni embarazar el



## OBLIGACIONES Y DERECHOS DE LOS NEUTRALES

El beligerante derrotado goza de un refugio seguro en el territorio neutral; pero no debe abusar del asilo que se le concede para rehacerse i espiar la ocasion de atacar de nuevo a su adversario; i la potencia que se lo tolerase violaria la neutralidad.

No es permitido, por consiguiente, a los buques armados de las naciones beligerantes perseguir al enemigo fujitivo que se refugia en aguas neutrales; i si ambos contendientes han estado en ellas, la costumbre de las naciones exige que, en la salida del uno i la del otro, medie a lo ménos el espacio de veinticuatro horas. La infraccion de este privilegio de los neutrales les daria derecho para reclamar la restitution de la captura subsiguiente.\*

En el caso de la *Anna*, sir William Scott se manifestó inclinado a creer con Bynkershoeck que, si un buque de guerra se opone a la visita i registro, i se refugia en un lugar situado dentro del territorio neutral, pero enteramente desconocido como las islas de la boca del Misisipi, i el corsario, persiguiéndolo hasta allí sin causar daños ni molestia alguna a un tercero, lo apresaba, no era tan ríjido el principio de la inviolabilidad del país neutral, que por esto solo se estimase ilegal la captura. Pero, en ésta, como en las otras ocurrencias de la especie, hai *stricto jure* una violacion de los privilegios de los neutrales, i el soberano del territorio tendria derecho para exigir la restitution de la propiedad apresada.\*\*

\* Martens, *Précis du Droit des Gens*, libro VIII, § 312, nota.

\*\* Bynkershoeck (*Quæstiones*, libro I, capítulo 8, cita varias resoluciones de los estados jenerales de las Provincias Unidas, segun las cuales aunque no puede principiarse la agresion en aguas neutrales, continuarse la agresion principiada. Él extiende el mismo principio a la tierra. «Quod juris est in mari, idem est et in terra, ut in his in alterius imperio recte persequamur hostem, et recen fugientem.» «Uno verbo, dice mas adelante, territorium cum amici valet ad prohibendam quæ ibi inchoatur, non valet ad prohibendam quæ extra territorium inchoata, dum fervet opus in territorio continuatur.» Pero el mismo Bynkershoeck reconoce que no se encuentra esta doctrina en otros escritores de derecho internacional, ni está autorizada por la práctica de las naciones europeas, e incluso Holanda.

lo a la potencia neutral toca disputar la legitimidad de la captura en que se ha violado su territorio, i el gobierno de los apresados no puede producir con este motivo queja alguna, ni es al gobierno neutral, por su cobarde o fraudulenta sujeción a semejante injuria; i si éste no se hace justicia a sí mismo, el beligerante que ha sufrido la captura tendrá derecho a tratarle del mismo modo, persiguiendo i apresando en su territorio las propiedades enemigas.

que principia las hostilidades en las tierras o aguas de potencia neutral, pierde todo derecho a la protección del territorio.

La potencia neutral no debe permitir que las naves armadas de los beligerantes se aposten al abrigo de sus puertos, golfos o ensenadas, con el objeto de acechar las naves enemigas que no o de enviar sus botes a apresarlas.\* El armar buques al servicio de la guerra, aumentar sus fuerzas, aderezar-preparar expediciones hostiles, son actos ilegítimos en el territorio neutral; i las capturas subsiguientes a ellos se miran como viciosas en el foro de la potencia neutral ofendida, que tiene derecho para restituir la presa a los primitivos propietarios si es conducida a sus puertos. La corte suprema de los Estados Unidos ha sentenciado gran número de casos en conformidad con este principio.\*\* Es verdad que, por el tratado de París, de 6 de febrero de 1778, se estipuló para los súbditos franceses el privilegio de equipar i armar sus buques en los puertos de aquellos estados i llevar a ellos sus presas,\*\* pero i otros privilegios obtenidos entónces por la Francia, i que son amente incompatibles con las obligaciones de la neutralidad, han sido despues derogados.\*\*\*\*

Sobre este punto es digna de leerse la sentencia de sir William G. en el caso del *Twee Gebroeders*, Robinson's Reports, libro III, a 162.

El de la *Alerta*, Cranch's Reports, libro IX, página 35; el de la *Alta*, Wheaton, libro IV, página 298; el de la *Concepción*, Wheaton, libro VI, página 235; el de la *Santisima Trinidad*, Wheaton, libro VII, página 283, etc.

Martens, *Recueil*, tomo II, página 595 (segunda edicion).

\* Elliot's, *References*, número 88.

Nada se opone a que los beligerantes apresten naves de comercio en los puertos neutrales, las tripulen i surtan de todo lo necesario; lo cual se extiende a las naves que pueden destinarse indistintamente al comercio o la guerra. Tambien es costumbre permitir en ellos a los buques armados públicos i particulares proveerse de víveres i otros artículos inocentes. Es lícito a los beligerantes llevar sus presas a puerto neutral i venderlas en él, si no se lo prohíbe el soberano del territorio, a quien es libre conceder este permiso o rehusarlo, observando con ambos beligerantes una conducta igual.\* Algunos jurisconsultos creen que es mas conforme a los deberes de la neutralidad rehusarlo. En 1656, los estados jenerales de las Provincias Unidas prohibieron a los corsarios extranjeros vender o descargar sus presas en el territorio de Holanda; i las *Ordenanzas Marítimas* de Luis XIV repitieron la misma prohibicion, añadiendo que los corsarios extranjeros no pudiesen permanecer con sus presas en los puertos de Francia mas de veinticuatro horas, a ménos que fuesen detenidos por vientos contrarios.\*\* Finalmente, no tienen derecho los beligerantes para establecer tribunales de presas en país neutral, a ménos que se les haya concedido este favor por un tratado.\*\*\* Pero una convencion de esta especie, si no se dispensase igual favor al otro beligerante, no eximiria de la nota de parcialidad la conducta del soberano neutral, porque, segun hemos sentado ántes, una convencion entre dos naciones no altera la cualidad de un acto con relacion a un tercero que no ha tenido parte en ella. Hoi se miran casi jeneralmente como ilegítimos los juzgamientos de presas en país neutral.

Sean cuales fueren las restricciones que un soberano establezca para el uso de sus aguas i tierras (i no hai duda que tiene autoridad para establecer las que quiera), están obligados los beligerantes a someterse a ellas, sobre todo cuando no favorecen al uno de los partidos mas que al otro, ni son con-

---

\* Ibidem, número 292.

\*\* Título *Des prises*, artículo 14.

\*\*\* Elliot's *References*, 306.

trarias a los oficios de hospitalidad i asilo que se disponan a las naciones amigas, i que la humanidad concede siempre al infortunio.

## 7

El único remedio de las injurias que la licencia de la guerra hace sufrir demasiadas veces a las naciones amigas, es en la mayor parte de los casos la imparcial justicia administrada por los beligerantes en materia de presas, i la restitution de las propiedades ilejitimamente apresadas; restitution que, si no se hace oportunamente por los tribunales que juzgan esta especie de causas, produce despues embarazosos reclamos i controversias delicadas. Pero tambien hai circunstancias en que el derecho de jentes permite a los neutrales hacerse justicia a si mismos, ejerciendo jurisdiccion sobre las presas de los beligerantes, que llegan forzada o voluntariamente a sus puertos.

Los publicistas no están acordes sobre los límites de esta intervencion judicial. Las ordenanzas de marina de Francia establecen que, si en las presas llevadas a puertos franceses se hallan mercaderías pertenecientes a los súbditos o aliados de la Francia, se les restituyan, sin distinguir si ha sido o nó ilegal el apresamiento; lo que Valin explica suponiendo que esta restitution se exige como una especie de recompensa por la acogida que se da a los captores i a sus presas; favor que, segun hemos visto, es extremadamente limitado. A los corsarios mismos que son obligados a esta restitution, no se les permite almacenar ni vender las mercaderías restantes bajo ningun pretexto. Pero, cualquiera que haya sido el motivo de esta disposicion, ella exigiria sin duda el juicio de un tribunal frances sobre la nacionalidad de las mercaderías.\* Azuni da mucha mas latitud a la jurisdiccion de los neutrales. «Es constante, dice, que un buque armado en guerra conserva su independencia en el territorio neutral por lo tocante a su régimen interior, i que el soberano del puerto en que ha entrado no puede obligar a la tripulacion a que obedezca sus leyes. Así que, jeneral-

---

\* Título *Des prises*, artículo 15.

mente hablando, no lo es lícito poner en libertad una presa ilegítima. Pero esta prerrogativa de los buques de guerra o corsarios no se extiende a los casos en que los súbditos del soberano del puerto, i aun de cualquiera otra potencia neutral, tienen interés en el buque apresado. Entónces se debe proceder segun las reglas de la mas severa justicia. El apresador está obligado a probar que el buque ha sido apresado legítimamente, porque ha violado las leyes de la neutralidad. Por consiguiente, me parece indubitable que un armador que entra en los puertos de un estado extranjero conduciendo presas neutrales, no puede negarse a reconocer la jurisdicción del soberano del puerto, si la reclama el capitán del buque apresado, i sobre todo si son súbditos de este soberano los que tienen interés en la presa.\*

Pero esta doctrina no parece conformarse a la costumbre actual. Pocas naciones han defendido con mas celo i tesón los privilegios de los neutrales que los Estados Unidos de América; i ya hemos visto que sus juzgados se abstienen de conocer en la legitimidad de las presas hechas a sus propios ciudadanos a título de infracción de neutralidad. En el caso de *L'Invincible*, declaró la corte suprema que a los tribunales de América no competía corregir los agravios que se supusiesen cometidos en alta mar contra las propiedades de los ciudadanos de aquellos estados por un corsario que tuviese comisión legítima de una potencia amiga.\*\*

En casos, con todo, en que, segun la práctica de los mismos Estados, es competente la jurisdicción de los neutrales; á saber, cuando el corsario cuya presa es conducida a un puerto amigo, viola la neutralidad de la potencia en cuyo territorio se detiene, ya armando o tripulando allí sin su consentimiento, cometiendo actos de hostilidad en sus aguas.\*\*\* En el caso de *Estrella*, se declaró por la corte suprema que el derecho

\* *Recho Marítimo*, parte II, capítulo 4, artículo 8.

\*\* *Elliot's References*, número 270; *Wheaton's Reports*, libro I, página 8.

\*\*\* *Elliot's References*, 285: caso citado de la *Santisima Trinidad*. *Wheaton's Reports*, libro I, página 283.

de adjudicar las presas i de dirimir todas las controversias relativas a ellas, pertenece exclusivamente a los tribunales de la nacion del apresador, pero que es una excepcion de esta regla, que, cuando el buque apresado se halla bajo las baterías de la potencia neutral, los juzgados de ésta tienen facultad de investigar si la nave apresadora ha infringido su neutralidad; i que, siendo así, están obligados a restituir a los primitivos dueños las propiedades apresadas por corsarios ilegalmente armados, aparejados o tripulados en sus puertos.\* I es de notar que la exencion de que gozan los buques de la marina pública de un estado extranjero que entran en los puertos de una potencia neutral con licencia del soberano, expresa o presunta, no se extiende a las naves o mercaderías que llevan a ellos, apresadas en contravencion a los privilegios de la neutralidad de esa potencia.\*\*

Esta línea de separacion entre los beligerantes i los neutrales, por lo tocante a la jurisdiccion de presas, es clara i precisa.

La expresion *violar la neutralidad* tiene dos sentidos diferentes: ya significa un acto del neutral que interviene ilejitimamente en la guerra, favoreciendo al uno de los beligerantes mas que al otro; i ya se aplica a la conducta de los beligerantes, que infringen la inmunidad del territorio neutral, atacando o persiguiendo al enemigo en él, o haciendo armamentos hostiles en contravencion a las leyes. De las infracciones de la primera especie, la potencia beligerante agraviada es el único juez: si sus buques armados apresan propiedades neutrales alegando que sus dueños se han hecho culpables de alguna de las delincuencias que por el derecho de jentes se castigan con la confiscacion del buque o la carga, toca a los tribunales de los captores pronunciar sobre la lejitimidad del apresamiento. Pero, si es el beligerante el que infrinje los derechos del neutral, abusando de su hospitalidad i cometiendo en su territorio actos hostiles, corresponde entónces a la potencia neutral agraviada defender sus inmunidades, compeliendo al ofensor a la reparacion de los daños hechos; de manera que, cuando la presa es conducida a

---

\* Wheaton's Reports, libro IV, página 298.

\*\* Caso citado de la Santísima Trinidad.

un puerto suyo, puede ejercer jurisdiccion sobre darla restituir a los propietarios primitivos; i esto extiende, segun Kent, aun a aprehender en alta ques extranjeros que han atropellado sus privilegios venido a sus leyes, i a conducirlos a sus puertos men judicial de los hechos i la restitucion de las p

Ilé aquí las reglas que los tribunales american en esta adjudicacion.

Los armamentos o aprestos ilegales solo vicia hechas en el *crucero* o viaje de corso, para que fuer dos; i no producen vicio alguno despues de la ter este viaje.\*

Si la terminacion del *crucero* es puramente p buque corsario se aprestó i armó en territorio el objeto de emplearse en el viaje de corso, duran hizo la presa, el vicio de la captura no se cor gado.\*\*

La jurisdiccion del neutral en estos casos se cif recho de jentes a la restitucion de la propiedad la indemnizacion de los perjuicios causados i el costas del juicio; pero no comprende la facultad multas penales como en los casos ordinarios de in tidas en el mar.\*\*\*

El que pide la restitucion alegando ilegal arma probarlo.\*\*\*\*

Si se prueba contra el apresador el hecho de h marineros en el territorio neutral, i él alega en su estos marineros eran súbditos de la potencia bajo se ha hecho la presa, i domiciliados en territorio obligado el apresador a probar la excepcion.\*\*\*\*\*

La condenacion de la presa, pronunciada por u

---

\* Caso citado de la *Santisima Trinidad*.

\*\* Caso del *Gran Pará*, Wheaton, libro VII, página

\*\*\* Caso de la *Amistad de Rues*, Wheaton, libro V,

\*\*\*\* Caso citado de la *Amistad de Rues*.

\*\*\*\*\* Caso citado de la *Santisima Trinidad*.

embaraza la jurisdiccion del juzgado  
dia de la propiedad apresada.\*  
ena la restitucion de la presa al due-  
ue demanda la propiedad a título de  
que infringió la neutralidad; lo cual  
haber sido condenada la presa por  
del captor.\*\* Pero, si el que hace  
condenacion de la presa, no es el que  
ha tenido complicidad en ella, i prue-  
título oneroso, no puede el juzgado  
dad al primitivo dueño.\*\*\*

---

*rcelones*, Wheaton, libro VII, página 496.  
Wheaton, libro VIII, página 108.

---



## CAPÍTULO

### Restricciones impuestas por el derecho neutral activo, i principalmente

1. Mercaderías enemigas en buques neutrales en buques enemigos.—3. Observaciones opuestas: el de la propiedad i el del pabellón.—5. Bloqueo.—6. Protección enemiga en la guerra.—7. Deferencia servil al enemigo.—8. Comercio colonial i de cabotaje de los buques neutrales para visita.—11. Documentos justificativos de la declaración de París.

#### 1

¿Tenemos derecho\* para confiscar las embarcadas en buques neutrales mercaderías de una nación como una ley? Las leyes, parece que no nos están tan declaradas de hostilidad, como las de nuestro adversario. Pero es una ficción, imaginada para el estado sobre ellas i sobre los buques. No debemos dar a esta ficción mucho más perjuicio a los buques contrarios a los neutrales. Supongamos las propiedades enemigas bajo protección a los dueños del buque los

En este capítulo, se ha seguido p  
1, capítulo 9; i a Kent (parte I, lec

16 pudieran alegar las naciones amigas  
 i racional i moderado del derecho de cap-  
 d de la visita del buque i del exámen de la  
 ita i exámen serian siempre necesarios  
 buques pertenecen efectivamente a la na-  
 remolan, si su carga es contrabando de  
 i una plaza sitiada o bloqueada, etc. Toda  
 en la necesidad de llevar documentos que  
 dad de la carga, i de someterse a veces a  
 ipuloso i prolijo. Pero estos inconvenien-  
 andantemente compensados por las gran-  
 crecen en tiempo de guerra al tráfico de  
 3.

puesto de que el derecho de la guerra nos  
 en el mar las propiedades de los súbditos  
 a que reconocen actualmente todos los es-  
 ía de desear que en esta materia se adop-  
 álogas al espíritu mitigado i liberal del  
 oderno. Pero, si se admite que es lícito i  
 egacion i el comercio marítimo del ene-  
 s de donde saca los mas poderosos medios  
 para lograr este objeto, nos es permitido  
 piedades particulares empleadas en ellos,  
 bien las consecuencias que se derivan de  
 nto que no se siga de ellas ningun incon-  
 neutrales.

naves de guerra neutrales, se admite je-  
 están sometidas a esta visita i registro, ni  
 isdicion de otro estado: mucho ménos en

as propiedades enemigas en buques mer-  
 ra de una potencia neutral, pero estamos  
 a sus ciudadanos los daños que el ejercicio  
 asione. La regla que se observa es que, si  
 uena presa i el capitán no ha obrado de

mala fe, o en contravención a la neutralidad,\* se le abona el flete, i además se le concede una razonable indemnización por la demora, dado caso que el apresamiento le haya causado alguna. El flete de los efectos condenados se le abona por entero, como si los hubiese entregado a los consignatarios, i no a proporción de la parte del viaje que efectivamente ha hecho; porque el captor se sustituye al enemigo, i apoderándose de sus propiedades, contrae con los dueños del buque las obligaciones inherentes a ellas.

Si una parte de la carga se condena, i se absuelve i restituye la parte restante, el flete no debe imputarse a toda la carga, sino solamente a la que ha sido adjudicada al captor; es decir que el captor no es obligado a pagar otro flete que el correspondiente a los efectos condenados. «Los captores (dijo el juez Story en la corte suprema de los Estados Unidos) no pueden ser obligados a mas que al flete de los efectos que se les adjudican. La detención de un buque neutral que lleva mercaderías enemigas es un ejercicio estrictamente justificable de los derechos de la guerra. No se hace en ello agravio al neutral, aunque se le frustre el viaje. Los captores no deben, pues, responder de los perjuicios que ocasione al neutral el justo ejercicio de los derechos de un beligerante. Habrá en ello una desgracia para el neutral, pero no una injuria del beligerante. Por el apresamiento, los captores se sustituyen a los dueños, i adquieren la propiedad con el gravámen inherente a ella. Por consiguiente, son responsables del flete de aquellos efectos, de que la sentencia les declara el dominio, i en que los subroga a los primitivos propietarios. Hasta aquí, la regla es perfectamente equitativa. Extenderla mas, i cargarlos el flete de mercaderías que no han recibido, o gravarlos con las obligaciones de un contrato de fletamento en que no han intervenido, no sería razonable en sí, ni conciliable con los principios reconocidos en materia de presas. De esa manera, en un caso de cap-

---

\* Por ejemplo, tratando de encubrir con falsas apariencias la propiedad del enemigo (*Elliot's References*, número 343), destruyendo u ocultando papeles, llevando pliegos al enemigo, efectos de contrabando, etc. (*Elliot's References*, número 663.)

tura legítima, la condenacion de un solo fardo pudiera envolver a los captores en una ruina completa, gravándolos con el flete estipulado para toda la carga.»\*

No se considera como perjuicio que deba abonarse a los neutrales la mera privacion de un lucro que nace del estado de guerra. De aquí es que no siempre se abona el flete estipulado en la contrata de fletamento, que puede ser a veces mui alto en razon de las circunstancias de la guerra, i a veces abultado con el objeto de defraudar al captor.\*\*

## 2

¿Tenemos derecho para confiscar las propiedades neutrales embarcadas en bajeles enemigos? No hai principio alguno sobre que pueda fundarse una pretension semejante. Los males de la guerra deben limitarse, en cuanto es posible, a las potencias beligerantes; las otras no hacen mas que continuar en el estado anterior a ella; conservan con las dos partes las mismas relaciones que ántes; i nada les prohíbe seguir su acostumbrado comercio con la una i la otra, siempre que esto pueda hacerse sin intervenir en la contienda.

Las propiedades neutrales son, pues, inviolables, aunque se encuentren a bordo de embarcaciones enemigas. Pero, en este caso, no se les debe indemnizacion alguna por la pérdida, menoscabo o desmejora que sufran sus mercaderías a consecuencia del apresamiento del buque. El perjuicio que reciben entonces los neutrales es una contingencia a que se exponen voluntariamente, embarcando sus propiedades bajo un pabellon que no les ofrece seguridad alguna; i el captor, ejercitando el derecho de la guerra, no es responsable de los accidentes que ocasione, como no lo sería si una de sus balas matase a un pasajero neutral que desgraciadamente se hallase a bordo de la nave enemiga.

\* Caso de la *Antonia Johanna*. Wheaton's *Reports*, libro I, página 159. Véase otra decision semejante en *Elliot's References*, número 316.

\*\* Caso del *Twilling Riget*, Robinson, libro V, página 82.

Esta regla no parece haber sido siempre bien entendida; i en tiempo de Grocio, pasaba por una máxima antigua que los efectos encontrados en buques hostiles se reputaban hostiles.

Pero el sentido racional de esta máxima es que, en tal caso, se presume jeneralmente que los efectos son de propiedad enemiga; presuncion que puede desvanecerse con pruebas fehacientes de lo contrario. Juzgólo así la corte soberana de Holanda durante la guerra de 1338 con las ciudades hanseáticas; i de entónces acá ha venido a ser éste un principio de derecho marítimo; de tal manera que, si un neutral fuese socio de una compañía de comercio, i emprendiese algun tráfico o jiro, que fuese ilegal para otro de los socios, esta ilegalidad no viciaria la parte que tuviese el neutral; de lo que se presenta un ejemplo en el caso del *Franklin* juzgado por el almirantazgo británico. Juan i Guillermo Bell, neutrales, aquél residente en América, país neutral, i éste en Inglaterra, país belijerante, estaban asociados i comerciaban con el enemigo de Inglaterra en tabacos, tráfico que, respecto de Juan, residente en país neutral, era perfectamente lejítimo, pero respecto de Guillermo, revestido del carácter nacional de su residencia, era ilegítimo, como toda especie de tráfico o jiro entre los dos belijerantes. Embargóse el tabaco: la parte de Guillermo se confiscó; pero la de Juan, que retuvo su carácter neutral, fué restituida. Si el súbdito neutral se constituye agente de un súbdito enemigo e hiciese uso de papeles falsos, el caso sería diferente: la parte del neutral estaria sujeta a confiscacion.\*

La corte suprema de los Estados Unidos ha declarado que los efectos neutrales eran libres aun a bordo de naves enemigas, armadas en guerra, i sin embargo de la resistencia que estas naves hiciesen al apresamiento, siempre que los dueños de los efectos no hubiesen tenido parte en el armamento ni en las hostilidades cometidas por ellas;\*\* pero el almirantazgo británico ha decidido lo contrario.

\* Robinson, libro VI, página 127. Puede verse tambien el caso de la *Zulema*, Wheaton's *Reports*, libro I, página 14.

\*\* Este punto fué discutido a la larga en el caso de la *Nereyde* ante la corte suprema, el año de 1815 (Cranch, tomo IX, página 412). La

ros de mercaderías neutrales en navos enemigas cho al flete cuando se ordena la restitucion de ias, a ménos que sean conducidas a su destino, sion de los contratantes.\*

## 3

e apresar las propiedades enemigas a bordo de es fué ya reconocido en la antigua compilacion itimo llamada *Consulado del mar*. Inglaterra, separado de esta práctica en algunos tratados, por cerca de dos siglos como perteneciente al i primitivo de las naciones. Otras potencias o en varias épocas el principio contrario, que ones libres hacen igualmente libres las merca- a su bordo.\* Así lo hicieron los holandeses en 56. Pero Mr. Jenkinson (despues lord Liverpool) siguiente un discurso en que manifestó del mo-

rte adhirió al voto del juez mayor Marshall; segun el té de contraria opinion, el neutral no puede sin faltar s poner sus mercaderías a bordo de un buque ene- a que el buque tenga patente de corso o no la tenga; el mero acto de embarcarlas en él fuese inocente, la apitan enemigo comprometeria siempre el carácter ja. «La resistencia del buque es resistencia de la car- que armado en guerra o no lo esté: era lleve patente la lleve. El que aventura su propiedad a la fortuna no atenerse a lo que ésta decida. Cuando se apela a os de los neutrales callan, i el captor tiene derecho a ada por su valor i bizarría. En dos grandes naciones ancia i la Inglaterra, la confiscacion es la pena de la isita, cualquiera que sea la nacionalidad de la nave o un Valin, esa es tambien la regla de España; i no Francia a las naves i cargas neutrales, sino a las encuentra en el código marítimo de ninguna nacion, alguno de leyes marítimas, la menor vislumbre de eer que en caso de resistirse la visita haya diferencia e la carga i la del buque. Existiendo esa distincion, no la esclareciese algun rayo de luz en tantos siglos arítimas.»

ences, número 244

do mas concluyente la legalidad del apresamiento número de autoridades i ejemplos. La conducta francesa ha sido caprichosa i fluctuante, ya sostengo derecho, i aun extendiéndolo hasta el punto de la nave neutral, si el embarque de propiedades fuese hecho a sabiendas;\* ya limitando la conducta a los casos en que su neutralidad apareciese en que el sobrecargo u oficial mayor o mas de la marinería fuesen súbditos de un estado que el rol de tripulacion no fuese autorizado por funcionarios públicos del puerto neutral de que se trata.\*\*\*

Tal era el estado de cosas en 1780, cuando la Rusia, Catalina II, expidió la célebre declaración armada, proclamando como una regla i derecho primitivo de jentes: «que los neutrales gozasen libremente de puerto a puerto i sobre las naciones en guerra, siendo igualmente libre para estas naciones que vayan a su bordo, excepto el contrabando,» e intimando que, para mantenerla i proteger de su pabellon i el comercio i navegacion que ella habia mandado aparejar una parte considerable de sus navales.\*\*\* Accedieron a esta declaracion la Prusia, la Holanda, la Suecia, la Dinamarca, el Emperador de Alemania, el Portugal i las dos Sardinias. La oposición de una potencia de tan decidida supremacía como la Gran Bretaña era un obstáculo para aquella lei convencional de neutralidad. Así fué insistir en ella. Los esfuerzos que las potencias hicieron en 1801 para restablecerla, fueron contrarrestados por la Inglaterra; la Rusia i

\* Ordenanzas de 1681, i decretos de 1692 i 1703.

\*\* Reglamento de 1778; *Recueil de Martens*, tomo I (edición de 1818).

\*\*\* Véanse los «Actos relativos a la neutralidad» en la colección de Martens, tomo III, páginas 158 i siguientes.

7) de junio de 1801, estos embarcados en naves de los contrabandos de ,\* i el Austria siguió este alidad de 7 de agosto de de derecho comun, sin que la derogasen o mo-

admitió la legalidad de ngadas guerras que se ero posteriormente se ha la regla prescrita por el apuesto derecho de con-iques neutrales, no tiené unque la alta mar es co-ccion privativa sobre sus timas de la Europa mo-otra, han accodido a la ades enemigas en naves al está obligada a deferir lo tolerado en un tiempo, stener oportunamente la .cepcion que admiten los de los belijerantes puede nunidad protectora, si el i todo eso, la autoridad i a regla contraria, dice el gado reconocimiento de o darles ya márjen para

orporado esta nueva doc-íblicas americanas, cuya na coyuntura favorable mas humanos i liberales de una numerosa familia



de pueblos, llamados a un extenso comercio con las naciones de Europa. Mucha parte del actual poder i prosperidad de los anglo-americanos se debe sin duda a las reñidas contiendas que han agitado el mundo antiguo, i en que han tenido la cordura de no mezclarse; su política es la neutralidad; i por consiguiente, esforzándose en extender las inmunidades de los neutrales, no han hecho otra cosa que promover su interes propio. Pero éste coincide con el interes jeneral, porque tiende a suavizar la guerra i proteger el comercio.

La libertad de los efectos neutrales bajo pabellon enemigo no es ménos antigua, ni está ménos frecuentemente reconocida. Encuéntrase ya en el *Consulado del mar*. Las ordenanzas francesas de 1543, 1584 i 1681 declararon estos efectos buena presa, pero en el dia la opinion i la práctica jeneral se oponen a ello.

En los tratados de la Confederacion Americana con las nuevas repúblicas, se ha unido la exencion antedicha de las mercaderías enemigas en naves neutrales con la regla contraria de la confiscacion de mercaderías neutrales bajo pabellon enemigo; subordinando en todos casos la propiedad a la bandera. Pero talvez en esto han llevado miras mas nacionales i exclusivas. El efecto natural de esta regla es atraer el comercio de acarreo de los belijerantes a las potencias neutrales, movimiento a que propende bastante por sí solo el estado de guerra.

Las dos proposiciones distintas, que «las mercaderías enemigas, bajo pabellon neutral, pueden lícitamente apresarse,» i que «las mercaderías neutrales, bajo pabellon enemigo, deben restituirse a sus dueños», han sido explícitamente incorporadas en la jurisprudencia de los Estados Unidos, cuya corte suprema las ha declarado fundadas en el derecho comun de jentes. Ellas reposan, segun la doctrina de aquel tribunal, sobre un principio claro i sencillo, es a saber, que tenemos un derecho incontestable para apresar las propiedades de nuestro adversario, pero no las de nuestros amigos. La bandera neutral no constituye proteccion para la carga enemiga, i la bandera enemiga no comunica este carácter a la carga neutral. El ca-

rácter de la carga no depende de la nacionalidad del vehículo, sino de la del propietario.

Los pactos que las naciones han hecho para derogar este simple i natural principio, solo obligan a los contratantes en sus relaciones recíprocas. En lo demas, no se hace mudanza. Los anglo-americanos, por ejemplo, confiscarán las propiedades hostiles bajo el pabellon neutral británico, i las respetarán bajo el de Venezuela o Chile, miéntras permanezcan en vigor los tratados que han celebrado con estas repúblicas. Mas, aun on las relaciones recíprocas de los contratantes, hai casos en que es necesario atenerse al derecho comun. Supongamos, por ejemplo, que la Gran Bretaña se hallase en guerra con los Estados Unidos. Como la Gran Bretaña confiscaria las propiedades hostiles bajo bandera neutral, sería necesario que los Estados Unidos hiciesen lo mismo por su parte; de otro modo, darian una ventaja a su enemigo. Por consiguiente, se ha introducido en los tratados de las repúblicas americanas esta excepcion: que, si una de las partes contratantes se hallase en guerra con una tercera potencia que no admitiese como regla que *la bandera libre hace libre la carga*, i la otra parte contratante permaneciese neutral en la guerra, la bandera de esta última nacion no cubriria la propiedad de aquella tercera potencia.

Esta excepcion conduce naturalmente a otra. Si, en el caso que hemos supuesto, las mercaderías de la potencia neutral, bajo el pabellon británico, fuesen confiscadas por los americanos, i las mercaderías de la Gran Bretaña, bajo el pabellon de la potencia neutral, fuesen igualmente confiscables por los americanos, la potencia neutral se habria hecho, en virtud del tratado, de mucho peor condicion que los demas neutrales. Fuera de eso, la Gran Bretaña tendria derecho para considerar la conducta del neutral como opuesta a los deberes de la neutralidad; sujetándose éste a la prohibicion de valerse de naves británicas para el acarreo de sus productos mercantiles, autorizaba a la Gran Bretaña para imponerle por su parte la prohibicion de valerse de naves americanas. Dejaría, pues, de respetar los productos de aquella potencia neutral embarcados

bajo el pabellon de su enemigo. De aquí es que, en los tratados de las repúblicas americanas, se ha introducido esta excepcion: que, cuando el enemigo de una de las partes contratantes no reconociese el principio de la bandera sino el de la propiedad, las mercaderías del otro contratante, embarcadas en las naves de este enemigo, fuesen libres.

Hay cierta conexion natural entre la regla que absuelve la carga enemiga en buque neutral i la que condena la carga neutral en buque enemigo. Pero este enlace no es necesario. La primera regla es una concesion de los beligerantes que confiere a la bandera neutral un privilegio a que no tiene derecho; la segunda regla es una concesion de los neutrales que renuncian, a favor de los beligerantes, una inmunidad natural. Si un tratado estableciese una de estas dos reglas, i guardase silencio con respecto a la otra, se entenderia que en esta parte la intencion de los contratantes habia sido mantener el derecho comun.

Concluiremos este artículo con dos observaciones. La primera es relativa al principio de la propiedad i al modo de calificarla. El derecho *ad rem* o *in rem* que un neutral puede tener sobre la propiedad hostil, no borra en ella este carácter ante los juzgados de presas. Una nave, por ejemplo, no dejará de ser adjudicada al captor, porque el neutral a quien la haya comprado el enemigo no haya recibido el precio de la venta. De otro modo, no sabrian jamas los captores a qué efectos les sería lícito echar mano; los mas auténticos documentos servirian solo para inducirlos en error, si hubiesen de tomarse en cuenta los privilegios e hipotecas a que pudieran estar afectas las mercaderías. Los juzgados mismos se verian sumamente embarazados, si admitiesen consideraciones semejantes, porque la doctrina relativa a las hipotecas no es uniforme, i depende enteramente de los principios de jurisprudencia civil que cada nacion ha adoptado.

La segunda observacion es jeneral. Cada beligerante tiene facultad (con el consentimiento de sus aliados) para mitigar el ejercicio de sus derechos, eximiendo de confiscacion cualquiera especie de tráfico en épocas i lugares determinados;



En una guerra marítima, tienen el carácter de contrabando las naves i toda especie de efectos destinados al servicio de la marina. Valin dice que estos efectos se han calificado de contrabando desde principios del siglo XVIII, i las reglas británicas relativas a la captura marítima son terminantes en la materia. Alquitrán, pez, cáñamo i cualesquiera otros materiales a propósito para la construccion i servicio de naves de guerra, se han declarado contrabandos en el derecho de jentes moderno; aunque en tiempos pasados, cuando el mar no era tan amenudo el teatro de las hostilidades, su carácter fuese mas disputable. La lona se mira como contrabando universalmente, aun cuando su destino es a puertos de que el enemigo se sirve solo para el comercio, i no para expediciones hostiles.

Con respecto a la madera de construccion, no exclusivamente aplicable a la guerra, las opiniones no están acordes. El gobierno americano ha concedido frecuentemente que esta especie de mercancía era contrabando de guerra. Pero el consejo de presas de Paris declaró en 1807, en el caso de la nave austriaca *Il Volante*, que la madera de construccion no exclusivamente aplicable a la marina de guerra, no estaba comprendida en la prohibicion del derecho de jentes.

Aun a las provisiones de boca destinadas a puerto enemigo no bloqueado, se ha extendido a veces la calificacion de contrabando, como a los granos i harinas por el decreto de 9 de mayo de 1793 de la convencion nacional francesa, i por las instrucciones dadas a los marineros británicos en 8 de julio siguiente. La Inglaterra sostuvo que debian considerarse como tales toda clase de víveres cuando el privar de ellos al enemigo era uno de los medios de reducirle a términos razonables de paz, i que este medio se adaptaba particularmente a la situacion de la Francia, que habia puesto sobre las armas casi toda su clase trabajadora con el objeto de hostilizar a todos los gobiernos de Europa. Los anglo-americanos rechazaron esta pretension con el vigor que saben emplear en la defensa de sus intereses nacionales. La cuestion, sin embargo, quedó indecisa en el tratado que celebraron con la Gran Bretaña en

la lista de artículos de contrabando materiales destinados a la construcción o en bruto i tablas de pino, con respecto declaró que jeneralmente no eran de un el derecho actual de jentes, podian o no se especificaron; i se estipuló, pena legal, que, cuando se confiscaba guerra, se abonarian por los captores cio de ellos, el flete i una razonable americano ha reconocido repetidas enumeracion de artículos de contrabandamente declaratorio del derecho

artículos de contrabando (segun expuso británico en el caso de la *Jonge Mar*. Algunas veces de tal modo, que era des, porque éstas dependian de circunstancias cuya historia no acompañaba a la En 1673, se consideraban como contrabando, el aceite, i en épocas posteriores mantenimiento. En 1747 i 48, pasaron, la manteca i el pescado salado. rije, es que las provisiones de boca se, pero pueden tomar este carácter de la guerra i la situacion de las po-

n que se tratan los artículos tanto de tras especies, influye mucho, segun go británico, la circunstancia de ser el país a que pertenece la nave. Otro el hallarse en su estado nativo, i no na forma que los haga a propósito e el trigo, el cáñamo i el hierro en de licito tráfico, mas no la galleta, ro la distincion mas importante que

o 1, página 189.

debe hacerse es si los artículos se destinan al consumo jeneral o de la marina mercante, o si hai probabilísima presuncion de que van a emplearse en operaciones hostiles. En este punto, las circunstancias del puerto a que se llevan, ofrecen un razonable criterio. Si el puerto es puramente de comercio, se presume que los artículos ambiguos se destinan a usos civiles, aunque accidentalmente hayan servido para la construccion de un navío de guerra. Pero, si es de aquéllos en que suelen hacerse aprestos militares, como Portsmouth en Inglaterra o Brest en Francia, se presume que los artículos se destinan a usos militares, aunque pudieran aplicarse a otro objeto. Como no hai modo de averiguar el destino final de efectos cuyo uso es indefinido, no debe mirarse como injuriosa la regla que se fija en el carácter del puerto a que se dirige la nave; i crece en gran manera la vehemencia de la presuncion, cuando es notorio que se hace en este puerto un armamento considerable, para el cual serian de mucha utilidad los efectos.

Esta doctrina de los juzgados ingleses coincide esencialmente con la del congreso americano en 1775, cuando declaró que toda nave que llevase provisiones u otros artículos de necesario consumo a los ejércitos o escuadras británicas, estaba sujeta a confiscacion. Adoptóla tambien plenamente la corte suprema de los Estados Unidos; como se vió el año de 1815 en el caso del *Commercen*, buque neutral que llevaba provisiones para el servicio del ejército ingles en España. La corte suprema declaró que las provisiones eran contrabando siempre que fuesen produccion de país enemigo, i que se destinasen al consumo de las fuerzas terrestres o navales del mismo enemigo, pero que no debian mirarse como contrabando si eran produccion neutral, i se destinaban al uso comun.\* «Esta especie de artículos (añadió la corte) no son jeneralmente ilícitos; pero el objeto del viaje i las circunstancias de la guerra pueden darles este carácter. Si van a servir a los habitantes del país enemigo sin distincion de personas, es lícito su transporte; pero el caso

---

\* Wheaton's Reports, libro I, página 382.

servir particularmente a las tropas o es-  
, o se llevan a los puertos en que suelen  
mentos. I esto se aplica aun al caso en  
adras del enemigo se hallan en territorio

uito de los mismos estados declaró el año  
isiones pasan a ser de tráfico ilícito, siem-  
a un puerto en que se hacen aprestos de

le la guerra de un tiempo a otro, artículos  
ntes pueden dejar de serlo a consecuencia  
nplearse en algun nuevo jénero de hostili-  
ion siempre unos mismos, pero su aplica-  
nte. Compete, pues, al soberano belijeran-  
nuevos artículos de contrabando, cuando  
ntroducidas en la práctica de la guerra  
mentos de destruccion las cosas que ántes  
za inocentes.

alica a los infractores de las leyes interna-  
ontrabando, es la confiscacion de las espe-  
. Una vez que los neutrales tienen noticia  
lucen a mi enemigo mercaderías de que  
a dañarme, no deben quejarse de mí si las  
imitarme a tomarlas pagando el precio de  
ía contraer con los neutrales la obligacion

los efectos de esta especie que afectasen  
n otro limite que el de sus medios de pro-  
mbargo de los efectos sería por otra parte  
leaz para intimidar la codicia de los espe-  
nente en la mar, donde es imposible cor-  
puertos de los belijerantes.

echo las naciones que se hallan en guerra  
onfiscar los efectos de contrabando. Pero  
quejarse del soberano cuyos súbditos han  
o en estos efectos. En 1796, pretendió la



república francesa que los gobiernos neutrales estaban obligados a prohibir i castigar este tráfico. Pero los Estados Unidos sostuvieron la libertad de los neutrales para vender en su territorio o llevar a los beligerantes cualesquiera artículos de contrabando sujetándose a la pena de confiscacion en el tránsito. El derecho de los neutrales al acarreo de estos artículos está en conflicto con el derecho del beligerante a confiscarlos, i ninguno de los dos soberanos puede imputar una ofensa al otro.

La confiscacion se conmuta algunas veces en la simple *preención* o preferencia de compra; es decir, que los captores retienen los artículos de contrabando, satisfaciendo su valor a los neutrales. Obsérvase esta regla con las sustancias alimenticias que no han recibido su última preparacion, como el trigo o la harina, i con algunos otros artículos, verbigracia, alquitran i pez, cuando son producciones del país a que pertenece la nave. Se paga por ellos un precio equitativo, no el que pueden tener accidentalmente por un efecto de la guerra en el puerto a que van destinados.

El contrabando, segun la expresion de los juzgados de almirantazgo, contajia los demas efectos que se hallan a bordo de la misma nave i pertenecen al mismo propietario. Antiguamente se confiscaba tambien el buque; hoy solo recaen sobre él la pérdida del flete i los gastos consiguientes a la captura, a ménos que sea tambien propiedad del dueño de los artículos de contrabando, o que en el viaje se descubran circunstancias de particular malignidad, entre las cuales, la de navegar con papeles simulados se mira como la mas odiosa de todas. En este i los demas casos de fraude por parte del propietario del buque o de su agente, la pena se extiende a la confiscacion del buque i de toda la carga.

El delito del contrabando se purga, segun el lenguaje de los juzgados de presas, por la terminacion del viaje; es decir, que no puede apresarse el producto de los efectos ilícitos en el viaje de vuelta.\* Pero, en el caso de haberse debido el buen suceso

\* La *Ionina*, Robinson, libro III, página 167.

primer viaje a papeles falsos que paliaban el verdadero motivo de la expedición, se puede, según el almirantazgo británico, apresarse y confiscar a la vuelta el producto de los efectos contrabando.\*

Para evitar el peligro de confiscación, es necesario que el neutral que tiene efectos de contrabando a bordo, sea sumamente circunspecto en su viaje; porque no puede tocar con impunidad en ningún puerto enemigo bajo el pretexto, por ejemplo, que parece, de vender artículos inocentes. Para hacerlo, se dirige primero a un paraje en que no se halle establecido el enemigo y se puedan descargar lícitamente las mercancías de contrabando.

## 5

Otra restricción impuesta a los neutrales es la de no comerciar en ninguna manera con las plazas sitiadas o bloqueadas. El beligerante que pone sitio a una plaza o que la bloquea (de Vattel), tiene derecho para impedir a los demás la entrada en ella, y para tratar como enemigo al que quiera entrar, llevar algo a los sitiados, sin su permiso, porque estorba su captura, y puede hacerla abortar, y envolverle de este modo todas las calamidades que trae consigo la fortuna adversa de las armas. Entre los derechos de la guerra, ninguno ha sido puesto en razón, ni más autorizado por la práctica de los mejores tiempos.

Para la legalidad de la pena que recae sobre los quebrantadores de este derecho, son necesarias tres cosas: actual bloqueo, noticia previa, violación efectiva.\*\*

1. Un simple decreto no basta para constituir bloqueo; es necesario también que delante de la plaza bloqueada haya una fuerza suficiente para llevarlo a efecto. Si se bloquea, no solo a una plaza, sino una costa algo extensa, es necesario que la

\* La *Rosalie and Betty*, Robinson, libro II, página 343; y la *Nancy*, Robinson, libro III, página 122.

\* Caso de la *Betsey*, Robinson, libro I, página 93.

fuerza sea bastante grande para obrar a un mismo tiempo sobre toda la línea.\*

La ausencia accidental de la escuadra bloqueadora en el caso de una tempestad, no se mira como interrupcion del bloqueo; i así es que, si un neutral quisiese aprovecharse de esta circunstancia para introducirse en el puerto bloqueado, la tentativa se consideraria fraudulenta.\*\* Pero, si el servicio de la escuadra fuese remiso i descuidado, o si se la emplease accidentalmente en otros objetos que distrajesen una parte considerable de su fuerza, de manera que no quedase la necesaria, estas interrupciones, aunque fuesen por un tiempo limitado, suspenderian verdaderamente el bloqueo. «Es en vano (decia sir William Scott en caso de la *Juffrow Maria Schroeder*) que los gobiernos impongan bloqueos, si los que están encargados de este servicio no lo desempeñan como deben. El inconveniente que de ello resulta es mui grave. Cunde el rumor de haberse levantado el bloqueo, los especuladores extranjeros se aprovechan de esta noticia, cae en el lazo la propiedad de personas incautas, i se compromete el honor mismo de los belijerantes.»\*\*\* Si se suspende voluntariamente el bloqueo, o si la presencia de una fuerza contraria obliga a levantarlo, se le mira como terminado, i es necesaria nueva noticia para que produzca otra vez sus efectos.\*\*\*\*

2. La segunda circunstancia indispensable para la aplicacion legal de la pena, es que el neutral tenga conocimiento del bloqueo. Este conocimiento se le puede dar de dos modos: por notificacion formal del gobierno belijerante a los gobiernos neutrales, o por noticia especial dada a la nave que se dirige al

\* «No se concede la denominacion de puerto bloqueado, sino a aquél en que, por la disposicion de la fuerza bloqueadora en buques apostados allí o suficientemente cercanos, hai peligro evidente de entrar.» Convencion de 17 de junio de 1801 entre la Gran Bretaña i la Rusia: Martens, *Supplement*, tomo II, página 476.

\*\* Caso del *Frederick Molke*, Robinson, libro I, página 86.

\*\*\* Robinson's *Reports*, libro III, página 147.

\*\*\*\* Wheaton's *Elements*, parte IV, capítulo 3, § 25.

to bloqueado. Puede tambien ser suficiente la notoriedad del bloqueo.

Para que una notificacion sea válida (segun el caso del *Rolla*), basta que sea digna de fe con mas o ménos solemnidad importa por asmita de manera que no quede duda alguna, pues entónces debe el neutral dirigir, a. Lo que conviene en todos casos, es que se de un modo que no dé lugar a equivocaciones.\*

El efecto de la notificacion a un gobierno es que sus súbditos se reputan comprendidos en el bloqueo y no pueden entónces alegar ignorancia, por lo que el gobierno comunicar la noticia a todos los ciudadanos le está encomendada.\*\* Pero se concibe para la circulacion de la noticia, que, por lo comun, se presume sabida; bien que la presuncion se prueba contraria.\*\*\*

Cuando el neutral ha recibido efectiva notificacion, no se le permite acercarse a la fuerza de bloqueo de informarse de si subsiste o nó el bloqueo al comerciante (decia sir William Scott en el caso de la *Irene*) enviar su buque al puerto de destino sin encontrar la escuadra bloqueadora, o si, al dolo, pidiese una intimacion y se dirigiese a otros puertos. Los fraudes no daria lugar semejante conducta.

Robinson's *Reports*, libro VI, página 364. El modo usual era dirigir la notificacion a los gobiernos, con todo, ser válida y producir efectos legales por un almirante o comandante al gobernador para conocimiento de los neutrales que no tuvieron. Dado este paso, los extranjeros que se hallaban en el puerto, debian considerarse como sabedores del bloqueo.

*Neptunus*, Robinson, libro II, página 110.

\* *Jonge Petronella*, Robinson, libro II, página 110. — *Adelaide*, Robinson, libro II, página 298.

regla es que, sabida la existencia del bloqueo, no es lícito a las navas neutrales dirigirse al puerto mismo bloqueado so color de comercio. »\*

En el caso del *Neptuno*, sentenciado por el mismo juez, declaró que, precediendo notificación formal, el acto de navegar a un puerto bloqueado con destino contingente, esto es, con el fin de entrar en él si se ha levantado el bloqueo, o si se dirige a otra parte, basta para constituir ofensa; por lo tanto, el buque neutral debe presumir que se alzarán formalmente el embargo y se le dará noticia, y mientras esto no suceda, debe tratar el puerto como cerrado. Así que, desde el momento que zarpa con este destino, se hace delincuente y su propiedad está sujeta a confiscación.\*\*

Los tribunales británicos han relajado esta regla con respecto a los viajes distantes. «A las navas procedentes de América (decía sir William Scott en el caso citado de la *Spes*) y las que se permite recibir noticia especial en el puerto mismo bloqueado, si salieron de América antes de tenerse allí conocimiento del bloqueo; y las que zarpan después de llegada la noticia, pueden navegar con destino contingente al mismo puerto, haciendo escala primeramente en un puerto neutral o haciendo escala para informarse del estado de cosas.» A tanta distancia observó el mismo juez en el caso de la *Betsey*, no es posible poner noticias constantes de la continuación o suspensión del bloqueo, y se hace necesario muchas veces atenerse a probabilidades y conjeturas. Los comerciantes de naciones remotas serían de peor condición si estuviesen sujetos a la misma regla que los de Europa, que «el bloqueo se debe suponer existente hasta que se ha notificado su revocación;» porque el bloqueo duraría dos meses más para ellos, que para las navas de Europa, que reciben esta notificación inmediatamente. En ningún caso se puede ir a la boca misma del puerto si subsiste el bloqueo, de que ya se tiene noticia.\*\*\*

\* Robinson, libro V, página 76.

\*\* Robinson, libro I, página 170.

\*\*\* Robinson, libro I, página 332.

regular i precisa. Bloqueando a  
comandante de la fuerza notificó  
que todos los puertos de Holan-  
otificacion fué considerada como  
otros puertos, sino respecto de  
la observacion del mismo juez) se  
ra dirigirse a otro puerto de Ho-  
be poner a un neutral en seme-  
r (dijo) que si el neutral hubiese  
a irregularidad hubiera justifi-

ca que se suponga a la nave neu-  
ta; porque, si la comunicacion de  
conocimiento de los individuos,  
a todavía mejor este objeto\*\*.

gun la doctrina del almirantazgo  
o equivalente a la notificacion, i  
le imputar a los neutrales el co-  
ntinacion de la fuerza bloquea-  
lua.\*\*\* Por consiguiente, no es  
naves que están surtas en el  
le en este caso ignorar la exis-  
entredicho al comercio.\*\*\*\*

a la boca de un puerto, aunque  
stituye un bloqueo de suficiente  
ral, a ménos que se le convenza  
pecíficos. Por el contrario, si el  
le i notorio, todo navegante que  
presume *prima facie* hacerlo a  
rgo, relativamente a los efectos  
el conocimiento que se supone

, Robinson, libro I, página 246.

, página 80.

I, página 154.

bro I, página 150.

, libro III, página 324.

adquirido por notoriedad i el que se ha dado por notificacion formal. La excepcion de ignorancia, que no puede alegarse en este caso, es admisible a prueba en el otro. Si ha precedido notificacion, el acto de zarpar con destino al puerto bloqueado constituye delito; pero, si el bloqueo existe solo de hecho, los neutrales no tienen motivo de presumir que se les notificará formalmente su terminacion, i pueden dirigirse al puerto bloqueado, haciendo escala en un paraje no sospechoso, para informarse del estado de cosas.\*

A las reglas anteriores, fecundas sin duda de inconvenientes graves para los neutrales, se ha sustituido por convenciones otra mas indulgente i cómoda, que prescribe para todos los casos la noticia especial; de manera que es siempre lícito a los neutrales dar vela con destino a un puerto bloqueado, i el dirigirse a él no constituye infraccion de la neutralidad, mientras no se recibe o no se evita dolosamente la notificacion especial.\*\*

3. Veamos ahora qué es lo que constituye violacion de bloqueo. La opinion jeneral es que, ademas del conocimiento efectivo o presunto de la existencia del bloqueo, es necesario, para constituir violacion, que se pueda imputar al neutral el desig- nio de quebrantarlo, acompañado de alguna tentativa actual. La probanza del desig- nio i del acto variará segun las circuns- tancias, i en las inferencias que se saquen de éstas, influirán su carácter i el juicio del tribunal; pero rara vez se han disputa- do los principios. Dirigirse a un puerto bloqueado es en sí un acto inocente, si no se sabe que lo está. A la nave que se halle en este caso, debe hacerse una intimacion del bloqueo; i si despues de recibirla procura entrar, se la considera delin- cuente.

En los tribunales norte-americanos, se ha disputado a veces la justicia de la doctrina inglesa, «que el acto de navegar a un puerto bloqueado, sabiendo que lo está, es criminal desde el principio, sea cual fuere la distancia entre la procedencia i el destino de la nave.» Pero, despues de la relajacion admitida por los ingleses en los viajes trasatlánticos, hai bastante confor-

---

\* Casos citados del *Hurtidge Hane* i del *Neptunus*.

\*\* *Cranch's Reports*, libro IV, página 185.





Hai circunstancias que pueden disculpar la violacion de las reglas, por ejemplo, una serie de accidentes que no ha permitido saber el bloqueo, un temporal, o una necesidad extrema de víveres, pero es necesario probarlas; i por inocente que haya sido la conducta del capitan o de los cargadores, se debe dar cuenta de ella i ajustar las pruebas a las reglas que el tribunal ha creído necesario fijar para la proteccion de los derechos de los beligerantes, i sin las cuales hubieran de ser ilusorios. La necesidad de procurarse un piloto para hacer viaje a otro puerto, no se considera excusa lejitima.\* Tampoco lo es en jeneral la falta de provisiones, que obligaria sin duda a tomar puerto; pero no exclusivamente el puerto bloqueado, sino en circunstancias mui raras.\*\*

A la fértil inventiva de los neutrales, nunca faltan pretextos i excusas con que dar color a las infracciones; pero se reciben jeneralmente con desconfianza, i para que se admitan es menester probar una compulsion irresistible.

Una vez consumada la ofensa, no se purga hasta la terminacion del viaje. Si la infraccion ha consistido en salir del puerto bloqueado con mercaderías cargadas en tiempo inhábil, o eludiendo la visita o exámen, puede el buque ser apresado por cualquiera nave de guerra o corsaria i a cualquiera distancia de la plaza bloqueada, ántes de llegar a su verdadero destino. I si la infraccion ha sido entrando, puede apresarse a la salida i durante todo el viaje de vuelta. Segun la exposicion de sir William Scott (lord Stowell) en el caso del *Christianberg*, «cuando el buque ha consumado el delito, entrando en un puerto que está en entredicho, no hai otra ocasion de hacer efectiva la lei, que la que él mismo da a su regreso. Se objeta que, si en el viaje subsiguiente subsiste todavía la culpa, se puede suponer con igual razon que acompaña al buque para siempre. En estricto derecho, no sería talvez injusto aprehenderlo despues; pero es sabido que en la práctica la persecucion de la pena se

\* *Arthur, Edward's Reports*, página 202.

\*\* *Fortuna, Robinson's Reports*, libro V, página 27.

extiende solo al viaje inmediato, que es el que ofrece la primera oportunidad de aprehension.»\*

El delito, cualquiera que haya sido, se borra enteramente por la terminacion del bloqueo, porque con ella cesa la necesidad de aplicar la pena para impedir trasgresiones futuras.\*\*

La confiscacion del buque es la pena ordinaria que por el derecho de jentes se impone a los infractores del bloqueo. A primera vista, la carga se considera sujeta a la misma sentencia que el buque. Pero es costumbre oír las pruebas que presentan los cargadores para exonerarse de complicidad en el reato de la nave; pues aunque la presuncion está contra ellos, puede suceder que el patron o el capitan haya sido el único culpable.\*\*\*

Hai circunstancias que hacen la carga de peor condicion que la misma nave, como se vió en el caso de la *Juffrow Maria Schroeder*. Este buque fué restituido por haber tenido licencia para introducir un cargamento en el puerto bloqueado, lo cual lo daba libertad para sacar un cargamento de retorno; pero, habiendo aparecido en los dueños de la carga la intencion de exportarla clandestinamente a la primera ocasion, fué confiscada por el almirantazgo británico.\*\*\*\*

La costumbre antigua era mucho mas severa en esta parte, porque, fuera de condenarse las propiedades implicadas en el delito, que es a lo que se limita el derecho de jentes moderno, se imponian prision i otros castigos personales a los trasgresores.

---

\* Robinson, libro VI, página 376.

\*\* Robinson, libro VI, página 387.

\*\*\* *Neptunus*, Robinson, libro III, página 173.

\*\*\*\* Robinson, libro III, página 147.

Me ha parecido conveniente ofrecer aqui a mis lectores un breve extracto de la doctrina de Hautefeuille sobre los bloqueos ilegales. Despues de hablar del bloqueo ficticio, llamado comunmente de *papel*, que consiste en la simple proclamacion de uno de los belijerantes, i del cual se ha dicho lo bastante en el texto, trata del que llama *bloqueo de crucero*, i se expresa así: «La Inglaterra, despues de haber, en 2 de abril de 1891, atacado i destruido la escuadra danesa en el

Los tribunales de los Estados Unidos han declarado firmemente que el navegar con licencia o pasaporte de prole del enemigo con el objeto de promover sus miras o intervenir en un acto de ilegalidad que sujetaba tanto la carga como el buque a la pena de confiscacion.\*

En 1814, el mismo de Copenhague, sin declaracion de guerra, impuso a la Dinamarca i la Suecia un tratado en que insertó las disposiciones de su derecho marítimo. Adoptaba a primer principio la definicion del bloqueo dada por los tratados de la neutralidad de 1780: *no se da la denominacion de puerto bloqueado a un puerto que es atacado por la potencia bloqueadora con buques apostados suficientemente cercanos, de manera que hagan evidentemente imposible la entrada.* Pero la version inglesa pone apostados suficientemente cercanos, sustituyendo a la particula *i* la particula *o*, convirtiendo el sistema de la neutralidad armada en el sistema de la neutralidad pasiva; en virtud de esta version no es necesario que los buques estén apostados; basta que estén suficientemente cercanos, determinante, como único juez de sus actos, la cercanía que él juzga conveniente. Un buque en crucero delante de una costa era todo lo que necesitaba para bloquearla por extensa que fuese, pues este buque era cercano para apresar a todos los neutrales que se dirigieran hacia el puerto nominalmente bloqueados.

El crucero consiste en que uno o mas buques de guerra ocupen ciertos parajes con el objeto de apresar los buques enemigos o impedir a los neutrales que lleven al beligerante objetos de guerra. El crucero puede hacerse por medio de patrullas; pero, en jeneral, corsarios i pequeños buques son encargados de este servicio. El espacio en que una goleta o un crucero, puede abrazar centenares de leguas. El carácter esencial del bloqueo es la posicion fija de los buques i el del crucero en su movilidad. Es de sentir que la declaracion del congreso de París, de 16 de abril de 1856, no haya sido mas esplicita en cuestion de los bloqueos efectivos, para proscribir semejante sistema.

El uso de los bloqueos ilegales denunciados por este celoso pueblo es el que llama pacífico.

Hace algunos años que varias naciones, entre ellas la Francia, la Inglaterra i la Rusia, han formado bloqueos, pretendiendo sin embargo que son legales. Véase *Kent's Comment.*, parte I, leccion 4.

ctica del almirantazgo británico es ménos severa. se los buques empleados en un acto de ilegal asis-  
-nemigo o de intervencion directa en la guerra; pero  
nde la misma pena a la carga, sino cuando apare-  
s dueños de ella han tenido participacion en la

en paz con las potencias bloqueadas i exigiendo de los  
ue respetasen estos pretendidos bloqueos. El primer ejem-  
1827. Hacia cerca de seis años que el Imperio Otomano se  
en sojuzgar la Grecia rebelde, i las hostilidades habian  
carácter de crueldad atroz. Rusia, Francia e Inglaterra  
poner fin a esta guerra de exterminacion; i con este obje-  
ron un plan de arreglo a las dos partes i ofrecieron su  
declarando que, si alguna de ellas rehusaba aceptarla,  
concierto para lograr lo que solicitaban. La Puerta de-  
intervencion; i entónces los aliados bloquearon todas las  
recia en que se encontraban ejércitos turcos; en seguida,  
que este bloqueo era obligatorio a los neutrales. Lo mas  
ió que los representantes de las tres potencias en Cons-  
to dejaron de protestar que no se habia turbado la paz, i  
tad de sus soberanos subsistia sin alteracion. Todo el  
o el éxito del supuesto bloqueo: la batalla de Navarino  
s fuerzas navales musulmanas i puso a los turcos en la  
cesidad de suscribir a las condiciones dictadas por los

de esta época, la Inglaterra se valió del mismo medio para  
no de los nuevos estados de América a concederle ciertas  
es. La Francia lo empleó igualmente contra Méjico; i  
dos años de bloqueo, cuando un ataque de los mas vivos  
i sus manos la fortaleza de San Juan de Ulloa (Ulúa), pro-  
vía que no estaba en guerra con los mejicanos.  
ate, en 1838, la Inglaterra i la Francia establecieron de  
i bloqueo pacífico sobre los puertos de la República Ar-  
cabo de mas de diez años de existencia de esto acto de  
onian todavía los bloqueadores que la paz no habia cesado  
inar entre ellos i la república. Tales bloqueos fueron de-  
igatorios para los neutrales, i aun se notificaron diplomá-  
las cortes amigas. El bloqueo de Buenos Aires atrajo gran  
expediciones en que las naves de guerra i las embarcacio-  
as o inglesas, tomando, quemando o destruyendo buques  
an observado una conducta que, apesar de toda mi buena  
o me es posible llamar pacífica.





Con el objeto de dar a conocer la opinion dominante del dia relativa al carácter hostil de los despachos de un belijerante a bordo de un buque neutral, nos parece oportuno aludir brevemente a las discusiones entre los Estados Unidos i la Inglaterra en el caso del *San Jacinto* i el *Trent*.

El 8 de noviembre de 1861, el vapor ingles *Trent*, buque mercante contratado para servir de correo, llevaba a bordo a los señores Mason i Slidell, que se dirijian a Europa, con sus respectivos secretarios, en calidad de enviados de la Confederacion del Sur, i fué abordado por el *San Jacinto*, corsario federal, cuyo capitan Wilkes extrajo por fuerza a los dos comisarios, considerándolos como una especie de contrabando vivo, puesto que se daba el titulo de contrabando a los despachos hostiles encontrados en embarcaciones neutrales. Los cuatro pasajeros fueron llevados violentamente a bordo del *San Jacinto*, a pesar de las protestas del capitan ingles, mientras que el *Trent* continuaba en libertad su ruta. El capitan Wilkes, segun su declaracion, habia obrado sin órdenes de su gobierno; i teniendo el derecho de apresar los despachos escritos, creyó que podia tambien apresar a los comisarios del Sur como despachos vivientes. Pero el gobierno británico, considerando como simples pasajeros a los individuos apresados, cualquiera que fuese su nacionalidad, una vez que no eran portadores de comunicaciones escritas, miró el hecho como una infraccion del derecho de jentes i como un insulto a su bandera. Envióse, en consecuencia, a Washington una breve i enérgica reclamacion (30 de noviembre), que terminaba así: «El gobierno de S. M. se persuade a que, sometida la cuestion al gobierno de los Estados Unidos, el gabinete de Washington ofrecerá de su propio motivo la única reparacion que puede satisfacer a la nacion inglesa, es a saber, la liberacion de los prisioneros, su entrega a lord Lyons (ministro ingles en Washington), para que se restituyan a la proteccion de Inglaterra, i las competentes excusas por la agresion cometida.»

Los gabinetes europeos i la opinion pública se impresionaron vivamente de la cuestion de derecho. La Francia se colocó sobre el terreno de la justicia i dijo francamente su opinion a





adherían al modo de pensar del emperador francés. Los despachos oficiales de las potencias con respecto a los Estados Unidos, la cuestión estaba decidida. Mr. Seward, haber mostrado que el gobierno no ha proyectado, ni ejecutado, ni sancionado nada premeditado, en el hecho que se ha presentado, i que, por el contrario, lo que ha sucedido ha sido la inadvertencia de un oficial que, sin ningún previsible, faltó a una regla que no está todavía probablemente era mal comprendida por unos que no les era enteramente desconocida. A este error, el gobierno británico tiene el derecho de exigirnos la misma reparación que nosotros, dependiente, esperaríamos en igual caso de cualquier otro estado amigo.\* Mr. Seward comunicó las instrucciones dadas en 1804 por el gobierno británico al ministro en Londres, para manifestar que en la práctica no hacía más que seguir las máximas que los dos habían profesado constantemente. I concluimos que hagamos por la Inglaterra precisamente lo que nosotros exigido de todas las naciones para nosotros, que, si la seguridad de la Union obligase a retener prisioneros, hubiera sido el deber i el derecho americano retenerlos; pero que las circunstancias no habian para recurrir a este arbitrio; después de lo cual se ha que los cuatro prisioneros serian puestos de nuevo en libertad i entregados a lord Lyons. Lord Lyons, de enero de 1862, declaró terminado el negocio de su gobierno, reservándose solamente el derecho de separar algunas de las opiniones emitidas i sobre ciertos puntos de derecho marítimo que se entendia de diverso modo que los Estados Unidos efectivamente en 23 de enero de 1862; pero es enteramente teórico, tenia por principal objeto para el futuro las máximas profesadas por ambas n

\* *Annuaire Encyclopedique*, libro III. — *Annuaire Mondes*.

qu  
cho  
i bu  
se c  
len  
ira

nsa  
esp  
ecie

o de jentes reconocida por la Gran  
ia neutral se somete a las pretensio-  
nte, perjudicando en ello al otro,  
ir que la potencia neutral se someta  
de manera que su deferencia al uno,  
a, no agrave las calamidades de la  
onga en una situacion desventajosa.  
emigo prohibiese al neutral comer-  
nuestros puertos, el neutral nos ha-  
do a un entredicho que nadie tiene  
hace por parcialidad a nuestro ene-  
al; i si por temor o por cualquiera  
indulento, el derecho natural de la  
para obligarle a que trate a las dos  
tera igualdad i se allane a sufrir de  
nuestro adversario; de otro modo,  
con él a costa nuestra i obraria co-

talion contra los neutrales parece  
puede negar que en la práctica está  
ntes. Se alegan hechos particulares  
nerales; i aumentando a porfia los  
i rigor de las restricciones i penas

que imponen al comercio neutral, la aplicacion del principio llega a no tener otro limite que la fuerza; de lo que nos ofrece repetidos ejemplos la historia de las guerras entre la Gran Bretaña i la Francia. Sobre la especie de talion de que se trata en este artículo, se fundaba en parte el célebre decreto de Berlin, de 21 de noviembre de 1806, en que el emperador Napoleon prohibió todo comercio i comunicacion con las islas británicas, declarándolas en estado de bloqueo, i ordenando que ningun bajel que procediese directamente de Inglaterra o de dominios ingleses, o que hubiese estado en cualquier punto sujeto a Inglaterra, fuese recibido en puerto alguno. Esta rigorosa providencia, segun el decreto imperial, era justificada por el derecho natural de oponer al enemigo las mismas armas de que él se servia; i como la Gran Bretaña declaraba plazas bloqueadas, no solo aquéllas delante de las cuales no tenia ni un solo buque de guerra, sino costas dilatadas que todas sus fuerzas navales eran incapaces de bloquear, «hemos resuelto (decia Napoleon) aplicar a la Inglaterra los usos que ella ha consagrado en su legislacion marítima.» El decreto, sin embargo, daba una exorbitante latitud al talion, porque, prescindiendo de si eran o nó exactos los hechos que se alegaban contra Inglaterra, nadie jamas habia pretendido que los neutrales contribuyesen a la ejecucion de un bloqueo, real o nominal, cerrando sus puertos a las naves que lo hubiesen violado. Condenábase ademas como buena presa, no solo toda propiedad británica, sino toda mercadería de produccion o fábrica inglesa, sin distincion alguna. No se limitaba, pues, aquel nuevo sistema a exigir de los neutrales lo que éstos de grado o por fuerza toleraban a la Inglaterra.

La misma regla fué reconocida en la órden del consejo británico de 7 de enero de 1807, expedida a consecuencia del decreto citado. La Inglaterra alegaba tener un derecho irrecusable para retorcer contra la Francia la proscripcion de todo comercio. Era repugnante (decia la órden) seguir semejante ejemplo, i llegar a un extremo de que debia resultar tanto daño al comercio de las naciones que no habian tomado parte en la guerra; mas, para proteger los derechos de la Gran Bretaña, era

necesario rechazar las medidas violentas de la Francia, haciendo recaer sobre ella las consecuencias funestas de su propia injusticia. Se ordenó, pues, que no se permitiese a buque alguno comerciar de uno a otro de los puertos de Francia o de sus aliados, u ocupados por sus armas, o sometidos de tal modo a su influjo que no admitiesen el libre comercio de las naves británicas. Con esta prohibición (según otra orden del consejo, a 11 de noviembre del mismo año), se había propuesto la Gran Bretaña obligar al enemigo a retirar sus providencias, o inducir a los neutrales a obtener la revocación; pero, no habiéndose logrado este objeto, se insistió en el mismo entredicho, añadiendo la confiscación de todo comercio de géneros producidos o fabricados en los dominios de la Francia, de sus aliados, o de los soberanos que sin declarar la guerra habían excluido de sus puertos la bandera británica; i castigando con la misma pena el uso de los *certificados de origen*, expedidos por los agentes consulares del enemigo, i de que se servían los comerciantes para hacer constar que las mercaderías no eran de producción o fábrica inglesa.

En esta misma orden, i sobre todo en la de 25 de noviembre, se exceptuaban de aquel imaginario bloqueo las naves neutrales que hiciesen el comercio con el enemigo desde puertos ingleses, obteniendo para ello pasavantes del gobierno inglés, i pagando varios derechos de entrada i salida según las circunstancias del viaje. Esto provocó el decreto de Milán de 17 de diciembre de 1807. El emperador francés declaró desnacionalizada i convertida en propiedad enemiga, i por tanto confiscable, toda nave que hubiese sufrido la visita de un bajel británico, o sometídose a aquella escala, o pagado cualquier impuesto al enemigo; subsistiendo en toda su fuerza el bloqueo de las islas británicas, hasta que el gobierno inglés volviese a los principios del derecho de jentes.

Posteriormente (por la orden del consejo de 26 de abril de 1809), se limitó el bloqueo británico a la Francia, Holanda i reino de Italia con las respectivas colonias. De esta manera, el sistema de represalias de la Gran Bretaña no se hacía sentir indistintamente a todos los países donde estaban en vigor los



atado de paz entre las mismas potencias, debiese como un acto declaratorio del derecho de gentes. La Napoleon puso fin a esta contienda, i a una guerra que ha sido de las mas vejatorias i desastrosas para el neutral.

## 8

obligacion impuesta a los neutrales es el abstenerse a guerra de aquellos ramos de comercio que las potencias no acostumbraban conceder a los extranjeros tiempo de paz, como suelen ser el de cabotaje en sus puertos de sus colonias.

El neutral, pues, cuando se emplea en guerra se nos presenta con el carácter, no de un neutral puro, sino de un aliado del enemigo; hácese por un instrumento voluntario del uno de los beligerantes para evitar los embarazos i dificultades a que el otro le tenia.

«¿No es desviarse de los rijidos deberes que impone el derecho, decia sir William Scott (lord Stowell), entrar a amparar a la parte que sufre, haciendo el comercio esclusivamente propio de ella, i cuya extincion entraba en el curso de la guerra, como medio necesario de obtener una paz? ¿No es esto interponerse de un modo nuevo, prohibido por el enemigo en el estado ordinario, quitar los designios del vencedor, hacer inútil la superioridad de sus armas i levantar el apremio con que estrecha al enemigo i le obliga a que reconozca su injusticia i la necesidad de la paz, suponiendo que el comercio de cabotaje no es de ordinario a los extranjeros, ¿qué asistencia mas se presta a una nacion, que hacer este comercio de ella, cuando ella no lo puede hacer por sí misma? ¿No es esto de cabotaje trasporta las producciones de un gran

reino, llevándolas de los distritos en que se necesitan para el comercio, y de los distritos en que se necesitan para el consumo, a la verdad que no introduce nada de afuera, efectos. Supongamos que la marina francoponderancia decidida sobre la nuestra, i la comunicacion entre la parte septentrional esta isla, i que en semejante estado de cosas los neutrales, trayendo, por ejemplo, el comercio de las provincias del norte para las manufacturas de esta capital; ¿podiera hacerse, fuera a mano armada, una oposicion mas abie operaciones bélicas de la Francia?\*

«No es neutralidad aprovecharse de toda la guerra para hacer lucro, aunque sea con alguno de los beligerantes, sino observarla con rigorosa, restringiendo nuestro comercio a una manera que no demos ayuda al uno de ellos. La obligacion del neutral es: *non interponi hosti imminenti hostem eripere*.»\*\*

En otro tiempo, las cortes de almirantazgo imponian la pena de confiscacion a los buques empleados en el comercio de cabotaje del mar del norte, i hasta la época de las órdenes del 1793, en el artículo anterior, solo recaía sobre el flete. Es justo indemnizar al neutral de los perjuicios que le ocasionamos por la confiscacion de las propiedades enemigas que lleva a su buque a ocupar en una especie de tráfico que no tiene derecho a la misma indemnizacion, i se le concede indulgencia absolviendo la nave.

Esta relajacion de la pena antigua no por la naturaleza del tráfico se juntan otras circunstancias que agravan la ofensa. En el caso de la *Johanna*

\* Caso del *Emmanuel*, Robinson, libro I, y tambien el del *Ebenezer*, Robinson, libro VI, páj 100.

\*\* Lord Howick, citado por Chitty, *Comme*

scutió las dos reglas, antigua i  
cer un comercio propio del ene-  
etaba la nave a confiscacion.\*  
los apresadores el verdadero  
tir de la corte, una agravacion  
la ilegalidad del tráfico.

de enero de 1807 puso otra vez  
confiscacion de la nave; pero,  
del extraordinario sistema de  
época por la Gran Bretaña i la  
ervir de ejemplo para lo suce-

en su principio es la regla que  
se en el comercio colonial propio  
materia, me parece conveniente  
doctrina del derecho de jentes,  
ntazgo británico en el caso del  
erra, dijo sir William Scott, los  
eguir haciendo su acostumbrado  
de contrabando, o con los puer-  
ir que, con motivo de los acci-  
lle muchas veces envuelta en  
En la naturaleza de las cosas  
itar de todo punto este inconve-  
agan a sabiendas un comercio  
dailes enemigas, i habrá otros  
nente esta ofensa. Este daño es  
beneficio que las disensiones de  
tercio neutral. La circulacion  
arte por la guerra, refluye en  
ales libres. Pero, prescindiendo  
es que el neutral tiene derecho  
po de guerra su acostumbrado  
a extension de que es suscepti-  
que se halla un comercio que



el neutral no ha poseído jamas, que solo debe al ascendiente de las armas de uno de los beligerantes sobre el otro, i que redunde en daño de aquel mismo beligerante, cuya preponderancia es la causa de que se haya concedido. En este caso, se halla el comercio colonial, jeneralmente hablando; porque este es un comercio que la metrópoli se reserva exclusivamente con dos fines: abastecerse de los frutos peculiares de las colonias, i proporcionarse un mercado ventajoso i seguro para el expendio de sus producciones propias. Cuando la guerra interrumpe este cambio, ¿cuáles son, con respecto a las colonias, los deberes mutuos de los beligerantes i neutrales? Es un derecho incontestable del beligerante apoderarse de ellas, si puede; i tiene un medio casi infalible de efectuarlo, si se hace dueño del mar. Las colonias se proveen de afuera; i, si cortando sus comunicaciones marítimas, se logra privarlas de lo necesario para la subsistencia i defensa, les será forzoso entregarse. Suponiendo, pues, que el beligerante ponga los medios para obtener este resultado, ¿a qué título podrá un neutral entrometerse a estorbarlo? El neutral no tiene derecho para convertir en conveniencia i lucro suyo las consecuencias de un mero acto del beligerante; no tiene derecho para decirle: Es verdad que tus armas han puesto en peligro la dominacion de tu adversario en esos países; pero es menester que yo participe del fruto de tus victorias, aunque esta participacion las ataje i malogre. Tú has arrancado al enemigo por medios lejitimos ese monopolio que habia mantenido contra todo el mundo hasta ahora i que nunca presumíamos disputarle; pero yo voi a interponerme para impedir que completes tu triunfo. Yo traeré a las colonias de tu enemigo los artículos que necesitan i exportaré sus productos. Has expendido tu sangre i dinero, no para tu utilidad propia, sino para beneficio ajeno.

«No hai, pues, razon alguna, continuó sir William Scott, para que los neutrales se injieran en un ramo de comercio que se les ha vedado constantemente, i que, si ahora se les franquea, es por la urjencia de la guerra. Si el enemigo, inhabilitado para comerciar con sus colonias, las abre a los ex-

ul, sino por la apurada situacion reducido.»\*

fundamentos alegados por el nanuel, i su doctrina fué plena- e de apelacion en el caso de la anciller se expresó de este modo: por el derecho comun de jentes, comercio que ántes les era pro- bunal es de sentir que se deben

e a los casos en que el comercio a los extranjeros en tiempo de a, buque neutral que navegaba que era entónces colonia france- ste tráfico solia permitirse a los la guerra, se restituyó el buque

se estableció práctica i univer- a los neutrales hacer en tiempo no les era permitido en la paz. uaciones que ha experimentado algo mas humano i benigno de

dependencia de Norte América, porque la Francia, poco ántes de reció abandonar el monopolio, s el comercio con las Antillas que esta medida habia sido un gla; mas no por eso dejó de pro- uella guerra, gozaron de tanta en este ramo de comercio, como

aron de la revolucion francesa,

---

las primeras instrucciones del gobierno inglés a los buques que se apresasen toda nave cargada de efectos fuesen producciones de cualquiera de las colonias de Inglaterra o que llevasen provisiones u otros artículos destinados a ellas. Las relajaciones que después se adoptaron provenían principalmente de la mudanza que sobrevino al comercio de las Américas por el establecimiento de una América independiente en esta parte del mundo. A consecuencia de este suceso, fueron admitidos los buques anglo-americanos a comerciar en varios artículos y con diferentes condiciones con las colonias francesas e inglesas. Este permiso vino a formar parte del sistema comercial ordinario. Menoscabando aquellas instrucciones el comercio legítimo de los americanos. Su gobierno se quejó al británico; y en 8 de octubre de 1794 dió éste nuevas instrucciones a sus buques para que apresasen toda nave cargada de frutos de las Antillas y que zarparan de cualquier puerto de ellas con destino a cualquier puerto de Europa. Mas, como los neutrales solicitasen igual franquicia, se relajó todavía más. Y en 28 de enero de 1798, se ordenó a los corsarios que apresasen toda nave cargada de producciones de cualquiera de las colonias de Francia, España u Holanda, y que zarparan de cualquier puerto de ellas para cualquier puerto europeo, que no fuese de la Gran Bretaña o de la nación neutral a que perteneciese la nave, o a lo ménos el dueño de la carga.\*

Quedaron, pues, autorizados los neutrales para traficar libremente entre una colonia del enemigo y su propio país, y para pasar tanto mas razonable, que aniquilado por los sucesos de la guerra el comercio francés, español y holandés, no podían los estados de Europa medio alguno de proveerse de géneros en aquellos mercados. Pero subsistió la ilegalidad del tráfico directo entre una colonia enemiga y su metrópoli, una nación enemiga y la colonia de su aliado; entre una colonia enemiga de una misma o diversas naciones, y una colonia enemiga y un puerto de Europa que no fuese de la Gran Bretaña o de la nación neutral a que perteneciese la nave, o a lo ménos el dueño de la carga.\*

\* Robinson's Reports, libro IV, Apéndice A.



pacto de triple alianza, las dos llegan a romper entro sí cerse la guerra, a ninguna de ellas se debe auxilio en v de tal pacto.

Rehusar a nuestro aliado en una guerra justa el auxilio le hemos prometido, es hacerle injuria. Debemos, por e guiente, reparar los daños que nuestra infidelidad le cau

La alianza con uno de los beligerantes nos hace enen del otro. Pero, si no empeñamos en la alianza todas o la r parte de nuestras fuerzas, si no la hemos contratado cu la guerra existia ya o amenazaba, si es indeterminada contra aquel enemigo en particular, i en fin, si es puran defensiva, Vattel es de sentir que no rompemos la neu dad, ciñéndonos estrictamente a prestar el auxilio ofre Sobre este punto, en que no están acordes las opiniones d publicistas, he expuesto ya lo que me pareco mas confor razon.\*

2

La guerra\*\* sería demasiado cruel i funesta, i su termin imposible, si se rompiese toda comunicacion con el ene Las circunstancias obligan a voces al uno de los beligerar tratar i estipular con el otro, i ya hemos visto la oblig en que se hallan de guardar fe en sus contratos. Consider ahora algunos de ellos en particular.

Se pacta algunas voces suspender las hostilidades por tiempo. La interrupcion de la guerra que se limita a las i diaciones de una ciudad o campo, i a un breve espacio de po, como las que se hacen para enterrar los muertos de de un asalto o combate, o para una conferencia entre los se llama *armisticio* o *suspension de armas*. Si es p tiempo considerable, i sobre todo si es jeneral, se llama *tr* Pero muchos usan estas denominaciones indistintamente

---

\* Parte II, capítulo 7, artículo 2.

\*\* La que sigue es doctrina de Vattel, libro III, capítulo 16, siguientes; i de los *Elementos* de Wheaton, parte IV, capítulo i siguientes



o para renovar las hostilidades, si no es que haya estipu-  
que el infractor se sujete a una pena; en cuyo caso, si  
a sufrirla, subsiste la tregua, i el ofendido no tiene  
a mas.

s convenios de tregua, es necesario determinar el tiem-  
a mayor precision, señalando, no solo el dia, sino hasta  
le su principio i terminacion. Si se dice *de tal dia a tal*  
importante añadir *inclusiva* o *exclusivamente* para  
odo motivo de disputa. Cuando se habla de dias, se debe  
r el natural, que comienza i acaba al levantarse el sol.  
ha fijado el principio de la suspension de armas, se  
e que empieza al momento de publicarse. En todo caso  
acerca de su principio o su fin, debe interpretarse el  
io en el sentido mas favorable, que es el que evita la  
de sangre, prolongando la tregua.

ecto de toda tregua es la suspension de las hostilidades.  
os, por consiguiente, hacer en ella, i en los lugares de  
mos dueños, o dentro de los límites prescritos por la  
cion, todo lo que es lícito durante la paz: levantar tro-  
cerlas marchar de un punto a otro, llamar auxiliares,  
fortificaciones, etc. Pero no es lícita durante una tre-  
guna de aquellas operaciones que perjudican al enemigo,  
o hubieran podido emprenderse sin peligro en medio de  
tilidades; verbigracia, facilitar el ataque o defensa de una  
sitiada, continuando aquellos trabajos exteriores, en que,  
uese por la tregua, tendríamos que exponernos al fuego  
estro enemigo.

l objeto de la tregua es reglar los términos de una capi-  
on, o aguardar órdenes de los soberanos respectivos, el  
no debe aprovecharse de ella para recibir socorro o mu-  
es en la plaza, pues el espíritu de semejante pacto es que  
sas subsistan en el mismo estado en todo aquello que hu-  
podido impedirse por la fuerza contraria. En una suspen-  
e armas para enterrar los muertos despues de un ataque,  
ría permitido recibir socorro por un paraje distante de  
en que están los cadáveres, o mejorar la posicion de nues-  
uerzas haciendo mover la retaguardia, porque los efectos





*tulacion* de un ejército o plaza que se rinde a la fuerza enemiga. Para que lo pactado en ella sea válido, de manera que imponga a los dos soberanos la obligacion de cumplirlo, se requiere que los jefes contratantes no excedan las facultades de que por la naturaleza de su mando se les debe suponer revestidos. Valdrá, pues, lo que contraten sobre las cosas que les están sujetas: sobre la posesion natural, no sobre la propiedad del territorio que sus armas dominan. Concertarán lejitimamente los términos en que ha de rendirse la plaza o ejército, i han de ser tratados los habitantes. Pero no pueden disponer de fortalezas o provincias lejanas, ni renunciar o ceder ninguno de los derechos de sus soberanos respectivos, ni prometer la paz a su nombre. Si el uno de los jenerales insiste en exijir condiciones que el otro no cree tener facultad de otorgar, no les queda otro partido que ajustar una suspension de armas para consultar al soberano i aguardar sus órdenes.

Las capitulaciones obligan desde luego a los súbditos de los jefes contratantes; i apénas es necesario advertir que, cuando éstos no han traspasado sus poderes, deben ser religiosamente observadas.

Igual valor i firmeza deben tener las convenciones de los particulares con los jefes u oficiales del enemigo acerca de contribuciones, rescates, salvaguardias, etc., siempre que las promesas de los unos o de los otros no se extiendan a cosas de que no pueden disponer lejitimamente.\*

4

El *seguro*\*\* o *salvoconducto* es una especie de privilejio que se da a los enemigos para que puedan transitar con seguridad. Llámase tambien *pasaporte*, aunque esta palabra se aplica mejor al permiso de tránsito que se concede indistintamente a todos aquéllos que no tienen algun impedimento particular.

---

\* Véase lo dicho sobre las convenciones de las potestades subalternas en la parte I, capítulo 9, artículo 4.

\*\* Vattel, libro III, capítulo 17, §§ 265 i siguientes.

INT

solu  
aptu  
ene  
par  
uici  
se  
mo  
tie  
sa c

ster  
za  
ers  
2.  
erso  
un  
en  
El a  
rad  
r h  
cor  
el p  
.4 E  
que  
tes  
ad c  
le c  
se c  
eva  
rata  
ndu  
ad,  
te d

renc  
pris

no es lícito traficar a su sombra, ni servir estratagemas hostiles. Ningun abuso es el de aquellos limitados medios de comu entre enemigos i son tan necesarios para dades de la guerra.

Por lo que toca a las convenciones que particulares para el canje o rescate de pri modo antiguo de hacer la guerra ocurrido que en el presente, la doctrina de cirse a estas reglas: 1.ª El derecho que prisionero de guerra para exigir su rescate. El contrato de rescate no puede rescindir berse descubierto que el prisionero es de rico de lo que se habia creído al aprehe. obligados los heroderos a pagar el prec prisionero fallece despues del contrato, i la libertad. 4.ª Cuando se suelta un prisionero obtenga la libertad de otro, el primero es otra vez en poder del enemigo, si el segü recibir la libertad. 5.ª El prisionero que ántes de pagar el rescate cae de nuevo en no queda exento por eso de la obligacion contrario, despues de ajustado el rescate i enemigo la libertad, la recobra por la s queda disuelto el contrato. 6.ª Como por nero expira el derecho que el enemigo ter expira al mismo tiempo la obligacion d hubiesen dado por él; pero, si éstos muer gacion del primero. 7.ª Si se ha sustituido la muerte de cualquiera de ellos no alu sobreviviente.\*\*

\* Ibidem, §§ 279 i siguientes.

\*\* Ya no es costumbre exigir rescates; pero, hombre por hombre i grado por grado, se ha un saldo en dinero para compensar el exceso cia de grado.

## 6

El último de los tratados relativos a la guerra\* es el de paz, que la termina; acerca del cual haremos las observaciones siguientes:

1. Es privativo del soberano ajustar los tratados de paz. Sucede empero algunas veces que no es una misma la autoridad constitucional a quien está encomendado hacer la paz i la autoridad que declara i hace la guerra. En Suecia, despues de la muerte de Cárlos XII, el rei podia declarar la guerra sin el consentimiento de la dieta, pero hacia la paz con acuerdo del senado. En los Estados Unidos, el presidente puede hacer la paz con el dictámen i consentimiento de dos tercios del senado; pero está reservado al congreso de acuerdo con el presidente declarar la guerra.

2. Todas las cláusulas del tratado de paz son obligatorias para la nacion, si el gobierno no traspasa en ellas las facultades de que está revestido. El poder constitucional que hace la paz, tiene para este fin todas las facultades que la nacion ha depositado en los varios jefes i cuerpos que administran la soberanía. Los pactos que él celebra con el enemigo, son una lei suprema para todos estos jefes i cuerpos. Si se promete, por ejemplo, el pago de una suma de dinero, el cuerpo legislativo se hallaria, en virtud de esta promesa, obligado a expedir el acta o lei necesaria para llevarla a efecto, i no podria negarse a ello sin violar la fe pública.

3. El tratado de paz no deja de ser obligatorio porque lo haya celebrado una autoridad incompetente, irregular o usurpadora, si ésta tiene la posesion aparente del poder que ejerce, la cual basta para lejitimar sus actos a los ojos de las naciones extranjeras. En los tratados de paz, es aun mas preciso que en los otros atenerse a esta regla. Los sucesos de la guerra embarazan a veces el órden político de los estados, i a veces lo

---

\* Se ha seguido en este artículo a Vattel, libro IV, capitulos 2, 3, 4, i a Kent, parte I, leccion 8.

alteran i dislocan; i el exigir entónces la ríjida observancia de las formas constitucionales sería dificultar el restablecimiento de la paz cuando es mas necesario, que es en estas épocas de sastrosas.

4. En sentir de algunos, el tratado es inmediatamente obligatorio aun cuando la autoridad que hace la paz haya excedido los poderes que le están señalados, sea por las leyes fundamentales, sea por la naturaleza de las cosas. No es raro ver una nacion en la necesidad imperiosa de comprar la paz con un sacrificio que en el curso ordinario ninguno de los poderes constituidos, ni talvez ella misma, tiene facultad de hacer ordenar. Si la cesion inmediata de una provincia es lo único que puede atajar la marcha de un enemigo victorioso; si la nacion, exhaustos sus recursos, se halla en la alternativa de obtener la paz a este precio o de perecer; un peligro inminente de tanta magnitud da a su conductor, por limitadas que sea sus facultades en otros casos, todas las necesarias para la salud comun. Esta es una de las aplicaciones mas naturales i léjítimas de aquel axioma de derecho público: *salus populi suprema lex esto*. Pero, ¿quién determinará el punto preciso en que el ejercicio de este poder extraordinario empieza a ser léjítimo? Por la naturaleza de las cosas, no puede ser otro que el mismo que ha de ejercerlo. A las potencias extranjeras no toca juzgar si el depositario de esta alta confianza abusa de ella. Por consiguiente, sus actos ligan en todos casos a la nacion i empeñan su fe.

Esta doctrina tiene a su favor la práctica jeneral. En muchos estados, se prohíbe por las leyes fundamentales la enajenacion de los dominios de la corona. Sin embargo, hemos visto a los conductores de esos mismos estados enajenar provincias i territorios de grande extension, aun en circunstancias que no parecían autorizar el ejercicio de facultades extraordinarias.

En el caso de un abuso monstruoso, la nacion por sí misma o por sus órganos constitucionales, podría declarar nulo el tratado. Pero esto debe hacerse luego. Su aquiescencia aparente sanaría los vicios del tratado, cualesquiera que fuesen.









Paris confirmó la sentencia, fundándose, por la proclamación del rei de Inglaterra, deserción francesa, no era para el corsario una y la existencia de la paz, i por otra, en que el término para la legitimidad de las hostilidades de oriente.\*

Si es ilegitima la presa en tiempo inhábil de represa. Un buque de guerra británico ha apresado un buque mercante de su nacion, apresada por cano. La presa, aunque no sentenciada, es hecha sin noticia del tratado de paz de 1814 el plazo. Pero la represa era ilegal, porquísima circunstancia. El juzgado declaró que el captor americano era legítima, i que no se de ella despues de la restauración de la paz. todas las adquisiciones bélicas, porque la miento que se ha prefijado para que empiece al uso de la fuerza, i extingue, por consiguiente de recobrar lo que se ha llevado *infra p* se haya condenado por ningun tribunal.

2. Con respecto a la cesión de plazas o de paz produce solamente un *jus ad rem*, carácter de la cosa cedida, hasta que su posesión de hecho. El poseedor que no ha demostrado por el tratado de paz, tiene derecho el momento de verificarla. Pero, como las puestas al país conquistado son actos de guerra, deben al conquistador por el derecho de la guerra se han devengado ántes de la fecha del tratado del término prefijado en él para poner fin a las hostilidades.

3. Las cosas cuya restitución se ha estipulado en el estado en que se tomaron, bien por el estado vencedor i menoscabos que hayan sufrido por la guerra. Las nuevas obras que el conquistador

---

\* Merlin, *Répertoire*, V. *Prise Maritime*.







hacerse de este modo es ilejítima. Las leyes de la guerra permiten a tu enemigo destruir tu comercio; segun tu propia confesion, lo está efectuando; tiene de su parte el derecho i la fuerza; el neutral que en semejante estado de cosas, por un motivo de lucro o de cualquiera otra especie, se injiere a darte socorro i a sacarte de las garras de tu adversario, obra ilejítimamente.\*

El comercio colonial prohibido no se lejítima, aunque se haga circuitivamente o por rodeo. A un neutral es permitido llevar a su nacion los productos coloniales de un belijerante, i una vez introducidos de buena fe, extraerlos de nuevo i llevarlos a cualquiera otra nacion i al enemigo mismo. Pero ¿qué línea puede trazarse en la práctica entre la importacion de buena fe i la que solo es paliativa, i por tanto fraudulenta? Esta cuestion se ventiló detenidamente en el tribunal de los *lores comisarios* del almirantazgo británico; i se decidió que el hacer escala en un puerto cualquiera no muda la procedencia de la nave, aunque por los papeles de navegacion o por otros medios se dé color de viajes distintos a los varios trámites de una misma expedicion mercantil, i aunque se desembarquen realmente los efectos para figurarla terminada. La regla jeneral adoptada por aquel almirantazgo es que el desembarque de los efectos i pago de los derechos de entrada en el país neutral, rompe la continuidad del viaje i constituye una verdadera importacion que legaliza las operaciones subsiguientes, aunque los efectos vuelvan a embarcarse en el mismo buque, i por cuenta de los mismos propietarios neutrales, con destino a metrópoli o colonia enemiga.

Pero no se sigue esta regla, cuando se descubre que la importacion ha sido aparente. «La verdad (segun la doctrina de aquel juzgado) puede no discernirse siempre; pero, si aparece claramente, la sentencia será con arreglo a ella i no al carácter ficticio de los hechos.» Despues de todo, no puede establecerse un criterio definido i preciso para juzgar de la continui-

\* Robinson's *Reports*, libro IV, página 121.

di consiguiente ilegitimidad del viaje, i siempre es necesario  
mar en consideracion las circunstancias del caso.\*

El castigo que se impone a los neutrales que hacen un co-  
mercio colonial o de otra especie, que no puedan hacer, porque  
era vedado ántes de la guerra, es la confiscacion. Por algun  
mpo, habia sido costumbre absolver la nave, i confiscar so-  
nente la carga; pero en estos últimos tiempos se ha vuelto  
rigor del principio antiguo, condenando una i otra; lo que  
gun se ha dicho hablando del comercio de cabotaje) debe  
vez mirarse como un efecto pasajero del sistema extraordi-  
rio de guerra de que se hizo mencion en el precedente ar-  
ulo.

Se expuesto la doctrina de los tribunales i publicistas in-  
ses.\*\* En la carta de Puffendorf a Croninjo, publicada en  
11, se dice que los holandeses e ingleses permitian a los  
utrales el comercio que estaban acostumbrados a hacer en  
mpo de paz, pero no les tolerarian que se aprochasen de  
guerra para aumentarlo en perjuicio de sus respectivas na-  
ones. Parece que en tiempo de Carlos II era ya reconocida  
a regla por la Inglaterra i la Holanda, que conminaban con  
ena de confiscacion a los buques neutrales que la infringian.  
i holandeses alegaban entónces a favor de ella los principios  
erales de la razon i la práctica de los pueblos; i se añade  
en la guerra de 1741 fué sostenida por los tribunales in-  
ses la prohibicion del comercio de cabotaje, como fundada  
el derecho comun de jentes. Sgun Valin, la ordenanza fran-  
de 1704 envuelve el mismo principio. Pero, en la guerra  
1756, fué cuando la regla de que se trata, excitó la atencion  
ral. Mr Jenkinson en su *Discurso acerca de la conducta de*  
*Gran Bretaña respecto de las naciones neutrales*, publica-  
n 1757, condenó como ilegal e injusta la injerencia de los  
rales en una especie de comercio que no les era permitido  
a paz, i que solo se les franqueaba durante la guerra para  
r inútil e ilusoria la superioridad que el enemigo habia sa-

---

caso del Williams, Robinson, libro V, página 387.

Lo que sigue se ha sacado de los Comentarios de Kent, parto I,  
on 4.

bido labrarse. Hubner mismo, que en el tratado que dió a luz en 1759 procuró ensanchar cuanto pudo las franquezas de los neutrales, confiesa que la legitimidad de este comercio es dudosa.

Por otra parte, los Estados Unidos han reclamado constante i vigorosamente contra la legalidad de la regla, en la extension que la Gran Bretaña ha querido darle, alegando que se trataba de introducir una novedad subversiva de principios que se habian mirado siempre como sagrados entre las naciones; que los neutrales podian hacer cualquiera especie de comercio con los beligerantes, ménos en artículos de contrabando o con los puertos bloqueados, sin embargo de que no se les hubiese permitido ántes de la guerra; que era lícito a las naciones amigas recibir una de otra cualesquiera favores comerciales, i nada tenian que ver con los motivos de la concesion, cualesquiera que fuesen; i que solo aquellas especies de comercio que tenian una conexion inmediata con la guerra, violaban la neutralidad. «Así que, la regla de 1756 (dice Kent) puede considerarse todavía como controvertible i dudosa. El juez mayor de los Estados Unidos, en el caso del *Commercen*, se abstuvo de expresar juicio alguno sobre su legitimidad. Es mui posible que, si los Estados Unidos llegan al alto grado de poder e influencia marítima, a que sus circunstancias locales i su rápido incremento parecen llevarlos, de manera que un enemigo suyo se viese obligado a franquear su comercio doméstico a las naciones neutrales, diésemos mas importancia a los derechos de los beligerantes, e hiciesen mas impresion en nosotros los argumentos de los publicistas extranjeros a favor de la justicia de la regla.»

## 9

Entre las cargas a que está sujeto el comercio neutral, se cuenta el embargo forzado de sus buques para las expediciones de guerra; sobre lo cual solo tengo que remitirme a lo dicho en la primera parte de estas lecciones.\*

---

\* Capítulo VI, artículo 5.





sus buques de guerra significará mutuamente la nentralidad de las naves mercantes escoltadas por ellos i la lejitimidad de sus destinos i cargas; i si los soberanos contratantes se avienen a aceptar el uno del otro esta prenda u otra cualquiera, no tienen las demas potencias que ver en eso, ni se les da el menor motivo de queja. Pero ningun soberano puede legalmente exigir que se admita semejante seguridad, no mediando pacto expreso, porque el derecho comun no reconoce otra que la visita i registros ejecutados por los belijerantes. La tercera proposicion es: que la pena impuesta por el derecho de jentes a los contraventores es la confiscacion de las propiedades que se intenta sustraer al exámen.» «Remitiéndome, añadió el juez, al dictámen de la recta razon, a la expresa autoridad de Vattel, a nuestras instituciones i a las de otras grandes potencias marítimas, sostengo con toda confianza que, por el derecho de jentes, segun se entiende en el dia, la pena del neutral que opone una deliberada i continuáda resistencia a la visita, es la confiscacion.»\*

La visita se hace de este modo. Un buque intima a otro, por medio de un cañonazo o de la bocina, que se detenga i se acerque hasta que el primero le envíe un bote para examinar sus papeles i carga. Habiéndose hecho práctica universal la de navegar con diferentes pabellones para disimular la nacionalidad de la nave, con la mira de inspirar una falsa seguridad a los enemigos o evitar sus ataques, resulta que nadie tiene confianza en la bandera del que le llama, el cual puede ser, no solo un belijerante lejitimo, sino un pirata, que, para mejor ejecutar su pérfido intento, enarbola un pabellon amigo. Para ocurrir a este inconveniente, se introdujo la costumbre de *afianzar el pabellon* tirando un cañonazo sin bala, por medio del cual el comandante del buque armado asegura al otro que su divisa es sincera i leal. Pero, como es fácil que un pirata haga otro tanto, i como las potencias belijerantes no han observado escrupulosamente esta costumbre, i aun algunas no la reconocen, el derecho convencional de la Europa ha establecido

---

\* Robinson's *Reports*, libro I, página 340.

del cañonazo no debe el buque armado abordar al permanecer en facha a la distancia de un tiro o le cañon, i echar al agua su bote con un oficial ya a visitarlo. La visita debe hacerse con la menor i violencia posible.\*

gunas reglas relativas al ejercicio de este derecho etica del almirantazgo británico: 1.º El derecho se extiende a los buques de guerra, cuya inmunidad de toda especie de jurisdiccion, excepto la del uien pertenecen, ha sido universalmente reconocida i consentida. Los actos atentatorios contra ella se han resistido i reprobado constantemente. La contraria no tiene a su favor la opinion de ningun i se le ha dado lugar en tratado alguno. 2.º La ro deben hacerse con el debido cuidado i considerabilidad del buque i a los derechos de los interesados. El neutral ha obrado de buena fe, i la investigacion o mas allá de sus justos límites, el corsario es responsable de los daños i perjuicios que cause. 3.º Siempre que a pena, recae juntamente sobre la nave i la carga. 4.º La resistencia, no habiéndose llevado a cabo, no tiene pena alguna. 5.º Si el neutral no tiene suficiente motivo para creer que hai guerra, la resistencia, por sea, no da lugar a la pena, porque, si no existe la guerra, no existe el carácter neutral, ni las obligaciones inherentes. 6.º El escape intentado ante la actual tenencia de el beligerante, no se considera delito. 7.º Si se detiene a nave neutral, i el beligerante la deja a cargo de su capitán, sin que éste se comprometa expresamente a i puerto del beligerante para su adjudicacion, el neutral no es una resistencia ilegítima. 8.º El redado por la tripulacion, despues que el beligerante tiene la tenencia de la nave, es un acto de resistencia, que da lugar a la pena. 9.º La resistencia de la nave convoyando a resistencia de todo el convoi, que, por consideracion, queda sujeto a la pena.

*derecho Marítimo, parte II, capítulo 3, artículo 4.*

## 11

Se exige, en fin, a los neutrales que vayan provistos de los documentos necesarios para probar la nacionalidad, procedencia i destino del buque, i de las mercaderías que lleva a su bordo.

El primero de estos documentos es el *pasaporte*. Se llama así en términos de derecho marítimo el permiso de un soberano que autoriza al capitán o patron del buque para navegar en él. Deben, por consiguiente, expresarse en este documento el nombre i domicilio nacional del capitán, i el nombre i designación del buque. Se puede además indicar, si se quiere, el destino del buque i su carga; pero estas i otras circunstancias no son de la esencia del pasaporte.

Este documento es absolutamente indispensable para la seguridad de toda nave neutral. Según los reglamentos de varias naciones, no sirve sino para un solo viaje, el cual se entiende terminar por el retorno de la nave al puerto de su procedencia. Se puede dar por tiempo determinado o sin limitación de tiempo. Es nulo, si a la fecha en que suena expedido, no se hallaba la nave en el territorio de la potencia que lo concedió, o si ha hecho arribadas o escalas que no se mencionan en él, a ménos que se pruebe por otros documentos auténticos que la nave se vió forzada a hacerlas. Finalmente, cuando la nave ha mudado de nombre, es necesario probar su identidad con escrituras certificadas por las autoridades del puerto de donde procedo.\*

2. *Letras de mar*. Especifican la naturaleza i cantidad de la carga, su procedencia i destino. Este documento no es necesario, cuando el pasaporte hace sus veces.

3. *Los títulos de propiedad del buque*. Éstos sirven para manifestar que el buque pertenece verdaderamente a un súbdito de un estado neutral. Si aparece construido en país enemigo, se necesitan pruebas auténticas de haberlo comprado el

---

\* Ordenanzas francesas de 26 de julio de 1778, etc.



Como son documentos privados, no producen el mismo grado de fe que la contrata de fletamento.

8. *Facturas*. Lista de los efectos enviados por los carga 'ores a los consignatarios, con expresion de sus precios i demas costos. Son documentos que se adulteran fácilmente i a que se da poco crédito.

9. *Diario*. Llevado con exactitud puedo dar mucha luz sobre el verdadero carácter de la nave i del viaje; i cuando se falsifica, es fácil descubrir la impostura.

10. *Certificados consulares*. Conviene mucho a los neutrales proveerse de certificados de los cónsules de las naciones beligerantes, si los hai en los puertos de donde navegan.

El echarse ménos los papeles que se han señalado como mas importantes, suministraria vehementes presunciones contra la neutralidad de la nave o la carga; pero ninguno de ellos segun la práctica de los juzgados británicos i americanos, es en tanto grado indispensable, que su falta se mire como una prueba conclusiva que acarree necesariamento la condenacion de la propiedad cuyo carácter se disputa. *Si aliquid ex solemnibus deficiat, cum æquitas poscit, subveniendum est*. El ocultamiento de papeles de mar autoriza la detencion de la nave; i aunque no bastaria para que se condenase sin mas averiguacion, cerraria la puerta a todo reclamo de perjuicios. El echar los papeles al agua, el destruirlos o hacerlos ilejibles, son circunstancias en extremo agravantes i perniciosas. Por las ordenanzas de Francia, todo buque, sea cual fuere su nacion, en que se probase que se han arrojado papeles al agua, o se han destruido u ocultado de cualquier otro modo, se declara buena presa junto con su carga, sin que sea necesario examinar qué papeles eran los arrojados, quién los echó al agua, o si han quedado a bordo los suficientes para justificar que la nave o su carga pertenecen a neutrales o aliados. Pero la práctica de la Inglaterra i de los Estados Unidos, ménos ríjida en este punto, no desecha las explicaciones que puedan ofrecerse, ni dispensa ordinariamente de la concurrencia de otras pruebas para la confiscacion de la presa.



«3.º La mercadería neutral, a excepcion del contrabando de guerra, no está sujeta a captura bajo pabellon enemigo.

«4.º Los bloqueos para ser obligatorios deben ser efectivos, es decir, mantenidos por una fuerza suficiente para impedir realmente el acceso a la costa del enemigo.

«Los gobiernos de los infrascritos plenipotenciarios prometen poner esta declaracion en conocimiento de los estados que no han sido llamados a tomar parte en el congreso de Paris e invitarles a que accedan a ella.

«Convencidos de que las máximas que acaban de proclamar no podrán ménos de ser acogidas con gratitud por el mundo entero, los infrascritos plenipotenciarios están seguros de que los esfuerzos de sus gobiernos para jeneralizar la adopcion de ellas serán coronados de un éxito completo.

«La presente declaracion no es ni será obligatoria, sino entre las potencias que han accedido o accedieren a ella.»

(Siguen las firmas.)

Esta declaracion fué aceptada por las siguientes potencias:

Baden, Baviera, Bélgica, Brasil, Bremen, Brunswick, Chile, Confederacion Argentina, Confederacion Jermánica, Dos Sicilias, Ecuador, Estados Romanos, Francfort, Grecia, Guatemala, Haiti, Hamburgo, Hanover, los dos Hesses, Lubeck, Mecklemburgo Schwerin, Mecklemburgo Strelitz, Nassau, Oldemburgo, Países Bajos, Parma, Perú, Portugal, Sajonia, Sajonia Altemburgo, Sajonia Coburgo-Gotha, Sajonia Meiningen, Sajonia Weimar, Suecia i Noruega, Suiza, Toscana i Wurtemberg.

«El gobierno del Uruguay ha aceptado la declaracion, salvo la ratificacion del poder lejislativo.

«La España, sin acceder a ella a causa del primer punto, que trata de la abolicion del corso, ha respondido que se apropiaba los otros tres. Méjico ha dado la misma respuesta.

«Por consiguiente, no han adherido aun los estados siguientes:

«Costa-Rica, España, Estados Unidos, Honduras, Islas





#### RESTRICCIONES IMPUESTAS POR EL DERECHO D

---

en cierto modo a los antiguos principios de invocando otra vez una especie de derecho de las soberanías constituidas, en Inglaterra reclamaciones contra la inmunidad de la pabellon neutral; al paso que otro país con las adquisiciones acordadas recientemente los mares, quisiera ensancharlas todavía. En el curso del corso, querrian garantir en los navios privados contra todo linaje de fuerza, i en los efectivos, bloqueos simplemente militares contra los parajes fortificados del enemigo de guerra, respetando los puertos, navios i buques comerciales bajo cualquier pabellon complican las miras políticas i se aloja el elemento de las dudas pendientes.

No tenemos noticia de haber cesado las negociaciones técnicas que retardaban la conclusión del negocio.

---



---

## CAPÍTULO IX

De las convenciones relativas al estado de guerra.

1. Alianzas.—2. Treguas.—3. Capitulaciones.—4. Salvoconducto.—5. Carteles i otras convenciones relativas al canje i rescate de prisioneros.—6. Tratado de paz.

### 1

La alianza\* es de dos modos: *defensiva*, en que solo nos obligamos a defender al aliado invadido; i *ofensiva*, en que nos obligamos a hacer la guerra asociados a él, atacando a otra nacion. Hai alianzas a un mismo tiempo defensivas i ofensivas, i este segundo carácter comprende jeneralmente el primero; pero las puramente defensivas son las mas frecuentes, así como las mas naturales i lejitimas.

La alianza es tambien *indeterminada*, cuando ofrecemos ayuda a nuestro aliado contra cualquiera potencia, o solamente exceptuamos una u otra; o *determinada*, cuando el auxilio que prometemos es contra una potencia en particular.

Hai alianza *intima*, en que los aliados hacen causa comun i empeñan todas sus fuerzas; ésta, especialmente si es ofensiva, constituye una verdadera sociedad de guerra. Hai otras en que el aliado no toma una parte directa en las operaciones hostiles, i solo está comprometido a dar cierto auxilio de tropas, naves o dinero.

Estas tropas o naves se llaman *auxiliares*, i no puede hacerse de ellas otro uso que el permitido por el soberano que las

---

\* Se ha seguido a Vattel, libro III, capítulo 6.



---

## CAPÍTULO X

Libro I de otras especies de guerra.

Civil.—2. Bandidos.—3. Piratas.

### 1

ido se forma una faccion que toma las  
ano, para arrancarle el poder supremo o  
ciones, o cuando una república se divide  
tratan mutuamente como enemigos, esta  
, que quiere decir guerra entre ciuda-  
viles empiezan amenudo por tumultos  
que en nada conciernen a las naciones  
de que una faccion o parcialidad domina  
enso, le da leyes, establece en él un go-  
sticia, i en una palabra, ejerce actos de  
sona en el derecho de jentes; i por mas  
ontendores dé al otro el titulo de rebelde  
cias extranjerias que quieren mantenerse  
siderar a entrambos como dos estados  
si i de los demas, miéntras a ninguno de  
cer ambas partes por juez de sus dife-

ca de la guerra de las colonias hispano-  
udir el yugo de su metrópoli, la España  
stados que mirasen a los disidentes como



«Si el estado extranjero profesa la neutralidad, está en el deber de permitir imparcialmente a ambos beligerantes el libre ejercicio de los derechos que la guerra concede a los enemigos públicos entre sí, como el de bloqueo i el de apresar el contrabando de guerra i la propiedad enemiga.» En el mismo sentido, dice el juez Story: «El gobierno de los Estados Unidos ha reconocido la existencia de una guerra civil entre la España i sus colonias, i ha hecho saber su determinacion de permanecer neutral entre las partes i de conceder a cada una los mismos derechos de asilo, hospitalidad i correspondencia. Cada parte es, por consiguiente, para nosotros una nacion beligerante, que ejerce, en cuanto concierne a nosotros, los derechos soberanos de la guerra. No podemos injerirnos en perjuicio de cualquiera de las dos sin participar de la contienda i apartarnos de la posicion neutral...» En 1822, la *Independencia*, ántes buque americano, fué equipado en Baltimore i despachado para el uso del gobierno, entónces revolucionario de Buenos Aires. Zarpó bajo bandera americana; pero, al llegar a Buenos Aires, tomó el carácter de buque de guerra de aquel estado, i los juzgados americanos sentenciaron que tuvo derecho para tomarlo. En cuanto a la legalidad de estos hechos, el juez Story dijo: «Es manifiesto que, aunque equipado como buque de guerra, fué despachado para Buenos Aires en una expedicion comercial, de contrabando sin duda, pero sin violar de manera alguna nuestras leyes o nuestra neutralidad nacional. Apresado por un buque de guerra español durante el viaje, habria sido justamente condenado como buena presa por estar ocupado en una especie de tráfico prohibido por el derecho de jentes. Pero, ni en nuestras leyes, ni en el derecho de jentes, hai nada que prohiba a nuestros ciudadanos despachar buques armados i municiones de guerra para venderse en puertos extranjeros.» Esto ya se ve que no está en armonía con las reconvencciones del gobierno americano al británico por el alegado equipo del corsario confederado *Alabama* en un puerto británico (*Edinburgh Review*, enero de 1863).

Desde que un nuevo estado que se forma por una guerra civil, o de otro modo, ejerce actos de soberano, tiene un derecho





cuales se castiga segun las leyes. Ha sido harto frecuente en los monarcas violar las promesas de olvido i clemencia con que lograban terminar una guerra civil, i no ha faltado legislacion que autorizase expresamente la infidelidad, dando por nulo todo pacto o capitulacion entre el soberano i sus vasallos rebeldes; pero en el dia ningun gobierno culto osaria profesar semejante principio.\*

\* El gabinete de Washington ha abjurado recientemente el gran principio que durante una guerra civil deben observar los neutrales, es a saber: el de considerar a los partidos contendientes como dos estados beligerantes, guardando entre ellos una exacta imparcialidad.

A poco tiempo de verificada la ruptura entre las dos grandes secciones de la Union Americana, denominadas federales i confederados, el gobierno de la Gran Bretaña expidió una proclamacion real en que, declarando sus buenas disposiciones para observar una perfecta neutralidad entre las dos partes, inculcaba principios análogos a los que habian profesado los mismos Estados Unidos en otras guerras, cuando eran pura i simplemente neutrales.

Esta proclamacion fué recibida con sumo descontento por los federales, que la miraron, segun los nuevos principios de la administracion, casi como una intervencion directa en la guerra; al mismo tiempo que el bloqueo que por parte de los federales se promulgó sobre la extensa costa de los confederados, se consideró en Inglaterra i en otros países como no ménos opuesto al derecho internacional ya ántes vigente en Europa i América, que a la reciente declaracion de Paris.

«Los Estados Unidos, dice el secretario de estado, Mr. Seward, en carta dirigida a Mr. Adams, ministro americano en Lóndres, en 19 de junio de 1861, para que pudiera comunicarla al gobierno británico, son todavia exclusivamente soberanos de los territorios que han adquirido i poseido largo tiempo, como siempre lo han sido. Están en paz con todo el mundo, como con excepciones de poca importancia lo han estado siempre. Viven bajo las obligaciones del derecho internacional i de los tratados de la Gran Bretaña, ahora como ántes; e insisten en que la Gran Bretaña permanezca amiga suya, como hasta aquí lo ha sido. En virtud de esos antecedentes, la Gran Bretaña es ajena a los partidos i secciones de este país, sean leales a los Estados Unidos o nó, i no le es dado, obrando en derecho, limitar la soberanía de los Estados Unidos, ni conceder, ni reconocer derechos, intereses o facultades a ningun partido, estado o seccion, en contradicción a la

Llamamos aquí *bandidos* los delincuentes que hacen armas contra el gobierno establecido, para sustraerse a la pena de sus delitos i vivir del pillaje. Cuando una cuadrilla de facinerosos se engruesa en términos de ser necesario atacarla en forma i hacerle la guerra, no por eso se reconoce al enemigo como beligerante lejítimo. Es lícito, por consiguiente, solicitarlos a la defección; los prisioneros que se les hacen no merecen ninguna indulgencia; sus presas no alteran la propiedad; las naciones extranjeras no les deben asilo; i sus naves pueden ser tratadas como piráticas por cualquier buque de guerra o corsario que las encuentre.

Hácese siempre una gran diferencia entre esta clase de do-

integra soberanía de la Union Federal. Lo que ahora se ve en este país, es la ocurrencia (que de ningún modo le es peculiar, sino frecuente en todos los países, i aun mas frecuente en la Gran Bretaña que aquí) de una insurrección armada que atenta al trastorno de un gobierno regularmente constituido i establecido. Por supuesto, el gobierno emplea la fuerza para reprimir la insurrección, como lo hacen todos los gobiernos en iguales casos. Pero estos incidentes no constituyen en manera alguna un estado de guerra que menoscabe la soberanía del gobierno, creando secciones *beligerantes* i facultando a los estados extranjeros para intervenir u obrar como neutrales entre ellas o para echar por tierra bajo cualquiera otra forma sus legítimas obligaciones para con la nación en medio del momentáneo disturbio de ésta. Cualquiera otro principio fuera lo mismo que resolver todo gobierno en una materia de accidente o capricho, i toda la sociedad humana en un estado de guerra perpetua ...

«Queda entendido que las concesiones hechas respecto de la declaración de París no afectan ni disminuyen el derecho de los Estados Unidos para reprimir la insurrección por operaciones marítimas lo mismo que terrestres, i para impedir todo comercio en los pueblos que hayan caído en manos de los insurgentes, ya sea cerrando directamente los puertos o por el medio mas suave de un bloqueo, que es el que hemos adoptado.»

De esta manera, el gobierno de los Estados Unidos repudia, no solo las doctrinas de los que llama escritores teóricos (entre los cuales figuraban dos eminentes publicistas, Wheaton i Story, ambos americanos), sino los principios proclamados por las legislaturas prece-

lincentes i los que toman armas para sostener opiniones políticas, aun cuando el furor de partido, como sucede amenudo en las disensiones civiles, los arrastre a cometer algunos actos de atrocidad.

Pero, en ningun caso i contra ninguna especie de enemigos, es permitida la infidelidad en el cumplimiento de los pactos.

## 3

*La piratería*\* es un robo o depredacion ejecutada con vio-

dentes, la historia del derecho de jentes i su misma historia nacional.

Es notable la conclusion de la citada carta: «Esperando que en adelante no se me presente la ocasion de hablar para los oídos de las naciones amigas sobre los puntos que acabo de discutir, añado una sola observacion con el objeto de persuadir al gobierno británico, que será de su parte una conducta prudente dejarnos manejar i arreglar a nuestro modo esta diferencia doméstica. Son muchas en toda sociedad las fuentes de descontento i algunas yacen a mucha mas hondura que otras. Hasta ahora, esta desgraciada contróversia ha enturbiado solamente las que se hallaban mas cerca de la superficie. Otras pueden todavía quedar que esperamos no se ajiten por largo tiempo. Si llegare el caso de alcanzar hasta ellas, no es posible decir cómo o cuándo podremos cegarlas. La intervencion extranjera fué la que abrió i la que solo pudo abrir iguales fuentes en la revolucion francesa.»

En otra parte de su correspondencia con Mr. Adams (2 de abril de 1862), volvió a inculcar el mismo secretario de estado la repudiacion de los principios que hemos injerido en el texto, preguntando: «¿Dónde irá a parar esta tendencia a la insurreccion que la Gran Bretaña i la Francia parecen fomentar prácticamente, aunque sin la intencion de hacerlo? Esa tendencia es la que vemos estallar en Levante, producir una conflagracion en las costas de la China, i aun levantar la cabeza en Francia. ¿No es el interes comun de todos los grandes estados marítimos reprimirla, o a lo ménos desalentarla?»

A pesar de nuestro respeto al ilustre secretario de estado, no nos parece improbable que esta nueva doctrina, sugerida por las dificultades del presente conflicto, ejerza una influencia efimera en los consejos de los Estados Unidos, i que, restablecida la Union, revivirá con ella la política que la vió nacer, i a que es deudora de su prosperidad i engrandecimiento.

\* Kent's *Comment.*, parte I, leccion 9.



la definicion del derecho de jentes, no legitimaria la jurisdiccion de los tribunales americanos sobre los actos cometidos bajo la bandera de otra nacion, que no fuesen rigorosamente piráticos.

Ademas, como toda nacion es juez competente para conocer en un crimen de piratería, la sentencia absolutoria de una de ellas es válida para las otras, i constituye una excepcion irrecusable contra toda nueva accion por el mismo supuesto delito donde quiera que fuese intentada.

Un extranjero que obra en virtud de comision lejitima, no se hace culpable de piratería, mientras se ciñe al cumplimiento de sus instrucciones. Sus actos pueden ser hostiles, i su nacion responsable por ellos; pero el que los ejecuta no es pirata. En una causa ante el almirantazgo británico en 1801, se pretendió que el apresamiento i venta de un buque ingles por un corsario arjelino no trasferia la propiedad, porque la presa era pirática. El tribunal, sin embargo, decidió que los estados berberiscos habian adquirido de largo tiempo atras el carácter de gobiernos establecidos; i que, si bien sus nociones de justicia eran diferentes de las que rejian entre los estados cristianos, no podia disputarse la legalidad de sus actos públicos; i por consiguiente, el titulo derivado de una captura arjelina era válido contra el primitivo propietario.

En una causa juzgada en 1675, se declaró que un corsario, aunque tuviese patente lejitima, podia ser tratado como pirata, si excedia los términos de sus instrucciones. Bynkershoeck impugna esta peligrosa doctrina. Mientras el corsario no se despoja de su carácter nacional i obra como pirata, no se puede ejercer semejante especie de jurisdiccion sobre sus actos.

Aseméjanse *prima facie* a los actos piráticos las expediciones de los *filibusteros*, tales como las que han infestado en nuestros dias las costas de la isla de Cuba i de las repúblicas centro-americanas. Pero es preciso reconocer que el filibusterismo no está comprendido en la definicion de la piratería segun el derecho internacional primitivo. Carece, es verdad, de la autorizacion ostensible de un gobierno establecido; si bien es notorio que estas expediciones en los casos a que hemos alu-

dido contaban con el apoyo físico i moral de ciertos pueblos; pueblos (proh nefas!) civilizados i cristianos, prontos a auxiliarlas, ampararlas e interceder por ellas en la desgracia. Caracterízalas especialmente la enormidad del atentado i el tener por objeto adquisiciones permanentes de territorio ajeno. Así el filibusterismo es una amenaza constante contra los estados débiles que viven léjos de los grandes centros de civilización i poder político; i con respecto a él la legislación internacional positiva, es incompleta e ineficaz, i hasta cierto punto podría justificar a los que dicen que el derecho de jentes es una farsa de pura convención, un espantajo para los débiles i una burla para los fuertes. Lo que no admite duda, es que los filibusteros no son beligerantes lejitimos, sino malhechores descarados, i que, cuando encuentran la suerte que merecen, los derechos de la humanidad bien entendidos prohíben tratarlos como prisioneros de guerra.



---

# PARTE TERCERA

## DERECHOS I FUNCIONES DE LOS AJENTES DIPLOMÁTICOS

### CAPÍTULO PRIMERO

#### De los Agentes Diplomáticos.

1. Diplomacia.—2. Derecho de legacion o embajada.—3. Privilegios de los ministros diplomáticos.—4. Sus varias clases.—5. Documentos relativos a su carácter público.—6. Su recibimiento.—7. De qué modo suelen *terminar* sus funciones.—8. Su despedida.

#### 1

No pudiendo\* las naciones comunicar unas con otras por sí mismas, ni ordinariamente por medio de sus conductores o jefes supremos, se valen para ello de apoderados o mandatarios, que discuten o acuerdan entre sí, o con los ministros de negocios extranjeros de los estados a que se les envía, lo que juzgan conveniente al desempeño de los encargos que se les han cometido. Estos mandatarios se llaman ministros o agentes *diplomáticos*, i tambien ministros *públicos*, contrayendo este término, que de suyo significa toda persona que administra los negocios de la nacion, a los que están encargados de ellos cerca de una potencia extranjera. La *diplomática* era solo el arte de conocer

---

\* Para la materia de este i el siguiente capítulo, he consultado a Vattel, libro IV, capítulo 5 i siguientes; i el *Manual Diplomático* del baron Cárlos de Martens.





otras, reside oriĝinalmente en la nacion. La ejercen *ipso jure* los depositarios de la soberanía plena, i en virtud de su autoridad constitucional los monarcas que concurren con las asambleas de nobles i diputados del pueblo a la formacion de las leyes, i aun los jefes ejecutivos de las repúblicas, sea por sí solos o con intervencion de una parte o de todo el cuerpo legislativo. En los interregnos, el ejercicio de este derecho recae naturalmente en el gobierno provisional o rejencia, cuyos agentes diplomáticos gozan de iguales facultades i prerrogativas que las del soberano ordinario.

El estado que tiene derecho de enviar ministros públicos de diferentes clases, puede enviarlos de la clase que quiera; pero la costumbre pide que los estados que mantienen legaciones permanentes entre sí, envíen i reciban ministros de igual rango. Un estado puede enviar a una misma corte varios ministros, i un solo ministro a varias cortes. Puede tambien enviarse uno o mas ministros a un congreso de representantes de varios estados, sin credenciales para ninguna corte en particular.

Los cónsules de las potencias cristianas en los países berberiscos son acreditados i tratados como ministros públicos.

Es costumbre conceder libre tránsito a los ministros que dos estados envian uno a otro, i pasan por el territorio de un tercero. Si se rehusa a los de una potencia enemiga o neutral en tiempo de guerra, es necesario justificar esta conducta con buenas razones; i aun seria mas necesario hacerlo así en tiempo de paz, cuando recelos vehementes de tramas secretas contra la seguridad del estado aconsejasen la aventurada providencia de negar el tránsito a los agentes diplomáticos de una potencia extranjera.

Se deben recibir los ministros de un soberano amigo;\* i aunque no estamos estrictamente obligados a tolerar su residencia perpetua, esta práctica es tan jeneral en el dia, que no

---

\* Esta obligacion es imperfecta; i puede, por tanto, concederse bajo ciertas limitaciones i condiciones la recepcion del ministro permanente: Wheaton's *Elements*, parte III, capítulo I, §§ 2 i 5.

vararnos de ella sin mui graves motivos. El enemigo no puede venir a tratar con nosotros, si no es por un caso especial, i bajo la proteccion de un pasaporte o, i es regla jeneral concederlo, cuando no tenemos motivos para recelar que viene a introducir discordias entre nosotros o los aliados, o que solo trata de adular nuestras esperanzas de paz.

Si una nacion ha mudado su dinastia o su gobierno, la regla es mantener con ella las acostumbradas relaciones. Portarnos de otro modo, seria dar a entender que no reconocemos la legitimidad del nuevo orden de cosas, o que queremos probar mejor su naturaleza i tendencias ántes de hacerle unaolucion cualquiera.

## 3

El ministro público se ha mirado siempre como un representante de la nacion. Maltratarle o insultarle es un delito contra la nacion, a quienes interesa en alto grado la seguridad de sus representantes, como necesaria para el desempeño de sus funciones que le están cometidas.

La dignidad del ministro público se le debe principalmente a la nacion a quien es enviado. Admitirle que se le ofenda, peñarse a concederle la proteccion mas señalada contra todo insulto. La violencia en otros casos es un delito del soberano del ofensor puede tratar con induljencia. Pero contra el ministro público, es un atentado que infrinje el derecho de las naciones, i cuyo perdon no puede darse. El príncipe que ha sido ofendido en la persona de su ministro, no puede permitirse o excusarse sino en el caso en que el ministro, ha puesto a otro en la necesidad de repeler la ofensa. Si el ministro es insultado por personas que no representan al soberano, el ofendido de su carácter, la ofensa descendiendo a la persona, el castigo pertenece solamente al derecho

---

a sabiendas un acto de violencia contra un ministro

La misma seguridad se debe a los parlamentarios o a las tropas en la guerra; i aunque no estamos obligados a recibir sus personas son inviolables, mientras se limitan a obras tales, i no abusan de su carácter para dañarnos. Pero notarse que la comunicacion por medio de parlamentarios tiene lugar entre jefes.

Otro privilegio del ministro público es el estar exento de la jurisdiccion del estado en que reside; independencia para el libre ejercicio de sus funciones, pero que no delvertirse en licencia. Está, pues, obligado a respetar la dignidad del país, las reglas universales de justicia, i los derechos soberanos que le dispensa acogida i hospitalidad. Como a los súbditos, sembrar entre ellos la discordia, ser un ministro público actos de perfidia que deshonorarían a la nacion.

Si un ministro delinque, es necesario recurrir a su soberano para que haga justicia. Si ofende al gobierno con quien acreditado, se puede, segun la gravedad de los casos, o por el soberano que le retire o prohibirle el presentarse en el país, mientras que su soberano, informado de los hechos providencias, o mandarle salir del estado. I si el ministro propasa hasta el extremo de emplear la fuerza o val medios atroces, se despoja de su carácter i puede ser como enemigo.

En casos criminales, no debe el ministro constituirse en juicio, sino dar su queja al soberano para que el ministro público proceda contra el delincuente.

Un extranjero, o cualquiera persona de su comitiva, no hai obligacion de entregar el delincuente a la nacion ofendida, aun cuando sea ciudadano de ella, sin embargo de que puedan ocurrir casos en que el honor público, i para que los culpables de un crimen atroz reciban el castigo, sea lícito entregarlos a la justicia del país a que pertenecen o en que se cometió el delito. En jeneral, la pena se aplica en el país en que el delito ha sido juzgado i sentenciado; i como la pena es cierta i determinada bajo todos respectos, no puede acordarse que la prision del reo se prolongue hasta que el soberano declare estar satisfecho. Caso de República, V, *Longchamps*; *Dallas' Reports*, tomo I.



cristianas, hai capillas para el uso  
i no solo a la familia, sino a los c  
e permite asistir en ellas al ser

os es la exencion de todo impu  
a inmunidad de derechos de entra  
su uso i consumo, es lícito a los  
mejor les parezca; i los abusos a  
cido en efecto a muchas cortes a l  
por lo que el ministro deberá con  
civilejios que en el país de su resi  
nente a los de su clase; a ménos  
o de reciprocidad crea tener derec  
ular. Hai países en que no se per  
ccion de mercaderías prohibidas  
nsiderablemente; i en este caso, e  
sita de los efectos que reciben de  
n su casa.

almente exento de visita; bien qu  
rdenanzas de cada país varian mu  
ados al alumbrado i limpieza de  
n de caminos, puentes, calzadas.  
usta retribucion por el uso de e  
exencion jeneral de impuestos.

ro no está libre de los impuestos d  
muebles, aun cuando sean propi  
ero lo está completamente de la c  
la otra servidumbre municipal; i  
ntrar en ella de propia autoridad  
zonas o efectos. El ministro, por  
de esta inmunidad dando asilo a  
a los malhechores. Si tal hicies  
ia derecho para examinar hasta  
el asilo; i tratándose de delitos d  
as para que se rodease de guardia  
nsistir en la entrega del reo, i aun



reconoce jeneralmente, como una consecuencia de la exterritorialidad, que las autoridades locales no puedan demandar su extradicion para juzgarle.

Los mensajeros i correos de gabinete que una legacion envía, o que son enviados a ella, gozan tambien de inviolabilidad, en cuanto a no ser registrados ni detenidos en el territorio de las naciones amigas por las cuales transitan. Mas, para esto, deben estar provistos de un pasaporte que los designe como tales, expedido por su gobierno o su ministro; i si van por mar, es necesario que el buque o aviso lleve tambien una comision o pase. En tiempo de guerra, puede ser de neccesidad la bandera parlamentaria con pasaportes de ambos belijerantes. Los ministros que residen en la corte de uno de ellos, están autorizados para enviar libremente sus despachos en embarcaciones neutrales.\*

Los privilejios del ministro empiezan desde el momento que pisa el territorio del soberano para quien es acreditado, suponiendo que éste se halle instruido de su mision; i no cesan hasta su salida, ni por las desavenencias que pueden ocurrir entre las dos cortes, ni por la guerra misma.

Los privilejios de inviolabilidad i exterritorialidad se extienden por cortesía aun a los ministros diplomáticos que se hallan de tránsito o por algun accidente en el territorio de una tercera potencia; bien que para ello es necesaria la declaracion expresa o permiso tácito del soberano territorial. El pasaporte de este soberano permitiéndoles el tránsito o residencia con el carácter de ministros diplomáticos, es lo que hace las veces de aquella declaracion en la mayor parte de los estados de Europa.\*\*

---

\* Wheaton, *Elementos*, parte III, capítulo 1, § 20.

\*\* Vattel lleva los privilejios de los ministros transeuntes mas allá de lo que dictan la razon, la costumbre i la autoridad de otros acreditados publicistas, como Grocio, Bynkershoeck i Wicqueforte, que es uno de los mas denodados campeones de las inmunidades diplomáticas. El asesinato de un embajador en el territorio de una tercera potencia sería sin duda un acto atroz, agravado por la categoria de la persona, pero no envolvería la cuestion de la inviolabilidad diplomá-

varias especies de misiones diplomáticas: unas son permanentes, otras temporales o extraordinarias; unas públicas secretas; unas dirigidas a verdaderas negociaciones de pura ceremonia o de etiqueta, como para dar un matrimonio, nacimiento o fallecimiento, para dar felicitación o pésame, o para notificar la exaltación de un príncipe al trono o la elección e instalación de un jefe supremo.

Existen tambien varias clases de ministros. La primera comprende los *legados apostólicos* (que son o *legados a latere*, cardenales, o *legados de latere*, que no tienen la dignidad de cardenalicia, o simples *legados*, que son inferiores en grado); los *nuncios*, que son tambien ministros de primera clase; i los *embajadores*.

La segunda clase comprende los *enviados*, los *ministros plenipotenciarios*, i los *internuncios* del papa. Los *ministros plenipotenciarios* se miran ya como iguales a los *enviados*, y tambien el primero de estos títulos va unido al de *extraordinarios*.

La tercera clase comprende los *ministros*, los *ministros adjuntos*, los *ministros encargados de negocios*, los *cónsules* que ejercen funciones diplomáticas, como son los de la Legación de Berbería, i los *encargados de negocios*.

Esta clasificación es ya anticuada: la que generalmente en el día es la adoptada por los congresos de Viena i de Ginebra, de que se ha dado idea en el capítulo VIII de la parte. Según ella, pertenecen a las dos primeras clases los diplomáticos acreditados directamente por un soberano, i solo se distinguen entre sí por la representación que se les atribuye; i la tercera clase comprende aquellos que bajo cualquier título son acreditados

---

pero puede nacer de un pacto tácito entre el estado que envía al ministro i el estado que le recibe. *Wheaton's Elements*, capítulo I, § 11



por el ministro de relaciones exteriores de una potencia al ministro del mismo departamento en otra. Los títulos que comunmente se usan, son los de embajadores, ministros plenipotenciarios, enviados extraordinarios, ministros residentes i encargados de negocios.

*Los secretarios de embajada o de legacion*, aunque no son ministros, gozan del fuero diplomático, no solo como dependientes del embajador o ministro, sino por derecho propio; i en ausencia de estos jefes, hacen funciones de encargados de negocios. Los comisionados para negociar un tratado, o para acordar una declaracion cualquiera, toman en este acto el título de *plenipotenciarios* con relacion a él.

## 5

Los documentos que suele llevar consigo el ministro, i que establecen su carácter público o dirijen su conducta, son la *carta credencial*, las *instrucciones* i los *plenos-poderes*.

1. En las clases de embajadores, ministros plenipotenciarios, i ministros residentes, la credencial es una carta del soberano que constituye al ministro para con el soberano cerca del cual va a residir, expresando en términos jenerales el objeto de la mision, indicando el carácter diplomático del ministro, i rogando *se le dé entero crédito* en cuanto diga de parte de su corte. Va firmada por el soberano que le envía, i refrendada con el gran sello del estado. Es costumbre dar una copia legalizada de ella al ministro de relaciones exteriores al tiempo de pedir por su conducto una audiencia del príncipe o jefe supremo para poner en sus manos el orijinal, lo cual es de regla en todas las comunicaciones autógrafas que los soberanos dirijen uno a otro en su carácter público. En la clase de los encargados de negocios, la carta credencial es firmada por el ministro de negocios extranjeros del estado constituyente i dirigida al ministro del mismo departamento en el estado en que va a residir el enviado; pero a veces son acreditados ver-

al embajador o ministro plenipotenciario, que este carácter al tiempo de su partida.\*

Confundir la credencial con la carta de recomendación la acompaña para el ministro de negocios que suele también darse a los cónsules.

El poder del ministro por la muerte del constituyente, es preciso en uno u otro caso que el heredado de nuevo, lo cual se hace muchas veces, por medio de la carta misma de notificación escribe dando parte de la muerte de su predecesor. En el segundo caso, la omisión de esta formalidad puede hacer entender que el nuevo príncipe no es reconocido a quien representa el ministro.

Las instrucciones son para el uso del ministro solo, y sirven para dirigir su conducta. Se alteran o adicionan en las ocurrencias. El estado constituyente puede comunicar, en todo o parte, al estado con quien

se dan los plenos-poderes al ministro para una gestión particular. En ellos, debe expresarse claramente la autoridad que se le confía. Los ministros enviados al extranjero no llevan de ordinario credenciales, sino

que en el caso de hacer uso de los plenos-poderes, se presenten de ellos cotejadas con los originales, o se presenten al ministro director o mediador. Hoy día se considera suficiente la mutua exhibición de los plenos-poderes.

Con estos documentos, el ministro suele llevar una copia de la correspondencia con el gobierno de su país; pasaportes en forma expedidos por su propio gobierno de los países de su tránsito; y en tiempo de guerra, si ha de tocar el terri-

---

Los ministros residentes pertenecen a la primera clase o a la segunda, sobre si deben ser acreditados por su soberano o por el gobierno extranjero, parece haber diversidad de opinión.

torio de la potencia enemiga, o está expuesto a ser detenido por sus naves.

## 6

Las formalidades para la recepcion de los ministros son varias en las diferentes cortes. Lo sustancial es esto. El embajador o ministro de primera clase notifica su llegada al ministro de relaciones exteriores por medio del secretario o de un gentilhombre de la embajada, enviando copia de la credencial i pidiendo se le señale dia i hora en que pueda tener audiencia del soberano para entregársela en persona. El ministro de segunda clase puede hacer esta notificacion del mismo modo o por escrito. El encargado de negocios, que regularmente no tiene secretario, participa por escrito su llegada al ministro de relaciones exteriores, i le entrega sus credenciales en la primera conferencia.

Los embajadores i demas ministros de primera clase suelen tener entrada solemne i audiencia pública del soberano o jefe supremo, precedida por lo comun de audiencia privada.\* Los ministros de segunda clase tienen solo audiencia privada. En estas audiencias, se entregan las credenciales; i es costumbre pronunciar un discurso de cumplimiento, a que contesta el soberano. Los encargados de negocios, despues de la recepcion particular que es propia de ellos, son introducidos en la corte por medio del ministro de relaciones exteriores, que los presenta al soberano o jefe supremo el primer dia de corte. Los secretarios, cancilleres i jentilshombres de las embajadas o legaciones son presentados por su embajador o ministro.

Al recibimiento del embajador o ministro, siguen las visitas de etiqueta a los miembros de la familia reinante, a los del gabinete i a los del cuerpo diplomático; cuyo orden i formalidades son varias, segun la clase del ministro diplomático i la costumbre de cada corte.

---

\* En el dia, la entrada solemne i audiencia pública han caido casi jeneralmente en desuso. *Wheaton's Elements*, parte III, capítulo 1, § 8.

## 7

Las funciones del agente diplomático empiezan uniformemente por el recibo i aceptacion de su credencial; pero cesan de varios modos: 1.º por la expiracion del término señalado a la mision, si lo hai; 2.º por la llegada o vuelta del propietario, si la mision es interina; 3.º por haberse cumplido el objeto de la mision, si fué extraordinaria o de etiqueta; 4.º por la entrega de la carta de retiro de su constituyente; 5.º por la muerte del soberano a quien representa; 6.º por la muerte del soberano en cuya corte reside; 7.º por su propia muerte; 8.º cuando el ministro, a causa de alguna enorme fuerza contra su soberano, o por alguna otra ocurrencia que lo exija, declara de su propio motivo que se debe mirar su mision como terminada; 9.º cuando el gobierno con quien está acreditado le despide. En los casos 5.º i 6.º, suelen continuarse las jestioncs i negociaciones *sub sperati*.

## 8

Una carta formal de retiro es necesaria cuando el objeto de la mision no se ha cumplido o se ha malogrado; cuando el gobierno a quien está acreditado el ministro, ofendido de su conducta, pide que se le retire; i siempre que el gobierno a quien el ministro representa, subsistiendo la amistad i buena armonía, tiene por conveniente retirarle.

Si fallece, las ceremonias religiosas externas dependen de la costumbre del país. El secretario de legacion, i en su defecto, el ministro de una corte amiga, sella sus papeles i efectos sin intervencion de las autoridades locales, a no ser absolutamente necesaria. Su viuda, familia i servidumbre conservan por algun tiempo las inmunidades diplomáticas de que gozaban durante la vida del ministro.

La carta de retiro debe ser expedida, como la carta credencial, ya por el soberano o jefe supremo, ya por el ministro de relaciones exteriores del estado constituyente, segun sea la clase a que pertenece el ministro.

Llegada la carta de retiro en que el un príncipe o jefe supremo participa al otro que ha tenido por conveniente llamar a su representante o nombrar quien le suceda, el embajador o ministro plenipotenciario solicita por el de negocios extranjeros, trasmitiéndole copia de esta carta, una audiencia pública o privada para poner el original en manos del príncipe o jefe con quien estaba acreditado, i recibir sus órdenes. En esta audiencia, casi siempre privada, pronuncia un discurso de despedida adaptado a las circunstancias; i despues de ella, hace las acostumbradas visitas de despedida a los otros miembros de la familia reinante, i a los del gabinete i cuerpo diplomático.

No es costumbre dar audiencia de despedida a los encargados de negocios, que regularmente se limitan a entregar su carta de retiro al ministro de relaciones exteriores.

A los unos i a los otros, cuando se retiran en la forma acostumbrada, se dan *cartas recredenciales*, ya del soberano, ya del ministro de negocios extranjeros, segun su grado. En estas cartas, se manifiesta la satisfaccion que de la conducta del agente diplomático ha recibido el gobierno con quien estaba acreditado, i se añaden las expresiones de respeto i cortesía, que corresponden a la importancia relativa de las dos cortes i a la intimidad de sus relaciones, como tambien al mérito personal del ministro.

Algunas cortes acostumbran dar presentes al ministro diplomático a su despedida o en otras ocasiones especiales. Hai gobiernos que prohíben a sus ajontes recibirlos. Tal era la práctica de la república de Venecia, i la misma observan los Estados Unidos de América.\*

Cuando el agente diplomático por una desavenencia o rompimiento se retira o es despedido *ex abrupto*, se limita a pedir pasaporte.

\* Wheaton's *Elements*, parte I, capítulo 1, § 24.

Cuando está prohibida a los ministros diplomáticos la recepcion de presentes, no es propio de un gobierno conceder excepciones a sus ajontes, pues con semejante conducta se comprometeria por su parte a corresponder con iguales muestras de cortesía, o seria justamente censurable su conducta.



## CAPÍTULO II

### funciones i escritos diplomáticos

ro público.—2. Negociaciones.—3. Actos públicos  
comandados del soberano.

#### I

encial de las misiones diplomáticas es man-  
telijencia entre los respectivos gobiernos,  
preocupaciones desfavorables, i sosteniendo  
onales con una firmeza templada por la mo-  
eber del ministro estudiar los intereses mu-  
aíses, sondear las miras i disposiciones del  
está acreditado, i dar cuenta a su soberano  
eda importarle. Debe asimismo velar sobre  
los tratados, i defender a sus compatriotas  
i injusticia. Circunspeccion, reserva, decoro  
iones verbales i escritas, son cualidades ab-  
sarias para el buen suceso de su encargo.  
de positiva desavenencia i declarado rompi-  
ministro ser medido en su lenguaje i mucho  
res, guardando puntualmente las reglas de  
la independencia de la nacion en cuyo seno  
validades de etiqueta que la costumbre ha

nos al ministro granjearse la confianza de  
is del cuerpo diplomático, i penetrar los de-  
encias extranjeras con relacion a la corte en  
promoverlos o contrariarlos segun convenga





apoyados en la historia de las naciones modernas, i en el conocimiento profundo de sus intereses i miras recíprocas. debe ser, como el de las demás composiciones epistolares, didácticas, sencillo, claro i correcto, sin excluir la viveza cuando el asunto lo exija. Nada afearía mas los escritos de este jénero, que un tono jactancioso o sarcástico. Los períodos, las apóstrofes i en jeneral las figuras del estilo de los oradores i poetas deben desterrarse del lenguaje de los gobiernos i de sus ministros, i reservarse únicamente para las proclamas dirigidas al pueblo, que permiten, i aumentan todo el calor de la elocuencia.

Los escritos a que dan asunto las negociaciones entre los Estados, son *cartas* o *notas*. Se llaman propiamente *notas* las comunicaciones que un ministro dirige a otro, hablando de sí mismo i del sujeto a quien escribe, en tercera persona; i se llaman *cartas* u *oficios*, aquéllas en que se usan primeras i segundas personas. Se emplea por lo comun la forma de *notas* entre ministros que se hallan en una misma corte o congresos, i de *cartas* entre ausentes.

Se da el título de *nota verbal* a una esquisa en que se acuerda un asunto en que se ha dejado de tomar resolución; i cuando la una o la otra se difiere todo el tiempo, la contestacion que suele darse es otra *nota verbal*. Hai otras llamadas tambien *memoranda* o *minutas*, en que se expone lo que ha pasado en una conferencia, para servir de la memoria, o para fijar las ideas. Ni unas ni otras deben firmarse.

A las *notas* o *cartas* acompañan a veces *memorias* o *observaciones*. En ellas, se expone o discute un asunto a la memoria en que se responde a otra, se llama *contra-memoria*.

El *ultimatum* es el aspecto definitivo que una potencia pone a las negociaciones que tiene entabladas con otra, determinando el mínimo de sus pretensiones, de que ya no piensa ceder cosa alguna.

El mandatario no puede fijar un *ultimatum* sin autoridad expresa.

Cuando varias potencias, con el objeto de deliberar

o de terminar amigablemente sus di-  
potenciarios para que se reúnan en  
e elije de comun acuerdo el lugar, i en  
an o se reconocen los plenos-poderes.  
regla el modo de proceder i el cere-  
s digna de imitarse la conducta de  
n 1713 i de Aquisgran en 1748, que,  
lad de las controversias sobre la eti-  
erse a ningun ceremonial, ni guardar  
presidencia se da al ministro media-  
director, que es el de la corte en que  
el que se elije de acuerdo; o la tiene  
urno. Arreglados estos preliminares,  
unto; i se redactan los acuerdos en  
colos, de que cada negociador trasmi-  
e. Se puede enviar a estos congresos  
por cada potencia, para que, si son  
objetos que se someten a la delibera-  
tan entre sí del modo mas convenien-  
cho.

ilmente se hace uso en las conferen-  
ipotenciarios que no tienen una mis-  
rances. En las comunicaciones por  
a suya, salvo que por mas comodidad  
otra distinta, que entónces suele ser

tras potencias con la Francia, se tiene  
rtículo en que se declara que el uso  
ia francesa, no debe servir de ejem-  
tencia el derecho de emplear en las  
ones futuras el idioma en que hasta  
u correspondencia diplomática. Son  
as comunicaciones que los ministros  
ras, residentes en Paris, dirijen al

de uso jeneral en las comunicaciones  
el dia sino en la chancillería romana.

## 3

Resta hablar solamente de los actos públicos emanados de uno o mas soberanos. Hé aquí los principales.

*Tratados o convenciones.* Documentos en que se ponen por escrito los pactos internacionales, o de soberano a soberano. Alguna vez se mantienen secretos. Casi siempre se hacen por medio de plenipotenciarios. La *Santa Alianza*, celebrada en Paris entre los soberanos de Austria, Francia i Rusia, ofrece el raro ejemplo de un tratado hecho i firmado sin la intervencion de agentes diplomáticos.

Que el tratado sea la obra de dos plenipotenciarios o de tres o mas, como sucede en los congresos, debe llevar la firma de todos, i supone, por consiguiente, la unanimidad de los miembros.

El tratado de paz suele ser precedido de *preliminares*, primer bosquejo que encierra sus principales artículos i debe servirle de base.

Todos los tratados, ménos aquéllos que los soberanos acuerden por sí mismos, necesitan de ratificarse. El acto de la *ratificacion* es un escrito firmado por el soberano o jefe supremo, i sellado con sus armas, en que se aprueba el tratado, i se promete ejecutarlo de buena fe, en todas sus partes. Las ratificaciones se canjean entre las respectivas cortes dentro del término que se perfija en el tratado; i cuando hai una potencia mediadora, el canje se hace de ordinario por su conducto. La observancia de los tratados no principia a ser obligatoria, sino desde el canje de las ratificaciones.

*Declaraciones.* Documentos en que un gobierno hace manifestacion de su modo de pensar o de la conducta que se propone observar sobre alguna materia. Las principales son las de guerra i las de neutralidad. Se contestan o se impugnan por otros documentos de la misma especie, llamados *contra-declaraciones*. Las expiden ya los soberanos mismos, ya los ministros de negocios extranjeros o los agentes diplomáticos.

*Manifiestos.* Declaraciones que los gobiernos publican para







## DERECHO DE ASILO

La entrega de los presidiarios de Juan Fernández, se por el gobierno de Chile, i acordada por los de las pr vecinas, ha puesto de mal humor al *Valdiviano Feder* cree violado en este procedimiento el derecho de asilo.

*Ningun estado, dice, debe perseguir a hombre que no ha quebrantado sus propias leyes...* proposi soluta, de las que el *Valdiviano* acostumbra sentar pa carlas a diestro i siniestro, desentendiéndose de las exce que no le vienen a cuento. ¿Quién ignora que esta más derecho de jentes tiene varias limitaciones, reconoci todos los escritores, aun aquéllos que han sido mas l en materia de asilo? Grocio lo niega a los reos de c enormemente atroces: *quæ eximian habent facinoria tatem*. Vattel es aun mas terminante. «Si la justicia estado debe en jeneral limitarse a castigar los delitos dos en su territorio, es necesario exceptuar de esta reg llos malvados que por la calidad i la frecuencia hab sus crímenes, violan toda seguridad pública i se enemigos del jénero humano. Los envenenadores, los : los incendiarios de profesion, pueden ser exterminad quiera que se encuentren, porque atacan i ultrajan las naciones, hollando los fundamentos mismos de : ridad comun. Si el soberano del país en que se han do delitos de esta naturaleza pide que se le entreg autores para hacer justicia en ellos, hai obligacion do :

los, como a quien mas interesa su ejemplar castigo.» Heineccio, comentando a Grocio, declara que son injustisimos estos asilos, si no se circunscriben dentro de ciertos límites, i da al soberano a cuyo territorio se refujaron los delincuentes la facultad de castigarlos, entregarlos o expelerlos. Real de Curban es de opinion que, si los que se refujan a un país extranjero han cometido delitos atroces, los soberanos deben entregárselos mutuamente, obedeciendo en esto a la lei de Dios, que hace participantes en el homicidio a los encubridores del homicida.

Los publicistas modernos son todavía mas rijidos en materia de asilo. «No es derecho de jentes (dice el marques de Pas-toret) proteger en un estado los delincuentes de otro, sino socorrerse mutuamente contra los enemigos de la sociedad i de la virtud.» «El soberano (sienta Rayneval) no debe ningun asilo a los individuos que dejan su patria orijinaria para sustraerse al castigo de los delitos que han cometido en ella.» Fritot no concede el derecho de asilo, sino a los delitos que provienen del abuso o del error de un sentimiento puro i noble en sí mismo, pero extraviado por la ignorancia o la preocupacion, i que deben atribuirse mas bien a la fragilidad de la razon humana, i a las calamidades de una época de revolucion i trastorno, que a la perversidad del corazon. Jeneralmente puede sentarse que, cuanto mas liberales son las opiniones que profesa un autor, cuanto es mayor el celo con que defiende la causa de la humanidad i de los pueblos, tanto mas inclinado se muestra a restringir el asilo, abriéndolo, no a la maldad, sino al infortunio. A estos escritores, no se les ocurrió que albergar el crimen i favorecer su impunidad, era patrocinar los intereses del jénero humano.

Pasemos a los hechos i razones con que el *Valdiviano* trata de apoyar o ilustrar su orijinalisima doctrina relativa al derecho de asilo. Primeramente menciona el hecho de don Ramon Aicardo, condenado a tres años de destierro por el gobierno de Mendoza, i remitido al de Chile con la súplica de que no se le dejara salir del territorio chileno. Pero el delito de que era acusado Aicardo era solo político: por esto, se negó justísima-







#### DERECHO DE ASILO

gun estado debe dar asilo a los reos de delitos enormes atroces, o que ponen en grave peligro la seguridad pública bien debe entregarlos a la potencia extranjera que reclama, despues de haber averiguado si hai razonable fundamento para enjuiciarlos. La legislatura de Nueva York entendió todavia mas en su acta de 5 de abril de 1822, autorizando al gobernador, para que, a requisicion de qual gobierno extranjero, entregase los fujitivos acusados de asesinato, falsificacion, hurto u otro delito que, segun las leyes de Nueva York, hubiese de castigarse con la muerte o con la vida en la cárcel del estado, con tal que se presentasen pruebas del crimen, que, segun las mismas leyes, bastasen para poder a juicio. Conque ni ha habido en los Estados Unidos inviolabilidad constante de que habla el *Valdiviano*, ni ha sido necesaria para cuadruplicar su poblacion en medio glo, ni la provincia de Rioja, en la entrega de los presidentes de Juan Fernández, ha hecho otra cosa, que seguir el ejemplo de esa república maestra en política.

(Araucano, año de 1832.)







de instruccion, i hacer una parte considerable del servicio interior. Por consiguiente, su número debe ser limitado i renovarse de tiempo en tiempo, porque solo así podrá lograrse que, sin causar un embarazo grave a las operaciones industriales, se haga familiar a una gran mayoría de los habitantes el uso de las armas, la regularidad de los movimientos, i la práctica de los deberes militares. Cuanto mas se desee que la organizacion de esta milicia se aproxime a la del ejército de línea, tanto mas necesario es, en nuestro concepto, que el número de individuos que la compongan, sea solo una moderada fraccion del total de los habitantes. Exijir mas, seria prescribir a la sociedad un esfuerzo violento, que no podria sostenerse largo tiempo.

Tasado el número de que debiese constar esta milicia, el segundo requisito que nos parece de absoluta necesidad, es que no se elijan arbitrariamente los individuos que han de componerla, sino que se adopte un sistema imparcial de alistamiento i de reemplazos que recaiga sobre todas las clases indistintamente, admitiendo solo las excepciones conocidas de impotencia física o de incompatibilidad de profesion. Hecha una matrícula exacta de todos los individuos hábiles, se sortearian, bajo la inspeccion del público i de las autoridades civiles, los que hubiesen de destinarse inmediatamente a la formacion o complemento de los diferentes cuerpos de tropa cívica, dejándoles la facultad o de presentar un sustituto o de comprar la exencion a un precio moderado que se apropiase a los fondos de estos mismos cuerpos. El hacendado, el comerciante, el jefe de un establecimiento mecánico, podrian de esta suerte atender sin interrupcion al manejo de sus intereses industriales, i contribuirian a este servicio no ménos útil i eficazmente que los labradores i menestrales, aunque de diferente modo. El individuo que hubiese completado el número legal de años (que no deberian pasar de cuatro o cinco) no podria ser alistado de nuevo, hasta que lo hubiesen sido en el orden designado por la suerte todas las personas hábiles de su distrito; bien entendido que el servicio por medio de sustituto, o de contribucion, se consideraria como igual bajo todos respectos al que se hiciese en los cuerpos; pero que la persona que hubiese servido

## LOS EXTRANJEROS I LA MILICIA

en calidad de sustituto no se eximiría por eso de entrar en sorteo con las que no hubiesen todavía tomado las armas. Ante estas i otras reglas que están en práctica en las naciones que tienen una milicia nacional de esta especie, la ley se repartiría con imparcialidad, la cuota que de ella cae en cada clase i a cada individuo sería leve i soportable, nuestras libertades constitucionales dejaría de ser, como ha sido hasta ahora, una fórmula sin sentido, esta institución se perpetuaría sin necesidad de grandes esfuerzos, i el interés de la industria se conciliaría con el de la seguridad de la patria.

¿I qué razón tendrían entónces los extranjeros para resistirse a contribuir a esta necesidad del estado? ¿No es justa una moderada cuota que debería caberles? ¿No es justo que los que participan de los beneficios de la asociación contribuyan a proporcion de su número i facultades a soportar las cargas? Los extranjeros avecindados son verdaderos miembros de la asociación civil. Si no se les conceden ciertos derechos, suponen una identificación mas íntima con los intereses del país en que residen, tampoco se les imponen algunas mas onerosas obligaciones del ciudadano. El servicio de que hablamos, no tiene nada de incompatible con el manejo de los ramos de industria que ejerzan. Se puede que no hai derecho para gravar a los extranjeros avecindados con semejante pensión; i algunas personas, cuyo juicio es dudoso, alegan en apoyo de esta opinión un pasaje de que en nuestro sentir no hace al caso. Hé aquí el pasaje, II, capítulo 8, § 106: «Exento (el extranjero) de la milicia, los tributos destinados a sostener los derechos de la ciudadanía, pagará los impuestos sobre los víveres, mercaderías, e otros. Pero el pasaje de que se trata pertenece a un capítulo que comienza con estas formales palabras: «Hemos hablado en otro capítulo (libro 7, § 213) de los *habitantes*, o de las personas que tienen su domicilio en un país de que no son ciudadanos. Ahora se trata de los extranjeros que transitan, o que residen temporalmente en el país para sus negocios, o en calidad de simples viajeros.» Vattel hace, pues, diferencia, como la ha-





jente o los plurales *hombres, individuos, personas*? No hai principiante de frances que no sepa que *les honnêtes gens* se traduce *los hombres de bien, la jente honrada*.

Otra infidelidad que nos reprocha el señor G. P. P., es el haber puesto en boca de Vattel esta expresion: «Aquí solo se trata de los extranjeros que transitan,» etc., debiendo haber dicho: «Ahora se trata.» Las palabras del autor, son: *Il n'est question ici que des étrangers*, etc. Digan todos los que han saludado el frances, quién es el que desfigura i altera el texto original, si el señor G. P. P., o nosotros.

El tercoer cargo que se nos hace, es que, en vez de «los extranjeros que pasan o permanecen,» hemos dicho, «los extranjeros que transitan o residen pasajeramente.» La expresion del autor es, *étrangers qui passent ou séjournent*. Se trata de saber cuál es el sentido que debe darse al verbo *séjourner* del texto, si el de *permanecer*, como quiere el señor G. P. P. o el de *residir pasajeramente*, como nos ha parecido a nosotros.

Vattel hace una distincion manifiesta entre *séjour* i *demeure*, *séjourner* i *demeurer*. Segun él, los extranjeros habitantes o avecindados son los que están establecidos á *demeure*, i extranjeros no habitantes, a que únicamente es relativo el capítulo 8 del libro II, los que transitan o *séjournent* en el país, ya para sus negocios, ya en calidad de simples viajeros. Es neccsario, pues, que en el lenguaje de este escritor *séjour* i *demeure* signifiquen diferentes cosas. De otra manera, los *habitantes* del libro I, § 213, resultarian forzosamente comprendidos entre los extranjeros del libro I, capítulo 8, contra la cuidadosa i terminante separacion que hace de unos i otros este esmerado escritor.

Pero ¿qué diferencia hai entre *séjour* i *demeure*? La misma que entre residencia estable i residencia pasajera.—Para probarlo, recurriremos nó a los diccionarios comunes (que no siempre deslindan con exactitud los significados rigurosos i técnicos de las palabras), sino a un filólogo, que ha tratado de propósito la materia, i pasa por uno de los mas respetables sinonimistas de la lengua francesa.—«Tenemos un *séjour* (dice

Beauzée) en un lugar que habitamos por intervalo; *une demeure*, donde quiera que nos proponemos estar largo tiempo.» «*Séjour* (dice poco mas adelante) es una habitacion pasajera; *demeure*, una habitacion mas durable:» (*Dictionnaire universel des synonymes de la langue française*, número 596.)

Los ingleses, que tomaron de sus vecinos el sustantivo *sojourn*, i el verbo *to sojourn*, les han conservado esta fuerza particular de residencia pasajera: *an unsettled habitation*, *to live as not at home*, *to inhabit as not in a settled habitation*, como puede verse en Johnson i Walker.

No es, pues, un grave crimen, ni un agravio al ilustre Vattel, como dice el señor G. P. P., el haber traducido la palabra *séjourner* por la frase *residen pasajeramente*, que la representa con la mas escrupulosa precision. A falta de un verbo que significase lo mismo, era necesaria esta frase.

Estamos mui ajenos de imputar al señor G. P. P. errores tan garrafales en la intelijencia del idioma frances. Lo que ha sucedido, es que, en vez de consultar el orijinal, ha tenido a la vista una traduccion, i creyéndola exacta, nos atribuye las discrepancias que ha notado en la cita de *El Araucano*. No retrucaremos sus acusaciones de *atrevimiento*, *abuso*, *agravio*, *crimen que merece el mas fuerte castigo que el criticismo es capaz de imponer*; pero en prueba de nuestra gratitud a sus buenos consejos, nos permitirá que le correspondamos con otro: cuando se produce el cargo injurioso de infidelidad en las citas, debe el acusador tener presentes los orijinales, i no fiarse ciegamente de traducciones.

(*Araucano*, año de 1833.)



## RECONOCIMIENTO DE UN CÓNSUL

Para que nuestros lectores, así franceses como nacionales, puedan fallar con mas conocimiento de causa en la controversia de que el señor Masson ha querido hacer juez al público, es necesario que tengan presente:

1.º Que por la ordenanza francesa de 20 de agosto de 1833 el cuerpo consular se compone de cónsules jenerales, cónsules de primera i segunda clase i alumnos de cónsules (*élèves-consuls*); todos de nombramiento real. (Artículo 1.)

2.º Que, en caso de vacante de un consulado jeneral por muerte, enfermedad o ausencia del propietario, debe ocupar su lugar el funcionario de grado superior de la residencia, hasta la decision del ministerio de negocios extranjeros. (Artículo 8.)

3.º Que los cónsules tienen la facultad de nombrar delegados en los lugares de su distrito donde lo estimen conveniente, en el título de *agentes consulares* o de *vice-cónsules*. (Artículos 39 i 41.)

No creemos que pueda darse a esta última disposicion mas de un sentido, i es que los vice-cónsules franceses son instituidos en el día por una delegacion del cónsul a cuyo distrito pertenecen. La ordenanza citada no reconoce mas que dos especies de funcionarios consulares: los unos de patente real, los otros nombrados, en caso de necesidad o conveniencia, por los cónsules en sus respectivos distritos. A nosotros nos parece que la ordenanza establece una completa separacion entre ambas clases; el artículo 44 dice: «que las funciones de



la Chainaye, recomendando al señor consulado de Concepcion. Se dice que ministerial fué un verdadero precepto. ¿ordenó al cónsul jeneral que hiciera ele para el vico-consulado de Concepcion órden? ¿Se verificó la eleccion? Lo que Masson fué destinado a Valparaíso, e huano, i que este consulado interino c cabo de algun tiempo por la misma a dado el sér. M. de la Chainaye separó d Masson, reemplazándole, como todos si del. Hé aquí el momento en que el señ hecho valer la recomendacion u órden gocios extranjeros. Sea que solicitase c lo cierto es que el cónsul jeneral fallec efecto, i que, por consiguiente, el señor la investidura legal que pudo hacerle v cion.

Ahora bien. ¿Es esta una falta qu debe suplir de algun modo? ¿Puede él cónsules franceses? Lo único que lo toc han sido nombrados por autoridad comp exigir que se reconozca por vice-cónsul que no ha sido nombrado vice-cónsul francesa? El señor Masson insiste en q órden de un ministro para que se le nombramiento efectivo; como si el gob desentenderse de las solemnidades que las naciones ha consagrado para caso mismas leyes francesas prescriben par agentes consulares. M. de la Chainaye de su ministro a la vista, no la dió cu gobierno de Chile, no solamente lo c toca, sino lo que el cónsul jeneral i er Francia, a quien tocaba, no tuvo por c tension mas temeraria no creemos qu ante gobierno alguno.

DCHO. INT.



---

# RELACIONES DIPLOMÁTICAS

DE LOS GOBIERNOS DE HECHO

---

## I

La existencia de dos gobiernos de hecho en un país destrozado por la guerra civil ha sido siempre un motivo de embarazos i dificultades para las relaciones diplomáticas; presentándose entonces a las naciones vecinas que no desean tomar parte en la guerra un problema de resolucion delicada i difícil, es a saber, si han de mantener esta clase de relaciones con alguno de los dos gobiernos existentes de hecho, o con ninguno de ellos o con ambos. Chile se halla por la segunda vez en el caso de resolver este problema con respecto al Perú; i no estará de mas hacer una reseña de las consideraciones en que nos parece que ha debido fijarse nuestro gobierno para tomar un partido.

El no reconocer por ahora ninguno de los dos gobiernos que se disputan la autoridad suprema en el Perú, es la resolucion que parece mas natural a primera vista; porque, aunque, hablando jeneralmente, no toca a las naciones amigas hacerse jueces de las controversias domésticas que se suscitan en un estado, i para reconocer como gobiernos *sui juris* los que se erijen en él deben atenerse al hecho solo de la posesion, este hecho es de aquéllos que pueden presentarse bajo aspectos mui diferentes: la posesion puede ser mas o ménos nueva, mas o ménos sólida, mas o ménos apoyada en la voluntad de





este acto de deferencia al otro, sin deponer el carácter neutral.

¿Se dirá que el gobierno de Chile se desdora con esta medida o contraviene a la dignidad nacional? Pero es sabido que una nacion, dando acogida a un agente diplomático, no garantiza la legitimidad, ni la estabilidad del estado que le delegó; reconoce solamente un hecho; i las otras naciones no tienen motivo alguno para reconvenirla por esta conducta, miéntras en ella no aparezcan preferencias odiosas. Esta política, segun creemos, ha sido observada recientemente por los Estados Unidos de América en la guerra civil de Portugal; i la Federacion Americana no es seguramente una de las potencias ménos celosas de la dignidad nacional. Las reservas i desvíos que han manifestado las naciones del mundo antiguo a los estados nuevos que se han desmembrado de alguna de ellas, se han fundado en razones de interes propio, i no en principio alguno de equidad natural. En las cuestiones de esta especie, los gobiernos monárquicos simpatizan íntimamente unos con otros; i los votos de los pueblos suelen pesar ménos en su balanza que los intereses particulares de familia i de la causa monárquica. Un estado republicano tiene sin duda que rendir homenaje al órden público de la sociedad universal. Mas, desde que un gobierno da leyes, i es obedecido sobre un territorio extenso, reconocer que existe no es mas que abrir los ojos a la luz; i tratarle como amigo es una consecuencia precisa de este reconocimiento, miéntras no haya motivos de justicia i conveniencia que nos obliguen a pronunciar que sus títulos son ilegales i su existencia una usurpacion; pronunciamiento que es un acto hostil i debe sostenerse a mano armada.

La cuestion no es nueva en Chile. En noviembre del año 1823, se ofreció un caso enteramente semejante con dos plenipotenciarios de dos gobiernos peruanos que existian a un mismo tiempo en Lima i Trujillo. La resolucion tomada entónces por el ejecutivo fué la de recibir al uno i al otro como representantes de dos gobiernos *de facto*, fundándose en razones que convienen sustancialmente con las que dejamos expuestas.

## II

Los artículos publicados en *El Mercurio* de Valparaíso sobre la imposibilidad en que se halla este gobierno de recibir agentes diplomáticos acreditados por el jeneral Orbegoso, no nos parecen debilitar de modo alguno las razones que hemos alegado en nuestro número 272 en apoyo de la opinion contraria. El corresponsal de *El Mercurio* conviene en que tratar con un gobierno supremo no es garantir ni reconocer su legitimidad; i no pudiera dejar de convenir en ello sin rechazar la autoridad de Grocio, Bynkershoeck, Vattel i los publicistas mas acreditados de nuestros dias. I de este principio se deduce que, cuando un país está desmembrado en secciones, i se entablan relaciones diplomáticas con el gobierno de una de ellas que ejerce de hecho la soberanía sobre una porcion extensa de territorio, no se hace ningun agravio al otro partido, por justos e indisputables que aparezcan sus títulos, porque estas relaciones no son un homenaje que se tributa a la justicia de una causa, sino un medio necesario de comunicacion para proteger intereses comunes, que de otro modo quedarian comprometidos entre las convulsiones de una revolucion i las calamidades de la guerra.

El derecho de enviar embajadas no es mas inherente a la soberanía que el de proclamar un bloqueo; i si los neutrales están obligados a respetar el bloqueo de una potestad usurpadora, i a tratar su bandera como amiga, ¿por qué no tendrán la facultad de entenderse tambien con su gobierno por los medios regulares que las naciones han establecido al efecto?

Se alega que, habiéndose reconocido al jeneral Salaverri como jefe supremo del Perú, no es posible recibir ya con el mismo carácter al jeneral Orbegoso, porque eso sería suponer que puede haber a un mismo tiempo dos autoridades supremas de una misma nacion. Lo cierto es que existen en el Perú dos autoridades supremas, aunque ninguna lo sea de todo el Perú. Cada una de ellas se atribuye el derecho de mandar al todo, i en realidad solo manda a una parte. Pero los neutrales nada

tienen que ver con las pretensiones, sino con la posesion real. Ellos no pueden remediar la incongruencia de dos títulos contradictorios. Sería duro que, porque dos gobiernos tuviesen pretensiones opuestas, i se diesen en consecuencia títulos incompatibles, se obligase a los neutrales o a declararse por el uno de ellos i acarrearase la enemistad del otro, tomando el carácter odioso de jueces en una cuestion en que no lo son competentes, i en que su juicio pudiera ser muchas veces erróneo, o a mantenerse en entredicho con ambos, dejando los intereses propios desamparados i a la merced de todos los accidentes de una guerra civil. ¿A qué fin tan costoso sacrificio, ya que se declara i se entiende que las relaciones diplomáticas no son inseparables de la legitimidad de los gobiernos, i pueden mantenerse con una potestad usurpadora sin hacer agravio al soberano lejítimo, ni menoscabar en manera alguna sus derechos? Las potencias neutrales no están obligadas a guardar contemplaciones de esta especie, cuando de ellas no puede resultar utilidad alguna positiva al beligerante que las exige, i miéntras, observando una conducta franca, leal, amistosa con ambos partidos, no añaden un solo átomo de peso a la balanza en favor del uno ni del otro.

No ignoramos que los gobiernos antiguos, i principalmente los gobiernos despóticos, han mirado como un principio vital de su política retardar lo posible el reconocimiento de toda autoridad nueva que salia del seno de una revolucion, i tratarla con todas las señales exteriores de repugnancia i disfavor, si es que no se creian autorizados para tomar las armas contra ella, i concurrir a sofocarla.

Ellos tenian i tienen sus razones para proceder de este modo; nosotros nos hallamos en el caso de adoptar una conducta diferente. Nuestra política debe ser no intervenir en las disensiones domésticas de nuestros vecinos; i nuestras misiones diplomáticas deben considerarse como medios de comunicacion destinados únicamente al patrocinio de los intereses nacionales i al cultivo de todas aquellas relaciones que son compatibles con una estricta neutralidad.

Esos mismos gobiernos tan reservados i circunspectos para



*vero civilibus necessitas interdum locum juri facit extra regulam; puta cum ita divisus est partes quasi æquales ut dubium sit ab ultra pa imperii, aut cum jure admodum controverso de cesione duo decertant; nam hoc eventu gens ur pore quasi duæ gentes habetur.\**

Dijimos en nuestro número 272 que el caso n en Chile con respecto al Perú; i como se ha contra asercion, expondremos el hecho. El año de 18 el Perú, como hai ahora, dos gobiernos que se d poder supremo: el uno en Lima, presidido por e Juan Bautista Tagle, que nombró por su ministro ciario cerca del gobierno de Chile, al coronel don J i el otro en Trujillo, presidido por el señor don Jos Agüero, que nombró con aquel carácter i para el tino, al coronel don Juan Manuel Iturregui. Ar acogidos en esta república amistosamente i con las de estilo, no obstante las reclamaciones del envia que habia precedido al de Trujillo.

### III

Otra vez tocamos la *vexata quæstio* de las de peruanas. Nuestro antagonista ha reproducido sus i combatido los nuestros en un papel que ha visto i te la luz pública, i a que vamos a contestar en est

¿Es lícito admitir a un tiempo dos ministros p brados por dos autoridades que se disputan el po de una nacion? A esta pregunta se puede respon es lícito cultivar las relaciones naturales de amista con dos secciones de una nacion que se hallan en i son rejidas por dos autoridades que se disputan premo de ella? Si se responde afirmativamente (i n ponderse de otro modo), es preciso afirmar tam ambas autoridades pueden entablarse comunicac máticas, cuando éstas no tienen otro objeto que las relaciones naturales de amistad i comercio o blos.

Nuestro antagonista quiere hacer diferencia entre cónsules i enviados diplomáticos. Bajo el punto de vista que nos ocupa, no hai tal diferencia. Ambas clases de funcionarios tienen un verdadero carácter representativo; i de aquí es que las sociedades que carecen de lo que llaman los publicistas *jus legationis*, tan inhibidas están de enviar o recibir cónsules, como de enviar o recibir embajadores. El cónsul es constituido por una autoridad soberana, i recibe su *exequatur* de otra autoridad de la misma especie. No hai cónsules sino de soberano a soberano.

Acerca de los tratados, decimos lo mismo que acerca de las misiones consulares i diplomáticas. Tratan los pueblos unos con otros para asegurar i fomentar sus intereses comunes; i si esta seguridad i fomento requieren que se estipulen reglas especiales, como sucede amenudo, i como ha sucedido particularmente en el caso de Chile i el Perú, ¿bajo qué pretexto podrá una de las secciones de un país dividido por la guerra civil impedir a un neutral que celebre esta especie de pactos con la otra seccion? «No quiero que trates con mi enemigo; quiero que me reconozcas por soberano, aun de pueblos que no me obedecen i que no puedo sojuzgar con las armas, i aunque sufran por ello las personas i propiedades de tus ciudadanos.» Este es el lenguaje de la arbitrariedad i la fuerza, no el de la justicia natural. Es verdad que las monarquías de Europa lo han empleado i lo emplean. Pero ¿debemos nosotros imitar este ejemplo?

Una nacion que celebra tratados i acredita ministros, contrae compromisos, dice nuestro respetable antagonista.— Pero ¿qué compromisos son éstos? ¿Se extenderán a mas que a reconocer al gobierno con quien se trata, en los mismos términos que ha reconocido la Gran Bretaña los gobiernos de Méjico, Buenos Aires i Colombia? Nadie ha mirado este paso de la Gran Bretaña como un reconocimiento de la justicia de los nuevos estados americanos en su querella con la madre patria, ni como una infraccion de la neutralidad que ha profesado i profesa aquella potencia entre la España i sus antiguas colonias.

El que una potencia en ciertas circunstancias de guerra ci-

vil, no envíe ministros diplomáticos sino cónsulares a una de las secciones beligerantes, o no envíe talvez ni unos ni otros, es un argumento negativo que prueba mui poco. Lo primero, porque, para el caso de reconocer una soberanía, lo mismo es en sustancia enviar cónsules que embajadores. I lo segundo, porque estas medidas de circunspeccion son dictadas por miras de conveniencia i no de derecho. Una potencia se abstiene muchas veces de lo que le es perfectamente licito, porque cree que con esta conducta se proporciona algun bien o se evita algun mal. No envía misiones diplomáticas a un nuevo estado, no porque las obligaciones de neutralidad se lo veden, sino, o porque está en el órden de su política tratar con cierto disfavor a un pueblo que sacude el yugo de un gobierno antiguo; o porque teme ofender a un estado poderoso que exige condescendencias indebidas, pero que no pueden rehusarse sin aventurar algun grande interes propio; o porque se desea feriar a las nuevas naciones esta especie de reconocimiento a trueque de concesiones costosas; o porque se juzga la existencia del nuevo órden de cosas demasiado débil i precaria, o por otros motivos. De manera que en este punto, como dice Kent, la cuestion no rueda sobre si se puede o no se puede en justicia, sino sobre si es útil o nó; i en esta segunda clase de cuestiones, cada cual juzga como le parece, i no es responsable de su juicio a los otros.

Hemos equiparado, como atribuciones iguales de la soberanía, la de acreditar ministros públicos i la de declarar un bloqueo, i hemos dicho que, si se puede sin ofensa de la neutralidad reconocer un bloqueo, se puede del mismo modo admitir un ministro. Se nos opone, en primer lugar, que el bloqueo solo influye de una manera indirecta sobre los neutrales. Pero ¿puede llamarse indirecto lo que habla directa i aun exclusivamente con ellos? Se dice que, respetando un bloqueo, no hacen otra cosa los neutrales que reconocer la facultad que ambos beligerantes tienen de hacerse la guerra. Es cierto; pero este reconocimiento envuelve el de una autoridad competente para hacer la guerra, es decir, el de una autoridad que ejerce de hecho la soberanía. I si respetando un bloqueo se reconoce que





neutral, i que él es en casos dudosos el para decidir si ha empezado a existir u pueda entrar en comunicaciones de go habiendo existido ha terminado su existencia. ¿Cuál es el número preciso de una prescripción entre naciones? No se le ¿Negaremos, por eso, la existencia de e sucede en cuanto a la porción de territorio tituye la soberanía. En cuestiones de esto no pueden hacer otra cosa que contemp juzgar con imparcialidad, i en caso de d la balanza hacia aquella medida que fac na correspondencia entre los pueblos i de la guerra.

«Pero dos ejércitos que se hacen la g pliegan, i por consiguiente no ocupan porciones de territorio.»— Eso sucede civil, sino en todas las guerras, i no ha para cortar las comunicaciones entre lo les.—«Si los neutrales (se nos dice) nada pretensiones sino con la posesion real parte de territorio que se ocupa sea con —Importa mucho, cuando no fuese m subsistencia aparente de la posesion. ¿ que es el derecho de comunicaciones d que una cuadrilla de bandoleros ocupe mer en ella, como que una sociedad de citos, dé leyes, i se haga obedecer sobi de territorio.

Acercas de la conducta de los Estados de don Miguel, si con ella se pretende cia tiene por máxima el no reconocer no está en posesion de todo el territorio buye, creemos que la historia de las re contradice.—La existencia anterior de en Chile, se alegó solamente para hacer



Veamos ahora en cuál de los dos predicamentos se halla el jeneral Orbegoso despues de la trasmision de sus facultades extraordinarias al presidente de Bolivia, por su carta autografa de 8 de julio. Sobre este particular, no puede ser mas claro que mas expreso el documento de la supuesta cesion: el jeneral Orbegoso habla allí del *poder supremo que obtiene i propone dimitir en las próximas asambleas*. ¿Puede imaginarse que el jeneral Orbegoso, si no estaba en delirio, supusiese dimitir en las próximas asambleas el mismo poder supremo que en aquel mismo momento abdicaba, traspasándolo todo entero al presidente de Bolivia, como se pretende salvar esta objecion, que nos parece fatal i decisiva, se supone que la cesion es temporal, esto es, que el jeneral Orbegoso depositó en el cesionario el poder supremo para reasumirlo despues. Pero eso solo bastaria para que no fuera cesion de poder, sino delegacion. Solo el que delega suma; el que cede, abandona.

No solo el tenor de este documento, el de la contestacion del jeneral Santa Cruz tambien manifiesta a las claras que se trata de un puro mandato. *Acepto el encargo que me confiáis.... Despues de haber desempeñado una mision tan blime como benéfica, mi mayor gloria será haber llenado fielmente vuestra confianza*. ¿No es este un lenguaje i característico de un mandatario? ¿Qué es encargo, sino un mandato? ¿I qué otra cosa es mision?

El autor de *Las dos legaciones* pretende que el jeneral Orbegoso entendió *trasmittir* por *ceder*, porque *trasmittir* segun el diccionario de la academia, es *ceder*. Pero no ha que recurrir a los diccionarios a buscar la propiedad rigurosa de una palabra, cuando por el contexto de un documento se manifiesta la significacion en que se toma. El verbo *trasmittir* no es técnico; es del lenguaje vulgar; i en él no siempre significa que uno se despoja de lo que trasmite, sino solo que comunica con otro. Nada es mas comun que *trasmittir* una noticia, que es simplemente *comunicarla*.

Pero hai mas. La carta de 8 de julio habla solo de facultades extraordinarias. Es visto, pues, que el jeneral Orbegoso



---

## CONDUCTA

OBSERVADA POR CHILE CON LOS NEUTRALES EN LA GUERRA  
CON LA CONFEDERACION PERÚ-BOLIVIANA

---

Uno de los efectos mas deplorables de la guerra, son los perjuicios que ella ocasiona a los pueblos neutrales en sus relaciones con las naciones beligerantes; pero a esta dura condicion tienen que someterse todas desde que esta calamidad aflige a la especie humana. El derecho de ofender a nuestro enemigo nos autoriza para privarle de todos los medios de subsistencia i de comodidad i para disminuirle o aniquilarle sus recursos; i el comercio extranjero que le proporciona las primeras, i que le mantiene los segundos, está condenado a ser en todas partes victima inocente, pero necesaria, de las querellas internacionales.

Todo lo que se exige en esta parte de una potencia que está en guerra, es la fiel observancia de los principios que ha fijado la práctica de las naciones cultas. Cuanto esté comprendido en la órbita que ellos abrazan, es un derecho de cuya ejecucion no pueden quejarse con justicia los neutrales. Chile podia lícitamente haber adoptado en su contienda con el jeneral Santa Cruz este axioma de derecho, sin que su conducta atropellase ningun privilejio; pero la moderacion de su gobierno i el espíritu de benevolencia que le anima hacia los pueblos que componen la confederacion, le ha hecho disminuir considerablemente los males de la guerra respecto de los súbditos del enemigo, i no ha querido manifestar ménos desprendimiento

ni filantropía respecto de los súbditos de los gobiernos que viven con él en relaciones de paz i de amistad. Las reglas que se ha propuesto seguir, son las siguientes:

1.ª Las propiedades neutrales serán respetadas bajo cualquiera bandera; i sin embargo del derecho que el tratado de 16 de mayo de 1832 con los Estados Unidos de América confiere a la república de Chile para condenar como buena presa las propiedades americanas bajo pabellon enemigo, el comercio de los Estados Unidos gozará en este punto de aquellas inmunidades que el de las naciones que siguen una regla contraria.

2.ª La bandera neutral cubrirá la propiedad enemiga, i se observará esta regla aun respecto de las naciones que, como la Gran Bretaña, no reconocen este principio.

3.ª Todo buque neutral podrá comerciar libremente de cualquier puerto de la costa enemiga a cualquier puerto nacional o amigo, de cualquier puerto nacional o amigo a cualquier puerto de la costa enemiga, i de cualquier puerto de la costa enemiga a cualquier puerto de la misma. (Se entiende salvo el caso de bloqueo i el de contrabando de guerra.)

4.ª No se tendrán por contrabando de guerra otros efectos que los comprendidos en la enumeracion del artículo 14 del tratado entre esta república i los Estados Unidos de América. Las reglas prescritas por los artículos 15 i 16 del mismo, se harán extensivas a todos los pabellones neutrales.

5.ª Llegado el caso de declararse una plaza o puerto en estado de bloqueo (que deberá ser siempre efectivo), se dará notificacion especial a cada buque neutral de los que se presenten a la vista de dicha plaza o puerto, para que respeten el bloqueo; i solo en caso de no detenerse a la señal de llamada i de seguir a pesar de ella dirijiéndose al puerto bloqueado, o en caso de intentar romper el bloqueo despues de la notificacion especial, se lo aprehenderá para la competente adjudicacion por un tribunal de presas. Pero no será necesaria la notificacion especial con respecto a los buques que la hayan recibido en forma en un puerto chileno, es decir, llevándola escrita en sus papeles de mar. Las reglas prescritas para los casos de

bloqueo por el artículo 17 de nuestro tratado con los Estados Unidos de América, se harán extensivas a todos los pabellones neutrales.

No puede darse mayor liberalidad de conducta. Las mismas potencias que con tanto teson han negado el principio de que el pabellon cubre la mercadería, tienen por esta declaracion, que se hizo oficialmente a los ajentes extranjeros, libertad para proteger con su bandera las propiedades enemigas, sin que el uso de este derecho perjuque a los neutrales que se hallen a bordo de buques enemigos, ni aun perteneciendo a los Estados Unidos, con cuyo gobierno está expresamente estipulado lo contrario. Pero nada mas honroso a la administracion chilena que la regla establecida con relacion al bloqueo. La dificultad de probar la ignorancia o el conocimiento de él, ha dado lugar a frecuentísimas disputas sobre la legitimidad de las presas, i ha sido manantial perpetuo de abusos, tanto de las potencias beligerantes, como de las neutrales, que por el cebo del interes han querido burlar los derechos de aquéllas a interrumpir el comercio con los enemigos. Esta dificultad desaparece con la quinta regla establecida por el gobierno de no reconocer violacion del bloqueo, sino en las naves que no se detengan a la señal de llamada i sigan dirijiéndose al puerto bloqueado, o en las que quieran verificar su entrada despues de haber recibido la notificacion de la fuerza bloqueadora, o llevándola escrita en sus papeles de mar. Esta benéfica declaracion aleja de los neutrales hasta la mas lijera sombra de recelo de que sus propiedades padezcan perjuicios que no sean debidos exclusivamente a la imprudencia de los dueños; pues establecida una regla fundada, no en conjeturas, muchas veces dictadas arbitrariamente por el interes, sino en hechos que no están sujetos a cuestion, no puede haber lugar a ningun jénero de vejaciones contra el negociante que trafique de buena fe i respete escrupulosamente los derechos de las naciones con quienes tiene su tráfico.

Esta es la política que observa con los extranjeros el gobierno de Chile, que, sin prostituirse con lisonjas innobles a las plantas de los últimos ajentes de las naciones amigas, conce-

de al comercio de ellas franquicias reales i garantías sólidas, que constituyen los verdaderos testimonios de amistad. Veamos lo que hace el jeneral Santa Cruz a este respecto, sin embargo de los elogios ridículos i humildes con que se complace en lisonjear a los representantes de los gobiernos neutrales, i sobre todo a los de las grandes potencias. Los decretos de 15 de noviembre i 2 de febrero, contienen la declaracion de su política sobre la materia. El uno corta, durante las hostilidades, todo comercio con esta república por lo que hace a nuestros productos naturales i fabriles, i prohíbe la introduccion de ellos en los pueblos peruanos bajo cualquiera pabellon, so pena de ser embargados i detenidos i de estar sometidos a todas las consecuencias del embargo. El otro prohíbe toda comunicacion con Chile i condena a ser tratados como contrabandistas a toda clase de buques que, pasados los términos que se fijan, se presenten en los puertos de la Confederacion despues de haber tocado en los de Chile.

A esto se reducen en la práctica los encantadores discursos de amistad i de moderacion para con las naciones extranjeras. No solo las personas de los enemigos son objeto de la indignacion del Protector: lo son hasta las cosas inanimadas, con tal que tengan origen en el mismo país del adversario que le hace la guerra, i lo son, sea cual fuere el propietario, sea cual fuere la bandera. El pecado no está en el dueño de los frutos: está en los frutos mismos; i sin mas motivo que ser chileno, el trigo, por ejemplo, atrae sobre sí las providencias hostiles del Pacificador, aunque un frances, un ingles, o un norte-americano, i no el trigo, ni el país en donde fué producido, sufran las consecuencias de la hostilidad. Las naciones amigas que tienen en los estados del Pacificador intereses de magnitud, han de renunciar forzosamente a su custodia i a su fomento; porque, entre los delirios de la omnipotencia del jeneral Santa Cruz, entra el cortar toda especie de comunicaciones de los negociantes neutrales, no por los medios que autoriza el derecho respecto de ciertos i determinados puntos i en ciertos i determinados casos, sino por medio de una providencia absoluta i arbitraria: por medio de un doble bloqueo que abraza las



costas de Chile, Bolivia i el Perú; por medio de un bloqueo, que es verdaderamente, no contra el enemigo, sino contra los súbditos propios, i contra los pueblos neutrales; por medio de un bloqueo, que solo puede existir en la política i en los principios del gabinete protectoral, cuyo derecho internacional está reducido, como el derecho interior, a los infantiles caprichos i veleidades del jefe de la Confederacion.

Estos antojos del Pacificador manifiestan lo que pueden esperar de su gobierno las mismas naciones hacia cuyos agentes se doblega con una humildad que, si es indigna de cualquier poder supremo, deberia serlo mucho mas del que aturde al universo con la exajeracion de su propia importancia. Mas cualesquiera que sean en este punto los deseos del jeneral Santa Cruz, creemos que decretos de esta naturaleza, i particularmente como el segundo, no pasarán de la esfera de deseos. Los gobiernos neutrales no pueden reconocer absurdos semejantes, porque no pueden reconocer nada que perjudique a sus intereses contra los principios del derecho, ni negar a un belijerante la autoridad que otorguen a otro. ¿I qué sería del comercio neutral hasta Túmbez, si la conducta del jeneral Santa Cruz no fuese refrenada por la oposicion de los mismos contra quienes se dirige la hostilidad? Probablemente las providencias de que hemos hecho mencion habrán producido ya en Lima mui serias reclamaciones, ¿i quién sabe si acaso se habrá convenido en que no existan sino en el papel? a no ser que los agentes neutrales no se hayan decidido a abrazar otro partido a que provocan las medidas de aquel gabinete: el desprecio.

(Araucano, año de 1837.)





---

# MEDIACION DE CHILE

ENTRE LA FRANCIA I LA REPÚBLICA ARGENTINA

---

## I

Dias há que circulan rumores de una pretendida mediacion de Chile entre la Francia i la República Argentina. No es nuestro ánimo refutarlos, reduciendo los hechos a su justa expresion. Llegará el dia en que el público pueda juzgar de ellos por medio de datos auténticos. Por ahora, nos ceñiremos a hacer algunas observaciones sobre los artículos de *El Mercurio* de Valparaíso, en que se ha consignado i comentado con tanto calor esta especie.

Los que propagan esos rumores no manifiestan mucho conocimiento del orden que jeneralmente se sigue cuando una potencia trata de interponerse como mediadora en las desavenencias de otras. Una mediacion no puede efectuarse sin la previa aceptacion de los gobiernos interesados. Los agentes franceses residentes en Montevideo no reconocerian a un enviado chileno como ministro mediador, sin precedentes instrucciones de su corte. Si Chile, pues, hubiese querido mediar (en lo que podemos asegurar a nuestros lectores que no se ha pensado hasta el dia, porque nuestro gobierno conoce demasiado la línea de circunspeccion i modestia que su posicion política le prescribe), el primer paso habria sido proponerlo formalmente al gobierno frances. Ahora bien; a la

rancia, ¿cuánto tiempo pasarios de Chile produjesen el nente probable que llegasen rda presuncion de semejante que, dispuesto a aceptar una de la Gran Bretaña, por ra-, i sobre todo, por habérsele

so el crédito que merecen los r de barato que sean veraces entos de *El Mercurio* contra do relaciones exteriores, con- ile ha ofrecido su mediacion entina.

abarazados de las declamacio- rio los ha envuelto para en- dos capítulos: 1.º ilegalidad e Juan Manuel Rósas; 2.º de- mismo gobierno a la nacion

gobierno de Chile no es juez política interna de los otros is que han guiado constante- repúblicas vecinas, si se en- lguno entre los federales i los las. Chile no ve en ellas fede- nos. La autoridad que manda cho que Chile no puede ménos ocido, no solo por Chile, sino idos de América, el Brasil i os i americanos que comuni- s repúblicas, exceptuando la la guerra a Buenos Aires. La lo de ofrecer la mediacion de misma está dispuesta a tratar ia sin duda una mano amiga, emandas. No hallamos, pues,

ninguna razon para el entredicho en que *El Mercurio* quiere poner a Chile con un gobierno que está tiempo hace en posesion de la autoridad suprema, i a quien las otras naciones, con una sola excepcion, o reconocen, o no le rehusan sus anteriores relaciones de amistad sino por causas accidentales que no tienen nada que ver con la permanencia de la administracion del jeneral Rósas.

Pero esas comunicaciones de Chile con Buenos Aires, esa mediacion (dice *El Mercurio*) fortifica al jeneral Rósas i daña al partido unitario. Es decir que, en obsequio del partido unitario, debemos adoptar una conducta singular, opuesta a la de los otros países, i en abierta contradiccion con los principios que Chile ha profesado hasta ahora; o en otros términos, que, cuando en un pueblo hai un partido depuesto, un partido violento de oposicion, no debemos cultivar relaciones con la autoridad que existe de hecho, para no perjudicar al partido. Pero la pretension de *El Mercurio* no es solo que nos pongamos en comunicacion con el gobierno de Buenos Aires, para no dar que sentir a los unitarios, sino que, abrazando los intereses momentáneos de ese partido, echemos a un lado la causa de la nacion argentina. Porque, si la mediacion que se critica existiese, ¿a qué se dirigiria? A la cesacion de un estado de cosas que pudiera terminar en el bombardeo de Buenos Aires, en la ruina de una ciudad que es la gloria de la federacion argentina i de la América, en la destruccion de muchas vidas i de cuantiosos caudales argentinos, en la ocupacion permanente de una parte del territorio argentino por una potencia europea. Empeñada una vez la guerra, ¿quién será capaz de calcular sus contingencias, o las vicisitudes políticas que pueden influir en las condiciones de la paz, con que se ponga término a ella? I al ver amenazada de tamaños peligros la nacion argentina, ¿obraría bien un gobierno sur-americano, que, pudiendo tentar algun medio de prevenirlos, permaneciese en fria inaccion, para que un partido sacase ventajas de las desgracias nacionales?

Pero el jeneral Rósas (dice *El Mercurio*) va a caer, i los hombres que deben reemplazarle harán justicia a la Francia.

¿I esa esperanza, tantas veces frustrada, nos autorizaria para aguardar en supina indolencia el desenlace de una cuestion que puede acarrear males gravísimos a todas las repúblicas sur-americanas? La mediacion chilena, por otra parte, nada influiria en la situacion recíproca de los partidos. Si los unitarios estuviesen tan cercanos a su triunfo, como lo pinta *El Mercurio*, triunfarian sin que la mediacion chilena les opusiese el menor embarazo.

El segundo capítulo a que se refieren los argumentos de *El Mercurio*, es todavía mas débil. Sean ciertos en hora buena los desaires i agravios que se dice ha recibido Chile de la administracion del jeneral Rósas. Tanto mas noble i jenerosa seria la conducta de nuestro gobierno, si acallando resentimientos, i atendiendo solo al estado presente de la nacion argentina, hiciera cuanto estuviese de su parte para restituirla al bienestar i a la paz, aun siéndole necesario para ello entenderse con la administracion ofensora. ¿Qué se diria de los sentimientos de un hombre que, viendo a un hermano en peligro, i presentándosele un medio de salvarle, escojiese este momento para vengarse de las ofensas de sus agentes, i le volviese la espalda? ¿I cuánto mas criminal i desatentada pareceria su conducta, si en la suerte de su hermano se interesase la suya propia i la de una numerosa familia?

*El Mercurio* nos amenaza tambien con la mala voluntad de los unitarios cuando ejerzan el poder supremo. Este argumento *ad terrorem* es el mas miserable de todos. Cualquiera gobierno racional i justo que mande en Buenos Aires, juzgará de los hechos por datos seguros, no por hablillas vulgares, i no podrá ménos de ver en ellos una muestra de la lealtad de la administracion chilena, de su religioso respeto a la independencia de sus vecinos, i del cuidado escrupuloso con que se ha abstenido i se abstiene de mezclarse en sus negocios internos. A los unitarios, partido de oposicion, seria grata en las repúblicas limítrofes la conducta que recomienda *El Mercurio*; los unitarios, mandando, la mirarian bajo mui diferente aspecto. Dado caso que Chile adhiriese a sus antiguos principios con demasiado escrúpulo, esa excesiva rijidez seria a los ojos

de los gobiernos vecinos una garantía de circunspecta fe, que daría mas precio a su amistad.

¿Qué significan, pues, en sustancia, los consejos de *El Mercurio* al ministerio de relaciones exteriores de C? que sacrifique la causa de la nacion argentina al interes de los argentinos; que contemple tranquilo la ruina de Buenos Aires para que sobre sus escombros se levante un paí; que se aproveche de este momento para vengar, en la satisfacción de las lágrimas de la nacion argentina, los desaires de su traccion federal; que se granjee en el partido unitario popularidad efimera, en vez de labrarse títulos sólidos y honrosos a la confianza de todos los gobiernos vecinos.

Hemos hecho a *El Mercurio* todas las concesiones que se quisiesen deducir de la liberalidad con que se trató la cuestion; i declaramos solemnemente que no mui léjos de reconocer la exactitud o la verdad de lo que *El Mercurio* alega. Si no hemos disputado ni con ellos, no es porque nos faltasen fundamentos, sino porque hemos creído superfluo para demostrar que la conducta aconsejada no sería justa, ni prudente, ni decorosa.

## II

No estando todavía en posesion de las razones que *El Mercurio* de Valparaíso se propone impugnar las que se vertieron en nuestro último número, sobre el asunto de la mediacion chilena entre la Francia i Buenos Aires vemos reducidos por ahora a fijarnos en uno que to de los que ha tocado aquel periódico en su número entresacando aquéllos que nos parecen calculados para nacer ideas erróneas sobre el tono i espíritu de nuestro anterior.

Solo por una nimia irritabilidad puede hallarse en *El Mercurio* caracterizada de agria provocacion. Si en lugar de atribuir a un escritor ideas falsas, argumentar principios absurdos o peligrosos, hubiese de inferir

le atribuyen tambien sentimientos perversos o anti-patrióticos, adios discusiones políticas. Toda controversia de esta especie se convertiria luego en una polémica de injurias, tan indecente para los contendores, como estéril i fastidiosa para el público; a lo ménos para un público culto i moral, que busca en las producciones de la prensa hechos interesantes o ideas útiles, i no un cebo a la malignidad.

Nos acusa tambien *El Mercurio* de haber hecho tardías declaraciones sobre una materia en que empezaron a ocuparse hace un mes sus columnas. A nosotros nos pareció que los rumores de *mediacion* se refutaban por sí mismos; i solo en vista de lo que inculcaba aquel periódico dia por dia i semana por semana sobre la *mediacion*, nos resolvimos a responder algo prematuramente a sus interpelaciones, declarando desde luego que no nos proponíamos refutar los tales rumores ni *reducir los hechos a su justa expresion*, i anunciando que llegaria la época en que el público pudiese juzgar de ellos por medio de datos auténticos. Pero, si hai hechos que reducir a su justa expresion, si hai hechos sobre los cuales se ofrece exhibir datos auténticos algun dia, «claro es (dice *El Mercurio*) que algo ha habido; que de algo se ha tratado; que las noticias no han sido solamente rumores; que la mediacion no ha sido pretendida.» Permítanos *El Mercurio* que le contestemos que ese modo de deducir consecuencias no hace mucho honor a su lógica. ¿Conque, si las noticias que corrieron sobre ese algo de que se trató, adolecian de exajeracion i error, no serán rumores, i lo que es peor, rumores falsos i mentirosos? ¿Conque, si hai hechos, es preciso necesariamente que sean hechos de una especie i carácter particular? A vista de este modo de raciocinar, no extrañamos que se deduzca de nuestras observaciones, no solo que existió el proyecto de mediacion, sino que el ministerio de relaciones exteriores lo propuso, i tuvo ademas mucho empeño en llevarlo a efecto. Con semejante lógica, no hai principio de que no puedan sacarse todas las consecuencias imaginables.

Hemos dicho (i lo repetimos) que toda mediacion proyectada por la república de Chile hubiera debido proponerse a los dos



gobiernos interesados, i solo con su previa aceptacion hubiera podido llevarse a efecto. Esta es la regla jeneral; i no tenemos noticia de un solo hecho que la contrarie. Adivinar que los ajentes franceses en Montevideo hayan sido autorizados por una anticipada delegacion para admitir ministros mediadores, es adivinar mal, porque es adivinar contra los principios, contra todas las probabilidades. La interposicion del comodoro Nicholson, a que alude *El Mercurio*, fué la de un individuo privado; digno ciertamente de todo respeto, pero que obraba espontáneamente i sin atoridad de su gobierno. Repetimos tambien que la Francia, suponiéndola dispuesta a una mediacion, preferiria la de la Gran Bretaña, que, prescindiendo de otras razones, habia sido ofrecida primero. Si a esta primera oferta se hubiese contestado con una negativa absoluta, el admitir la de otro estado hubiera sido una inconsecuencia en cierto modo injuriosa, que no puede presumirse a vista de las relaciones estrechas que ligan a los dos gobiernos, i sobre todo a vista de la buena voluntad con que la Francia acogió los oficios conciliatorios de aquel gabinete en la cuestion mejicana. Si la negativa se fundaba en alguna consideracion momentánea, nada era mas natural que reasumir las negociaciones sobre esta materia, luego que variasen las circunstancias. I esto parece que es efectivamente lo que ha sucedido. Cuando se interpuso por la primera vez la Gran Bretaña, se acababan de dar nuevas instrucciones a los ajentes franceses sobre bases mas liberales que las anteriores; i la Francia creyó que ellas bastaban para el pronto i satisfactorio arreglo de las desavenencias con Buenos Aires. Frustrada esta esperanza, era tan natural que la Gran Bretaña, aguijoneada sin cesar por los clamores de la clase mercantil, renovase el ofrecimiento de su mediacion, como que la Francia, que habia debido a ella su avenencia con Méjico, se apresurase a acogerla.

No tenemos tiempo para extendernos mas sobre esta materia. Pero no podemos dejar la pluma sin rebatir la imputacion que nos hace *El Mercurio*, de atribuirle expresiones de que no ha hecho uso. ¿Será necesario advertirle que hai signos tipográficos destinados especialmente a las palabras o frases

como pertenecientes al texto material de un es-  
lo estos signos, ha debido creer que presentába-  
expresiones como un resumen de las suyas, que,  
una multitud de artículos, hacian embarazosa la  
ra reproducirse a la letra hubieran ocupado inne-  
mucho espacio. Pruebe *El Mercurio* que le he-  
lo mal, que no hemos sabido resumir sus dis-  
hemos atribuido opiniones que no son las suyas.  
su propósito sin necesidad de acriminaciones,  
n hacerse de buena fe por el que conoce las for-  
onales de las discusiones que se conducen por la

## III

damento de las defensas que nos opono *El Mercurio*.  
ue lo que nosotros hemos llamado partido unita-  
cion a que no ha sido nuestro ánimo ligar ningun  
rioso, porque no nos ha pasado por el pensa-  
nos en las cuestiones internas de nuestros veci-  
i verdaderamente toda la nacion argentina; que  
cias argentinas no hai dos partidos, porque en  
n entera está de un lado, i un verdugo, rodeado  
sayones, del otro; etc , etc. Este es el estribillo  
strofas de *El Mercurio*; éste el atrincheramiento  
rapeta contra todos los ataques posibles. Pero  
*El Mercurio* que esas hipérboles *orientales*, a  
ajerar la importancia numérica de los hombres  
atiza, presentan a la nacion argentina como una  
ada de animales imbeciles, que aun con la coo-  
n estado vecino i del bloqueo no acierta a sacudir  
puñado de hombres? ¡ qué hombres! Segun *El*  
que componen el gobierno de Buenos Aires no tie-  
ve prestigio, reúnen todos los vicios i se han hecho  
los crímenes imaginables. Hé aquí, pues, un fe-  
nprensile, a que no se halla ningun paralelo en

atido comun a las exajc  
os que solo ha querid  
administracion de Buen  
mayoría del pueblo arje  
lo ménos intelijible. El

en la arena de los deba  
a, que no haya preter  
e ha sido el lenguaje c  
en el mundo. I, como  
credenciales ni titulos,  
atribuirse esta implicita  
arazo ¿Qué hará, pues,  
e contradictorias que ha  
diversos bandos de un  
amistad i comercio? ¿Ne  
medir sus fuerzas, que d  
bles de los ciudadanos  
ñien los corazones, i f  
rciales i los enemigos de  
in este exámen ¿qué ju  
Ninguno. La regla que  
ca racional: mirar al  
resentante de la nacion.  
cto no lo será muchas v  
imputables las consec  
que todos siguen, porq  
e todos; i si álguien deb  
a nacion que tolera un g  
s.

gobierno de Buenos Air  
on arjentina, como lo es  
, para el de los Estado  
il, para el del Perú, pa  
e juzgar sobre los negoc  
le la Plata, i tratando oc  
bediencia, Chile no ha

principios del derecho público universal; *recurio* califica de teorías, porque este es el clamadores, cuando se les oponen razones; principios que tienen una doble importancia: es necesario mirarlos con un respeto par- sible fuera) supersticioso, como que sin te destrozan a las nuevas repúblicas, da- sibles pretextos a la ambicion, para inter- cipios, en fin, que Chile ha profesado on gloria en la pasada contienda con el

un efecto de inadvertencia, ha citado la a la Confederacion Perú-Boliviana como a su causa. Pero la inoportunidad de esta able. Chile trató constantemente a Santa de Bolivia, i no dejó de darle este título le declarado la guerra. Si Santa Cruz hu- asar el Desaguadero con sus tropas, i en to de la Confederacion Perú-Boliviana, la paz con él, i la hubiera cultivado con que han sido siempre características de su quella una cuestion de política interna. ervenido como pacificador en los distur- alió de esta investidura para conquistar a Bolivia, para componer con los dos un . a ser el árbitro supremo bajo formas que acion mas que el nombre. Chile intervi- fectos de una intervencion anterior, mar- ñales posibles de ilegalidad i violencia. no intervenir en los negocios domésticos principio de derecho internacional, la fa- on las armas a semejante intervencion, s hechos mismos revelan que se ha em- rviese de instrumento i disfraz a un es- otro principio de derecho público tan como que sin él careceria de sancion el

Las naciones extranjeras reconocieron la Confederacion Perú-Boliviana, dice *El Mercurio*, i no por eso dejó Chile de mirarla como ilejítima i de hacerle la guerra. Si hubiéramos dicho que no podíamos declarar la guerra a Buenos Aires porque su gobierno era reconocido por las naciones extranjeras, hubiera sido a propósito la comparacion. Pero no hemos dado motivo para que se nos atribuya tan torpe dislate. Para poder hostilizar a un estado extranjero, no es del caso que otros estados le reconozcan i vivan en paz con él. Para lo que importa ese reconocimiento, es para saber si podemos, sin contravenir a los principios tutelares de la sociedad universal, cultivar la amistad de otro estado, o si nos degradamos manteniendo con él aquella reciprocidad de buenos oficios, que es necesaria entre pueblos amigos, i sobre todo, entre pueblos vecinos. ¿Debíamos ser mas escrupulosos en este punto, que tantas potencias respetables, ontre ellas algunas de las que llevan delante de nosotros el estandarte de la libertad i la antorcha de la civilizacion i cultura?

*El Mercurio* no percibe los peligros de la invasion francesa, i nos pone a la vista las declaraciones de la Francia i de sus agentes para tranquilizarnos. En ellas, quiere que veamos trazada irrevocablemente la marcha de los sucesos, sean cuales fueren los vaivenes i las variables combinaciones de los gabinetes europeos. Dijimos que, empenada la guerra, no era posible calcular sus continjencias, modificadas por las vicisitudes políticas; i en efecto, ¿no podrán concurrir las unas con las otras de manera que la Francia, obrando de buena fe, se creyese libre de las trabas que ella misma ha querido ponerse? Se toman medidas de fuerza para obtener una reparacion; poco a poco la cuestion se complica; se exacerban los resentimientos; la guerra se encarniza; i de las represalias i bloqueos, se pasa a la conquista i a la ocupacion permanente, reclamadas al fin como la única reparacion posible. ¿Quién podrá señalar el limite de las venganzas de una potencia que se cree gravemente ofendida, que es juez en su propia causa, como lo son todos los estados independientes, i que posee vastos recursos para hacerse justicia en el modo i forma que ella estime a propósi-

to? ¿Serán una garantía para la América los celos de otros estados poderosos? Pero tantas veces los hemos visto variar de ideas, i transijir con sus intereses en una parte del mundo para asegurarlos en otra, que solo podemos prestar una confianza efimera a los cálculos fundados sobre las fases momentáneas del instable horizonte político. La mejor de todas las garantías es vivir en paz con esas poderosas naciones, i quitarles, en cuanto posible sea, todo motivo, todo pretexto de injerirse en los negocios de estas repúblicas nacientes. La primera intervencion de una gran potencia marítima en las querellas recíprocas o domésticas de nuestros nuevos estados, debe ser a los ojos de todo buen americano un agüero funesto, un preludio de males i calamidades para muchas generaciones.

*El Mercurio* nos recuerda por la tercera o cuarta vez las injurias que dice ha recibido Chile de la administracion del jeneral Rósas. Si ellas fuesen efectivas, no serian injurias de una administracion, sino de la República Argentina, porque los actos de todo gobierno en el ejercicio externo de la soberanía son actos de la nacion. La nacion argentina deberia ser, pues, el blanco de las venganzas a que nos instiga *El Mercurio*. Pero ¿seria prudente (ya que no quiere que le hablemos de jenerosidad), sería cuerdo escojer para vengarnos el momento en que la nacion argentina corre peligros trascendentales a nosotros, como a toda la América? Mucho habria tambien que decir sobre la intelijencia i aplicacion de esa doctrina que reprueba los actos de jenerosidad de los cuerpos políticos, i que, entendida como la entiende *El Mercurio*, sería mas digna del príncipe de Maquiavelo, que de un gobierno culto i humano. Pero no podemos dilatarlos mas.

El objeto que nos hemos propuesto, ha sido vindicar la política de nuestro gabinete, poniendo a la vista de los chilenos i los argentinos las reglas que uniformemente han dirijido i dirijirán su conducta en sus relaciones externas. Hemos evitado cuidadosamente toda cuestion de partido. Cuando el tiempo saque a luz documentos que no pueden verla todavía, ellos darán a conocer si Chile se ha desviado en esta ocurrencia de los principios que ha profesado en todos tiempos, i que le han

granjeado la confianza i aprecio de sus vecinos. Ellos harán ver la gratuita injusticia de los que suponen en su gobierno afecciones a que jamas ha dado cabida.

(*El Araucano*, año de 1840.)







## LA DETENCION DE LOS EX

### I

*La Exposicion de la conducta segun asilados en Chile*, que ha salido a luz mártes, contiene inculpaciones a nue parecen destituidas de fundamento. A lentado los principios del derecho naturi tucion del país, porque, a consecuencia del señor ministro plenipotenciario de orden para que se negase el pasaporte Goitia, bolivianos, de quienes habia m embarcacion con el objeto de prestar su va tentativa del ex-protector don Andre derarse de la autoridad suprema de aqu

El derecho natural i de jentes, segun mite, en ningun caso, que se pongan los extranjeros residentes en un país, s sentencia de autoridad competente; p reco inexacta, ya se refiera a los princi i la justicia, ya a la práctica de las naci na de las mas civilizadas i libres del r alegado por los autores de la *Exposic* bierno deberia tolerar la salida de un tuviese completa evidencia de que el excitar la revolucion i la guerra civil en

país vecino; i aun cuando esa revolucion tendiese, segun todas las apariencias, a turbar la paz de otros países, a producir sacudimientos peligrosos en el sistema político de varios estados, a entronizar una administracion enemiga del mismo gobierno obligado a tolerar la salida; una administracion que hubiese dado las pruebas mas flagrantes de una ambicion atentatoria contra la seguridad i la independencia de sus vecinos. Todo esto va envuelto necesariamente en la doctrina de dichos señores. El gobierno podria ver con la mayor claridad i evidencia el peligro, sin que por eso le permitiese el derecho natural i de jentes tomar la única medida capaz de prevenirlo. Mientras la conducta de un extranjero no presentase algun punto tanjible a la jurisdiccion de los tribunales del país, incompetentes, como todos saben, para conocer de otros hechos, que los que infrinjen las leyes locales, deberia permanecer con las manos atadas i aguardar las consecuencias con una estoica resignacion. ¿Puede el derecho natural i de jentes imponer a los gobiernos un deber tan funesto? ¿No les impone mas bien una obligacion del todo contraria?

No es nuestro ánimo dar a entender que el caso de los señores Agreda i Goitia corresponda exactamente a la descripcion que acabamos de hacer; sin embargo de que, considerándolos como celosos partidarios del ex-protector, no seríamos seguramente desmentidos; i considerando la política de don Andres Santa Cruz como ominosa a la tranquilidad de la América del Sur i a los intereses de Chile, podríamos invocar el testimonio irresistible de los hechos, agregándose a todo ello razones fuertes de recelar que en este momento se prepara por medios clandestinos un nuevo golpe contra el gobierno de Bolivia. El nuestro, dispuesto siempre a respetar la voluntad ostensible de las otras naciones en la forma de sus instituciones i en el nombramiento de sus jefes, no por eso se cree obligado a permitir que el territorio chileno se haga un punto de apoyo de reacciones revolucionarias de una tendencia hostil a la seguridad de sus vecinos i a la suya propia. Pero repetimos que no es nuestro ánimo insinuar que el caso de los señores Agreda i Goitia corresponda exactamente a la hipótesis que hemos

presentado ántes, porque ella se dirige solo a probar que la regla de la *libre salida* de los extranjeros no procesados ni sentenciados no es tan jeneral i absoluta como se supone; i que, en la aplicacion de esa regla, hai casos de excepcion autorizados por las mas evidentes deducciones del derecho natural i de jentes. Ahora bien, desde que se admita que la regla está sujeta a excepciones, será necesario reconocer que toca al gobierno, porque no puede tocar a otro alguno, el juzgar si un caso dado pertenece a la excepcion o a la regla: facultad de que puede abusarse sin duda, pero facultad necesaria; facultad en cuyo ejercicio podrán a veces cometerse errores, pero ¿cuál es aquélla que no esté expuesta a iguales o mayores inconvenientes? Compárense las consecuencias de la regla absoluta con las del abuso en la calificacion de los casos excepcionales, i dígase de buena fe a qué lado se inclina la balanza, sobre todo, cuando la calificacion se halla en manos de un gobierno popular, que se respeta a sí mismo i respeta a la opinion pública.

Hemos aludido a la práctica de otros pueblos eminentemente libres i civilizados; i bajo este punto de vista, creemos que nos bastará recordar la conducta del gobierno frances respecto de los emigrados españoles de todas categorías, que han buscado asilo en Francia.

En cuanto a la cuestion constitucional, decimos que, cuando el texto que se cita por los autores de la *Exposicion* debiese entenderse en el sentido absoluto a que se adhieren, siempre sería cierto que, en materias de derecho internacional, la lei suprema del universo es el derecho de jentes; i que las leyes positivas no pueden justificar a un gobierno para rechazar las reclamaciones de los estados extranjeros, que, autorizados por el código irrevocable de la naturaleza, le demandan ayuda i cooperacion. Ni está sujeto a unas mismas reglas el uso de las facultades administrativas i gubernativas, que el de la autoridad judicial. El gobierno, responsable de la seguridad interior i exterior, obligado a velar, no solo en la conservacion del órden público en la familia que preside, sino en la familia de pueblos de que el pueblo que representa es un miembro,

se halla colocado a veces entre responsabilidades contradictorias a que no le es dado sustraerse, i en cuya eleccion no puede tener otra guia que su conciencia, sometiéndose, por supuesto, al fallo constitucional de sus representados i a la opinion pública.

Nos creemos tambien obligados a rectificar algunos hechos respecto de los cuales nos parece que los autores de la *Exposicion* se han dejado llevar de informes erróneos. Dícese en ella que el señor almirante frances, noticioso de lo que pasaba a bordo de la *Edmond* con los señores Agreda i Goitia, enviaba un bote con fuerza armada a proteger este buque; i que, habiéndolo mandado retirar, justificó esta contra-órden alegando que un edecan del señor intendente de Valparaíso le habia dicho que aquellos pasajeros eran detenidos por deudas. Se nos asegura (lo que por otra parte no podemos ménos de creer) no haberse visto fuerza ni aparato de fuerza puesta en movimiento por la estacion francesa; i prescindiendo del absurdo de suponer que el jefe que expidió una contra-órden por causa de deuda, no estuviese dispuesto a hacerlo por un motivo incomparablemente mas grave; o que el señor almirante frances quisiese hacerse juez de los motivos que pudiese tener nuestro gobierno para la detencion de dos individuos bolivianos; o que éstos gozasen de alguna inviolabilidad particular por hallarse a bordo de un buque extranjero mercante, surto en nuestras aguas; o que la circunstancia del perjuicio que se irrogase a la *Edmond* por la falta de dos pasajeros contratados debiese sobreponerse a toda otra consideracion; prescindiendo de estos absurdos, estamos autorizados para decir que, aunque es cierto que pasó uno de los ayudantes de la intendencia a bordo de la nave francesa almiranta (*la Reina Blanca*), fué solo con un mensaje de despedida dirigido a aquel jefe, a quien no dijo lo que gratuitamente se le atribuye, ni pudo decirlo, habiendo llevado un objeto mui diferente en su visita.

## II

Agreda i Goitia, en *El Mercurio* del 23 de diciembre, contestando a nuestro artículo del 16, afirman la lei universal, inmutable, de las naciones, que es aplicable a toda la raza humana; i que la lei internacional, que es la justicia universal algunos de sus principios, es aplicable a comunidades independientes, que no reconocen, necesita del consentimiento de éstas, para que sea válida, pues de lo contrario, no tiene para ellas fuerza i legal;» proposicion en que no podemos encontrar nada de plausible, porque equivale a decir que todo deber entre pueblos independientes emana del consentimiento. Según esto, si un estado ejecuta un acto que resulta daño a otro, no será responsable, si aquel acto no le está prohibido por una ley o un tratado suyo. ¿Con qué derecho se podría exigir indemnizacion? Manifestadnos (podría contestar a ellos), manifestadnos la lei vuestra que nos obliga a que nos echais en cara; no hemos estipulado con vosotros abstenernos de ella; i no reconocemos mas que está escrita en nuestros códigos i en nuestras leyes nacionales. Esa justicia universal e inmutable de la que vosotros habláis, aplicada a nosotros, comunidad independiente, no reconoce superior, necesita de nuestro consentimiento para que pueda obligarnos, i sin él no tiene para nosotros fuerza verdadera i legal. Querriamos saber si esta ley o sería enteramente conforme al principio que deseamos ademas que se nos dijese si habria en la tierra un gobierno que, armado de suficiente fuerza para hacerse respetar, se resignase a tolerar que solo lo fuese por contravenir a la justicia nacional las leyes o pactos del injuriador.

Después, incontestable que hai reglas de derecho internacional, que, sin el previo consentimiento de las naciones, no son válidas, como los señores Agreda i Goitia nos remiten a la *Defensa* estampada en *El Mercurio* del 20,

examinemos las pruebas que allí se alegan a favor de tan inconcebible paradoja. Vemos allí que no existe un derecho internacional *perfecto*, i que ese pretendido código de la humanidad que rije a todas las sociedades, es la cosa mas vaga, mas indeterminada, mas *imperfecta*. Pero el que sea imperfecto el código internacional dictado por la sola naturaleza, ¿prueba, por ventura, que, absolutamente hablando, no haya un código de esa especie? Es cierto que muchas de las reglas de la moral internacional son vagas e indeterminadas; pero ni todas lo son, ni el ser una regla indeterminada o vaga, esto es, demasiado jeneral o abstracta, supone que no pueda aplicarse clara i evidentemente a muchísimos casos. Es cierto que se hacen de ellas amenudo aplicaciones torcidas; pero ese es un argumento contra las aplicaciones, no contra las reglas. Es cierto que una nacion poderosa, interpretando a su antojo este derecho universal, querrá dar las sujestiones de su interes, por reglas de justicia, emanadas de la razon. Pero eso ni aun prueba la imperfeccion alegada; lo que prueba es que una nacion poderosa podrá abusar descaradamente de la fuerza llamando razon i justicia lo que no lo es. En el seno de una sociedad, vemos litigantes de mala fe que fatigan a los tribunales con pretensiones absurdas; i no por eso diremos que la lei civil no existe. I si esto sucede en la sociedad civil, que tiene establecidos tribunales para la recta aplicacion de las leyes, ¿qué mucho suceda lo mismo entre las naciones, cuando cada una es juez i parte, i no hai sobre ellas mas tribunal de apelacion que la fuerza? El abuso de la lei internacional, fundada en la naturaleza del hombre i de las sociedades, es una prueba de su existencia. Los mismos que la tuercen, la reconocen.

«La lei natural i la internacional son cosas distintas.» Si esto quiere decir que la lei natural no forma parte de la lei internacional, lo negamos. Los estados tienen obligaciones que les han sido impuestas por su libre consentimiento, i obligaciones que les lia impuesto la sola naturaleza, es decir, la razon. I como la razon del jénero humano hace continuos progresos, como se conoce cada vez mejor la naturaleza del hombre i de las sociedades, como se conocen cada vez mejor los intereses

esenciales i permanentes del jénero humano, que son el fundamento de la justicia internacional, ¿qué extraño es que el derecho internacional varíe de unos siglos a otros? ¿Cómo pudiera perfeccionarse sin variar? Tanto valdria decir que no hai ciencia alguna, porque no hai una sola que no se perfeccione, i que no varíe, desechando antiguos errores, i prohibiendo verdades nuevas. Fuera de que, por grande que haya sido esa variedad, aun restan muchos puntos de contacto entre el derecho natural de las naciones de la antigüedad i el de los pueblos modernos. Apénas hai un principio importante en el derecho natural de jentes, cual lo reconocen i practican los pueblos cristianos, que no haya sido sentido, como por instinto, i que no haya reglado muchas veces los negocios internacionales entre las tinieblas de la edad media, i en la mas remota antigüedad de que conserva noticia la historia.

En cuanto a las autoridades citadas por los señores Agreda i Goitia, nada vemos en ellas que contradiga a lo que dejamos sentado. Que, segun Grocio, la lei de las naciones sea una institucion positiva, i que, segun Rutherforth, no lo sea, si no es una cuestion de nombre, es una cuestion ajena del asunto que nos ocupa. El derecho de jentes no será *positivo*, en cuanto no haya sido *expresamente promulgado* por un legislador humano o divino; pero no por eso dejará de ser obligatorio para nosotros en lo que nos parezca derivarse de la recta razon.—«Una gran parte de la lei internacional descansa en el uso i práctica de los pueblos, segun Bynkershoeck.» I la otra parte ¿en qué descansa?—«La lei natural, dicen otros, sufre modificaciones en su aplicacion a las mutuas relaciones de los estados.» ¿I cómo puede sufrir modificaciones lo que no existe?—«La lei internacional, segun Wheaton, es algo mas, i algo diversa de la lei natural, aplicada a la conducta de los estados independientes, considerados como seres sociales.» Pero la moral privada es algo mas i algo diversa de la lei civil; i no por eso miraremos la moral privada como una quimera.—«Montesquieu llega a decir que hasta los bárbaros iroqueses tienen su derecho de jentes.» ¿No existirá, pues, un órden de verdades i reglas que hasta los pueblos mas atrasados reconocen i prac-

tican, a lo ménos en parte? Léjos de probarse por las autoridades precedentes que no hai una lei universal, inmutable, obligatoria a toda la raza humana, lo que se deduce de esas autoridades es precisamente lo contrario.

Por aquí se verá que no estamos de ningun modo dispuestos a conceder que la lei natural no pueda dar a un gobierno un derecho *perfecto* para pedir que se estorbe a un extranjero la salida del país. La lei internacional fundada en la sola razon puede dar derechos *perfectísimos*; i tanto es así, que los tratados mismos no podrian dar esa clase de derechos, si la sola naturaleza no los diese. Si hai derecho *perfecto* para exigir de una nacion aquello a que se ha comprometido por un pacto, es porque hai un derecho *perfecto* para exigir de toda nacion aquello a que se ha comprometido por sus pactos. La obligacion particular i *perfecta* de cumplir un pacto tiene su fundamento en la obligacion jeneral i *perfecta* de cumplir los pactos, que es de puro derecho natural. I hé aquí una prueba mas de la existencia de este derecho. Él es en realidad la fuente de todos los otros. Sin él, no existiría ninguno.

Pero ademas no concebimos por qué se insista tanto en la *perfeccion* o *imperfeccion* de un derecho. Lo que Vattel i otros publicistas llaman derecho *imperfecto*, es absolutamente obligatorio en conciencia. Que este derecho no sea tal que lejitime el uso de la fuerza para hacerlo cumplir, es una circunstancia que no menoscaba la obligacion correlativa. De que el cumplimiento de ciertos derechos esté sujeto, por su naturaleza, al juicio de la parte obligada, no se sigue que pueda ésta en conciencia dejar de cumplirlos cuando los juzga fundados. ¿Obraria rectamente el gobierno de Chile si, para calificar lo que le es o no le es obligatorio, atendiese a si se le puede exigir o nó por la fuerza?

Sentada la existencia de una lei universal de las naciones (verdad que nos parece evidente de suyo, i que no nos habríamos detenido a probar si los señores Agreda i Goitia no la hubiesen atacado de frente), veamos cuál es, en el supuesto conflicto de esta lei con la lei civil de un estado, la que deba prevalecer en cuestiones internacionales. Pero ¿puede haber



duda alguna sobre esta materia? ¿No basta enunciar la cuestion para resolverla? ¿Por qué habria de prevalecer la lei que reconoce una sola de las partes contendientes, sobre la lei que reconocen ambas? Los señores Agreda i Goitia citan dos casos en que el gobierno del Ecuador ha respondido al de la Confederacion Perú-Boliviana i al del Perú, que no le era posible acceder a la remocion de ciertos extranjeros de un punto a otro, ni a su expulsion del territorio, porque la constitucion se lo prohibia. Mas estos ejemplares, de la manera que los presenta la *Nueva Defensa*, prueban poco. Las circunstancias pueden haber sido tales, que el gobierno del Ecuador no creyese que la lei internacional le obligaba a las providencias sôlicitadas; i conceptuando que solo se le pedia una cooperacion amigable, un favor, respondió mui bien que la constitucion se lo prohibia. Si la peticion hubiese sido de estricta justicia natural, nos veríamos precisados a mirar la respuesta del gabinete de Quito como un efujio, no como una excepcion razonable.

«A ningun gobierno constitucional, dicen los señores Agreda i Goitia, aunque fuese el mas justificado de la tierra, le es dado salir fuera de la órbita que la constitucion le traza. Si le fuese permitido obrar segun lo que su conciencia o su querer le sugiriese, so color de exigirlo así las circunstancias o la conveniencia pública, sería necesario decir un triste adios a la propiedad, a la seguridad, a la libertad. Todos los goces sociales, todas las garantías sociales, todos los derechos sociales, quedarian a merced del juicio de los gobernantes, es decir, a merced de sus caprichos, de sus pasiones, de sus errores, de sus intereses, a la vez que de su razon i de su conciencia.» Nosotros somos sobre este punto algo mas estrictos que los señores Agreda i Goitia, porque creemos que los gobernantes están obligados a acatar de este modo, no solo la constitucion, sino todas las leyes. La constitucion es una traba puesta a las funciones lejislativas, tanto como a las administrativas i judiciales: la administracion i la judicatura están sujetas a todas las leyes, sin excepcion alguna. Pero, entre estas leyes obligatorias, cuenta el gobierno las del derecho universal de jen-

tes. ¿Qué hará, pues, en el conflicto de la lei internacional i de la lei civil, lei la segunda que le liga para con sus comitentes i lei la primera que le liga para con todas las naciones de la tierra? Hará lo mismo que en el conflicto de dos leyes civiles: procurará conciliarlas en lo posible, distinguirá de materias, entrará en la mente del lejislador. Miembro de la sociedad universal, es preciso que en los puntos que conciernen a los otros miembros de esta sociedad i a que se extienden las leyes eternas que la gobiernan, se dirija por ellas. Nuestras leyes civiles derivan su fuerza de la autoridad soberana de la nacion chilena, que no pudo ni quiso sin duda menoscabar por un acto lejislativo suyo o de sus delegados los derechos de los otros pueblos de la tierra. Las disposiciones, pues, de la lei civil, no deben nunca entenderse en un sentido derogatorio de la lei universal que obliga a todos los pueblos en sus relaciones reciprocas. Este es un corolario inmediato de la existencia de esa lei universalmente obligatoria. Los señores Agreda i Goitia lo han sentido así; i eso les ha hecho empeñarse tanto en aniquilarla. ¿I qué es el conflicto del derecho internacional con el civil? Es en realidad el conflicto de dos leyes civiles, porque el derecho de jentes, segun la doctrina de los jurisconsultos de las naciones mas ilustradas i libres del mundo, es una parte de la jurisprudencia patria. ¿I de adoptar esta doctrina se seguirán acaso los inconvenientes que tan patéticamente pintan los señores Agreda i Goitia? Ese *triste adios* es una bella figura de retórica; pero reduzcamos las cosas a su justo valor. Conformando el gobierno su conducta a una lei de derecho internacional en una cuestion internacional, que no afecta a sus comitentes, sino en cuanto importan a su seguridad i su paz exterior, la seguridad i la paz interior de los pueblos vecinos i amigos, ¿cómo puede menoscabar sus goces, atacar sus garantías, infringir sus derechos? Lo que hace mas bien, es defenderlos i afianzarlos. ¿Hemos dicho, por ventura, que el gobierno de Chile debia sobreponer su conciencia a la lei? Lo que hemos dicho es que, en un conflicto de leyes, que entre dos responsabilidades contradictorias, es necesario que elija. I supuesto el caso, ¿qué puede hacer, sino elegir?

Mas aun reclamando a favor del gobierno esa facultad de eleccion, o de conciliacion mas bien, estamos mui distantes de conceder que ni aun en el limitadísimo círculo en que puede tener cabida, queden los derechos de que en ella se trata a merced de los caprichos, errores, pasiones, o intereses de las personas que componen la administracion. Nó. En el ejercicio de ésta, como de todas sus otras atribuciones, son siempre responsables. La nacion puede pedirlos cuenta de sus actos; i no dudamos que estarian dispuestos, cuando llegase el caso, a manifestar los fundamentos que les asistieron para una medida que indudablemente no podria justificarse, sino por consideraciones de grave importancia.

Hasta aquí hemos hablado hipotéticamente del conflicto de dos leyes. Pero no hemos oído alegar todavía prueba alguna sólida de que, en el caso de los señores Agreda i Goitia, se haya infringido ni aun aparentemente un artículo de la constitucion, como se ha supuesto. El que han citado los señores Agreda i Goitia, habla con los *habitantes* de Chile. ¿Lo son los señores Agreda i Goitia? ¿Ignoran la distincion que se hace jeneralmente entre habitantes i transeuntes? Segun el diccionario de la lengua, *habitar*, es *vivir*, *morar*; i *morar* es *residir de asiento*. Si el artículo hubiese de tomarse en toda la extension que le dan los señores Agreda i Goitia, se seguiria que un extranjero, de cualquier modo que se hallase en el país, no podria ser expulsado, aunque se probase que habia cometido en otro crímenes atrocísimos, de los que justifican la denegacion de asilo o talvez la extradicion; que no hai facultad en el gobierno para decretar en ningun caso el embargo de los buques extranjeros surtos en sus puertos; que tampoco la tendria para someterlos a cuarentena, etc. ¿Con qué podrian justificarse la denegacion de asilo, la extradicion, el embargo, la cuarentena? En todas estas medidas, hai o expulsion, o arresto, o confinacion a una parte del territorio, o detencion de personas. Conque ninguna de ellas podria tomarse sin haber obtenido previamente un decreto judicial en debida forma; o si se tomasen de otro modo, seria preciso decir un *triste adios* a la seguridad, a la propiedad, a la libertad.

res Agreda i Goitia desean saber si está el gobierno facultades extraordinarias, si está suspendido el la constitucion, si se halla ésta en fuerza i vigor u prepotencia; i nos piden sobre este punto una egórica, terminante. Aunque no vemos la necesidad contestacion nuestra sobre cosa tan clara, i sin e que los argumentos de que nos valimos en nuestra precedente para controvertir la *Exposicion* de los redas i Goitia, versan claramente sobre el ejercicio res ordinarios del ejecutivo, no encontramos em responderles categórica i terminantemente que la i está en toda su fuerza i vigor, i que bajo ningun halla suspendido su imperio.

oversia rueda, no sobre el campo constitucional, nden los señores Agreda i Goitia, sino sobre una hecho. ¿Tuvo o no tuvo el gobierno motivos grandenar su detencion? De que teniéndolos, pudo proda, no hai duda. Aquella es, pues, la sola cuestion; e por la naturaleza de los hechos i de las pruebas le discutir al presente.\* Dejamos a la consideracion i lectores hasta qué punto podria salvar el gobierno

---

te punto, nos contraeremos solo a la intelijencia dada por Agreda i Goitia a las palabras que siguen de *El Araucano* nuestro ánimo dar a entender que el caso en que nos ha sponda exactamente a la descripcion que acabamos de ir, añaden dichos señores, a la de los extranjeros que se xitar una revolucion en un país amigo, en un país vecino». ion es incorrecta. La descripcion que acabábamos de ha un extranjero de quien se tuviese «completa evidencia que su viaje era excitar una revolucion en un país amigo, en io, tendiendo esa revolucion, segun todas las apariencias, acudimientos peligrosos en el sistema político de varios tronizar una administracion enemiga del mismo gobierno a tolerar la salida; una administracion que hubiese dado nas flagrantes de una ambicion atentatoria contra la se-independencia de sus vecinos.» A esta descripcion, fué a os que no era nuestro ánimo dar a entender que correspondientemente el caso de los señores Agreda i Goitia; i enten-

como custodio de la paz i seguridad ex-  
 ones amigables con los otros estados, to-  
 los tribunales para que conociesen de he-  
 r peligrosísimos respecto de esos objetos,  
 establecerse por pruebas jurídicas, o no  
 las definiciones de nuestro código crimi-  
 tos a la accion de la judicatura. El gobier-  
 bas ciertas de la existencia de un gran  
 s tales que no fuesen susceptibles de reve-  
 o en que era necesario decidirse por ellas,  
 , suficientes para provocar la accion gu-  
 astantes para justificar la accion judicial.  
 mos dar a entender cuando dijimos que no  
 s mismas reglas el uso de las facultades  
 cutivas i el de la autoridad judicial; pero  
 us, hemos creído que el gobierno estuviese  
 abilidad a que le somete la constitucion

que pasaron a bordo de la fragata *Ed-*  
 de lo que vieron los señores Agreda i  
 que la parte esencial de estos hechos, la  
 dio a que fué destinado el bote de la *Rei-*  
 a que no estaba a el alcance de la vista,  
 caso de ejecutarse.

nar este artículo haciendo saber a nuestros  
 rno, inmediatamente que creyó que care-  
 s la salida de los señores Agreda i Goitia,  
 ncion; i debemos tambien hacer al señor  
 iario de Bolivia la justicia de declarar que

bras, se desvanecen por sí mismas las deduc-  
 ellas en el artículo a que replicamos.  
 io que los señores Agreda i Goitia hiciesen del  
 unto de apoyo para promover reacciones revo-  
 lúes; i debemos protestar contra toda interpre-  
 nuestras palabras para coleccionar los hechos o las  
 en la orden de detencion.

de las noticias últimamente recibidas cesase.

### III

mente a la parte que nos toca en la zona asilados en Chile, que acaba de aparecer en *El Mercurio* del 4 de enero de

a i Goitia que jamas han negado la ley natural; que la designaron; que jamas se hizo parte de la ley internacional; distinta de la ley internacional. A pesar de una manifiesta contradiccion en una parte de otra, ¿cómo puede decirse? El territorio de Santiago forma parte de Chile; ¿podrá decirse que el territorio de Chile? Si la ley natural es la primera, i si los gobiernos en sus relaciones a la segunda, es de toda evidencia a la primera. I de ahí se sigue toda la elocuencia de nuestros autores al oscurecer, que un conflicto entre las leyes es un conflicto entre dos leyes, en definir la verdadera competencia de cada una de ellas en sus diversos objetos, concinencia no hai ley natural que obligue a las naciones expresamente los señores Agreda y Vitoria nos ha parecido i nos parece una ley que se admite que existe i que es obligatoria, es necesario respetar su autoridad en aquellas cuestiones en que puedan darse casos que no reconocen nuestras leyes

a i Goitia que esa ley natural no es mas que una idea de mandato, sancion, auto-mandato; i tan distantes estamos de

convenir en su opinion que, si sostenemos que la lei natural es lei, es porque creemos que envuelve las ideas de mandato, sancion, autoridad que manda: principios que los señores Agreda i Goitia pueden ver, no solo en los escritores de derecho natural, sino en los mas ilustres filósofos de nuestra éra, los Kant, los Dugald-Stewart, los Reid, los Cousin, etc. «No hai una lei de las naciones, dicen los señores Agreda i Goitia, semejante a aquella lei enseñada por la recta razon, conforme a la naturaleza, universal, inmutable, eterna, que con tan hermosos i tan verdaderos colores diseñó el padre de la elocuencia romana.» Pero esa lei enseñada por la recta razon, inmutable, eterna, ¿a quiénes obliga? A los hombres, sin duda; i no solo a los hombres, considerados como individuos, sino a los agregados de hombres, a los pueblos, a los estados, en sus relaciones recíprocas. Esa lei, diseñada por el padre de la elocuencia romana, es cabalmente el derecho de jentes natural, a no ser que se diga que los pueblos en su trato mutuo no se gobiernan por la recta razon, no tienen reglas de conducta emanadas de su naturaleza, dictadas por los intereses esenciales i permanentes del jénero humano, base inconmovible, eterna, de la justicia internacional.

Una gran parte de la impugnacion de los señores Agreda i Goitia rueda sobre suposiciones cuya insubsistencia hemos ya demostrado, sobre la suposicion de que la sola naturaleza, la lei universal de las naciones, no pueda dar derechos tan perfectos como los mas solemnes pactos, i sobre la otra suposicion de que a los derechos de las naciones extranjeras, fundados en esa misma lei universal, inmutable, eterna, diseñada con tan hermosos i tan verdaderos colores por el orador romano, puedan oponerse válidamente, en el fuero internacional, excepciones fundadas en la lei civil de un estado. No nos detendremos, pues, mas tiempo en probar lo que, si no nos engañamos mucho, no necesita de prueba, i lo que, por otra parte, es enteramente conforme a la práctica de las naciones. Hemos citado ejemplos irrecusables de esa práctica; i casualmente podemos ahora agregar otro, de un gobierno a quien no se le disputarán los títulos de popular i constitucional.

Tengan los señores Agreda i Goitia la bondad de leer los documentos que insertamos en este número bajo el epígrafe de *Venezuela*.

Preguntan los señores Agreda i Goitia si pudo haber sido la mente del lejislador que el extranjero transeunte no goce los derechos absolutos que le concedió la naturaleza; i extrañamos tanto mas la pregunta, que justamente esos derechos absolutos de la naturaleza son los que hemos reclamado constantemente en nuestra controversia, i que los señores Agreda i Goitia no invocan, sino cuando les viene a cuento. Si; esos derechos absolutos de la naturaleza son la verdadera i natural proteccion de los extranjeros transeuntes, i esos mismos son los que les aseguran la proteccion de las leyes civiles, en todo aquello que no pugne con otros derechos absolutos que la naturaleza ha concedido a los estados, i que seguramente no son ménos respetables ni ménos importantes que los otros.

Los señores Agreda i Goitia rechazan la significacion que hemos dado a la palabra *habitantes*, deduciendo la suya: primero de una comparacion entre los artículos 139 i 143 de la constitucion, i segundo, de la definicion misma del *Diccionario de la Academia*; pero no han juzgado conveniente explicarnos cómo es que, en su sentido, pudiera jamas nuestro gobierno decretar un embargo, negar el asilo a un extranjero que pisa-se su territorio, someter a cuarentena una nave extranjera anclada en sus puertos, etc. Examinemos los únicos fundamentos con que han tenido a bien refutarnos.

El artículo 139 dice que «si, en algunas circunstancias, la autoridad pública hiciese arrestar algun habitante de la república, el funcionario que hubiese decretado el arresto,» etc. I el artículo 143: «Todo individuo que se hallase preso o detenido ilegalmente por haberse faltado a lo dispuesto en los artículos 135, 137, 138 i 139, podrá ocurrir,» etc. De aquí infieren dichos señores que la palabra *habitante* significa todo individuo; pero nos parece algo violenta la ilacion, i creeríamos mas bien que el sentido de *individuo* se refiere al de *habitante*, i debe limitarse por él, en la parte relativa a las disposiciones de los artículos 12 i 139. Sea de esto lo que suc-



#### DETENCION DE LOS EXTRANJERO

---

re, el artículo 12 no admite la extensa significacion los señores Agreda i Goitia sin grav inconvenientes que menoscabarian las max buciones de un gobierno en sus relaciones con los estados. Insistimos en que nuestro sentido es no, segun la mas respetable autoridad que habria de lenguaje.

Pero dicen los señores Agreda i Goitia: *morar, i morar, residir de asiento, habitar, es tambien vivir, i que ellos gozan en Chile, i por tanto son habitantes de Chile* no nos parece digna de la alta intelijencia cuenta que ha redactado sus defensas. *Vivir* el significado jeneral de *tener vida*; pero i corresponde cuando se le pone en paralelo con la vida animal, o de la habitacion, la reside:

(El Araucano, años de 184





---

## JURISDICCION CONSULAR

---

### I

Es un acto de justicia discutir i presentar bajo su verdadero punto de vista los cargos que se hacen a la conducta gobierno con alguna apariencia de fundamento; i esto es lo que nos proponemos ahora, refiriéndonos al comunicado que, en la *Gaceta del Comercio* del miércoles, lleva por epígrafe el artículo 108 de la constitucion. Poco mas tenemos que hacer que desnuda exposicion de los hechos.

Iniciada ante el juzgado del crimen de Valparaíso una querrela criminal de Juan Conil, marinero de la fragata francesa *Teodoro Eujenio*, contra el piloto de la misma, por haber sido recibidos en un altercado a bordo, el señor cónsul francés presentó al intendente, exponiendo los inconvenientes que seguirian de la práctica de dar oídos las justicias locales a mandas o quejas de los individuos de las tripulaciones extranjeras, i solicitando se observase lo que era de costumbre jeneral en el mundo civilizado, esto es, que se remitiese el asunto al cónsul. El intendente de Valparaíso elevó la materia al supremo gobierno; i éste, habiéndola examinado, i teniendo en vista la doctrina de varios célebres publicistas, respondió al intendente por el ministerio de relaciones exteriores, con fecha del 4 de febrero de 1843, en estos precisos términos: «La conclusion a que adhiera el gobierno es que, en las cuestiones

o un buque extranjero, la justicia local obra o comun que observan actualmente las naciones limitiendo querellas de los marineros contra cualesquiera otras personas de la tripulacion in del citado oficio se expresó así: «Este es gobierno, despues de una atenta consideracion i U. S. lo pondrá en noticia del juez del to, para que, en su vista, proceda, bajo su lad, como creyere justo.»

chos; i de ellos resulta que el gobierno ha e tomar en la causa una intervencion abun- nal, como parece darse a entender en el ta. Se ha limitado a exponer su opinion, i lel crimen en completa libertad para obrar No ha ejercido una funcion judicial; no se sa pendiente; no ha pronunciado resolucio- de la constitucion que se le cita, es del to- ocurrencia.

n que podria suscitarse, es sobre si tiene o entos el dictámen vertido por el gobier- i parece que los tiene, si vale algo la opi- reditados escritores de derecho marítimo. vale por muchos, M. Pardessus, *Derecho* 2.<sup>a</sup>, título 6.<sup>o</sup>, capítulo 2, seccion I. Dice comun en estos mismos países (habla de brencia de los de África i Levante, en que facultades mucho mas extensas), que, in- le tratados particulares, i sin que éstos sean s discusiones relativas a los salarios i con- ie de la jente de mar, i todas las diferen- i naturaleza que sean, entre los hombres entre ellos i sus capitanes, o entre los ca- le la misma nacion, se decidan por los cón- ocales, cuando se les hace esta especie de atencion de remitirlas ante el cónsul de tenece la bandera del buque; i aun en el nsul, ante los jueces naturales (los capita-

nes), dando auxilio al capitán para la ej nes, sin apreciar su mérito. Los intereses soberanos prescriben estas reglas para p nes de los hombres de la tripulación con negativa de continuar el viaje, o de volv de su partida.»

Esta costumbre de las naciones cristia una excepción a la regla jeneral, que su les a la jurisdicción del país: regla que e cepción al principio, aun mas jeneral, propiedad comun de todos los pueblos. que es el fundamento del principio, es ta motivo a las excepciones. No podria, denegación de justicia a la judicatura l dose a la lei internacional, remitiese a de una causa, entre dos personas de la tr de un buque extranjero sobre materia interior.

## II

No fué posible contestar en nuestro n comunicado de *El Defensor*, que apareció mercio del juéves pasado sobre la c marinero de la fragata *Teodoro Eujenio* tras manos algo tarde. Vamos ahora a s que allí se alegan contra el dictámen del todo, observaremos con respecto a los pu de el autor del comunicado: 1.º, que el g do, ni hecho innovacion en las atribucio 2.º, que la práctica de exponer el gobie que cree conveniente para la recta adm cuando es excitado a ello por represent oficiales extranjeros, no solo es antigua niente i necesaria. Los agentes extranje inconcuso de patrocinar a sus nacionales intendentes o al ministerio de relacione.



De aquí se sigue que el juez que se abstiene de cuestiones de orden i de disciplina interior de un extranjero, obra legalmente, porque obra con arreglo a la lei universal, que restringe en tales casos, como en otros, la jurisdiccion que le han conferido las leyes. Reflexiónese sobre los inconvenientes que se seguirían de no observar una conducta contraria. ¿Qué marinero viéndose en un buque insubordinado, no ocurriría a los juzgamientos, en cualquiera rencilla o disgusto que tuviera?

que por su contrata se ha obligado a obedecer i respetar? Los jueces locales harian justicia, se responderá. La harian sin duda; pero, entretanto, ¿suspenderá el buque su viaje? ¿O dará vela sin el complemento de brazos necesarios para su servicio? ¿No sería ese un principio funestísimo de discordia i desobediencia entre jentes que, destinadas a vivir juntas, léjos de toda autoridad judicial, en las vastas soledades del océano, necesitan mas que otras el freno de una disciplina severa? Interesados en el fomento del comercio extranjero, ¿le negaremos la proteccion que se le dispensa en todas partes? Las naciones se devuelven mutuamente los desertores de los buques mercantes, a peticion de los cónsules; i este auxilio, que es de costumbre jeneral en el dia, vendria a ser ilusorio, desde el momento que los juzgados locales diesen oídos a demandas i quejas de los marineros de buques extraños.

En cuanto al segundo punto, nos parece que el remitir esta clase de causas a los cónsules no es precisamente reconocer en ellos jurisdiccion alguna, porque, para componerlas, les bastará en la mayor parte de los casos la autoridad extrajudicial i conciliatoria de que nuestras leyes i todas las del mundo civilizado los consideran revestidos. Si de hecho ejerciesen jurisdiccion, la autoridad local no daria fuerza ejecutoria a sus actos en cuanto le pareciesen exceder los límites de una intervencion administrativa i arbitral. I así entendemos que lo ha hecho alguna vez.

El señor *Defensor* alega que M. Pardessus ha escrito para los franceses. Cuando este ilustrado escritor expone el derecho peculiar de su nacion, escribe incontestablemente para ella, i para ella sola. Pero, en el pasaje que nosotros citamos, lo que expone es el derecho de jentes, la práctica universal de los pueblos cristianos. «Es de derecho *comun* (tales son sus palabras), es de derecho *comun* en estos mismos países (los cristianos) que, independientemente de tratados particulares i sin que ellos sean necesarios,» etc. ¿Es esto exponer el derecho frances o el de jentes?

Pero dice M. Bursotti, citado por el autor del comunicado, que cuando los hombres de una tripulacion se hacen culpables



de delitos o crímenes, fuera del navío, o au con personas que no pertozcan a la tripulacion local procede contra ellos, el cónsul deberá d cesarios, etc. De donde saca el señor *Defen* cuencia bastante orijinal, i es que la práctic hablado no se entiende con los cocineros de no son parte de la tripulacion ni del número mar. Confesamos que esta es una distincion e va para nosotros, i que tampoco alcanzamos el texto citado. «Tripulacion, dice el diccionar es la jente de mar que lleva una embarcacion bra i servicio.» Así es que el cocinero Juan C tivamente en el rol de la del *Teodoro Eujeni*

Por lo demas, celebramos que se nos cite pasaje de M. Bursotti, que es una autoridad punto principal que se ventila. En él, se ve hombre de la tripulacion comete un delito en bordo, pero respecto de personas no inscritas e sul debe dar los pasos necesarios para que l local se trate al delincuente con humanidad i justicia imparcial. ¿Por qué no se encargan e sos al cónsul respecto de la autoridad local, c ten a bordo vias de hecho, delitos o crímenes *delits ou crimes*), pero entre personas que l a la tripulacion? ¿Por qué, despues que M. B a bordo, temeroso de que se dé una excesiv doctrina, tiene tanto cuidado de añadir, *pero extrañas a la tripulacion* (*étrangères à l'* e qué no habla del caso mas comun a bordo, el litos, crímenes, vias de hecho entre la jente de El señor *Defensor* podrá fácilmente explicár

(*El Araucano*, año







Poco o nada, a la verdad, tenemos que presentar de nuevo despues de las consideraciones vertidas sobre esta especie de intervencion en aquella misma *Gaceta* i en uno de los periódicos de la capital; pero el asunto es de grave importancia, i no podemos pasarlo en silencio.

Observaremos primeramente lo extraño del órgano por donde parece haberse hecho por primera vez aquella declaracion, emitida evidentemente para noticia del gobierno de Buenos Aires. Las Provincias Argentinas se hallan en plena paz i amistad con el gobierno británico; un ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña reside actualmente en la capital del Rio de la Plata. ¿No era natural que, si el comodoro Purvis obraba por instrucciones expresas de su corte, el ministro ingles hubiese dado conocimiento a la administracion argentina de las intenciones de la Inglaterra? ¿Cuáles han sido sobre este punto las explicaciones dadas por Mr. Mendeville, a consecuencia de

chos como belijerante, i mas aun como belijerante justo, contra un enemigo atroz i pérfido, se limitó a las medidas que contiene la circular del 20 de marzo del presente año. En ella, se prohibía desde el 1.º de abril la entrada en el puerto de Montevideo de buques en que se condujesen artículos de guerra, carnes frescas o saladas, ganados en pié i aves de cualquiera especie, dejando en todo lo demas al comercio i buques extranjeros la mas cumplida libertad.

«Despues de esta prueba de benevolencia hacia las naciones neutrales dada por el gobierno al abstenerse de establecer un vigoroso bloqueo, cuando le asistia derecho i tenia fuerza naval suficiente para hacerlo efectivo, nadie podia presumir que las inadmisibles pretensiones e insultos del comodoro Purvis, de las fuerzas navales de S. M. B. sobre la costa ésto de Sud-América, vinieran a entorpecer la marcha regular i decisiva de la guerra, i prolongar sus desastres.

«La primera pretension del comodoro se contrajo a notificar al comandante jeneral en jefe de la escuadra de la Confederacion, que no toleraria acto alguno de hostilidad sobre la ciudad de Montevideo, por el que pudiera ponerse en peligro la vida o propiedad de un súbdito británico; i ademas que cualquier buque o embarcacion de guerra al mando, o de algun modo bajo la direccion de un súbdito oriundo o natural de S. M. B., que cometiese algun acto de hostilidad contra otros súbditos de S. M., seria tratado como pirata.»





el abandono del mas seguro baluarte de nuestra independencia nacional.»

«La neutralidad, dice este eminente jurisconsulto en otra parte, copiando las palabras de lord Howick, consiste en observar una estricta i honrosa imparcialidad. La obligacion de un neutral es *non interponere se bello; non hosti immixti hostem eripere.*» Todos saben la extension que ha dado a estos principios la Inglaterra, deduciendo de ellos reglas peculiares de derecho internacional, que han sido vigorosamente resistidas por otros gobiernos, como contrarias a los derechos de los neutrales.

Se ha dicho mucho sobre los efectos benéficos de las intervenciones; i miéntras éstas se limiten a la interposicion de buenos oficios i de medios conciliatorios, nada ciertamente mas propio de los sentimientos humanos que distinguen tan eminentemente a la civilizacion moderna; nada mas propio de esos grandes e ilustrados pueblos a quienes debemos los primeros jérmenes de la nuestra. Pero no podemos decir lo mismo de las intervenciones a mano armada; de las intervenciones que atropellan los principios tutelares de la independencia de los estados. Toda la historia depones contra los efectos de semejantes intervenciones; ella testifica lo que han costado casi siempre aun a los pueblos que las han invocado. En el interes de esas grandes potencias, que respetamos i admiramos, i a cuya benevolencia hemos dado siempre un alto precio; en el interes de ellas mismas, deploraríamos que se desviasen con nosotros de la política liberal, indulgente, magnánima que han observado hasta ahora. En el interes del comercio extranjero, vehículo de cultura social, fuente de actividad i de vida para nuestras riquezas naturales, lazo de union entre todos los pueblos de la tierra; en el interes de ese mismo comercio, cuya prosperidad está íntimamente unida con la nuestra, deploraríamos que los agentes de las grandes potencias, llevados de un celo indiscreto, pretendiesen en nuestras repúblicas subordinar a él todos los otros intereses; los intereses mas vitales de toda asociacion política; los derechos mas inconcusos de la soberanía nacional. Reclamamos lo que todas las naciones







El conflicto de las leyes acerca de los derechos i obligaciones de los extranjeros proviene de varios principios que, siendo por su naturaleza inconciliables, no pueden tener cabida a un tiempo, i solo son susceptibles de aplicarse a los diferentes casos con ciertos límites i restricciones. La patria tiene derecho, incontestablemente, para rejer los actos de sus ciudadanos donde quiera que éstos existan. Concedido. Pero el ciudadano ha recibido de la naturaleza el derecho de abdicar su carácter nativo, cuando le asisten justas razones para hacerlo; razones de que su conciencia es juez, i que no pueden ni conocer ni calificar las otras naciones. Agrégase a esto que las autoridades de un país no están de ningún nodo obligadas a hacerse ejecutoras de las leyes i reglamentos de los otros. La mutua cortesía de las naciones está reducida bajo este punto de vista a límites bastante estrechos, acerca de los cuales hai mucha variedad en los diferentes países.

Contrayéndonos a la cuestion, en Inglaterra i en los Estados Unidos de América, la regla que se sigue, es que, un matrimonio válido por la lei del país en que se hacelebrado, es válido en todas partes: (Kent, *Commentaries on the American Law*, parte IV, leccion 26). Los juzgados eclesiásticos de Inglaterra han reconocido este principio como la lei i la práctica de las naciones civilizadas, por comun consentimiento; i la corte suprema de Massachusetts, en el caso de *Medway v. Needham*, decidió en conformidad a él, aun ocurriendo en esta causa la circunstancia de haber dejado los contrayentes el territorio del estado para sustraerse a sus leyes. Admitió la corte que esta doctrina era opuesta a los principios jenerales relativos a otros contratos; pero sostuvo que con respecto al matrimonio era dictada por justas consideraciones de política para precaver el daño público i las consecuencias desastrosas que se seguirian de la práctica contraria. Envolveríanse en confusion (dijo la corte) la legitimidad de los hijos i los derechos de sucesion, si la validez del contrato nupcial no se sujetase a las leyes del lugar en que se ha celebrado. El canciller Kent hace mérito de varias decisiones semejentes pronunciadas en Inglaterra. I es de notar que en ninguna de ellas se disputa

la facultad que tiene un país para autorizar los matrimonios de los extranjeros celebrados en conformidad a las leyes de su domicilio o residencia momentánea. Lo que se inculca en aquellas decisiones, es la conveniencia jeneral i la justicia de que se reconozca como válido en el domicilio natural o adquirido de una persona el matrimonio celebrado por ella en otra parte bajo el imperio de otras leyes.

A la verdad, no creemos que la regla de los juzgados eclesiásticos ingleses, esté tan universalmente reconocida como se ha dicho en ellos. Un matrimonio contraído por un francés en un país extranjero en contravención al código civil de la Francia, no tendría valor en su patria. Pero, admitiendo que sobre este punto no haya una regla fija de jurisprudencia internacional, se sigue que cada estado se halla en aptitud para adoptar aquélla que le parezca sujeta a menores inconvenientes. ¿A qué de dudas i perplejidades no daría lugar la necesidad de averiguar los estatutos personales que determinan la capacidad i demás requisitos de los contrayentes extranjeros? ¿Podiera encargarse este exámen a las autoridades que presiden a la celebracion del matrimonio en todas las poblaciones de la República? Parécenos, pues, que podemos preferir sin escrúpulo la práctica de la Inglaterra i de los Estados Unidos de América, dejando a los individuos que quieran casarse entre nosotros la facultad de hacerlo con arreglo a nuestras propias leyes. El que sus matrimonios produzcan o nó efectos civiles en el lugar de su domicilio, es una materia que concierne a ellos solos, i en que ni nos es posible, ni debemos mezclar-nos.

En cuanto al artículo 6.º del proyecto, creemos que la redacción pudiera dar lugar a dudas i sería conveniente aclararla. La mente del legislador no ha sido, según pensamos, declarar nulos los matrimonios, que, según las leyes a la sazón vijentes, no lo fuesen. Tampoco habla este artículo con todos los que celebren o hayan celebrado matrimonios en el territorio de la República, sino con la clase de personas a que se refiere la lei, es decir, con los extranjeros no católicos, que no quieran casarse según el rito de nuestra iglesia. El artícu-

lo 6.º dispone en realidad lo mismo que el artículo 7.º con la diferencia de que, en el 6.º, se establece una regla jeneral de que el segundo es la aplicacion i la consecuencia. Las leyes anteriores requerian la presencia de un sacerdote debidamente autorizado i de dos testigos: el proyecto requiere esto mismo, i declara en sustancia que, sin este requisito, son nulos los matrimonios de los extranjeros no católicos, i determinadamente los que se hayan celebrado o se celebraren sin él a bordo de buques extranjeros surtos en los puertos chilenos, o que se hayan celebrado o se celebraren en la morada de los agentes diplomáticos o consulares de las naciones extranjeras, residentes en Chile; especificacion necesaria para prevenir las cuestiones a que pudiera dar motivo la idea errónea de extraterritorialidad que atribuyen algunos en un sentido absoluto a los buques de guerra i a la morada de los ministros públicos. El inconveniente quedaria remediado redactando de este modo el artículo 6.º:

6.º Todo matrimonio que se haya celebrado, o que en lo sucesivo se celebrare en el territorio chileno, *sin las solemnidades que por las leyes a la sazón vijentes hayan sido o fueren necesarias para el valor de este acto*, se declara nulo i no producirá, etc.

Este artículo no introduce ninguna disposicion nueva; confirma solo la lejislacion existente; i el artículo 7.º la contrae a casos especiales que pudieran parecer dudosos.

## II

En nuestro número precedente, hemos procurado satisfacer a las objeciones que se habian hecho por un corresponsal de *El Mercurio* de Valparaíso a dos artículos del proyecto de lei pendiente en las cámaras, sobre los matrimonios de los extranjeros no católicos. Examinaremos ahora las que en la cámara de diputados se hicieron el año pasado a otros artículos del mismo proyecto.

Fundábase una de ellas en un concepto erróneo del privilejio de extraterritorialidad de que gozan los buques de guerra ex-



arbitrio de una a otra cuantas veces se qué escritor de derecho de jentes se ha ruosa latitud al principio de la inmuni- ficar la autenticidad de los documentos les exhiben, es a lo que se extienden ciones de los ministros públicos; fuera ser que el soberano del país en que re- sancharlos), solo pueden ser reconocidas ciones. Un matrimonio contraído ante valdria, pues, en el territorio del esta- leyes de ese estado lo hubiesen dis- nosotros no tendria valor alguno; nues- onocerian; los hijos procreados en él no le.

able a los buques de guerra. No se les rio extranjero, sino en cuanto es nece- cio i disciplina estén sujetos exclusiva- de sus comandantes i oficiales. Por el la entrada en nuestros puertos, se les de independencia de la jurisdiceion lo- concede, a no ser que las concesiones en pactos expresos. De aquí es que i calificado de impropia la denomina- ad atribuida a las naves de guerra.

Azuni, *Derecho Marítimo*, capitulo echos de soberanía, hasta el de imponer gunos escritores, de cuyo número es o que se debian mirar estos buques co- o, por la especiosa razon que, si el pa- ves de guerra continuase bajo el domi- erto, no sería lícito ejecutar allí unos jurisdiccion. Pero es fácil resolver esta que esta jurisdiccion se funda en la na- itar que se ejerce a bordo, el cual con- u fuerza todas las veces que el soberano recibir una nave de guerra como tal. el poder militar, sería imposible mante-

#### MATRIMONIO DE LOS EXTRANJEROS NO CATÓLICOS

ner la disciplina. El ejercicio de este poder en lo interior de la nave es una consecuencia necesaria de la acogida que le concede, i no un derecho propio del comandante de la nave i mucho ménos un derecho de territorio.»

Otro reparo hecho al proyecto de lei de que habla el artículo 1.º, es que, si se sujetan los enlaces anteriores de los extranjeros católicos a la formalidad de una validacion, se dejará a los mismos el arbitrio permanecer casados, o abandonar a sus consorcios i casarse de nuevo, bastándoles para ello el cumplimiento de la solemnidad que por el proyecto se les exige para que produzcan efectos civiles la union en que actualmente viven. Si los enlaces anteriores debiesen reconocerse como válidos, segun la observacion; pero no es así. Los extranjeros que contraen matrimonio de ese modo no han contraído matrimonio en el sentido de nuestras leyes. Sus hijos no serian amparados por los tribunales en los derechos de sucesion forzosa que nuestras leyes han otorgado a los hijos de lejítimo matrimonio. Los esposos mismos no tendrán medio de hacer valer sus derechos bajo nuestras leyes. La nueva lei, pues, de peor condicion bajo este respecto el consorcio que ellos viven; por el contrario, lo hace de mucho mejor condicion, abre la puerta de la lejitimidad; le ofrece una sancion que hasta ahora carece; i lo que mas es, confiere a esta lei, i a la de los hijos una fuerza retroactiva. La lei propuesta al paso que pone en ejercicio una incuestionable atribucion de la soberania, que estaba en peligro de olvidarse o de desueta, ha guardado todas las consideraciones por la delicadeza de las conciencias, i a la buena fe de los ciudadanos, ignorancia hayan faltado ántes de ahora a las solemnidades legales en uno de los actos mas importantes de la vida civil.

(El Araucano, año de 1881)

•

•

•





comunicarse. La experiencia de cada uno puede servir a los otros; el contacto recíproco de pueblos, aun mas extraños entre sí, aun ligados por lazos ménos estrechos, ha sido siempre uno de los medios de extender i hacer circular la civilizaci3n i las luces. Las varias secciones de la América han estado hasta ahora demasiado separadas entre sí; sus intereses comunes las convidan a asociarse; i nada de lo que pueda contribuir a este gran fin, desmerece la consideraci3n de los gobiernos, de los hombres de estado, i de los amigos de la humanidad. Para nosotros, aun la comunidad de lenguaje es una herencia preciosa, que no debemos disipar. Si añadiésemos a este lazo el de instituciones análogas, el de una legislaci3n que reconociese sustancialmente unos mismos principios, el de un derecho internacional uniforme, el de la cooperaci3n de todos los estados a la conservaci3n de la paz i a la administraci3n de justicia en cada uno (por supuesto con las conocidas i necesarias restricciones que importan a la seguridad individual), ¿no sería este un órden de cosas, digno por todos títulos, de que tentásemos para verlo realizado medios mucho mas difíciles i dispendiosos que los que exige la reuni3n de un congreso de plenipotenciarios?

Se cree posible que se sancionen algunos puntos de derecho internacional americano, i se coloca esta sancion entre las cosas de pura forma. ¿De pura forma sería, por ejemplo, el reconocimiento de la inmunidad de la bandera de la propiedad neutral; la extradici3n de los reos de delitos atroces, de falsificaci3n, de quiebra fraudulenta? ¿Sería de pura forma el establecimiento de reglas jenerales, que facilitasen a los litigantes de un estado la adquisici3n de pruebas en otro; que asegurasen a las sentencias de los tribunales competentes de Chile su ejecuci3n en Nueva Granada o Méjico, que fijasen los derechos de sucesi3n de los mejicanos o granadinos a herencias abiertas en Chile, i recíprocamente; que en el caso de bienes concursados, esparcidos sobre dos o mas territorios, deslindasen la competencia i el modo de proceder mas equitativo, mas imparcial respecto de todos los interesados? Hé aquí algunos de los puntos de derecho internacio-





para no prestar auxilio a ninguno de los partidos políticos se hacen la guerra en otro estado, para impedir que los grados abusen de la hospitalidad que se les dispensa territorio, levantando en él expediciones armadas contra no de los gobiernos con quienes nos mantenemos en Chile le basta, para todos estos objetos, obrar como lo hecho hasta aquí, sin constituirse reo ante un congreso caso que alguna vez los emigrados políticos hubiesen en la vijilancia del gobierno. Pero ¿no sería de desear que la conducta de Chile se funda en sanos principios, la adopten los otros gobiernos, i fuese para todos obligatoria? Si establecida una regla cualquiera, la violase, se constituiría sin duda reo ante el congreso, es decir, sería responsable sus actos, como toda nacion que ha infringido sus pactos es ante aquéllas con quienes los ha celebrado. Nada de nuevo en esto, a ménos que se diga que no debemos tratado alguno para no contraer la responsabilidad observancia. Mas aun así tendríamos obligaciones naturales que llenar, obligaciones abstractas, vagas, a que solo los pueden dar una forma precisa. Toda nacion es responsable de su conducta a las otras; i uno de los grandes deberes que pudiéramos prometernos de la confederacion, sería el de determinar esa responsabilidad natural, yendo a las jeneralidades de la teoría, reglas prácticas concretas. El congreso, se dice, prestará el auxilio de la todos los gobiernos de hecho, a todos los tiranos; expulsará los emigrados; les vedará el uso lejítimo de la prensa esto suponer que el congreso desconocerá su mision esto atribuirle principios i bases opuestas a los que ha dado el ministro? ¿No es esto suponer un congreso diverso que se proyecta? Verificadas esas suposiciones, no habría Chile, i los demas gobiernos que piensen como Chile, formarían una alianza inmoral, de que ya no podría esperar bueno. El congreso puede conspirar a la paz i al órden, sin hacerse instrumento de persecuciones i renovar la mora posibilidad de abusar fuese una razon, sería por echar por tierra todas las instituciones; porque no

63

sola de que, abrigando intenciones siniestras, hollando las garantías constitucionales, i arrostrando descaradamente la reprobacion pública, no pudiera abusarse.

## II

Despues de haber considerado las objeciones que se han hecho a la idea del congreso americano en abstracto, examinaremos brevemente las que se hacen contra el plan bosquejado en la *Memoria* del ministro de relaciones exteriores.

El título de *confederacion* ha parecido extraño a un corresponsal de *El Progreso*, por una razon singular, porque fué el título de la gótica Confederacion Jermánica. Pero tambien fué el título de la Confederacion Anstictónica, de la Confederacion Aquea, de la Confederacion Helvética; o mas bien, no fué el título de ninguna confederacion particular, porque es un nombre apelativo, que designa jeneralmente una asociacion cualquiera de estados, para un fin determinado cualquiera, i que pueden convenir a todas las asociaciones imaginables de estados, buenas o malas, significando ésta o aquélla, segun el calificativo que se le junto. Porque una asociacion gótica o vándala haya querido llamarse confederacion, ¿no podría una asociacion, que no sea gótica ni vándala, llamarse así? ¿I cómo se llamará para no caer en algun otro inconveniente de la misma especie? *Alianza* i *liga* no son dictados mas libres de la tacha de haberse rozado varias veces con la inquisicion i la monarquía. Tampoco alcanzamos por qué una confederacion haya de ser precisamente de gobiernos que lo sean todo, i no de gobiernos populares: una confederacion, alianza o liga es una sociedad de soberanos; i donde el pueblo es soberano, se confedera a su nombre el gobierno, como trata i estipula a su nombre en todos los pactos de nacion a nacion. «La confederacion, dice el corresponsal de *El Progreso*, no es posible entre gobiernos que no son todavía nada, i pueblos que lo son todo, al ménos por el poder de la multitud i de la anarquía.» No entendemos qué se quiera decir con esto. ¿Se querrá decir que es imposible a los gobiernos de las nuevas repúblicas, con-

federarse o ligarse o formar una alianza o union para cierto objeto especial, representando a sus respectivas naciones? Esto sería decir que el congreso americano, cualesquiera que sean los objetos en que se ocupe, es imposible de hecho o de derecho; que es lo contrario de lo que parece opinar el autor de los artículos que sobre este asunto ha insertado *El Progreso*. Despues de todo, no hai motivo para suponer que el titulo de la proyectada liga, sea precisamente el que tan mal suena a los oídos del corresponsal: nuestro ministro lo ha empleado, i no podrá ménos de emplearlo provisoriamente, hasta que esa sociedad de naciones se bautice a sí misma.

El plan del congreso ha parecido mal, porque se pretende «arreglar los negocios domésticos con minuciosidad pueril, ántes de arreglar los mas trascendentales que resultan del contacto del mundo, i que son turbados frecuentemente por ese mismo contacto.» Quisiéramos saber qué puntos mas trascendentales son esos, superiores en importancia a los que se mencionan en la Memoria, i rogamos al corresponsal de *El Progreso* que nos haga el favor de designarlos. ¿Por ventura, no nacen del contacto del mundo los derechos de la paz i de la guerra, de beligerantes i neutrales, de refujio i de asilo, de la navegacion mediterránea por los grandes rios que atraviesan o limitan diferentes estados? ¿No perteneco directamente al contacto del mundo la policia de fronteras? Los derechos de propiedad i de familia que el ciudadano de un estado puede tener en el territorio de otro, ¿no son cosas en que se encuentran amenudo, no solo en contacto, sino en conflicto, las legislaciones de los varios estados, i que pueden ser i son amenudo turbados por ese mismo contacto i conflicto? Indudablemente puede Chile, como cada uno de los otros estados, arreglar algunos de esos puntos (no todos) por sus propias leyes, i por eso los habrá considerado el articulista como materia de legislacion doméstica. Pero no basta que lo pueda hacer Chile en su casa; Chile desea que las reglas que él aplica a los ciudadanos de otras naciones en su territorio, se apliquen a los ciudadanos chilenos en el territorio de esas otras naciones, o que, si sus reglas no son bastante justas i liberales, se fijen otras,

para que haya entre todos una reciprocidad fraternal; objeto a que no alcanza la legislación civil, i que debe precisamente arreglarse por pactos internacionales. Cada estado puede, absolutamente hablando, establecer la policía de fronteras que mejor le parezca; pero ¿a cuántas disputas, a cuántas quejas, no pueden dar motivo, i justo motivo, las reglas que se establezcan? ¿I cómo precaverlas, sino entendiéndose unas con otras las naciones para fijarlas de acuerdo? Tan cierto es que esos que parecen al corresponsal de *El Progreso*, objetos de legislación civil pertenecen al mismo tiempo a las relaciones internacionales, o segun su propia expresion, al contacto del mundo, que apenas habrá alguno de ellos a que no se dé lugar en el dia, aun en las obras elementales de derecho de jentes.

Repetimos que no vemos puntos de una importancia superior a los que se designan en la *Memoria* de relaciones exteriores. No alcanzamos qué otras grandes cuestiones puedan resultar del contacto del mundo. Pedimos que se nos ilustre sobre esta materia. En un club, se podrán tal vez discutir puntos de una política mas elevada i trascendental; i por eso querrá el señor articulista que se considere a la asamblea americana como un club en grande escala. Cuando se nos señalen algunos de ellos, veremos si son tales que puedan discutirse con fruto en un congreso de plenipotenciarios.

Ademas, ¿de dónde colije el corresponsal de *El Progreso* que se trata de arreglar los puntos indicados por el ministro, con minuciosidad pueril? ¿Qué hai en las expresiones del ministro que justifique semejante concepto? El ministro no hace mas que darnos un catálogo de materias, indicando la necesidad de sujetarlas a reglas precisas. Reglas forzosamente han de fijarse; el objeto del congreso no puede ser otro. Pero ¿por qué, minuciosas i pueriles? Las potencias de Europa han sujetado a ciertos reglamentos la navegacion de sus grandes rios: ¿son minuciosamente pueriles las disposiciones que ellos contienen, dirigidas a proteger la navegacion i el comercio de todas i a poner trabas a la arbitrariedad de cada una, en cuanto pueda inferir perjuicio a las demas?



Pero el desden del articulista a las materias enunciadas por el ministro como a cosas de arreglo doméstico, se cambia repentinamente en terror, porque le parecen palpitantes de discordia, i a propósito para causar espantosas convulsiones en un suelo que por todas partes se siente bullir bajo los piés. No hai congruencia entre estos dos cargos. El señor articulista reconoce aquí claramente que las que poco há, miraba como cosas domésticas, son cuestiones trascendentales, de aquéllas que nacen del contacto del mundo, de aquéllas en que se producen funestas explosiones por causa de ese mismo contacto. I en eso tiene razon; pero nó en la consecuencia que deduce de este principio. Por la misma delicadeza de esas cuestiones, por la natural susceptibilidad de los estados en esos puntos, es conveniente trabajar en precaver las colisiones i las explosiones por medio de reglas jenerales preconstituidas; reglas acordadas cuando las cosas pueden contemplarse a sangre fria, sin las circunstancias irritantes que acompañan siempre a las ocurrencias actuales. Lo que hace un congreso de plenipotenciarios, es lo mismo que lo que hacen diez o doce hombres que tienen complicados negocios en que sus intereses se cruzan: celebran un contrato en que preven, en cuanto alcanza la prudencia, las ocasiones de disputa, los conflictos de pretendidos derechos; i anticipadamente fijan reglas para dirimirlos del modo que les parece mas equitativo. Esto que el sentido comun dicta a los individuos, el mismo sentido comun lo prescribe a los estados; porque es seguro que, si se deja ese arreglo para cuando los socios han principiado a contender i altercar sobre un objeto dado, i cuando, sublevadas las pasiones, están ménos dispuestos a escuchar los consejos de la razon i de la justicia, será infinitamente mas difícil una avenencia amigable.

El corresponsal de *El Progreso* se ha contraído al punto del refugio i asilo, i no cree digno de un congreso americano «ocuparse de una práctica, de un derecho, si se quiere, que no ha sido hasta ahora otorgado por costumbre de todos los pueblos civilizados, sino por medio de convenciones particulares segun la fraternidad de relaciones que reinan entre los contratantes.»

ante, (suponiendo que se habla del derecho de ex-  
pulsion, en cuanto correlativo al de asilo) esa  
ese derecho, es otorgado por la costumbre de todos  
civilizados: hai diferencias, sin duda, en el modo  
o, pero que dejan en pié la sustancia. En segundo  
uede ser indigno de un congreso de estados, lo que  
e dos o tres estados que celebran convenciones para  
no ser que se diga que no conviene a un conjunto  
loce personas, lo que conviene a cada dos o tres de  
rticular. En tercer lugar, el derecho de extradicion  
cada estado en sus relaciones con todos los otros,  
mente con aquéllos a que está mas estrechamente  
a administracion de justicia de Chile, por ejemplo,  
ie el derecho de extradicion i las reglas de equidad  
ad que deben restringirlo, se reconozcan en la Nueva  
en Méjico, i si fuese posible, en la China i en el  
nismo que en el Perú i en Bolivia. En cuarto lugar,  
mejor que un arreglo de esta especie, se haga entre  
estados a un tiempo, que separadamente entre com-  
binarias de los mismos estados; porque se obtiene  
do un objeto no despreciable: la uniformidad, que  
conocimiento i la observancia de toda lei. En quinto  
lé relaciones de fraternidad mas estrechas pueden  
que las que ligan a los nuevos estados americanos  
¿Cuándo ha existido en el mundo un conjunto de  
que formasen mas verdaderamente una familia? El  
sal de *El Progreso* cree que ese principio debe modi-  
un la índole de cada estado. Siempre habrá un fondo  
bro el cual recaigan las modificaciones; i este fondo  
ede acordarse en un congreso, dejando luego a cada  
is la facultad de hacer en él las adiciones o restriccio-  
as circunstancias requieran. Los pueblos civilizados  
un derecho internacional comun, que observan en  
nes jenerales; i no por eso carecen de la libertad de  
o adicionar ese derecho jeneral, en los pactos espe-  
uno con otro celebran. Así, el obstáculo que sobre  
ia aturde al corresponsal de *El Progreso*, es entera-

mente quimérico —Lo mismo decimos del terror d  
extienda la jurisprudencia internacional a los llama  
nes o delitos políticos, que muchas veces no lo serán  
el foro de los tiranos. A nosotros nos aturde que se  
posible que el gobierno de Chile desee extender el de  
extradición a esos delitos; lo que sí creemos, es que no  
la liberalidad de nuestro gobierno, que juzgue compa  
sus obligaciones respecto de los otros estados, la lil  
ciertos abusos del derecho de asilo, que mas de una  
causado choques funestos.—El articulista, en fin, sin  
que sobre este punto haya de acordarse por los plenij  
rios americanos, se figura con horror la *escala de hor*  
en virtud de ese acuerdo, seria *necesario establecer*  
*extremidad a la otra*. Pura declamacion. Se trata  
guir crímenes atroces, cuyo escarmiento es el voto de l  
ciacion de seres humanos, que lo sean algo mas q  
nombre; i no vemos que al quitar a tales crímenes un  
medios que mas amenudo les proporcionan la impuni  
un mal para el jénero humano.

Hasta aquí habíamos llegado cuando vino a nuestra  
*El Progreso* del miércoles; i en él, otro artículo, a qu  
a contestar.

Policía de fronteras, prontitud i seguridad de la cor  
dencia epistolar, se miran como asuntos de arreglo  
No ha meditado el autor del artículo sobre todas las  
nes internacionales a que puede dar lugar el tránsito  
fronteras, ni ha considerado la conexión de este asunt  
de la persecucion de los delincuentes en territorio ex  
con otros interesantes a la administracion de justicia. E  
to a la correspondencia epistolar, quisiéramos que no  
si no es un interes comun de todos los nuevos estados  
la de los ciudadanos de cada uno llegue a su destino c  
la seguridad i prontitud que pueda darle la proteccion  
leyes i de las autoridades de los países por donde ten  
transitar. La Nueva Granada i Venezuela han celebr

pacto con este solo fin; i su ejemplo es digno de ser imitado por las otras repúblicas.

Se equivoca el señor corresponsal de *El Progreso* en creer que se pretenda provocar controversias de límites ni de ninguna clase. Lo que se pretende es que, si se suscitan tales controversias, se sometan al arbitraje del congreso, ántes de dar suelta a contestaciones acaloradas, o de proceder a vias de hecho. Hai tambien equivocacion en creer que se alude a la creacion de nuevos ejércitos. *Medios represivos* no quiere decir ejércitos.

Despues de esto, pasa el autor del artículo a indicar los puntos *trascendentales* a que la asamblea de plenipotenciarios debe dar una atencion preferente, dejando a un lado, como de ménos valer, los enunciados por nuestro ministro. Seis propone el articulista; i dos de ellos coinciden con algunos de los de la *Memoria* de relaciones exteriores, condenados en masa, porque no nacen del contacto del mundo, ni corrian peligro de ser turbados por ese mismo contacto.

El corresponsal de *El Progreso* quiere desde luego que la asamblea sancione «el derecho absoluto de todas las repúblicas de América, en los casos en que no están ligadas por tratados precedentes, a legislar segun sus intereses, i hasta segun sus caprichos.» Suponemos que se admite tácitamente que en los casos en que nuestros intereses se rocen con intereses ajenos hai, ademas de los tratados, leyes naturales que nos imponen deberes respecto de otras naciones i de la humanidad entera; deberes no ménos respetables i sagrados que los que tienen su oríjen en los pactos. Pero el derecho absoluto que se indica es, con esas dos restricciones, expresa i tácita, uno de aquellos axiomas elementales que no necesitan de la sancion de ningun congreso. I si se considera preciso que los plenipotenciarios americanos lo declaren i promulguen, ¿por qué no tambien otras leyes naturales de igual importancia? ¿Hai todavía quien crea de buena fe que semejantes declaraciones i promulgaciones conduzcan a resultado alguno práctico? Eso principio ha sido frecuentemente violado i hollado, es verdad; pero los mismos que lo infrinjen, i en el momento mismo de la

infraccion, no solamente lo reconocen, sino tal vez tiene lo que todos los principios jenerales; es jeneralidad abstracta, que con muy poco esfuerzo interpreta, se tuerce i se elude. Las naciones civilizadas tratan de asegurar sus derechos por pactos, no tanto axiomas incontrovertibles, sino reglas positivas, claras, bien precisas, i bien minuciosas.

El articulista quiere que la asamblea establezca de la bandera neutral de los nuevos estados. Si la asamblea aspire al reconocimiento de estos derechos de las potencias del mundo antiguo, i supone que ellos son los que el mundo antiguo ha reconocido, quiere que el mundo antiguo se reiría de esta pretension que los Estados Unidos, a carcajadas. Todo lo que pueden las nuevas repúblicas, es establecer un derecho espionaje imitando lo que ha hecho en sus pactos con ellas la política pública del Norte, modelo de sabiduría i cordura.

El señor articulista reconoce tambien la conveniencia del arreglo sobre la navegacion de los grandes rios. Pero quisiera hacer exclusivo su uso a los estados americanos. En su opinion sería que se abriesen al mundo, i tal es la opinion del gobierno de Chile. Pero, en este particular el gobierno no puede expresar mas que un juicio teóricamente imparcial. A los estados riberaños es a quienes determinarlos: Chile aspira solo a que se fijen con claridad los derechos i las obligaciones de los interesados.

Bajo el número 4.º, se quiere hacer de la asamblea un instrumento de propaganda republicana. El objeto es santo i el medio nos parece poco a propósito; i no dista mucho de la opinion el corresponsal de *El Progreso*, que dice: «exótico, si no concurre Norte-América». Querrá qué especie de propagandismo apelaría la asamblea? No conocemos mas que uno: el que han empleado los Estados Unidos. Tengamos juicio; tengamos una democracia inteligente i activa; por nuestro ejemplo cundirá. Si por el contrario seguimos al mundo el escándalo de las aspiraciones ambiciosas,

revueltas; si se nos oye balbutir teorías, mientras carecemos de comercio, de artes, de rentas, de escuelas primarias; en suma, si se nos ve estacionarios, cuando no retrógrados, en la carrera de la civilización i de la prosperidad industrial, como sucede en la gran mayoría de nuestras repúblicas, los razonamientos, las homilias de todos los congresos del mundo no nos ganarán un solo prosélito. Desacreditaremos las instituciones republicanas; empañaremos el brillo que ha dado a ellas la grande obra de los Washington i de los Franklin.

Los objetos indicados por el ministro tienden todos al propagandismo de lecciones prácticas, que miramos como el solo eficaz. Pero hai otros objetos encaminados al mismo fin, que no entran en la esfera de los pactos i las confederaciones. La política internacional de los nuevos estados será estéril, si en el seno de cada uno de ellos no aparecen instituciones racionales, progresivas, civilizadoras.

«Alianzas ofensivas o defensivas, ya jenerales, ya reducidas conforme a las simpatías jeográficas», es el 5.º de los objetos enumerados por el corresponsal de *El Progreso*, que olvida aquí la objeción de las especialidades, con que atacó el punto de *refugio i asilo*, i la del aumento de ejércitos, que creyó ver envuelta en la idea de los *medios represivos*, necesarios para dar una sanción a los acuerdos de la asamblea. Alianzas especiales deben nacer de negociaciones particulares. Alianza jeneral ofensiva i defensiva requiere una escala de fuerzas i de movilidad a que nuestra América no llegará en mucho tiempo. Figurémonos a Chile i Bolivia enviando sus contingentes de tropas i de buques de guerra a Méjico, invadido por un ejército frances, o bloqueado por una escuadra británica. No hai mas que una guerra posible entre las nuevas i las viejas instituciones: la de sus efectos positivos. No hai mas que una alianza jeneral posible entre los nuevos estados: la de conspirar a un fin comun, justo, grande i benéfico.

El corresponsal de *El Progreso*, que se indigna de ver ocupada la asamblea de plenipotenciarios en arreglos minuciosamente pueriles, como el de los derechos de propiedad i de familia, el de la navegacion de los grandes rios, i las demas bagatelas

#### CONGRESO AMERICANO

indicadas en la *Memoria* del ministro, ech el grave i arduo problema del *ceremonial* de dos, que es el sexto i último de los puntos tr su bosquejo. Podemos asegurarle que ni éste categoría se han olvidado; pero no parecior portancia para mencionarlos al lado de los ot

Reconocemos el espíritu americano, el air a la humanidad, que centellea en todas las lin los que refutamos; pero, de buena fe, ¿hai en i la *lógica*, que su autor no ha podido encontr censura?

(*El Araucano*, añ







---

## TRATADO CON LA GRAN BRETAÑA

---

### I

Hai personas para quienes todo pacto internacional es objeto de espanto. Los tratados, segun ellos, son redes que poderosos tienden a los débiles. Las concesiones que se hacen en ellos las grandes potencias i las nuevas repúblicas americanas, no son, dicen, mas que aparentemente reciprocas, por solo una de las partes contratantes tiene marina mercante visite países lejanos, i solo con respecto a ella puede significar algo la mutua proteccion que los signatarios estipulan para su navegacion i comercio. ¿Cuáles son, pues, las ventajas de tales tratados reportan nuestras jóvenes repúblicas?

Estas razones parecen plausibles; i desde luego reconocemos, como un principio seguro, que los tratados de navegacion i comercio deben ser siempre inspirados por el interes industrial; i que el que no se promete de ellos una ventaja real prevé que han de producirle algun inconveniente que no compensado por utilidades de mayor importancia, haria en celebrarlos. Pero, fuera de este caso, los que condenan distintamente las convenciones internacionales, i en especial las que se estipulan entre naciones que no son iguales en poder, se dejan llevar de una preocupacion añeja i vulgar, figuran peligros donde en realidad no los hai. La tendencia del siglo en que vivimos, no la tendencia de los gobiernos, de dos agentes mas poderosos que los gobiernos, la ilustra

i el comercio, es a multiplicar los puntos de contacto, a unirlos, a fraternizarlos, a hacer del mundo humano una familia. Resistir a esta tendencia es resistir a la escala de la civilización. Pero comunicar los pueblos, ¿no es una consecuencia necesaria de que se mezclen, se crucen, se contraríen? I ¿para qué se establezcan reglas para que de esta contrariedad de intereses, no resulten colisiones de naciones independientes, ¿no es de toda necesidad que se fijen de común acuerdo? I ¿a qué sirven los pactos internacionales?

Pero los poderosos abusarán de ellos, se replica. No es de los tratados de lo que abusan los poderosos, sino de sus fuerzas. Si una potencia fuerte injuria a una nación débil, infringiendo un tratado, ¿la respetaría sin él? La primera niega a la segunda las prestaciones a que es obligada por sus pactos: ¿se las concedería si tales pactos no existiesen? Los pactos, pues, no agravan los males que nacen de la desigualdad de fuerzas; i aunque no los precavan siempre, ni frecuentemente, no se puede negar que en muchos casos producen efectos benéficos, haciendo mas raras las trasgresiones, por lo mismo que las hacen mas injustificables i escandalosas.

En cuanto al argumento que se saca de lo ilusorio de ciertas concesiones recíprocas, porque no tenemos navegación ni comercio que se aproveche de ellas, basta ver a lo que se reducen esas concesiones por nuestra parte, para reconocer que no lo son sino en el nombre. Cuando ponemos a la Gran Bretaña sobre el pié de la nación mas favorecida, ¿qué le concedemos? Nada absolutamente, porque la política de nuestro gobierno es la igualdad; no hai en nuestros mercados, ni en nuestra administración de justicia, ni en la circulación de las propiedades entre nosotros, nación alguna extranjera que goce de peculiares favores; la Gran Bretaña, por consiguiente, colocada sobre el pié de la nación mas favorecida, no sale de la regla jeneral; es una nación extranjera, como las otras. Lo que el tratado le concede, es lo mismo que ya tiene, i lo mismo que todas tienen, sin ninguna excepcion.

Lo que hai de singular, es que, miéntras la república, por el tratado, no concede en realidad cosa alguna a la Gran Bretaña, porque nada le permite, que no permita o no esté dispuesta a permitir a todas las otras potencias extranjeras, la Gran Bretaña concede a Chile lo que, segun su política jeneral, no suele conceder a otros países: algunas de sus concesiones lo son verdaderamente, porque son excepciones a las reglas jenerales que ella observa con los otros estados. Chile, celebrando un tratado con ella, adquiere un derecho de que no gozan sino los estados que tienen tratados con ella, que es el de comerciar con sus colonias: derecho precioso para Chile, pues abre a su bandera los puertos de las posesiones británicas en el Pacífico, donde hai ya demanda para sus producciones naturales, i la habrá mayor cada dia. Ademas, la construccion chilena no será en virtud del tratado un requisito que se exija a las naves de propiedad chilena, i en este punto se aparta la Gran Bretaña de una de las reglas que ha mirado como mas esenciales en materia de navegacion extranjera, i de que no ha dispensado a muchas naciones que han ajustado pactos comerciales con ella. Así pues, hai algo de real por parte de la Gran Bretaña en los derechos que nos otorga el tratado; al paso que, por nuestra parte, no hai verdaderamente concesion alguna excepcional; esto es, que ponga a la Gran Bretaña sobre un pió mas ventajoso que a la última de las naciones extranjeras que frecuentan nuestros puertos, con tratado o sin él. Si en nuestro sistema económico sobrevienen alteraciones que afecten al comercio extranjero, no serán probablemente en el sentido restrictivo, sino en el de libertad i franqueza, i no puede, por consiguiente, embarazarlas el tratado. Pero, aun cuando fuesen de otro carácter, el tratado no confiere a la Gran Bretaña derecho alguno para eximirse de las restricciones a que se tuviese por conveniente sujetar su comercio, siempre que no envuelvan diferencias entre ella i las demas naciones amigas. Así, cuando un ilustrado miembro de la cámara de diputados dijo, informando sobre este tratado, que por él renunciarnos la facultad de alterar como nos convenga nuestras leyes económicas, no se expresó con su exactitud acostumbrada: el tratado nos deja en

pluta libertad para imponer a los  
 anjera todas las restricciones que  
 formes a nuestros intereses, ora  
 el tratado nos impone, i contra  
 da hacerse objecion sólida, es la  
 , la de no gravar a la Gran Bret  
 za, que no se haga comun a toda  
 s mas que la misma política que  
 s la administracion chilena.

hubo un tiempo en que nuestro  
 algo diferentes en favor de los r  
 nveniente que en sus pactos co  
 ncias se reservasen las repúbli  
 ltad de otorgarse unas a otras  
 en de fomento a su naciente in  
 resó así varias veces en sus disc  
 nidad a estas miras de liberal  
 ado con el Perú, que fué ratificad  
 validado por la administracion  
 servian estas disposiciones de C  
 querian corresponder a ellas las

gua Colombia se habia ligado a la Gran Bretana por un  
 ado perpetuo, que no le permitia conceder a ningun estado  
 ilejios excepcionales; i los tres estados de Venezuela, Nueva  
 nada i el Ecuador, herederos de esta obligacion, la han reco-  
 ido en sus pactos posteriores, i permanecen indefinidamen-  
 ujetos a ella. Buenos Aires se halla en el mismo caso desde  
 poca del reconocimiento de la independencía por la Gran  
 taña. Otro tanto ha sucedido a Méjico. Bolivia celebró con  
 rancia un tratado en que tampoco se reservó la facultad de  
 inguir a las repúblicas hermanas con estipulaciones espe-  
 es; i no hace mucho que trató en los mismos términos i por  
 ipo ilimitado con la Gran Bretaña. Esa misma base apa-  
 ó en el tratado de esta potencia con el jeneral Santa Cruz  
 o jefe de la Confederacion Peru-Boliviana; i aunque enten-  
 ios que el gobierno peruano ha pretendido rechazarlo como  
 brado por autoridad ilejítima, ignoramos todavía la solu-

cion de esta controversia. Pero supongamos hallase enteramente libre para arreglar sus asuntos como mejor le pareciese. El Perú ve a Chile con mezquinos i mal disimulados celos, dominado a casi todas sus administraciones. Si la situacion jeográfica de Valparaíso como Chile, i se ha creído que el interes nacional demandaba en anonadarla. A esto han propendido sus reglas. Podría esperarse que, cuando el Perú ha querido hasta la fabricacion de las harinas que se el consumo con el trigo chileno, mirase con otros productos a que le convida un suelo que de primeras materias hace muchas ventajas: todo esto concluimos que la excepcion a favor hispano-americanos no haria mas que embarcaciones de Chile con las naciones extranjeras, ninguno, ni para Chile ni para aquellos estados: sin temor de contradiccion que ninguno de América abraza sentimientos mas eminenter que el nuestro; i que, cuando él adoptó como normas comerciales la igualdad absoluta para las naciones extranjeras del antiguo i del nuevo hemisferio, de haber perdido toda esperanza de que su fuese imitada i correspondida.

No nos detenemos a considerar los efectos de una tarifa diferencial, cual sería necesaria para que pudiesen aprovecharse a los nuevos estados, porque los anteriores demuestran que Chile no haria nada al principio que por una larga época profesó a las nuevas repúblicas, i que pugna actualmente con las relaciones indisolubles contraídas por la mayor parte de ellas, i sobre todo por las que son las mas cordiales i estrechas con nosotros. No se ve fin a ese orden de cosas: Nueva Granada ha solicitado mas de una vez alterar alguno de sus artículos de su tratado con la Gran Bretaña, i no ha sido admitida. Finalmente, Chile no se impone por el pacto

rcos perpet  
r, variaser  
opa, nada  
una facult  
a pesar de

tículo que  
ros anterio  
ideas em.  
que nos d  
*El Siglo.*  
s que se l  
greso i fu  
iscusiones  
, i lo que e  
etamos, qu  
in las con  
tas i desav  
de un pac  
A esta cla  
a *El Sig*

ba nuestro artículo.

sin embargo, que hai cierto peligro en todo lo  
relaciones *de las débiles repúblicas ameri-*  
*aneros i ambiciosos estados europeos*, por-  
pretextos se concedan a las grandes potencias  
le sus fuerzas, tanto mas probables serán los  
no vemos que los tratados, cuando son lo  
mpliquen las relaciones internacionales; pues  
parece que las regularizan i simplifican. ¿Qué  
que la de tratar a todas las naciones por igual?  
istema las relaciones de un pueblo con los  
duce mas bien a un alto grado de uniformi-  
o hablamos ahora de las ventajas económicas



conceda a la Gran Bretaña cosa alguna que no estemos dispuestos a conceder a las otras. En primer lugar, no es exacto, como dice *El Siglo* desentendido de este punto, pues sobre él del artículo que defendemos. Además, si es política comercial ha sido i es la de igualdad abolutiva ha sido proclamada ya algunas veces por en uno de sus mas solemnes actos, ¿qué es, i concedemos a la Gran Bretaña estipulando el comercio con todo otro comercio extranjero; i la práctica de que sin el tratado careceria la niendo subsistentes las consideraciones de equidad i justicia en que se apoya esa política, como estén por algunos años, i probablemente por fijados a la duracion del tratado? Concedemos verdad; pero ¿concibe *El Siglo* que sea posible un pacto? ¿Qué son los pactos, entre particulares, sino concesiones mutuas de derechos? Si una nacion no ha de conceder derecho al otro no menoscabar su libertad, cáncélese del código la palabra *tratados*; dígaselo que las naciones no tratan entre sí cosa alguna; i que, en medio de intereses i negocios que tienen hoy los pueblos, los hacen tocarse por mas puntos i mezclarse mas íntimamente, no deben fijarse reglas de comun acuerdo para prevenir las disputas o dirimir las, sino dejarlo todo a las decisiones aventuradas de cada inteligencia, de cada interes, de cada pasión.

Concedemos derecho, no solo por los 5.º i 6.º, sino por todos los artículos del tratado. Cada uno de ellos envuelve la concesion de un derecho que otorgamos a la Inglaterra; el establecimiento de una obligacion que nos imponemos; el menoscabo de una libertad. Todo esto no es solo cierto, sino evidente; porque todo esto va envuelto en la palabra *tratado*. Decir que damos un derecho, o que renunciemos una libertad, es solo decir que contratamos; no se puede contratar de otro modo.



## TRATADO CON LA GRAN BRETAÑA

Lo que importa es saber el valor del derecho que cede y de la libertad que renunciemos; i para valuar un derecho preciso averiguar los efectos de la concesion o de la renuncia. Damos a la Inglaterra un derecho: ¿a qué? A que se haga lo que lo que hace, i lo que hacen todas las otras naciones, con tratado o sin él. Renunciamos una libertad: De hacer lo que juzgamos que no nos conviene. ¿Se reduce toda la cuestion se reduce a estos términos: ¿podrá conceder favores especiales en materia de comercio, durante diez años?

En jeneral, quedaria decidida la cuestion con el imponernos la obligacion de no conceder tales favores, significa exactamente lo mismo que la obligacion de vender los productos de nuestro suelo al precio mas alto, i los productos de las naciones extranjeras al precio mas bajo posible. De aquí es que los mas ilustrados i liberales han proscrito como injustas e impolíticas todas las concesiones excepcionales. ¿Tenemos un género cuya venta dependa de que una nacion extranjera le dispense o no de pagar una proteccion especial? Bueno seria que la tuviéramos, si no hubiéramos de compensarla con algo de mas. Mas, para obtenerla, será preciso que concedamos a cada uno de esa nacion extranjera, una proteccion especial en sus mercados; es decir, que compremos ese producto a un precio mas alto del que se fijaria por la competencia jeneral. i la conveniencia de los productores nacionales de ese género favorecido se aumentarían; pero el número i la fuerza de los consumidores nacionales del género extranjero disminuirían; es decir que pagaríamos la ventaja de los primeros con el perjuicio de los segundos; i que, en el resultado, no habríamos hecho mas que favorecer a un número limitado de ciudadanos a costa de las privaciones i disminucion de bienestar de un número mucho mayor.

Esto en tésis jeneral; no estamos dispuestos a aceptar esa i las demas doctrinas de economía política no cuando en cuando excepciones. Pero, si contra una doctrina que sigue un principio universalmente reconocido

circunstancias excepcionales, circunstancias en que se pretende que es necesario abandonar el principio, i adoptar una regla especial, es preciso que los adversarios demuestren la existencia de esas circunstancias i la conveniencia de la regla: lo contrario sería encerrarse en un círculo de abstracciones i vaguedades, con las cuales no es difícil probar cuanto se quiera.

Contrayéndonos al asunto presente: se alegan las circunstancias de las repúblicas americanas, i se quiere deducir de ellas la conveniencia que todas hallarian en reservarse la facultad de hacerse unas a otras, concesiones especiales en favor de su industria naciente, reprobándose, por tanto, la renuncia que en el tratado con la Gran Bretaña hace Chile de conceder favores especiales a potencia alguna, sin exceptuar a las repúblicas americanas. A este punto, que es el capital de la cuestion, hemos dado una atencion particular en nuestro número 751. Allí nos parece haberla resuelto, aun sin entrar en la averiguacion de lo que sobre esta materia aconsejaria una sana política; porque en realidad no hai caso. De las repúblicas americanas, el mayor número i las de mayor extension, poblacion i riqueza, casi todas, en una palabra, han manifestado sentimientos opuestos al sistema excepcional, o han contraído obligaciones incompatibles con él. Méjico está ligado a la Gran Bretaña con un tratado eterno que no le permite conceder a nacion alguna favores especiales que no se extiendan por el mismo hecho a la Gran Bretaña. Venezuela, Nueva Granada i el Ecuador están ligados con tratados eternos de la misma especie respecto de la misma nacion. Lo mismo está Bolivia; lo mismo, Buenos Aires. Centro América, en su tratado con los Estados Unidos, reconoce el mismo principio de igualdad absoluta. Otro tanto puede decirse de los otros tratados de nuestras repúblicas con la Federacion Americana, excepto el de Chile, primero i único ejemplo de la excepcion recomendada por algunos miembros de la cámara de diputados i por la prensa periódica. ¿Con cuál, pues, de los nuevos estados, podria Chile estipular privilegios diferenciales si conservase la libertad de concederlos? ¿Con el Perú, cuya política comercial ha estado constantemente marcada por una



erra nos hace en el tratado. Hemos hablado de concesiones reales. Hemos dicho que la construccion chilena dejará de ser, en virtud del tratado, un requisito que se exija a las naves de propiedad chilena. ¿Hai algo de hiperbólico en esto? ¿I no es verdad que en esto se aparta la Gran Bretaña de una de sus reglas jenerales en materia de navegacion extranjera? Contra esta asercion, no hai mas que el argumento favorito de *El Siglo*:—¿se nos concede algo? Luego se nos concede a un precio sumamente oneroso para nosotros; luego la renuncia de la facultad de otorgar favores excepcionales es ese precio;—argumento cuya fuerza podrán ya apreciar suficientemente nuestros lectores despreocupados.

Hemos dicho tambien que Chile, celebrando un tratado con a Gran Bretaña, adquiere un derecho de que no gozan sino los estados que tienen tratados con ella: que es el de comerciar con sus colonias. A lo cual contesta *El Siglo*: que jamas nuestros nacionales han necesitado de las concesiones de un tratado para comerciar con las posesiones inglesas de la Nueva Holanda. En esto, se equivoca notablemente *El Siglo*. Los buques chilenos no han sido admitidos recientemente ni en los puertos de la Nueva Holanda, ni en los de la Gran Bretaña, sino por gracia especial del gobierno británico, que la ha concedido anticipando las estipulaciones del tratado, i en consideracion a estarse éste negociando. Así lo ha expresado en comunicaciones oficiales que se han hecho por su ministerio de negocios extranjeros a nuestro gobierno. La otra razon que alega *El Siglo* para que se tenga por nominal e ilusoria la concesion de que hablamos, es que nuestro comercio con esas colonias es una ventaja mas para la Inglaterra, que no puede bastecer, como nosotros, de jéneros alimenticios i de otros se-ñalados productos aquellos establecimientos: razon que no lo es, i que solo ha podido alegarse por inadvertencia. Necesite en hora buena la Nueva Holanda de productos chilenos; no por eso será necesario que su transporte se haga en buques chilenos, que es lo que se concede por el tratado. ¿No pudieran esos productos extraerse de nuestros puertos; e introducirse en los de las posesiones de la Gran Bretaña, en embarcaciones

británicas? Las concesiones del tratado tienen, pues, un valor real para nosotros en cuanto importan: 1.º que pueda hacerse ese transporte en buques chilenos; i 2.º, que, ni en este comercio, ni en otro, se exija a nuestros buques el requisito de construcción chilena. Dígase ahora si no valen algo mas estas concesiones que la renuncia de un derecho de que, segun todas las probabilidades, no nos sería posible hacer uso alguno a favor de las repúblicas americanas en el tiempo estipulado para la duracion del tratado, aun cuando éste no tuviese existencia.

### III

Ningun conjunto de pueblos independientes que ha salido de la mas ruda barbarie, ha podido existir sin tratados: los hubo en todos tiempos; Roma dominadora hizo pactos con las naciones que no se habian sometido a sus armas; i no sabemos en qué sentido ha podido decirse que hoi se trata porque no hai un estandarte exclusivo, como el catolicismo de la edad media. Bajo el catolicismo de la edad media, se contaron por centenares i millares las pactos. Ni podia ser de otro modo, La autoridad civil se habia dividido i subdivido en innumerables fragmentos, a cada uno de los cuales cupo en suerte una fraccion de la soberanía. I aunque se apelaba en todo jénero de controversias a la decision de la espada, no por eso dejó de sentirse la necesidad de convenios, de reglas fijadas de comun acuerdo; reglas amenudo violadas, i sin embargo, invocadas amenudo, i restablecidas bajo nuevas sanciones. Pero, ¿no es fatigar ya la paciencia de nuestros lectores, insistir en una verdad tan sabida? ¿Es mas posible a las naciones que a los individuos rozarse, tener negocios en que sus pasiones o sus intereses se tocan i se cruzan, i no tener pactos?

Debemos, se ha dicho con razon, debemos a todas las naciones del mundo, i mas que a ellas a nosotros mismos, a nuestra prosperidad i engrandecimiento, otorgarles las garantías que necesiten, i todos los favores posibles, para que se derramen sin recelo, i con ellas su comercio i su industria,

por nuestras comarcas desiertas. Pero, cuando se añade que estos mismos intereses exigen que nos reservemos la facultad de concesiones inocentes, nos parece que, jeneralmente hablando, se sienta una regla que está en contradiccion con el principio anterior. Para dar a todas ellas todas las garantías, para hacerles todo el favor posible, está demostrado que el mejor de los medios es una completa igualdad; poner trabas o estímulos artificiales a cualquier comercio o cualquiera industria extranjera, sería embarazar ese derrame del comercio i la industria de las viejas naciones sobre las nuevas, que de ningun otro modo puede desenvolverse con tanta fecundidad i energía, como dejado al curso natural de las cosas. Si alguna modificacion admitiese este principio, sería solo en favor de los nuevos estados americanos, pero ya hemos dicho i probado suficientemente que con respecto a ellos no hai caso.

Las cláusulas sin limitacion (dice *El Progreso*) nos limitan a nosotros para ver nuestros puertos abastecidos de mercaderías, i nuestros hombres instruidos i estimulados por una concurrencia numerosa. Si se alude a la cláusula de la igualdad jeneral de las naciones extranjeras en nuestros puertos, es evidente que toda limitacion, toda excepcion puesta en ella, disminuirá la concurrencia de los varios comercios i las varias industrias: el comercio i la industria favorecidos por una concesion especial, se harán pagar caro; i en razon de esta alza de precio, será menor el consumo de las otras especies i el de las mismas especies privilegiadas. Estas no son ya teorías, sino hechos; i donde se ven mas irresistiblemente confirmados, es en esa misma Europa, cuya experiencia se nos alega. ¿No dice *El Progreso* que el comercio no quiere para desenvolverse i jerminal asombrosamente, sino paz i seguridades para la vida i las fortunas? Luego no quiere excepciones; no quiere fomentos artificiales. Esas que *El Progreso* llama cláusulas innecesarias, i de que en el tratado con la Gran Bretaña no hai mas que una sola, que es la que la coloca sin limitacion alguna sobre el pié de la nacion mas favorecida, son cabalmente las garantías que el comercio extranjero reclama. Derramando sus mercaderías i sus capitales sobre nuestro suelo, creándose

en él intereses permanentes, le importa n  
cesion especial no venga inesperadament  
reserva solo de esas concesiones sería p  
recelo i de alarma. Lo mas extraño es  
esas cláusulas no tienen ejemplo, i que  
envuelven una degradacion política. ¿De  
comprometerse (no para siempre, sino p  
de años) a tratar a una nacion sobre el pié  
¿Degradacion política es tratar a todos ex  
i no conceder a uno sino lo que estamos di  
los demas? Degradacion política sería n  
cesiones especiales; porque es difícil qu  
no nos hiciese tributarios de una nacion,  
tranjera.

¿I son tan sin ejemplo esas cláusulas j  
Progreso que, solo en los pactos de las i  
con las viejas naciones, se conceden mutua  
el derecho de ser tratados como la nacio  
limitacion, ni reserva de ninguna clase  
ejemplos que pudieran citarse de estipu  
cie en los tiempos modernos, en el siglo  
cuenta en los tratados de comercio la esti  
degradante en el de Chile, sino que tam  
en ellos otra estipulacion, aun mas costos  
nalidad, la estipulacion en que se conc  
sin reserva a favor de nadie, el derecho  
los nacionales mismos. Citaremos algun  
otra especie, i ojalá que se nos imite, in  
chos, i no con especulaciones aéreas.

Tratado de comercio de 1808 entre l  
artículo 15: «Ningun privilejio de impo  
tránsito, se mantendrá ni concederá en t  
a beneficio de un estado extranjero, sin l  
reino, para la misma cantidad de mer  
ciones.»

Tratado de 1816 entre la Suecia i los Es  
rica, artículo 2: «No se impondrán otros

1997, 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025, 2026, 2027, 2028, 2029, 2030, 2031, 2032, 2033, 2034, 2035, 2036, 2037, 2038, 2039, 2040, 2041, 2042, 2043, 2044, 2045, 2046, 2047, 2048, 2049, 2050, 2051, 2052, 2053, 2054, 2055, 2056, 2057, 2058, 2059, 2060, 2061, 2062, 2063, 2064, 2065, 2066, 2067, 2068, 2069, 2070, 2071, 2072, 2073, 2074, 2075, 2076, 2077, 2078, 2079, 2080, 2081, 2082, 2083, 2084, 2085, 2086, 2087, 2088, 2089, 2090, 2091, 2092, 2093, 2094, 2095, 2096, 2097, 2098, 2099, 2100, 2101, 2102, 2103, 2104, 2105, 2106, 2107, 2108, 2109, 2110, 2111, 2112, 2113, 2114, 2115, 2116, 2117, 2118, 2119, 2120, 2121, 2122, 2123, 2124, 2125, 2126, 2127, 2128, 2129, 2130, 2131, 2132, 2133, 2134, 2135, 2136, 2137, 2138, 2139, 2140, 2141, 2142, 2143, 2144, 2145, 2146, 2147, 2148, 2149, 2150, 2151, 2152, 2153, 2154, 2155, 2156, 2157, 2158, 2159, 2160, 2161, 2162, 2163, 2164, 2165, 2166, 2167, 2168, 2169, 2170, 2171, 2172, 2173, 2174, 2175, 2176, 2177, 2178, 2179, 2180, 2181, 2182, 2183, 2184, 2185, 2186, 2187, 2188, 2189, 2190, 2191, 2192, 2193, 2194, 2195, 2196, 2197, 2198, 2199, 2200, 2201, 2202, 2203, 2204, 2205, 2206, 2207, 2208, 2209, 2210, 2211, 2212, 2213, 2214, 2215, 2216, 2217, 2218, 2219, 2220, 2221, 2222, 2223, 2224, 2225, 2226, 2227, 2228, 2229, 2230, 2231, 2232, 2233, 2234, 2235, 2236, 2237, 2238, 2239, 2240, 2241, 2242, 2243, 2244, 2245, 2246, 2247, 2248, 2249, 2250, 2251, 2252, 2253, 2254, 2255, 2256, 2257, 2258, 2259, 2260, 2261, 2262, 2263, 2264, 2265, 2266, 2267, 2268, 2269, 2270, 2271, 2272, 2273, 2274, 2275, 2276, 2277, 2278, 2279, 2280, 2281, 2282, 2283, 2284, 2285, 2286, 2287, 2288, 2289, 2290, 2291, 2292, 2293, 2294, 2295, 2296, 2297, 2298, 2299, 2300, 2301, 2302, 2303, 2304, 2305, 2306, 2307, 2308, 2309, 2310, 2311, 2312, 2313, 2314, 2315, 2316, 2317, 2318, 2319, 2320, 2321, 2322, 2323, 2324, 2325, 2326, 2327, 2328, 2329, 2330, 2331, 2332, 2333, 2334, 2335, 2336, 2337, 2338, 2339, 2340, 2341, 2342, 2343, 2344, 2345, 2346, 2347, 2348, 2349, 2350, 2351, 2352, 2353, 2354, 2355, 2356, 2357, 2358, 2359, 2360, 2361, 2362, 2363, 2364, 2365, 2366, 2367, 2368, 2369, 2370, 2371, 2372, 2373, 2374, 2375, 2376, 2377, 2378, 2379, 2380, 2381, 2382, 2383, 2384, 2385, 2386, 2387, 2388, 2389, 2390, 2391, 2392, 2393, 2394, 2395, 2396, 2397, 2398, 2399, 2400, 2401, 2402, 2403, 2404, 2405, 2406, 2407, 2408, 2409, 2410, 2411, 2412, 2413, 2414, 2415, 2416, 2417, 2418, 2419, 2420, 2421, 2422, 2423, 2424, 2425, 2426, 2427, 2428, 2429, 2430, 2431, 2432, 2433, 2434, 2435, 2436, 2437, 2438, 2439, 2440, 2441, 2442, 2443, 2444, 2445, 2446, 2447, 2448, 2449, 2450, 2451, 2452, 2453, 2454, 2455, 2456, 2457, 2458, 2459, 2460, 2461, 2462, 2463, 2464, 2465, 2466, 2467, 2468, 2469, 2470, 2471, 2472, 2473, 2474, 2475, 2476, 2477, 2478, 2479, 2480, 2481, 2482, 2483, 2484, 2485, 2486, 2487, 2488, 2489, 2490, 2491, 2492, 2493, 2494, 2495, 2496, 2497, 2498, 2499, 2500, 2501, 2502, 2503, 2504, 2505, 2506, 2507, 2508, 2509, 2510, 2511, 2512, 2513, 2514, 2515, 2516, 2517, 2518, 2519, 2520, 2521, 2522, 2523, 2524, 2525, 2526, 2527, 2528, 2529, 2530, 2531, 2532, 2533, 2534, 2535, 2536, 2537, 2538, 2539, 2540, 2541, 2542, 2543, 2544, 2545, 2546, 2547, 2548, 2549, 2550, 2551, 2552, 2553, 2554, 2555, 2556, 2557, 2558, 2559, 2560, 2561, 2562, 2563, 2564, 2565, 2566, 2567, 2568, 2569, 2570, 2571, 2572, 2573, 2574, 2575, 2576, 2577, 2578, 2579, 2580, 2581, 2582, 2583, 2584, 2585, 2586, 2587, 2588, 2589, 2590, 2591, 2592, 2593, 2594, 2595, 2596, 2597, 2598, 2599, 2600, 2601, 2602, 2603, 2604, 2605, 2606, 2607, 2608, 2609, 2610, 2611, 2612, 2613, 2614, 2615, 2616, 2617, 2618, 2619, 2620, 2621, 2622, 2623, 2624, 2625, 2626, 2627, 2628, 2629, 2630, 2631, 2632, 2633, 2634, 2635, 2636, 2637, 2638, 2639, 2640, 2641, 2642, 2643, 2644, 2645, 2646, 2647, 2648, 2649, 2650, 2651, 2652, 2653, 2654, 2655, 2656, 2657, 2658, 2659, 2660, 2661, 2662, 2663, 2664, 2665, 2666, 2667, 2668, 2669, 2670, 2671, 2672, 2673, 2674, 2675, 2676, 2677, 2678, 26

6 entre la Gran Bretaña i las dos Sicilias, ar-  
restad Siciliana promete que el comercio ingles  
ibditos ingleses que lo ejerzan serán tratados  
dos sobre el pié de la nacion mas favorecida,  
ento a sus personas i propiedades, mas tam-



#### TRATADO CON LA GRAN BRETAÑA

bien con respecto a toda clase de artículos en que los ingleses comercien, i a los impuestos que se paguen sobre dichos artículos o sobre los buques en que se importe

«Ni bajo pretexto alguno, serán obligados a pagar pucstos que los que se pagan o pagaren por los subd naciones mas favorecidas.»

Tratado de 1815 entre los Estados Unidos i la Gran Bretaña, artículo 2.º: «No se pagarán otros o mas altos derechos de importacion a los Estados Unidos de América que los que se pagan sobre la importacion de cualquiera articulo de la cosecha, produccion o manufactura de los territorios de Su Majestad Británica en Europa, i no se pondrán otros o mas altos derechos sobre la importacion de los territorios de Su Majestad Británica en Europa, de cualquiera articulo de la cosecha, produccion o manufactura de los Estados Unidos, que los que se paguen sobre iguales articulos de la cosecha, produccion o manufactura de cualquier extranjero; ni se pagarán en cualquiera de los dos países sobre la exportacion de cualesquiera artículos para los Estados Unidos, o para los territorios de Su Majestad Británica en Europa, respectivamente, otros o mas altos derechos que los que se adeudan por la exportacion de iguales articulos para cualquier otro país extranjero; ni sobre la importacion o exportacion de cualesquiera articulos de la cosecha, produccion o manufactura de los Estados Unidos, o de los territorios de Su Majestad Británica en Europa, a dichos territorios o de ellos, se impondrá prohibicion alguna que no sea igualmente a todas las otras naciones.»

Los párrafos que siguen igualan a la navegacion libre de cada uno de los dos países en los puertos del otro la importacion de efectos nativos, o exportacion de efectos del otro

Tratado de 1828 entre la Prusia i los Estados Unidos, artículo 2.º: «Se conceden las ventajas de la mas favorecida relativamente a mercaderías. Artículos que igualan las dos banderas en los puertos de cada una de las potencias contratantes, de manera que en Prusia se concedan los mismos derechos sobre cualesquiera mercaderías, la importacion o exportacion se haga en buques americanos o prusianos.»





...  
ades  
o d  
celo.  
a, i  
así  
vece  
io q  
isten  
te la  
rán  
la  
con  
asi  
a ex  
todo  
ene  
liber  
stric  
que  
ue  
est  
io d

e que ha tenido la administracion actual en la que se dió al tratado. Se ha supuesto que ella ha algunas estipulaciones que habian sido rechazado-  
rodecesores; i es al contrario. El proyecto ofreció  
cíprio tres dificultades graves; i eso es lo que ha  
to su conclusion. Sobre estas tres cuestiones, la  
gobierno fué siempre uniforme, i con arreglo a  
*rtido del espíritu de nacionalidad*, se han re-  
ado los articulos respectivos. Pero, si bajo estos  
ocurrido variacion alguna, acerca de otros puntos  
importancia secundaria) las ha habido, i todas cons-  
*el mismo espíritu*. Esta es una prueba, entre  
a facilidad con que se forjan las mas quiméricas

n una observacion importante, que sometemos a







cónsules chilenos, i por cons enviados diplomáticos, que est una misma frase. Este argum tos falsos. Primeramente, los c ra que sean las funciones que mente al imperio de las leyes c domiciliarse i aun naturalizars leno se alistase bajo las bander no habria, segun el principio e ni en Chile, ni fuera de Chile, juzgarle: la consecuencia es consiguiente, está sujeto a exa trias van con el ciudadano a d pasos, i le siguen, como su so cro, es una máxima de derech cida; i de ella se sigue noce jurisdiccion de los tribunales i toda lei supone la existencia d castigue a los infractores, sin no sería lei. Cuántas i cuáles s punto en que cabe duda; per ble.

En segundo lugar, los que a do su consideracion al fuero p En materia civil, nadie ignora c como actores o reos por medio aun hai casos en que se proce han constituido persona que los un enviado o cónsul chileno dec de letras, alegando el artículo de parece claro que debiese recha especial de nuestros ajentes dipl dria, a nuestro modo de ver, n que lo recomendase; pero no tra ner la lei, sino de lo que efectiv

Nuestra opinion es que los aut no pensaron en los enviados o



artículo 96; pero no vemos que el texto en su sentido literal los excluya.

Los que opinan que este texto no habla de los agentes extranjeros, sientan, como sus adversarios, que, estando asociados en una misma frase los cónsules i los enviados diplomáticos, es preciso que la lei comprenda a las dos clases o a ninguna; pero de esta premisa deducen una consecuencia diametralmente opuesta. La lei, dicen, no puede hablar de los enviados extranjeros por la exterritorialidad de que gozan. Luego tampoco de los cónsules.

Este raciocinio procede tambien sobre supuestos falsos. Primeramente, la exterritorialidad diplomática tiene sus excepciones reconocidas por el derecho de jentes; i era prudente cometer a una autoridad especial, causas tan graves como las que pueden desaforar al representante de un soberano extranjero, i sujetarle a ser juzgado por los tribunales del país que lo ha recibido i reconocido en este carácter; nada mas cuerdo que el conferir tan extraordinaria i espinosa jurisdiccion a la mas elevada judicatura nacional. En segundo lugar, la lei no distingue de fuero activo o pasivo, i suponiendo que no hubiese contemplado el caso (que puede hoi dia reputarse moralmente imposible) de suspenderse las inmunidades de un ministro extranjero, quedaban todavía muchos otros en que sin menoscabo de esas inmunidades pudiese comparecer un enviado como actor o querellante, o lo que es lo mismo, pudiese comparecer por él el ministerio público, órgano del gobierno i de la nacion, a quienes incumbe la defensa i tutela de estos empleados i de su familia, cuando son injuriados. La importancia de estas causas es grande por los compromisos en que pueden poner al gobierno con las potencias extranjeras. ¿Puede alegarse una consideracion de igual peso por los que niegan el fuero privilegiado a los funcionarios extranjeros, i se lo conceden a los nuestros? Lo tercero, es de creer que en esta parte la constitucion de 1828 no hizo mas que extender a los cónsules el artículo 146, inciso 3.º, de la de 1823, que indudablemente se contrae a los agentes diplomáticos de las naciones extranjeras en Chile; este artículo es, como el 96 de la lei constitucional









teras la circular de 21 de mayo de 1823, importante documento de aquella época, en el que, despues de manifestar las maquinaciones de la Francia contra el sistema constitucional de España, protesta contra el derecho de intervencion que se habian arrogado las grandes potencias.

En octubre de 1823, se embarcó para Jibraltar, de donde se trasladó poco despues al Perú. Llegó al Callao en junio de 1824; i con el permiso del jeneral Rodil, pudo entrar en Lima. Destruida la dominacion española en el Perú, el libertador Simon Bolívar, que le había conocido en Roma, le nombró ministro de hacienda de la república, i seguidamente ministro plenipotenciario en el congreso de Panamá. En 1827, una revolucion lo hizo volver a la vida privada. Empezó entónces la carrera de periodista, i publicó *El Mercurio Peruano*. Elevado al ministerio de estado en tiempo del jeneral Gamarra, desempeñó aquel destino hasta 1833. Pasó de este puesto a la



conservacion del manuscrito, que Pando creyó conveniente, porque no tenia mas que aquel solo ejemplar quebrantado no le hubiera permitido de otra manera la composicion de una obra tan extensa. El libro se notan en ella algunas pequeñas lagunas que el viento arrebataria algunas hojas del original, asegura haberlo dado a la imprenta cual lo encapalea el autor al tiempo de su fallecimiento, con la mas mínima alteracion en el texto.

Es *Elementos de Derecho Internacional* de Pando con los *Principios de Derecho* de Pando en esta ciudad de Santiago el año de 1832, para dar a la publicacion española el título de una obra chilena, aunque con interesantes instructivas notas. Don José María de Pando no se contenta en copiarla casi toda al pié de la letra, o con modificaciones verbales, que muchas veces consisten en un epíteto apasionado o en trasponer las palabras que hace al autor de los *Principios* el autor, i de cuando en cuando en términos complaciéndose en confesar que le debe las modificaciones. Pero el mejor elogio que ha podido merecer es el fiel traslado de sus ideas i frases, aun de darle lugar entre sus numerosas referencias que sea, el autor de los *Principios* tiene el mérito de sentirse quejoso que agradecido. Pando les da alas de filosofía i erudicion que no les vienen al partido de su vasta i variada lectura, en que lo igual entre cuantos escritores contemporáneos de la lengua castellana, derrama curiosas i interesantes sobre la historia i la bibliografía del derecho ciencias filosóficas desenvueltas en la *Introducción* crecido demasiado impregnadas en la metafísica que Pando tuvo en sus últimos años una prelación; pero es justo decir que se hace en ella una enseñanza de las varias teorías morales; i el autor, que las resume i formula, las juzga. Aun

















conferencia, con el ministro de estado es Javier Istúriz. En ella, valido del carácter poco tiempo ántes en aquella corte, man la sorpresa con que habia oído el proyeo Flóres, i los resultados funestos que en dejar de producir en las recientes relaciones mercio entre la España i los nuevos est coronel Sesé desenvolvió extensamente es deracion, pintando la odiosidad que el ate rrearia por precision al gobierno que pa justo resentimiento de unos pueblos celos cia, i que miraban con horror toda aparie extranjera. El ministro contestó que se e que el gobierno nada mas habia hecho q a los oficiales que las solicitaban, con el el erario; i que, respecto de los soldados, permitirseles que se retirasen a sus ho meses que les restaban para llenar su em gaba el tiempo de licenciarlos definitivame ticipaba acaso de una ilusion harto poderosa en los emigrados políticos, imaginándose tener en el Ecuador un gran partido que le aguardaba con los brazos abiertos; que esta ilusion se des- vanecia casi siempre al tocar la realidad; i que no extrañaria cupiese la misma suerte al ex-presidente del Ecuador. Que el gabinete de su majestad católica no tenia mas que un conoci- miento indirecto de la materia; que no podian, por consiguien- te, atribuirsele miras hostiles contra las repúblicas americanas; i que no estaba en las facultades del gobierno español, segun su actual sistema político, impedir que dispusieran de sus per- sonas los que quisiesen acompañar a Flóres.

A esto se redujo lo sustancial de la conferencia. La prensa de todos colores habia guardado un profundo silencio, hasta el 7 de agosto, en que salió a luz en *El Clamor Público* el artículo que hemos insertado. Los rumores tomaban cada dia mas cuerpo. Se decia que la expedicion se haria a la vela en uno de los puertos del Mar Cantábrico o de las costas de Inglaterra; i se daba por seguro que se dirigiria por el estrecho de Maga-





tados que no se respetan ni se temen, i cuya amistad se desprecia. Pero el gabinete español se engaña si cree que las ventajas que pudiera reportar del triunfo de Flóres compensen los perjuicios que una conducta tan odiosa i tan insultante no puede dejar de concitarle en los demas estados americanos.

Hemos hablado en la suposicion probable de que los preparativos de Flóres se reduzcan a una magnitud que esté en proporcion con sus recursos personales. Si ellos fuesen tales como en esta comunicacion aparecen; si contaba en efecto con cuatro o cinco vapores armados en guerra i con quinientos irlandeses, sería preciso creer que un poder misterioso, muy superior al de Flóres, es el que suministra estas fuerzas; i que no es, por consiguiente, la restauracion de Flóres el único ni el principal objeto de la expedicion. Pensar que se trate de incorporar otra vez la antigua Colombia en un solo estado, para establecer en él una monarquía, nos parece absolutamente improbable. La expedicion de que se habla, suficiente talvez para hacer impresion en el Ecuador, auxiliada por los parciales de Flóres, sería ridiculamente inadecuada para imponer a Nueva Granada i Venezuela. Las fuerzas todas del gobierno español, dirigidas por jefes hábiles, fueron impotentes para salvar allí la monarquía, cuando los derechos de la corona de España conservaban cierto prestigio, i tenian a su favor las preocupaciones, las afecciones, los intereses de una parte numerosa de los habitantes. I ahora que todo ha cambiado, ahora que las instituciones republicanas han echado en aquel suelo hondas raíces, ¿habrá nadie tan insensato que espere plantear allí una monarquía con cuatro buques de vapor i dos o tres mil hombres de tropa, o con fuerzas diez veces mayores que estas? No hai para qué anticipar especulaciones con los escasos antecedentes que todavía tenemos. Pero, lo repetimos, si no hai exajeracion en las noticias (como nos parece probable) es necesario creer que no es el Ecuador la sola república del Pacífico amenazarla, i que la empresa tiene apoyos mas poderosos que los que puede prestarle la España.

Como quiera que sea, debemos estar prevenidos para todo acontecimiento. El gobierno de Chile, aun creyendo que los



pasaba de cincuenta el número de los oficiales, i el de los soldados montaba a poco mas de doscientos. Debía continuar el reclutamiento en aquella provincia, pero solo entre el paisanaje; i tambien parece que se habian mandado fundir en Vizcaya algunas piezas de artillería para formar una batería de pequeño calibre. Decíase en la misma fecha que el total de la expedición sería de dos a tres mil hombres, la mayor parte españoles e irlandeses; que sería conducida en buques de vapor con dos fragatas de guerra, todos ingleses; que saldría de Santander i se dirijiría por el estrecho de Magallanes; que se calculaba su llegada al Ecuador en todo el próximo enero; i que llevaría el pabellon ecuatoriano. Los ajentes tienen dinero en abundancia, que se asegura sale de Inglaterra; i aunque sobre este punto guardan mucho secreto los jefes de los expedicionarios, se puede creer con toda certidumbre que en España ni el gobierno ni los particulares han dado un real; pero debemos exceptuar de este aserto a la reina madre, a quien mencionaremos despues. El principal ajente que promueve los aprestos en Inglaterra es un coronel Wright, edecan del jeneral Flóres.

Entre las personas de alta categoria de Madrid, se creia que la expedición no llevaba otro fin que restablecer el órden en el Ecuador, despedazado por la anarquía, i evitar que su territorio se dividiese entre las dos repúblicas vecinas; i que Flóres era llamado por todas las jentes de valía, i hasta (segun algunos) por el mismo gobierno ecuatoriano. Sin embargo, no faltaba fundamento para creer que, si no al ministerio español, en rejiones mas altas, se habian hecho proposiciones mas o ménos explícitas, mas o ménos realizables; pero concebidas en términos gratos a la reina madre. Sea de esto lo que fuere, la opinion pública no era favorable al atentado de Flores. La mayor parte de los periódicos inculpaba la conducta del gobierno: uno de ellos indicaba que el cuerpo de ejército se compondría de cuatro batallones i un escuadron de caballería españoles, debiéndose agregar a este número los reclutas que el coronel Wright hiciese en Irlanda; pero es mui de notar el lenguaje de otro, *El Militar Español*, que niega positivamente haberse concedido por el gobierno permiso alguno a los

#### EXPEDICION DEL JENERAL FLÓRES

oficiales enganchados, i concluye suplicando a los ot  
ristas que guarden silencio i dejen salir la expedicion.

Otros rumores señalaban a la república mejicana  
verdadero destino. Hacíase mérito de proposiciones h  
jeneral mejicano Canalizo durante su permanencia er  
para ponerse a la cabeza de una expedicion sobre M  
la intimidad entre Canalizo i Flóres, que habian vivido  
misma casa; i de las distinguidas atenciones que un  
habian recibido de las dos reinas. Juntábanse a esto la  
nicaciones del señor Gutiérrez Estrada, ex-ministro  
ciones exteriores de Méjico, i mui conocido por sus ante  
monárquicos, con Flóres en Roma, con lord Palmerston  
Inglaterra i con M. Guizot en Paris, a quien se dice q  
ver al dia siguiente de su llegada de Lóndres. A estos  
dentes, sobre cuya realidad i mérito no podemos conta  
guridad, se agregaban otras particularidades. El señ  
hermano del duque de Rianzáres, marido de la reina  
habia sido nombrado ministro de España cerca del  
venezolano, i se dirigió a Méjico, donde se hallaba a  
del último paquete de Veracruz. Un coronel español,  
li (segun parece escrito su nombre) habia desembarca  
último paquete, i perdido una caja de papeles, por c  
titucion habia ofrecido hasta veinte i cinco onzas de  
contrada algun tiempo despues esta caja, echó m  
parto de los documentos que contenia, los cuales se  
que llegaron a manos del gobierno, i ocasionaron e  
del coronel; pero sin que se tomasen providencias co  
rios personajes de la república, comprometidos por  
papeles. Se hablaba de un proyecto de monarquía en  
destinaba el trono de Méjico al hijo mayor del duque  
záres; i de un gran movimiento de letras entre la Esp  
banqueros de la reina Cristina en Lóndres, hasta la  
mas de trescientos mil pesos en una sola semana.  
hai de positivo es que M. Guizot ha declarado que el  
frances no tiene participacion en el plan, ni mas cono  
de él que el que suministran los artículos de la pron  
dica; declaracion a que no vacilamos en dar mas cré

a las deducciones conjeturales arriba expuestas, fundadas en datos cuya autenticidad es harto equívoca.

Coincidió todo esto con la llegada del jeneral Santa Cruz a Burdeos, i con los estudiados elojios de este personaje en *El Heraldo* español. Desde el momento de su aparicion en Europa, no han faltado hombres de bastante criterio que le creen en íntima conexion con Flóres i personalmente interesado en las operaciones de éste. Segun noticias positivas de Burdeos del 11 de setiembre, el jeneral Santa Cruz se habia dirigido a Madrid dejando en aquella ciudad su familia; i acababa de pasar por allí don José Joaquin de Mora con direccion a Londres. Para entónces se hacian subir los alistados en España a dos mil hombres de tropa, cuyo enganchamiento se habia hecho, si no con la autorizacion explícita, al ménos con la conivencia del gobierno español. Flóres habia situado su cuartel jeneral en Durango; i allí se disciplinaban a vista de las autoridades españolas los nuevos reclutas. Se calculaba en otros dos mil hombres el número de los enganchados en Irlanda; oficiales ingleses habian tambien tomado parte; i hasta la fecha de 15 de setiembre en Paris, continuaba asegurándose que la expedicion se dirijiria por el estrecho de Magallanes a Guayaquil.

De estos antecedentes puede inferirse que la expedicion es realmente de alguna mayor magnitud de lo que al principio nos habia parecido, aunque no se podria culpar de un nimio escepticismo al que todavia pensase que se abultan sus dimensiones. Que Flóres tenia a su disposicion cuantiosos fondos, es incuestionable; i nadie creerá que ellos hubiesen podido salir del erario español, cuyos recursos no bastan para cubrir las atenciones ordinarias, i cuyo manejo se halla, por otra parte, bajo el ojo vijilante de las cortes. Algunos señalaban como la fuente principal de donde saldrian los costos de la expedicion, las opulentas arcas de cierta augusta persona, altamente interesada en la exaltacion de un hijo suyo a un trono hispano-americano. A nosotros nos parece mucho mas probable que el corifeo de esa descabellada empresa es el jeneral Santa Cruz, estrechamente unido con Flóres desde largo tiempo



una oposicion respetable en la Península mis-  
rio que la expedicion no ha sido mirada con  
es entre cierto partido de militares i de guer-  
brados a los desórdenes i las granjerías de la

Ni deben limitarse a esto solo nuestras me-  
Es necesario preparar un ejército bastante nu-  
por los contingentes de las antedichas repúbl-  
en el paraje o parajes que, segun las noticias  
parezcan mas a propósito para rechazar la i-  
sario que solicitemos los buenos oficios de las  
i América, que tienen mas interes en nuestra  
consiguiente en la consolidacion del orden i  
civilizacion en estos países. Es necesario so-  
del gobierno de S. M. B. a los armamentos de  
Reino Unido, i reclamar de su parte un acto  
los fautores e instigadores de tan escandalos-  
todo ello importa que las comunicaciones entre  
sean activas, francas i cordiales; que todas ellas  
fin; que todas hablen i obren animadas de un  
que se mire en todas ellas la inviolabilidad  
chos nacionales como el primero de todos los  
seria talvez el momento mas oportuno para la reunion de la  
asamblea jeneral americana en Lima; asunto de tan prolonga-  
das, i hasta ahora tan estériles negociaciones. Pero como su  
convocacion i reunion no podrian verificarse con la prontitud  
conveniente, debemos por ahora valernos del único medio que  
está a nuestro alcance, que es el de la correspondencia diplo-  
mática ordinaria.

### III

Las noticias venidas de Europa por el último vapor dejan  
columbrar con alguna mas claridad el destino de la expedi-  
cion del jeneral Flóres. El Ecuador es indudablemente el pun-  
to ostensible de ataque; i la infraccion del pacto ajustado en-  
tre aquel jefe i el partido que le derrocó i a que pertenece la  
presente administracion ecuatoriana, es el motivo que, como



él mismo escribe, le ha impulsado a hacer armas para el cumplimiento de las garantías que aquel pacto asegura los pueblos, i a los militares i empleados que le fueron tos. Tal es la que podemos llamar declaracion oficial de dillo expedicionario; i no tanto por ella, como por el contenido de todas las noticias, se debe sentar como fuera de duda el blanco de sus miras es alguna o algunas de las repúblicas del Pacífico.

Otro punto que, si carece de certidumbre auténtica, se confirma mas i mas en la opinion, i puede mirarse como seguro, es el intorez de la reina Cristina en la expedicion que se dice haber contribuido con fondos considerables. este augusto personaje, que pasa por uno de los primeros capitalistas de Europa, no es de aquéllos que estarán dispuestos a embarcar su dinero en una especulacion aventurada, la forma de empréstito a interes usurario; i como tampoco de creer que proteja a Flóres por adhesion a la justicia causa, o por pura jenerosidad, debemos colegir que la causa de Flóres con el actual gobierno ecuatoriano, es un vel que se trata de paliar aspiraciones mas elevadas que las de un jefe republicano a la silla presidencial de un pequeño estado. Se trata, pues, (aunque no pretendemos afirmar como enteramente positivo), se trata de un establecimiento monárquico para alguno de los hijos de la reina madre es así, no es el Ecuador la sola república amenazada. Ecuador, estado pobre, lleno de deudas, con recursos limitados, aun para los módicos gastos del gobierno republicano no podria levantarse por ahora un trono que pudiese haber a la mas moderada ambicion. El Ecuador sería cuando el punto de partida. En todo proyecto monárquico suramericano, lo primero que ha debido presentarse a la imaginacion es el Perú. El territorio peruano, el de Bolivia i alguna vez, cuando ménos, de la Nueva Granada (elemento necesario para la indispensable comunicacion con el Atlántico), entrarían bablemente desde ahora en la demarcacion de la futura monarquía, destinada a resucitar el antiguo imperio de los Incas. Esto explicaria perfectamente la proteccion franqueada

gabinete español a Flóres. Para el gobierno español, es del todo indiferente que el primer magistrado del Ecuador se llame Flóres o Roca. Sería de su parte una insensatez, que estamos muy distantes de atribuirle, el pensamiento de dominar otra vez a las emancipadas colonias; i como no puede concebirse que sin objeto alguno se haya querido concitar la mala voluntad de estos pueblos, hiriéndoles en la parte mas delicada, i comprometiendo los intereses de su propio comercio, ¿a qué motivo plausible podemos imputar tan extraña conducta? No resta mas que uno: la ereccion de una monarquía hispano-americana, o para el hijo de Cristina, como se cree jeneralmente en Europa, o para alguno de los príncipes españoles. Admitida esta suposicion, que casi ha dejado de serlo, todo se explica: los aprestos de Flóres a la vista de las autoridades españolas, a la luz del dia, en medio de las reclamaciones de la prensa; las embarazadas e imperfectas contestaciones de los ministros a la interpelacion de algunos miembros de las cortes; la acogida hecha al ex-presidente del Ecuador por las dos reinas; los fondos erogados por una de ellas; i el empréstito levantado, segun se dice, en Inglaterra, cuyos capitalistas conocen demasiado bien la América para arriesgar sus anticipaciones sobre las esperanzas personales de Flóres.

Entretanto, podemos sentar con alguna seguridad que la tentativa no será de la magnitud que le daban los primeros rumores. Se afirma que de España se sacarian mil hombres escasos. Segun noticias de Madrid del 8 de octubre, se habian reclutado hasta aquella fecha quinientos cuarenta infantes i doscientos soldados de caballería. De Irlanda se calculaba poco mas o ménos igual número, aunque algunos los hacian subir a mil doscientos. El de los emigrados españoles que se reclutaban en Francia, haria difícilmente quinientos; i añadiendo algunas reclutas en Inglaterra i Portugal, el total de las fuerzas ascenderia a lo sumo a dos mil quinientos o tres mil hombres, de todas armas, naciones i lenguas; mezcla heterojénea, difícil de mantener reunida, difícil de gobernar; mercenarios alucinados con esperanzas que en ningun evento sería posible dejar satisfechas, i para quienes serian un segundo re-



de lord Palmerston, ministro de negocios extranjeros, fué a verse con aquellos señores para que se sirviesen suscribirlo; i no solo se negaron a ello con alguna aspereza, sino que añadieron que el jeneral Flóres hacía mui bien en tratar de re-instalarse en la presidencia del Ecuador, a vista de la conducta que los nuevos gobernantes de aquella república habian observado con él. El memorial, sin embargo, iba a ser firmado por varias casas de la primera respetabilidad, como Gibbs Crawley i compañía, Bahring hermanos, Templeman Dickson Lucas, etc.

Nuestros lectores no esperarán que les demos una serie bien hilada de noticias, porque, en el cúmulo de las que se han recibido, que vienen de diversísimas fuentes, hai oscuridades i contradicciones que no nos ha sido posible explicar ni conciliar en el limitado tiempo que hemos tenido para recorrerlas. Apuntaremos alguna otra particularidad entresacada de la multitud de especies inconexas de que abundan.

El jeneral Santa Cruz estaba en Madrid, al parecer tranquilo. Habia protestado solemnemente no tener participacion alguna en los proyectos de Flóres, tratando de calumniosas las imputaciones de algunos periódicos. Su conducta habia sido reservada i circunspecta hasta la fecha de las últimas noticias.

Don José Joaquin de Mora estaba en Lóndres, i habia tenido conferencia con el ministro de negocios extranjeros. Decíase agente de Flóres, enviado por éste a Lóndres, para explicar el objeto de la expedicion al gobierno británico.

El ministro de la Nueva Granada en Paris se ocupaba en observar i cruzar las medidas de Flóres. No podemos ménos de llamar la atencion de nuestros lectores a las especies injuriosas que sobre la conducta del agente granadino vertió sin el menor fundamento un papel de Lima, i copió imprudentemente un periódico de Santiago. Ninguno de los gabinetes de la América Meridional excede al de Bogotá en las demostraciones de celo patriótico, i de interes por la causa comun de las repúblicas sur-americanas, particularmente en cuanto concierne a la tentativa de Flóres; i esto solo nos bastaria para mirar

las especies a que aludimos como una de cuyo origen no es difícil adivinar.

El ministro peruano en Londres se había británico invocando sus buenos oficios para tado de Flóres; i en contestacion se le aseg no había prestado auxilios; que, para impe en los pueblos de la Gran Bretaña, estaban sos legales; que los súbditos británicos hab perjuicios i vejaciones de parte de las aut canas; i que el gobierno veria con gusto c virtud del cual se les hiciese justicia, i se ol los tratados.

Los fondos suministrados por la reina subir por algunos a la enorme suma de tre de pesos.

El enganche de carlistas que se está Burdeos i en otros puntos (dice un correspon no solo porque hace ver la influencia que tambien porque prueba que el gobierno d el pensamiento secreto de la expedicion.

Un cartel impreso que provocaba al alist vicias del norte de España, aseguraba a i teniendo las calidades necesarias para el enganchase para la república del Ecuado cinco años, las condiciones siguientes:

Cien reales vellon al momento de sentar un mes despues de enganchado; i otros cie

El sueldo de sarjento primero trescient segundo, doscientos; cabo primero ciento ciento cuarenta; soldado, ciento veinte.

Vestido grátis en el momento del embar

Despues de cinco años de servicio, diez una yunta de buyes i una vaca parida.

Trasporte grátis a los que quisiesen vol

Un testigo de vista superior a toda ex desde Bilbao: «Pasando por una de las v de San Francisco, vi un cuadro pequeño

estas palabras: *Bandera para América*. Me aproximo a toda prisa, i ¡cuál no fué mi sorpresa cuando distinguí el escudo español! Para quitar toda duda, me dirijo al correo, donde yo recordaba haber visto una bandera española. Esta comparacion dispó mis escrúpulos. Con que ya tenemos que es el escudo español el que llama las jentes al enganche.»

Extracto de otra carta del mismo: «Durango es el punto central de la expedicion, i de allí se dirigirá a Santander, donde dará vela con destino a Irlanda, para recibir la tropa irlandesa.»

Se lee en una de ellas, como noticia de Durango, que el coronel Buenaga (hombre de mucha suposicion i único apoyo de Flóres) habia reñido formalmente con éste: «el oficial que recibió esta carta, prorrumpió en lamentaciones diciendo que no habia todavía estado mayor ni nada en el ejército del Ecuador, i concluyó: Nosotros vamos, pues, como una tropa de bandidos!»—El comandante en Durango se llamaba Domínguez.

«Las sillas para la caballería se trabajaban en Bilbao; los sables estaban en Eibar; i los caballos se tomarian en el Ecuador.»

«Casi todos los uniformes están hechos.»

En todo noviembre, segun unos, zarparia la expedicion; segun otros, no podria verificarse su salida hasta enero.

Últimamente un sujeto de mucho juicio i mui celoso por los intereses de Chile, se expresa así desde Paris en 14 de octubre: «No me parece imposible que la expedicion quede en nada. El *Morning Chronicle* i varios periódicos de Madrid han anunciado que no saldrá. Tengo noticia de que lo mismo se dice entre los jefes i oficiales que se preparaban para ella. La fuga del hijo de don Cárlos, conde de Montemolin, i de Cabrera, puede complicar el presente estado de la España, en alguna de cuyas provincias han aparecido ya síntomas marcados de insurreccion.—Se habla de un próximo cambio en el personal del actual ministerio de la Península; i hoi mismo he recibido una carta de..... (un corresponsal de Burdeos, persona bastante conocida i digna de crédito) en que me dice: Las últimas noticias de Madrid dan a entender que la expedicion del

jeneral Flóres no se realizará.»—Este rumor pudiera haberse esparcido de intento para neutralizar los obstáculos; i la circunstancia de tener su origen entre los oficiales de la expedicion, lo hace particularmente sospechoso.—Los preparativos estaban mui adelantados i las sumas invertidas eran sobrado considerables para que se pensase en retroceder, a no ser por un impedimento insuperable, como la oposicion declarada de la Gran Bretaña o la Francia, que nos parece, en el estado presente de las cosas, inverosímil.

En efecto, de cualquiera parte que hayan salido los fondos, es inconcebible que se haya procedido a tan cuantiosos desembolsos ántes que hubiese podido contarse con la tolerancia de dos cortes a cuya vijilancia nada se escapa, i cuyo poder para disipar la expedicion con una sola palabra es incontestable. No decimos que la Gran Bretaña o la Francia la protejan; pero no sería mucho que hubiesen determinado mantenerse espectadores imparciales, entre el principio monárquico por una parte, que no puede ménos que excitar sus simpatías, i el principio republicano por otra. A vista de lo que pasa en Méjico, no sería de extrañar que se desesperase de instituciones que tardan tanto en consolidarse, i que amenazan con mas de un peligro al ascendiente político i a los intereses materiales de la vieja Europa. El gigante del Norte la asusta. Lo que no admite ya duda alguna, es la culpable participacion de la España.

Entretanto, ¿cuál es la conducta que las circunstancias nos prescriben? Concierto entre todas las repúblicas americanas, o por lo ménos de las repúblicas amenazadas, para rechazar la invasion, i para concurrir a la defensa del territorio invadido, cualquiera que sea. Esto hará ver a lo ménos que el principio republicano ha echado raíces profundas; que las fuerzas de Flóres son insuficientes para hacer una impresion durable; i que, cuando tuviese la suerte de pisar las costas ecuatorianas o peruanas i la fortuna favoreciese sus primeros esfuerzos, le aguardaria una lucha porfiada, en que sería preciso que sucumbiese, i en que, cuanto mas tardase este resultado inevitable, mas hondas heridas dejaria la guerra, i mayores daños se seguirian al comercio europeo. Con este concierto, basta i sobra

para conjurar el peligro presente. Pero se necesita algo mas para lo futuro. Se necesita órden; se necesita moderación en los gobiernos, moralidad en los empleados, cordura en los pueblos; se necesita restituir a nuestras repúblicas el lustre que las adornaba a todas en su infancia, i que la inexperiencia política, i los jérmenes de corrupcion que habia dejado entre nosotros una administracion colonial desatinada, han oscurecido en algunas. Los amigos de la libertad no desesperan de nosotros: el ejemplo de Chile los alienta. Sobre todo, están seguros de que una gran crisis, en que pueda parecer comprometida nuestra independendencia, o las instituciones que hemos jurado, despertará en toda la América Meridional sentimientos dignos de los vencedores de Junin, de Maipo i de Ayacucho. Los gobiernos de Europa, se convencerán de que tentativas diez veces mas formidables que la de Flóres, dirijidas a imponer por la fuerza en la América Meridional el yugo de un hombre o de una forma de gobierno, no producirán otro fruto que el escarmiento i la vergüenza.

Tenemos la satisfaccion de anunciar que las comunicaciones que nuestro gobierno ha recibido de los del Ecuador, la Nueva Granada, el Perú i Bolivia, son sumamente satisfactorias. En todas partes, reina un mismo espíritu. Se hacen aprestos para resistir a la expedicion adonde quiera que arribe. Sobre ninguna materia, se han pronunciado jamas de un modo tan unánime los pueblos sur-americanos del Pacífico. La estrella de España, que hizo vacilar la victoria en las batallas de la independendencia, se eclipsó para siempre en este hemisferio.—Los ministros españoles han querido justificar su conducta comparándola con la del ministerio británico. La comparacion no es exacta; pero, cuando lo fuese, el gobierno español debiera conocer que no es bastante poderoso para ser injusto impunemente. La anulada influencia de Flóres no podrá jamas compensar a la España lo que pierde en las relaciones amistosas i fraternales de los pueblos americanos. Los mismos que pelearon por Flóres, presidente del Ecuador, pelearán contra Flóres, desertor de la causa de América.



IV

Por insignificante que parezca la nota de España en París, don Francisco Martínez en otra de nuestras columnas,\* no deja de que la misma oscuridad i misterio en la intriga de Flóres autorizan, por mas que de la cuestion parezcan aventuradas.

Los términos con que concluye aquella de atencion. El gobierno español, dice, hará nada que sea contrario al derecho de convenciones solemnes que ha celebrado con americanas.

Que Martínez de la Rosa está intimamente influenciado por las influencias que han obrado en su gobierno en la expedicion de Flóres, nos parece indudable en la posicion de este individuo, sino por la confianza que ha gozado en aquel mismo círculo de amigos de dar crédito a multitud de noticias sin mas inmediato conocimiento i participacion a nuestro juicio, irrisoria la ignorancia de

\* EMBAJADA DE ESPAÑA

Mui señor mio:

Tengo la honra de manifestar a Usía, en comunicacion fecha de ayer, que, versando ésta sobre lo que no tengo mas conocimiento que las voces de los periódicos, i dictadas muchas veces por el es para buscar por todas partes armas de oposicion, no para satisfacer el deseo de Usía, sino enviar ofi comunicacion al gobierno de Su Majestad la R

No vacilo, sin embargo, en asegurar a Usía que si esto haya seguido no habrá nada que se oponga a los sagrados por el derecho de gentes, ni a las ar tanto desea conservar con los estados de América ha reconocido en solemnes tratados.

Dios guarde a Usía muchos años.

Firmado.—MAR

Señor don Francisco Javier Rosáles, etc. etc

ocultos móviles i del objeto real ciertos personajes que no han podido ni debido desconocerlos; i el embajador de España en Paris es incontestablemente uno de ellos. Debemos, pues, suponer que sus expresiones han sido estudiadamente calculadas para no comprometer la política de sus gabinetes en lo poquísimo que dejan traslucir por entre las vagas jeneralidades a que se acogen.

Coloquémonos bajo el punto de vista del embajador español. Méjico, el Ecuador, el Uruguay, Chile, son hasta ahora las repúblicas americanas que ha reconocido la España. Sobre las otras, no ha renunciado sus antiguos derechos, segun ella los concibe, i segun los conciben con ella todas las monarquías de Europa. La España, pues, enviando la expedicion a su propio nombre i bajo su propio pabellon contra los países cuya independencia no ha reconocido, contra el Perú, Bolivia i la Nueva Granada, no contraviene al derecho de jentes ni a los tratados. En nada os faltó (podria ella decir a las repúblicas que reconoce) aspirando a la reconquista de unos países sobre los cuales no he abdicado jamas mi soberanía, i cuyo reconocimiento no he estipulado con vosotras. Atacándolas para restaurar allí mi imperio, o para cederlo a quien quiera, no infrinjo ningun derecho vuestro, ni contravengo a lo que os he prometido. Si piensa la España en el establecimiento monárquico que jeneralmente se le atribuye, i si eso es el verdadero objeto de la expedicion del jeneral Flóres, tal será sin duda el lenguaje del gabinete de Madrid con los estados cuya independencia reconoce, suponiendo que quisiese ser fiel a sus pactos i conservar su amistad. ¿I qué habria en esta asercion de derechos que no fuese enteramente conforme a la lei internacional de la Europa? ¿Será, pues, un juicio temerario interpretar en este sentido las palabras del embajador español? ¿No tendremos fundamento para mirarlas como una expresion indirecta de los principios que relativamente a Flóres i a su descabellado proyecto han inspirado al gabinete de Isabel II, i como una justificacion anticipada de su conducta? Medítense las palabras que citamos; recuérdense la posicion i los antecedentes del que las profiere.

Pero el Ecuador (se dirá) ha sido reconocido por la España, i él es el punto inmediatamente amenazado. La objecion no nos hace gran fuerza. El gobierno español puede pretender que le era lícito ligarse con el que sin duda reconoce como presidente lejítimo del Ecuador, sin perjuicio de inteligencias secretas que le aseguren la cooperacion de Flóres para extender los dominios de la proyectada monarquía hasta las playas del Atlántico.

No queremos dar a estas consideraciones mas peso que el que les prestan los hechos de que tenemos conocimiento, ni las presentamos sino como puramente conjeturales. La parcialidad mas o ménos descubierta de ciertos gabinetes a la empresa de Flóres, i el favor declarado de la España, no pueden explicarse en la suposicion de que solo se trate de la restauracion de un presidente en una pequeña república sur-americana. Se trata de un embrion monárquico. No es posible imaginar otra clave que descifre los hechos.

Depongamos ahora, por un momento, nuestro afecto a las instituciones que nos rijen, i calculemos los resultados probables de un proyecto monárquico en la América Meridional. Prescindimos de la resistencia que encuentre : lo suponemos triunfante. Los que piensan que se calmarian a la sombra de un trono las agitaciones interiores de las repúblicas americanas, se equivocan. La monarquía ha perdido de todo punto su prestigio. Hubo tiempo en que habria tenido gran número de partidarios en ciertas secciones de América. Ya es tarde para pensar en ella. Sería necesario un ejército europeo para dar estabilidad a la nueva forma de gobierno; estabilidad, despues de todo, aparente i precaria, porque es imposible que pudiese apoyarla el voto de los pueblos. ¿Un gobierno sostenido por bayonetas extranjas se granjearia jamas la confianza de los americanos? ¿Seria bien visto de sus vecinos? ¿Haría la felicidad del país? Si algo hemos heredado de los españoles es un odio implacable a toda dominacion extranjera. ¿Qué pudiera hacer el monarca para comprimirlo? ¿Rodearse de satélites aborrecidos? ¿Dar los primeros empleos a personas de su devocion, que sorian en gran parte extranjas? ¿Abrir a nuevos i nume-

rosos aspirantes la arena de las promociones, i multiplicar el número de los quejosos i descontentos, haciendo mas odiosas las preferencias i mas humillantes las exclusiones? ¿Derramar los títulos, cruces i distinciones, moneda gastada que ha perdido todo su valor entre nosotros? El sentimiento de igualdad es el que en estos países han desarrollado con mas enerjia las instituciones republicanas. Figurémonos ahora un pueblo cargado de impuestos para mantener el fasto de una corte monárquica, para gratificar a una lejion de aventureros, para pagar el ejército, para pagar a los capitalistas que han adelantado caudales con la esperanza de cuantiosos retornos. ¿Prosperaria en semejante situacion el país? ¿Consumiria mas cantidad de manufacturas extranjeras? A las causas anteriores de inquietud, se juntarian las de una nueva trama de intereses i de conexiones políticas. La monarquía, en la suposicion mas favorable para ella, peroceria despues de una existencia miserable, sin fuerza i sin dignidad, que habria costado al país sacrificios inmensos sin fruto alguno; porque en la lucha, de los dos principios rivales que se disputarian el continente americano, triunfaria sin duda el que ya tiene una preponderancia irresistible, sostenido por la actividad infatigable i la politica vigorosa de una potencia que las antiguas dominadoras del mundo acatan i temen.

Desearíamos que los fautores de la monarquía examinasen la cuestion a la sola luz de sus intereses materiales. Al comercio europeo (consideracion suprema al otro lado de los mares), no promete ninguna ventaja el cambio que se nos prepara. Guerra civil, devastacion, impuestos onerosos, impopularidad, es con lo que puede contar.

La unanimidad de sentimientos que reina en los pueblos del Pacífico relativamente a la expedicion de Flóres, es un motivo de congratulacion para todos los que aman sinceramente la libertad i la independencia de América. Ni pudiera ser de otro modo. Si la empresa del jeneral Flóres tuviese el menor suceso, sería seguida de otras i otras, que convertirian la América en un campo de especulacion i pillaje para la multitud de aventureros, de militares descontentos, de hombres perdidos, para



---

	Durango.	Orduña.	Bilbao.	San Sebastian.	Total.
Oficiales.	52	45	1	2	100
Tropa.	758	362	52	180	1352
	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	810	407	53	182	1452

---

La mayor parte de los individuos de tropa pertenecian a la clase de paisanos. «He observado, dice la persona que comunica estas noticias, que, a excepcion de algunos oficiales que esperan una gran fortuna en esos países, manifiestan los alistados poco entusiasmo.» Añade que ha logrado hacer que algunos abandonen la empresa, i se promete que, llegado el momento del embarco, será mayor la desercion, no obstante la liberalidad con que Flóres derrama el dinero, i la destreza con que se vale de otros medios de seduccion, especialmente sobre la tropa, que es la que ménos confianza le inspira

El contingente ingles e irlandés hará subir esta fuerza (se dice) hasta el número de tres mil quinientos hombres de todas armas. Pero es probable que el total habrá sido definitivamente mucho menor; i cualquiera que sea, los elementos heterojéneos que lo componen, encierran jérmenes de desórden i disolucion, que la habilidad i las seducciones de Flóres podrán difícilmente comprimir.

Se escribe que el vizconde Palmerston ha prometido impedir la salida de los buques armados en Inglaterra i de la jente enganchada en Irlanda; pero esta noticia nos parece contradicha por las notas del subsecretario de negocios extranjeros en Lóndres, que insertamos en nuestras columnas. Era esa una circunstancia demasiado importante para que los agentes de las repúblicas americanas en Inglaterra no la hubiesen transmitido a sus gobiernos. A la recomendacion de lord Palmerston a los lores comisarios de la tesorería, se reduce todo lo que sabemos auténticamente.\*

---

\* MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

*Noviembre 10 de 1846.*

Señores:

Tengo órden del vizconde Palmerston de acusar recibo de la carta de UU. de 7 de noviembre por la que solicitan se proponga a los lores comisionados de la tesorería de Su Majestad ordenen a los oficiales



desde aquella corte, habia llegado a reunir mil setecientos hombres de tropa poco mas o ménos, ochenta oficiales de infantería, doce de caballería, cuatro de artillería i una media docena que denominaban de estado mayor, entre los cuales habia solo uno o dos de este cuerpo, siendo los demas ayudantes de campo. Dos o tres oficiales brillantes, dice el corresponsal a que aludimos, entre ellos el jefe de estado mayor, han abandonado la empresa; i de los que la siguen se puede decir que los mas son jente allegadiza i de malos antecedentes, como siempre sucede en iguales casos.

Wright, el agente del jeneral Flóres en la Gran Bretaña, le escribia que, a pesar de todos los esfuerzos hechos por los agentes de las repúblicas americanas en Inglaterra, podia contar seguramente con los irlandeses enganchados. Añádese que el mismo Flóres habia mostrado a uno de los oficiales superiores una carta del vizconde Palmerston, en que este ministro le decia haberse visto obligado a dar algunas providencias que tenian la apariencia de oposicion o estorbo al alistamiento, por parte del gobierno británico; pero que no tendrían mas consecuencia que la de acallar las quejas de los agentes americanos. Cualquiera persona que tenga idea de cómo se conducen estas cosas en Europa i sobre todo en Inglaterra, conocerá que la tal carta es una especie ridícula. Lord Palmerston no es el imbécil que, si fuese capaz de obrar en el sentido que se le atribuye, lo manifestase con tan poco pudor bajo su firma. En los gabinetes europeos, se ha observado infinitas veces una conducta tortuosa i pérfida, pero el lenguaje es siempre circunspecto i decente. O es ella una de las hablillas absurdas a que suele dar ocasion un acontecimiento ruidoso, o (como nos lo hace creer el buen juicio de que ha dado tantas muestras el corresponsal del gobierno, i la comprobada exactitud de sus informes), la especie es una superchería de Flóres; una de las mil invenciones de que se habrá valido para seducir e inspirar confianza.

•Es, pues, seguro (añade el corresponsal) que la expedicion lleva mui cerca de tres mil hombres, divididos del modo siguiente: tres batallones, dos de infantería españoles i uno de



irlandeses; dos escuadrones de lanceros; una batería de cañón a taña o a lomo. I se dice, aunque no es seguro, que se forma una compañía de zapadores, i que llevará ademas otra batallada. Los buques son efectivamente cinco, tres de vapor de guerra, i dos grandes fragatas: el mayor de aquéllos, que llama el *Monarca*, pasa de mil toneladas, i los otros dos poco menores; su artillería es de cincuenta i cuatro. Los buques de vela llevan la suya en la cala, i no pasará de diecho o veinticuatro, que es la mayor que soporta un buque mercante. Aunque todos aseguran que la expedición es conducida por estos cinco buques solamente, creo, sin embargo, que no bastan para el transporte.»

Segun las noticias adquiridas por el mismo conducto, «de noviembre era el día prefijado para que la expedición hiciese a la vela desde Santander; pero las causas de retardo que suelen ocurrir en ocasiones semejantes harán probablemente demorar la salida hasta fines del mes. Flóres se propone hacer escala en las Canarias; i habiendo llegado en esos días la noticia de una epidemia que se ha desarrollado en aquellas islas, es de creer que Flóres varíe de plan, i que este motivo se suspenda la partida algunos días.

Agrega que el derrotero no era ni podía ser otro, que el siempre ha indicado, por el estrecho de Magallanes. Creo así, no solo por informes positivos, sino por el surtido mismo de los elementos de que se componía la expedición; i anuncia que para el 10 de este mes de enero se hallarian ya los buques empeñados en pasar el estrecho.

Lo que sigue es particularmente digno de la atención de nuestros lectores.

«El plan ridículamente gigantesco del jeneral Flóres no es un secreto: es el mismo que yo me figuraba, i que he tenido el honor de indicar en mis comunicaciones anteriores; ¡mas extenso aun; pues se aspira a que la soñada monarquía comprenda los tres estados de la antigua Colombia, el Perú i Bolivia. No puedo decir cuál sea sobre este punto el modo de pensar del jeneral Santa Cruz, en quien solo he creído descubrir un sentimiento de celos hacia su amigo Flóres.

cual, sin embargo, visitaba diariamente hasta hace unos quince dias que volvió a Francia a reunirse con su familia. Si no con Santa Cruz, es de temer que Flóres, al concebir un proyecto tan vasto, haya contado con poderosas simpatías en aquellas repúblicas por la multitud de partidos i de aspirantes que han abortado allí las discusiones políticas.

«Por absurda que parezca la empresa de Flóres, no creo que la hayan mirado con aversion los gabinetes de Paris i de Londres. En España, no hai para qué decirlo, pues a mas de la jente que lleva, se le han proporcionado sumas considerables de dinero, procedentes de las arcas i crédito de cierto elevado personaje. Aquí corrió que Flóres habia presentado para candidato del nuevo trono a un hijo del duque de Rianzáres; pero él ha rechazado esta imputacion con desden, diciendo que no era *tan imbécil*, i dando a entender que sus miras se dirijian a un príncipe de reputacion i prestigio...

«El punto constantemente indicado para el desembarco de la expedicion es Guayaquil; pero, como es probable que se haya tratado de esparcir ideas falsas sobre esta materia, nada se puede asegurar.»

Nosotros miramos como casi indudable que no es Guayaquil el punto inmediatamente amenazado, no solo por la presuncion probabilísima que acabamos de copiar, sino porque nos parece imposible que el jeneral Flóres haya elejido una localidad en que es seguro que la presencia de tanta jente extranjera desenvolveria de nuevo la fiebre amarilla, que haria grandes i rápidos estragos en los recién llegados. No es creible que Flóres haya querido exponer su expedicion a este peligro mas, teniendo tantos otros puntos en una costa inmensa.

Con las noticias precedentes, concuerdan en mucha parte las que se han obtenido por medio de otra persona no ménos inteligente i activa, puesta en movimiento por el encargado de negocios de la república en Paris. Ella ha visitado los depósitos de la Península i ha logrado entablar comunicaciones con individuos de la expedicion i aun de la confianza de Flóres. Escribiendo de Santander el dia 1.º de noviembre, dice que los buques iban a zarpar de allí, lo mas pronto, el 15 de aquel

- mes; que se dirijirian por el estrecho de Magallánes al Pacífico; que recalarian en las Canarias con el objeto de tomar allí algunos hombres; que su detencion allí sería probablemente de quince dias; i que su composicion era la siguiente: españoles dos mil de infantería, doscientos de caballería, una batería de montaña, compuesta de seis piezas de a doce, servidas por soldados agueridos en las filas españolas, quinientos irlandeses, i ochocientos canarios: total tres mil setecientos hombres, poco mas o ménos. La mayor parte de los oficiales habian sido sacados del ejército, i su número llegaba a ciento ochenta, casi el doble del que exigen las tropas expedicionarias. Los pormenores de este individuo, que ha tenido la ocasion de visitar personalmente los depósitos, dan guarismos mas abultados que los del corresponsal de Madrid; pero nos inclinamos a creer que sus datos numéricos se refieran parcialmente a comunicaciones de los oficiales de Flóres, propensos sin duda a exajerarlos.

Nuestros lectores están suficientemente instruidos de la conducta del gobierno español en este asunto. Lo repetimos con una íntima conviccion: el público de Madrid no se engaña; se trata de monarquía; i de una monarquía en que la corte española tiene un interes evidente. Por lo que hace al gabinete frances, nos es harto penoso decir que los pasos dados hasta el 14 de noviembre, no habian producido todavía efecto alguno sensible. En Inglaterra, la comision de comerciantes con la casa de Buhning a su cabeza habian desplegado un celo i actividad superiores a todo elogio; i tenemos algun motivo para esperar que sus esfuerzos no serán infructuosos. La ejecucion de las leyes, en manos de majistrados íntegros i celosos, excitados a ello por el ministro de negocios extranjeros puede todavía presentar a Flóres obstáculos imprevistos i aun hacer fracasar la expedicion. Sabomos que ellos aguardahan solo la existencia de pruebas legales para hacer uso de las facultades de que les ha investido el estatuto de *alistamientos extranjeros*; i ántes del 15 de noviembre se les habian ya remitido las que, en concepto de un letrado intelijente, bastaban al efecto.

Agregamos traduccion de una proclama del correjidor de Limerick, inserta en el *Examiner* de Limerick i Clare.

A LOS CIUDADANOS DE LIMERICK QUE TRATAN DE EMIGRAR  
AL ECUADOR

«Conciudadanos:

«A principios del mes último, los majistrados de vuestra ciudad sorprendidos por las extravagantes promesas i seductores alicientes presentados en un cartel manual, circulado extensamente entre vosotros i que os convidaba a emigrar al Ecuador, creyeron de su deber, despues de la mas completa investigacion, amonestaros que no os empeñaseis en una empresa tan incierta. De entónces acá han salido a luz muchas particularidades que confirman sus sospechas, i que, con el favor de Dios, confio que no llegan tarde para retraeros de tomar parte en una expedicion que amenaza ruina a vuestras familias i positiva destruccion a vosotros mismos.

«Los comisionados de emigracion autorizados en Lóndres por el gobierno condenaron el plan, i declararon que carecia del conocimiento i sancion de la lejislatura.

«El cónsul peruano me dirigió una carta (que publiqué), asegu-rándome que a todos los que tomaban parte en esta fatal expedicion, el clima o la espada les preparaban una muerte infalible. I lo que es de mas importancia, en el *Morning Advertiser* del miércoles ha salido sobre este asunto un memorial a lord Palmerston, secretario en jefe de los negocios extranjeros. En este documento, firmado por cerca de cuarenta de los comerciantes de mas influjo i mas extenso tráfico en Lóndres, se denuncia la proyectada expedicion en los términos mas fuertes. Allí se os dice categóricamente que el objeto para el cual se os convida a emigrar no es el de colonizacion, sino que vais a formar un ejército cuya oficialidad se compondrá de aventureros españoles bajo los auspicios de un gobierno extranjero, para pelear por el interes de ellos i proporcionarles la posesion de un país donde cada paso que deis os será disputado por las armas unidas de las diferentes repúblicas sur-americanas.

«Conciudadanos, pensadlo ántes de dar este paso. Sé que la escasez con que Dios ha tenido a bien aflijir este país, ha dado a agentes artificiosos e inmorales, argumentos especiosos para



de sus instituciones. Este o aquel partido político podrá desear en ellas mas o ménos amplitud en el ejercicio de ciertos derechos; pero que la casi totalidad de los habitantes adhiere de corazon al gobierno representativo bajo la forma republicana, es un antecedente con que debe contarse i de que no es dado alegar ignorancia. Las grandes potencias, a cuyo bienestar no es indiferente el nuestro, serian demasiado ciegas si no mirasen el sistema republicano de Hispano-América como un hecho irrevocable, i como el punto de partida forzoso de la carrera de civilizacion que nos está destinada. Obrando en sentido contrario, podrian sin duda envolvernos en una serie de calamidades, pero sin ninguna utilidad para ellas, o mas bien con positivo perjuicio suyo; no podrian hacer sino el mal, bajo la mas funesta de sus formas políticas: el choque, manifesto o paliado, de la opinion con las instituciones.

Grande es, pues, la importancia que damos a estas demostraciones de la voluntad de los americanos relativamente al asunto que ha ocupado nuestra prensa periódica desde las primeras noticias de los preparativos de Flóres; i si ellas fijan la consideracion de los gobiernos europeos, como es natural que la fijen, su influencia en nuestros negocios (hablamos, por supuesto, de la sola influencia aceptable, la influencia lejitima, la influencia natural del poder, dirigida por ideas humanas, morales, pacíficas, i ofrecida de un modo amistoso i conciliatorio), puede acelerar el desarrollo de nuestros elementos de civilizacion i prosperidad, que tanto conviene al suyo propio. Extension de comercio, nó extension de territorio, es el objeto a que aspiran hoy los gobiernos poderosos de Europa. Para la extension de su comercio con nosotros, nuestra paz interior, nuestro progreso material i moral, es un medio indispensable. Su propia conveniencia nos induce a favorecer este movimiento, a darle empuje, i a remover cuanto pudiera contrariarlo. De sus disposiciones a este respecto, no podemos dudar. Mas, para que su influencia sea benéfica, es necesario que sea calculada sobre los antecedentes de los pueblos en que se ejerza; es necesario contar con las ideas, las afecciones, las creencias, los hábitos, las preocupaciones mismas de los americanos; es nece-

## EXPEDICION DEL JENERAL FLÓRES

sario que no los miren como una masa inerte, dispuesta a recibir todas las impresiones de la fuerza, sino como una materia que tiene ya formas indelebles i una vitalidad propia. La monarquía en esta parte del mundo no podría ser sino un gobierno de conquista, una dominación de extranjeros, costosa a sus fautores, odiosa a los pueblos, ruinosa a todos los intereses europeos i americanos que incorporados ya en nuestra sociedad actual, la penetran i vivifican; inestable, sobre todo, i efímera. En el estado presente del mundo, intereses puramente dinásticos serian impotentes para darle apoyo i consistencia; i los intereses nacionales de la Inglaterra, la Francia i la España perderian infaliblemente en ella. Algunos creen que los grandes poderes de Europa miran la monarquía como el solo medio de oponer una barrera a la creciente prosperidad de los Estados Unidos, que camina a grandes pasos a la dominación exclusiva del hemisferio occidental. Pero, si fuese real ese programa, ¿dos o tres monarquías como las que hemos descrito podrían atajar esa marcha? Ellas no harían mas que dar solemnidad a la lucha sorda de los dos principios que se disputan hoy el imperio, no de la América, sino del mundo. La época presente es crítica. La expedición de Flóres no puede ser sino un incidente insignificante, un episodio burlesco, en el gran drama; i los hombres que dirijen los destinos de Europa engañarian torpemente, si pudiesen ver un aliado digno de ellos en una tropa de aventureros.

Cada día recibe nuestro gobierno nuevos testimonios de unanimidad de los americanos en la cuestión presente; en las comunicaciones de las repúblicas hermanas, se ve exaltarse en grados este ardor jeneroso; las que acaban de llegar del gobierno de Buenos Aires son particularmente expresivas. En medio de un conflicto de tanta magnitud, como en el que se ha visto empeñado hasta ahora, ha sido vivamente excitado por la intencionalidad que desde los primeros momentos le hizo el nuestro.

«El presidente de Chile (dice el ministro de relaciones exteriores de aquel estado) hace la debida justicia a S. E. el gobernador de Buenos Aires, persuadiéndose a que no mira con indiferencia un acontecimiento tan grave, i de importan-

demasiado trascendental a la seguridad e independencia de estas repúblicas. Cualesquiera que sean los designios de esta atentatoria empresa, la magnitud de la expedicion, el punto adonde se dirige, i los recursos con que cuentan los que la hayan promovido, considera S. E. el primer deber de todas las nuevas repúblicas sud-americanas, asociarse solícitamente i uniformar las providencias que convengan adoptarse para escarmentar a los insolentes agresores que intentan turbar la paz i bienestar de los pueblos i poner en peligro su independencia i dignidad.

«El de la Confederacion pronto está a cooperar por todos los medios posibles i a ocurrir a cualquiera peligro que amenace a la independencia i seguridad de alguna de las nuevas repúblicas sud-americanas, i con tanta decision como si fuera agredido el mismo territorio arjentino.

«En la firme confianza de que las repúblicas sud-americanas harán causa comun en tal evento, el infrascrito, por órden de S. E., tiene la satisfaccion de declararlo así al excelentísimo gobierno chileno; i que el arjentino tendrá el alto honor de no ser el último en prestar su apoyo a quien llegare a necesitarlo.

«En este sentido, luego que sea informado este gobierno por sus ministros en Lóndres i Paris, de haber partido de España la proyectada agresora expedicion, adoptará una posicion conforme con lo que deja expresado, i dictará respecto de la Confederacion las medidas convenientes, fuertemente requeridas por la conducta hostil e inaudita que al parecer, hasta hoi, observa en este asunto el gobierno español.

«El infrascrito, asimismo, de acuerdo con esta resolucion de su gobierno, ha dirigido a los expresados señores ministros arjentinos en Lóndres i en Paris las órdenes que en copia adjunto.

«S. E. el señor gobernador espera que el excelentísimo señor presidente de la república de Chile encontrará en esta contestacion una prueba inequívoca del vivo interes con que mira el delicado asunto que ha motivado la comunicacion del gobierno de Chile.»

Así escribe con fecha de 17 de enero el señor ministro de





con la sola inexplicable excepcion del encargado de negocios de Venezuela en Madrid (de quien sabemos por otro conducto que tenia conexiones de amistad i confianza con el caudillo de los expedicionarios). I en fin, no se dudaba que las fuerzas reunidas debian dirigirse al Pacífico.

Por el estatuto británico de *alistamientos extranjeros*, competia a los jefes de las aduanas impedir la salida de buques armados i a los jueces de paz los enganchamientos; pero la providencia decisiva debia ser la que por el almirantazgo se expidiese a los comandantes de buques de guerra para detener el armamento en alta mar. Si los pasos dados por los agentes americanos han recabado al fin la accion de las autoridades civiles i del gabinete, se habrá cortado el mal en sus principios; pero todavía no tenemos mas que esperanzas de esto feliz resultado, i celebraríamos ver bastante fundamento para acogerlas con entera confianza. Si saliesen frustradas, seria necesario convencernos de que tenemos enemigos mucho mas poderosos que Flóres, i de que va a principiar de nuevo para nosotros la lid gloriosa de la independencia.

Despues de escrito lo que precede, leemos en un artículo de *El Mercurio* de hoi, que *El Comercio del Plata* de 19 de enero copia de *El Herald* de Madrid la siguiente carta, escrita al último por su corresponsal de Lóndres.

«Lóndres, 21 de noviembre. El gobierno ingles acaba de embargar la fragata mercante *Gleneigh* i los vapores *Monarca* i *Neptuno*, que formaban parte de la escuadrilla que debia trasportar al Ecuador el ejército del jeneral Flóres. Hizose el embargo en virtud de una acta del parlamento que prohíbe el equipo i alistamiento de tropas sin conocimiento del gobierno: a bordo del *Gleneigh* habia doscientos cincuenta hombres armados, circunstancia que parece que hará condenar esos tres buques.»

## VIII

La expedicion de Flóres parece acercarse a su desenlace; no en las márgenes del Guáyas, o del Rimac, donde la aguardaba

#### EXPEDICION DEL JENERAL FLÓRES

el escarmiento, sino en las playas europea nacer i levantarse descarada; excitando el esodo a la opinion pública, i desafiando a las ley constitucional español se creyó impotente p empresa de Flóres; i ni la voz de la justici tratados, ni la paz de naciones amigas i herdas de una invasion de bucaneros, ni el int España, pudieron arrancarle una señal siquie contra esta loca empresa, no ha sido lo misr donde la lei sabe conciliar las garantías de la ca con la represion i el castigo del crimen, nc cuando trama la desolacion de pueblos enterc grime el puñal contra una victima solitaria.

En los documentos que insertamos, se ha éxito de las jestioncs hechas en Inglaterra i las repúblicas americanas, i por las respetable cio que previeron todas las consecuencias c atentado, si llegaba a consumarse. Para nosot te plausible este suceso, porque vemos en él justicia i buena fe con que se ha conducido a Majestad Británica. Se ha escrito de Madrid c taba de la connivencia o proteccion de lord F ministro ha sido cabalmente el que ha indi ajentes de estas repúblicas los medios legales tarse para impedir el reclutamiento i la sali medios que puestos inmediatamente en ejerce do su efecto. Intervino la autoridad pública i órganos competentes; se llenaron los requis procedió, como se procede en Inglaterra, con k mal, que en aquel afortunado país es la comp de la justicia.

Por lo que toca a la Francia, estamos se, cunstancias iguales no se hubiera desmentid que aquel ilustrado gobierno ha manifestad a las nuevas repúblicas, i de que Chile ha r pruebas. Tenemos todo motivo de creer que esta ocasion sus buenos oficios, procurando i

nistracion española consejo  
cido dirigirla hasta ahora  
jeneral Flóres; consejos que  
fructuosos, i a que se debe  
de Isabel II a extender ha  
por cuatro meses a los ofi-

Lo que ha sucedido en  
vista las causas internas de  
en las tropas expedicionaria  
un oficial desapareció con e  
manos. I si esto se ha vist  
cion de la empresa, ¿qué  
arbitrios hubiera podido ap  
desertores, desembarcados  
habrian visto rodeados de s  
retener bajo sus banderas  
partidarios. Los desgracia  
cielo distante un pan para s  
que sustentarlas con el tra  
la primera ocasion, i de soldados enemigos hubieran pasado  
talvez a colonos pacíficos.

A pesar del favorable aspecto que han tomado las cosas,  
(gracias a la patriótica actividad de los empleados americanos  
i a la esforzada cooperacion del comercio de Lóndres), estamos  
persuadidos de que nuestro gobierno no cree llegado todavía  
el momento de dar contra-órden a los preparativos de defensa.  
El ex-presidente del Ecuador tiene sin duda poderosos valodo-  
res, i ha jurado llevar adelante el proyecto a pesar de todas las  
dificultades. El contratiempo en que ha tropezado ha sido  
grande; pero falta ver si es irreparable i decisivo. Los que han  
aventurado caudales en la expedicion, no omitirán recurso al-  
guno para rehabilitarla. Sabemos que el almirante de la escuadra  
de Flóres (Mr. Charentee) habia presentado un memorial a los  
lores de la tesorería, pidiendo el desembargo de los tres buques,  
alegando eran propiedad suya, i que los habia equipado i ar-  
mado para venderlos en España. Segun el tenor literal de las  
noticias de Lóndres, trasmitidas por el gobierno peruano, que

llegan hasta el 16 de diciembre, parece que, a pesar de esta instancia han sido condenados judicialmente los buques, pero no era imposible que Flóres reparase este contraste, contando, como parece que contaba, con la completa libertad de sus operaciones en la Península.

Nuestro gobierno ha recibido en esta ocasion comunicaciones de los de las otras repúblicas del Pacífico; todas ellas siguen animadas del mismo espíritu; en todas, se insta por la mas pronta reunion del congreso de plenipotenciarios, quò se instalará probablemente dentro de pocos dias.

## IX

De Paris se escribe con fecha 14 de enero que el asunto de la expedicion del jeneral Flóres presentaba el aspecto mas favorable, en términos de asegurar que era ya imposible se llevase a efecto en Inglaterra. Se hizo descargar el *Gleneigh*, i se encontraron cañones ontre el carbon; fué preciso emplear la fuerza para arrancar los doscientos cincuenta hombres que estaban a bordo; el coronel Wright fué arrestado a peticion del procurador de la aduana para ser juzgado criminalmente por infraccion del estatuto parlamentario sobre alistamientos extranjeros; se añade que ha sido puesto en libertad obligándose bajo fianza de dos mil libras esterlinas a comparecer en juicio.

El jeneral Flóres, viendo que no podia obtener la devolucion de los buques en Inglaterra, mandó un comisionado a Burdeos con el objeto de fletar tres grandes embarcaciones. El encargado de negocios de la república hizo sobre este asunto una representacion al señor ministro de negocios extranjeros de Francia; i aunque ignoramos todavía el resultado, no tenemos duda de que las disposiciones del gobierno frances son enteramente favorables a la conservacion de la paz en estos países.

De Madrid con fecha 5 de enero se nos dice que la impopularidad de la expedicion era cada dia mas grande en España. Se manifiesta por todas partes el deseo de verla fracasar; i no hai persona de juicio que la disculpe. Si se efectúa, no será en una escala que se acerque a la importancia que al principio

tuvo; la desmoralización en los depósitos d sentir de tal modo que se creía sumamente ganización completa. El 26 de diciembre a na el jeneral Flóres salió furtivamente de ñado de un oficial de estado mayor, Argi partidarios en un estado de inquietud i d Se sabe que pasó por París con destino a ignoraban todavía sus operaciones.

---

EXTRACTO DE LAS NOTICIAS DE EUROPA SOB  
DEL JENERAL FLÓRES

*Madrid*

La expedición de Flóres puede colocarse los hechos plenamente consumados; están que había logrado preparar; i al presente abrigar el menor recelo de que se reorgan proyecto de un mal americano i de media pañoles, ni de que renazcan de sus cenizas que se hicieron para llevarlo a cabo.

Varias han sido las causas que han contr la empresa de Flóres. La primera la encuentro yo en su naturaleza misma: en los inmensos recursos que se necesitaban para realizarla en una escala mediana contra unos pueblos que tienen ya el sentimiento de lo que valen i que están a cuatro mil leguas de distancia; i en la clase de hombres con que los jefes de la expedición estaban precisados a contar como instrumentos indispensables. La segunda de esas causas se debe sin duda buscar en el oportuno embargo que se hizo en Londres de los principales buques que Flóres se había procurado; hecho a que, según yo creo, contribuyeron poderosamente algunas causas políticas que no creo necesario expresar. Por fortuna, coincidió con ellas la representación de varias casas respetables de comercio al gobierno británico. La tercera i última de las causas indicadas está en la desaprobación jeneral, en la indignación verdadera que la tentativa de Flóres ocasionó en el seno de la



tratados, i al noble deseciones con todos los pue  
 nombro. Apreciada esta  
 razon hai para abrigar in  
 ceso que, prevenido opor  
 fraternidad del gobierno  
 América

«Seguros están el come  
 no pierde de vista, i que n  
 yas consecuencias ha evita  
 dad de su conducta. Su Ma  
 que así lo manifieste a V  
 sure a calmar los temores  
 i de cuantos equivocadam  
 vincia.

«De real orden lo trasl  
 de su cargo produzca los  
 cundido los infundados t  
 Málaga.

«Dios guarde a Usía m

«Madrid, 6 de

«Señor jefe político de»

Se ha desvanecido com  
 Flóres; éste se halla en B  
 en España.

(El



---

## LA INTERVENCION

---

### I

Segun *El Mercurio* (diciembre 12 de 1846), los hechos del gobierno de Chile relativamente a la expedicion de Flóres, revelan un principio, i ese principio es el de *intervencion*; de intervencion para resistir a la de los gabinetes de Europa que prestasen su fuerza al ex-presidente del Ecuador; o de intervencion para oponerse al mismo ex-presidente que con sus propios recursos invadiese el Ecuador a la cabeza de una lejion de extranjeros, para subir por la fuerza al poder supremo, en virtud de una *legitimidad personal*, de una *vinculacion del gobierno a su persona*.

No convenimos en que el principio de intervencion sea el principio, por excelencia, de la época, un principio sagrado i cristiano, como lo califica *El Mercurio*. El que apele al testimonio de la historia, echará de ver que jamas hubo tiempo en que se mirase con mas recelo que en el nuestro, este pretendido principio, ni en que sus aplicaciones hayan concitado mas odiosidad i reprobacion. La injerencia de un gobierno en los negocios peculiares de otro u otros, no es una regla, sino una excepcion; jeneralmente hablando, es ilejítima, es atentatoria contra la independenciam de los estados; circunstancias particulares de una naturaleza grave, de un peligro inminente i manifesto, pueden solas justificarla. Si el jeneral Flóres en el Ecuador, a la cabeza de un partido ecuatoriano, tratase de derrocar

al gobierno actual de aquel país, i de sentarse otra vez en la silla presidencial, creemos que nuestro gobierno se abstendria de tomar parte en la cuestion, i aguardaria tranquilo que la dirimiese la fortuna de las armas o la voluntad del pueblo ecuatoriano. Pero no es este el caso. El jeneral Flóres alista tropas i se procura medios de invasion en un país europeo. Supongamos que tuviese suceso; ¿cuáles serian las consecuencias? No habria proscrito que no apelase en adelante al mismo recurso, con la seguridad de hallarlo en los pueblos de Europa, redundantes de poblacion menesterosa, i de una clase de hombres formados en la escuela de las agitaciones políticas, hambrientos de fortuna, i dispuestos a seguir la primera bandera que les ofrezca este cebo. Las ganancias de los capitalistas que hubiesen embarcado sus fondos en la expedicion de Flóres, alentarian a otros para invertir los suyos en otros atentados de la misma especie. ¿I en qué serie de alarmas, de alteraciones, de guerras destructoras, no se verian envueltas entónces las repúblicas sur-americanas? No se trata de una *legitimidad personal*, de una *vinculacion de gobierno*, en que solo peligren las instituciones del Ecuador. Se trata de un peligro que amenaza a todas las sociedades sur-americanas; se trata de prevenir un ejemplo funesto, que repetido (como no dejaria de serlo) envolveria nuestra civilizacion, nuestras instituciones, nuestra existencia, en una ruina comun. Esto, suponiendo que la expedicion de Flóres, o de Flóres i Santa Cruz, no fuese mas que una empresa privada, sin otros recursos que los del uno o los dos; que es la suposicion que tenemos por mas verosímil. Pero el peligro, aunque de diferente especie, no sería menor, ni de consecuencias ménos trascendentales para las repúblicas sur-americanas todas, incluso Chile, si Flóres no fuese mas que el instrumento de un gabinete europeo, que tuviese miras de interes propio en la expedicion. Estamos en visperas de poder formar un juicio seguro sobre este punto, i reservamos para entónces las reflexiones que sugiere, i que, por otra parte, no pueden ménos de ocurrir a todo hombre sensato. Una sola observacion nos permitiremos. *El Mercurio* dice que «la América



cipio que invoca es el de su propia conservacion i seguridad, que le autoriza para recobrar o retener lo suyo empleando la fuerza.

Lo que se dice de un estado, se aplica a una liga de estados; porque el efecto de una alianza es hacer solidaria para muchos la causa de cualquiera de ellos, ora jeneralmente, ora dentro de los límites preñinidos de la alianza.

Mas allá cesa el derecho de la guerra. No es lícito hacerla, ni para que un pueblo varíe de relijion, ni para que mude la forma de su gobierno, ni para que coloque en el trono o en la primera majistratura a un príncipe o jefe injustamente depuesto, ni para que abra sus puertos al comercio, si por tratados anteriores no ha contraído la obligacion de hacerlo, etc., etc. Injuria que se me ha hecho o se me intenta hacer, injuria que se ha hecho o se intenta hacer a mi aliado, i en que por el pacto de alianza me he comprometido a defenderle, tal es el fundamento del derecho que tengo para turbar la tranquilidad de las naciones poniéndome en estado de guerra.

Donde termina el derecho de la guerra, es donde principia el derecho de intervencion, si existe; en virtud del cual, un estado se arroga un arbitraje armado para dirimir de su propia autoridad una contienda en que se ventilan derechos ajenos. Este es el principio que *El Mercurio* defiende; este derecho de arbitraje armado es el descubrimiento moderno que proclama como benéfico a la humanidad, como precioso i sagrado, i el que nosotros, al contrario, insistimos en mirar como una de las mas peligrosas armas que pudieran franquearse a los estados poderosos contra los débiles. ¿Quiere un estado arrancar a otro estado cuyas fuerzas no le imponen respeto, una concesion importante? No tiene mas que intervenir: declararse árbitro en una contienda de partidos; si no los hai, suscitarlos; i hacerse luego pagar la intervencion. Tal es el órden de cosas que *El Mercurio* mira como una condicion de existencia para las naciones, i que se felicita de ver establecido en el mundo.

Pero *El Mercurio* (se dirá) no admite la intervencion como un derecho jeneral i absoluto; él no lo reconoce, sino cuando

*poderosos motivos la legitiman i grandes intereses la mandan.* ¿I quién juzga de lo poderoso de esos motivos? ¿Quién mide la magnitud de esos intereses? La nacion interventora, por supuesto. ¿I quién nos garantiza que ella no calificará de grande todo interes suyo, i de poderoso todo motivo que pueda directa o indirectamente conducir a su propio provecho?

Tan erróneo i funesto es el principio proclamado por *El Mercurio*, tan odioso por su naturaleza, tan alarmante i amenazador a la seguridad jeneral de las naciones, que ni aun los estados que prácticamente han obrado conforme a él, han osado enunciarlo a las claras. Las potencias que de hecho han intervenido en los negocios de otras, han pretendido justificar su conducta a los ojos del mundo, no apoyándola en un derecho jeneral, sino en circunstancias particulares i excepcionales. Se han limitado, como la Santa Alianza, a la defensa de las instituciones monárquicas amenazadas por las convulsiones revolucionarias de naciones vecinas; es decir, a un objeto particular, excepcional. Mudad (dijo a la España, a Portugal, a Nápoles), mudad vuestra forma de gobierno, porque con ella peligra la nuestra. Han intervenido, como la Inglaterra, la Rusia i la Francia en la Grecia, para poner fin a la brutal dominacion de los turcos sobre un pueblo cristiano, contra la cual se habia levantado el clamor universal de las naciones cristianas. De manera que, aun en el sentido de las potencias que se han valido de ella, la intervencion, como regla jeneral, no existe, i solo tiene cabida como una de aquellas excepciones rarísimas, en que no hai otro medio de obviar un peligro manifesto, inminente (alegado sin fundamento por la Santa Alianza), o de patrocinar intereses, no como quiera grandes, sino extensivos a una gran porcion del jénero humano. Aun en casos de esta especie, es digna de notar la circunspeccion con que han procedido las grandes potencias europeas. ¿Qué causa mas interesante a la humanidad, mas sagrada, mas cristiana, que la de la abolicion del infame comercio de esclavos? Si alguna podia legitimar la intervencion, ésta era. I con todo eso, la Gran Bretaña no se creyó autorizada para emplear por sí la fuerza contra los traficantes extranjeros sorprendidos en flagrante deli-

to. La Gran Bretaña ignoraba el descubrimiento de que nos ha dado noticia *El Mercurio*.

Hai, por tanto, una gran distancia (sentimos decirlo) entre la opinion emitida por *El Mercurio* i la nuestra; i para que se reconozca cuánta es, una sola consideracion bastará. Suponiendo que algun gabinete de Europa hubiese dado auxilios a la expedicion del jeneral Flóres, *El Mercurio* desaprobalaria semejante conducta, no como intervencion, sino como injusta. Dado, pues, que Flóres tuviese de su parte la justicia, *El Mercurio* no hallaria nada que censurar en la intervencion. Ahora bien, si la restauracion del presidente de una república, que, como todas las de la América Meridional, pesa mui poco en la balanza del mundo, i de una república situada a tanta distancia de Europa, es uno de los que llama *El Mercurio* poderosos medios i grandes intereses que lejitiman la intervencion i la prescriben, ¿qué contienda de personas o de facciones pudiera suscitarse en cualquiera de ellas que no los ofreciese iguales o mayores?

Las consecuencias que resultarian de este inaudito derecho de jentes, se presentan por sí mismas a la vista. Aun concediendo en el gabinete interventor bastante conciencia para no prestar su apoyo sino a una causa justa, que es conceder bastante; i concediendo ademas que no fuese capaz de engañarse en su juicio, que es llevar las concesiones, no solo mas allá de lo verosímil, sino de lo posible; aun en estas suposiciones la intervencion, como la entiende *El Mercurio*, reduciria las repúblicas americanas, i todos los estados de la misma categoría, a una dependencia humillante respecto de las naciones poderosas. Contra toda providencia de sus gobiernos, habria siempre un recurso, una apelacion, a la Europa. En todas nuestras cuestiones interiores, tendríamos que reconocer tantos tribunales supremos como estados hubiese en el mundo bastante fuertes para extender el brazo de su justicia hasta nosotros; i despues de someternos a su arbitraje, tendríamos ademas que pagarlo. Esto es suponiendo árbitros imparciales e infalibles, que no quisiesen aprovecharse de la ocasion favoreciendo, no a la causa mas justa, sino a la que les halagase con mayores ventajas.



por hostilidades directas, ya impidiendo su averiguación de un modo contrario al derecho de los pactos subsistentes entre las dos naciones: Flassan, que permaneció secreto, i no adquirió en virtud de la guerra que estalló despues entre la Gran Bretaña. La Francia no tomó, pues, las ostensas la emancipación de las colonias norteamericanas, unió con las colonias, hizo causa común con ellas que, por motivos independientes de la cuestión de defensa de sus propios derechos, hubo tomado contra la Inglaterra. Ni el reconocer a un gobierno intervención, ni lo es el hacer causa común los que son comunes. ¿I qué diremos de la intervención i de Buenos Aires en la emancipación de la Nueva Granada i Chile? ¿De Venezuela i Buenos Aires, que, contra la España, combinaron sus operaciones con ellas, con pueblos hermanos, que estaban en guerra con ella, sosteniendo principios i defendiendo derechos

intervención pueda producir alguna vez resultados la prueba; las mas inicuas conquistas han mejorado la condición de los vencidos; i no por eso mismo un derecho de los estados poderosos el subyugarlos a pretexto de hacerlos felices. Cuál haya sido el espíritu de las conquistas i las intervenciones que se do paliar con motivos de religión o de beneficencia lo dice la historia. El pueblo que por sus propios no acierta a ser independiente i libre, difícilmente estos bienes a la protección extranjera.

Se imputa a la no intervención las desgracias de la guerra civil; ¿qué hubiera hecho un pueblo sino despedazarla mas? En cuanto a la Polonia, que tambien se numera entre los malos efectos principio, *El Mercurio* olvida que las desventuras de aquel heroico pueblo, i su muerte política, se deben a la intervención. La intervención atizó en él las disensiones civiles; la intervención hizo sentar sobre su vacilante trono fa-



voritos indignos; la intervencion corrompió, esclavizó, desmembró la Polonia.

Las antiguas intervenciones, segun *El Mercurio*, eran funestas, porque se dirigian a sofocar la libertad; las modernas, inspiradas por los grandes intereses de la justicia i la *conveniencia de los pueblos*, son lejitimas i benéficas. Excelente distincion, si hubiese un tribunal supremo para juzgar acerca de la justicia i conveniencia alegadas en las intervenciones, i un poder moderador que circunscribiese las operaciones de los interventores a su lejitimo objeto, i no les permitiese abusar. *El Mercurio*, que mira con tanto desden las que llama abstracciones, es el que olvida constantemente en sus racionios lo práctico i experimental. Dar a los poderosos el derecho de intervenir en negocios ajenos, bajo la condicion de consultar la justicia i la conveniencia, cuando por la naturaleza de las cosas no puede tocar sino a ellos el distinguir lo justo de lo injusto i lo conveniente de lo pernicioso, es no conocer ni a los hombres, ni a los gobiernos. La jenerosidad, el desprendimiento, no han sido nunca virtudes políticas; i los personajes que dirijen los gabinetes se avergonzarian de observar en su conducta privada las reglas que aplican a la direccion de los grandes intereses nacionales. Si hai en política verdades trilladas i vulgares, son estas, por mas que *El Mercurio* las califique de abstracciones.

### III

*La raison finit toujours par avoir raison.* Despues de tanto debate, venimos a parar en que los dos contendientes están sustancialmente de acuerdo. La cuestion, bajo el último aspecto en que la ha presentado *El Mercurio*, es de puras palabras.

Nuestros lectores recordarán que se trataba de la expedicion de Flóres, i que, suponiendo *El Mercurio* que algun gabinete europeo habia tomado parte en ella, falló que debíamos resistirle, no precisamente porque intervenia en cuestiones domésticas de otro estado, sino porque prestaba su apoyo a una causa injusta. Protestamos entónces contra una máxima que orijia

la intervencion en principio; que daba a cualquiera potencia el derecho, desconocido hasta ahora, o mas bien, universalmente impugnado, de pronunciar su juicio sobre una cuestion interior de otro estado, i de proceder en consecuencia, ayudando por la fuerza a la faccion que ella hubiese querido reconocer como justa, con fundamento o sin él. *El Mercurio*, contestándonos, limitó un tanto el principio; es necesario, dijo, para que se ejerza el derecho de intervencion, que poderosos motivos la lejitimen, i grandes intereses la exijan; pero la intervencion era todavía, segun su modo de ver, un hecho de que no podian prescindir las naciones, una necesidad de su existencia. No se acordó entónces de la intervencion *negativa* a que últimamente ha querido ceñirse. Hé aquí sus palabras textuales: «Queremos la adopcion de ese principio, porque, seguras las naciones de que habrá siempre quien se oponga a sus avances, i no teniendo la facilidad de atropellar a los débiles, la paz del mundo estará mas asegurada, i la intervencion será *negativa*; no servirá para agredir, sino para no dejar agredir.»

Si *El Mercurio* hubiese reducido la intervencion a esto solo, no hubiéramos creído necesario contradecirle; porque su intervencion *negativa* es una consecuencia de la regla jeneral de no-intervencion, que es la nuestra. Supongamos, en efecto, que, como nosotros lo creemos, es un principio del derecho internacional que hoi reconocen las naciones civilizadas, que un estado no debe intervenir en los negocios domésticos de otro. ¿Cuál será la sancion de esta regla? No puede haber otra que el derecho de resistir a la intervencion, desde que un estado se arroga la facultad de ejercerla, no siendo en los rarísimos casos excepcionales que la hacen lejitima. Porque, si a vista de un proceder semejante, permanciesen las otras potencias espectadoras tranquilas de la agresion interventora, ¿qué sería la regla sino un puro deber de conciencia, del resorte de la moral i no del derecho? Si la no-intervencion es un deber, la contra-intervencion, la intervencion *negativa* de *El Mercurio*, es un derecho. Ciertos estados poderosos se injirieron en las disensiones internas de la Polonia; los otros estados europeos pudieron entónces oponerse a este desafuero. Alto ahí, pudie-

ron decir a los primeros con las palabras de .  
os permitimos esa intervencion agresora.

A pesar de esa importante modificacion de  
emitida por *El Mercurio*, vemos en sus dos  
sobre esta materia ciertas cosas que no pod  
sin algunas explicaciones por nuestra parte.

Primeramente, ¿a qué viene la recusacion  
teóricos interpuesta por *El Mercurio*? Que n  
ciegamente las opiniones de Grocio, Puffendor  
*ad rem*? Cabalmente nosotros no hemos cit  
guna; *El Mercurio* es el que lo ha hecho. N  
otro apoyo a nuestro modo de pensar que o  
experiencia; hemos demostrado el peligro de  
en la latitud en que lo habia proclamado *E*  
parecia un instrumento peligrosísimo en las  
contra el débil; i para ello no hemos a luci  
servaciones incontestables, deducidas de la nat  
de la innata propension de los hombres i de los  
sar del poder. No les faltarian pretextos, obje  
cuando se les antojase abusar; si no alegan el  
intervencion, alegarán el derecho de la guerra.  
guerra los autoriza para hacerse justicia a sí i  
mezclarse en cuestiones ajenas, i sobre todo  
domésticos de otro estado. ¿A qué abrirles no  
camino para cometer injusticias? ¿A qué recor  
derecho que hasta de la necesidad de buscar i  
piensa? ¿Concederemos a los estados el derec  
armas para proporcionarse una frontera se  
fundándonos en que de nada serviria negársel  
nunca les faltarian pretextos para apoderarse  
tecido? Ese es un modo de raciocinar que no i

En cuanto a los tratados de derecho intern  
como sabe *El Mercurio*, de dos clases: teór  
entre los cuales, hai poco mas o ménos la r  
que entre una teoría abstracta de lejislacion civ  
vil. En los primeros, se averigua *a priori* cuál  
que deberian observar entre sí las naciones p:

bien jeneral de la especie humana; en los se-  
 rder enteramente de vista lo que dicta la justicia  
 n a las relaciones entre los estados, se examina  
 reglas que las naciones han convenido de hecho  
 ue ajustan en la práctica sus pretensiones mutuas  
 realizarlas: reglas en que el voto de los estados  
 ionalmente el que prevalece, porque la igualdad  
 ante la lei internacional es una quimera teórica;  
 pre, hai i habrá una oligarquía de estados que  
 lei, i no solo la promulga, sino la hace cumplir  
 ¡ojalá que fuese esto solo, i que divididos entre  
 as no proclamasen a veces principios contrarios,  
 da a los débiles otro partido, que adoptar una  
 to de ciertos estados i otra con otros! Como  
 , una exposicion del derecho de jentes positivo  
 indir de presentar las cosas como son.

teóricos se proponen diverso objeto; aspiran a  
 utilidad. No exponen lo que es, sino lo que, en  
 s autores, debe ser. Sus doctrinas varian; i eso  
 o deben adoptarse sin exámen. Pero, a pesar de  
 ue se encuentra en ellas bajo ciertos respectos,  
 idar de los beneficios que han hecho al mundo?  
 ilo la opinion pública, i jeneralmente en el  
 usticia i de los verdaderos intereses humanos.  
 mas precision en sus fórmulas; pretension im-  
 echo civil mismo, que puede, entre los varios  
 e obtener un objeto, sancionar uno i proscibir  
 uede, entre los varios grados de una facultad,  
 le fijo, mas allá del cual deje de serlo i se con-  
 ; que puede reducir a formas determinadas lo  
 ictetar lo abstracto; el derecho civil mismo no  
 rar enteramente de sus prescripciones ese *poco*  
 ie desagrada a Rossi. ¿Qué sucederá, pues, entre  
 econocen una autoridad superior, i qué hará el  
 roponga dar a conocer las obligaciones i dere-  
 icia natural les impone? ¿Quién le faculta para  
 naturaleza, cuyo intérprete se constituye, no



precisos e indefectibles, este es un defecto inherente a la eria, necesario, irremediable. Pero, provenga de lo que se era, ¿quién ha pretendido jamás avasallar la razón a ninguna autoridad humana, por elevada que sea?

*El Mercurio* se lisonjea de hallar una garantía suficiente para los abusos del poder, del poder armado con el derecho de intervención en su más peligrosa latitud. Esta garantía la encuentra «en la *opinión del mundo*, expresada en parlamentos, bolsas, clubs, juntas populares, periódicos, etc». Pero abra los ojos, apreciemos los hechos. La *opinión del mundo*, tomada de ese modo, es una hidra que con cada una de sus bocas proclama un principio verdadero o falso, una pasión noble o generosa, un interés que puede coincidir con el de la humanidad o serle contrario; la legitimidad monárquica en Rusia, la omnipotencia democrática en Washington; el sufragio universal acá, el socialismo allá; tarifas altas, protectoras de manufacturas domésticas, dicen unas; tarifas bajas, protectoras de la agricultura nacional, responden otras; las máquinas fomentan la riqueza y felicidad de los pueblos, claman unas; las máquinas hacen la miseria del pueblo, clamorean otras: nada que no se controvierta, desde los primeros principios hasta las últimas consecuencias; aun en cuestiones de interés material, sujetas a la experiencia y al cálculo. ¿Serán materias de política externa en las que el mundo se pronuncie uniforme y constantemente a favor de la buena causa? Lleva *El Mercurio* al punto de partida, la expedición de Polonia, y sírvase responder a este dilema: si la *opinión del mundo* no se ha declarado contra un atentado tan escandaloso, no existe tal garantía; y si se ha declarado, y no se ha respetado el fallo, la garantía es impotente. *El Mercurio* se romona entre las nubes, y no le merece la menor atención lo que está viendo y palpando. La *opinión del mundo* hace justicia, pero negamos; pero un poco más tarde. El mundo ha hecho justicia a la despojada Polonia: ¿qué es de Polonia? ¿Qué ha dado a ese pueblo heroico las simpatías del mundo? Un año honroso.

Cuando escribimos nuestro primer artículo sobre interven-

cion, no habíamos visto, ni hemos tenido todavía la fortuna de ver la obra de Rossi, de que *El Mercurio* ha copiado varios pasajes. Nos alegramos de hallar en ellos una absoluta conformidad entre las ideas de este acreditado escritor i las nuestras. Él no reconoce el derecho de intervencion armada, sino por excepcion, en casos rarísimos de inminente i manifiesto peligro. En cuanto a la intervencion no armada, no hemos hablado una sola palabra contra ella; ni es ella lo que se llama propiamente *intervencion*. A todo gobierno es permitido abstenerse de tener comunicaciones con otro, si lo juzga conveniente. A todo gobierno es lícito ofrecer sus consejos i sus buenos oficios a dos estados que se amenazan o se hostilizan. A todo gobierno es lícito mediar entre belijerantes, con tal que obtenga la aceptacion de los interesados, i no quiera hacer de la mediacion un arbitraje armado contra la voluntad de ambos o del uno de ellos. Mas allá no hai seguridad ni verdadera independencia sino para los estados poderosos.

(*El Araucano*, años de 1846 i 1847.)









ella las negociaciones a que nos convida, i de que resultará o nó la paz, segun fueren las condiciones que proponga. Si estas condiciones fuesen tales que nuestro honor o nuestro interes no nos permitiese admitirlas, nadie habria que, sin hacerse culpable de traicion a su patria, pensase en comprar la paz a este precio.

La España desea poner fin a la guerra; lo ha declarado a la faz del mundo: asegura que no excluirá base alguna; i el lenguaje de los órganos oficiales de su gobierno ha dado a entender claramente que el reconocimiento de nuestra independencia i soberanía es una concesion acordada ya i resuelta por su parte. Siendo tal el estado de cosas, no dudaremos decir que el gobierno que desechase estas condiciones sin exámen contraeria la mas grave responsabilidad ante Dios i los hombres. La guerra es un modo de existencia que, no solo trae consigo graves males a los beligerantes, sino que turba el orden de la sociedad universal de los pueblos, imponiéndoles obligaciones onerosas, i embarazando su mutuo comercio i correspondencia. La guerra, dice Vattel, es un azote tan terrible, que la justicia sola, unida a cierta especie de necesidad, puede autorizarla, hacerla laudable o a lo ménos ponerla a cubierto de toda censura.

Escuchar al enemigo no es empeñarnos a ojos cerrados a recibir sus propuestas como leyes i a poner nuestra suerte en sus manos. Armémonos de desconfianza; si se quiere, tomemos todas las precauciones posibles para nuestra seguridad; pero oigámosle al ménos; los consejos de la prudencia no se oponen a la humanidad i cortesía que, aun en el ejercicio del funesto derecho de la guerra, distinguen a los pueblos civilizados de los bárbaros i hacen mas gloriosa la victoria.

¿Se dirá que no debemos contar con la buena fe de la España, ni prestarnos por consiguiente a negociaciones infructuosas? Aun en esta suposicion ganaremos mucho dando al mundo una prueba de nuestras disposiciones pacíficas, i haciendo que recaiga sobre nuestro enemigo la odiosidad de una guerra temeraria.

¿Se dirá que no es oportuno el momento? La España no con-

serva una pulgada de terreno en miéntras ella abriga en su seno la centrada su atencion en la ardua y complicadas situaciones que concitan la hostilidad de las potencias poderosas, en casi todas las nuevas repúblicas, la tranquilidad y el orden, están sentadas sobre la base de su organizacion política, y la dependen solo sobre puntos de una importancia que necesita de la paz exterior mas que de la victoria nos ha dejado dueños del momento mas oportuno para tratar con ellas.

¿Se dirá que el ajuste que haga España pudiera no ser reconocido, si éste triunfase al fin? Pero admitámosla. El pacto celebrado con el II nos daría siempre un título de todas las naciones que la han reconocido a España, y sobre todo nos hallaría que ahora; las negociaciones habrían no habríamos perdido nada.

¿Se dirá que España debe enviar a la América los suyos a España que hacen pensar a algunos de que en esta cuestion de etiqueta decidirá a favor de la España. La guerra y las relaciones naturales que tenemos en el momento que ella envaina la espada, y sus desgracias mismas la hacen. Ella ha dado en realidad el primer ejemplo a tratar sin excluir ningun desdoro habrá en que nosotros denunciamos mui diferentes de las actuales, para enviar comisionados a Europa con el gobierno español. Entonces, de la América por tropas enemigas de labios españoles otro lenguaje naza, entonces pudo mirarse esta



cia. En cuanto a las cortes de *obediencia pasiva* i *derecho divino*, ya se deja entender que serian algo mas que espectadoras, si pudiesen, i que favorecerian a la España, como la han favorecido algunas veces, con algo de mas efectivo que los buenos deseos. *El Filopolita* no negará que todas, todas las naciones, sin exceptuar una sola, reconocen todavía a la España como soberana de las Américas, i que, por consiguiente, en todo lo que concierne a la España, estamos fuera de la proteccion del derecho público. Si *El Filopolita* cree que semejante estado no envuelve ningun peligro; que la impotencia de España es eterna; que nada puede por sí ni auxiliada de otras naciones; que las nuevas repúblicas americanas inspiran mas simpatía que la España en las cortes monárquicas de Europa, que le deben en cierto modo su existencia; si cree que, en esta éra de revoluciones i vicisitudes, no vendrá jamás el día en que las pretensiones de España sean, en manos de ésta o de alguna otra nacion mas poderosa que ella, un instrumento peligroso contra la independendencia, o contra las actuales instituciones de América; es consiguiente que crea que nada nos falta, i que la legacion a España tiene por objeto una pura ceremonia diplomática que carece de todo valor real.

La España no tiene medios para subyugarlos, dice *El Filopolita*. Es verdad; pero tiene medios para hostilizarlos. Una costa inmensa i despoblada presenta infinidad de puntos vulnerables. ¿Será imposible que la España se apodere de algunos, no para retenerlos ni subyugarlos, sino para hacerse de prendas con la mira de recabar de nosotros condiciones mas favorables que las que estamos dispuestos a concederle ahora? *El Valdiviano* ha dicho cuerdamente que no hai enemigo débil. No hacer la paz con el nuestro, cuando podemos negociarla sin humillacion; i exponernos a comprarla despues con sacrificios (como ciertos estados de América han estado alguna vez dispuestos a comprarla), nos pareceria, en un gobierno de cuya fidelidad a la patria estuviésemos seguros, el colmo de la insensatez. Este es un asunto en que todo debe perverse i en que no se puede errar por exceso de precaucion. Va en ello la suerte de la jeneracion presente i de las futuras. ¿I qué se

aventura despues de todo, tratando con el enemigo? Nada absolutamente. Si se hace con él una paz honrosa, mejoraremos de condicion; si nó, habremos dado a lo ménos una prueba de nuestras disposiciones pacíficas, i nos quedaremos como estábamos.

Que la posesion de hecho i la de derecho son una misma cosa en política; que en el mundo la fuerza se burla de los derechos, i los derechos sin el poder no sirven de nada, son temas fecundos sobre que se pueden decir cosas mui bonitas en el estilo satírico i declamatorio. Sin embargo, la injusticia, aun en el órden actual de las cosas humanas, es la excepcion. La justicia es la regla jeneral, porque es la condicion necesaria de las sociedades; i cuando decimos justicia, entendemos la que está revestida de aquellas formas i solemnidades, que, tanto en el derecho internacional, como en el civil, son indispensables para su autenticidad i sus efectos externos. Aun las potencias de primer órden se apoyan en formas i solemnidades. ¿I nosotros nos creeremos bastante fuertes para despreciarlas?

Si la distincion entre el hecho i el derecho es una de aquellas fruslerías escolásticas que la *marcha de la civilizacion* i las *luces del siglo* han relegado a los espacios imaginarios, confesamos sin rubor nuestra ignorancia. Sirvanos de disculpa la opinion de todos los jurisconsultos i publicistas, i el ejemplo de las naciones que se han hallado en nuestro caso. A la Holanda no le pareció que le estaba de mas el reconocimiento de España: bastante hizo para obtenerlo; i no se contentó con ménos que con la renuncia solemne del monarca español en el artículo primero del tratado de Munster.\* Tanto empeño

---

\* «Primeramente el dicho señor rei declara i reconoce que los dichos señores estados jenerales de los Países Bajos Unidos, con todos los países, villas i tierras que les están asociados, son estados libres i soberanos, sobre los cuales el dicho señor rei no pretende nada, i ni ahora ni en adelante, por sí, o sus herederos i sucesores, pretenderá jamas cosa alguna; i que en virtud de esto consiente en ajustar con los dichos señores estados, como lo hace, una paz perpetua bajo las condiciones que siguen.» (Tratado de Munster de 30 de enero de 1648, entre la España i las Provincias Unidas.)

#### RECONOCIMIENTO DE LAS REPI

puso en ello que, según dice Muller, «qué clase de historiador es Muller, conocida por la España como república que no tenía ya motivo para considerar aquella potencia una paz separada no tuvo parte.» I téngase presente la posición de la Gran Bretaña por aquel tiempo en el mar naval, i la aliada íntima de los Borbones. Su pabellón tremolaba conocido i respetado de las naciones. Tenía ricos establecimientos en todas partes. Su poder era en realidad formidable. I con todo eso no creyó degrading el reconocimiento de una soberanía que había durado cerca de un siglo.

Los Estados Unidos de América, al celebrar una formalidad ociosa, o como el reconocimiento de la Gran Bretaña,\* encontraron algunas dificultades. La Inglaterra estaba ya convenida en que no insistieron como condición indispensable i fué tal el ansia con que lo reconocieron, por causa de las pretensiones, le ocultaron los preliminares, contraviniendo a las órdenes de estos comisionados americanos, quienes seguramente en el número dan importancia a bagatelas.

Estos casos, a que pudiéramos

---

\* «Su Majestad Británica reconoció, en nombre de la Nueva Hampshire, Massachusetts, soberanos e independientes, reconociendo por sí, sus herederos i sucesores, la propiedad i derechos territoriales de ellos.» (Artículos provisionales de los Estados Unidos, París 30 de noviembre 30 de setiembre de 1783.)

cientes no es necesario recordar, manifiestan, si no estamos equivocados, que lo que *El Filopolita* llama una fórmula vana, es moneda corriente, que tiene valor en las conferencias i protocolos de la diplomacia europea; i no podemos negar que la vieja Europa con todas sus rancias preocupaciones i sus resabios feudales i peripatéticos, pesa algo en la balanza del mundo.

A vista de la extrañeza que la legacion a España ha causado a *El Filopolita*, no parece sino que esta fuera una ocurrencia peculiar a Chile, i que las otras repúblicas americanas no hubiesen creído honroso, oportuno i naturalísimo este paso. Es verdad que en Colombia se declamó mucho al principio contra la mision a España; i que por allá se hizo tambien bastante ruido con la «impotencia de España,» i «la posesion de hecho,» i «la victoria,» i «los godos.» El senado desaprobó la mision del jeneral Montilla, se revocaron los poderes de este ilustre patriota; pero fué para poner a toda prisa otro plenipotenciario en su lugar.

Nada, pues, alcanzamos a ver ni de extravagante, ni de inusitado, ni de intempestivo, en la conducta del gobierno de Chile. Si algo la distingue, es la franqueza con que, pudiendo tomar esta medida por sí solo, la ha consultado con la lejislatura i ha puesto las bases de la negociacion en noticia de todos.

### III

Tenemos a *El Filopolita* por escritor de buena fe, i no vacilamos en darle crédito cuando asegura que el bien público, i el loable deseo de que se decida con pleno conocimiento de causa la medida de la legacion a España, son los únicos móviles que han guiado su pluma. Pero, si es así, como lo creemos, ¿no debiera abstenerse de expresiones que desnaturalizan la cuestion, i parecen escojidas de propósito para dar una idea poco exacta de la medida i presentarla bajo un aspecto odioso? *Impetrar* es obtener una gracia que se ha solicitado con ruegos; i nadie ha pensado en rogar a España. Ella ha manifestado los primeros deseos de paz; ella ha dado en realidad el primer paso. Acer-



carnos a ella; poner a prueba la sinceridad de su gabinete; atar con él una paz honrosa, como la que coronó la independencia de Holanda i de las colonias británicas, o desengañarle se alimenta todavía de ilusiones; ¿es esto lo que llama *El Filopolita* impetrar el reconocimiento, i lo que ántes había llamado humillarse?

Se objeta la poca estabilidad del gobierno de la reina Cristina. La objecion sería fundada si por nuestra parte aventurásemos algo. Si fuésemos, por ejemplo, a comprar la independencia uno o dos millones de pesos, se nos podría decir con alguna razón: «aguardemos a que haya en España un gobierno sólido no hagamos un sacrificio costoso ántes de estar seguros de producirá el fruto deseado. Si triunfa el infante don Cárlos habremos perdido ese dinero, i vendrá a ser insubsistente nulo el reconocimiento de la reina Cristina.» Pero, en el presente, ¿qué valor tiene esta objecion? ¿Hay alguna regla de prudencia o de honor que nos prohiba tomar una medida que en una hipótesis puede resultarnos un bien i en la hipótesis contraria no nos resulta el menor mal? El honor no lo prohíbe, i la prudencia nos lo manda.

«Pero semejante reconocimiento, dice *El Filopolita*, nos sería decoroso, porque en la diplomacia europea parece concedido en fuerza de las circunstancias.» No sabemos si sea la teoría de la diplomacia europea; pero sabemos cuál ha sido siempre su práctica: espiar con sagacidad las circunstancias, i aprovecharse diestramente de ellas para los fines, aun cuando lo han faltado los títulos de razón i justicia que favorecen al nuestro. Además ¿quién pone a la España en la alternativa de reconocernos o de perecer? Ella está, lo que hace a nosotros, en plena libertad para tomar el partido que guste. Reconociéndonos, gozará de nuestro comercio; gándose a ello, seguirá existiendo como ha existido estos veintidós años. ¿Por qué no ha de ser este tan buen tiempo, como cualquiera, para tratar con ella, sin contravenir a la jenerosidad caballeresca que nos recomienda *El Filopolita*?

El lenguaje de Martínez de la Rosa i de los otros ministros en los debates de las cortes, ha sido, a nuestro modo de ver,

ficientemente explícito. El reconocimiento de la independencia se ha indicado de una manera que no da lugar a tergiversaciones. En la carta al señor Jestal de Montevideo (que puede mirarse como dirigida a los gobiernos de América), dice bien claro el presidente del consejo que no se piensa en excluir base alguna. El gobierno de los Estados Unidos, que tiene muy buenos medios de saber lo que pasa, y de sondear los planes políticos del gabinete español, lo ha entendido así. Los ministros de las repúblicas americanas en París y Londres han formado el mismo concepto. ¿No es esto suficiente para salvar al gobierno de la nota de ligereza? No censuramos el escepticismo de *El Filopolita*. Duda en hora buena. Nosotros tampoco prestamos una fe ciega a la diplomacia europea. Lo que decimos, es que, aun considerando como dudoso el resultado de las negociaciones, no hay motivos para rechazarlas. Si tienen buen éxito, ganamos; si no lo tienen, no perdemos; al contrario, pondremos nuestra causa de mejor semblante; el enemigo habrá dado una prueba mas de su terquedad e injusticia; y nosotros, tratándole decorosa y cortesmente, mereceremos la aprobacion de *El Filopolita* mismo, y de todo hombre que sepa distinguir entre la dignidad modesta y la plebeya altanería, entre el patriotismo verdadero y aquel otro simulado y falso, cuyo distintivo es la jactancia y la fanfarronada.

No insistiremos sobre lo dicho en nuestro artículo anterior acerca de la impotencia de España. Las hostilidades no tienen por único objeto la conquista. Una provincia, una plaza, una isla desierta son prendas de mucho valor en la guerra, aun cuando no se piensa en establecimientos permanentes. La fortuna de las armas estará siempre a nuestro favor: no lo dudamos. Pero ¿se puede en buena política o en buena moral desperdiciar la coyuntura de una paz honrosa, por la esperanza de una victoria, cualquiera que sea su brillo?

No tenemos mas espacio para continuar nuestras reflexiones. Volveremos otra vez a este asunto, y contestaremos a las de *El Filopolita* que se dirijen particularmente a nosotros. Solo nos detendremos en exponer el sentido (segun nosotros



mos a creer que por parte de la administracion no habria ningun embarazo para que se diese esta forma a la cláusula.

Suponiendo, pues, que su valor es éste, no vemos ni aun sombra de contradiccion entre ella i las anteriores, ni alcanzamos a comprender cómo pudiera alterarse el orden de los artículos sin oscurecerlos. Siéntase primeramente que «el congreso no aprobará tratado alguno de paz en que no se reconozca la independencia i soberanía de la nacion chilena.» Como este reconocimiento pudiera otorgarse bajo condiciones onerosas, se declara a renglon seguido que, si las hai, no se ratificarán.

Pero este término *condicion onerosa* necesitaba explicarse. Un tratado comercial de beneficio mutuo es en rigor un contrato oneroso, como lo es todo contrato de permutacion, aun el mas equitativo, i aun aquél en que se da una cosa por otra de mayor precio. Era, pues, necesario, a nuestro entender, explicar el término, declarando que no se tendrá por condicion *onerosa* un pacto comercial de beneficio mutuo; es decir que, si se hace la paz con España (reconociéndose por supuesto la independencia i soberanía de Chile), i si se ajusta al mismo tiempo una convencion de comercio en que se hagan algunas concesiones a España a trueque de otras equivalentes, estas concesiones no se mirarán como comprendidas en la prohibicion del artículo 4.º

Hasta aquí se ha hablado de paz, reconocimiento de independencia, i condiciones de este reconocimiento. Pero ¿puede, sin esa paz i ese reconocimiento, celebrarse un convenio comercial, que, dejando pendiente la cuestion política de soberanía, abra nuestros puertos a la bandera española? Los artículos anteriores hasta el 5.º nada dicen de esto. El 6.º remueve todo motivo de duda declarando que *la cuestion política no debe separarse de la mercantil*. Esto nos parece, no solo exento de contradiccion, sino conforme al orden natural de las ideas. Aun cuando en los artículos anteriores hubiese algo de ambiguo, ¿cómo pudiera, sin echar por tierra el artículo 6.º que garantiza la solucion simultánea de las dos cuestiones, cómo pudiera, decimos, hacerse o ratificarse un tratado comercial, dejando en suspenso la condicion *sine qua non* de la paz? O estamos

## RECONOCIMIENTO DE LAS REPÚBLICA

mui alucinados, o los reparos de l  
fundamento.

*El Filopolita* propone que se si  
nosotros nos parece que no está de i  
que conduzca a que todos nos entend  
un término ambiguo en una acepcion  
gobierno i congreso aun para celebra  
taran conocidas ventajas, que nos fues

Esto por lo que toca al tratado, s  
caso de celebrarlo. Volvamos a la  
dad de las negociaciones, punto en  
fortuna de que nuestro liberal e il  
como nosotros. *El Filopolita* ins  
miento de la España es una cosa de  
toma la pena de contestar a las r  
otro número, probando de que no es  
producido i produce efectos reales i  
mas poderosas que nosotros, con m  
de ofender a sus antiguas metrópoli  
importante i necesario. Lo primero s  
de nuestra parte. Pero esto no bast  
causa consiste en que su justicia sea  
puede serlo sin el reconocimiento de  
externo de las demas potencias, la E  
recho i tan libre todavía para hacer  
i quiera, sin que nadie pueda estor  
insurreccion americana. Este es el  
cosas; i los que crean que la Inglate  
dos Unidos nos reconocen, como rec  
Suiza o al Portugal, se engañan mu

La diferencia entre el hecho i el  
interna i la justicia reconocida, es en  
tancia en las relaciones internaciona  
a ciudadano. La razon es clara. En  
justicia recurre a un tribunal que le  
derechos. Pero en la sociedad unive  
las naciones no hai una autoridad su

troversias; i el derecho, una vez reconocido, no espira, sino cuando su dueño lo abandona.

*El Filopolita* duda de la disposicion de España a reconocernos, i glosa la parte mas débil de las declaraciones de los ministros españoles, desentendiéndose de lo demas. En cuanto a la carta a don José Jestal, es cierto que no tiene las solemnidades de un documento oficial. No liga al gabinete español; pero descubre el modo de pensar del gabinete i compromete personalmente a su primer ministro. Martínez de la Rosa echaria sin duda una mancha sobre su reputacion como ministro o como hombre de honor si abiertas las negociaciones nos dijese: «el gabinete de la reina excluye la base de la independencia.»

Convenimos en la posibilidad de que este ministro i los otros ministros no permanezcan en el gabinete, o de que muden de opinion, o de que propongan condiciones inadmisibles o de que triunfe don Carlos, etc., etc. Pero, en cambio de estas posibilidades, admítanse tambien las contrarias. Si se verifican las primeras, nada perdemos; si las segundas, ganamos. ¿Qué aconseja la prudencia?—Tememos fastidiar a nuestros lectores repitiendo tantas veces lo mismo. Pero ¿se ha contestado a ello una sola?

Antes de terminar, no podemos ménos de decir algo en orden a las reflexiones que hace *El Filopolita* en su número 2 sobre los ejemplos que nosotros citamos de la Holanda i los Estados Unidos de América. Nuestro intento era demostrar que estas potencias no miraron el reconocimiento de España como una formalidad insubstancial. Lo que dice *El Filopolita*, probará a lo sumo que la Holanda tuvo mas de un objeto para celebrar la paz con España. Pero, entre todos estos objetos (si merece algun crédito Muller), fué mui principal el reconocimiento de su existencia política. ¿No se deduce de aquí que semejantes reconocimientos valen algo i no son unas meras solemnidades, que pueden omitirse sin peligro?

Nuestras circunstancias son tan análogas a las de la Holanda en aquel tiempo, que al recorrer la historia de las negociaciones de Munster no hemos podido ménos de admirar la

identidad con que se reproducen en el mundo las escenas de drama político, i lo poco que hai de nuevo en las discusiones de los pueblos i de los gabinetes, cuando se les quita la coque de los términos i frases de moda. Los enemigos de la pacificeraban entónces, como ahora, la ambicion de España, su inextinguible a los principios de libertad civil i relijios falta de sinceridad, el peligro de sus manejos i tramas oc la imprulencia de abrir el seno de las Provincias Unidas adversario tan irreconciliable i tan pérfido, etc., etc. I habla un poco mas acerca de los derechos del hombre i tan ménos textos del Viejo i Nuevo Testamento en los fe políticos. A esto se reduce casi toda la diferencia.\* Si la identidad de circunstancias es bajo otro respecto: que llanda era entónces una potencia de primer órden, i tenia r ménos motivo que nosotros para dar importancia al reconocimiento de España.

Que los comisionados del congreso americano pudierc ber allanado algo la cuestion desentendiéndose de esta foiedad, i que sin embargo insistieron en ella, es otro hecho hitable, de que damos por garante al congreso mismo, q oribia de este modo a los comisionados en 25 de marzo de «Se aprueba la firmeza que habeis manifestado en no c tratar sin el *expreso* reconocimiento de la independencia esto no es dar importancia a lo que *El Filopolita* llam mulas vanas, ¿qué es?

Pero «en aquellos tiempos dominaban otras ideas; habi res erijidos en principios; no se respetaban los derechos de bre ni se conocian los de los pueblos,» etc. Los derechos hombres i de los pueblos son mejor conocidos; los l han variado poco de carácter. Todavía resuenan en nu oídos los accents moribundos de la Polonia, a quien los g nos constitucionales de Europa, contentándose con van

\* Véase en las *Negociaciones secretas de Munster i Osnabru* mo IV, página 297, el «Discurso de un sujeto desinteresado sobr entro el rei de España i los Estados Jenerales.» Este papel es c 1647, i el tratado se celebró en el siguiente.

\*\* *Código Diplomático de los Estados Unidos*, tomo II, páji

tercesiones i votos estériles, no osaron alargar una mano amiga en su agonía. El origen divino de la potestad real es por desgracia un dogma que se profesa actualmente en la gran mayoría del mundo. La Santa Alianza no es una cosa de que tengamos noticia por tradición de nuestros abuelos. Recuérdese la invasión francesa de España en 1823, i vuélvanse los ojos a Ita-

«No debe temerse (dice *El Filopolita*) la cooperación de las potencias de Europa a las hostilidades que pudiese intentar la España con el designio de sacar ventajas para *sí sola*.» i bien; pero ¿no deberá temerse que la España, desesperada de recobrar el todo para sí, consintiese en hacer participes a uno o tres de las otras potencias, que le prestasen a este presu ayuda? Aunque la suposición en el estado actual de las cosas parezca inverosímil, nos va en ello demasiado para que procuremos ponernos al abrigo de todo género de contingencias.

(*Arrucano*, año de 1835 )





---

# ÍNDICE

---

INTRODUCCION . . . . .	
Prólogo de la primera edicion. . . . .	
Prólogo de la segunda edicion. . . . .	
Prólogo de la tercera edicion. . . . .	

## DERECHO INTERNACIONAL

### NOCIONES PRELIMINARES

1. Definicion del derecho internacional o de jentes. . . . .	
2. Autoridad de que omana. . . . .	
3. Sanciones. . . . .	
4. Division en interno i externo. . . . .	
5. En natural o instituido. . . . .	
6. Su fuerza obligatoria. . . . .	
7. Autoridades en materia de derecho internacional. . . . .	
8. Division de esta obra. . . . .	

## PARTE PRIMERA. ESTADO DE PAZ

### CAPÍTULO PRIMERO.—DE LA NACION I EL SOBERANO

1. Nacion o estado. . . . .	
2. Igualdad, independecia i soberanía de las naciones. . . . .	
3. Soberanía orijinaria, actual i titular. . . . .	
4. Inmanente i transeunte. . . . .	
5. Personalidad de las naciones. . . . .	
6. Derecho de un estado al reconocimiento de los otros. . . . .	
7. Derechos que se derivan de la independencia i soberanía d las naciones. . . . .	
8. Perpetuidad de las naciones. . . . .	

### CAPÍTULO II.—DE LOS BIENES DE LAS NACIONES

1. Bienes de la nacion. . . . .	
2. Titulos. . . . .	
3. Requisitos que legitiman la apropiacion. . . . .	
4. Cuestion relativa a la alta mar. . . . .	

5. De algunos títulos en particular: Ocupacion . . . . .	51
6. Prescripcion . . . . .	55
7 Restos de la comunión primitiva . . . . .	58

## CAPÍTULO III.—DEL TERRITORIO

1. Partes del territorio. . . . .	61
2. Límites i acciones territoriales . . . . .	67
3. Inviolabilidad del territorio. . . . .	68
4. Servidumbres. . . . .	69
5. Tránsito por mares i ríos . . . . .	70

## CAPÍTULO IV. —DEL DOMINIO, EL IMPERIO I LA JURISDICCION

1. Dominio. . . . .	77
2. Enajenación del dominio. . . . .	78
3. Derecho estricto i cortesía internacional. . . . .	81
4. Bienes raíces i muebles. . . . .	84
5. Imperio sobre los habitantes, incluso los extranjeros. . . . .	85
6. Efectos extraterritoriales de las leyes. . . . .	91
7. Jurisdicción. . . . .	93
8. Materia de la jurisdicción . . . . .	97
9. Valor extraterritorial de los actos jurisdiccionales. . . . .	102

## CAPÍTULO V.—DE LOS CIUDADANOS I LOS EXTRANJEROS

1. Modos de adquirir la ciudadanía. . . . .	107
2. Modos de perderla. . . . .	111
3. Entrada de los extranjeros en el territorio. . . . .	113
4. Refugio. . . . .	114
5. Asilo i extradición. . . . .	114
6. Naufragio. . . . .	117
7. Mansión de los extranjeros en el territorio; sus derechos i obligaciones segun sus diferentes clases. . . . .	118
8. Sus derechos civiles . . . . .	122

## CAPÍTULO VI.—DEL DERECHO COMERCIAL I MARITIMO EN TIEMPO DE PAZ

1. Obligación que tienen las naciones de comerciar entre sí. . . . .	125
2. Libertad de comercio, segun el derecho externo. . . . .	126
3. Tratados de comercio. . . . .	127
4. Fuentes del derecho consuetudinario, comercial i marítimo. . . . .	129
5. Gravámenes a que está sujeto el comercio de las naciones amigas. . . . .	132
6. Cuarentena. . . . .	134

## CAPÍTULO VII.—DE LOS CONSULES

1. Oficio i clasificación de los cónsules; idea jeneral de sus atribuciones; requisitos para serlo. . . . .	137
---	-----



## CAPÍTULO II.—EFECTOS INMEDIATOS DE LA GUERRA

1. Principios jenerales. . . . . 201
2. Efectos del rompimiento sobre las personas i cosas de un beligerante, situadas en el territorio del otro. . . . . 202
3. Suspension de todo trato i comercio entre los dos beligerantes. 206

## CAPÍTULO III.—DE LAS HOSTILIDADES EN JENERAL I DE LAS HOSTILIDADES CONTRA LAS PERSONAS

1. Hostilidades en jeneral: derechos de los particulares en la guerra. . . . . 211
2. Principio relativo a todo jénero de hostilidades. . . . . 213
3. Cómo se debe tratar al enemigo que se rinde. . . . . 213
4. Al enemigo que por su edad, sexo o profesion no opone resistencia. . . . . 215
5. I a los prisioneros de guerra. . . . . 216
6. Miramiento particular a la persona de los soberanos i jefes. . 218
7. Modos de hostilidad ilicitos. . . . . 218

## CAPÍTULO IV.—DE LAS HOSTILIDADES CONTRA LAS COSAS DEL ENEMIGO EN LA GUERRA TERRESTRE

1. Máximas jenerales . . . . . 221
2. Diferencia entre las hostilidades marítimas i las terrestres. . 222
3. Regla relativa a las hostilidades terrestres; contribuciones. . 222
4. Botin que suele permitirse al soldado. . . . . 223
5. Tala. . . . . 224
6. Destrucion de propiedades públicas i privadas. . . . . 224
7. Salvaguardias. . . . . 225
8. Derecho de *postliminio*. . . . . 225

## CAPÍTULO V.—DE LAS PRESAS MARÍTIMAS

1. Circunstancias que dan un carácter hostil a la propiedad. . . 231
2. Corsarios. . . . . 242
3. Presas. . . . . 247
4. Juzgados de presas. . . . . 249
5. Reglas relativas a los juicios de presas. . . . . 255
6. Derecho de *postliminio* en las presas marítimas. . . . . 262
7. Represa . . . . . 264
8. Recobro. . . . . 267
9. Rescate. . . . . 268

## CAPÍTULO VI.—DE LA BUENA FE EN LA GUERRA

1. Fidelidad en los pactos . . . . . 271
2. Estratajemas. . . . . 272
3. Seduccion de los súbditos del enemigo. . . . . 273



### PARTE TERCERA.—DERECHOS I FUNCIONES DE LOS AJENTES DIPLOMÁTICOS

#### CAPÍTULO PRIMERO.—DE LOS MINISTROS DIPLOMÁTICOS

1. Diplomacia. . . . .	379
2. Derecho de legacion o embajada. . . . .	380
3. Privilegios de los ministros diplomáticos. . . . .	382
4. Sus varias clases. . . . .	388
5. Documentos relativos a su carácter público. . . . .	389
6. Su recibimiento . . . . .	691
7. De qué modo suelen terminar sus funciones. . . . .	392
8. Su despedida. . . . .	392

#### CAPÍTULO II.—DE LAS FUNCIONES I ESCRITOS DIPLOMÁTICOS

1. Deberes del ministro público. . . . .	395
2. Negociaciones. . . . .	396
3. Actos públicos emanados del soberano. . . . .	399

### OPÚSCULOS

#### SOBRE DERECHO INTERNACIONAL

Derecho de asilo. . . . .	403
Los extranjeros i la milicia . . . . .	409
Reconocimiento de un cónsul. . . . .	415
Relaciones diplomáticas de los gobiernos de hecho. . . . .	419
Conducta observada por Chile con los neutrales en la guerra con la confederacion Perú-Boliviana. . . . .	433
Mediacion de Chile entre la Francia i la República Argentina. . . . .	439
La detencion de los extranjeros. . . . .	453
Jurisdiccion consular . . . . .	471
Una pretension infundada de los neutrales en la América española. . . . .	479
Matrimonio de los extranjeros no católicos. . . . .	485
Congreso americano. . . . .	493
Tratado con la Gran Bretaña. . . . .	509
Privilegio consular. . . . .	534
Elementos de derecho internacional, por don José Maria de Pando. . . . .	537

## ÍNDICE

---

Ataques de la prensa a los agentes diplomáticos extranjeros. .	
Expedición del jeneral Flores. . . . .	
La intervencion. . . . .	
Reconocimiento de las repúblicas hispano-americanas por la paña. . . . .	



L. J. C.  
11/16/12

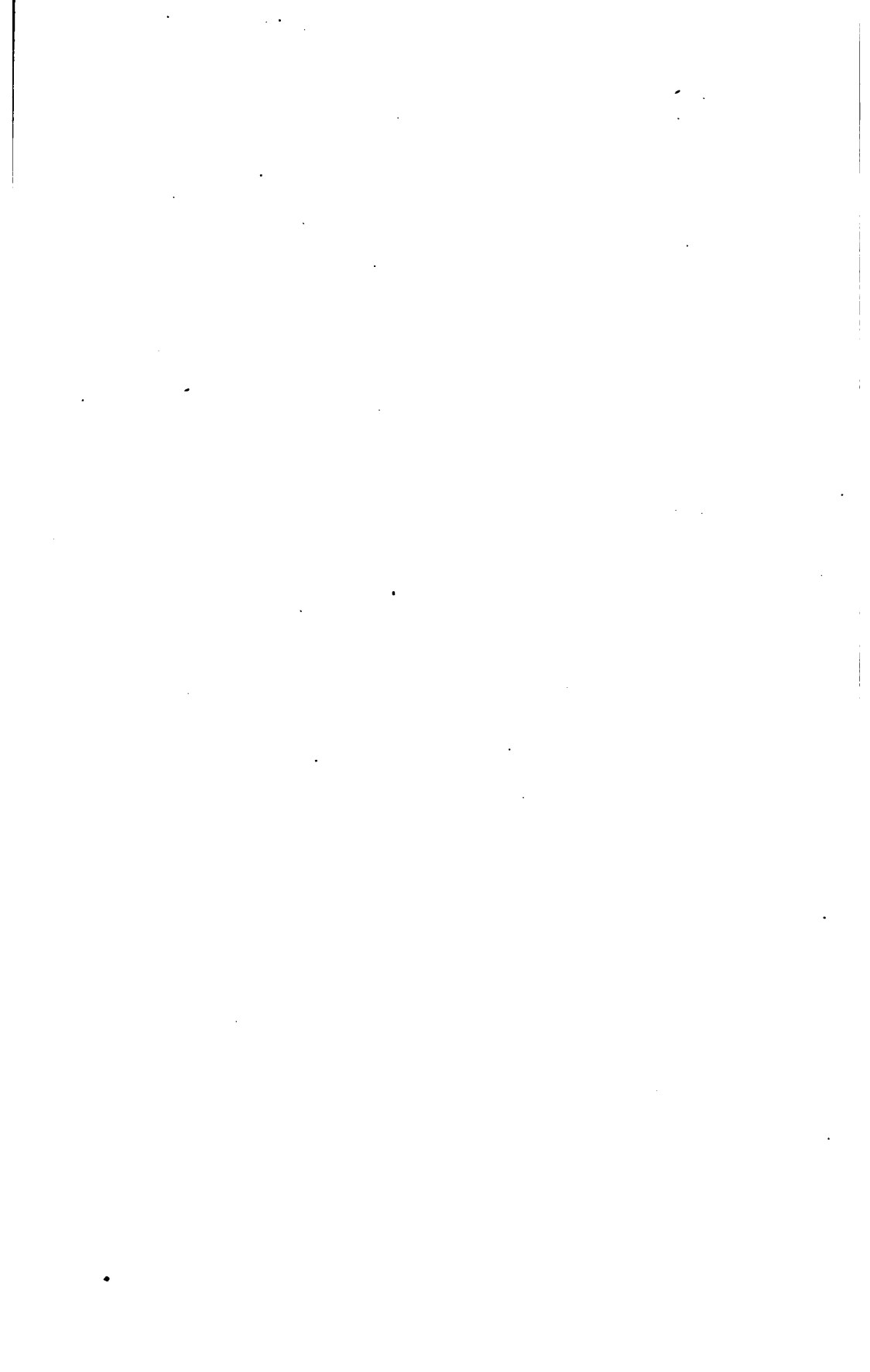




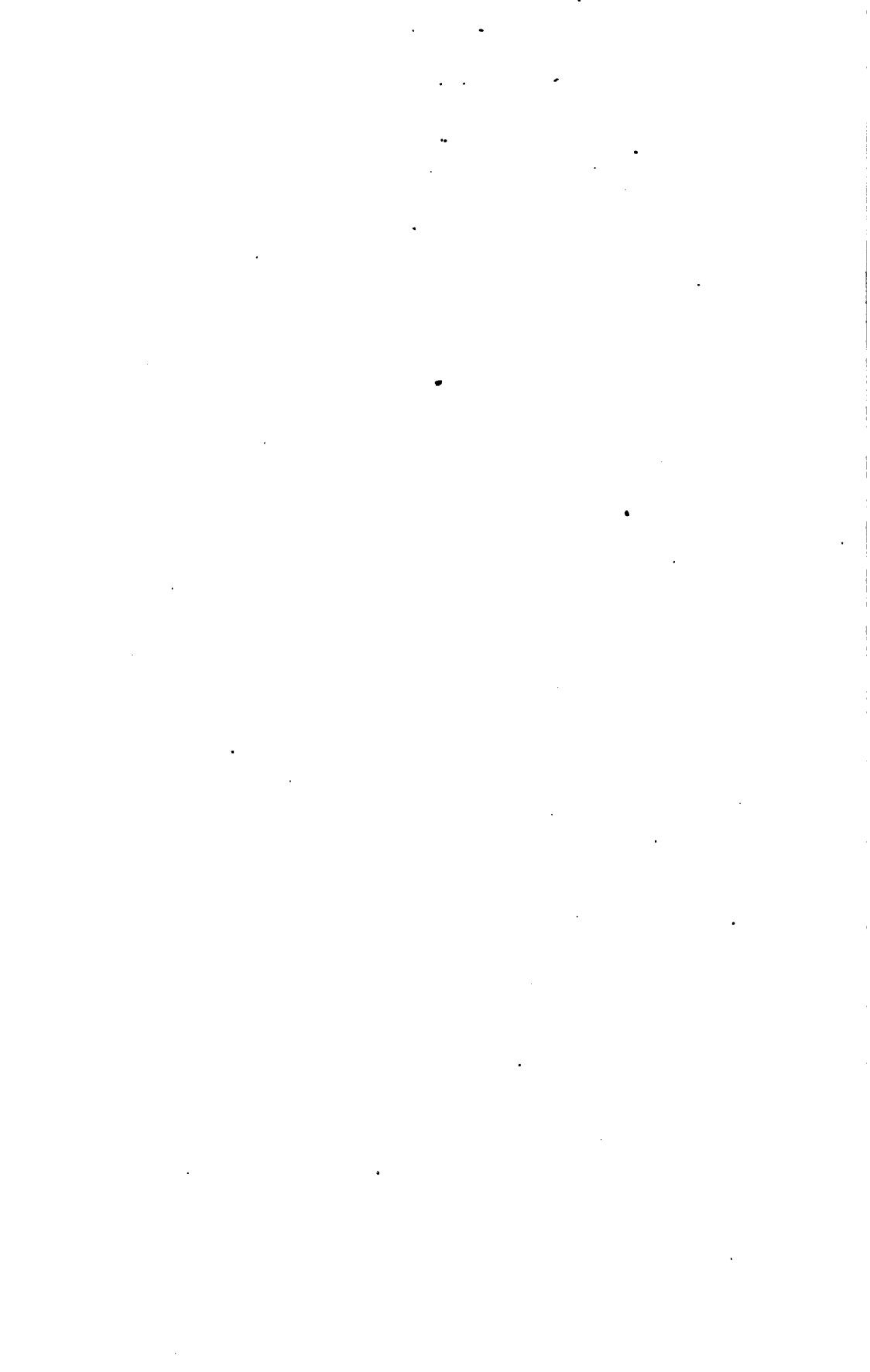












HARVARD LAW LIBRARY

---

FROM THE LIBRARY

OF

RAMON DE DALMAU Y DE OLIVART

MARQUÉS DE OLIVART

---

RECEIVED DECEMBER 31, 1911

